$ 6.- m/arg.

SUMNER WELLES

HORA DE DECISIÓN



EDITORIAL SUDAMERICANA

En el prefacio de la obra, el autor mismo nos da en apretada síntesis una idea completa de su interesante contenido.

"Este libro se divide en tres partes.

"En la primera parte trato de explicar los sucesos ocurridos en Europa entre las dos grandes guerras, y la evolución gradual de la política de los Estados Unidos a medida que el mundo se aproximaba a la catástrofe. Describo luego mi misión en Europa, a comienzos de 1940, cuando el Presidente me envió para verificar, por medio de entrevistas con los jefes de estado, si había aún posibilidades de establecer una paz justa y permanente. El último capítulo trata de las trascendentales decisiones que tomó el gobierno de los Estados Unidos antes y después de nuestra entrada a la guerra.

"La parte segunda se refiere a los problemas pasados, presentes y futuros de varias regiones y países del mundo. En cada caso he tratado de dar los antecedentes históricos necesarios. He expresado mis opiniones personales sobre la política que se ha seguido, y he tratado de esbozar una solución justa y realista de dichos problemas.

"La parte tercera se refiere principalmente al futuro. En el primer capítulo presento un plan para lo que a mi juicio sería una eficaz organización mundial. En el segundo indico el papel que en mi opinión corresponde desempeñar a este país en los asuntos mundiales, si es que deseamos tener fundadas esperanzas de alcanzar una paz duradera."

PREFACIO

Este libro se divide en tres partes.

En los capítulos de la primera parte trato de explicar los sucesos ocurridos en Europa entre las dos grandes guerras, y la evolución gradual de la política de los Estados Unidos a medida que el mundo se aproximaba a la catástrofe. Describo luego mi misión en Europa, a comienzos de 1940, cuando el Presidente me envió para verificar, por medio de entrevistas con los jefes de estado, si había aún posibilidades de establecer una paz justa y permanente. El último capítulo de la primera parte trata de las trascendentales decisiones que tomó el gobierno de los Estados Unidos antes y después de nuestra entrada a la guerra.

La parte segunda se refiere a los problemas pasados, presentes y futuros de varias regiones y países del mundo. En cada caso he tratado de dar los antecedentes históricos necesarios. He expresado mis opiniones personales sobre la política que se ha seguido, y he tratado de esbozar una solución justa y realista de dichos problemas.

La parte tercera se refiere principalmente al futuro. En el primer capítulo presento un plan para lo que a mi juicio sería una eficaz organización mundial. En el segundo capítulo indico el papel que en mi opinión corresponde desempeñar a este país en los asuntos mundiales, si es que deseamos tener fundadas esperanzas de alcanzar una paz duradera.

S. W.

PARTE PRIMERA

Capítulo I

LO QUE PUDO HABER SIDO

Cuando los hombres de mi generación miran retrospectivamente hacia los años transcurridos entre las dos guerras, se me ocurre que su primera reflexión debe referirse constantemente a "lo que pudo haber sido".

La mayor parte de los que alcanzamos nuestra mayoría de edad poco antes del estallido de la primera guerra mundial, creímos de todo corazón que con el último disparo del 11 de noviembre de 1918 se había abierto el camino hacia un mundo nuevo y mejor. Confiábamos en que se corregirían animosamente los errores del pasado; en que las injusticias humanas serían reparadas; en que el derecho de los pueblos a determinar sus propios destinos acabaría con la opresión; en que la libertad del hombre y la seguridad individual podrían convertirse en realidades, y en que la guerra, a la luz de esa nueva aurora del mundo, no era más que una pesadilla del pasado.

Nos había conmovido en lo más hondo de nuestro ser intelectual y moral la visión que nos ofreciera Woodrow Wilson de un orden mundial basado en la justicia y en la democracia. Su ideal de una asociación de pueblos libres halló eco en nuestra imaginación, y no era el menor de nuestros orgullos el que nuestro país estuviese a la cabeza de la

gran cruzada y se sintiese capaz de asumir las grandes responsabilidades que ello suponía.

Por el profundo convencimiento, que aún conservo, de que la realización de la mayor parte de esos ideales no constituía una tarea superior a la capacidad humana, y de que nuestras esperanzas no tenían por qué convertirse en "lo que pudo haber sido", es por lo que me he atrevido a escribir este libro.

La vigorosa esperanza y el confiado optimismo tan generales en los Estados Unidos se observaban también en los países aliados. Harold Nicholson ha descrito en páginas inolvidables la escena que tuvo lugar en la Cámara de los Lores, cuando Lord Curzon, en aquel entonces líder de la mayoría, pronunció estas palabras: "De nuevo comienza la gran era del mundo; volvemos a la edad de oro." Estas palabras contenían la esencia misma de las esperanzas y de las plegarias de millones de hombres y mujeres.

Y no sólo en los países aliados reinaban tales sentimientos. Hasta en las calles de Berlín la multitud marchaba gritando: "Nie wieder Krieg" — otra guerra, jamás. Todos los grupos nacionales que por tan largo tiempo habían vivido bajo la dominación de Viena, aclamaban jubilosos la aurora de un día mejor — día de liberación y de horizontes ilimitados.

Las gentes no estaban acostumbradas entonces a las tragedias, privaciones, temor y desaliento que han acongojado a una mayoría tan grande de la raza humana durante los últimos veinticinco años: recordaban demasiado bien los dichosos años de su juventud. No es extraño que muchos de nosotros padeciéramos la ilusión a que una vez aludió Alfred Capus con tanto escepticismo, al decir que Woodrow Wilson parecía creer que la guerra que costó diez millones de hombres había realizado al mismo tiempo la perfección de la raza humana, cuando, en realidad, sólo había reducido su número.

El día del armisticio de 1918, me sorprendió en la Argentina, país tan alejado como el que más del teatro de la primera guerra mundial y que había mantenido empecinadamente su neutralidad. No obstante, nunca olvidaré el fervor

con que recibió la multitud en la Avenida de Mayo la señal que diera la sirena del gran diario "La Prensa" anunciando la terminación de la guerra. Tampoco podré olvidar la fe casi mística de todos los elementos y todas las clases de la población argentina en la creencia de que se había realizado la regeneración de la humanidad.

Lo mismo sucedió en todas las regiones del globo. Pero sólo durante unos pocos meses: la ola de idealismo que invadió al mundo desde el día en que el Presidente Wilson proclamó sus Catorce Puntos hasta la conclusión del Armisticio duró, en verdad, muy breve tiempo. No es difícil explicar, sin embargo, la rapidez con que se esfumaron los sueños y las esperanzas de la humanidad.

Los Catorce Puntos causaron un efecto muy profundo tanto en la población de las potencias centrales como en los países aliados. Las soluciones contenidas en los Catorce Puntos para lograr un tratado de paz justiciero y realizable eran válidas, y la opinión pública creyó en su validez. La promesa de una Sociedad de Naciones, que contaba entonces con el apoyo de una mayoría abrumadora de la población del Nuevo Mundo, y de una considerable mayoría de los pueblos del Viejo Mundo, dió a hombres y mujeres la esperanza de alcanzar la única forma de seguridad capaz de compensar los sufrimientos y sacrificios que habían padecido. Woodrow Wilson era considerado como el profeta de la nueva era, y a su llegada a Europa el pueblo en masa lo recibió en todas partes con un júbilo rayano en la idolatría.

A medida que pasaban los meses comenzó gradualmente a quedar de manifiesto que los delegados reunidos en París para delinear el mundo futuro se apartaban cada vez más de los claros principios contenidos en los Catorce Puntos, sea debido a la codicia de algunos gobiernos o a una política oportunista, y también al clamor público que en cada país reclamaba la desmovilización inmediata y la pronta terminación de los arreglos de paz. Los árbitros de los destinos humanos aparecían cada vez menos como profetas y más como un grupo de ancianos irascibles, cansados y abrumados por el trabajo.

La marejada de optimismo desapareció rápidamente bajo una ola de pesimismo frío y desencantado.

Una de las principales razones que obligaron al Presidente Wilson a transigir y a aceptar las componendas de París fué que los Estados Unidos no habían hecho ningún esfuerzo previo para discutir con sus aliados los problemas territoriales y políticos. En cuanto al Pacto de la Sociedad de las Naciones, sólo unos pocos meses antes del Armisticio trató el gobierno de llegar a un acuerdo con los Aliados. Wilson aseguraba no tener información ninguna acerca de la naturaleza de los tratados secretos que los Aliados habían concluído entre sí con anterioridad a la entrada de los Estados Unidos a la guerra, y en virtud de los cuales se adjudicaban extensos territorios, con sus respectivos habitantes, en forma completamente incompatible con los Catorce Puntos. A este respecto, había diferencia de opiniones entre Wilson y Lord Balfour. De todos modos, los delegados se reunieron en París sin que existiera acuerdo previo sobre ninguno de los problemas fundamentales. Aunque, mientras duró la guerra, los Estados Unidos fueron indudablemente todopoderosos, debido a la convicción general de que sin su ayuda no se habrían obtenido las victorias de 1918, con la firma del Armisticio su influencia decayó rápidamente. Los acuerdos políticos que los Estados Unidos hubieran podido obtener entre marzo y septiembre de 1918 como garantía de que se incorporarían al tratado de paz, tanto en su letra como en su espíritu, los principios de los Catorce Puntos, se habrían acercado mucho más a los deseos de Wilson y a las aspiraciones del pueblo norteamericano que todo lo que fué posible conseguir cuando ya estaba encaminada la Conferencia de París.

Además, la opinión pública de todos los países aliados, que exigía incontenible mente la desmovilización inmediata, obstaculizó los esfuerzos de los autores del tratado por mantener siquiera una apariencia de orden en los países en que debían efectuarse cambios territoriales o políticos profundos.

Las dificultades aumentaron en forma desmedida por el hecho de que los representantes de las potencias victoriosas

obraban sobre la base de que las potencias centrales, dada su condición de enemigos derrotados, estaban obligadas a aceptar los términos que se les impusiera. El tratado de paz que, en realidad, era una serie de condiciones impuestas a un enemigo vencido, era, en la forma, un tratado negociado entre los representantes de las naciones aliadas y los representantes de la nueva república alemana. Es un hecho bien conocido que los dirigentes aliados reunidos en París temieron hasta el último momento que los representantes alemanes no firmasen el Tratado de Versalles. Lloyd George en las etapas finales de la Conferencia, hasta llegó a creer que, para obtener la firma de los alemanes, habría necesidad de modificar muchos de los puntos que ya habían sido acordados.

En la práctica, el tratado resultó no ser ni una paz negociada ni una paz impuesta. Cuando el Armisticio, las fuerzas aliadas no habían invadido a Alemania. Para la masa del pueblo alemán, la caída de Alemania y su decisión de pedir armisticio había sido consecuencia del colapso de la resistencia organizada dentro del país y no de una derrota militar. Los Aliados no exigieron la rendición incondicional de Alemania, cuyo desastre había sido precipitado indudablemente por la caída de Austria-Hungría y de Bulgaria. En cuanto a Turquía, ésta se rindió como consecuencia de la rendición de las potencias centrales, sin haber sufrido tampoco una derrota decisiva, hecho que contribuyó a crear en ella, como en Alemania, la determinación de eludir por todos los medios posibles las consecuencias lógicas de la victoria aliada.

Cuando se firmó el tratado final, el desencanto de los pueblos fué profundo porque el pacto no estaba a la altura de los nobles ideales que todos anhelaban. Además, la gente había llegado a convencerse de que la victoria significaría el término de todas sus tribulaciones; no quería comprender que el cumplimiento de los términos del tratado exigiría el uso de la fuerza durante varios años, y, por lo tanto, nuevos gravámenes, es decir, más impuestos y la necesidad de mantener una movilización por lo menos parcial. La población de los países beligerantes, que había tenido que soportar los

sacrificios, los sufrimientos, las privaciones y la tensión nerviosa de cuatro años de guerra, no ansiaba otra cosa que volver a lo que el Presidente Harding había llamado "normalidad". No sólo en los Estados Unidos se trató de olvidar la guerra y todo lo relacionado con la guerra. La misma tendencia se advertía en los países de Europa. El encendido idealismo que caracterizó los últimos meses de 1918 no tardó en desvanecerse ante el influjo de las reacciones puramente utilitarias y exageradamente nacionalistas de todos los países del mundo.

Muchos son, y han sido a menudo señalados, los errores de omisión y de comisión que contiene el Tratado de Versalles. Organismos de estudio tales como la oficina de investigaciones de los Estados Unidos y otros gabinetes técnicos similares de los ministerios de relaciones exteriores de Francia y de Gran Bretaña, creados casi al finalizar la guerra con el objeto de preparar los proyectos de paz, contaban con muchos peritos inteligentes y muy bien calificados. Pero se les encomendó la tarea de buscar solución a problemas tan formidables como la creación de nuevos estados cuyas fronteras y población precisas debían conciliarse con la existencia de pueblos heterogéneos, y con el pie forzado de asegurar sus facilidades de comunicación y de desarrollo económico. En muchos casos, los peritos tuvieron que resolver, en el término de dos cortísimas semanas, problemas cuya solución ecuánime habría necesitado dos años. Y aun en el caso de que, por milagro, el juicio de los peritos hubiese sido infalible, tenían que hacer frente a la crasa ignorancia de sus propios jefes de gobierno con respecto a los problemas técnicos involucrados en tales decisiones.

Fallos sobre cuestiones de territorio, tales como los que fijaron las fronteras de las naciones creadas con los restos del antiguo Imperio austro-húngaro, las fronteras orientales de Italia, el límite occidental de la Unión Soviética, y, sobre todo, los límites oriental y occidental de la nueva Polonia, fueron errores capitales cuyos efectos habían de ser calamitosos para la futura paz y estabilidad de Europa. Muchas

otras disposiciones, como, por ejemplo, las referentes al tratamiento de las minorías y la distribución de pueblos sometidos mediante el sistema de mandatos, revelaron muy pronto su irremediable insuficiencia.

Mas los tres problemas principales suscitados por el Tratado de Versalles que mayor atención merecen en el momento actual son: el Convenio de la Sociedad de las Naciones, el tratamiento que se resolvió dar a Alemania, y el que los Aliados no hayan ni siquiera intentado seguir una política constructiva con respecto a la situación creada por la revolución rusa.

En el invierno de 1919, el Pacto de la Sociedad de las Naciones contaba con el apoyo de una mayoría abrumadora del pueblo de los Estados Unidos; lo mismo sucedía en las demás repúblicas americanas, debido, en parte, a que éstas pensaban que un organismo mundial de tal naturaleza impediría que los Estados Unidos continuasen afirmando el derecho a ejercer una hegemonía regional. También contaba con el apoyo de la mayor parte de la opinión pública en Gran Bretaña y en las pequeñas naciones de Europa. En Francia, en cambio, el Pacto fué recibido con muy poca simpatía. Ya los franceses, con su espíritu lógico, comenzaban a pensar que una Sociedad de Naciones como la ideada por los anglosajones, en lugar de la que pedía Léon Bourgeois (basada en el empleo de una fuerza de policía internacional), no podía ofrecer a la nación francesa la forma concreta de seguridad armada que ellos estimaban esencial. Si el Pacto produjo poco entusiasmo en Francia, en Italia y en el Japón no produjo ninguno. La Sociedad de las Naciones estaba llamada a oponerse, sin lugar a dudas, a la política de expansión que, secreta o abiertamente, el Japón venía siguiendo desde 1895. Una Sociedad de Naciones basada en los principios de libre determinación, especialmente en la forma en que los interpretaba el Presidente Wilson con respecto al control del Adriático, debía forzosamente contrariar las exigencias de Italia en el sentido de que Francia y Gran Bretaña cumplieran con los tratados secretos de Londres.

Cuando llegó el momento de que se reuniera la Conferencia de la Paz, ya la mayoría de los gobiernos se preparaban para obtener el botín que exigía la opinión pública de sus respectivos países. El sentimiento nacionalista se intensificaba de día en día. Al considerar hoy los acontecimientos de 1919, lo que verdaderamente maravilla no es que el Pacto de la Sociedad de las Naciones haya sido tan poco satisfactorio y efectivo, sino el hecho mismo de que Wilson haya podido lograr su aprobación por la Conferencia de París. Si el Pacto hubiera sido preparado durante los años de la guerra, si las naciones aliadas se hubieran puesto de acuerdo siquiera sobre sus principios fundamentales, a la fecha del Armisticio el concepto de una Sociedad de Naciones habría estado incorporado en tal forma al pensamiento de los pueblos aliados, y en especial al de los hombres que luchaban en los frentes de batalla, que habría constituído el núcleo primordial del tratado de paz. Dicho concepto, en cambio, fué injertado en el tratado de paz, y aceptado con reticencias y poquísima fe en su eficacia por muchos de los gobiernos representados.

Como lo indiqué más arriba, la determinación del tratamiento que habría de darse a Alemania se complicó por el hecho de que en el curso de la Conferencia de Paz nunca se resolvió en forma clara si la paz iba a ser un convenio negociado o bien una serie de condiciones impuestas a Alemania. Algunas de estas dificultades provenían de los términos mismos del Armisticio. Poincaré había insistido en que no se concediera armisticio hasta que los ejércitos alemanes no fuesen derrotados en su propio territorio. Por otra parte, el Mariscal Foch opinaba que, si los alemanes estaban dispuestos a aceptar las condiciones de armisticio que fijara el alto comando interaliado, quedarían satisfechas con ello las demandas de las naciones aliadas, y, por lo tanto, no habría justificación para continuar el derramamiento de sangre. Clemenceau apoyaba el punto de vista de Foch, con el que también estaban de acuerdo los gobiernos de los Estados Unidos y Gran Bretaña. En consecuencia, cuando cesó la lucha, Alemania no había sido invadida, y se perdió el efecto psicológico que habría tenido una derrota decisiva y final de los ejércitos alemanes en territorio alemán.

El que se llegara a la decisión finalmente adoptada se debió, por lo menos en parte, a que los principales negociadores no tomaron en cuenta ciertas características importantes de la historia de Alemania durante los cincuenta años anteriores a la guerra.

La política alemana no había sufrido ninguna desviación verdadera durante casi medio siglo: su objetivo constante había sido la hegemonía mundial. La opinión pública en las democracias occidentales consideraba generalmente el pangermanismo como una especie de culto que predicaban sólo unos cuantos extremistas alemanes. Se le criticaba simplemente como una lamentable manifestación del militarismo germano, cuando, en realidad, era algo que se había infiltrado en casi todos los aspectos de la vida política como expresión nacional del pueblo alemán. Apenas si en 1914 quedaban vestigios del viejo liberalismo alemán de 1848. Aun los dirigentes de los partidos socialistas alemanes, en cuyo influjo moderador cifraban tan grandes esperanzas los grupos liberales de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, se mostraron tan pangermanistas como los jefes del Estado Mayor alemán mientras hubo probabilidades de que Alemania obtuviese una victoria rápida y total.

Los negociadores franceses fueron los únicos que tomaron en cuenta estos antecedentes en la Conferencia de París. Los demás se inclinaban a creer que bastaba con suprimir la Casa Imperial prusiana, con ordenar por decreto la disolución del Estado Mayor alemán, y con dar al pueblo de Alemania la oportunidad de crear una república, para que desaparecieran por completo concepciones tan extraviadas como el pangermanismo. No cabe duda de que pocos errores ha habido más lamentables. El pueblo alemán mantuvo la convicción de que no había sido derrotado por el poderío militar de los aliados, y estaba seguro de que, si Alemania no logró vencer a sus enemigos, ello se debió solamente a una desintegración pasa-

jera de las fuerzas espirituales dentro del país. La única cosa que hubiera podido convencerlos de lo contrario habría sido una aplastante victoria aliada y la inmediata ocupación militar de sus principales ciudades por las fuerzas de los Aliados.

No había en el Tratado de Paz ninguna cláusula que permitiera controlar militarmente a Alemania de manera efectiva, ni estipulaciones que aseguraran a los Aliados la facultad de controlar en forma continuada los armamentos alemanes. Los Aliados no tomaron ninguna medida que significase un verdadero estímulo para los elementos democráticos de Alemania que, todavía en ese entonces, habrían podido tener cierta influencia política. No se consultaba tampoco ninguna cláusula que permitiera al pueblo alemán, en el período inmediatamente posterior a la guerra, expresar sus justas quejas en la confianza de que algún tribunal internacional les hiciera justicia imparcialmente. El tratado imponía, en cambio, reparaciones de guerra que determinaron la inseguridad económica de todos los sectores de la población; al cabo de poco tiempo, las reparaciones facilitaron la unión de todas las clases en apoyo de un movimiento de revancha nacional, e incrementaron el deseo popular, ya latente, de burlar todas las formas de control de los Aliados.

Es difícil decidir dogmáticamente cuál de las dos posibilidades de tratar al pueblo alemán habría ofrecido mayores seguridades a los Aliados en 1919. Es posible que hubiesen existido todavía en Alemania fuerzas suficientemente poderosas para extirpar el veneno pangermanista que se había infiltrado en los últimos cincuenta años. Si se hubiera estimulado a tales fuerzas, si los Aliados hubieran facilitado el buen funcionamiento de una verdadera República Alemana, y si, dándole participación inmediata en la Sociedad de las Naciones, se hubiera robustecido el gobierno democrático ante el sentimiento popular, cabe, por lo menos, suponer que se habría operado un cambio en la actitud mental de la mayoría del pueblo alemán. Es posible también que el punto de vista de Poincaré y de los derechistas franceses (a saber,

que la salvación de Europa y la paz del mundo dependían de la ocupación militar de Alemania por tiempo indeterminado, de la creación de un estado autónomo o independiente que sirviera de valla entre el Rin y las naciones occidentales de Europa, y de la supervisión estricta, por tiempo indefinido, de todas las industrias alemanas susceptibles de producir armamentos), constituyera la única política capaz de evitar una nueva amenaza alemana. De lo que sí no cabe duda es de que una combinación de estas dos alternativas no era viable ni adecuada para las circunstancias. Desgraciadamente, lo que se aprobó en París no fué otra cosa que tal combinación de principios irreconciliables.

Es preciso no olvidar en los Estados Unidos que, cuando Clemenceau, en nombre de Francia, retiró su demanda de que los franceses controlaran la ribera izquierda del Rin, lo hizo solamente porque el Presidente Wilson y Lloyd George le ofrecieron tratados que garantizaban las fronteras de Francia. Cuando dichos tratados quedaron sin efecto debido a que no se ratificó el Tratado de Garantías propuesto por los Estados Unidos, la política inglesa, que favorecía la más indulgente de las alternativas arriba mencionadas, comenzó a apartarse cada vez más de la francesa. Los alemanes no tardaron en sacar todas las ventajas posibles de tal discrepancia en materias de política fundamental. El poco control que Francia e Inglaterra hubieran podido ejercer todavía sobre Alemania, se esfumó como resultado de esta falta de unidad de acción.

El tercero de los problemas principales que suscitó el Tratado de Versalles fué la actitud de los Aliados con respecto a Rusia. El colapso de la resistencia rusa en la primavera de 1917 contribuyó necesariamente a la prolongación de la guerra, pues permitió a Alemania concentrar toda su fuerza militar en el frente occidental. El Tratado de Brest-Litovsk produjo indignación y espanto en la opinión pública aliada. El carácter revolucionario de las doctrinas que emanaban de la Rusia comunista provocó un pánico casi histérico en la Europa occidental y en el Nuevo Mundo, pánico igualado

sólo por el horror que causaban los ataques de los bolcheviques a la religión y las ejecuciones en masa que estigmatizaron los primeros años del régimen soviético. A Rusia se la trataba como a un leproso o a un paria entre las naciones. Y los propagandistas alemanes no perdieron ninguna oportunidad para sacar ventajas de la excomunión de Rusia por las naciones aliadas.

Los gobiernos aliados subestimaron gravemente el enorme entusiasmo y la profunda adhesión que el nuevo gobierno había despertado entre las masas del pueblo ruso. Ahora es fácil, en verdad, darse cuenta de la inepcia de la política aliada en su intento de combatir al gobierno soviético proporcionando ayuda militar a los grupos de oposición dentro de Rusia. No podía haberse calculado nada mejor para provocar una reacción nacionalista favorable a las autoridades soviéticas.

Lo que resulta más difícil de comprender es la decisión de los líderes aliados de tratar de resolver los problemas europeos y asiáticos, tanto políticos como territoriales, con absoluta prescindencia de Rusia. Ninguno de los planes trazados para la reconstrucción de Polonia y para la creación de nuevos estados en el este y noreste de Europa tuvo en cuenta, en forma verdaderamente sensata, la posibilidad de que la nación más directamente afectada —que era, por lo demás, potencialmente la más grande y la más poderosa de Europa— saldría algún día de su eclipse internacional y exigiría que se respetaran sus derechos. La risible conferencia de Prinkipo entre representantes aliados y soviéticos, que sin entusiasmo patrocinaran Wilson y Lloyd George, fué el único esfuerzo encaminado a considerar tal contingencia. Se dispuso de territorios que habían estado durante siglos bajo la dominación rusa y que todas las naciones consideraban partes integrantes de la Gran Rusia, sin tomar en consideración los derechos de Rusia y sin pensar ni por un momento en lo que ésta podría hacer algún día para recuperarlos.

Gran Bretaña fué el primer país que se repuso de este ataque de amnesia. Un año apenas después de Versalles, ante la indignación del gobierno francés, Inglaterra establecía relaciones comerciales directas con el gobierno soviético. Pasaron muchos años, sin embargo, antes de que las demás grandes potencias aliadas —la última de las cuales fueron los Estados Unidos— comprendieran el hecho de que, por mucho que reprobaran su política exterior o interior, Rusia no podía ser ni sería ignorada.

Estos tres errores fundamentales de la política aliada, o sea, los cometidos tanto al proyectar como al dar forma a la Sociedad de las Naciones, la falta de unidad y firmeza en el tratamiento de Alemania, y el haber hecho caso omiso de Rusia, contribuyeron plenamente al fracaso de los hermosos planes de 1919 para crear un mundo cada vez más pacífico y estable.

Si se intenta aprovechar la lección de la experiencia de 1919 en la formulación de la paz venidera, es preciso no olvidar ciertas ecuaciones puramente humanas. Por ejemplo, nunca hubo un verdadero entendimiento o contacto intelectual entre los representantes de las cuatro grandes potencias de 1919. Clemenceau decía encantado de Lloyd George que era el individuo más ignorante que había conocido. No puede negarse la notoria ignorancia de Lloyd George en lo referente a la geografía de Europa y a los problemas raciales y económicos de la Europa central y oriental. No le importaba gran cosa el efecto que las decisiones de entonces podrían tener sobre las futuras generaciones: su actitud durante las negociaciones fué motivada por la determinación, muy británica, de conseguir el mayor número posible de ventajas inmediatas para el Imperio, y por su resistencia a aceptar cualquier condición o arreglo que pudiese comprometer su popularidad en Inglaterra.

Los escritores y estadistas europeos censuraron acremente al Presidente Wilson por su determinación inconmovible de que los Estados Unidos no firmarían ningún tratado de paz en que no estuviese incluído el Pacto de la Sociedad de las Naciones, y es indudablemente cierto que la Conferencia de Paz se prolongó por lo menos dos o tres meses debido a esta

determinación suya. Pero si Wilson no hubiera insistido en este punto (dando por descontado que su error inicial y fatal fué el no haber conseguido que los Aliados llegaran a un acuerdo respecto al Pacto antes del Armisticio), no habría habido Sociedad de las Naciones. Considerando la actitud que adoptó el Senado de los Estados Unidos, habríamos tenido solamente una débil y recelosa alianza militar entre Gran Bretaña, Francia e Italia, en la cual los países pequeños de Europa y las demás naciones del mundo no habrían tenido voz ni participación algunas.

No cabe duda que el más realista y consecuente de los "cuatro grandes" fué Clemenceau, quien nunca cejó en su determinación de obtener seguridad y reparaciones para Francia. A pesar de que las seguridades que obtuvo mediante los Tratados de Garantía angloamericanos no tardaron en resultar ilusorias, y de que, conforme lo había previsto Foch el día en que se firmó el Tratado de Versalles, las reparaciones estipuladas se redujeron a nada, en el verano de 1919 el pueblo francés y el resto del mundo estaban convencidos de que Francia había logrado sus propósitos. Si bien hoy en día la figura de Orlando, el representante italiano, parece no ser más que una pálida sombra en las páginas de la historia, la indignación provocada en Italia por Woodrow Wilson al negarse a aceptar en su totalidad las pretensiones territoriales italianas poco contribuyó a fomentar la armonía entre el representante italiano y los demás miembros de las cuatro potencias. Además —y es este un punto en el que nunca se insistirá lo bastante— la confianza en los delegados a la Conferencia de la Paz comenzó a debilitarse: a pesar de que en los Catorce Puntos el Presidente Wilson había hablado de "pactos públicos, fruto de discusiones públicas", el secreto absoluto y sistemático que envolvió todas las fases de las negociaciones fué una completa negación de tales promesas durante todo el tiempo que duró la Conferencia. El secreto, impuesto por Wilson y Lloyd George a causa, en parte, de su temor de que cualquiera información sobre la Conferencia pudiese ser usada en detrimento de su prestigio político en

sus respectivos países, llegó a tales extremos que hasta los demás miembros de la delegación norteamericana, con excepción del Coronel House, ignoraban totalmente lo que ocurría en las discusiones. Pero lo peor y aun más intolerable fué que los delegados de las pequeñas naciones aliadas no pudieron obtener absolutamente ninguna información acerca de los términos del tratado de paz hasta que se les sometió el documento final para su firma. En cuanto a los representantes de las repúblicas americanas aliadas, su única actividad se limitó, según me lo expresaron algunos de ellos muy gráficamente, a charlar en los corredores de los hoteles en espera del señalado privilegio, nada frecuente, de permanecer en las antesalas exteriores del Quai d'Orsay para recoger rumores de lo que los Cuatro Grandes pudieran estar diciendo.

Con excepción de unos pocos como Venizelos, de Grecia, y el General Smuts, que, por el valor intrínseco de su carácter y por su capacidad intelectual, se hicieron acreedores al respeto y la consideración de los cuatro dirigentes, ninguno de los delegados de las pequeñas naciones tuvo oportunidad de discutir ningún punto de importancia general, salvo en cuanto afectaban directamente a sus intereses nacionales. Y en estos casos la oportunidad de "discutir" que se les concedió no era otra que la de "escuchar" lo que "Los Cuatro Grandes" ya habían decidido.

La inevitable consecuencia del secreto que envolvía el trabajo de la Conferencia como una niebla espesa, fué que la opinión pública se predispuso en contra de los resultados de la Conferencia aun antes de que hubiera resultado alguno. Nada tiene de extraño que en tales condiciones circularan mitos y rumores en vez de la verdad. La prensa publicaba las versiones más fantásticas sobre las promesas que hacía el Presidente Wilson en nombre de su gobierno, sobre el supuesto abandono de la soberanía de los Estados Unidos y sobre la forma en que Wilson estaba prostituyendo los principios establecidos en los Catorce Puntos. Algunos periódicos de países europeos, que deseaban debilitar la influencia de Wilson, con la esperanza de que sus gobiernos pudieran obte-

ner más fácilmente las ventajas egoístas que pretendían, llegaron a extremos aun mayores.

El único antídoto hubiera sido dar a conocer la verdad, pero a medida que pasaba el tiempo se tomaban disposiciones aun más estrictas para impedir que se supiera lo que pasaba. Como consecuencia, muchos millones de ciudadanos de los Estados Unidos, que al comienzo de las negociaciones habían apoyado decididamente los ideales que predicaba Wilson, descubrieron, cuando apenas mediaba la Conferencia, que no sólo estaban inciertos y confusos, sino cada vez más escépticos acerca de las posibilidades de una colaboración internacional fructífera. Nunca fué más necesaria que entonces la publicidad más completa, dentro de los límites razonables que requiere cualquier negociación, para asegurar el éxito de las finalidades que se buscaban; y sin embargo, en ninguna conferencia internacional han tenido el público y la prensa menos orientación y oportunidad de conocer la verdad.

No debemos olvidar, por último, que los principales negociadores del tratado de Versalles eran un grupo de hombres fatigados y llenos de preocupaciones. La tensión en que trabajaban, los continuos ataques de prensa de que eran objeto, tanto en sus respectivos países como en París, las maniobras políticas dirigidas contra ellos durante su ausencia, y, sobre todo, la creciente exigencia popular de que se ordenara una pronta desmovilización y se firmara inmediatamente un tratado de paz —cualquiera que fuese— los agobiaba día y noche.

Para muchos de los grupos liberales de los países aliados, la creación de la República alemana —la República de Weimar, como se ha dado en llamarla—, trajo consigo la esperanza de que había comenzado el milenio en el que el león alemán del pasado se convertiría automáticamente en el cordero alemán del futuro. Si hubiera habido más hombres como Karl Liebknecht, el futuro de Alemania y del mundo podría haber sido diferente. Lo que en realidad sucedió fué que, detrás de la fachada de la República de Weimar, los grupos responsables de la catástrofe de 1914 siguieron tan activos y poderosos

como antes, salvo que en vez de actuar públicamente decidieron que era más oportuno trabajar por un tiempo entre bastidores; siguieron la misma estrategia que siguió Prusia cuando logró eludir las condiciones que le impusiera Napoleón I.

Las condiciones impuestas por Napoleón, lo mismo que las condiciones del Tratado de Versalles, estipulaban que la maquinaria militar prusiana se redujera a una cifra mínima. Los prusianos junto con aceptar la cifra, adoptaron el sistema militar inventado por Scharnhorst, mediante el cual todos los conscriptos en el ejército eran reemplazados por nuevos reclutas al cabo de corto tiempo. De modo que después de pocos años, todos los alemanes en edad de cargar armas habían recibido un entrenamiento militar intensivo. Así se burló la finalidad del edicto de Napoleón.

Exactamente el mismo propósito inspiró a los hombres que operaban a la sombra del gobierno de Weimar. El plan fué bien pensado y dispuesto, y se ejecutó con la eficiencia organizadora que es una de las características sobresalientes de la mentalidad alemana. Al poco tiempo, las fuerzas a quienes los realizadores del plan representaban —el Estado Mayor, los grandes industriales y la mayoría de los antiguos líderes políticos—, creyeron, con razón, que ya podían desentenderse sin peligro de las obligaciones impuestas por el Tratado de Versalles. El razonamiento que se hacían los dirigentes de la nueva política alemana era que, si Alemania no cumplía con sus obligaciones, podría obtener alguna ventaja en nueve de cada diez casos, y que aun en el décimo caso nada perdería que valiera la pena.

El tratado estipulaba que Alemania estaba obligada a entregar a las autoridades militares aliadas, antes del 10 de marzo de 1920, todos los materiales de guerra que excedieran el mínimum fijado. Esta obligación no se cumplió, y en julio de 1920 los gobiernos aliados descubrieron que aún había millares de aeroplanos y gran cantidad de material de guerra en poder de los alemanes. Pero los gobiernos, en lugar de iniciar una acción positiva, accedieron a las instancias de Inglaterra y concedie-

ron a Alemania un nuevo plazo de seis meses para que cumpliera con sus compromisos.

Los términos del tratado también obligaban a Alemania a reducir el *Reichwehr* a un máximum de cien mil hombres. No solamente no se cumplieron estas estipulaciones, sino que mediante la creación de organizaciones, ostensiblemente policiales, las fuerzas armadas que existían en Alemania dieciocho meses después del Tratado de Versalles eran ocho veces mayores que el máximum prescrito. Por ejemplo, en el verano de 1921, existía solamente en Baviera una fuerza armada de por lo menos trescientos mil hombres, contando el *Einwohnerwehr*. Lloyd George confesó por esa fecha ante la Cámara de los Comunes que los informes eran ciertos y que las llamadas "fuerzas irregulares" no solamente estaban armadas con rifles y ametralladoras, sino que, según se creía, disponían también de una buena cantidad de cañones.

Los gobiernos aliados se convencieron pronto de que esta situación era el resultado de un plan cuidadoso y sistemático del Estado Mayor alemán; de que la organización alemana *Reichstreuhandgesellschaft,* establecida con el consentimiento de los Aliados para entregar el material de guerra alemán a los jefes militares aliados, era la que se encargaba de suministrar armamentos a las fuerzas militares mencionadas; de que estas tropas estaban destinadas a formar el núcleo del futuro ejército alemán, y de que se estaban burlando abiertamente las estipulaciones del Tratado de Versalles, destinadas a reducir a la impotencia el poder militar de Alemania.

Los gobiernos aliados habían convenido unánimemente en el desarme de Alemania. Como se ha visto, Foch accedió a no ocupar militarmente a Alemania sólo en razón de las cláusulas sobre desarme que se incluyeron en el Armisticio. Sin embargo, con la excepción de Francia, no se hizo ningún esfuerzo en el sentido de velar por que Alemania cumpliera efectivamente las condiciones de desarme.

Igualmente escandalosa fué la manera en que Alemania eludió el pago de las reparaciones. Una y otra vez dejó de cumplir sus compromisos de entregar a los Aliados materias

primas, tales como carbón, y las reiteradas concesiones de los Aliados, hechas siempre por insistencia de Inglaterra, resultaban invariablemente en perjuicio de Francia. Pronto se creó la impresión de que Gran Bretaña había asumido el papel de árbitro o, por lo menos, de mediador, entre Francia y Alemania, en lugar de actuar como aliado militar de Francia para exigir que se cumplieran las terminantes disposiciones del Tratado de Versalles.

Dígase lo que se diga sobre la incapacidad de los alemanes para comprender la psicología de otras naciones, hay que reconocer que la propaganda alemana después de la derrota de 1918 fué extraordinariamente eficaz. La queja constante de los voceros alemanes, de que Alemania cumplía escrupulosamente los términos del Tratado, pero que su cumplimiento representaba la miseria de millones de seres inocentes, especialmente de mujeres y niños, exaltaba la encomiable simpatía que sienten los pueblos anglosajones por el débil. La opinión pública, no solamente en Gran Bretaña, sino también en los Estados Unidos, reaccionó rápidamente ante estas quejas de los alemanes, y cuando Francia pedía el apoyo de los ingleses para obtener el estricto cumplimiento por parte de Alemania de las obligaciones estipuladas en el tratado, a menudo se le respondía que la acción de Francia obedecía a ambiciones territoriales a expensas de Alemania, o bien que cualquiera acción debería intentarse por intermedio de la Sociedad de las Naciones.

Una de las pocas ocasiones en que a la falta de cumplimiento por parte de Alemania de las obligaciones impuestas por el Tratado de Versalles siguió una acción firme en lugar de las concesiones de costumbre, fué cuando Francia, por su propia iniciativa, ocupó Frankfurt y Darmstadt en la primavera de 1920. Pero en esta oportunidad no sólo se produjo una violenta reacción de la opinión pública en los Estados Unidos, sino que también el Primer Ministro inglés, en un comunicado oficial, declaró que los demás gobiernos aliados desaprobaban la acción de Francia. (Es interesante recordar en este caso que, cuatro días después, los gobiernos de Polonia

y Bélgica declararon públicamente que aprobaban la acción de Francia, y que el gobierno italiano se negó a hacer declaración alguna.)

La seguridad de Francia dependía de que sus antiguos aliados colaboraran con ella en la tarea de obligar a Alemania a cumplir rigurosamente con las condiciones del Tratado de Versalles, y de que la Sociedad de las Naciones estuviera en condiciones de ofrecerle las garantías adicionales que pudiera necesitar.

La indiferencia con que los demás gobiernos aliados permitían que Alemania dejara de cumplir impunemente sus obligaciones, tanto militares como materiales, disipó rápidamente la primera de dichas garantías. En cuanto a la Sociedad de las Naciones, el que pudiera ofrecer garantías dependía de su capacidad para utilizar la fuerza de la opinión pública. En realidad, la posibilidad de aplicar sanciones, ya fueran militares o económicas, se hacía cada vez más remota a medida que pasaban los años y aumentaban las divergencias entre la política francesa y la inglesa. Además, durante los tres o cuatro años que siguieron a la inauguración de la Sociedad, la pasión de Lloyd George por lucirse en el estrado de las conferencias internacionales, convirtió a Europa en escenario de un gran número de ellas. Fueron muy pocas las que se reunieron con suficiente preparación, y menos aun las que tuvieron resultados positivos. Los problemas discutidos en estas conferencias eran del desorte de la Sociedad de las Naciones, y el que la Sociedad no se ocupara de los asuntos para los cuales había sido especialmente creada contribuyó a minar su prestigio en una época en que no debería haberse escatimado ningún esfuerzo para robustecer su autoridad.

Las pequeñas naciones de Europa fueron perdiendo poco a poco su fe en la Sociedad, fenómeno que se pudo observar principalmente en el caso de los nuevos estados europeos creados por el Tratado de Versalles. En tales circunstancias, nada era más natural que Polonia recurriera a Francia y no a la Sociedad de las Naciones cuando se vió en peligro de ser derrotada por Rusia en 1920; o que la Pequeña Entente

formada por Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania, buscara también la ayuda de Francia contra el poder resurgente de Alemania. En efecto, no es de extrañar que estas pequeñas naciones, que, de acuerdo con la intención de los fundadores de la Liga, deberían haber sido capacitadas para dedicar todas sus energías a la realización de su estabilidad nacional, en la suposición de que aquélla sería capaz de garantizar su seguridad territorial, buscaran pactos económicos y militares con las grandes potencias cuando se convencieron de que la Sociedad de las Naciones no tenía seguridad material que ofrecerles.

La creación de los nuevos estados europeos por el Tratado de Versalles provocó una ola de nacionalismo. Era de esperarse que razas tan diversas como los checos, eslovacos, rutenios, croatas y eslovenos, que habían estado durante siglos bajo la dominación de Austria, quisieran disfrutar de la libertad que les concedieran las potencias aliadas. Muchos de ellos recobraban una libertad de la que no habían gozado en mil años. Polonia había estado dividida entre Rusia, Alemania y Austria durante cien años, y los patriotas polacos se sintieron felices de ver a su país restituído a la condición de Estado independiente. Desgraciadamente, no se concedió suficiente importancia al hecho de que los diferentes elementos que existían en Polonia, en quienes habían influído profundamente la cultura y el sistema de gobierno de los tres imperios que los habían dominado, necesitaban un largo período de amalgamación. Tampoco se tomó en cuenta el hecho de que antes de que el renacimiento de Polonia pudiera ofrecer el mismo grado de garantía y seguridad para todos los polacos, era preciso que cada uno de estos elementos pospusiera abnegadamente sus intereses inmediatos en beneficio de la obra común.

Muchos de los nuevos Estados, como en el caso de Checoslovaquia, se componían de pueblos que se habían visto obligados a llevar durante siglos la ingrata existencia de las minorías raciales; pero, con la creación de los nuevos Estados, se creó al mismo tiempo un número igual de nuevos problemas de minorías. Las minorías rumanas, que antes correspondían a Hungría, fueron transferidas a la nueva Rumania; sin

embargo, en la distribución de regiones y poblaciones, las minorías húngaras quedaron bajo el gobierno de Rumania. La única manera de solucionar el problema de las minorías habría sido tomar medidas radicales para efectuar el traslado pacífico de las poblaciones; pero este traslado se hizo solamente en el caso de las minorías turca y griega.

El desarrollo de un nacionalismo malsano en toda la Europa Central y Oriental convenció a los grandes potencias que dominaban el Consejo de la Liga de que no sólo deberían posponer indefinidamente el traslado de las poblaciones, sino que deberían abandonar también todos los esfuerzos ya iniciados para crear una federación del Danubio de carácter económico y financiero, que habría sido la única solución para el caos económico resultante de la desmembración del Imperio Austro-Húngaro.

La mayoría de los nuevos Estados se oponían violentamente a cualquier forma de federación del Danubio, por temor de volver al yugo austríaco o húngaro y a la hegemonía económica de Viena, de la cual se habían librado junto con librarse del imperio de los Habsburgos.

De los Estados de sucesión del Imperio Austro-Húngaro, fué Checoslovaquia el que se organizó más rápidamente, debido no sólo a las cualidades del pueblo checo, cuya energía, habilidad y capacidad para hacerse cargo de su propio gobierno son extraordinarias, sino también al prudente patriotismo del Dr. Masaryk, primer presidente de Checoslovaquia, y a la clara visión y dotes de gobernante del Dr. Benes, su ministro de Relaciones Exteriores. Entre todos los estadistas que surgieron en los nuevos países creados por el Tratado de Versalles, fueron éstos los dos más sobresalientes. El Dr. Masaryk, que había dedicado toda su vida a la causa de la libertad de su pueblo, era ya un hombre de avanzada edad cuando fué elegido presidente. Obligado a vivir en el destierro, había sido durante muchos años profesor en diversas universidades de los Estados Unidos. Cuando se trataba de los intereses del nuevo Estado era moderado, pero valiente; conciliador, pero firme. El Dr. Benes era infatigable, enérgico, y

tenía un conocimiento de la política europea que igualaban muy pocos de sus contemporáneos. Diferían en grado sumo la personalidad y habilidades que el Dr. Masaryk y el Dr. Benes pusieron al servicio de las tareas que se habían impuesto, pero sus cualidades se complementaban admirablemente.

A pesar de esto, aun en Checoslovaquia hubo agudas dificultades internas. El ajuste de las relaciones entre checos y eslovacos suscitó problemas inmediatos: el pueblo eslovaco estaba dividido con respecto a su cooperación con los checos, que unos deseaban, mientras otro grupo exigía inmediatamente completa autonomía bajo un sistema federal.

Desde un comienzo, los sudetes, la población de habla alemana incorporada dentro del nuevo Estado, crearon un problema que debilitó al país. Recuerdo claramente cuán agudo era el resentimiento entre los sudetes alemanes y los checos en las fronteras occidentales de la nueva república aun a comienzos de la década antepasada. Ya en aquella época, los banqueros e industriales de habla alemana se quejaban de que eran víctimas de discriminaciones, y acosaban a todo anglosajón dispuesto a oírlos con sus quejas por la insistencia del gobierno nacional de considerar el checo como idioma oficial.

Sin embargo, al menos en el campo del comercio, Checoslovaquia, gracias a su capacidad industrial y a las excepcionales condiciones para el trabajo de su población, pudo evitar los agudos problemas que inmediatamente confrontaron los otros nuevos Estados.

En Yugoslavia la asociación entre eslovenos, croatas y servios era precaria e inestable. A pesar de que sus líderes habían luchado muchos años para alcanzar la libertad de que ahora gozaban, y de que eran leales a la nueva nación, la juventud de cada una de las tres regiones que componían el reino federal se esforzaba por conseguir cada vez mayor autonomía, o bien predominio sobre las otras dos.

Polonia debía encarar no sólo un problema de minorías, sino también serios problemas económicos resultantes de las condiciones internas del país. Además, como todo polaco bien informado comprendía, los límites territoriales del nuevo Es-

tado tenían sus cimientos en lo que, casi inevitablemente, resultaría no ser otra cosa que un tembladeral. Por un lado, los polacos tenían que confrontar la enorme incógnita de la Unión Soviética y por el otro en sus fronteras occidentales se sentían quizás aun más inseguros. La Conferencia de París había decidido, muy lógicamente, que el nuevo Estado polaco no podría sobrevivir sin una salida propia hacia el mar; el arreglo imposible del Corredor Polaco fué la respuesta que se dió a las legítimas demandas de Polonia. De todo punto de vista, el Corredor Polaco no podía ser otra cosa que una fuente de fricción inevitable entre alemanes y polacos al correr de los años. Hoy es casi imposible comprender cómo los autores del Tratado, al crear el Corredor, pudieron pensar que habían hallado la solución permanente que buscaban.

Hungría, después de los cien días del régimen comunista de Bela Kun, se vió en la necesidad de establecer un nuevo sistema económico en vista de las mutilaciones territoriales que había sufrido; pero la aristocracia feudal impidió que se tomara la única medida que hubiera favorecido un desarrollo saludable, es decir, la división de los grandes latifundios. El nuevo problema de las minorías húngaras incorporadas a Rumania creaba también dificultades cuya solución Hungría solicitaba continuamente a la Sociedad de las Naciones; pero ésta se abstuvo sistemáticamente de resolverlas.

El ejemplo más elocuente de las dificultades que agobiaban a los Estados pequeños de la Europa Central y Oriental era el de la República Austríaca. El mismo día del armisticio, el Congreso provisional de la nueva Austria, dominado por el Partido Socialista, aprobó unánimemente una nueva constitución en la que se declaraba que la "Austria alemana" era parte integrante de la República alemana. La incorporación de Austria al Reich alemán fué aprobada inmediatamente por el nuevo gobierno de Alemania. Los líderes del gobierno austríaco, muy sagaces y sinceramente democráticos, vieron claramente que la nueva Austria, tal como había quedado organizada, no podría sobrevivir si se divorciaba económicamente de las demás regiones que habían constituído el antiguo

Imperio austríaco, y pensaban que su única probabilidad de existir residía en una federación económica con la nueva Alemania. Esta solución, sin embargo, estaba prohibida expresamente por el Tratado de Versalles. El único lenitivo para las aspiraciones austríacas era una cláusula del Tratado según la cual dicha prohibición podía ser derogada por el Consejo de la Sociedad de las Naciones. Pero, como la decisión del Consejo debía ser unánime, y como era seguro que Francia se opondría inevitablemente el "Anchluss" entre Austria y Alemania, y que la oposición francesa contaría siempre con el apoyo de los países de la Pequeña Entente, el pueblo austríaco tenía muy pocas esperanzas. Con el tiempo, y a pesar de que los primeros líderes de la República austríaca demostraron habilidad y patriotismo en sus esfuerzos por mejorar las condiciones políticas dentro del país, la situación económica y financiera empeoraba rápidamente. En algunas ocasiones, las grandes potencias y la Sociedad de las Naciones, aunque de mala gana, ayudaron financieramente al gobierno austríaco, con lo cual se postergó por un tiempo la falencia completa. En tales condiciones no era de extrañar que Austria insistiera en formar una federación económica con Alemania, y que este movimiento culminara en 1931, cuando Francia y Gran Bretaña se negaron formalmente a aprobar la unión aduanera con Alemania, que Austria había propuesto oficialmente.

Así las cosas, había una sola solución práctica y posible que tomara en cuenta las objeciones de Francia, de que cualquier forma de incorporación de Austria al Estado alemán constituía una amenaza a su seguridad, solución que consistía en la creación de una federación económica en el este de Europa semejante a la federación del Danubio propuesta en 1919. Cuando se logró finalmente que el gobierno francés apoyara la propuesta federación, como base de la política económica constructiva para Europa que había previsto Briand, era ya demasiado tarde; por esa fecha Alemania e Italia se sentían con poder bastante para oponerse a la realización de tal proyecto.

Una mirada retrospectiva revela claramente que la esta-

bilidad, la prosperidad y la existencia misma de los Estados de sucesión dependían de que la Sociedad de las Naciones fuera capaz de hallar una solución que les garantizara su seguridad económica. La Sociedad debía garantizarles también su integridad territorial para que concentraran todas sus energías en el estudio y solución de sus problemas internos. El primero de estos objetivos se vió frustrado al fracasar la Sociedad en su empeño de crear una federación económica en el este o en el sudeste de Europa; y el segundo, igualmente indispensable, no pudo ser factible en ningún momento, ya que la Sociedad nunca desarrolló la fuerza necesaria para asegurar la integridad territorial de los nuevos Estados.

En 1924, Eduardo Herriot llegó a ser Primer Ministro de Francia como líder de una combinación de los partidos de izquierda. Su principal objetivo en política exterior fué armonizar las relaciones entre los gobiernos de Inglaterra y Francia. Estaba convencido de que Francia no podía seguir una política eficaz con respecto a Alemania mientras ésta no se convenciera de que los dos gobiernos marchaban de acuerdo y que le sería, por lo tanto, imposible seguir sacando partido de sus discrepancias.

En una conferencia celebrada en Londres en 1924, en la cual Alemania estuvo representaba por primera vez después de la guerra, Herriot, de acuerdo con esta política, intentó armonizar los desacuerdos que se habían producido entre Francia y Gran Bretaña con respecto a las reparaciones.

Fué el mismo objetivo el que lo indujo a ordenar la inmediata evacuación del Ruhr por los franceses. El Mariscal Foch le había asegurado que, desde el punto de vista de la seguridad militar, la ocupación del Ruhr debilitaba en vez de reforzar la posición de Francia, y que así como la ocupación de la orilla izquierda del Rin era absolutamente necesaria desde todo punto de vista militar, la ocupación francesa del Ruhr era contraproducente.

Como resultado de la política de Herriot, el gobierno alemán creyó que había llegado la hora de poner en práctica las maniobras de Gustavo Stresemann, jefe del Partido Popular

alemán y entonces Ministro de Relaciones Exteriores, con las que tantas veces había de engañar al público anglosajón respecto de las verdaderas intenciones alemanas y de sus objetivos finales. El 9 de febrero de 1925, Stresemann envió a Herriot, por conducto de la embajada alemana en París, un memorándum que decía en parte:

> "Al considerar las diferentes posibilidades que hoy existen para la solución favorable del problema de la seguridad, se podría seguir un camino semejante al indicado en la proposición que formuló en diciembre de 1922 el entonces Canciller del Reich, Herr Cuno. Alemania podría, por ejemplo, adherir a un pacto por el cual las potencias directamente interesadas en el Rin, es decir, Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, se comprometieran solemnemente ante el gobierno de los Estados Unidos a no recurrir a la guerra por un largo período, cuya duración podría determinarse más adelante."
>
> . . . .
>
> "Más aun, Alemania estaría dispuesta a aceptar un pacto que garantizara formalmente el status quo territorial en las márgenes del Rin. Dicho pacto podría contener las siguientes condiciones: que los Estados interesados en el Rin se obligaran recíprocamente a observar de manera rigurosa el status quo territorial del Rin y garantizaran el cumplimiento de este compromiso no sólo en conjunto, sino también por separado, y que cualquier infracción a este compromiso fuese considerada como causa de acción común y también como causa de acción individual."
>
> . . . .
>
> "Además, debería estudiarse la posibilidad de recomendar la redacción del pacto de seguridad

en tal forma que hiciera posible un convenio mundial en que participaran todos los Estados, tomando como modelo el Protocolo para la solución pacífica de controversias internacionales establecido por la Sociedad de las Naciones, de modo que, en caso de realizarse dicho pacto mundial, el pacto de seguridad pudiera tener su respaldo o formar parte integrante de él."

A Herriot se le censuró violentamente en su país cuando decidió evacuar el Ruhr. Herriot creía que Francia no debía dar ningún paso en el sentido propuesto por Alemania antes de que se hubieran consolidado las relaciones entre los gobiernos de Francia e Inglaterra. Por lo tanto, se inclinó a aceptar la opinión de sus consejeros, de que la proposición de Stresemann era en realidad una trampa de los alemanes, y en su respuesta al gobierno alemán se limitó a acusar recibo del memorándum y a declarar que, antes de dar ninguno de los pasos propuestos, Francia tendría necesariamente que consultar a sus aliados. Por su parte Herriot estaba convencido, además, de que un plan semejante dependía primeramente del ingreso de Alemania a la Sociedad de las Naciones.

Cuando, a fines de 1925, Briand sucedió a Herriot como Primer Ministro, se envió una respuesta más amplia a la gestión alemana en la cual se decía explícitamente que no era posible discutir un acuerdo de tal naturaleza mientras Alemania no fuera miembro de la Sociedad. Briand exigía también que se incluyera a Bélgica en cualquier compromiso de esa índole. Estas negociaciones fueron los primeros pasos que condujeron al Tratado de Locarno.

En octubre de 1925, en Locarno, Suiza, los gobiernos de Alemania, Bélgica, Inglaterra, Francia e Italia, junto con los gobiernos de Polonia y Checoslovaquia, firmaron una serie de protocolos en los que se reiteraba su intención de buscar una solución pacífica a todas sus disputas y se estipulaba que Francia, Alemania, Gran Bretaña e Italia garantizarían en conjunto las fronteras de Francia, Alemania y Bélgica. El

público, jubiloso, dió los honores de la jornada a Stresemann, Briand y Austen Chamberlain.

Los acuerdos firmados en Locarno fueron aclamados por todo el mundo como un gran triunfo. Como en la época de la firma del Pacto Kellogg-Briand, renació en todas partes la convicción de que la paz sería eterna. Al considerar ahora ese entusiasmo, cabe preguntarse, sin embargo, por qué, si las disposiciones del Pacto de la Sociedad de las Naciones, firmado escasamente seis años antes, valían algo más que el papel en que estaban escritas, se ponía tanta confianza ahora en las mismas disposiciones, redactadas casi en los mismos términos, a excepción de que en ellas participaba Alemania, por el solo hecho de haber sido reproducidas en Locarno. Si, como ya estaba acordado, Alemania iba a ingresar en la Sociedad de las Naciones y a obligarse por lo tanto a aceptar los términos del Pacto, ¿qué mayores seguridades podían esperarse?

En realidad, el único resultado práctico de los tratados de Locarno fué debilitar aun más la autoridad de la Sociedad de las Naciones, ya muy desprestigiada, y alentar en las democracias occidentales la creencia de que las rayas del tigre alemán se habían borrado para siempre.

Día a día, especialmente en los Estados más pequeños de Europa, ganaba terreno la convicción de que la Asamblea de la Liga era un lugar muy útil para que los delegados se desahogaran, pero que, cuando había necesidad de encontrar soluciones efectivas para problemas fundamentales, el único medio valedero era negociar convenios bilaterales o multilaterales en que estuvieran incluídas las grandes potencias. Es una extraña anomalía que durante los diez años que siguieron al Tratado de Versalles, las únicas naciones de Europa que parecían tener fe en la Sociedad como organismo capaz de estabilizar al mundo fueran las naciones que no habían participado en la guerra. En las actividades de utilidad práctica de la Liga eran las naciones escandinavas, Holanda o Finlandia, las que generalmente tomaban la directiva y aportaban una cooperación eficiente.

El estado de cosas en la Europa Central y Oriental, y más

tarde en el resto del mundo, se complicaba gravemente por lo que al principio parecía un fenómeno transitorio —la emergencia del régimen fascista en Italia después de la llamada marcha sobre Roma que dirigió Benito Mussolini en 1922—. Desde 1919 hasta el otoño de 1922 la situación interna de Italia había sido extremadamente caótica. La crisis económica era gravísima y general. El sistema de partidos políticos se había desintegrado. El gobierno constitucional de Italia era, desde todo punto de vista, incapaz de hacer frente a la situación. La influencia de la monarquía y la del Vaticano eran ya impotentes. Las huelgas de carácter revolucionario se sucedían una tras otra. La ineficiencia de la industria, así como la del gobierno, había llegado a su límite. La opinión pública, que fuera de las grandes ciudades era fundamentalmente conservadora, buscaba una nueva panacea para los males de Italia. Se oponía al comunismo y deseaba cualquier forma de autoridad, como quiera que se llamase, con tal de que prometiese un mínimum de disciplina y eficiencia. De ahí que la mayoría del pueblo italiano, sobre todo los elementos reaccionarios y los grandes intereses industriales y bancarios, recibieran gustosos la dictadura de Mussolini, que debieron soportar durante 22 años y que, finalmente, llevó al pueblo italiano al desastre.

En los primeros años de la dictadura fascista pudo observarse inmediatamente mayor disciplina y eficiencia. Adormecidos por algunas mejoras materiales, la mayoría de los italianos aceptaron temporalmente hechos tan funestos como la supresión gradual de la libertad de palabra, la destrucción continua del gobierno representativo, el número creciente de asesinatos y destierros políticos decretados por los fascistas, la ambición de poder cada vez mayor del líder fascista y la insaciable corrupción de sus secuaces.

El fenómeno clásico que se observa casi siempre en la historia de las dictaduras del Viejo Mundo apareció nuevamente en la historia del fascismo. En un comienzo la dictadura se limita a los asuntos internos, lo cual desencadena la oposición dentro del país; para calmar la oposición interna, el dictador trata de estimular un patriotismo artificial buscando gloria en el exterior. No pasó mucho tiempo antes de que Mussolini dominara a Austria y tratara de dominar a Yugoslavia, y así, cuanto más crecía su impopularidad dentro del país, mayor era su jactancia en el terreno internacional.

Pero el peor aspecto del fascismo fué el efecto que produjo en las mentes confusas de muchos desorientados de Europa. En España, la dictadura de Primo de Rivera tuvo su verdadero origen en el fascismo. Más tarde, la dictadura de Franco se gloriaba de copiar servilmente los métodos fascistas, e igualmente muchos de los pequeños países de la Europa oriental comenzaron a imitarlos; no puede negarse que el hitlerismo encontró en el sistema fascista italiano una de sus principales fuentes de inspiración.

Al principio, sin embargo, las grandes potencias, particularmente Gran Bretaña, dieron un suspiro de alivio. A su modo de ver, Italia había vuelto al orden y a la tranquilidad. El gobierno estaba en manos capaces de extirpar definitivamente el peligro comunista. Hasta los trenes cumplían exactamente sus itinerarios. Sólo más tarde, cuando salió a la superficie la segunda fase de la política fascista, es decir, la fase exterior, se comenzó a dudar de los resultados que tendría el experimento fascista. En Italia sólo un grupo pequeño de líderes, como Carlo Sforza, Benedetto Croce y Matteotti, y, en el resto de Europa, un número igualmente reducido de estadistas, tuvieron la suficiente perspicacia para ver, desde el primer momento, los peligros implícitos en el fascismo.

El ingreso de Alemania a la Sociedad de las Naciones era, indudablemente, el requisito primordial para la pacificación de Europa. Cuando por fin se realizó, a pesar de que despertó una oleada de optimismo, era ya, en realidad, demasiado tarde. Es posible que la entrada de Alemania a la Sociedad de las Naciones en 1921 o 1922 hubiera incrementado la fuerza de los escasos y débiles elementos que, dentro de Alemania, trabajaban por una cooperación pacífica dentro de un mundo organizado. Pero en 1926 los grupos partidarios de la revancha y del pangermanismo habían ganado demasiado

terreno en el campo político. De 1925 a 1929 la prosperidad económica de Alemania, debida principalmente a los cuantiosos préstamos de los banqueros ingleses y norteamericanos, evitó que se desarrollara mucha agitación popular en favor del desquite militar. Pero cuando acabó la prosperidad alemana en 1929, desapareció con ella toda esperanza de apoyo popular para una política de cooperación pacífica.

Fué esa más o menos la época en la cual surgió el nacionalsocialismo como factor dominante. Los años de la crisis económica mundial y la crisis que, una vez más, afligía a todas las clases sociales de Alemania, ofrecieron al partido nazi su primera gran oportunidad. En las primeras elecciones nacionales en que participaron, los nazis sólo obtuvieron unos 800.000 votos; en 1930, en cambio, el Partido Nacional Socialista obtuvo seis millones y medio de votos. Convencidos sin esfuerzo de que su miseria se debía principalmente al Tratado de Versalles y de que Hitler, el profeta nazi, los libraría de esa desdicha, tres años más tarde las masas alemanas no sólo dieron completo control del gobierno a Hitler y al régimen nazi, sino que sancionaron la desaparición de todo vestigio de la República alemana y de su derecho a gobernarse a sí mismos.

Hoy en día parece extraño recordar la indiferencia con que el resto del mundo aceptó ese ominoso cambio. Fueron muy pocas las personas —y, cosa curiosa, rarísimas en las cancillerías de las democracias occidentales—, que vieron en Hitler el precursor de la fuerza más perniciosa que había engendrado Europa después de la primera guerra mundial, y que, teniendo en cuenta la virilidad, la disciplina y las capacidades militares del pueblo alemán, destruiría la civilización si no se le ponía en jaque desde el primer momento. En muchas partes, sobre todo en los Estados Unidos, el interés popular se concentraba principalmente en las peculiaridades de Hitler y en el gran parecido entre su bigote y el de Carlitos Chaplín. Los hombres de negocios de todas las democracias de la Europa Occidental y del Nuevo Mundo vieron en el hitlerismo una barrera contra la expansión del comunismo y lo aceptaron gustosos en la confianza de que el imperio del

orden y de la autoridad en Alemania sería la mejor garantía para sus intereses. Los elementos más reaccionarios de la Iglesia lo acogieron con alabanza. Y, lo que es más extraño aun, hasta las organizaciones laboristas en Alemania creyeron que sería posible llegar a un arreglo amistoso entre las uniones obreras y el régimen nazi, aunque, a los pocos meses, ya habían descubierto su lastimoso error.

En el caso de Hitler, lo mismo que en el de Mussolini, los ambiciosos, los reaccionarios y las personas sin perspicacia política acogieron su subida al poder con entusiasmo. Recuerdo aún que cierto embajador de los Estados Unidos ensalzó públicamente a Mussolini y lo llamó precursor de una nueva era de gloria, no sólo para el pueblo italiano, sino también para el resto del mundo civilizado.

Deberían haber bastado los seis primeros meses del gobierno de Hitler para revelar la verdad aun a los más cortos de vista. A las pocas semanas fueron abolidas todas las organizaciones del trabajo y comenzó la persecución de los judíos; todas las clases de la sociedad alemana fueron regimentadas; se derogaron todos los derechos individuales, y se destruyó toda forma de libertad personal, incluso la libertad de culto tan profundamente arraigada en la mayoría del pueblo alemán. Y a cada nuevo paso por el camino que los conducía a la etapa final de la más abyecta esclavitud, aumentaba el fervor y la adoración de las masas por su tirano.

El anuncio del retiro de Alemania de la Sociedad de las Naciones, hecho a los pocos meses de haberse proclamado Hitler jefe del Estado alemán, debería haber sido para todos los gobiernos una inequívoca señal de peligro. El hecho equivalía a anunciar que el rearme de Alemania no sólo había comenzado ya, sino que se llevaría hasta el límite. El lema de "Cañones en vez de mantequilla", había conquistado ya la imaginación del pueblo alemán; pero el resto del mundo apenas concedió importancia a estos hechos.

En los años anteriores al apogeo del hitlerismo, la Unión Soviética había aparecido poco a poco en el escenario europeo. Gran parte de la política exterior de Alemania, en los

años de la postguerra, estuvo encaminada a buscar una base de entendimiento con Rusia que contrarrestara la débil posición de Alemania en el oeste. El Tratado que negociaran en 1922 Walter Rathenau, Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, y el Comisario soviético Chicherin, marcó el primer triunfo diplomático de Alemania después de la guerra. Las potencias occidentales recordaban también que, cuando Alemania entró a la Sociedad de las Naciones en 1926, su ingreso quedó supeditado a la aceptación, por parte de la Unión Soviética, de las mismas obligaciones militares que la Liga pudiera imponer a Alemania.

Pero cuando la Unión Soviética entró a la Liga, hasta los más obcecados tuvieron que reconocer que Rusia era la única de las grandes potencias que parecía tomar en serio la Sociedad de las Naciones. El gobierno soviético parecía creer que el Pacto tenía verdadero valor, y que no debía considerársele como una pantalla tras de la cual cada país se dedicara a lograr sus propias ambiciones. El representante soviético ante la Sociedad de las Naciones era Máximo Litvinov, Comisario de Relaciones Exteriores, el mismo a quien, en 1920, cuando la Unión Soviética envió a Krassin a Londres para negociar el primer tratado comercial entre Rusia e Inglaterra, el gobierno inglés había impedido la entrada por considerarlo "extranjero indeseable". Sin embargo, es preciso reconocer, a la luz de los acontecimientos, que fué Litvinov el único gran estadista europeo que siempre estuvo en lo cierto durante los años que transcurrieron entre las dos guerras. Litvinov repitió insistentemente que "la paz es indivisible"; que los objetivos del Pacto de la Sociedad de las Naciones podían realizarse siempre que las potencias europeas respetaran sus disposiciones; que, con la agitación y el desorden crecientes, el desastre sería inevitable a menos que las potencias de Europa se decidieran a hacer cumplir las sanciones previstas en el Pacto.

Litvinov es un hombre brusco, a veces violento, pero nunca me ha parecido falso. Mientras representó a su gobierno ante la Liga, se esforzó con toda su gran habilidad por hacer que ésta cumpliera con sus objetivos. Jamás debe olvidarse que la

Unión Soviética no abandonó la Sociedad de las Naciones: fueron las grandes potencias que la manejaban en sus últimos años las que abandonaron a la Unión Soviética.

En 1931, el horizonte internacional se obscureció aun más cuando el Japón consideró que había llegado el momento de satisfacer sin peligro sus ambiciones y de extender su hegemonía en el continente asiático. Al apoderarse de las tres provincias de Manchuria, y decidir acto seguido retirarse de la Liga en vista de la moderada reprensión que ésta le hiciera, puso a la Sociedad de las Naciones ante la situación más difícil de su historia. El gobierno de Baldwin en Inglaterra se negó a aprobar ninguna acción enérgica; no se necesitaba más para que las fuerzas nacientes en Alemania e Italia se convencieran de la impotencia de la Sociedad de las Naciones ante el acto de agresión más flagrante y brutal.

El hecho de que la Sociedad de las Naciones se hubiera abstenido de actuar en este caso, fué la causa principal del ataque de Mussolini a Etiopía, del triunfo del fascismo en España y de que Hitler llevara adelante sus planes de crear, por la fuerza, la "Gran Alemania". Pocas decisiones han tenido consecuencias más fatales que la que adoptaron en 1932 los gobiernos de Gran Bretaña y Francia, al negar a la Sociedad de las Naciones los medios de hacerse respetar.

En el espacio de pocos años, pueblos y gobiernos se vieron arrastrados en un torrente cada vez más poderoso de acontecimientos y empujados hacia la tragedia final. Y, sin embargo, muchos líderes de las democracias occidentales fueron incapaces de apreciar la fuerza de la corriente, o de prever hacia dónde llevaría a la humanidad.

En 1934, decidido de antemano a declararlo sin valor tan pronto como le conviniese, Hitler firmó un pacto de no agresión por diez años con el gobierno polaco del Mariscal Pilsudski. Esto le dió a Hitler cierta seguridad temporal con respecto a la Unión Soviética y consolidó la posición de Alemania en su frontera oriental.

En 1935, el plebiscito del Sarre, celebrado conforme a las disposiciones del Tratado de Versalles, había devuelto a Ale-

mania la región del Sarre por una mayoría abrumadora de votos.

En 1936 Hitler realizó su primera maniobra encaminada hacia la creación de la Gran Alemania. Por esa fecha, el Estado Mayor Alemán estaba enteramente de acuerdo con el Fuehrer. El objetivo final de Alemania era recobrar completa soberanía sobre la parte de sus fronteras occidentales todavía sujetas a las restricciones del Tratado de Versalles, Dantzig y Memel; recuperar las ex provincias alemanas que ahora formaban parte del Corredor Polaco, e incorporar a Alemania las poblaciones alemanas de Checoslovaquia y de las regiones del antiguo imperio austrohúngaro que ahora formaban la República austríaca. El primer paso fué la ocupación de la Renania. Es un hecho fidedigno que Hitler vaciló más en esta ocasión que en ningún otro momento de su carrera. Sus oficiales también estaban indecisos, pero al fin se tomó la resolución, y las provincias renanas fueron ocupadas y remilitarizadas en el acto.

Francia y Gran Bretaña permanecieron impasibles.

El gobierno de Francia, aunque incitado por la opinión pública francesa a tomar alguna iniciativa, se mostró débil y vacilante. Consultó a Londres, y halló que el gobierno británico tenía que hacer frente a la opinión pública inglesa, cuyo sentir era muy diferente del de Francia. Para la mayoría de los ingleses se trataba simplemente de la ocupación por el gobierno alemán de un territorio que antes había pertenecido a Alemania. El pueblo inglés, como el de los Estados Unidos, no se dió cuenta de que si las potencias occidentales permitían que Hitler llevara a cabo sus planes, se acabaría el Tratado de Versalles, y la Sociedad de las Naciones reconocería tácitamente que Alemania era dueña de desafiar a toda Europa en cualquier momento, tan pronto como se creyera lo bastante poderosa para hacerlo. Esta actitud fué considerada por Hitler como una notificación de que podía seguir adelante impunemente.

Hitler dejó de lado toda prudencia y continuó armándose desembozadamente. En Berlín se celebraban paradas y más

paradas en las cuales se mostraba con ostensible orgullo a los representantes de las potencias extranjeras los nuevos tipos de equipo militar que no valía la pena mantener en secreto. El plan de cuatro años, cuyo resultado inmediato fué consolidar la organización civil y militar, preparó a Alemania para la guerra, estimuló la producción de sustitutivos de materias esenciales y permitió importar y acumular, en forma apresurada pero muy eficiente, enormes cantidades de materias primas de valor estratégico.

Las sanciones puramente nominales que a regañadientes habían sido impuestas a Mussolini durante la guerra de Etiopía, hicieron ver a éste la conveniencia de buscar el apoyo del país al cual Italia había tradicionalmente considerado como el mayor enemigo potencial de sus intereses nacionales. En 1937, un año después que Alemania y el Japón firmaron el Pacto Anti-Comintern, se proclamó el Eje Roma-Berlín. Con la creación del Eje cometió Mussolini el error más fatal de su carrera, pues renunció a su política de utilizar a Austria como una valla contra Alemania y dió a Hitler la preponderancia sobre aquel país, a cambio de la promesa del Fuehrer de ayudar a Italia en su expansión territorial tanto en el este como en el norte de Africa y en la cuenca del Mediterráneo.

Como parte integrante de su política de expansión y dominio mundiales, el gobierno alemán, usando los métodos tortuosos, pero muy eficaces, ideados por economistas de la talla del Dr. Hjalmar Schacht, se lanzó en un plan de control y penetración económicos que obligó a las pequeñas naciones de Europa, a los Balcanes y a muchas de las repúblicas de Sur y Centro América que dependían en gran parte del mercado alemán para su comercio de exportación, a recibir mercadería alemana con preferencia a la de otras naciones En el fondo, se trataba de un sistema de trueque forzoso, pues los que vendían y exportaban productos a Alemania sólo podían recibir en pago cierto tipo especial de cambio, el cual, a su vez, sólo podía utilizarse para comprar en Alemania ciertas y determinadas categorías de manufacturas alemanas. Desaparecieron de este modo todos los beneficios resultantes

de un sistema de intercambio triangular o multilateral, y Alemania logró una posición financiera y comercial dominante que no solamente aumentó su influencia en muchos países pequeños, sino que, al mismo tiempo, aumentó también su poder político en dichos países. Además, el sistema resultó utilísimo como un medio de preparar el terreno para actividades subversivas y espionaje militar.

A medida que pasaban los meses, Hitler recurría cada vez más al plan que con tanta vanidad había proclamado en *Mein Kampf* y al cual el mundo, tan ingenuamente, se empeñó en no dar importancia. De acuerdo con este plan, Alemania firmaba tratados con otras naciones con el único objeto de engañarlas. Una de las características más notables del período de anteguerra fué el éxito y la facilidad con que Hitler usó esta táctica constantemente. Una y otra vez Hitler violó sus solemnes promesas oficiales, y una y otra vez aparecía un nuevo incauto que deseaba firmar con él un tratado idéntico al que aquél acababa de violar.

Un caso de esta índole fué el acuerdo naval firmado por Hitler con Inglaterra en 1935. El convenio estipulaba que el tonelaje de la flota alemana de superficie no debería exceder el 35 por ciento del tonelaje de la flota inglesa. Gran Bretaña hizo este pacto sin notificar previamente a Francia y en contravención con los acuerdos existentes entre los dos países; sin embargo, ciertos sectores de la opinión pública inglesa aplaudieron el convenio con entusiasmo. Como todos los tratados de Hitler, éste fué violado en cuanto hubo satisfecho su propósito.

Por esa misma fecha, la propaganda alemana pedía la devolución de los colonias que Alemania había perdido en la primera guerra mundial. Hitler y Goebbels repetían constantemente que el "lebensraum" en Europa, el abandono de la política de cerco que atribuían a Gran Bretaña y Francia, y la devolución de sus antiguas colonias, era todo lo que pedía Alemania para ser un miembro pacífico y cooperador en la familia de las naciones. Sin embargo, cada vez que los gobiernos de Francia e Inglaterra manifestaban estar dis-

puestos a discutir en principio la cuestión colonial, Hitler y sus agentes replicaban que no era un asunto urgente, y que podía tratarse dentro de cinco o diez años. Uno de los rasgos más extraordinarios de este aspecto de la propaganda alemana, y que, al parecer, pasó inadvertido para los pueblos de las democracias occidentales, era que mientras por una parte el régimen de Hitler recurría al pretexto de su creciente población para pedir la devolución de las colonias e insistir en la necesidad del "lebensraum", por otra parte utilizaba todos los medios a su alcance para elevar el índice de natalidad en Alemania. El régimen fascista en Italia empleó el mismo argumento para justificar la invasión de Etiopía y sus pretensiones en Túnez: sólo así, según los voceros del fascismo, podría encontrar el exceso de población de Italia "un lugarcito bajo el sol". Pero también en este caso los esfuerzos del gobierno por estimular las familias numerosas ponían al desnudo la consumada hipocresía de esta propaganda.

Hasta el momento de la crisis final, tanto la opinión pública de Inglaterra como la de Francia y Estados Unidos sufrían la influencia de muchas personas altamente colocadas, que eran incapaces de comprender que Hitler no tenía la menor intención de buscar soluciones pacíficas, y que la aceptación de cualquiera de sus demandas sería seguida inmediatamente por nuevas y aun mayores exigencias. Nunca estuvo este criterio mejor representado que en el mismo año en que estalló la guerra. Lord Halifax, el Ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, cuya sinceridad es tan señalada, anunció oficialmente que su gobierno tenía la certeza de que podría hallarse una solución razonable para los gravísimos problemas de Europa si los demás países europeos "realmente deseaban soluciones pacíficas". Desgraciadamente, Hitler estaba dispuesto a buscar soluciones pacíficas sólo cuando ellas eran el mejor medio de obtener absolutamente todo lo que se había propuesto, y mientras más éxito tenía en obtener lo que deseaba mediante las llamadas "soluciones pacíficas", más firmemente se convencía de que ninguna

potencia o grupo de potencias movería un dedo para impedir el logro de sus objetivos.

En la primavera de 1938, los preparativos militares y económicos de Alemania habían llegado al punto en que Hitler podía dar el primer paso hacia la conquista del mundo, es decir la reconstitución del Gran Reich alemán: el 12 de marzo de 1938, las tropas alemanas invadieron Austria y esta república se convirtió en una provincia alemana.

Inmediatamente después, el 18 de marzo, en un discurso ante los títeres del Reichstag, Hitler amenzó a Checoslovaquia. El momento estuvo bien elegido. La invasión de Austria eliminaba la posibilidad de que Checoslovaquia pudiera defenderse. Los cómplices de Alemania en Francia ya habían comenzado a declarar que los tratados por los cuales Francia se obligaba a defender a su aliada no deberían cumplirse, ya que no valía la pena declarar la guerra a Alemania por defender a Checoslovaquia. La opinión inglesa, movida en parte por la impresión de Neville Chamberlain, de que Checoslovaquia era un punto geográfico muy remoto, y en parte porque no estaba muy segura de si era justo mantener a los alemanes sudetes en Checoslovaquia si efectivamente deseaban formar parte de Alemania, puso de manifiesto que Inglaterra no tomaría una actitud enérgica.

A fines de mayo, comenzaron en Checoslovaquia los desórdenes instigados por los sudetes alemanes. Cada vez eran más insistentes los rumores de que Alemania estaba movilizando sus tropas. Parece cierto que al comienzo Hitler deseaba resolver de inmediato la cuestión checoslovaca; pero por esa fecha los gobiernos de Inglaterra y Francia intervinieron en Praga e insistieron en que el gobierno de Checoslovaquia hiciese amplias concesiones para satisfacer las demandas de Hitler.

Estas actividades tuvieron por resultado la absurda misión de Lord Runciman. Se rumoreaba que iba a dar una solución inmediata al problema, pero, al mismo tiempo, se hizo público que iba a Checoslovaquia "como simple particular", y sólo como mediador "independiente". Esta misión reveló una in-

comprensible falta de realismo del gobierno inglés. Hasta el hombre de la calle veía la situación más claramente. Me encontraba entonces visitando Holanda y Suiza, y recuerdo los comentarios que oía en todas partes en esos dos países tan eminentemente realistas sobre la aparente incapacidad de los gobiernos de Francia e Inglaterra para comprender que la única política capaz de evitar el desmembramiento de Checoslovaquia era la amenaza inmediata de usar la fuerza contra la fuerza.

A principios de septiembre, en la reunión anual del partido nazi en Nuremberg, Hitler desafió abiertamente a las potencias occidentales a que impidieran la realización de sus planes en la Europa oriental. El 15 de septiembre, Mr. Chamberlain voló a Berchtesgaden a entrevistarse con Hitler. El 18 de septiembre, los gobiernos de Inglaterra y Francia ejercieron presión ante el gobierno checoslovaco para que cediera toda la porción de Checoslovaquia en que la población de habla alemana excediera del cincuenta por ciento de los habitantes; le aseveraron que esta concesión satisfaría las demandas máximas de Hitler, y que con ello quedaría asegurada la tranquilidad de Checoslovaquia. Tanto Inglaterra como Francia aparentaron ignorar las conversaciones que se realizaban entre los gobiernos checoslovaco y soviético, en las que éste expresó su voluntad de ayudar militarmente a Checoslovaquia en caso de que fuera agredida por Alemania, siempre que las dos potencias occidentales hicieran lo mismo. Entretanto, los gobiernos de Polonia y Hungría se apresuraron a enviar representantes a Berchtesgaden para asegurarse de que Alemania los tomaría en cuenta en el reparto del botín.

El 22 de septiembre, en Godesberg, Mr. Chamberlain se informó de que Hitler había decidido hacer nuevas demandas no bien se enteró de que el gobierno de Checoslovaquia había sido obligado a ceder, violando así todas las promesas que había hecho a Chamberlain en Berchtesgaden. El gobierno británico transmitió al gobierno de Checoslovaquia las nuevas exigencias de Hitler. Cuando Checoslovaquia se negó a aceptarlas, el gobierno de Francia decretó por fin una movili-

zación parcial, e Inglaterra ordenó la movilización de la escuadra.

El 26 de septiembre, cuando Hitler anunció públicamente que los ejércitos alemanes ocuparían la región Sudete el primero de octubre si Checoslovaquia no cedía dicho territorio antes de esa fecha, el Presidente Roosevelt dirigió un mensaje a todos los gobiernos interesados, en el que pedía la convocación de una conferencia destinada a procurar un arreglo pacífico. A los pocos días, el gobierno inglés, despertando por fin de su ceguera ante la descarada forma en que Hitler acababa de violar sus solemnes promesas, anunció que si Francia decidía cumplir su tratado y ayudar a Checoslovaquia contra una agresión alemana, Gran Bretaña acompañaría a Francia. Entonces Mussolini personalmente rogó a Hitler que no se precipitara, convencido como estaba de que en una conferencia de las cuatro potencias Hitler lograría satisfacer sus demandas inmediatas.

La caída de Checoslovaquia se decidió en la reunión celebrada en Munich el 28 de septiembre. Como Mussolini se lo había anunciado, Hitler obtuvo todo lo que exigía. Había contado con la resistencia de Francia a acudir en ayuda de Checoslovaquia, con el hecho de que Francia y Gran Bretaña no estaban dispuestas a aliarse con la Unión Soviética en una guerra en la Europa Central, y con la influencia, que no se engañó en considerar poderosa, de aquel sector de la opinión pública en las dos potencias occidentales que aun prefería la dominación alemana en Europa al crecimiento del poder de Rusia.

La región de los sudetes fué anexada inmediatamente. Uno de los actos más vergonzosos en esos días trágicos fué la acción del gobierno polaco, que, a instigación del coronel Beck, decidió ocupar el territorio checo de Teschen en el mismo momento en que se consumaba el martirio de Checoslovaquia.

La opinión pública de las democracias consideró al comienzo sólo el hecho de que se había evitado una guerra mundial. No hubo muchos insensatos que creyeran, con Mr.

Chamberlain, en que se había asegurado la "paz en nuestro tiempo", pero muchos creyeron que ahora Gran Bretaña y Francia tendrían tiempo de armarse, y de presentar a Hitler el único argumento que éste era capaz de comprender. El gobierno británico se decidió, por fin, a iniciar el programa de armamentos cuya dilación había tenido tan funestos resultados.

Pero la tregua resultó demasiado breve. Hitler, comprendiendo que cualquier demora sólo podría perjudicarle y que la opinión pública de las democracias no aceptaría más concesiones sin provocar una crisis, procedió con rapidez. Por lo pronto, apaciguó los temores de algunos miembros del gobierno polaco continuando las negociaciones comenzadas con el ministro de Relaciones Exteriores de Polonia, Coronel Beck, y destinadas a resolver los problemas de Dantzig y del Corredor Polaco.

Con la renuncia del Presidente Benes y su huída de Checoslovaquia, había asumido el poder en Praga un gobierno débil encabezado por el Dr. Hacha, que se había comprometido a una política de cooperación con Alemania. Aprovechando la oportunidad que le ofrecía la incapacidad del nuevo gobierno, y tomando como pretexto las disensiones entre el gobierno de Praga y el Padre Tiso, Primer Ministro eslovaco, quien, con refinada perfidia, había pedido ayuda a Hitler, éste llamó a Berlín al Dr. Hacha en el mismo momento en que enviaba tropas para ocupar el resto de la república checoslovaca. Al día siguiente, 16 de marzo, el Reich alemán anunció que asumía el "protectorado" de las provincias de Bohemia y Moravia, y que, desde ese momento, ambas provincias checoslovacas serían gobernadas por un protector alemán con residencia en Praga.

Resulta casi imposible comprender hoy en día cómo pudo haber en los países occidentales personas que dudaran aún de los designios de Hitler. Ya no era posible creer, como antes, que lo único que quería Hitler era incorporar al Reich las poblaciones de habla alemana. Se había arrogado, por la fuerza, el derecho de gobernar a pueblos que no sólo no eran

alemanes, sino que habían luchado durante siglos para lograr su independencia de toda forma de dominación teutónica.

Los meses siguientes fueron calidoscópicos. Hitler obligó a Lituania a ceder Memel. Dos semanas después de la ocupación de Checoslovaquia, Gran Bretaña advirtió al gobierno alemán que, si Alemania cometía algún acto de agresión contra Polonia, el gobierno británico prestaría a ésta toda la ayuda posible. Con Checoslovaquia y Austria en poder de Alemania, era, evidentemente, muy difícil hacer llegar a Polonia cualquier ayuda efectiva. La única solución consistía en un acuerdo inmediato, completo y franco con la Unión Soviética, que fué intentado sólo entonces por razones que consideraremos más adelante con algún detalle.

El 28 de abril de 1939 Hitler denunció el tratado de diez años que en 1934 había firmado con Polonia, amenazó con resolver el problema de las fronteras orientales de Alemania usando la fuerza, si era necesario, y ridiculizó públicamente la urgente petición del Presidente Roosevelt, de que se comprometiera a una tregua de 10 años durante la cual pudieran solucionarse de manera gradual y justa todos los problemas europeos.

Polonia se negó a ceder ante las amenazas alemanas. El gobierno polaco confiaba, al parecer, en su capacidad de resistir el ataque de las fuerzas abrumadoramente superiores de Alemania mientras el ejército francés y las fuerzas aéreas o navales de Inglaterra venían en su ayuda. Un alto oficial polaco me informó entonces, con la convicción más sincera, que la caballería polaca lograría rechazar sin esfuerzo a las columnas invasoras alemanas. Y lo decía cuando no era un secreto en Polonia la calidad del equipo mecanizado de Alemania, y casi nadie ignoraba el poder avasallador de la fuerza aérea alemana.

La prensa y la radio alemanas utilizaron exactamente la misma clase de propaganda que habían usado el año anterior durante la crisis checoslovaca. Ponían el grito en el cielo ante las torturas, ultrajes y crímenes de que eran objeto los alemanes en Polonia. El público alemán demostró una vez más que,

por lo menos en su caso, mientras mayor es la mentira más fácil es creerla.

Aunque por esa fecha ya Hitler se había convencido de que la guerra con Francia y Gran Bretaña era casi inevitable, hizo todavía un último esfuerzo para aplazarla. Con la esperanza de persuadir a los ingleses de que no acudieran en ayuda de Polonia, les ofreció a última hora una alianza anglogermana, y creyó poder engañar al gobierno de Francia con una maniobra semejante. Pero ya había pasado la hora de las vanas ilusiones para las democracias. La suerte estaba echada. El 1º de septiembre los ejércitos alemanes invadieron Polonia, y comenzó la segunda guerra mundial.

Capítulo II

LOS AÑOS TRÁGICOS

Se ha escrito muchas veces la historia detallada de los sucesos que llevaron al Senado de los Estados Unidos a rechazar el Tratado de Versalles y la Sociedad de las Naciones, y se han publicado innumerables explicaciones de las causas determinantes de esta decisión tan trascendental.

No hay error más grande en la historia norteamericana que la afirmación tan socorrida de que la negativa de los Estados Unidos a asumir la responsabilidad que le correspondía en el mantenimiento de la paz mundial, fué solemnemente sancionada por la voluntad popular en la elección presidencial de 1920. Es cierto que el Gobernador Cox, candidato demócrata a la presidencia, hizo de la cuestión de la Sociedad de las Naciones uno de los puntos capitales de su campaña. Es igualmente cierto que, mientras el candidato republicano declaró, por una parte, que su partido se oponía a la participación en una sociedad de naciones como la concebida en París, aseguró reiteradamente, por otra, que era partidario de la cooperación sin reservas de los Estados Unidos en cualquiera otra forma de organización internacional. Su programa, aprobado por el partido republicano en la convención que se celebró en Junio de ese año, contenía el siguiente punto:

"El partido republicano está en favor de un acuerdo entre las naciones que permita mantener la paz del mundo. Creemos que tal asociación internacional debe basarse en la justicia internacional y debe proporcionar métodos que mantengan el imperio del derecho público mediante el desarrollo de la ley y la decisión de tribunales imparciales, y que aseguren la convocación inmediata de una conferencia internacional general cada vez que la paz sea amenazada por actividades políticas, con el fin de que las naciones, comprometidas solemnemente a obrar con equidad y a insistir en la justicia, puedan ejercitar su influencia y su poder para prevenir la guerra."

Era esta, por cierto, una declaración muy nebulosa; pero si las palabras tienen algún significado, la única interpretación que podía darle el elector corriente era que el candidato republicano, en caso de ser elegido, apoyaría la entrada de los Estados Unidos a una "asociación internacional", y que "la influencia y el *poder*" de esta nación serían usados en dicha asociación "para prevenir la guerra".

La decisión del electorado norteamericano en las elecciones de 1920 se basó principalmente en consideraciones de orden interno. No fué ni con mucho un voto favorable a una política de "aislamiento". Fué, más bien, de acuerdo con la vieja costumbre del pueblo norteamericano de hacer responsable al partido que está en el poder cuando las cosas no marchan a su gusto, una manera de expresar el resentimiento público por la disciplina y las restricciones impuestas por la guerra, agregado al hecho de que habían decaído la cohesión y el entusiasmo del partido demócrata. Además, el ciudadano común y corriente estaba harto de liberalismo en el campo interno, y algunos de los grupos financieros y comerciales más poderosos habían decidido poner punto final a la política progresista de Woodrow Wilson.

La ola de idealismo que invadió a la nación entera en

los años de la guerra había pasado, y la "normalidad" que ofrecía Warren Harding constituyó un señuelo muy eficaz. La mera posibilidad de que la tragedia de la guerra pudiera amenazar de nuevo a los Estados Unidos parecía fantásticamente remota.

Lo que ocurrió en 1920 no fué que la mayoría del pueblo norteamericano desaprobara la participación del país en una organización internacional destinada a mantener la paz del mundo, pues por ese entonces el problema parecía simplemente sin importancia. Pero, cualquiera que haya sido la política exterior que los votantes atribuían al partido republicano, el país entero no tardó en descubrir cuál era, verdaderamente, esa política.

Al inaugurarse la administración de Harding desapareció de inmediato toda idea de que los Estados Unidos participarían activamente en los asuntos mundiales a través de una "asociación internacional". Al poco tiempo, George Harvey, embajador del Presidente Harding en Londres, recibió instrucciones de anunciar a la Europa estupefacta que el gobierno de los Estados Unidos "no podía traicionar el deseo de sus fundadores y dirigentes, y no tendrá absolutamente nada que ver, os lo aseguro, con la Sociedad de las Naciones o con ninguna comisión o comité creados por ella o dependiente de ella en forma directa o indirecta, pública o secreta". Tal fué la torpe declaración oficial de una política exterior completamente estéril, hecha antes de que hubieran transcurrido tres meses después del acceso al poder del nuevo gobierno. Era la decisión de un grupo pequeño pero muy poderoso de senadores que entonces dominaba los consejos del partido republicano y dictaba la política de la administración. No correspondía en absoluto al punto de vista de los líderes del partido republicano dotados de mayor visión y de ideas más constructivas, cuyos representantes eran el nuevo Secretario de Estado Charles Evans Hughes y el ex Secretario de Estado Elihu Root. Haciendo frente a la dictadura de Boies Penrose, Frank Brandegee y Philander Knox, y a los grandes intereses que éstos representaban, el Secretario Hughes se estrelló con

enormes dificultades en su intento de modificar esta política de aislamiento estático.

La única nota constructiva que dió la nueva administración fué acceder a participar en un plan para la reducción de los armamentos. Sólo ahora es dable apreciar debidamente la magnitud del trabajo realizado por Mr. Hughes en este sentido en la conferencia que se reunió en Wáshington a fines de 1921. Los objetivos que se propuso así como los métodos de que se valió para conseguirlos revelaban imaginación y audacia.

Recuerdo la impresionante sesión inaugural de la conferencia, cuando el Secretario Hughes anunció la intención de los Estados Unidos no solamente de no construir más barcos de guerra, sino también de destruir los existentes, siempre que Gran Bretaña, el Japón, Francia e Italia estuvieran dispuestos a hacer lo mismo. Me parece oír todavía la respuesta de Lord Balfour, con su oratoria entrecortada, pero elegante, y la hermosísima voz de M. Briand que, por cierto, se interesaba únicamente por la seguridad militar de Francia, cosa que, desgraciadamente, había dejado hacía tiempo de preocupar a la opinión pública norteamericana. Aun con más claridad recuerdo los espontáneos gritos de aplauso lanzados por los miembros del Congreso de los Estados Unidos, y las lágrimas que corrían por las mejillas de Williams Jennings Bryan, que asistía a la Conferencia como corresponsal de la prensa norteamericana. El mismo espontáneo aplauso fué tributado por toda la nación.

La crítica de que ha sido objeto —en aquella época por unos pocos y ahora por muchos— la política de los Estados Unidos en esa Conferencia me parece enteramente infundada. Si alguna vez fué posible romper el círculo vicioso del armamentismo, ese era el momento propicio para intentarlo; y si alguna de las grandes potencias debía tomar la iniciativa, la más indicada era, sin duda, los Estados Unidos, pues las demás, miembros todas de la Sociedad de las Naciones, no podían dar por su intermedio ningún paso en favor de una reducción mundial de los armamentos, ya que los Estados

Unidos no sólo no eran miembros de la Sociedad, sino que, como lo había dicho George Harvey, no deseaban tener nada que ver con ningún "comité dependiente de ella". Si el desarme había de ser una realidad, las naciones tendrían que desarmarse efectivamente, y fué eso, ni más ni menos, lo que propuso Mr. Hughes.

Mr. Hughes trató de planear una reducción gradual, pero no por eso menos efectiva, de la carga abrumadora de los armamentos, mediante convenios explícitos entre las potencias que mantenían las mayores fuerzas navales. Este debía ser el primer paso hacia la negociación de convenios similares que comprenderían los demás tipos de armamentos. Hughes veía con absoluta claridad que el éxito de las medidas de desarme universal estaba supeditado a la obtención de dos garantías coordinadas: primera, la de que todas las potencias militares y navales del mundo redujeran su armamento en una misma proporción, y, segunda, la de una continua y eficaz vigilancia internacional que asegurara a cada una de las potencias participantes en el convenio el efectivo cumplimiento de las promesas hechas por las demás. Desgraciadamente, ni los gobiernos que se han sucedido en Wáshington ni la Sociedad de las Naciones han logrado obtener dichas garantías de las grandes potencias. Es este hecho, y no las finalidades o los métodos de Mr. Hughes, lo que sería justificado criticar. Sin tales garantías, los acuerdos de la Conferencia de Wáshington no solamente carecían de valor, sino que constituían además un peligro para la seguridad de los Estados Unidos, porque no se determinó concretamente la manera de asegurar que el Japón cumpliría sus promesas de Wáshington. Se sabía que los delegados japoneses a la Conferencia habían sido violentamente censurados en su país por los elementos que controlaban el ejército y la marina, y que corrían grave riesgo de ser asesinados. La exclusión de la Unión Soviética, que debilitó la posibilidad de que la Conferencia del Desarme fuese un precedente valioso en futuras gestiones encaminadas al mismo fin, y el control cada vez más débil de los aliados sobre el armamentismo de Alemania en los años siguientes,

presagiaron el fracaso definitivo del plan tan noblemente concebido por Mr. Hughes.

Uno de los triunfos de la Conferencia de Wáshington, que en esos días fué considerado por la opinión pública como muy secundario, fué el convenio entre las nueve potencias directamente interesadas en el Pacífico para obtener la estabilidad de esa parte del mundo. Este gran éxito puso término a la alianza entre Gran Bretaña y el Japón, que había preocupado a los Estados Unidos durante muchos años y había servido para mantener vivo el sentimiento antibritánico en este país. Se consiguió que el Japón se retirara de la península de Shantung; se mantuvo la integridad de China, y se hizo posible la eliminación gradual de muchos de los innumerables abusos e intrusiones que, con respecto a la soberanía china, habían cometido, cual más, cual menos, todas las grandes potencias del mundo.

Aunque los acuerdos del Tratado de las Nueve Potencias eran muy previsores y de gran alcance, también descansaban sobre un fundamento defectuoso: el tratado derogó el derecho que tenían los Estados Unidos e Inglaterra de fortificar ciertos puntos estratégicos del Lejano Oriente que en esa fecha estaban bajo sus banderas, con el compromiso de que el Japón renunciaría, por su parte, a derechos semejantes. El convenio de no construir fortificaciones militares que pudiesen ser usadas por cualquiera de las tres potencias en una ofensiva militar o naval era la única base posible para asegurar la paz en el Pacífico. Por el Tratado de Versalles, el Japón había obtenido el mandato de las islas situadas en el suroeste del Pacífico que habían pertenecido a Alemania, algunas de las cuales tenían gran valor estratégico. De acuerdo con los reglamentos de la Sociedad de las Naciones, se requería que ésta realizara inspecciones periódicas de los territorios bajo mandato en todo el mundo, y el país mandatario estaba, por lo tanto, obligado a aceptar esta condición. Al cabo de muy poco tiempo, sin embargo, el gobierno del Japón estaba usando todos los pretextos imaginables para aplazar o limitar dichas inspecciones, y años más tarde no sólo rechazó obstinada-

mente su consentimiento para ellas, sino que, además, se negó a dar explicaciones por su negativa. Quedó, una vez más, de manifiesto que los acuerdos del Pacífico, aunque en sí mismos constructivos y prácticos, perjudicaban, en realidad, a las potencias signatarias que cumplían de buena fe sus compromisos; pues no se tardó mucho en descubrir que el Japón no estaba cumpliendo ninguna de sus obligaciones.

Tanto en las Conferencias de Ginebra de 1930 como en las Conferencias Navales de Londres de los años 1930 y 1936, quedaron nuevamente en evidencia los vicios fundamentales que desbarataron las grandes esperanzas alentadas por la Conferencia de Wáshington. La falta de confianza, que sólo una vigilancia internacional verdaderamente eficaz del desarme habría podido eliminar, y la falta de un convenio efectivo entre las grandes potencias, con la inclusión de Alemania y de la Unión Soviética, hacían imposible que ninguna potencia militar estuviese dispuesta a limitar sus armamentos.

Bajo el gobierno de Coolidge, los Estados Unidos se retrajeron aun más de toda participación en los asuntos mundiales. Mr. Coolidge ha sido el presidente de mentalidad más provinciana que ha tenido este país desde los tiempos de la guerra de Secesión. Su resistencia a toda política exterior definida provenía de la cautela típica del político profesional y de sus vigorosos prejuicios contra toda nación extranjera.

El arreglo de las deudas de guerra obtenido de los Aliados indignó a muchos ciudadanos norteamericanos incapaces de comprender que las deudas no fuesen pagadas hasta el último centavo y con todos sus intereses acumulados. El empobrecimiento de los pueblos de Europa, agobiados bajo el peso de sus propias dificultades económicas y del costo de la reconstrucción, hizo imposible que éstos pudieran cancelar sus obligaciones con los Estados Unidos mediante la transferencia de sus reservas de oro. Y aunque hubieran gozado de gran prosperidad, habrían tenido que pagar en productos o en servicios; pero las tarifas aduaneras cada vez más altas impuestas por el Congreso hacían imposible contemplar dicha forma de pago. De modo que la política aduanera de las administraciones de Harding, Coolidge y Hoover, eliminó toda posibilidad de pago de las deudas de guerra, fuera de haber contribuído al aumento de la desocupación en Gran Bretaña y en la Europa occidental y de impulsar al gobierno alemán a adoptar su política de autarquía económica, que fué, a su vez, uno de los factores de la segunda guerra mundial.

El gobierno no hizo ningún esfuerzo para explicar estas sencillas verdades económicas al público norteamericano. No es de extrañarse de que así haya sido si recordamos la frase del Presidente Coolidge cuando insistía en que los gobiernos europeos debían cumplir sus compromisos: "¿Pidieron el dinero, o no lo pidieron?"

En lo que respecta a la política exterior de la administración Coolidge, el único caso de cooperación de los Estados Unidos en los problemas de la paz mundial fué la negociación del pacto Kellogg-Briand. Los padres espirituales del pacto fueron el senador Borah, de Idaho, y Mr. Salmon P. Levinson, abogado de Chicago muy bien intencionado, pero algo cándido. Mr. Levinson creía sinceramente que la única condición necesaria para asegurar la paz permanente era que todas las naciones del mundo firmaran un documento que pusiera la guerra fuera de la ley como instrumento de política nacional. El que tal documento pudiera no ser respetado por regímenes militaristas ansiosos de poder y de botín; el que el Estado Mayor alemán, impaciente por vengar la derrota de 1918, pudiera impedir que el gobierno de Alemania respetara tales promesas; el peso que dicha renuncia pudiera tener en la conciencia de pueblos sumidos en la postración económica, la desocupación y el hambre, o la pregunta de si el mundo había llegado ya al punto en el cual la sola presión de la opinión pública fuese capaz de hacer respetar la santidad de tratados semejantes, eran problemas sin importancia para los autores del proyectado pacto.

El senador Borah persuadió sin esfuerzo al Secretario Kellogg, que resultó ser un prosélito fervoroso, de que asumiera la paternidad oficial del convenio. Por una curiosa coincidencia, M. Briand ya se ocupaba de su plan —incom-

parablemente más meritorio y realizable— para la creación de una Unión europea, y, al recibir la invitación del Secretario de Estado norteamericano, creyó que el proyecto serviría para inducir al pueblo de los Estados Unidos a cooperar en alguna forma con otros países en medidas relacionadas con intereses vitales para todos; con esta idea, ofreció el apoyo del gobierno francés.

A su debido tiempo, en una aparatosa ceremonia, casi todos los gobiernos soberanos del planeta pusieron sus firmas bajo el pacto. Este acontecimiento fué considerado por la mayoría de los sectores norteamericanos y por no pocos en Europa como la aurora de una nueva época: la guerra iba a desaparecer porque cierto número de gobiernos habían acordado abolirla por decreto.

No creo que, desde el rechazo por el Senado del Pacto de la Sociedad de las Naciones, haya habido otra manifestación de la política exterior de los Estados Unidos más perjudicial en sus efectos para los intereses vitales del país que el pacto Kellogg - Briand. Indujo a creer a una gran parte del pueblo norteamericano que la mera enunciación de un deseo equivalía a una acción positiva. Muchos millones de ciudadanos lo consideraron como una justificación de la actitud del gobierno de negarse a participar en la Sociedad de las Naciones o en cualquiera otra forma de cooperación internacional que requiriese acción y sacrificio; les parecía una forma muy elegante y decorosa de eludir más que de aceptar responsabilidades, y adormeció todo sentimiento de obligación moral de la nación que aún pudiera quedar escondido. Hizo cerrar los ojos ante el peligro que la creciente inestabilidad del mundo significara para la seguridad del propio pueblo norteamericano, y estimuló poderosamente a las organizaciones ultrapacifistas que pedían el desarme total del país sin tomar en cuenta lo que hicieran otras naciones. Por lo menos durante un corto tiempo, la mayoría de la población no dudó de que, con una garantía tan perfecta, no había para qué preocuparse de lo que ocurría en el resto del mundo, ni de que la guerra era definitivamente una cosa del pasado.

El Pacto Kellogg - Briand señaló el apogeo del aislacionismo en este país, y fué la adecuada culminación de una política exterior totalmente negativa aun en sus aspectos menos perjudiciales. Durante el período presidencial de Coolidge entre 1925 y 1929 [1] la política norteamericana se concretó invariablemente sobre sus derechos, sin considerar nunca ninguna de las obligaciones del país como miembro de la familia de las naciones.

El acceso al poder de Herbert Hoover hizo creer a muchos en la posibilidad de una política exterior más realista y constructiva. El magnífico trabajo que realizó en Bélgica, así como en otras partes de Europa, en relación con las organizaciones de socorro, y su conocimiento personal de los asuntos internacionales, parecían indicar un cambio radical de la política de Coolidge. Aun mayor esperanza se depositaba en el hecho de que tendría en Henry L. Stimson, su Secretario de Estado, un consejero con gran experiencia tanto en cuestiones de gobierno como de relaciones exteriores. El coronel Stimson era un discípulo muy liberal de Elihu Root, convencido, como éste, de que el país, por su propia conveniencia, debería participar activamente en toda iniciativa de cooperación internacional que ofreciera posibilidades de contribuir a la estabilidad del mundo.

Sin embargo, el Herbert Hoover presidente resultó muy distinto del Herbert Hoover de años anteriores. Cierto es que en el primer año de su administración tuvo que hacer frente a la crisis económica que se extendía por todo el mundo; pero en vez de reconocer que la única esperanza de aminorar sus efectos consistía en tomar con toda rapidez medidas prácticas de cooperación internacional, las que tomó sólo podían empeorar la crisis, promover la autarquía económica en el exterior y fomentar el desarrollo de condiciones tales que, inevitablemente, conducirían a un caos mundial. La ley Smoot - Hawley de tarifas dictada en 1930 acentuó inmediatamente la depresión mundial, y eliminó las posibilidades

[1] Coolidge reemplazó a Harding al fallecimiento de éste en 1923, en calidad de Vicepresidente, hasta 1925.

que aún pudieran subsistir de adoptar un plan conjunto de los gobiernos para estimular el comercio mundial. La moratoria intergubernamental, que Mr. Hoover inició, por fin, sin mucha fe, llegó demasiado tarde para producir los beneficiosos resultados que habrían podido obtenerse unos meses antes.

Como las dos administraciones anteriores, la administración Hoover también se preocupó especialmente del problema de los armamentos; pero, al parecer, ignoraba los requisitos esenciales del desarme, sobre todo en una época en que todos los pueblos del mundo sufrían los efectos de la crisis económica más aguda de la historia, y en que ciertos gobiernos ya preferían producir municiones en lugar de mantequilla como medio de crear trabajo.

En un asunto importante, sin embargo, la administración Hoover se esforzó francamente por que los Estados Unidos asumieran su plena responsabilidad como gran potencia en la prevención de la anarquía internacional. En otro capítulo consideraré la política norteamericana con respecto al incidente de Manchuria de 1931, pero es importante recordar las gestiones del Secretario Stimson para llegar a un convenio con el gobierno inglés, convenio que habría podido evitar la invasión japonesa de China y el subsiguiente fracaso de la Sociedad de las Naciones. Desde la época de Woodrow Wilson, era este el primer paso del gobierno norteamericano por el cual reconocía su obligación de cooperar en el mantenimiento de la paz del mundo. A pesar de que estas gestiones no consiguieron su propósito, por lo menos dejaron establecida la política norteamericana de no reconocer los territorios conquistados por la fuerza. De haberse adoptado esta política con anterioridad y como resultado de un convenio entre los Estados Unidos y las demás potencias mundiales, la historia del mundo en la siguiente década habría podido ser muy diferente.

Un cuatro de marzo helado y gris, Franklin Roosevelt asumió la presidencia y comunicó valor y fortaleza a millones de sus conciudadanos que miraban la vida con temor y desesperanza. Nunca como entonces las preocupaciones del

pueblo norteamericano habían estado más alejadas de los problemas extranjeros ni de los peligros que ya se acumulaban con desconcertante rapidez en el resto del mundo. El discurso inaugural del Presidente dedicaba sólo un breve párrafo a las relaciones exteriores:

> "En el campo de la política mundial dedicaré esta nación a la política del buen vecino —del vecino que, respetándose a sí mismo, respeta por lo tanto los derechos de los demás—, del vecino que cumple sus compromisos y acata la santidad de sus convenios dentro de un mundo de vecinos."

Durante los años que precedieron a su acceso al poder el Presidente Roosevelt había estudiado todos los aspectos de las relaciones exteriores de los Estados Unidos. La política que, en líneas generales, había decidido seguir, incluía el proyecto de crear un sistema del Hemisferio Occidental, por medio de métodos estrictamente cooperativos; un acercamiento cada vez mayor con el Dominio del Canadá; la iniciación de relaciones políticas y comerciales estables con la Unión Soviética; un decidido esfuerzo para resolver por medios pacíficos y equitativos los problemas del Pacífico, y un eventual entendimiento entre este país y las principales potencias europeas sobre los medios de lograr una cooperación económica.

Como sus predecesores, también tenía la esperanza de aliviar, mediante la reducción de los armamentos, no sólo la tensión política, sino también la carga presupuestaria que reducía rápidamente el standard de vida en todo el mundo civilizado. En el campo de los problemas mundiales la preocupación fundamental del Presidente era el hecho por demás significativo de que, en casi todas las naciones, el déficit de los presupuestos equivalía exactamente a los gastos de armamentos.

Su preparación, su cultura, su larga experiencia en los asuntos de gobierno, su conocimiento personal de Europa y de los países del hemisferio occidental y, sobre todo, su com-

de funciones sin importancia, y, muchas veces, sin cargo oficial alguno, asumían responsabilidades mucho mayores que las de los que ocupaban los más altos puestos. Los altos funcionarios a quienes, en realidad, correspondía determinar y explicar la política del gobierno, o eran incapaces o no estaban dispuestos a asumir esa responsabilidad. El hecho fué que a las demás potencia les resultó imposible descubrir la actitud que adoptarían los Estados Unidos al discutir los problemas básicos de la conferencia.

El Presidente, en vista de la carga abrumadora que ya se había impuesto, tenía derecho a recurrir a los miembros de su gabinete en busca de consejo y a esperar que tuvieran la capacidad y el buen deseo de planear una política coherente. Pero jamás recibió esa ayuda; no sólo no la recibió, sino que se suscitaron violentas enemistades entre sus principales consejeros.

Cuando se reunió, por fin, la Conferencia de Londres, su resultado fué absolutamente nulo; fué peor aun: las sesiones de la conferencia despertaron una hostilidad general hacia el gobierno de los Estados Unidos, que en esos días tan críticos habría sido preciso evitar a toda costa.

Ha circulado mucho el rumor de que el fracaso de la Conferencia Económica de Londres se debió al hecho de que los poderes del presidente de la delegación norteamericana fueron modificados cuando éste estaba ya en alta mar en viaje a Londres. También se ha dicho que el mensaje en el cual el Presidente Roosevelt se negó a aceptar los acuerdos sobre estabilización del circulante propuestos en la Conferencia fué un golpe mortal para las esperanzas de las naciones que abogaban por el patrón oro. Sus críticos han acusado al Presidente de haber "torpedeado" la conferencia y de haber "saboteado" a su propia delegación. Estas acusaciones carecen por completo de fundamento.

La explicación que dió el propio Presidente de su tan debatido rechazo de las propuestas de estabilización que hicieron los gobiernos de Francia e Inglaterra, puede encontrarse en estas palabras:

"Por dos razones los Estados Unidos no podían acceder a dicha demanda: primero, porque habría puesto término al alza de precios gracias a la cual nuestra actividad económica había llegado casi a la altura de la época anterior a la crisis, y segundo, porque la cuestión de los acuerdos monetarios exigía simultáneamente tomar medidas para reducir las tarifas aduaneras y para resolver otros importantes asuntos de programa, si la conferencia esperaba obtener resultados duraderos.

" Es cierto que mi mensaje por radio a la Conferencia de Londres cayó como una bomba; contenía reflexiones realistas en un momento en que las naciones del patrón oro perseguían un objetivo limitado y no estaban dispuestas a atacar radicalmente los problemas nacionales e internacionales."

También hay que tener en cuenta otro punto de importancia.

El Presidente nombró una delegación encabezada por el Secretario de Estado, compuesta en su mayor parte por congresales influyentes y capaces, y de la que también formaba parte un servidor público tan distinguido como el ex Gobernador Cox, candidato presidencial del partido demócrata en 1920. No cabe duda de que la obligación de estos delegados, en su calidad de funcionarios responsables y de miembros de los poderes ejecutivo y legislativo plenamente conscientes de la trascendencia de la misión que se les confiaba, era asegurarse no sólo de que sus instrucciones contenían efectivamente la política del gobierno, sino también de que dichas instrucciones representaban la madurada y definitiva decisión del propio Presidente. Sabían que el Presidente, agobiado por el exceso de trabajo, no había tenido oportunidad de resolver en forma que lo satisficiera completamente la política financiera interna de la nueva administración. Deberían haber insistido, por lo tanto, en que se les diera el tiempo necesario

para estudiar detenidamente con él todos los aspectos de un problema tan importante como la estabilización, así como otros problemas que pudieran presentarse en Londres, sobre todo si se considera que el Presidente no conocía todo el alcance de las desavenencias que habían surgido entre sus propios consejeros. Esto no se hizo y a ello se debe en gran parte el fracaso de la conferencia.

El hecho de que la Conferencia Económica de Londres hubiese sido incapaz de lograr resultados prácticos, a excepción quizás del problema muy secundario de la plata, redujo grandemente la posibilidad de prevenir lo que se iba convirtiendo rápidamente en una carrera desbocada hacia la autarquía. Además, los ataques del extranjero contra los Estados Unidos por el fracaso de la conferencia, aumentaron la antipatía de los norteamericanos por toda forma de cooperación internacional.

Esta tendencia se acentuó más tarde ante la esterilidad de las tentativas de los Estados Unidos en la cuestión del desarme. A este respecto, una de las sugestiones más constructivas del Presidente Roosevelt en los primeros años de su administración, fué la que hizo a la Conferencia del Desarme de Ginebra de 1933, de que el país cuyo ejército traspasara las fronteras de otro Estado soberano fuese considerado automáticamente por las demás naciones del mundo como país agresor. Si esta proposición hubiera sido aceptada habría podido servir por lo menos de base para un programa destinado a abolir gradualmente, y bajo control internacional, la construcción de armamentos ofensivos. Pero fué archivada: ya era demasiado tarde para esperar que la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini, y aun menos el Japón, que ya había invadido China, comprendieran otro argumento que la fuerza.

El éxito más positivo de la primera administración de Roosevelt en el campo de la cooperación internacional, es el de la política de acuerdos comerciales, debida enteramente al Secretario Hull, quien la ha continuado con infatigable firmeza. Ha sido el único programa de carácter económico que

en los años anteriores a la segunda guerra mundial ha puesto una nota de cordura en las relaciones comerciales internacionales: disminuyó las barreras comerciales en la época en que todas las naciones parecían más empeñadas en aumentarlas; contribuyó enormemente al afianzamiento de la política del buen vecino en el hemisferio occidental, y a debilitar la hegemonía que Hitler trataba de imponer sobre los países más pequeños de Europa y desbarató la tendencia de muchos países a creer que la autarquía comercial era inevitable. La Ley de Acuerdos Comerciales en la cual se ha dado forma a esta política, ha sido prorrogada varias veces por el Congreso; si sigue en vigor será un factor saludable y constructivo en la determinación de la política comercial internacional en los años de la postguerra.

Con excepción de las relaciones interamericanas, los años de la primera administración de Roosevelt no trajeron ningún cambio en la política del gobierno de retraerse de toda forma de cooperación internacional organizada. En su recordado discurso de Chautauqua en 1934, en el cual se refirió más detenidamente que en ningún otro de los discursos de su primer período a cuestiones de política internacional, el Presidente condenó elocuentemente la guerra y todo lo que la guerra significa. No indicó, sin embargo, la política que podría salvaguardar más adecuadamente al país del peligro de verse envuelto en un conflicto. Si lo hubiera hecho es enteramente improbable que hubiese encontrado la comprensión y, menos aun, el apoyo del pueblo.

Esos años nos parecen hoy increíblemente lejanos. El Congreso dedicaba gran parte de su tiempo a discutir las leyes que se llamaron de "neutralidad", cuyos autores aseguraban al pueblo norteamericano que mantendrían a los Estados Unidos a salvo del peligro de una guerra. Los comités del Senado dedicaban largas sesiones a demostrar que el país había sido empujado a la primera guerra exclusivamente por las maquinaciones maquiavélicas de los fabricantes de armas y de los banqueros internacionales. La condición de "pago al contado

y trasladado por cuenta propia"[1] insertada en la primera ley de "neutralidad", por la cual ningún beligerante podía comprar armas o municiones en los Estados Unidos a menos que pagara al contado cada cargamento, y que éstos fueran transportados en barcos de cualquier bandera que no fuese la norteamericana, era, a juicio de sus autores, la panacea que eliminaría definitivamente todo peligro de guerra para el país. Esta legislación fué, en fin de cuentas, una confesión humillante de la magnitud de la equivocación de los Estados Unidos; revocó, además, la política tradicional de reconocer a todo gobierno soberano el derecho de adquirir material de guerra en los Estados Unidos en las condiciones que el gobierno interesado y los fabricantes norteamericanos consideraran más convenientes.

Esta legislación y las leyes suplementarias que la siguieron fueron aprobadas por gran mayoría en las dos ramas del Congreso, y fueron aplaudidas por la mayor parte del pueblo norteamericano y por toda la prensa a excepción de un pequeño sector. Cuando consideramos lo que ocurrió en esos años, lo más sorprendente es la poca consideración que se tuvo del hecho evidente de que esa política daba alas al rápido rearme de Alemania, Italia y el Japón, porque era una advertencia a países como la China, Francia, Gran Bretaña y los países pequeños de Europa de que, en caso de agresión, sólo podrían adquirir una mínima cantidad de aeroplanos y de armamento en los Estados Unidos. Mediante la acelerada construcción de fábricas de aeroplanos y de municiones y de bases navales dentro de sus propias fronteras, los países del Eje podían estar seguros de alcanzar en breve tiempo un volumen de producción militar y naval muy superior al de las potencias pacíficas que todavía buscaban seguridad en la Sociedad de las Naciones, y que obtenían el apoyo político de sus contribuyentes a cambio de frecuentes reducciones de los presupuestos militares y navales.

Dada la actitud del pueblo de los Estados Unidos, es casi

[1] En inglés, "cash and carry".

increíble que el Presidente, después del fracaso de la Conferencia Naval de Londres de 1936, hubiera podido conseguir las partidas necesarias para la construcción de barcos de guerra y de portaviones. Estas unidades, conseguidas gracias a la insistencia del Presidente y del Departamento de Marina, tuvieron una importancia capital para la defensa del país en los meses que siguieron a Pearl Harbor.

La campaña presidencial de 1936 giró enteramente alrededor de cuestiones nacionales. Y, sin embargo, ese año se inició la última etapa en la carrera del mundo hacia el precipicio de 1939.

El público norteamericano condenó enérgicamente la invasión de Etiopía por Italia; pero su simpatía, despertada por la trágica situación del pueblo etíope y el desenfadado cinismo del ataque italiano, fué puramente platónica. Gran Bretaña y Francia nunca tuvieron una actitud más pusilánime en los asuntos mundiales que la que adoptaron ante la agresión de Mussolini. El arreglo Hoare - Laval para apaciguar a Mussolini con los despojos del estado independiente de Etiopía, aunque desbaratado por la indignación pública de Inglaterra, fué una elocuente indicación del descalabro de las normas internacionales. Desgraciadamente, no fué mucho más lucido el papel de los Estados Unidos en 1935: el medio más feliz que pudo encontrar el Departamento de Estado para mantener los principios de decencia en los asuntos internacionales fué la política del "embargo moral". Recomendó también que, en relación con los dos países beligerantes, las exportaciones norteamericanas de petróleo u otras materias primas que pudieran ser utilizadas en operaciones militares, debían limitarse al promedio de dichas exportaciones durante los años anteriores al comienzo de las hostilidades. Como Italia importaba normalmente grandes cantidades de petróleo y de otras materias primas que necesitaba para sus fines de guerra, y como Etiopía nunca había importado nada, era obvio el resultado. Italia siguió recibiendo una cantidad importante de productos esenciales que le permitieron mantener en buen funcionamiento su maquinaria militar, y Etiopía no recibió nada. Pero

aun estas medidas, hipócritas como eran, fueron violentamente criticadas por muchos aislacionistas como capaces de concitar las iras de Mussolini y, por lo tanto, de poner en peligro la futura paz de la nación.

De todas las actitudes dictadas por nuestra política de ciego aislacionismo, la más desastrosa fué la que adoptamos con respecto a la guerra civil española.

El gobierno constitucional republicano de España había sido oficialmente reconocido por nuestro gobierno. Aunque cometió varios excesos, era, indudablemente, un gobierno popular. La revuelta de Franco contra el gobierno legítimo, ganaba terreno: tramada en connivencia con los agentes de Mussolini, obtuvo apoyo financiero del gobierno italiano y el apoyo militar de Hitler y de Mussolini. Se declaró un estado de guerra civil, y a los pocos días empezaron a llegar municiones de Italia y Alemania a los puertos ocupados por las fuerzas de Franco. Aviadores y soldados italianos y alemanes, primero en calidad de "técnicos" y luego desembozadamente, incrementaron en forma extraordinaria el poder ofensivo de las fuerzas de Franco. Los ejércitos republicanos no tenían aviones ni equipo moderno, fuera de la poquísima cantidad que quedó en sus manos cuando estalló la revuelta. El gobierno soviético, con mucha más visión que las democracias occidentales de las consecuencias que resultarían de un triunfo del fascismo en España, puso a disposición de las fuerzas leales cierta cantidad de municiones y de material de guerra. Sin embargo, a causa de que la distancia que debían recorrer los cargamentos de armas era muchísimo mayor desde Rusia que desde Alemania e Italia, la ayuda obtenida por las fuerzas leales fué casi insignificante comparada con la que recibió Franco.

Poco después del estallido de la guerra civil, los gobiernos de Inglaterra y de Francia invitaron a las demás potencias de Europa a adoptar en conjunto una política de "no intervención". El Comité de No - Intervención, con sede en Londres, se componía de delegados de todas las grandes potencias europeas y debía encargarse de evitar que, tanto el gobierno legítimo como las fuerzas de Franco, obtuvieran material de guerra en el exterior.

Desde un comienzo, Italia y Alemania violaron abiertamente su promesa de no intervención, y cada vez que los gobiernos de Francia y Gran Bretaña, cortésmente, presentaban memoriales de protesta por tan flagrantes violaciones de sus compromisos, las explicaciones que daban eran mentiras tan escandalosas que habrían sido un insulto aun para la más modesta inteligencia. Ante tales circunstancias el gobierno soviético aumentó su ayuda a los leales.

Temiendo un choque abierto entre la Unión Soviética y las potencias de Europa central como resultado de que submarinos "misteriosos" hundían frecuentemente en el Mediterráneo barcos mercantes que se suponía llevaban abastecimientos para las fuerzas leales, el gobierno británico invitó a una conferencia que se celebró en el pueblecito suizo de Nyon. Con gran aplauso de la prensa inglesa y francesa, Mr. Eden obtuvo una vez más grandes promesas. En realidad la situación no sufrió el menor cambio.

Ante estas condiciones que permitían a Franco recibir armamentos y tropas de Alemania e Italia en grandes cantidades, y en vista de que sólo podía obtener insignificantes abastecimientos militares para su propia defensa, el gobierno legítimo de la República encargó aeroplanos y municiones a los Estados Unidos.

Nuestra política tradicional ha sido la de permitir a los gobiernos reconocidos y legítimos de un país extranjero amenazados por una revuelta dentro de sus fronteras, la adquisición en este país de todas las provisiones militares necesarias. Ha sido también nuestra política tradicional, corroborada por nuestra propia experiencia durante la guerra de Secesión, la de no conceder en tales casos derechos de beligerancia a las fuerzas rebeldes, a no ser que la revuelta hubiese dominado la mayor parte del territorio nacional y adquirido tales proporciones que justificasen considerar a los sublevados como verdaderos beligerantes.

A fines de 1936, la guerra civil de España había des-

pertado un hondo sentimiento popular en los Estados Unidos. No podía negarse que ciertos grupos, que decían estar operando bajo las órdenes de funcionarios republicanos, habían cometido atrocidades contra sacerdotes y monjas, que iglesias y monasterios habían sido saqueados, y que la posición de la Iglesia Católica en España parecía ser objeto de una destrucción deliberada. Estos actos suscitaron, en ciertos sectores de la opinión pública, gran antagonismo contra el gobierno constitucional. Además, el hecho de que algunos de los grupos políticos que apoyaban al gobierno republicano fueran abiertamente comunistas o anarquistas, y de que el gobierno del Soviet apoyara desembozadamente a las autoridades legítimas, fueron motivo de hostilidad y oposición en este país.

Por otra parte, muchos norteamericanos comenzaban a ver con mayor precisión los verdaderos objetivos de la política nazi y fascista, y comprendieron con claridad creciente que, si España era dominada por los gobiernos fascistas, ello significaría el cierre del Mediterráneo desde el Atlántico y su transformación en el lago italiano que ambicionaba Mussolini, y la ruptura de las vitales líneas de comunicación entre Gran Bretaña y el canal de Suez. Un cambio de tal naturaleza en las posiciones estratégicas de Europa sería necesariamente una amenaza para los intereses comerciales y políticos norteamericanos. Comenzaron por ver, por último, que el verdadero problema no era el de una lisa y llana revolución española, semejante a muchas otras revoluciones sangrientas que enturbian las páginas de la historia de España, sino el de si se debía permitir que un gobierno popular elegido por el pueblo y muchos de cuyos elementos representaban ideales y aspiraciones democráticos, fuera derrocado impunemente, no por una rebelión del pueblo español, sino por las fuerzas armadas de Hitler y de Mussolini, empeñadas en dominar España para sus propios fines. El problema fundamental era decidir si en una crisis como esa, en la que estaban comprometidos los propios intereses del país, era justificado alterar la política tradicional de los Estados Unidos para honra y beneficio de los gobiernos de Hitler y de Mussolini.

Con la reapertura del congreso, inmediatamente después de las elecciones presidenciales de 1936, Wáshington se vió invadida por toda clase de organizaciones que abogaban por la paz a cualquier precio; por todos los grupos que se sentían ultrajados por el tratamiento de la iglesia católica en España y por gran número de individuos que clamaban en todos los tonos que, si no se reformaba la ley de "neutralidad" en el sentido de impedir que el gobierno republicano comprara municiones en nuestro país, los Estados Unidos se verían arrastrados a la guerra europea.

Cuando el Comité de Relaciones Exteriores del Senado pidió consejo al Departamento de Estado sobre la conveniencia de reformar la ley de "neutralidad" como pedían las organizaciones pacifistas, el personero oficial de ese Departamento dió la siguiente respuesta:

> "Estáis tratando, con la sanción de esa ley sobre cuestiones internas, de proteger la neutralidad de este país, de prevenir que se vea envuelto en una guerra y, al mismo tiempo, de no sacrificar innecesariamente los intereses de nuestro pueblo. Esa ley constituye un formidable paso hacia adelante y vuestra gran tarea es la de legislar en la forma más sabia posible."

Con este sello de aprobación fué promulgada la revisión de la ley de "neutralidad" el 8 de enero de 1937, con el voto casi unánime de las dos cámaras.

En abono del presidente es preciso reconocer que, cuando recibió la ley para su aprobación, dejó constancia escrita de la honda inquietud y del pesar con que la firmaba. Reconoció que, ante el estado de agitación popular que se había producido, su veto habría sido anulado por el congreso y mal interpretado por el pueblo. El público no había sido realmente informado sobre la significación del problema.

Durante los días en que esta ley era considerada en el Congreso y el funcionario del Departamento de Estado hizo la declaración que hemos mencionado, el Presidente y el

Secretario de Estado se encontraban fuera del país, asistiendo a la sesión inaugural de la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz que se celebraba en Buenos Aires. Siempre he creído que si el Presidente hubiera estado en Wáshington, por lo menos habría explicado al pueblo norteamericano por qué la medida era desacertada y extremadamente perniciosa para los intereses del país. En la larga historia de la política internacional del gobierno de Roosevelt, creo que no ha habido ningún error más fundamental que la política adoptada durante la guerra civil española.

En parte a causa de los problemas de la guerra civil de España y en parte porque el verdadero significado del hitlerismo empezaba a hacerse cada vez más visible, el Presidente decidió intentar un vigoroso esfuerzo para persuadir a la opinión pública de que convenía a los intereses de los Estados Unidos proponer algún plan constructivo de acción internacional para detener las fuerzas de agresión antes de que avasallaran al mundo. Eligió con este fin el verdadero corazón del aislacionismo, la ciudad de Chicago. En el discurso que allí pronunció en Octubre de 1937 y que causó gran oposición, dijo lo siguiente:

> "La situación política del mundo, que ha empeorado progresivamente en el último tiempo, es tan grave que causa suma inquietud y ansiedad a todos los pueblos y naciones deseosos de vivir en paz y amistad con sus vecinos.
>
> "Unos quince años atrás la humanidad alentó grandes esperanzas de que se iniciara una era de continua paz internacional cuando más de sesenta naciones se comprometieron solemnemente a no recurrir a las armas para conseguir sus objetivos de política nacional.
>
> "Las nobles aspiraciones expresadas en el Pacto de Paz Briand-Kellogg, y las esperanzas de paz que entonces existían han cedido recientemente al temor obsesionante del desastre. El actual reinado del terror y del desprecio de la ley internacional comenzó hace unos pocos años.
>
> "Comenzó con la intromisión injustificada en los asuntos internos de otras naciones o con la invasión de territorio extranjero en violación de los tratados existentes, y ahora ha llegado a un grado tal que los cimientos mismos de la civilización están seriamente amenazados, y se comienza a destruir los hitos y tradiciones que han señalado el progreso de la civilización en su camino hacia el imperio de la ley, del orden y de la justicia.
>
> "Sin previa declaración de guerra y sin advertencia o justificación algunas, la población civil, incluso mujeres y niños, son asesinados salvajemente por bombas lanzadas desde el aire. En estos que llamamos tiempos de paz los submarinos hunden barcos sin motivo ni aviso. Ciertas naciones se embanderan y fomentan guerras civiles en países que no les han hecho daño alguno. Naciones que reclaman la libertad para sí mismas la niegan a las demás.
>
> "Pueblos y naciones inocentes son sacrificados con crueldad a un ansia de poder y de hegemonía carente de todo sentido de justicia y de consideración humana.
>
> ....
>
> "Si estas cosas ocurren en otras partes del mundo, no se imagine nadie que América podrá eludirlas, o esperar misericordia, o que este hemisferio occidental no será atacado y podrá continuar tranquilamente practicando en paz la moral y las artes de la civilización.
>
> "Si no queremos ver la aurora de tales días — si hemos de tener un mundo en el que podamos respirar libremente y vivir en armonía y sin temor—, es preciso que las naciones amantes de la paz concierten sus esfuerzos para sostener las leyes

y principios que son los únicos fundamentos seguros de la paz.

. . . .

"Los que aman su libertad y reconocen y respetan el igual derecho de sus vecinos a ser libres y a vivir en paz, deben trabajar juntos por el triunfo de la ley y de los principios morales con el fin de que la paz, la justicia y la confianza puedan prevalecer en el mundo. Debemos volver a la fe en la palabra empeñada y en el valor de los tratados suscritos, debe reconocerse el hecho de que la moralidad nacional es tan vital como la moralidad privada.

. . . .

"Al igual que vosotros, me siento impulsado, sin embargo, a mirar hacia adelante. La paz, la libertad y la seguridad del noventa por ciento de la población del mundo están amenazados por el diez por ciento restante, que intenta echar por tierra toda forma de orden y derecho internacional. No cabe duda de que ese noventa por ciento que quiere vivir en paz bajo la ley y de acuerdo con los principios morales que han sido aceptados casi universalmente a través de los siglos, puede y debe encontrar una forma de hacer prevalecer su voluntad.

. . . .

"Desgraciadamente parece indudable que se propaga la epidemia de bandidaje mundial.

"Cuando empieza a propagarse una epidemia física, la comunidad no vacila en poner en cuarentena a los pacientes para proteger la salud de los demás contra la difusión del contagio.

. . . .

"Pero, sobre todo, la voluntad de paz de los pueblos pacíficos debe expresarse de tal manera que las naciones que pudieran verse tentadas a violar sus compromisos y los derechos de los demás, no puedan perseverar en su propósito. Es preciso realizar esfuerzos positivos para conservar la paz."

Estas declaraciones las hizo el Presidente solamente por su sola iniciativa. Entre algunos de los miembros de su propia administración —los que deberían haber estado más dispuestos a apoyar su posición— el discurso despertó no sólo un profundo antagonismo, sino también una desaprobación que no trataron de disimular en forma alguna. El resultado fué que en la gran mayoría democrática de las dos cámaras se creó un espíritu desasosegado de incertidumbre sobre la necesidad de seguir una política internacional tal como la que el Presidente había propuesto. El público, alentado por los líderes del aislamiento y las organizaciones pacifistas, protestó ruidosamente contra sus declaraciones. En todo el país, con la excepción de un pequeño sector de la prensa que había apoyado siempre la cooperación internacional para el mantenimiento de la paz, no se levantó una sola voz que expresara su acuerdo con las ideas del Presidente. El líder se anticipaba todavía demasiado al sentimiento popular. Se requerían las lecciones de una amarga experiencia y la educación de la opinión pública antes de que fuera posible iniciar con éxito un cambio fundamental en la política exterior.

El Presidente comprendía demasiado bien que la paz era cada día más gravemente amenazada por los gobiernos de Italia y Alemania. El Japón seguía un curso paralelo en el Lejano Oriente y con el mayor acercamiento de los bandoleros internacionales sus políticas respectivas sincronizaban cada vez más claramente. A pesar de que la opinión pública de los Estados Unidos no veía aún ningún peligro ni estaba dispuesta todavía a apoyar una franca política preventiva de parte del gobierno, el Presidente tenía la convicción de que su responsabilidad de defender los intereses nacionales lo obligaba, no obstante, a hacer la tentativa, por todas las vías constitucionales posibles, de refrenar la marcha de las potencias totalitarias en sus propósitos de dominación mundial.

En octubre de 1937, consideró que podía dar en el acto un paso en este sentido: decidió leer, en presencia de todo el cuerpo diplomático que se reuniría en la Casa Blanca el próximo aniversario del Armisticio, un mensaje dirigido a los demás gobiernos del mundo. Pensaba decir que había llegado a la conclusión definitiva de que, si las naciones del mundo no volvían rápidamente al respeto de los principios fundamentales de conducta que el juicio de diecinueve siglos y la experiencia de los últimos años habían demostrado que era necesario observar en las relaciones entre naciones, la paz mundial no podría ser mantenida por más tiempo; que muchos pronosticarían sin duda, en vista del fracaso de tantas gestiones anteriores encaminadas a preservar la paz, que este nuevo esfuerzo también fracasaría; que él no estaba dispuesto a aceptar tal predicción como una excusa para no hacer un llamado más ferviente; que hacía esta exhortación en la certeza de que todos los hombres y mujeres de todas las naciones del mundo sabían que, en caso de estallar una nueva guerra y de no existir un firme convenio acerca de ciertos principios y medidas destinados a mitigar su horror, sobre todo los horrores que amenazaban a la población civil, nadie podría asegurar que una guerra semejante no destruiría todo lo que pudo salvarse en la primera guerra mundial.

Pensaba mencionar especialmente que todos los ciudadanos del mundo civilizado sufrían bajo la carga del armamentismo, cuyo costo consumía gran parte de las entradas nacionales y destruía los altos standards de vida que, sin ellos, sería posible alcanzar. Agregaría que no ignoraba el hecho de que muchas naciones del mundo no podían cambiar súbita y totalmente su actual política de producción militar sin dislocar al mismo tiempo su estructura económica; que, sin embargo, parecía evidente que debería discutirse alguna forma de convenio por el cual se fijara un período de transición gradual hacia una economía internacional basada en la reducción de armamentos, en el uso más general de las fuentes de producción del mundo y en el mejoramiento y simplificación de las relaciones económicas entre todos los pueblos.

Como conclusión de su mensaje, el Presidente se proponía instar a todos los gobiernos a esforzarse por llegar a la brevedad posible a un acuerdo unánime sobre los siguientes problemas: primero, los principios esenciales de la conducta internacional; segundo, los métodos más efectivos para llegar a una limitación y a una reducción general de armamentos; tercero, los medios más eficaces de promover la seguridad económica, la estabilidad y el bienestar de todas las naciones mediante igualdad de tratamiento y de oportunidades y, por último, medidas efectivas para asegurar que, en caso de guerra, se respetarían al máximo los principios de humanidad.

El Presidente pensaba cerrar su exhortación asegurando que, si los gobiernos del mundo se mostraban favorablemente dispuestos a aceptar sus proposiciones principales, el gobierno de los Estados Unidos pediría, si así lo deseaban, a cierto número de gobiernos que cooperaran en la preparación de un proyecto, el cual sería sometido a todas las naciones como base de un pacto universal, dejando perfectamente en claro que lo que proponía no era una conferencia general internacional.

En los días en que el Presidente consideraba este plan, la Conferencia de las Nueve Potencias estaba a punto de inaugurar sus sesiones en Bruselas con el objeto de hacer una tentativa final de impedir que el Japón continuase su política de expansión armada en el Oriente. Si el Presidente hubiera hecho este llamado al mundo, su efecto en el Japón habría reforzado la posición de las naciones que se reunían en Bruselas.

En el caso de que fueran aceptadas sus proposiciones, el Presidente proyectaba la reunión de un comité organizador de diez naciones que representaran a todas las regiones del mundo, encargado de preparar un programa bien definido que sirviera de base para el convenio mundial al cual se podría llegar más adelante. El Presidente habría invitado a formar parte de este comité ejecutivo a representantes de las potencias europeas que no estaban todavía directamente envueltas en las disputas más serias, y a representantes de las repúblicas

americanas y de las naciones del Cercano Oriente. Habría advertido al mismo tiempo a los gobiernos de las potencias restantes que se les mantendría ampliamente informados de todas las gestiones que realizara el comité ejecutivo, a fin de que fuera posible considerar plenamente sus sugestiones y puntos de vista. Se esperaba que la sola proposición redoblaría los esfuerzos de Francia y Gran Bretaña tendientes a evitar que empeorara la situación europea.

El Presidente creía que, aunque las grandes potencias de Europa, incluso la Unión Soviética, no habían conseguido llegar a un entendimiento, los Estados Unidos obtendrían, por lo menos, que todos los gobiernos, a excepción del Eje Berlín-Roma, apoyaran sus esfuerzos para mantener la paz del mundo. Creía que el movimiento de opinión pública en todo el mundo sería beneficioso de por sí; repercutiría instantáneamente en los pueblos de Italia y Alemania, y estimularía, además, a las pequeñas naciones de Europa, cada vez más convencidas, durante los tres años anteriores, de que las grandes democracias habían renunciado a toda iniciativa y dirección en los asuntos mundiales.

Por último, si un entendimiento entre Gran Bretaña y Francia lograba frustrar las intenciones de Alemania e Italia, el apoyo que estas potencias prestaban al Japón se debilitaría lo bastante para obligar al Japón a hacer la paz con China, en términos que estuvieran de acuerdo con el Tratado de las Nueve Potencias.

Algunos de los principales consejeros del Presidente se opusieron casi con desesperación a este proyecto. Lo consideraban un gran peligro para el prestigio de los Estados Unidos, y creían que una exhortación tan dramática a las naciones del mundo, en el día del armisticio, sería desacertadísima, a no ser que el Presidente hubiese recibido, siquiera confidencialmente, la seguridad de que los gobiernos de Inglaterra y Francia no la considerarían como contraria a las negociaciones que ya habían iniciado o a la política que habían determinado previamente.

En consecuencia, el Presidente, contra su voluntad, postergó temporalmente su decisión. Como un paso preliminar, el 12 de enero de 1938 sondeó secretamente los puntos de vista del Primer Ministro británico. Desgraciadamente, el gabinete de Chamberlain no era el de Churchill. La respuesta de Neville Chamberlain fué una ducha de agua fría. Agradecía cortésmente y apreciaba en todo su valor los propósitos del Presidente, pero temía que la presentación de su proyecto en esas circunstancias sería aprovechada por Alemania e Italia para aplazar, en perjuicio de las democracias, el estudio de ciertos puntos concretos que debían ser arreglados entre Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia "si se quería lograr el apaciguamiento", y para hacer exigencias mayores que las que harían en caso de no haber otras negociaciones. El Primer Ministro añadía que mantendría constantemente informado al Presidente de todos los pasos que ya se habían dado y de los que el gobierno británico contemplaba dar. En el mismo mensaje el Presidente recibió la alarmante información de que, en un momento dado, el gobierno británico estaba dispuesto, en lo posible con la autoridad de la Sociedad de las Naciones, a reconocer " de jure" la conquista italiana de Etiopía.

Como consecuencia de estos sondeos, el Presidente se encontró ante la clara advertencia de que el proyecto no contaba con el apoyo británico. Siempre he tenido la convicción de que, si no se hubiera aconsejado al Presidente que hiciera averiguaciones confidenciales y si éste hubiera realizado su idea de hacer un llamamiento al mundo en el aniversario del armisticio en 1937, ni el gobierno británico, ni las naciones del Eje, presionados por las circunstancias y por la opinión pública que los hubiese obligado a cooperar por lo menos en apariencia, habrían podido rechazar su proposición.

En vista de la situación creada por la respuesta de Mr. Chamberlain, el Presidente creyó que su única alternativa era postergar "por corto tiempo" la propuesta que deseaba hacer. Pero aprovechó la oportunidad para manifestar claramente a Mr. Chamberlain que lo inquietaba profundamente la posibilidad de que el gobierno británico reconociera oficialmente la conquista italiana de Etiopía. Le advirtió que el

abandono por parte del gobierno británico del principio de no reconocer los territorios adquiridos por medio de la agresión tendría un efecto lamentable sobre la opinión pública de los Estados Unidos. El pueblo norteamericano, dijo enfáticamente, no apoyará a su gobierno en medidas de cooperación con otras naciones que no estén destinadas a mantener y restaurar los principios de la moral y del derecho internacionales.

Ocurrió que, cuando fué recibida en Londres la averiguación confidencial del Presidente, Mr. Eden, entonces Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, se encontraba en el sur de Europa; regresó a Londres tan pronto como se impuso del contenido de la sugestión del Presidente y de la respuesta de Mr. Chamberlain. Se cree que, debido a la directa intervención de Mr. Eden, Mr. Chamberlain envió un nuevo y diferente mensaje al Presidente, a fines del mismo mes de enero, en el cual decía que, reconsiderando el asunto, había llegado a la conclusión de que debía acoger la iniciativa del Presidente y que el gobierno británico haría todo lo posible por contribuir al éxito del proyecto, cuando quiera que el Presidente decidiese lanzarlo. Insistió, sin embargo, en que, como ya muchos gobiernos habían reconocido "de jure" la conquista de Etiopía, Italia podía pensar que el no reconocimiento por parte de Gran Bretaña era una prueba de que ésta no deseaba llegar a un entendimiento con Italia en las cuestiones del Mar Rojo y del Mediterráneo, lo cual no sólo mantendría la tirantez existente sino que la agravaría hasta el extremo. Mr. Chamberlain expresó la opinión de que ninguna concesión económica bastaría en sí misma para satisfacer a las potencias del Eje; estaba seguro, en cambio, de que, si se podía lograr que cooperaran en la solución de los problemas políticos, accederían a cooperar también en la parte económica, y manifestó que creía en la posibilidad de inducirlas a adoptar este punto de vista.

Entretanto, se había perdido un tiempo precioso. La situación interna de Alemania llegó a su punto de ebullición. En una entrevista del embajador inglés en Berlín con Hitler el 3 de marzo, éste declaró que el asunto de las colonias

carecía de importancia e insistió sobre la necesidad de resolver inmediatamente, en forma satisfactoria para él, los problemas de Austria y de Checoslovaquia; en cuanto a la limitación de armamentos, declaró que se negaría a tratar el asunto con Gran Bretaña (que no era, según él, la potencia contra la cual Alemania se estaba armando), a menos que Gran Bretaña iniciara previamente discusiones satisfactorias con la Unión Soviética. Se advertía ya, por lo tanto, la intención de Alemania de apoderarse de Austria y del Sudete como el primer paso hacia la creación de la Gran Alemania. Había pasado la hora de usar remedios reconstituyentes y preventivos como los que aconsejaba la propuesta del Presidente.

Esta fase de los esfuerzos que hizo el Presidente para evitar la crisis mundial que se aproximaba será siempre objeto de hipótesis. En noviembre de 1937, la situación europea era todavía plasmable. A pesar de que Hitler indudablemente había ya trazado todos sus planes, en cooperación con el Estado Mayor alemán, la política de Italia no había cristalizado aún. Una enérgica participación de los Estados Unidos en un esfuerzo mundial para conservar la paz, como la que había planeado el Presidente, habría podido detener a Italia, y también modificar casi radicalmente la política japonesa. Hitler se habría visto obligado a pensar dos veces antes de embarcarse en sus maniobras hacia la guerra mundial. Todavía en noviembre de 1937, un mensaje del Presidente y el programa constructivo que había ideado, habrían podido desencadenar un movimiento de la opinión pública todavía libre de Europa lo bastante poderoso para cambiar el curso de los sucesos en los dos años siguientes.

Con la anexión de Austria y con la amenaza del ataque a Checoslovaquia en la primavera de 1938, ya el Presidente no tenía verdadera oportunidad para detener el inminente desastre. Al principio de la crisis que culminó en Munich, a la una de la mañana del lunes 26 de septiembre el Presidente envió un mensaje similar al Primer Ministro de Gran Bretaña, al Primer Ministro de Francia, al Presidente Benes y a Hitler, en el cual los instaba a no suspender las negociaciones

para una solución pacífica de la diferencia y a no recurrir a la fuerza. El Presidente dijo:

> "El estado de paz en el continente europeo, si no en el resto del mundo, está en peligro inminente. Las consecuencias de su dislocación son incalculables. Si comienzan las hostilidades, las vidas de millones de hombres, mujeres y niños en todos los países afectados se perderán en circunstancias de horror indescriptible.
>
> "El sistema económico de los países comprometidos quedará indudablemente destruído y su estructura social se desintegrará completamente.
>
> "El deseo supremo del pueblo americano es vivir en paz. Pero en caso de una guerra tiene que afrontar el hecho de que ninguna nación puede escapar, en mayor o menor grado, las consecuencias de una catástrofe mundial.
>
> "Tengo la convicción de que, ante la amenaza de la guerra, las plegarias que se elevan en todo el mundo son por que se haga la paz antes, y no después, de la guerra.
>
> "En nombre de 130 millones de habitantes de los Estados Unidos de América y por la humanidad entera os ruego encarecidamente que no rompáis las negociaciones para conseguir un arreglo pacífico, justo y constructivo de las cuestiones que se discuten.
>
> "Vehementemente repito que, mientras continúen las negociaciones, será posible reconciliar las diferencias; si se rompen, la razón cederá ante las imposiciones de la fuerza.
>
> "Y la fuerza no es solución para el futuro bienestar de la humanidad."

Los primeros ministros de Francia e Inglaterra se apresuraron a asegurar al Presidente que su deseo era encontrar una solución pacífica. Un mensaje profundamente sincero, más o

menos en el mismo sentido, se recibió horas después del presidente Benes. Luego llegó la respuesta de Hitler admitiendo que las consecuencias de la guerra europea eran impredecibles, pero asegurando que la presente situación era resultado de las injusticias del Tratado de Versalles y de la incapacidad de la Sociedad de las Naciones para cumplir sus obligaciones (Alemania se había retirado ya de la Sociedad), y terminaba afirmando que no era Alemania sino el gobierno de Checoslovaquia quien debía escoger entre la paz o la guerra.

En las primeras horas de la tarde del 27 de septiembre el Presidente envió instrucciones urgentes a los diplomáticos norteamericanos de todo el mundo para que expresaran la convicción del gobierno de los Estados Unidos de que las consecuencias de la guerra serían tan desastrosas que no debía descuidarse ninguna gestión que, en alguna forma, pudiera contribuir al mantenimiento de la paz, y su confianza en que todos los gobiernos enviarían mensajes similares, ya que, aun a esas alturas, la opinión pública unida en todo el mundo podría ejercer alguna influencia en el curso de los acontecimientos.

El Presidente dirigió un llamado personal a Mussolini pidiéndole su ayuda para que continuaran las negociaciones. Ya Mussolini había recibido esta exhortación del Presidente cuando pidió reiteradas veces a Hitler, en la conversación telefónica que tuvo con él en la mañana del 28 de septiembre, que evitara el estallido de la guerra y que no interrumpiera las negociaciones con los gobiernos de Francia e Inglaterra.

En la tarde del 27 de septiembre, el Presidente recibió directamente la noticia de que Hitler había señalado para las dos de la tarde del 28 de septiembre la entrada de los ejércitos alemanes a Checoslovaquia. (Ahora se cree que la fecha escogida realmente por Hitler para la invasión fué el primero de Octubre.) El Presidente envió un nuevo mensaje a Hitler en la noche del 27 de septiembre, en el cual decía que, si hubiera necesidad de suplementar las negociaciones pendientes, se les podría dar mayor alcance en una conferencia de todas las naciones directamente interesadas, y que, si dicha conferencia pudiera reunirse inmediatamente en algún sitio

neutral de Europa, sería posible resolver los problemas del momento con espíritu de justicia y en forma más duradera.

En un párrafo conmovedor expresó su convicción de que el alma de los hombres, mujeres y niños que pudieran perecer en la inminente guerra llamaría a cuentas a Hitler y a los demás jefes de gobierno si no escucharan todos los llamados para evitarla. A este último ruego del Presidente, Hitler no respondió.

La horrible serie de atrocidades cometidas con los judíos por el gobierno alemán a fines de 1938, indignaron a la opinión pública de los Estados Unidos en grado sumo. La decisión del gobierno de retirar su embajador en Berlín como una indicación oficial de la repugnancia del pueblo norteamericano, fué aplaudida en todo el país, excepto por los partidarios del aislamiento y por los grupos ciegamente pacifistas.

La ocupación de Checoslovaquia por Hitler, el 15 de marzo de 1939, en violación casi inmediata de sus compromisos de Munich, convenció a los sectores del público norteamericano que todavía confiaban en que se podía combatir al hitlerismo con buenas razones, de que sólo la fuerza era capaz de convencer a los nacistas. Se generalizó la creencia de que era inevitable una guerra en Europa y de que no se podría hacer nada para evitarla.

La porción considerable del pueblo norteamericano que simpatizaba con la Unión Soviética estaba profundamente desalentada, aunque existía aún la confianza de que, no obstante los errores que los gobiernos de Francia e Inglaterra habían cometido en los últimos dieciocho meses, en el momento decisivo Rusia estaría de parte de las democracias. Por consiguiente el pacto celebrado en los últimos días de agosto entre la Unión Soviética y Alemania fué un golpe terrible que aumentó el sentimiento fatalista. El pacto Germano-soviético confundió y desanimó a los grupos liberales de los Estados Unidos. Cuando parecía inminente la invasión de Polonia, el Presidente creyó que lo único que le quedaba por hacer era acudir de nuevo a los jefes de los gobiernos pidiéndoles un respiro durante el cual fuera posible adelantar negociaciones.

Los instó a que, si estallaba la guerra, por lo menos se conviniera en respetar la vida de la población civil eliminando los bombardeos aéreos.

Al recordar los años transcurridos entre 1933 y 1939, creo que en muchos de nosotros existe la convicción de que los Estados Unidos podrían haber cambiado el curso de los acontecimientos si la opinión pública de este país hubiera comprendido lo desesperadamente grave que era la situación mundial, y que, aun sólo para salvaguardar sus propios intereses, el país habría debido participar activamente y de manera eficaz en los asuntos internacionales.

Por cierto que éste es un gran "si. . ." Entre esos años, el Presidente fué el único de todos los altos funcionarios del gobierno que, enfática y claramente, dió la voz de peligro; se le acusó por ello de "belicista". En una democracia como la nuestra es preciso mantener al pueblo constante y plenamente informado; pero esto sólo lo hizo el Presidente. Aun después del discurso en que éste habló de la necesidad de una "cuarentena", la opinión pública no comprendió los formidables problemas a los cuales debía hacer frente nuestro país, ni la magnitud del peligro que nos amenazaba si no interveníamos a tiempo para remediar las condiciones que los habían originado.

Difícil será encontrar mejor prueba que el ejemplo de esos años para demostrar la urgente necesidad que tienen ambas cámaras, como representantes del pueblo, de ser informadas con frecuencia y en forma completa por el Departamento de Estado acerca de todos los problemas de nuestras relaciones exteriores y de todo peligro, por remoto que parezca, que pueda significar una amenaza para el bienestar del país.

Sólo una opinión pública bien informada puede ser responsable de sus propios errores.

Capítulo III

MI MISIÓN EN EUROPA: 1940

A principios de enero de 1940 el Presidente me llamó a su despacho en la Casa Blanca para decirme que desde hacía algún tiempo, precisamente poco después del comienzo de la guerra en Europa, se venía preguntando continuamente si todavía podría hacer alguna gestión, como Presidente de los Estados Unidos, para prevenir los peligros que tan claramente amenazaban al pueblo de este país y al resto del mundo civilizado si continuaba la guerra europea. Creía él que si Alemania desencadenaba sobre las potencias occidentales la ofensiva total que desde tanto tiempo venía temiéndose, no se podría predecir el resultado de la guerra; y si ésta continuaba, el riesgo de que los Estados Unidos se vieran envueltos en ella sería cada vez mayor.

Aunque esto pudiera evitarse gracias a algún milagro, había dos peligros de los cuales uno sería inevitable: primero, la victoria de Hitler, que sería una amenaza inmediata para los intereses vitales de los Estados Unidos; segundo, la victoria eventual de las potencias occidentales, probablemente después de una lucha larga y desesperada que llevaría a Europa a la completa ruina económica y social, lo cual también tendría efectos desastrosos para el pueblo norteamericano.

El Presidente me informó que había considerado todas las posibilidades que aún existían y admitió con toda franqueza

que, en su opinión, las probabilidades de que pudiera hacerse algo para cambiar el curso de los acontecimientos eran de una entre mil; pero creía, sin embargo, que no debía descuidar ninguna posibilidad, por remota e improbable que fuera, y que su obligación para con su pueblo exigía que agotara todos los recursos. Por eso, me dijo, había decidido enviar un representante personal a Alemania, Inglaterra y Francia, y a Italia, que, a pesar de no ser beligerante, formaba parte del Eje. Debido a la situación que existía desde la firma del Pacto Germano-Soviético del año anterior, no creía él que sería provechosa una visita a Moscú, por lo menos entonces.

Su representante no llevaría ni propuestas ni sugestiones. Sólo iría a enterarse del punto de vista de cada uno de los cuatro gobiernos respecto a las posibilidades inmediatas de hacer una paz justa y permanente. Personalmente no le interesaba ninguna clase de tregua armada. Creía el Presidente que por varias razones era yo la persona más a propósito, dentro del gobierno, para representarlo en esa misión.

Debido a una corta enfermedad me vi obligado a salir de Wáshington por algunos días. A mi regreso me informó el Presidente que después de haber estudiado el asunto muy cuidadosamente, consideraba que debía ponerme en viaje sin dilación.

Tuve que averiguar primeramente si los gobiernos que el Presidente quería que visitara estaban dispuestos a recibirme en la calidad indicada, y a dejarme la suficiente libertad para obtener de ellos la información que él deseaba.

A pesar de que los gobiernos de Inglaterra, Francia e Italia aceptaron inmediatamente en forma muy cordial, se veía claramente que el anuncio de mi visita había creado perplejidad y cierta aprensión en los dos primeros países. En algunos círculos se expresó el temor de que nuestro gobierno quisiera hacer valer toda su influencia para conseguir la paz a cualquier precio, lo cual, en aquellas circunstancias, sólo lograría reforzar la posición de Alemania. También se temía que si, por tal motivo, las dos potencias occidentales se negaban a considerar lo que equivalía a someterse a los planes de

Hitler de dominar a Europa, la opinión pública en los Estados Unidos interpretaría su negativa como muestra de ciega intransigencia, y dejaría de simpatizar con las potencias occidentales como lo habían hecho hasta entonces.

Como cabía esperar, la respuesta de Berlín era fría y evasiva: aunque el gobierno alemán estaba dispuesto a recibirme, nada indicaba que Hitler mismo lo haría; y sin hablar con Hitler, mi visita a Alemania no podría darme una impresión categórica del punto de vista del gobierno alemán.

Por motivos que aún no acierto a explicarme, la frase del senador Borah al referirse a la guerra europea, a la cual llamó "guerra de juguete", encontró un eco muy favorable en nuestra opinión pública. Es cierto que después de devastar a Polonia los alemanes se habían abstenido de lanzar una ofensiva aérea contra las potencias occidentales. Y tampoco se habían decidido a invadir los Países Bajos o romper la línea Maginot. Pero, aun para los observadores menos familiarizados con los designios de Hitler, era claro que éste esperaba dos acontecimientos: primero, tenía la esperanza de que la gran superioridad aérea de Alemania y la excelencia de su equipo mecanizado, demostradas en la invasión de Polonia, persuadieran a Francia y Gran Bretaña de que una paz negociada que concediera la hegemonía alemana sobre Europa como base de la negociación, sería preferible a la probabilidad de una destrucción y ocupación completa del continente; segundo, si fracasaba este intento, sabía que los meses de invierno darían a sus agencias subversivas y de propaganda una oportunidad valiosísima para debilitar la moral de los ejércitos franceses. En esta forma aumentaría sus probabilidades de lograr una rápida victoria tan pronto como, con la llegada del verano, las condiciones fueran más propicias para una ofensiva general.

Parece inexplicable que un sector tan grande de la opinión pública de los Estados Unidos considerara la guerra como una guerra de juguete cuando estaban a la vista el creciente poderío militar de Hitler y el desastre que ya había caído sobre Polonia. Además, muchos pensaban, como el senador Borah,

que era muy sospechoso que Gran Bretaña y Francia no tomasen la ofensiva. Este sentimiento casi sádico, tenía mucho de los gritos lanzados por los espectadores en una exhibición de boxeo, cuando la actuación de los contendientes no es todo lo sangrienta que ellos quisieran.

Al mismo tiempo, y esto, quizás, en todo el país a excepción de una o dos regiones, el aislacionismo a ultranza había llegado a otro de sus puntos culminantes. El sentimiento popular pedía que nuestro gobierno no tomara ninguna iniciativa que, aun remotamente, pudiera comprometer a los Estados Unidos con las potencias en guerra. Algunos aseguraron vigorosamente que mi misión era peligrosa en extremo, ya que constituía una evidencia del interés directo que nuestro gobierno tenía en la tragedia europea. Se insistió, hasta en Wáshington, que una misión semejante sólo podía causar antagonismo contra los Estados Unidos en ambos bandos y que sería mucho mejor que el Presidente no "metiera al país en asuntos ajenos".

La situación en Europa, vista desde Wáshington, no animaba a ser optimista. Mientras Mr. Chamberlain se había convencido hacía tiempo que estando Hitler en el poder no había esperanza de seguridad para Inglaterra, elementos muy poderosos en los círculos financieros e industriales creían todavía que la dominación de Europa por Hitler implicaba necesariamente el fin de la libre Comunidad Británica de Naciones. En Francia, el caos político que había existido durante los seis años precedentes, la continua propaganda alemana para desintegrar internamente la estructura nacional francesa, y la corrupción desastrosa del sentimiento nacional, contribuían a determinar un estado de cosas que ofrecía poca esperanza de resistencia efectiva contra Alemania.

A ambos lados de las líneas Sigfrido y Maginot los ejércitos enemigos permanecían inmóviles, sin otra actividad que raras y esporádicas descargas de artillería. Pero ya se advertía que, mientras en el lado alemán la moral del ejército era excelente, la disciplina de las tropas francesas preocupaba grandemente a los oficiales, y la ineficiencia y deslealtad de

algunos de sus jefes preocupaban igualmente a muchos de los patriotas que estaban bajo sus órdenes.

Las relaciones entre los Estados Unidos y Alemania eran meramente formales. La evidencia cada vez más notoria de las ambiciones de Hitler, la naturaleza del ataque contra Polonia, la persecución de los judíos, y el conocimiento que teníamos de las actividades subversivas dirigidas por el régimen nazi en muchas naciones de Europa y en las repúblicas americanas, nos habían convencido de que no era deseable tener nada más que relaciones remotas con Berlín.

Sólo en Italia había posibilidades de que la política de nuestro gobierno tuviera alguna influencia. Si por cualquier medio los Estados Unidos podían impedir que Italia participara activamente en la guerra contra Francia y Gran Bretaña, privando a Hitler de la activa colaboración de su socio en un ataque contra Francia, el resultado de la guerra podría ser muy diferente de lo que entonces parecía. No era del todo imposible que ejerciéramos cierta influencia. Los italianos que emigraban a los Estados Unidos habían creado entre el pueblo italiano un sentimiento de verdadera amistad hacia este país que no se había modificado a pesar de la anglofobia que se despertó en Italia a raíz de la conquista de Etiopía.

El gobierno de los Estados Unidos no contaba entonces con el apoyo necesario de la opinión pública para dar peso a su influencia en Europa. La nación no estaba obligada por tratado alguno a tomar parte en una acción internacional contra el agresor nazi, a pesar de que dicho agresor había demostrado claramente su deseo de dominar al mundo. El Congreso había ido aun más lejos, y con la cláusula sobre pagos al contado y otras disposiciones similares de la llamada ley de neutralidad había revelado claramente que los Estados Unidos ni siquiera ayudarían a las naciones atacadas por Hitler a obtener en este país los medios de defensa necesarios.

Hoy en día, con un conocimiento más amplio de la confianza absoluta que tenían los líderes nazis, vemos que ninguna gestión verbal de los Estados Unidos en el invierno de 1940

hubiera sido efectiva. Sólo una cosa hubiera hecho a Hitler desistir de su propósito: la certeza de que el poderío de los Estados Unidos sería usado contra él si trataba de llevar adelante su plan de conquistar al mundo por medio de la violencia; y sólo esa misma certeza habría podido persuadir a Mussolini, cuya voluntad no era la del pueblo italiano, de que su asociación con Hitler constituía una aventura fatal.

En aquella época ningún representante de este gobierno habría sido autorizado para insinuar tal cosa, y aunque lo hubiera sido, ni el régimen nazi ni el fascista habrían dado gran importancia a sus palabras conociendo, como conocían, el estado de ánimo del público y del Congreso de este país. Si un representante del Presidente hubiera tratado de intentarlo sin estar autorizado, no sólo habría procedido deslealmente con respecto de su propio gobierno, sino que también habría desestimado deliberadamente el sentimiento popular de la nación.

Mi misión, por lo tanto, era un empresa desesperada. En el peor de los casos, sin embargo, permitiría obtener informaciones valiosísimas para el Presidente en la conducta de nuestras relaciones exteriores en aquellos días tan difíciles.

Llegué a Roma, primera etapa de mi viaje, el 25 de febrero. Nuestro embajador en Roma era William Phillips, mi predecesor en la Sub-Secretaría de Estado, que poseía mucha más experiencia en el servicio exterior de nuestro gobierno que cualquier otro de nuestros embajadores. Sentía verdadera simpatía por el pueblo italiano y se rebelaba profundamente ante todos los aspectos de la política fascista y la subordinación del gobierno italiano a los dictados de Hitler. Cuando llegué a Roma, hacía ya más de un año que Mussolini, como un medio de mostrar su desagrado ante la política de los Estados Unidos, había decidido no hacer caso de nuestro Embajador y eludir sus frecuentes solicitudes de entrevistas. Sin embargo, el Embajador había continuado manteniendo relaciones con el Conde Ciano, Ministro de Relaciones Exteriores.

Mi primera entrevista, en la que me acompañó el Embajador, fué con el Conde Ciano en la mañana siguiente a mi

llegada. Como el edificio definitivo del Ministerio estaba en construcción en los terrenos en que, según las esperanzas del gobierno italiano, debía celebrarse la Exposición de Roma en 1942, fuí recibido en las oficinas temporales del Ministerio de Relaciones Exteriores en el Palacio Chigi.

La impresión que me hizo el Conde Ciano fué muy diferente de lo que esperaba. Por los datos de muchas personas que habían hablado con él, y por sus fotografías, me había imaginado encontrar un hombre altivo y dominado por un sentimiento de egregia importancia. En mis numerosas conversaciones con él lo encontré precisamente lo contrario. Aunque sólo tenía 36 años, representaba más edad. Se conducía siempre de manera cordial y sin afectación, hablaba un inglés familiar, y no podía haber sido más franco y sencillo al expresar sus puntos de vista.

De acuerdo con la línea de conducta que me había trazado, traté de destacar en toda forma las ventajas para Italia de una política de verdadera neutralidad en el conflicto europeo. Expuse claramente que todos los norteamericanos teníamos en gran estima a nuestros conciudadanos de ascendencia o de nacimiento italiano, y que con ellos compartíamos la satisfacción de que Italia no hubiera entrado en la guerra y hubiera hecho esfuerzos para evitarla; que Estados Unidos en completa armonía con las demás repúblicas americanas, eran una gran influencia neutral en el mundo; que Italia había sido hasta entonces otra poderosa influencia no beligerante, y que, de presentarse la oportunidad de establecer una paz permanente y estable, los esfuerzos de esas dos influencias neutrales serían más eficaces si cooperaran entre sí que si tomaban caminos diferentes.

En aquella época se había reducido grandemente el comercio de exportación de todos los países neutrales. Sería una gran ayuda tanto para Italia como para los Estados Unidos encontrar un método satisfactorio para aumentar el volumen del comercio entre ambos países. Expresé que, para que tal arreglo fuera posible, los dos gobiernos debían estar de acuerdo respecto a ciertos principios y objetivos, pero que yo esperaba

que, mediante el estudio y la consideración de todos los factores, sería posible llegar a un entendimiento. Dejé muy en claro, por cierto, que tales beneficios solamente podrían obtenerse si Italia mantenía su neutralidad.

Le dije al Ministro que él estaba, por supuesto, al corriente del objeto de mi misión: el Presidente me había encargado que lo informara sobre las posibilidades de establecer una paz duradera, pues no le interesaba una paz precaria o temporal que fuera solamente una tregua inestable; yo no tenía poderes para hacer proposiciones ni para entrar en compromisos, y apreciaría mucho cualquier opinión que él tuviera a bien expresar sobre los puntos de vista del gobierno italiano respecto a dichas posibilidades.

El Conde Ciano me dijo francamente que se alegraba de que mi misión no fuera la de ofrecer propuestas o fórmulas para un posible tratado de paz, porque a su juicio el momento no era el más propicio para una gestión en ese sentido.

Le hice notar que en Wáshington habíamos seguido con interés las gestiones que él había hecho a fines del mes de agosto anterior para prevenir la guerra y las que había hecho después para evitar que se extendiera a otros países. Me interesaba especialmente saber si el gobierno italiano contemplaba todavía la posibilidad de convocar a una reunión de representantes de los países beligerantes, tal como la que había sugerido el 31 de agosto de 1939. El Conde Ciano dijo que esa iniciativa había sido suya y que la había tomado de acuerdo con Mussolini.

Diciendo esto se levantó y sacó de una caja fuerte su famoso diario, un libro rojo en el que él mismo escribía sus actividades diarias. Este libro era bien conocido de muchos corresponsales norteamericanos en Roma, con muchos de los cuales Ciano mantenía aún relaciones personales muy amistosas. El Ministro me leyó algunos párrafos de su diario referentes al período en cuestión, según los cuales los tres días que siguieron al 31 de agosto él había estado casi constantemente en conversación telefónica con los ministros de relaciones exteriores de Gran Bretaña y Francia, Lord Halifax y Georges

Bonnet, y con el propio Hitler, pidiéndoles que se reunieran con Mussolini en Stresa el primero de septiembre. Las anotaciones de Ciano decían que Hitler aceptó que se celebrara la reunión el primero de septiembre, pero que los ministros de Francia e Inglaterra no dieron ninguna respuesta hasta el 2 de septiembre. A pesar de que éstos estaban de acuerdo en principio, Lord Halifax había insistido en que primero deberían retirarse las tropas alemanas de la frontera entre Alemania y Polonia. Creía Ciano que si la respuesta de Lord Halifax hubiera llegado el primero de septiembre Hitler habría aceptado, pero que ya el 2 de septiembre las tropas alemanas habían avanzado tanto y el entusiasmo militar alemán había crecido en tal forma que habría sido materialmente imposible aceptar esa condición. El Ministro tenía poca confianza en que una reunión semejante pudiera ser provechosa en esos momentos.

El Conde Ciano se extendió luego largamente sobre las relaciones germano-italianas. No trató de disimular su gran antipatía por Ribbentrop, y dijo: "Si Hitler quiere algo —y Dios sabe que nunca se conforma con poco—, Ribbentrop siempre pide un punto más". No disimuló su resentimiento por la poca consideración de Hitler con su socio del Eje al no consultar al gobierno italiano con respecto de la política alemana, y porque el Fuehrer no respetaba en absoluto los términos específicos del tratado entre Italia y Alemania.

Durante el verano anterior, había conferenciado dos veces con Hitler y Ribbentrop, y las negociaciones entonces pendientes entre la Unión Soviética, Francia y Gran Bretaña fueron, naturalmente, uno de los tópicos de la discusión. Los alemanes le habían dicho que para impedir el éxito de esas negociaciones estaban procurando firmar un tratado comercial con Rusia, pero que eso era solamente "petit jeu".

"¿Creerá usted", prosiguió, "que Hitler me llamó por teléfono el 21 de agosto para anunciarme que había firmado la alianza, y que antes de que hubiera podido comunicarme con Mussolini para darle la noticia, oí por esa misma radio que ve usted en mi oficina que la noticia se estaba radiodifundiendo a todo el mundo?" "Así", me dijo, "es como se informa

a Italia sobre la política exterior de Alemania. Y en lo que respecta a Polonia", continuó, "los términos inequívocos de nuestro tratado especifican que si Alemania se lanza en una aventura militar, debe consultar primeramente a Italia. Si hubiera estado en nuestro poder, habríamos impedido la invasión de Polonia, pero nunca se nos dió la oportunidad de influir sobre Hitler para impedirla".

El Conde Ciano insistió en que el gobierno italiano simpatizaba profundamente con los "verdaderos polacos". Creía que Polonia debería ser reconstituída. Como indicación de su política, el gobierno italiano seguía reconociendo la Embajada polaca en Roma, y él mismo estaba procurando influir por todos los medios a su alcance sobre el gobierno de Alemania para mitigar la brutalidad del tratamiento que se daba a los polacos en el territorio ocupado.

"A ningún país", declaró el Conde, "le gustaría que Alemania fuese su vecino. Ahora que lo es de Italia, tenemos que hacer todo lo posible por llevarnos bien con ella".

"Tal vez se pregunte usted por qué Italia no hizo nada cuando el asesinato de Dollfuss ni cuando Hitler ocupó a Austria. Se lo diré, porque hay muchos conceptos falsos a este respecto. Hay en Austria actualmente ciertos sectores descontentos y atormentados, que querrían que nunca se hubiera realizado el Anschluss con Hitler; pero, como italiano, créame que aun hoy la mayoría de los austríacos prefieren pertenecer a Alemania a soportar la vida de hambre y progresivo agotamiento a que estaban condenados en el Austria independiente.

"Antes de la ocupación de Austria, el Dr. Schuschnigg vino a Roma, y en una ocasión me confesó francamente que si Alemania ocupaba a Austria, la mayoría de los austríacos apoyaría la ocupación, y que si Italia mandaba tropas a Austria para impedirlo, los austríacos se unirían como un solo hombre al ejército alemán para luchar contra Italia.

"Por eso, cuando se consideren los términos de paz, sería casi estúpido, salvo con una condición, apoyar la tesis francesa de la reconstrucción de Austria. Una Austria independiente sólo podrá existir si se dan al pueblo austríaco verda-

deras posibilidades de vida y una nueva oportunidad de desarrollar un país próspero y estable.

"Si hay una nación que lógicamente desearía la reconstrucción de una Austria independiente, esa nación es Italia. Pero Italia sabe que los austríacos son profundamente alemanes, y que el pueblo austríaco nunca volvería gustoso al estado de inanición y de muerte lenta que sufrió durante veinte años a partir de 1918."

El Conde Ciano me dijo que había pasado dos días en Berlín en octubre del año anterior conferenciando con Hitler. En aquella época, creía él que Alemania todavía habría aceptado una paz basada sobre la retención de Austria o un plebiscito en Austria —ya que, a su juicio, Hitler estaba convencido de que un plebiscito honrado daría una enorme mayoría de votos en favor de que continuase la unión con Alemania—, la existencia independiente de Eslovaquia y de Bohemia y Moravia bajo el protectorado alemán, y la reconstitución de una Polonia completamente independiente, sin Dantzig, el Corredor ni el territorio de la Polonia Occidental ocupados por minorías alemanas, que pasarían a Alemania, y sin la parte oriental de Polonia, que pasaría a Rusia previo traslado de los habitantes de nacionalidad polaca al nuevo estado reconstituído, al cual se daría una salida al mar. Las condiciones también habrían incluído la devolución a Alemania de las posesiones coloniales perdidas en la primera guerra o su equivalente en territorios. Ciano no tenía ninguna seguridad de que Alemania estuviese todavía dispuesta a aceptar esas condiciones.

A través de esta conversación, Ciano reveló no solamente su desprecio y odio por Ribbentrop, sino también un gran antagonismo hacia Hitler. No ocultó su ansiedad por la suerte de Italia en sus relaciones con Alemania, ni el temor que le inspiraba el poderío militar alemán. Pero no mostró la menor simpatía por Gran Bretaña o Francia.

Tan pronto como terminó la conversación se hizo pasar a los fotógrafos y el ministro y yo estuvimos largo rato ante las cámaras. Fué aquella la única vez que vi al Ciano "de

pecho levantado y mentón prominente" de que me habían hablado. Hasta el momento en que las cámaras comenzaron a funcionar no podía haber sido más sencillo ni más humano.

Al principio de nuestra entrevista, Ciano me había dicho que Mussolini me recibiría esa misma tarde en el Palazzo Venezia. En las horas que pasaron entre las dos entrevistas apenas si tuve un minuto libre; hablé con varios corresponsales norteamericanos residentes o de paso en Roma, entre ellos Herbert L. Matthews y Camille Cianfarra, del New York Times, y John T. Whitaker, William Philip Sims y los Packard, de la United Press. Durante esta primera etapa de mi visita, las oficinas de la Embajada estuvieron rodeadas por agentes del gobierno fascista y, como pocos italianos se habrían atrevido a correr el riesgo, no tuve visitantes. En mi segunda estada tres semanas más tarde, pude notar que se habían levantado estas restricciones. Se habían convencido sin duda de que el objeto de mi misión era realmente el que yo había manifestado a Mussolini en mi primera conversación con él, y que no tenía propósitos ulteriores.

Pude hablar, sin embargo, con varios italianos en la residencia privada del Embajador, así como con los embajadores de Francia e Inglaterra, M. François-Poncet y Sir Percy Loraine.

De todas estas distintas fuentes de información obtuve exactamente el mismo punto de vista: que no sólo la mayoría del pueblo italiano, sino también los altos funcionarios del gobierno, excepto los que estaban bajo la influencia nazi y, por supuesto, Mussolini, se oponían total y casi violentamente a la entrada de Italia a la guerra.

Tampoco había discrepancia alguna en los puntos de vista expresados con respecto de la preparación de Italia para la guerra. Los miembros de nuestra embajada, que me dieron la impresión de estar muy bien informados, estaban todos de acuerdo en que el grado de preparación, moral y disciplina de los ejércitos italianos era muy semejante al de 1915. Se me dijo, sin embargo, que los aviadores italianos eran excelentes y que la marina italiana estaba en muy buenas condi-

ciones. Los modernos barcos de guerra construídos por Mussolini estaban admirablemente equipados para operar en el Mediterráneo. El único lado flaco de las fuerzas navales italianas era que dependían de Alemania para su provisión de combustible.

A las cinco de la tarde, en compañía del Embajador Phillips, fuí recibido por Mussolini.

Entré al palacio por la entrada lateral que usaba el Duce, y después de subir en un pequeño ascensor, fuí escoltado a través de un largo corredor adornado con cuadros al óleo y lleno de vitrinas que contenían piezas de porcelana italiana antigua, hasta una sala de recepción donde me esperaba el Conde Ciano. De allí pasamos al salón del Gran Consejo Fascista que, a pesar de ser mucho más pequeño y estar tapizado de azul en vez de rojo, me recordó el salón de los dux en el Palacio de los Dux en Venecia. En un extremo del salón había un sillón de brazos muy grande y muy alto reservado para el Duce; a un nivel más bajo, alrededor de una mesa en forma de herradura, había asientos para los miembros del Gran Consejo; las paredes estaban cubiertas de magníficos retratos.

Mussolini me recibió en su escritorio de la "Sala Mapa Mondo". El salón, del que tanto se ha escrito, era muy largo, pero no me pareció tan sobrecogedoramente largo como decían los que habían entrevistado a Mussolini en años anteriores. No había muebles, a excepción de una mesa en un extremo y, frente a ella, tres sillas para el Embajador, el Conde Ciano y yo. Una pequeña lámpara sobre el escritorio era la única luz en aquella habitación tan espaciosa que ya empezaba a oscurecerse con el atardecer de invierno.

Mussolini me recibió muy cordialmente a la entrada diciendo que se sentía muy feliz de darme la bienvenida, y me acompañó a través de todo el salón hasta su escritorio. A pesar de que hacía ya más de un año que no quería recibir al Embajador Phillips no se refirió a esa circunstancia en ningún momento.

La primera impresión que me causó la apariencia de

Mussolini fué de profunda sorpresa. Por sus fotografías, por las muchas veces que lo había visto en el cinematógrafo y por las descripciones que había leído, tenía la idea de que se trataba de un hombre activo, de movimientos rápidos y de personalidad animadísima. El hombre que tenía ante mí aparentaba quince años más de los cincuenta y seis que tenía. Era calmoso y estático más bien que dinámico. Se movía con la pesadez de un elefante, y parecía hacer un esfuerzo a cada paso que daba. Era muy gordo para su estatura, y cuando su rostro estaba en reposo se le acentuaban los rollos fofos de la doble barba. Su pelo, cortado al ras, era blanco como la nieve. Durante nuestra larga y variada conversación, mantuvo los ojos cerrados la mayor parte del tiempo. Los abría con la dinámica y amplia fijeza de que tan a menudo había oído hablar, sólo cuando deseaba hacer hincapié sobre algún punto. A su lado tenía una gran taza de una bebida caliente que sorbía de tiempo en tiempo.

Mussolini me dió la impresión de ser un hombre que se debatía bajo una presión tremenda. Casi se podía sentir una gravitación de plomo.

Ciano comenzó diciendo que Mussolini deseaba que él sirviera de intérprete ya que, en vista de la importancia de las conversaciones, prefería hablar su propio idioma en vez de francés o inglés.

Antes de mi partida de Wáshington el Presidente me había dado tres cartas, escritas de su puño y letra, para Chamberlain, Daladier y Mussolini; a Hitler no le mandó ninguna. Las de Chamberlain y Daladier eran simples cartas amistosas de presentación, pero la de Mussolini era de extrema importancia. En ella el Presidente, recalcando la satisfacción con que el gobierno de los Estados Unidos vería que Italia continuase neutral, ponía de relieve sus grandes deseos de celebrar una entrevista con el jefe del gobierno italiano. Creía el Presidente, y yo creo, hoy como entonces, que tenía mucha razón, que si él y Mussolini pudieran entrevistarse en algún punto relativamente remoto, como las Azores, podría tal vez convencer a Mussolini de que, si quería beneficiar a Italia,

su único camino era negarse a prostituir al pueblo italiano para mayor gloria de Hitler.

Como Mussolini tuviera dificultad en leer la carta del Presidente, Ciano se la tradujo. A medida que progresaba la lectura, asomaba en su cara una sonrisa de complacencia, y al llegar al final, en que el Presidente expresaba esperanzas de verlo pronto, sonrió lleno de satisfacción.

"Hace mucho tiempo", dijo, "que tengo esperanzas de que se celebre esa reunión de que tanto he oído hablar. Pero ya estaba temiendo que la impidieran las muchas millas de océano que nos separan."

"No olvide Ud.", dije en el acto, "que hay puntos intermedios que dividirían la distancia."

Mussolini dejó de sonreír y me echó una mirada escrutadora. Luego prosiguió lentamente, sin quitarme los ojos de encima: "Es verdad, y hay barcos que podrían llevarnos a los dos". Aquí hizo una pausa, y extendiendo la mano le quitó la carta a Ciano diciendo: "Esta carta la contestaré yo personalmente".

La carta quedó sin respuesta, probablemente como resultado de las conversaciones que se celebraron con ocasión de la visita apresurada de Ribbentrop a Roma mientras estaba yo en Londres y en París. No parece aventurado decir que si Mussolini hubiera contestado aquella carta, y se hubiera efectuado la entrevista que en ella se proponía, el pueblo italiano se habría visto libre de la tragedia que ha sufrido desde entonces.

La conversación versó casi exclusivamente sobre problemas de política económica y sobre la cuestión de armamentos. Recordé a Mussolini la encuesta enviada por los Estados Unidos a las demás potencias neutrales, en la que se sugería un intercambio de ideas acerca de un sistema económico racional y la posibilidad de reducir y limitar los armamentos en la postguerra, y me manifestó que la respuesta de Italia equivaldría a preguntar qué opinaba mi gobierno sobre estos asuntos. Le contesté que traía una breve declaración de los puntos de vista de los Estados Unidos sobre las relaciones económicas internacionales y que, como yo conocía ampliamente las ideas que Mussolini había expresado en su discurso ante la Cámara de Diputados el 26 de mayo de 1934, me parecía que las ideas de mi gobierno coincidían en general con las suyas.

Me pidió inmediatamente la declaración y se puso a leerla palabra por palabra; a medida que leía, hacía algunos comentarios; sobre el primer párrafo dijo: "Molto bello, estoy de acuerdo en todo. Pero desgraciadamente Italia nunca ha podido tener una expectativa de acceso a las fuentes de materias primas en iguales condiciones que los demás".

Cuando llegó a la parte referente a las desigualdades y a las naciones más favorecidas dijo: "Pero, ¿puede haber mayores desigualdades que las que contienen los Convenios de Ottawa o la política arancelaria de los Estados Unidos antes de la administración de Roosevelt?"

Cuando terminó la lectura dijo: "Estoy de acuerdo con cada uno de los puntos contenidos en esta declaración. Es exactamente lo mismo que dije en 1934 y lo que ahora creo. Pero Ud. debe recordar que Italia fué el último país que siguió el camino de la autarquía, y que dió este paso solamente como un recurso desesperado y en defensa propia. Un país pobre como Italia no podía hacer otra cosa después que, con la adopción por Gran Bretaña de la política de Ottawa, las demás naciones europeas recurrieron a la autarquía y Francia impuso el sistema de cuotas y otras restricciones. Los principios delineados en este documento de su gobierno representan el ideal que deberían perseguir todas las naciones; pero permítame recordarle que cuando llegue el momento en que todas las naciones puedan comerciar libremente, no será posible realizar este ideal a menos que todas las potencias convengan al mismo tiempo en un plan de desarme práctico y positivo. Mientras los países dediquen su economía nacional solamente a la construcción de armamentos, no hay esperanzas de que se logren buenas relaciones económicas internacionales".

Le respondí que era eso precisamente lo que había movi-

y destrucción, las posibilidades de conseguir una negociación de paz se alejarán por mucho tiempo."

Cuando terminó la conversación me aseguró que tendría mucho gusto en hablar de nuevo conmigo en cualquier momento, y que probablemente recibiría informes de Berlín, París y Londres después de mis visitas a aquellas capitales que serían muy útiles para el Presidente antes de mi regreso a Wáshington. Convinimos en que volvería a verlo a mi regreso a Roma antes de volver a los Estados Unidos.

El Duce se levantó y se sentó junto a mí al otro lado de su escritorio. Me habló en inglés un momento, y después siguió en francés. Le pregunté si seguía paseando a caballo todas las mañana y me dijo que sí, pero que últimamente había adoptado un nuevo deporte, el tenis; que él siempre había pensado que el tenis era un juego de señoritas, pero había descubierto que era casi tan fuerte como la esgrima. Muy complacido me dijo que esa mañana había derrotado a su profesor por 6 a 2. Me acompañó hasta la puerta, me dió un fuerte apretón de manos y repitió que esperaba verme de nuevo.

Aquella noche los censores italianos recibieron del Palazzo Venezia la orden de permitir las referencias a mi visita con cordialidad moderada. Hasta entonces la prensa no me había mencionado. Evidentemente Mussolini había decidido que no se publicara nada hasta que él personalmente se convenciera de que mi viaje no tenía otro propósito que el que le habían anunciado desde Wáshington.

Por obvias razones se había decidido que, después de mi estada en Roma, iría a Berlín antes que a París y Londres, con el objeto de que mi itinerario no diera lugar a deducciones falsas.

La mano del fascismo se hacía sentir pesadamente en toda Italia. Hasta al caminar por las calles se notaba el desasosiego de un pueblo naturalmente sencillo y sin complicaciones bajo un gobierno cada vez más fuerte al cual no podía acostumbrarse ni adaptarse. Las pocas horas que estuve en Suiza de paso a Alemania fueron como un soplo de aire fresco, a pesar de que durante mi breve parada en Zurich me exasperaron los tenaces y demasiado visibles esfuerzos de las diferentes categorías de agentes alemanes que deseaban tener a toda costa una entrevista conmigo o con los miembros de mi comitiva. Dos alemanes que había conocido superficialmente hacía muchos años me enviaron cartas con un mensajero, en las que decían ser íntimos amigos de las personalidades más poderosas del régimen nazi y me ofrecían su valiosa ayuda para el mejor éxito de mi misión. Otros individuos, con historias demasiado trágicas de sus desdichas personales, trataban de ganarse las simpatías de mis secretarios, y otros no me perdieron de vista en todo el tiempo de mi corta permanencia en Suiza.

Si bien Italia me había parecido abrumada por grandes restricciones, su ambiente resultaba alegre y despreocupado en comparación con lo que vi al dar el primer paso sobre suelo alemán.

Durante casi todo el viaje desde la frontera de Suiza hasta Berlín, las cortinillas del vagón permanecieron cerradas a causa de las restricciones del tiempo de guerra; pero las pocas veces que pude bajar a la plataforma de una estación, experimenté una sensación de opresión casi física.

Esta sensación aumentó con la lectura de los periódicos alemanes que me trajo Herr von Struwe, enviado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania para acompañarme desde la frontera. Había visto en Wáshington resúmenes de la prensa alemana, pero no me había dado clara cuenta del extraordinario documento que es un diario alemán bajo el gobierno de Hitler. Recuerdo que en la primera página del primero que abrí había tres artículos escritos en estilo muy solemne, que decían describir los últimos acontecimientos en Inglaterra y en los Estados Unidos; los tres eran no sólo falsos sino fantásticos.

Creo que este detalle fué el que más profunda impresión me causó durante toda mi visita en Alemania. En ciertos casos es necesario tener experiencias personales para comprender de verdad lo que, posiblemente, uno ya sabe y cree que es así. Como centenares de miles de mis ciudadanos, sabía

que en Alemania la prensa estaba completamente dominada por el régimen nacista, y que al pueblo alemán sólo se le permitía leer lo que los líderes nazis querían que leyera, pero hasta ese momento no había comprendido en toda su significación el poder formidable que esa autoridad proporciona a un gobierno. En esas circunstancias, y en una época en que se consideraba un crimen oír los programas de radio del extranjero, crimen cuyos castigos se publicaban en el propio diario que estaba leyendo en ese instante, era sencillamente inconcebible que el pueblo alemán pudiera hacer algo que sus amos no hubieran ordenado. En ese momento me convencí de que, cuando termine la guerra, los pueblos del mundo no deben permitir jamás que se produzca una situación en la que el pueblo se vea privado del derecho fundamental de saber la verdad.

Llegué a Berlín, a la estación de Friedrichstrasse, en las primeras horas de la mañana del 1º de marzo. Creo que lo primero que vi al recorrer la célebre avenida Unter den Linden en camino al hotel Adlon, fué un grupo de prisioneros polacos, custodiados por guardias armados, paleando la nieve de las calles.

El gobierno alemán no había permitido que se publicara una sola palabra sobre mi llegada a Berlín. El público ignoraba mi misión y su objetivo. El hotel Adlon lucía ostentosamente una bandera que indicaba la presencia de algunos emisarios de la llàmada república de Eslovaquia; pero no se permitió que flameara la bandera norteamericana.

La hora de mi visita a von Ribbentrop, el Ministro de Relaciones Exteriores de Hitler, había sido fijada para las doce del día. Fuí escoltado hasta el edificio del Ministerio por el jefe del protocolo, Herr von Doernberg. Alejandro Kirk, el encargado de negocios de nuestro país, que nunca había sido recibido por von Ribbentrop, me acompañó en la entrevista por expresa petición mía.

Todos los funcionarios de la cancillería vestían uniforme militar. Después de pasar las dos esfinges que adornan la entrada desde la época de Bismarck, vimos un grupo de tropas de asalto con sucios uniformes estacionados al final de la escalera. Sus rostros tenían una expresión anormal, de increíble brutalidad.

El recibimiento que me hizo Ribbentrop fué en cierto modo la experiencia más inesperada de toda mi misión.

Acompañado por Herr Schmidt, el conocido intérprete oficial, me recibió a la puerta de su oficina sin siquiera sonreír y sin una palabra de bienvenida. Después de un momento de silencio le dirigí unas pocas palabras en inglés, sabiendo que lo hablaba muy bien: Fuera de su breve misión en Londres como embajador, había vivido mucho tiempo en Inglaterra como comerciante de vinos y cuatro años en los Estados Unidos y en el Canadá en el mismo negocio. Ribbentrop me lanzó una mirada de hielo y ladró más bien que dijo al Dr. Schmidt, en alemán, "¡Traduzca!" Luego nos sentamos. El ministro se dirigió a mí y me preguntó en alemán si había hecho un viaje agradable. Me dirigí al Dr. Schmidt y le dije en inglés que había perdido ahora mi facilidad para hablar alemán y que tuviera la bondad de interpretar mi respuesta al ministro. Expliqué la naturaleza de mi misión insistiendo en que mi gobierno estaba interesado solamente en el establecimiento de una paz permanente en Europa y no en una tregua temporal, y terminé poniendo muy en claro que no traía ninguna propuesta u ofrecimiento de parte de los Estados Unidos.

Entonces Ribbentrop comenzó a hablar y no paró por más de dos horas, salvo para pedirle de vez en cuando al intérprete que tradujera lo que acababa de decir. El ministro permaneció sentado con los brazos extendidos a los lados de su asiento y todo el tiempo con los ojos cerrados. Era imposible exagerar la pomposidad absurda de sus maneras: lo único que uno podía imaginarse era que se creía el oráculo de Delfos. Sería injusto aburrir al lector con los detalles de su arenga. La primera parte de su discurso se refirió a las relaciones germanoamericanas y echó toda la culpa de su tirantez a los Estados Unidos. El resto de la palabrería de Ribbentrop fué un conglomerado tal de ignorancia de los

hechos y de mentiras deliberadas, que sólo guardé silencio por no comprometer la entrevista que debía tener con Hitler a la mañana siguiente. Entre otras cosas Ribbentrop me aseguró que la política exterior de Alemania no estaba en contra de ninguno de los intereses de los Estados Unidos y que el gobierno alemán nunca había tratado ni trataría de inmiscuirse directa o indirectamente en los asuntos internos de los Estados Unidos ni en los de ninguna otra república americana.

Comenzó entonces a hacer una historia de la parte que cupo a Alemania en los acontecimientos europeos desde el día que Hitler fué nombrado canciller el 30 de enero de 1933. A su modo de ver, la ocupación de las provincias renanas y la forma en que ésta se había efectuado, había sido considerada por todo el mundo como una acción justa; la incorporación de Austria al Reich alemán había sido la unión de dos secciones mutiladas del antiguo imperio alemán y había reunido dentro de una sola familia alemana a los pueblos alemanes que deseaban esa unión, la cual se había realizado sin derramamiento de sangre y de acuerdo con el deseo de la gran mayoría del pueblo austríaco. Después me vi obligado a escucharlo repetir, casi al pie de la letra, las páginas del libro blanco en el que se había publicado la versión alemana de los pasos que condujeron al convenio de Munich. Según él, las atrocidades cometidas por el gobierno checo con los Sudetes habían sido la razón principal de la ocupación de Checoslovaquia, y el único deseo de Hitler había sido dar una "solución amistosa" al problema.

Cuando llegó el momento de referirse al tratado bilateral entre Neville Chamberlain e Hitler se preguntó: "¿Y qué había sucedido a las pocas semanas?" para responderse retóricamente: Que Chamberlain y los Churchills, Edens y Duff-Coopers tenían la osadía de anunciar ante el Parlamento inglés que Gran Bretaña se lanzaba en el programa de armamentos más formidable de su historia "para que nunca más se viera el gobierno británico en la dura necesidad de firmar convenios como el de Munich".

De entonces en adelante el ministro repetía en su monólogo "Inglaterra, Inglaterra, Inglaterra", para acentuar cada uno de sus párrafos. Insistió en que la base de la política exterior de Hitler era el deseo de crear relaciones estrechas y cooperativas con Inglaterra; pero que sus sugestiones no solamente habían sido rechazadas con desprecio —y la palabra "Hohn" salía de sus labios como el silbido de una culebra— sino que Inglaterra, "con insidia y malas artes", había hecho todo lo posible para impedir que el pueblo alemán reasumiera definitivamente el sitio que en justicia le correspondía en la familia de las naciones.

Aseguró que Hitler no tenía ambiciones que significaran una amenaza para la integridad del Imperio Británico; muy por el contrario, pensaba que la integridad del Imperio Británico era muy conveniente desde el punto de vista alemán. Por esa razón había firmado el pacto naval de 1935 con Gran Bretaña, por el cual Alemania se comprometió voluntariamente a mantener un porcentaje naval mínimo como un medio de probar a Inglaterra que Alemania no tenía ningún designio contra el Imperio. Hasta el último momento Hitler había tratado de vivir en paz y de llegar a un entendimiento con Inglaterra, pero ésta le había correspondido con odio, desprecio y artería.

Nadie pretendía negar que Alemania había ofrecido garantizar las fronteras de la nueva Checoslovaquia creada en Munich, pero ¿cómo podía cumplirse este compromiso? Las nuevas autoridades checas no demostraron ser otra cosa que débiles instrumentos manejados por los enemigos de Alemania; no pudieron o no quisieron impedir las actividades de los agentes extranjeros empeñados en provocar agitación o en complotar contra Alemania. ¿Cómo era posible garantizar las fronteras de una nación que deliberadamente se había convertido en una amenaza para el corazón de Alemania? Esta fué la única excusa que dió Ribbentrop de la flagrante violación de Hitler de las obligaciones que había contraído en Munich.

Después Ribbentrop comenzó a hablar de Polonia, dijo

que Hitler había mantenido siempre que la separación de la ciudad alemana de Dantzig y el completo divorcio entre la Prusia Oriental y la Gran Alemania eran condiciones del Tratado de Versalles que no podían durar; pero que estaba igualmente convencido de que esos problemas podrían arreglarse satisfactoriamente por medio de un entendimiento directo entre Polonia y Alemania. Por eso había firmado el pacto de no agresión germano-polaco. Ya en 1938 habían comenzado negociaciones entre el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania y el Coronel Beck encaminadas a obtener la devolución de Dantzig al Reich, y una carretera y una vía férrea extraterritoriales a través del Corredor entre la Gran Alemania y la Prusia Oriental. Estas conversaciones habían progresado; se había llegado a un completo acuerdo en principio durante la visita del Coronel Beck a Berlín y Berchtesgaden a comienzos de 1939; y se habría podido concluir el convenio en pocos meses, declaró Ribbentrop, si no hubiera sido por la intervención extranjera. Este convenio habría satisfecho tanto a Polonia como a Alemania, y ésta se habría comprometido a respetar permanentemente el arreglo. (La gran contradicción entre esto y lo que acaba de decir momentos antes, sobre la convicción de Hitler de que el Corredor polaco no podía durar, fué solamente una de las innumerables contradicciones en que incurrió en el curso de la entrevista.)

¿Y qué había sucedido? El gobierno alemán tenía ahora en su poder los archivos completos de Varsovia, y Ribbentrop deseaba informarme que poseían pruebas irrefutables de que Inglaterra había incitado al gobierno polaco a que se negara a firmar el acuerdo y de que también había incitado a los polacos a resolverse en el sentido de declarar la guerra a Alemania. Mirándome fijamente, Ribbentrop añadió que el gobierno alemán tenía, además, pruebas irrefutables de que funcionarios de gobiernos que no tenían relación alguna con esos problemas, habían instado al gobierno polaco a no hacer concesiones de ninguna especie a Alemania. (Conviene recordar que poco después de mi visita a Berlín, el Ministerio

de Relaciones Exteriores de Alemania publicó documentos que dijo habían sido encontrados en Varsovia, con los que pretendía probar que los representantes diplomáticos de los Estados Unidos en Europa habían intervenido en esa forma.)

Dijo, por último, que el gobierno alemán tenía pruebas de que la garantía británica de ayudar militarmente a Polonia había sido impuesta al gobierno polaco contra el deseo y la opinión del Coronel Beck, con el propósito exclusivo de disuadirlo de concluir los equitativos convenios con Alemania.

Aseguró que a esa altura de las cosas los polacos comenzaron a tomar toda clase de medidas crueles y represivas contra las minorías alemanas en Polonia. El gobierno alemán trató repetidas veces de hacer comprender a Polonia las peligrosas consecuencias que podría tener esa política. Las torturas y mutilaciones de alemanes, declaró Ribbentrop, eran tan increíbles, que con el mayor gusto me mostraría documentos comprobatorios y fotografías de las supuestas atrocidades.

Y finalmente, "con el solo objeto de proteger a los alemanes en Polonia" y como una medida de defensa propia contra la movilización polaca, Alemania se había visto empujada a iniciar una acción militar; pero aun en el último momento Hitler había tratado de conservar la paz con Inglaterra y Francia, a quienes había comunicado en forma inequívoca que Alemania no deseaba en forma alguna poner en peligro la seguridad de las dos potencias occidentales. Fueron éstas las que insistieron en declarar la guerra a Alemania, pues en ninguna circunstancia Alemania les habría declarado la guerra.

Ribbentrop siguió diciendo que lo que Alemania quería en Europa no era más de lo que Estados Unidos tenía en el hemisferio occidental mediante la Doctrina Monroe. Como toda gran potencia, Alemania tenía derecho a velar por sus intereses. Él había vivido en los Estados Unidos y sabía que cada ciudadano norteamericano tenía la creencia, muy legítima por lo demás, de que la preservación de la Doctrina Monroe era fundamental para la seguridad de la posición de

los Estados Unidos en el mundo; Alemania tenía igual derecho a una posición semejante en la Europa central. Lo único que Alemania quería —declaró— era la unión bajo el Reich alemán de todos los alemanes de Europa; la devolución de las colonias que le fueron robadas, de modo que pueda obtener las materias primas que no puede producir y vaciar con provecho su exceso de población; el reconocimiento oficial por las demás grandes potencias de la zona de influencia de Alemania en la Europa central; la independencia y autonomía de las naciones más pequeñas de Europa que han demostrado claramente su derecho histórico de ser independientes.

Con respecto a estas últimas dijo el Ministro (y esto fué sólo dos meses antes de la invasión alemana a las potencias menores, los planes de la cual ya estaban terminados completamente en la fecha de nuestra entrevista) que Alemania no tenía ninguna intención de hacer nada contra ellas; esperaba naturalmente, que esos países, independientes "dentro de su propia esfera de influencia", mantuvieran estrechas relaciones económicas con el Reich. Y yo no debía olvidar que mil años atrás había habido emperadores alemanes coronados en Praga. Sin embargo, Alemania no tenía ningún deseo o intención de privar al pueblo checo de su completa autonomía.

Alemania debía tener su doctrina Monroe en la Europa central, y nunca más discutiría ningún problema relacionado con sus intereses en la Europa oriental salvo con la Unión Soviética; y con Rusia, dijo Ribbentrop, Hitler había llegado ya a una completa y permanente delimitación de intereses en esa región. Los días de la política de cercar a Alemania, es decir, de la intervención inglesa y francesa en el centro y en el oriente de Europa, habían pasado, y para siempre.

(Fué muy significativo el hecho de que Ribbentrop no mencionara a Italia ni una sola vez durante toda la conversación.)

La política inglesa había hecho imposible el reconocimiento de esos derechos de Alemania. Solamente la noche anterior, dijo Ribbentrop, Eden había declarado públicamente que el objetivo de la guerra para Gran Bretaña era destruir el hitlerismo. Ribbentrop deseaba que yo supiera que cada ciudadano alemán constituía una parte de Hitler. La destrucción del hitlerismo no podía significar otra cosa que la destrucción de todo el pueblo alemán, porque Alemania jamás tendría otra forma de gobierno que el hitlerismo.

Alemania era fuerte y tenía absoluta confianza en su victoria final. Tenía una superioridad militar inmensa y podía obtener de sus vecinos del Sur y del Este todas las materias primas que pudiera necesitar. Estaba preparada para una guerra larga; aunque a juicio del Ministro, la guerra sería corta. Alemania quería la paz, pero con una condición: "que Inglaterra renuncie de una vez por todas a su voluntad de destruir a Alemania; y no veo otra manera de conseguirlo que una victoria alemana completa y total".

Cuando Ribbentrop llegó a este punto de su discurso su voz estaba casi exhausta y tuvo que detenerse.

Le dije que yo no trataría de darle una respuesta sobre todos los problemas pero que no podía dejar de hacer ciertos comentarios sobre lo que él había dicho.

En primer lugar, al referirse el Ministro a la frialdad de las relaciones germano-norteamericanas, había declarado que se debía a la propaganda el que los Estados Unidos la hubiesen permitido. Le dije que no tenía la menor duda de que había en casi todo el mundo una propaganda activísima, y que creía firmemente, como lo había dicho el Presidente Roosevelt, que el mundo sería tanto más feliz y pacífico cuantos más pueblos pudieran beber libremente del pozo de la verdad y tener acceso a fuentes de información verídica. Pero si el Ministro pensaba que la tirantez de las relaciones entre los Estados Unidos y Alemania se debía solamente a la propaganda, estaba muy equivocado. El pueblo norteamericano, le dije, es un pueblo idealista que se emociona profundamente por consideraciones humanitarias, que reacciona en lo más profundo de su espíritu ante el mal trato de seres humanos en cualquier parte del mundo. La crueldad con que se trataba a los judíos y a otras minorías en Alemania era una de

las dos causas principales de la actitud de los norteamericanos hacia Alemania. La otra era la creencia tan general en los Estados Unidos de que toda controversia internacional puede y debe ser arreglada por métodos pacíficos, y que el uso de la fuerza, como el que había practicado Alemania en los últimos cinco años, destruía las bases mismas de las relaciones internacionales y de la vida internacional, único medio capaz de ofrecer verdadera seguridad a los Estados Unidos y a las demás naciones. Éstas son las verdaderas causas, le dije, y no la propaganda, del sentimiento que existe en los Estados Unidos con respecto de Alemania. En cuanto a las relaciones comerciales, que, había asegurado el Ministro, Alemania deseaba mantener con los Estados Unidos, él debería saber que mientras Alemania continuara su política de autarquía y siguiera poniéndonos toda clase de trabas, se privaba a los Estados Unidos de toda oportunidad para mejorar su intercambio con Alemania.

Le manifesté, además, que deseaba referirme a las declaraciones que había hecho sobre la Doctrina Monroe, pues me parecía evidente que se había formado una idea enteramente errada acerca de lo que realmente era esa política. Estaba dispuesto a reconocer que, muchos años atrás, la Doctrina Monroe había sido a veces interpretada erróneamente como un derecho de los Estados Unidos a ejercer cierta hegemonía en el hemisferio occidental; pero la Doctrina nunca ha sido, en realidad, más que una declaración unilateral de los Estados Unidos, de no permitir que ninguna potencia no americana ejercite ninguna clase de predominio, sea político o militar, en el hemisferio occidental; nunca ha denotado la intención de impedir que potencias no americanas tuvieran las mismas relaciones comerciales que nosotros teníamos con las otras repúblicas americanas y en igualdad de condiciones; la Doctrina nunca ha significado tampoco que tuviéramos algún derecho a dominar políticamente a nuestros vecinos.

Tenía la satisfacción de declarar que en esos momentos existía una nueva relación en el hemisferio occidental: la Doctrina Monroe había sido reforzada por el acuerdo de todas las repúblicas americanas de considerar cualquier peligro extra-

continental contra la paz de cualquiera de las repúblicas como una amenaza para la paz de todas ellas. Los Estados Unidos eran, en igualdad de condiciones, uno de los miembros en una sociedad de veintiún miembros. Por eso, si el Ministro había usado la expresión "Doctrina Monroe" como sinónimo de "esfera de influencia", ya sea política o económica, debía buscar otro término que reflejara con más exactitud su pensamiento.

Seguí diciendo que, si se desencadenara ahora una guerra de destrucción, todo lo que la civilización tenía por más precioso y todo lo que quedaba de la estructura social y material de Europa sería casi completamente destruído. La pérdida de vidas sería espantosa. Ningún país del mundo quedaría indemne, y los Estados Unidos, como el país neutral más poderoso, no podrían evitar las consecuencias de toda índole que repercutirían en su estructura política, social y económica. Por eso mi gobierno deseaba fervientemente que, mientras aún era tiempo, se hallara algún camino para la realización de una paz justa y duradera. El Presidente de los Estados Unidos había declarado oficialmente el año anterior, como lo sabía el Ministro, que si surgiera una fórmula de paz de esa índole entre las naciones directamente comprometidas en el conflicto, entre las cuales no se contaban los Estados Unidos, mi gobierno participaría con todo entusiasmo en una gestión común tendiente a una verdadera limitación y reducción de los armamentos, así como a la vuelta de todas las naciones a un sano sistema económico internacional de intercambio comercial. Como indudablemente lo sabía el Ministro, mi gobierno estaba aun en este momento estudiando la posibilidad de encontrar una base común para un entendimiento con las potencias neutrales sobre los dos últimos puntos. Todas estas posibilidades de volver a un mundo seguro, sensato y próspero serían muy seriamente amenazadas y quizás fatalmente destruídas si se desencadenara una guerra de destrucción.

La única respuesta de Ribbentrop a estas breves observaciones era la repetición constante de estas palabras: "Nosotros no hemos atacado a Inglaterra. Ella nos ha atacado. No veo

ningún modo de conseguir la paz que queremos y buscamos salvo mediante la victoria de Alemania".

Di por terminada mi entrevista, que había durado casi tres horas.

En los apuntes que hice inmediatamente después, escribí estas palabras: "Ribbentrop tiene un criterio completamente estrecho y cerrado. Me hizo también la impresión de ser muy poco inteligente. El hombre está saturado de un odio tan grande hacia Inglaterra que excluye la influencia dominante de cualquier otra idea. No tiene ningún conocimiento de los asuntos internacionales, y dijo un sinfín de mentiras al hacer la historia de la política de Alemania durante los últimos años".

Esa misma tarde fuí a ver al Secretario de Estado von Weizsaecker en su oficina del Ministerio de Relaciones Exteriores. En la jerarquía oficial alemana el cargo de Secretario de Estado corresponde, desde los tiempos de Bismarck, al de subsecretario de Estado en nuestro país.

Herr von Weizsaecker era el típico ejemplo del funcionario alemán de la antigua escuela. Aunque había comenzado su carrera en la marina alemana, había sido transferido al servicio diplomático en la época en que el gobierno alemán decidió incrementar su servicio exterior con oficiales capacitados del ejército y de la marina. Von Weizsaecker había adoptado completamente las tradiciones de la Wilhemstrasse: su educación, su mentalidad, su aspecto en general, recordaban los Bernstorffs y los Bülows.

Me habló de su vida de hogar. Me dijo que su placer más grande era tener una noche de música de cámara en su casa en compañía de su mujer y de sus tres hijos. Su familia estaba ahora deshecha; el menor de sus hijos, de veinte años apenas, había muerto en la guerra polaca, y sus otros dos hijos estaban sirviendo en el frente occidental.

Conversé con von Weizsaecker sobre mi conferencia con Ribbentrop, y después de vacilar un momento, me dijo: "Voy a ser franco con Ud. Tengo instrucciones terminantes de no discutir con Ud. ningún punto que se relacione directa o indirectamente con las posibilidades de paz".

Entonces acercó su silla al centro de la habitación y me indicó que hiciera lo mismo. Era evidente que los omnipresentes dictáfonos de la policía secreta alemana estaban instalados en las paredes y no en la lámpara central.

Después de conversar superficialmente unos minutos, volví a mencionar mi conversación con Ribbentrop. Le dije que si la actitud de todo el gobierno alemán era tan decisiva como la de Herr von Ribbentrop, el único camino que podía seguir Alemania era lanzar una guerra de destrucción y de conquista y, por lo tanto, no valía la pena que quitara más tiempo a las autoridades alemanas prolongando mi visita.

Herr von Weizsaecker meditó tres largos minutos antes de contestar. Se inclinó hacia mí y me dijo: "Es de la mayor importancia que Ud. le diga eso personalmente al Fuehrer cuando Ud. lo vea mañana".

Yo también esperé unos momentos antes de decirle: "Déme su opinión personal, pues la pregunta que voy a hacerle es completamente personal. ¿Cree Ud. que se recibiría favorablemente aquí alguna sugestión de Mussolini sobre conversaciones de paz?" También esta vez Herr von Weizsaecker demoró su respuesta. Cuando por fin la dió, fué la siguiente: "Lo que acabo de decir sobre el Fuehrer contesta parte de su pregunta, pero", y señaló el Ministerio en que estábamos, "acá las relaciones entre Alemania e Italia se han *estrechado* mucho".

La única interpretación que pude dar a esa declaración fué que Weizsaecker creía que si el Duce se acercaba a Hitler en forma directa y secreta, podría tener algún éxito, y que si Ribbentrop se enteraba del asunto haría todo lo posible por impedirlo.

Durante el resto del día tuve oportunidad de hablar con algunos miembros de nuestra embajada y con los corresponsales de la prensa norteamericana que se quedaban todavía en Berlín. Creo que cualquier ciudadano norteamericano tiene derecho a sentirse orgulloso de los funcionarios de nuestro servicio diplomático y de los corresponsales que trataban de in-

formar al pueblo de los Estados Unidos de lo que sucedía dentro de Alemania.

El Encargado de Negocios Alejandro Kirk había servido toda su vida en el cuerpo diplomático en todas partes del mundo. Dotado de inteligencia brillante y de un espíritu preciso y de gran sagacidad, dirigían sus acciones un odio infinito por el régimen nazi y todas sus manifestaciones, y el anhelo de que el pueblo de los Estados Unidos despertara ante el peligro que la política nacista constituía para nuestro país.

Con pocas excepciones, los corresponsales de la prensa norteamericana estaban en completo acuerdo con nuestro jefe de misión. Los servicios prestados por ambos grupos en circunstancias tan difíciles, rodeados por la hostilidad y la sospecha en cada uno de sus actos y esforzándose, ya sea oficialmente o por medio de la prensa, para decir la verdad al pueblo de los Estados Unidos, son realmente inestimables.

A las once de la mañana del 2 de marzo, varios funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, vestidos de uniforme y encabezados por Herr von Doernberg, vinieron a buscarme al hotel Adlon para acompañarme a la nueva Cancillería, donde debía tener mi entrevista con Hitler. Este edificio gigantesco había sido completado el año anterior en el corto espacio de ocho meses. Los obreros habían trabajado día y noche para poder completarlo a tiempo para la recepción que el Canciller ofrecía al cuerpo diplomático el día de Año Nuevo, con el fin de que los diplomáticos extranjeros pudieran formarse una idea de lo que sería el nuevo Berlín de Hitler. Pedí que Kirk me acompañara a la entrevista; antes de esta ocasión, sólo había podido ver a Hitler desde lejos.

La fachada del nuevo edificio de la Cancillería en la Wilhemstrasse se parece a la de una fábrica moderna. Mi automóvil entró a un patio rectangular con altos muros sin ventanas. En un extremo había una ancha escalinata que conducía a la Cancillería a través de un pórtico flanqueado por estatuas negras, desnudas, monumentales. El patio parecía un patio de cárcel. Una compañía de soldados que estaba de guardia a cada lado me hizo el saludo nazi. Al final de la

escalera me esperaba el Ministro del Reich Meissner, Jefe de la Cancillería de Hitler que, como un camaleón, había mantenido su cargo en los gobiernos de Ebert, de Hindenburg y ahora de Hitler. En el vestíbulo de entrada había un grupo de lacayos con libreas de raso azul claro y con el pelo empolvado.

Formamos en seguida una procesión de unas veinte parejas encabezada por Meissner y yo, y con paso lento y mesurado atravesamos el enorme corredor de mármol rojo, con piso y paredes de mármol, y después de otro tramo de gradas de mármol rojo sumamente resbaladizas, entramos a una galería, también de mármol rojo, con ventanas a un lado y tapicerías al otro. La galería, rodeada, como los grandes transatlánticos alemanes, de innumerables sofás cada uno con una mesita baja y cuatro sillas alrededor, conducía a una serie de salones. Finalmente la procesión se disolvió en una de éstos, donde fuí invitado a tomar asiento y a esperar que Hitler me recibiera.

Al cabo de pocos minutos, Meissner vino a anunciarme que Hitler me esperaba. Se me hizo pasar a la pieza contigua, un salón rectangular amoblado con sofás y sillas tapizadas muy cómodas, cuyas ventanas daban al jardín de la antigua residencia de Bismarck que ahora ocupaba Hitler.

Hitler me recibió junto a la puerta. Me saludó amablemente pero con mucha etiqueta. Ribbentrop y Schmidt, el intérprete, fueron los dos únicos funcionarios alemanes presentes en la entrevista.

Hitler me pareció más alto de lo que lo había juzgado por sus fotografías, y sin ninguna de las facciones cómicas con que generalmente se le ve en los noticiarios cinematográficos. Parecía encontrarse en excelente estado de salud, animado y de buen color, y sus ojos, aunque cansados, eran penetrantes. Mostraba gran dignidad tanto en su lenguaje como en sus ademanes. Conversaba en voz baja y bien modulada. Solamente una vez durante toda la conversación, que duró una hora y media, usó la estridencia ronca que usa siempre en sus discursos, y sólo entonces perdió su compostura. Hablaba con claridad y precisión y yo podía comprender cada una de sus palabras en

alemán, aunque el Dr. Schmidt servía de intérprete, y a veces sin fidelidad.

Cuando nos hubimos sentado, Hitler me dirigió una mirada indicativa de que era yo quien debía iniciar la conversación. (Debo hacer presente una vez más que las acertadas limitaciones con que el Presidente me había encomendado esta misión no me permitían presentar ninguna proposición a Hitler. Mi única función era informarme de los verdaderos propósitos del gobierno alemán para que el Presidente pudiera decidir si existía siquiera una remota probabilidad para la negociación de una paz justa y duradera.)

Comencé a explicarle los objetivos de mi misión como ya se los había explicado a Ribbentrop. Insistí en que no se me había facultado para hacer propuestas. En los términos más elocuentes que pude encontrar, expliqué las esperanzas que tenía el Presidente de que todavía hubiera una posibilidad de negociar una paz estable, justa y duradera, y no una tregua o un mero apaciguamiento temporal. Agregué que una guerra de destrucción en esos momentos, larga o corta, sería el obstáculo más grande para negociar una paz verdadera, tanto por los sufrimientos que causaría como por las pasiones que inevitablemente habría de desencadenar; y que agotaría, además, los recursos económicos y financieros que aún quedaban en Europa. Después de una guerra semejante, le dije, ¿quiénes serían los vencedores? Parecía muy claro que todos perderían la guerra, no solamente los beligerantes sino también los neutrales, entre los cuales se contaban los Estados Unidos como el más grande y el más poderoso. Como pueblo teníamos plena conciencia de que la guerra no podría dejar de ocasionar gravísimas repercusiones sobre nuestros intereses más vitales.

El Presidente de los Estados Unidos, en comunicaciones dirigidas personalmente al Canciller, había explicado que, si era posible llegar a una paz política justa —en cuya negociación no podíamos intervenir directamente— los Estados Unidos cooperarían plena y decididamente en la consecución de dos requisitos fundamentales para el establecimiento de un

mundo sano y ordenado: la limitación y la reducción de armamentos, y relaciones económicas internacionales justas y sólidas. Si todavía fuera posible encontrar esas bases, ¿no valdría la pena agotar todos los esfuerzos por el camino de la paz antes de que una guerra de destrucción cerrara todas las puertas? Yo hablaba solamente de una paz justa, le dije, de una paz que fuera promesa de estabilidad y de seguridad para el futuro, paz que yo no podía concebir mientras sus vecinos no dejaran de ver en Alemania un peligro para su independencia y para su seguridad, y mientras Alemania no diera muestras de que, en realidad, sus objetivos no iban siempre en aumento — objetivos que necesariamente requerían agresión y constituían una amenaza para los derechos de los pueblos libres.

Le dije que, como Hitler sabía, había tenido oportunidad de hablar con Mussolini en Roma. Mi conversación con Mussolini me dejó la impresión de que éste creía aún en la posibilidad de encontrar las bases de una paz duradera. Y apreciaría grandemente los puntos de vista que Hitler tuviera la bondad de expresarme para informar de ellos al Presidente.

Entonces Hitler bosquejó lo que, según él, había sido su política exterior durante los últimos siete años, utilizando exactamente los mismos argumentos que Ribbentrop el día anterior. Es digno de notarse que en todas las conversaciones que tuve con los miembros del gobierno alemán, se me repitió exactamente la misma relación histórica; no cabe duda de que el propio Hitler, o Ribbentrop, habían dictado la norma que los miembros del gobierno alemán debían seguir en sus conversaciones conmigo.

Hitler recalcó, sin embargo, aun con mayor insistencia que Ribbentrop, su deseo de llegar a un entendimiento con Inglaterra. Sostuvo especialmente que el Convenio Naval de 1935 debía de ser considerado como una indicación de que Alemania no tenía intenciones de disputar la superioridad naval de los ingleses o de poner en peligro la seguridad del Imperio Británico. Cuando llegó al punto de las negociaciones con Polonia que habían llegado a su fin con el ataque alemán en septiembre del año anterior se volvió hacia mí diciendo:

"Nunca en mi vida he hecho un ruego más sincero o más ferviente que el que hice al Embajador británico cuando le pedí que viniera a verme antes del rompimiento con Polonia. Ocupaba el mismo sitio en que está ahora Ud., y le rogué que expresara a su gobierno que Alemania no tenía intención de atacar a Inglaterra ni de lesionar directa o indirectamente sus intereses, pero que Alemania no podía permitir que las potencias europeas occidentales siguieran dominando a las pequeñas naciones del este de Europa, ni que continuara el estado de cosas que cada día era una amenaza mayor para los intereses vitales de Alemania. Esta petición, como todas las otras que he dirigido a Inglaterra en los últimos siete años, fué rechazada con escarnio".

Hitler continuó diciendo que yo me había referido al problema de la limitación y reducción de armamentos. Muchas veces él había ofrecido a Inglaterra y a las demás potencias del mundo la oportunidad de llegar a una reducción viable y verdadera de los ejércitos; había garantizado que Alemania limitaría su ejército permanente a doscientos mil, luego a trescientos mil hombres, y había expresado el deseo de Alemania de prohibir ciertos tipos de municiones e implementos de guerra. Ninguno de sus ofrecimientos había merecido la menor atención y mucho menos se los había considerado como una posible base de acuerdo. Continuó diciendo: "La carga de los armamentos actuales está succionando la vida de todas las naciones; esto no puede seguir así. Antes de que pase mucho tiempo se derrumbará la economía nacional de todos los países".

Declaró que creía que había dos métodos posibles para conseguir un verdadero desarme. El primero era que las grandes naciones de Europa llegaran a un acuerdo sobre la proporción mínima de su fuerza militar y naval, por el cual se prohibieran todos los armamentos ofensivos a excepción de un mínimum, y sobre esa base hacer otro convenio en que se estipulara que, en caso de verse amenazada la seguridad o la paz de Europa, todas las potencias unirían sus fuerzas militares y navales para establecer el orden. Él había hecho oficialmente esa propuesta a Francia y a Gran Bretaña; pero no había recibido la menor respuesta.

La otra alternativa consistía en que las potencias se pusieran de acuerdo para una reducción gradual y progresiva de sus respectivas fuerzas militares, eliminando gradualmente, a la vez, ciertas categorías de armamentos ofensivos. Creía él que este método demandaría mucho tiempo y que era el menos satisfactorio de los dos.

Continuó diciendo que yo había mencionado también el problema de liberales relaciones de intercambio comercial, considerando el tratamiento incondicional de nación más favorecida como el objetivo a que debían aspirar todas las naciones del mundo. Dijo que estaba de acuerdo conmigo; que esa era una meta muy deseable y que, en circunstancias más normales, Alemania cooperaría gustosa en ese sentido. No creía, sin embargo, que el intercambio internacional sin restricciones fuese el remedio para todos los problemas económicos del mundo. Dijo que, por ejemplo, aunque Alemania se beneficiaría comprando una parte considerable del exceso de producción agrícola de Estados Unidos, siendo un país industrial, no podría absorber sino una proporción insignificante de la producción industrial norteamericana, y que tampoco los Estados Unidos podrían importar en gran escala productos manufacturados en Alemania. Por lo tanto, era necesario que Alemania intensificara sus relaciones económicas con los países del centro y del sudeste de Europa, deseosos de importar los productos industriales que necesitaban, en cambio de las materias primas que necesitaba Alemania.

En este punto lo interrumpí diciendo que él parecía no tomar en consideración el hecho de que, aunque era cierto que los Estados Unidos eran un gran productor de artículos manufacturados y también un exportador de productos agrícolas, su intercambio comercial con Alemania durante varias generaciones había sido, sin embargo, altamente beneficioso para los dos países. No debía olvidar que Alemania producía muchos artículos que, en razón de ser más baratos o de mejor calidad que los productos similares manufacturados en los

Estados Unidos, siempre se habían vendido con ventaja en mi país. Además, el problema no era solamente bilateral, sino que incluía necesariamente la cuestión del intercambio triangular que siempre había existido en las relaciones económicas de Alemania con los Estados Unidos. Más aun, Alemania no podía vender ventajosamente el grueso de su producción de lujo sino en países con un standard de vida relativamente alto, y me parecía que el standard de vida de los países del sudeste de Europa no era tan alto que les permitiera comprar una gran proporción de los productos industriales de Alemania.

Hitler parecía no comprender este problema y cambió de conversación después de observar que un país con una población de ciento cuarenta habitantes por kilómetro cuadrado debía aumentar su producción si quería que su población tuviera los medios indispensables de vida. Le repliqué que a mi juicio no había país en el mundo que pudiera beneficiarse más ni más inmediatamente que Alemania con la vuelta a un intercambio internacional sin restricciones, ya que ello permitiría que los ciento cuarenta habitantes de cada kilómetro cuadrado elevaran su standard de vida y su poder adquisitivo, especialmente si su trabajo se dedicaba a una producción constructiva y no a la manufactura estéril de municiones.

Hitler dijo entonces que los objetivos de Alemania eran muy sencillos y que me haría un esquema de ellos. Los clasificaría en: a) históricos; b) políticos, y c) económicos.

Desde el punto de vista histórico, Alemania existía como imperio quinientos años antes de que Colón descubriera el mundo occidental. El pueblo alemán tenía derecho a exigir la vuelta a la posición histórica que había ocupado durante mil años; insistió en que Alemania no tenía otra aspiración ni otra ambición que recuperar para el pueblo alemán la posición territorial que históricamente le correspondía.

Los objetivos políticos de Alemania se coordinaban con los históricos. Alemania no podía tolerar la existencia de estados como Checoslovaquia, que eran un cuerpo extraño

introducido en Versalles puramente por razones estratégicas, y una amenaza constante para la seguridad del pueblo alemán; ni podía tolerar que provincias alemanas permanecieran separadas de la Gran Alemania por corredores bajo dominio extranjero, y creados también solamente por razones estratégicas. Ninguna potencia podía existir en tales condiciones. Sin embargo, Alemania no deseaba dominar pueblos no alemanes, y si tales pueblos fronterizos no constituían una amenaza política o militar para el pueblo alemán, tampoco deseaba destruirlos para siempre o entrometerse en su independencia.

Desde el punto de vista económico, Alemania reclamaría el derecho de beneficiarse lo más posible por el intercambio económico con sus vecinas en el centro y en el sudeste de Europa, y jamás volvería a permitir que las potencias occidentales de Europa amenazaran o perjudicaran su situación de preferencia a este respecto.

En una palabra: el pueblo alemán estaba decidido a mantener la unidad que él, Hitler, había creado, y tenía el propósito de impedir que cualquier país de su frontera oriental constituyera de nuevo una amenaza militar o estratégica para la seguridad de su patria. Además, Alemania estaba dispuesta a conseguir que se reconociera su supremacía económica en el este y en el sudeste de Europa.

Alemania también insistiría en la devolución de las colonias que le habían sido arrebatadas en Versalles. No había obtenido esas colonias por medio de conquistas militares; las había obtenido por medio de compra o de negociaciones pacíficas, y no las había utilizado nunca con fines militares. Ahora necesitaba esas colonias para obtener las materias primas que no podía producir dentro del país y como un campo para la emigración alemana. Esta demanda, insistió, no era solamente razonable, sino justa.

En el curso de nuestra conversación Hitler no mencionó el tema de las relaciones germano-norteamericanas. Tampoco se refirió ni una sola vez a las relaciones de Alemania con la Rusia Soviética o con Italia.

Hitler pasó entonces al tema de los objetivos de guerra de los aliados. Me preguntó si había oído o leído el discurso pronunciado la noche anterior en Inglaterra por Sir John Simon. Le dije que no. Me dijo que cuando yo leyera ese discurso llegaría, como él, a la conclusión de que consistía en una definición adecuada y terminante de los objetivos británicos, y que éstos no eran otra cosa que la destrucción total de Alemania.

Continuó diciendo: "Estoy muy convencido de que las potencias aliadas creen que se puede distinguir entre el nacionalsocialismo y el pueblo alemán. Nunca ha habido error más grande. El pueblo alemán está hoy unido como un solo hombre, y cuento con el apoyo de todos los alemanes. No tengo ninguna esperanza para el establecimiento de una paz duradera hasta que no desaparezca el deseo de Inglaterra y de Francia de aplastar a Alemania, y creo que el único medio de eliminar el deseo de aplastar a Alemania es una completa victoria alemana. Creo que es tan grande el poderío alemán, que el triunfo es inevitable; pero si no, caeremos todos juntos." —Y agregó esta frase extraordinaria—: "Ya sea para bien o para mal."

Se detuvo un momento y dijo textualmente, con gran rapidez, en un tono muy alto y con la voz enronquecida: "Yo no quería esta guerra. Me ha sido impuesta contra mi voluntad. Estoy perdiendo mi tiempo. Mi vida debería haberse dedicado a construir y no a destruir."

Le dije a Hitler que él comprendería, por supuesto, que era la creencia de mi gobierno que, si era posible encontrar alguna fórmula de paz que prometiese seguridad a todos los pueblos, ninguna nación tendría que "caer", y mucho menos todas juntas. Por esta razón yo esperaba ansiosamente que todavía fuese posible hallar un camino hacia esa paz. Hitler guardó silencio unos instante, y luego dijo: "Puedo asegurarle que la finalidad de Alemania, sea que la obtengamos por medio de la guerra o no, es una paz que dure."

La entrevista había terminado. Durante toda la conversación Ribbentrop permaneció en silencio, casi todo el tiempo

con los ojos cerrados; pero de vez en cuando asentía con la cabeza a alguno de los argumentos de Hitler.

Al salir de la habitación en que Hitler me había recibido, se volvió a constituir la procesión y con paso mesurado y lento atravesamos el vestíbulo y la antesala.

Recuerdo que cuando subía al automóvil me hice la reflexión de que la mayor tragedia consistía en que ya se habían tomado todas las decisiones. Lo más que se podía desear era un compás de espera, aunque no sirviese de mucho. En cuanto a Hitler, volvían sin cesar a mi mente las palabras que el general Moreau usó una vez al referirse a Napoleón:

> *"Il haït la liberté, et tout ce qui en porte l'empreinte lui déplait."*

Esa misma tarde fuí a visitar a los Embajadores de Italia y de Bélgica, que eran los dos miembros más experimentados del cuerpo diplomático en Berlín. Ambos estaban seguros de que toda la oposición que pudo haber existido contra Hitler dentro del ejército o en el país había desaparecido con la conclusión de la campaña de Polonia. Me dijeron que tanto el ejército como el pueblo se habían dejado convencer por la eficacísima propaganda de Goebbels, de que el único objetivo de los aliados era la destrucción de Alemania y la esclavización del pueblo alemán. Ambos creían que los gobiernos aliados habían subestimado el poderío militar de Alemania y su preparación para resistir una guerra larga.

El Embajador de Bélgica me aseguró que las reservas de petróleo de Alemania eran mucho más grandes de lo que creían los gobiernos de Francia e Inglaterra, y que Alemania estaba en condiciones no sólo de lanzar una gran ofensiva, sino también de sostenerla largo tiempo antes de que su ejército experimentara la menor dificultad por falta de aprovisionamientos.

Esa tarde, cuando regresaba, solo, al hotel Adlon, caminando a través de la Pariser Platz que estaba cubierta de nieve, pasé cerca de un grupo de cuatro mujeres alemanas ya de edad que se habían detenido a descansar por un momento.

Llevaban pesadas bolsas y paquetes, y parecían ser mujeres del campo, vestidas con el talle ajustado y las faldas largas y pesadas de hace cuarenta años, todas de negro. Me detuve a hablarles y les pregunté si estaban haciendo un viaje largo. Tenían esa cara franca y bondadosa que había visto tantas veces muchos años atrás, cuando vivía en Alemania. Me dijeron que iban a la estación a tomar el tren para visitar a algunos miembros de sus familias en el sur de Alemania. Tres de ellas habían perdido ya un hijo en la guerra de Polonia; la cuarta había perdido tres.

Esa misma noche, al atravesar las calles completamente oscurecidas en las que no se veía más automóviles que el nuestro, fuí a la Ópera a oír una magnífica representación del "Mariage de Figaro", de Mozart. El teatro estaba lleno hasta el último asiento, y el público parecía extasiado, olvidando por un momento la guerra y los oscurecimientos y sus temores del mañana.

Estos dos incidentes se destacan en mi recuerdo de esas horas angustiosas en Berlín, como si pusieran de relieve los aspectos incongruentes y paradojales del carácter del pueblo alemán, tan difícil de comprender para los otros pueblos. Creo que son esos diversos rasgos de simpatía humana y de admiración por los aspectos más elevados de la cultura, los que han engañado, por lo menos a los países anglosajones, respecto del peligro que representa el pueblo alemán en masa como un factor desintegrante en la civilización moderna.

La mañana siguiente, el domingo 3 de marzo, de nuevo acompañado por funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores y por el infaltable Dr. Schmidt, visité a Rudolf Hess, entonces delegado de Hitler como jefe del partido nacista.

Hess me recibió en su escritorio de las oficinas del partido. Era un edificio construído en el moderno estilo alemán que Hitler estaba imponiendo en Berlín, con las paredes desprovistas de toda moldura o decoración. Hess y yo permanecimos sentados durante toda la entrevista, con el doctor Schmidt a mi derecha. Detrás de Hess permanecía de pie un

grupo algo desordenado e impertinente de cuatro o cinco jóvenes líderes nazis que, aun cuando no se mezclaban en la conversación, parecían haber ensayado con Hess cada palabra de las que iba a decirme.

Aunque me habían dicho que Hess tenía una influencia poderosa y determinante en los asuntos alemanes, tuve la impresión, por esa visita, de que era hombre de inteligencia muy burda. Su frente es baja y estrecha, y sus ojos, muy hundidos, están demasiado cerca el uno del otro. Ni una sola vez noté "la sonrisa infatuada" de que había escrito Neville Henderson.

Al comienzo de nuestra conversación Hess sacó de su bolsillo una colección de tarjetas escritas a máquina y durante todo el tiempo que estuvimos hablando no apartó los ojos de ellas. Sus declaraciones seguían fielmente la línea adoptada por Ribbentrop, de la cual no se desvió sino en uno o dos párrafos referentes a la organización del partido nazi.

Según Hess el pueblo alemán estaba convencido de que los aliados no tenían otro objetivo de guerra que destruir a Alemania y hacer desaparecer al pueblo alemán. Dijo que el pueblo alemán apoyaba al Fuehrer como un solo hombre. Hess destacó el hecho de que, en su calidad de jefe activo del partido nazi, estaba en mejor posición que nadie para conocer lo que realmente sentía el pueblo alemán, ya que los líderes de distrito y los líderes locales bajo su jurisdicción estaban en contacto directo con los líderes de grupos, quienes estaban en continuo contacto con las masas alemanas. Dijo que podía asegurarme que nunca en la historia del partido el pueblo alemán en su totalidad se había identificado tan completamente con el Fuehrer como en ese momento. Como jefe del partido nazi podía asegurar con absoluta certeza que la única manera en que Alemania podía conseguir una paz duradera era mediante una victoria militar alemana total y aplastante. Al oír esta frase todas las cabezas que estaban detrás asintieron enfáticamente, con los ojos encendidos por un fanatismo casi de insania.

Era tan evidente que no hacía más que repetir lo que le

habían dicho que dijera y que yo había oído ya dos veces, y de que no había hecho el menor esfuerzo por comprender ninguno de los problemas de que hablaba ni por tratar de entenderlos a su manera, que no quise entrar en discusión. Al concluir mi entrevista le dije simplemente que lamentaba informarme de que, en su opinión, lo único que podía esperarse era una victoria militar.

No cabe duda de que la de Hess era una mentalidad anormal, fácilmente dominada por una personalidad más fuerte. Por eso he dudado siempre de que su famoso vuelo a Inglaterra haya sido obra de su propia iniciativa, y me inclino a creer que fué como emisario.

Inmediatamente después de mi entrevista con Hess debía ir, en compañía del Dr. Schmidt, a Karinhall, el palacio construído por el Mariscal de Campo Goering en Schorfheide, a más o menos una hora y media de automóvil al norte de Berlín.

Cuando salíamos de las oficinas del partido nazi comenzaba a nevar copiosamente. El automóvil que habían puesto a mi disposición era un coche de turismo con ventanillas de lona entre cuyas junturas se filtraban persistentemente el viento y la nieve.

No había ningún otro tránsito en el camino. Las vastas planicies de pinos y abedules del norte de Alemania parecían extenderse interminablemente, cuando llegamos a la entrada del Parque Nacional de Caza que Goering había elegido como lugar para su residencia.

El camino de entrada continuaba por varios kilómetros, interrumpido a intervalos por rejas que se abrían automáticamente por el sistema del "ojo eléctrico"; apenas pasaba nuestro automóvil se oía el tintineo estridente de una campanilla de alarma. Cerca de la residencia había, a ambos lados del camino, recintos con altas cercas de malla de alambre en las cuales Goering guardaba su colección de animales y su manada de auróchs, los bisontes europeos hoy casi extinguidos.

Goering edificó Karinhall cerca de una cabaña de madera que antes había usado en sus partidas de caza. El edificio de piedra que había levantado en ese lugar era ya enorme, y en la época de mi visita se estaba construyendo otra ala que, una vez terminada, daría a la residencia las proporciones de la Galería de Arte Nacional de Wáshington.

En cuanto llegué, el ayudante de Goering me hizo pasar a una sala de espera. El ayudante, hermano de un alemán establecido en Kentucky que después fué internado cuando entramos a la guerra, me mostró con gran orgullo las vitrinas que rodeaban la habitación, llenas de tazas, vasos, urnas y otros objetos de oro macizo que, según me aseguró, habían sido regaladas al Mariscal por sociedades y organizaciones de toda Alemania como "espontáneo" testimonio de admiración y afecto.

Goering era exactamente como me lo había imaginado por sus fotografías, con brazos y piernas enormes y de una periferia monstruosa. Su cara era tan roja que parecía pintada de colorete; pero como al cabo de nuestra conversación de tres horas el color había desaparecido, su causa era probablemente algún trastorno orgánico.

Vestía una casaca blanca, de corte militar, cubierta de diferentes emblemas e insignias de brillantes; sobre la Cruz de Hierro que colgaba de su cuello se balanceaba un monóculo con una cinta negra. Sus manos tenían la forma de las zarpas de un tejón; en la mano derecha llevaba un anillo con seis enormes brillantes y en la izquierda una esmeralda de por lo menos dos centímetros cuadrados.

Sus maneras eran sencillas, nada afectadas y sumamente cordiales; hablaba con mucha más franqueza y claridad que los otros funcionarios alemanes a quienes había conocido. Usamos el intérprete sólo para la traducción al alemán de lo que yo decía.

Después de exponer una vez más los objetivos de mi misión, el Mariscal de Campo me repitió la historia de la política exterior de Alemania durante los siete años anteriores, siguiendo exactamente el orden que habían seguido Hitler y Ribbentrop.

En un punto, sin embargo, Goering me hizo una relación distinta de la que me habían hecho los otros dos: al enumerar las causas de la guerra contra Polonia, dijo con gran énfasis que en la visita de Ribbentrop a París el 6 de diciembre de 1938 para firmar el pacto de no agresión entre Francia y Alemania, Georges Bonnet, que era entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, le había asegurado en nombre del gobierno francés que, como resultado de los acuerdos de Munich, Francia renunciaría a todos sus intereses en la Europa oriental, y había prometido que se abstendría de influir sobre la política polaca. Como, naturalmente, yo había leído las publicaciones oficiales de los gobiernos de Francia y Alemania sobre este asunto, que eran diametralmente opuestas, y era esta la primera vez que oía de un funcionario alemán una relación tan detallada de los compromisos que Bonnet habría contraído en esa época, le rogué al Mariscal que repitiera su relato. Goering se dirigió al Dr. Schmidt, que al parecer había presenciado la entrevista entre Bonnet y Ribbentrop en que se habrían hecho esas promesas, y Schmidt repitió lo que dijo haber oído en esa ocasión. Según él, la declaración de Bonnet había sido realmente que Francia renunciaba en lo sucesivo a todos sus intereses políticos en al este de Europa y se comprometía expresamente a no influir sobre Polonia en contra de la firma de un convenio con Alemania por el cual ésta recuperaría Dantzig y obtendría una vía extraterritorial de acceso a la Prusia Oriental a través del Corredor polaco.

En relación con los objetivos de Alemania Goering fué muy explícito. Alemania había renunciado para siempre a sus pretensiones sobre Alsacia y Lorena; no deseaba poner en peligro la integridad del Imperio Británico; por el contrario, a Alemania le convenía que el Imperio se mantuviese intacto; Austria, los Sudetes y todas las regiones de Polonia habitadas por alemanes debían ser consideradas partes integrantes del Reich alemán; mientras durase la guerra Alemania continuaría la ocupación militar de Bohemia y Moravia y de Polonia; después de la paz daría su independencia a los

checos a condición de que permanecieran desmilitarizados de modo que ni los checos ni los eslovacos pudieran ser nunca más una amenaza para la seguridad militar de Alemania en la Europa central; para los verdaderos polacos se crearía una nación libre e independiente con salida al mar; Alemania debía obtener la devolución de sus colonias; además, se le debería reconocer una situación de preferencia económica en el este de Europa.

Luego el Mariscal comenzó a discutir la política británica. Lamentó que Hitler no hubiera podido llegar a ningún entendimiento con Inglaterra. Dijo que él conocía muy bien a Hitler, y que sabía que éste estaba tan desilusionado por tantos años de fracaso en ese sentido que había llegado a la convicción de que el único modo de disuadir a los ingleses de sus propósitos de destruir a Alemania era derrotarlos militarmente. Me contó la conversación que había tenido con Lord Halifax durante la visita de este último a Alemania hacía dos años. Me dijo que le había advertido repetidas veces que no alentaran a Polonia y a Checoslovaquia a rechazar un entendimiento razonable con Alemania, y le había agregado que si Inglaterra persistía en esa política la guerra sería inevitable, aunque, en realidad, no había nada que justificara la necesidad de una guerra.

Tanto el problema de las minorías alemanas en Checoslovaquia y de la amenaza militar checa contra la seguridad de Alemania, como el problema de Dantzig y el del Corredor con respecto a Polonia, se habrían solucionado rápidamente si Inglaterra y Francia no se hubieran negado a permitir el arreglo.

Jamás había creído el Mariscal que existiera justificación alguna para la guerra, y había hecho todo lo posible para impedirla; pero Inglaterra y Francia habían persistido en provocarla.

Desde el punto de vista militar, la situación actual era la siguiente: la fuerza aérea alemana tenía una superioridad aplastante, y la mantendría. Su potencia militar, en relación con la de los Aliados, era muchísimo mayor ahora de lo que

había sido en 1914. Esta vez, Alemania tenía "todos los triunfos en la mano".

En 1914 Alemania había sido atacada en todos los frentes. Hoy Rusia e Italia eran amigas y los Balcanes mantendrían su neutralidad. El bloqueo inglés había demostrado ya su ineficacia, y cada día que pasaba era más fácil para Alemania obtener en el este y en el sur las materias primas que necesitaba. Podía asegurarme que las reservas y abastecimientos de que ahora disponía eran más que suficientes para cualquier eventualidad. Seguramente me interesaría saber que los alemanes estaban fabricando en gran escala mantequilla y otras grasas del carbón que poseían. Aunque el Mariscal creía que la guerra sería corta y que pronto terminaría con la victoria alemana, si tuviera que prolongarse cinco o hasta diez años, cada día que pasara no haría más que reforzar y consolidar la posición de Alemania.

Estábamos sentados en cómodos sillones ante una chimenea. A través de las grandes ventanas se veía caer la nieve cada vez en mayor cantidad. A medida que Goering proseguía me daba cuenta más y más claramente de que, aun siendo tan despiadado y tan inaccesible a todo sentimiento o valor humanitario como sus colegas de la maquinaria nazi, tenía por lo menos una idea del mundo exterior y de la psicología de otros pueblos. Si alguno de los verdaderos amos del estado alemán pudiera haberse dado cuenta de la reacción que podría determinar en el pueblo de los Estados Unidos el que los alemanes desencadenaran una guerra de destrucción, ése habría sido Goering.

Le hice notar que, a mi juicio, cualquiera que fuese el victorioso en una guerra semejante, la devastación, la pérdida de vidas, el sufrimiento humano y el despilfarro y destrucción de recursos materiales serían inevitablemente tan enormes que equivaldrían a la ruina de casi todo lo que la civilización moderna había creado lenta y penosamente durante siglos. Le dije que eso era lo que preocupaba al pueblo norteamericano; que nosotros en los Estados Unidos comprendíamos que las repercusiones de una guerra de esa clase

nos afectarían profundamente en todo sentido, y que en un mundo en que la guerra fuese la suprema autoridad y en que el gobierno de la fuerza reemplazara al gobierno de la razón, peligraría inevitablemente la seguridad de todos los pueblos, por alejados que estuvieran del teatro de las hostilidades. Una guerra de devastación perjudicaría los intereses vitales de todas las naciones neutrales, por muy determinadas que estuvieran a no intervenir en la guerra.

El Mariscal me interrumpió diciendo que no comprendía cómo el pueblo norteamericano podía creer que una guerra en Europa comprometería sus intereses, y agregó: "No tengo para qué decirle que, fuera de las que le he indicado, Alemania no persigue ninguna otra ambición y, menos que nada, ambiciones que pudieran afectar al Hemisferio Occidental."

Repliqué que él debía recordar que aunque el pueblo de los Estados Unidos estaba absolutamente decidido en ese momento a no ser arrastrado a la guerra, y aunque la política tradicional de nuestro gobierno era la de evitar que el pueblo norteamericano se viese envuelto en una guerra, y aunque en 1916, en circunstancias muy semejantes a las actuales, el Presidente Wilson había sido reelegido al grito de "Nos ha mantenido fuera de la guerra", y el programa del candidato republicano Mr. Hughes prometía también que, en caso de ser elegido, no permitiría que los Estados Unidos entraran a la guerra, sin embargo, seis meses después de las elecciones el pueblo norteamericano, a pesar de todo eso, había aprobado casi unánimemente la entrada de los Estados Unidos a la guerra. Le dije que no debía olvidar que nuestro pueblo reaccionaba muy rápidamente cuando creía que estaban en juego sus intereses vitales.

Continué diciéndole que no debía olvidar que el pueblo norteamericano, en general, se impresiona profundamente ante los que considera actos de crueldad o inhumanidad contra seres humanos. Las medidas del gobierno alemán en contra de los ciudadanos judíos y las horribles crueldades a que se les ha sometido habían creado tal sentimiento de repugnancia en nuestro país que podían apreciar mejor los que conocían

de primera mano la profundidad y la fuerza de ese sentimiento. Insinué que el Mariscal haría bien en no subestimar la importancia de este punto.

Goering trató débilmente de defender la posición de su gobierno. Dijo que yo condenaba un intenso sentimiento racial que existía no solamente en Alemania sino en todos los países del mundo. No creía que el pueblo norteamericano era consecuente. Había visto hacía poco una película norteamericana cuyo tema era la distinción racial de que se hizo víctima a un individuo que parecía blanco cuando se descubrió que tenía sangre negra. Se preguntaba si la discriminación contra los judíos que tanto indignaba a los norteamericanos era esencialmente diferente de la que ellos mismos practicaban.

Le respondí que, aunque desgraciadamente era cierto que en algunos casos aislados las gentes de color habían sufrido crueldades, la gran mayoría del pueblo norteamericano no sólo lamentaba estos hechos sino que hacía todo lo humanamente posible para mejorar las condiciones que los causaban. Le dije que era ridículo comparar estos incidentes con una política oficial iniciada y alentada por el propio gobierno, practicada en la forma más bárbara, y cuyo objetivo no era otro que hacer desaparecer centenares de miles de ciudadanos honrados y repetuosos de las leyes. Goering no continuó la discusión.

Luego me referí a las conversaciones que el gobierno de los Estados Unidos había iniciado con otros gobiernos neutrales para tratar de encontrar una fórmula que en principio solucionase las problemas de la limitación y reducción de armamentos y sentara las bases para una política internacional de intercambio económico. Le leí un corto memorándum con los puntos de vista de nuestro gobierno. Goering contestó inmediatamente que estaba de acuerdo en todo y que el gobierno alemán cooperaría decididamente para establecer esa política cuando llegara el momento de las negociaciones de paz. Dijo que ningún país en el mundo ganaría más que Alemania con esos arreglos. En la primera oportunidad él

anunciaría en un discurso la intención de Alemania de cooperar en ese sentido.

En cuanto al asunto de la limitación y reducción de armamentos Goering me hizo las mismas declaraciones que me había hecho Hitler el día anterior. Dijo que la carrera armamentista estaba arruinando la economía de todo el mundo, y que ningún país podría soportar ese sacrificio por mucho tiempo. Insistió en que el gobierno de Alemania había ofrecido varias veces su participación en un plan razonable para el desarme y que sus ofrecimientos siempre habían sido rechazados. Cuando llegue la paz, dijo, Alemania entrará en cualquier convenio práctico que haga posible una verdadera reducción de armamentos.

Volvió a hablar de los objetivos de guerra de los ingleses. Dijo que estaba convencido de que los gobiernos francés y británico sólo deseaban destruir el nacionalsocialismo, subyugar al pueblo alemán y dividir a Alemania en pequeñas provincias bajo control militar. Añadió: "Los ingleses creen que esta es la manera de conseguir una paz duradera, porque a principios del siglo XIX, cuando Alemania era un conglomerado de pequeños estados independientes con infinidad de barreras aduaneras, los alemanes eran un pueblo de músicos y poetas. Pero se equivocan. Si lograran realizar ese plan, no encontrarían una raza de músicos y poetas sino una horda de bolcheviques y comunistas."

Al terminar nuestra conversación dijo Goering: "Cuando usted visite París y Londres se convencerá de que no hay esperanza de paz. Verá que el proyecto de Inglaterra y Francia es el que nosotros conocemos, es decir la determinación de destruir a Alemania, y que no aceptarán ninguna solución de paz a no ser sobre esta base. Si en alguna forma su gobierno puede evitar la guerra, que yo creo inevitable, habrá realizado lo más grande que un ser humano puede desear."

Una vez terminada nuestra entrevista, Goering insistió en mostrarme las innumerables habitaciones de su palacio. Me parece difícil que haya un edificio más feo o más ostentosa-

mente vulgar. Las paredes de las salas de recepción y de los vestíbulos estaban cubiertas de centenares de cuadros. Obras de los mejores artistas italianos y de los antiguos maestros alemanes estaban al lado de adefesios de los modernos pintores alemanes. Se había especializado en Cranachs, de los cuales reconocí dos que había visto en la Pinacoteca Antigua de Munich.

El vestíbulo de entrada, como el primer salón de recibo, estaba rodeado de vitrinas en las que se exhibían los regalos que había recibido el Mariscal de los gobiernos extranjeros, entre ellos un gran número de objetos que recientemente le había obsequiado el gobierno del Japón. Goering me dijo que el sitio de cada uno de los objetos del palacio había sido escogido por él personalmente.

En el mes de marzo anochece muy temprano en el norte de Alemania. Estaba casi obscuro cuando atravesamos la verja de la propiedad de Goering. Tenía mucho tiempo para meditar en el largo viaje de regreso a Berlín.

Había aclarado varios puntos. La clave del problema de si el hitlerismo dominaría a Europa y quizás al resto del mundo, se podía descubrir sólo en Berlín y no en otra parte. Me convencí más firmemente que antes de que la influencia de Mussolini, si alguna vez había tenido alguna, había desaparecido. Era cada vez más evidente que los gobiernos de Inglaterra y Francia habían seguido una política de apaciguamiento hasta el momento en que, ante la perspectiva de perder todo vestigio de independencia, tuvieron que abandonarla, y que nunca hasta entonces en la historia de Europa habían las potencias occidentales peleado una guerra más totalmente defensiva que la de entonces. El argumento de Hitler, Ribbentrop y Goering, de que las potencias occidentales querían la guerra, habría podido engañar quizás en 1914, pero en 1939 era simplemente ridículo.

Sólo una cosa en el mundo podría hacer vacilar a Hitler y a su camarilla: la convicción de que, si lanzaban una guerra de destrucción sobre Europa, los Estados Unidos, por su propio interés, apoyarían a las democracias occidentales. Era

igualmente claro, sin embargo, que en ese momento no existía la más remota probabilidad de que nuestro gobierno previniera al gobierno nazi de que así ocurriría. La gran mayoría de la opinión pública creía que podríamos permanecer al margen de la guerra. Ningún alto funcionario de Wáshington con algún sentido de responsabilidad para con el electorado norteamericano, o consciente de las limitaciones constitucionales, podía asumir la responsabilidad de advertir al gobierno del Tercer Reich que los Estados Unidos apoyarían a Gran Bretaña y a Francia si Alemania persistía en su ambición de conquistar al mundo. Y sin embargo, era esa la única amenaza que hubiera podido evitar la más grande calamidad que ha visto el mundo moderno.

Cuando entramos a los tétricos suburbios de Berlín ya había caído la noche. Largas filas de gente, como las que había visto unas horas antes, seguían esperando pacientemente en las calles para obtener provisiones o para entrar a un cine. Me llamó la atención el cambio tan radical que se había operado en el carácter de los berlineses desde mi último viaje a Alemania hacía algunos años. Aun en los días de la inflación, de desesperada pobreza, y en mis visitas anteriores, las multitudes en las calles parecían siempre de buen humor; se veían caras sonrientes. Esta vez recorría calles y calles sin ver una sola cara alegre.

Esa noche salí de Berlín. A la mañana siguiente, cuando el tren llegaba a Friburgo, cerca de la frontera suiza, para seguir a Basilea, levantaron las cortinillas que hasta entonces habían permanecido corridas. En los últimos kilómetros del viaje, la línea del ferrocarril seguía el valle del Rin. Las mujeres y hasta los niños pequeños podaban los viñedos de las colinas al pleno sol de la mañana. La escena parecía muy pacífica hasta que uno advertía que en cada viñedo y en cada colina se habían levantado fortificaciones. Observando con más detenimiento las casas de las granjas se descubrían nidos de ametralladoras; esa glorieta de árboles que a la distancia parecía inocente, escondía, a medias, un emplazamiento para cañones; pocos centenares de metros más lejos,

al otro lado del río, estaba la línea de las defensas militares francesas cubiertas por "camouflage". No se oía ningún ruido; ni siquiera un aeroplano se veía en el cielo.

No puedo, por supuesto, referir con todos sus detalles las conversaciones que tuve en París o en Londres. Muchos de los asuntos que en ellas se trataron, en ningún caso pueden hacerse públicos mientras dure la guerra. Además, desgraciadamente, la gran mayoría de los funcionarios franceses con quienes conversé durante mis dos visitas a París, están ahora en poder de los alemanes; y aunque es posible que la Gestapo haya conseguido incautarse de las versiones francesas de las entrevistas que tuve con los miembros del gobierno, no sería capaz de escribir nada que en lo más mínimo pudiera aumentar los sufrimientos a que están sometidos. Cada palabra que me dijeron es absolutamente verídica y justificada, pero bastante conocemos a los alemanes para saber las distorsiones y tergiversaciones de la verdad de que son capaces.

Llegué a París en las primeras horas de la mañana del 7 de marzo. París había cambiado completamente. No había ningún indicio del fervor y patriotismo que había visto a comienzos de la otra guerra. Hasta en las casas se reflejaba el sentimiento de enfurruñada apatía visible en las caras de la mayor parte de los que pasaban por las calles casi desiertas, como si todos esperaran alguna calamidad inevitable. Entre las muchas personas con quienes hablé, sin contar unos pocos funcionarios, sólo en rarísimos casos pude recoger una impresión de esperanza, de resolución, o, siquiera, de deseo de luchar.

Mi primera visita fué al Presidente de la República, M. Albert Lebrun, en el Palacio del Elíseo. El Presidente destinó la mayor parte del tiempo que estuve con él a contarme su propia vida. Me dijo que había nacido en el extremo oriental de Francia, muy cerca de la frontera, y que sus primeros recuerdos estaban dominados por la amargura de la ocupación alemana durante la guerra de 1870. A lo que quería llegar, y con mucha razón, era a que la gente de su generación había visto tres guerras, en cada una de las

cuales Francia había sido atacada por Alemania, y si por lo menos durante una generación su país no se veía libre de los desastres que traía consigo la agresión alemana, Francia no podría sobrevivir.

El Presidente Lebrun era el tipo del francés inteligente y honorable tan frecuente en la pasada vida pública de Francia. Sin embargo, no se podría decir que poseía el carácter, la dignidad, la visión y la energía pujante que Poincaré, el presidente durante la primera guerra mundial, había poseído en tan alto grado. Era evidente que la memoria de M. Lebrun se iba debilitando; le costaba recordar fechas, nombres y hasta hechos con alguna precisión. Después de nuestra entrevista, cuando me mostraba los principales salones del palacio, me encontré en una situación muy incómoda; quería darme a toda costa los nombres de los personajes retratados en los cuadros que colgaban en las diferentes piezas, y, como no podía recordar el de ninguno, se veía obligado en cada caso a preguntar a uno de sus ayudantes para darme la información exacta.

A mi salida del Elíseo me esperaban unos oficiales del servicio secreto francés que me llevaron con gran velocidad a la cita que tenía con el Primer Ministro Daladier. Atravesamos la avenida Gabriel, desierta y triste en el opaco día de marzo; la Plaza de la Concordia, completamente vacía, y llegamos a la angosta Rue Saint Dominique, donde el Premier pasaba la mayor parte de su tiempo en el Ministerio de Defensa Nacional.

Daladier sufría aún las consecuencias de un accidente ocurrido no hacía mucho, y me dijo que lo atormentaba un dolor casi constante.

Comenzó por recordarme la conversación que yo había tenido con él en París en los críticos días de setiembre de 1938, y los trágicos sucesos que habían ocurrido desde entonces. Insistió varias veces en lo que dijo ser la gratitud eterna del pueblo francés por la actitud tan comprensiva del Presidente de los Estados Unidos y de su gobierno por la

valiosa ayuda que había dado a Francia con la revisión de la Ley de Neutralidad.

El Primer Ministro pensaba que los reiterados esfuerzos que hizo el Presidente para prevenir el estallido de la guerra y para conseguir un justo arreglo de las controversias europeas, habían contribuído grandemente a que los hombres y mujeres de toda Europa comprendieran los problemas morales involucrados en el conflicto.

Al cabo de dos horas habíamos tocado casi todos los temas. Daladier poseía una inteligencia clara, vigorosa y realista. Criticó con mucha franqueza la política exterior de Francia en los años pasados. Creo que su análisis de la política de Hitler fué más preciso y más exacto en sus apreciaciones que ninguno de los que había oído de otros estadistas europeos. Él no había creído, en la época de Munich, ni lo creía ahora, que la unificación de los pueblos de habla alemana de la Europa central era todo lo que Alemania deseaba, y mucho menos lo que sus actuales dirigentes querían conseguir. Hitler le había dicho personalmente en Munich que los checos eran un pueblo inferior y que Alemania nunca consentiría en rebajar la pureza de la raza alemana incorporando Bohemia y Moravia a la Gran Alemania. Por cierto que Hitler había probado que todas sus promesas eran mentiras. Daladier creía que el gobierno alemán estaba siguiendo con toda inteligencia una política que sólo podía tener un objetivo, cual era la dominación de toda Europa y del Cercano Oriente, y temía que las ambiciones del gobierno alemán fueran mucho más lejos todavía. En todo caso, dijo, había llegado el momento en que Francia ya no podía seguir sobrellevando la existencia que el régimen nazi había impuesto a Europa, y debía pelear hasta sentirse verdaderamente segura.

Daladier sabía muy bien que las reiteradas promesas de Hitler de que había renunciado para siempre a todas sus aspiraciones sobre Alsacia y Lorena eran tan falsas como las que había hecho con respecto a Checoslovaquia. Tenía pruebas irrefutables de que mucho antes de que comenzara la guerra, los agentes subversivos de Alemania habían tratado de fomen-

tar en la población de habla alemana en Alsacia la misma actitud que habían creado en Checoslovaquia en 1938.

Contaba con documentos que probaban que esos agentes alemanes tenían instrucciones de seguir exactamente la misma línea de conducta que había seguido Henlein en la región sudete.

Cuando le pregunté qué clase de mecanismo internacional daría a Francia la seguridad de fronteras que tanto deseaba, el Primer Ministro respondió que el verdadero problema consistía en que las fuerzas de las potencias enemigas eran casi equivalentes. La única solución residía en un verdadero desarme, y, sin embargo, ¿cómo podrían Francia e Inglaterra dar ningún paso hacia el desarme sin la seguridad de que Alemania e Italia se desarmarían al mismo tiempo? ¿Cómo podría Francia tener fe en un programa de desarme que Alemania asegurara estar cumpliendo, después de la experiencia que Francia había tenido en el período que siguió a la primera guerra mundial y especialmente en los últimos años? — refiriéndose a los que precedieron a la declaración pública hecha por Hitler de que Alemania se estaba rearmando. La misión militar enviada a Alemania en 1919, bajo las órdenes del General Nollet, se había convencido de que por cada partida de armamentos que se destruía, se fabricaban secretamente en otros lugares de Alemania cantidades equivalentes o mayores. Parecía que la única solución para conseguir un verdadero desarme consistía en que los neutrales más poderosos asumieran una responsabilidad internacional, es decir, que estuvieran dispuestos a usar la fuerza en caso necesario.

Para el Primer Ministro, la aviación era lo esencial del problema. Dijo que creía muy hacedera, como ya lo había indicado anteriormente en Ginebra, la organización, bajo alguna forma de autoridad internacional, de una fuerza aérea compuesta por unidades de varias potencias europeas, con atribuciones policiales para mantener la paz en Europa y garantizar que todas las potencias cumplían con los compromisos de desarme que hubieran contraído. Tenía confianza en que esa fuerza de policía bien dirigida, bastaría para impedir

que las naciones de Europa recurrieran a la agresión. Creía que, en vista del perfeccionamiento de la aviación moderna, la sola amenaza de usar esa fuerza policial habría hecho desistir de sus intentos a las potencias agresoras de Europa en los últimos años.

Creía, dijo, como lo había dicho tantas veces el Presidente Roosevelt, que había que distinguir claramente entre armamentos defensivos y ofensivos. Se podía alcanzar seguridad sólo destruyendo todos los armamentos ofensivos, a excepción de los que usaría la fuerza policial, y dejando solamente los que eran sin lugar a dudas de naturaleza defensiva.

Daladier me comunicó con toda franqueza sus experiencias en Munich y el juicio que le habían merecido los demás estadistas que participaron en esas negociaciones.

Esa noche tuve ocasión de continuar mi conversación con el Primer Ministro en la comida a que me invitó en el Quai d'Orsay; a la que asistieron el vice-premier Chautemps; Georges Bonnet, ex-ministro de relaciones exteriores y ex-embajador en Wáshington, entonces Ministro de Justicia; Alexis Léger, Secretario General del Ministerio de Relaciones; Champetier de Ribes, Vice-Ministro parlamentario de relaciones exteriores, y Coulondre, el último embajador francés en Berlín. El General Gamelin, jefe del Estado Mayor General, a quien también se esperaba, había sido llamado con urgencia del frente norte.

La conversación versó más o menos sobre los mismos temas que ya había discutido con el Primer Ministro. Léger, como siempre, lució su magnífica claridad y la lógica de su pensamiento así como el liberalismo de su filosofía política. Había entre ellos la misma incertidumbre con respecto a la decisión final de Mussolini, que después encontraría en Londres. Todos estaban de acuerdo en que el pueblo italiano, a excepción de unos cuantos fascistas, se oponía a la guerra. Lo que no sabían era si Mussolini, contrariando el sentimiento general de su país, se decidiría a correr el riesgo antes de tener la certeza de que saldría ganando.

Al día siguiente, visité a Jules Jeanneney, presidente del

Senado. El Senador me recibió en su residencia oficial en el Palacio de Luxemburgo, frente a esos jardines tan familiares para mí y cuyos últimos rincones conocía desde mi niñez.

El Senador Jeanneney inició la conversación señalándome un busto de Clemenceau colocado sobre un alto estante detrás de su escritorio. Clemenceau, me dijo, había sido la influencia dominante de su vida, y ahora que había llegado a la avanzada edad de setenta y siete años, reconocía más que nunca cuánta razón había tenido Clemenceau y qué proféticas habían resultado sus predicciones de 1919.

El Senador continuó diciendo que, como el Presidente Lebrun, él también era oriundo de una provincia fronteriza y que sus primeros recuerdos eran los de la ocupación alemana del pueblo donde había nacido; también me recordó que desde entonces Francia había tenido que sufrir dos guerras más provocadas por Alemania. Él creía representar el sentimiento unánime del Senado francés al expresar su convicción de que la guerra debía continuar hasta que Alemania fuese completamente derrotada y hubiese recibido tal lección que nunca más pudiera volver a provocar una conflagración europea.

Mientras escuchaba, me parecía oír la propia voz de Clemenceau: "Hay sólo una manera de tratar con un perro rabioso. O se le mata o se le encadena con cadenas de acero que no pueda romper".

Igualmente impresionado quedé con mi conversación con Edouard Herriot, Presidente de la Cámara de Diputados. Herriot habló con la más profunda admiración del Presidente Roosevelt, de sus convicciones y de sus obras. Conservaba un grato recuerdo de la visita que efectuara a Wáshington en 1933.

Dijo que durante toda su vida pública y en particular durante los últimos veinte años se había consagrado a tratar de echar las bases para una amistad y un entendimiento duraderos entre los pueblos de Alemania y Francia. Sus esfuerzos habían fracasado completamente. Una y otra vez, estadistas alemanes como Stresemann y Marx le habían mentido y lo habían engañado. Había llegado a convencerse de

que el propio pueblo alemán, y no sólo sus líderes, era el causante de la presente situación.

Deseaba informarme que en 1924, cuando él era Primer Ministro, en la época en que el gobierno de la República de Weimar presentaba su mejor cara y casi había persuadido al mundo occidental de que Alemania deseaba sinceramente el arreglo pacífico que se trató de conseguir en Locarno, él había aceptado una invitación a conferenciar con los miembros del gobierno alemán que entonces estaban en Londres a invitación de Ramsay Macdonald, y entre los cuales Stresemann era la figura más destacada. Poco después de la llegada de Herriot a Londres, Stresemann lo había invitado a una reunión secreta, que aceptó sin ningún deseo, y en la cual Stresemann le propuso una alianza secreta entre Alemania y Francia, de la cual se excluiría a Gran Bretaña. ¿Cómo se podía tener fe en Alemania cuando el dirigente a quien se señalaba como el más destacado profeta de la regeneración alemana estaba dispuesto a rebajarse a una traición tan baja y tan grotesca?

Herriot no veía otra solución que una derrota militar de Alemania. Una "guerra de veras" significaría una vez más la devastación de Francia; sería la ruina de la República durante muchos años; a consecuencias de la guerra sobrevendría un completo cambio en la estructura social y económica de toda Europa. Se sentía profundamente pesimista y no tenía ninguna esperanza.

En el mismo día tuve una entrevista con el Vice-Premier Camille Chautemps, y otra con Georges Bonnet.

M. Chautemps me expresó más o menos los mismos puntos de vista que me había manifestado Daladier. Bonnet me dió con gran detalle su versión de las negociaciones entre Alemania y Francia durante los meses quue siguieron a los pactos de Munich. En justicia debo declarar que, por su propia iniciativa y sin que yo le hubiera dicho nada de las conversaciones que había tenido en Alemania, negó categóricamente todo lo que me habían dicho en Berlín a propósito del pacto de no agresión que él había firmado con Ribbentrop en diciembre de 1938. Insistió en que, cuando se trató el asunto de la

política francesa en la Europa oriental, él nunca había asegurado a Alemania, ni directa ni indirectamente, que Francia permanecería indiferente ante la suerte de Polonia. La única declaración que él había hecho a Ribbentrop en este sentido era que el gobierno de Francia firmaba el pacto con la reserva de que no debía interpretarse en menoscabo de las obligaciones contraídas por Francia en sus dos tratados con la Unión Soviética y con Polonia.

Según Bonnet, Ribbentrop había contestado que esa declaración del gobierno francés no podía considerarse perjudicial para Alemania en lo que a Polonia se refería, ya que Alemania también tenía un pacto de no agresión con este país, y el gobierno del Reich creía que las relaciones germano-polacas serían cada vez más amistosas sobre todo en los cuatro o cinco años siguientes. Bonnet aseguró que Ribbentrop había mentido descaradamente y que el Libro Amarillo Francés, que su gobierno ya había publicado, exponía los hechos tal como eran en realidad.

De todas las demás conversaciones que tuve en París en esos días tan llenos de afán, hay dos que recuerdo muy claramente.

Conocí a Paul Reynaud muchos años atrás, y había sido siempre un admirador de su mentalidad tan extraordinaria y de la posición que había adoptado con respecto a la política exterior de su patria en los últimos diez años.

Almorzamos juntos en las oficinas del Louvre que ocupaba como Ministro de Finanzas, en el departamento que en tiempos de Napoleón III había ocupado el Príncipe Imperial y que da a los jardines del Louvre y a las Tullerías.

Dedicamos la mayor parte de nuestra conversación a los problemas económicos y financieros que eran los que más lo preocupaban entonces. Pero al terminar el almuerzo se volvió hacia mí y me dijo: "No debo ser yo quien le diga que todos me consideran «el hombre fuerte» en el gobierno francés en lo que se refiere a nuestras relaciones con Alemania. Usted recordará que cuando conversamos en septiembre de 1938 le dije que Francia debería declarar la guerra a Alemania en

defensa de Checoslovaquia, y sabe que tenía toda la razón. También sabe que si Francia se hubiera decidido entonces, Inglaterra no habría podido evitar la entrada a la guerra a nuestro lado. Munich ha sido el error fundamental de la política de Francia e Inglaterra". Pero eso, prosiguió, ya es historia escrita. Su conocida actitud a ese respecto y, en general, con respecto a las relaciones franco-alemanas, le hacían más fácil ahora seguir una política objetiva.

Su idea era que Francia nunca podría verse definitivamente libre de una nueva agresión alemana si no se creaba una organización internacional capaz de defender la paz. A su juicio, esa organización no podría ser eficaz si no se acordaba la creación de una fuerza de policía internacional, y la abolición, fuera de dicha fuerza, de todos los tipos de armamentos ofensivos.

La otra entrevista que tan bien recuerdo es la que tuve con Léon Blum. Blum ya no ocupaba entonces ningún cargo y vivía casi en completo retiro en su pequeño departamento de la orilla izquierda del Sena, frente a los muelles, más arriba de Notre Dame. En su amable sala de trabajo, llena de variados objetos, charlamos largo rato de los acontecimientos ocurridos desde la última vez que nos habíamos visto, dos años atrás, y del trágico derrumbamiento del castillo de naipes de la seguridad internacional.

No había cambiado en su siempre sorprendente capacidad de gozar las amenidades de la vida, como buen parisino que era; ni en su interés por las cosas más diversas, ni en la prontitud y lucidez de sus procesos mentales; pero bajo cada una de sus palabras podía advertirse una profunda tristeza y un desaliento casi corrosivo. Después de charlar con Léon Blum y con Edouard Herriot, no era posible sustraerse a la angustiosa impresión de que las horas de Francia estaban contadas, y de que el tiempo se escapaba con excesiva rapidez.

Creo que de todas mis experiencias de París en esos días de marzo de 1940, lo que más violentamente me impresionó y me hizo comprender por primera vez hasta dónde había llegado la penetración de las ideas nazis y su envenenamiento

de por lo menos una parte del pueblo francés, fueron las resultantes de mi conversación con Léon Blum.

Al día siguiente partí a Londres. Durante mi ausencia, la prensa francesa había dado la noticia de mi visita al ex-Premier Léon Blum. Cuando regresé a París cuatro días más tarde, mis secretarios calculaban que por lo menos habían recibido tres mil cartas de ciudadanos franceses dirigidas a mí protestando contra mi visita. La mayoría de esas cartas estaban escritas en los términos más violentos e insultantes; sólo unas pocas contenían expresiones más moderadas de reproche, pero todas ellas obedecían a este solo motivo: que como representante del Presidente de los Estados Unidos me había atrevido a visitar a un judío. Yo había vivido en Francia en varias ocasiones y la conocía desde mi niñez; en todos esos años, excepto en la época del proceso Dreyfus, nunca había notado que existiera antisemitismo en Francia. Ahora podía apreciar por primera vez hasta qué punto se había extendido el veneno infiltrado por los nazis en toda la Europa occidental.

La mañana del 11 de marzo, en que partí de Le Bourget hacia Londres en un aeroplano que puso a mi disposición el gobierno francés, escoltado por aviones franceses de combate, era una mañana clara y llena de sol; cuando cruzábamos el canal hacia Inglaterra pude ver una cantidad de barcos que me causó sorpresa en tiempos de guerra. Pasamos sobre las casas de ladrillo rojo de Brighton y de ahí a Londres volamos tan bajo que podíamos ver los preparativos que hacían los campesinos para la siembra de primavera en la verde campiña inglesa.

Nuestro Embajador, Joseph P. Kennedy, que incansablemente había hecho todos los arreglos para mi visita, me informó que primero debía visitar a Lord Halifax, entonces Secretario de Relaciones Exteriores, para dirigirme inmediatamente al Palacio de Buckingham, donde el Rey y la Reina habían manifestado el deseo de recibirme.

Como siempre me ha parecido en las innumerables conversaciones que he sostenido con él, Lord Halifax reveló ser

hombre moderado, de criterio liberal, y, sobre todo, de un punto de vista constructivo sobre la crítica situación.

La clave de su actitud con respecto al problema europeo era su convicción de que no podía existir una paz duradera en Europa mientras el régimen nazi dominara a Alemania y dirigiera su política exterior. Era imposible una paz que no tuviera como base la confianza, y, ¿qué confianza se podía tener en la palabra de un gobierno que seguía una política de brutal agresión y que continua y abiertamente violaba sus obligaciones más solemnes?

El Rey y la Reina vivían en un ala del Palacio de Buckingham. El resto del gran edificio estaba cerrado mientras durara la guerra. Estuvieron tan encantadores y amables como durante su viaje a los Estados Unidos, que ambos recordaron con entusiasmo. Les parecía que había pasado ya mucho tiempo y que tenían el recuerdo vivo de otro mundo que ya había dejado de ser. El Rey tenía más gravedad en sus maneras que cuando había estado en Wáshington en el verano anterior, y hablaba con gran convicción del probable curso de los acontecimientos.

Luego fuí con el Embajador Kennedy a Downing Street Nº 10, donde debía tener mi primera entrevista con Neville Chamberlain, el Primer Ministro. Se nos hizo pasar inmediatamente a la histórica sala del gabinete, situada en la parte de atrás del primer piso de la residencia oficial del Ministro. Una gran mesa con tapete verde ocupa la mayor parte de la habitación, cuyas ventanas dan al parque.

Cuando entramos Mr. Chamberlain estaba sentado solo en su sitio ante la mesa. Era muy delgado, pero daba una impresión de energía y de vigor físico. Nadie habría dicho que tenía setenta y un años; salvo un mechón blanco que le caía sobre la frente, su pelo era todavía oscuro; sus facciones más notables eran los ojos, grandes, muy oscuros y penetrantes; hablaba en voz baja pero incisiva.

Entregué al Primer Ministro la carta personal que el Presidente me había dado para él, y en cuanto la hubo leído,

comenzamos a charlar informalmente unos pocos minutos hasta que entró Lord Halifax.

No es posible emitir un juicio imparcial acerca de Neville Chamberlain y de su conducta como Primer Ministro hasta que termine la guerra y sea posible tener más perspectiva. Antes no podría dar ni siquiera una apreciación personal del hombre cuyo destino lo llevó a ocupar el cargo de mayor autoridad en los momentos en que su país comenzaba a pagar las consecuencias de los errores acumulados de muchos gobiernos anteriores, y sobre todo de la falta de visión y de comprensión de que fué principalmente culpable Stanley Baldwin.

Durante todas las conversaciones que tuve con Mr. Chamberlain, pude ver que no le faltaba ni determinación ni valentía, y que admitía francamente todos sus desaciertos.

Se refirió con gran detalle a los esfuerzos que había hecho para mantener la paz haciendo concesiones a Alemania durante los dos años anteriores. Le habían mentido y lo habían engañado. Estaba bien claro ahora de que Hitler no quería una Europa pacífica fundada sobre la justicia, la razón y la seguridad, sino una Europa dominada por el hitlerismo. Inglaterra se había visto obligada a entrar a la guerra como el último recurso para preservar la libertad y la democracia que estaban amenazadas de desaparecer. Mientras existiera el gobierno nazi, no había esperanzas de conseguir la paz, ya que ninguna nación en el mundo podía tener fe en las promesas de ese gobierno. Durante toda su discusión sobre la política nazi, Mr. Chamberlain habló con gran indignación.

Uno de los argumentos que me dió y que ha quedado claramente en mi memoria, fué su crítica de la falta de habilidad de las democracias occidentales para conseguir que el pueblo alemán conociera y comprendiera la realidad de los hechos. Me dijo: "Todo eso confirma más que nunca la verdad de lo que ha dicho el Presidente Roosevelt, de que una de las condiciones más esenciales para una paz duradera tiene que ser la libertad de información".

Ya en esos primeros meses de la guerra, la vida en Lon-

dres había cambiado completamente. El oscurecimiento era completo y se habían cerrado la mayoría de las residencias privadas. Los miembros del gobierno que estaban obligados a vivir en Londres se habían trasladado a hoteles o a pequeños departamentos. El propio Lord Halifax había tomado un departamento en el hotel Dorchester, donde después me invitó a comer, en compañía del Marqués de Crewe, Lord Snell, el líder del partido laborista en la Cámara de los Lores; Anthony Eden, entonces Secretario de Estado de los Dominios; Oliver Stanley, Secretario de Estado en el Departamento de Guerra; Sir John Anderson, Ministro de Defensa Civil; Sir Dudley Pound, Primer Lord del Almirantazgo, y Sir Alexander Cadogan, Subsecretario permanente del Ministerio de Relaciones Exteriores. Después de la comida, Lord Halifax me dió la oportunidad de oír las opiniones de todos los miembros del gobierno sobre la situación existente.

Uno de los puntos que mejor recuerdo de los que tratamos esa noche es la corta declaración que me hizo Lord Snell sobre las razones del partido laborista para apoyar al gabinete de Chamberlain en su política de guerra. Dijo que todos sus colegas en el partido laborista creían que si Hitler triunfaba, todos los valores humanos en que se basaba la libertad inglesa y que eran los únicos que hacían la vida digna de ser vivida —libertad de conciencia, de palabra y de información— desaparecerían inevitablemente, y que los hombres y mujeres libres de Inglaterra serían convertidos en esclavos. A pesar de que el partido laborista se había opuesto tan tenazmente a la guerra y había luchado tanto por impedirla, hoy no tenía más remedio que apoyarla.

Durante mi estada en Londres había podido charlar largamente con el Mayor Clement Attlee y con Arthur Greenwood, líder y sublíder, respectivamente, del partido laborista, con Sir Archibald Sinclair, líder del partido liberal y Ministro de Aviación, con todos los miembros del gabinete que no había visto en la noche de mi llegada, y con muchos viejos amigos, algunos de ellos diplomáticos entonces residentes en Londres.

De todas las conversaciones, la que me parece más intere-

sante desde el punto de vista histórico, es la que sostuve con David Lloyd George, el primer ministro que tanto había contribuído a la victoria inglesa en la primera guerra mundial y que había tenido un papel tan preponderante en los arreglos de paz. Mr. Lloyd George no vaciló en hablar con absoluta claridad echando la culpa a quien él creía que la merecía por los errores que franceses e ingleses habían cometido durante los veinte años que acababan de terminar con el comienzo de la segunda guerra mundial.

Otra conversación memorable fué la que tuve en el Almirantazgo con Winston Churchill, que no había de permanecer mucho más tiempo en el gabinete en calidad de Primer Lord. Su feroz energía y extraordinaria habilidad ejecutiva, su rápida comprensión de los hechos y su iniciativa, han sido probadas admirablemente todas las veces que se le ha llamado para guiar los destinos de la marina inglesa en un lapso de más de treinta años.

Mucho de lo que me dijo Mr. Churchill se refería a los problemas técnicos que entonces afrontaba el Almirantazgo, la necesidad de encontrar nuevos métodos para combatir los submarinos y las minas, y el problema primordial de la aviación.

Ahora que han pasado cuatro años puedo permitirme hacer una referencia más concreta a un punto sobre el cual insistió Mr. Churchill, por su valor como una muestra de la exactitud de sus previsiones durante más de un cuarto de siglo.

Me dijo que estaba sentado ahora en la misma oficina que había ocupado veinticinco años atrás y haciendo frente, ahora como entonces, exactamente a la misma situación, y que éste era el resultado de que los sucesivos gobiernos de Inglaterra se hubieran negado durante los últimos veinte años a seguir una política realista con respecto a Alemania. Los objetivos que perseguían los alemanes no habían cambiado ni cambiarían: era conseguir la supremacía en el mundo y conquistarlo militarmente. Estos objetivos hacían peligrar la seguridad de los Estados Unidos en el mismo grado en que ponían en peligro la seguridad del Imperio Británico. Él había visto venir la pre-

sente crisis; una y otra vez había advertido a los gobiernos anteriores los peligros a que se estaban exponiendo, pero no habían querido oírlo y ahora estaban sufriendo de nuevo la misma crisis.

No había otra solución que una completa y definitiva derrota de Alemania, la destrucción del nacionalsocialismo y la inclusión en los nuevos tratados de paz de condiciones que permitieran vigilar la futura política alemana en tal forma que se pudiera asegurar la paz de Europa y del mundo, por lo menos durante cien años.

No se podían comparar las impresiones que había recibido en Londres con las que había recibido en París. No tuve ninguna evidencia de que la propaganda que tan fatalmente había socavado la moral francesa, hubiera prosperado en Inglaterra. La única impresión que se podía recoger era que al pueblo inglés le desagradaba profundamente la idea de estar en guerra, y consideraba con gran disgusto la perspectiva de lo que con toda probabilidad tendría que soportar; pero, bajo esta actitud se notaba en todos la firme determinación de que pelearían hasta el final para evitar que Hitler pudiera imponerles su voluntad; parecían igualmente determinados a no tolerar otra vez las angustiosas experiencias que habían sufrido desde el otoño de 1938, y a llegar resueltamente hasta el final por lejos que estuviera y difícil que fuera su camino.

Salí de Londres en avión el 14 de marzo por la mañana; nevaba en tal forma que los demás aviones no habían podido salir; no se veían ni la tierra ni el canal. Sólo al llegar a Le Bourget el cielo comenzó a aclararse.

Durante las pocas horas que permanecí en París de regreso a Roma, conversé con Daladier y con Paul Reynaud, que vinieron a verme al hotel antes de que me fuera a la estación.

Las últimas palabras que me dijo Reynaud al despedirse fueron que el mundo necesitaba hoy más que nunca "audacia en la acción de los hombres de Estado".

He recordado varias veces desde entonces que, de todos los líderes franceses de ese período de la segunda guerra a quienes conocí personalmente, sólo Paul Reynaud y Georges

Mandel poseían la pasta que hace posible la "audacia en la acción de los hombres de Estado". Pero cuando Reynaud tuvo su gran oportunidad, mostró que carecía de las condiciones esenciales para que la audacia del estadista pueda triunfar en una democracia, condiciones que el Presidente Roosevelt y Mr. Churchill poseían por suerte en abundancia. Paul Reynaud no tenía ni la confianza de sus conciudadanos ni el apoyo del poder legislativo, y no contaba tampoco con lo que era aun más esencial en la espantosa crisis que atravesaba Francia: una nación inflexiblemente determinada a luchar, a seguir resistiendo y a triunfar.

La primavera ya había comenzado cuando regresé a Roma el 16 de marzo. El sol era brillante y la Plaza de España se veía llena de flores cuando me dirigía al Palacio Chigi para entrevistarme con el Conde Ciano en la mañana de mi regreso.

Le recordé al Ministro que, cuando salí de Roma, Mussolini me había advertido que encontraría una intransigencia mucho más grande en Londres y en París que la que encontraría en Berlín. Le dije que, por el contrario, no había encontrado ninguna intransigencia en Londres ni en París, pero sí una firme determinación de esos dos gobiernos de continuar la lucha hasta el fin si no conseguían completas garantías de que nunca más se verían arrastrados a una guerra semejante.

Ciano me interrumpió para decirme que él estaba convencido de que así era, y agregó que deseaba informarme inmediatamente, con toda franqueza, que Ribbentrop había venido a Roma en los días en que yo estaba en Londres, y que les había dicho a Mussolini y a él, y probablemente también al Papa, que Alemania estaba decidida a lanzar muy pronto una gran ofensiva militar, que no deseaba considerar ninguna solución que no fuera una completa y decisiva victoria militar, y que, después de la victoria alemana, se redactaría la paz bajo el "diktat" de Alemania. Continuó diciendo que Ribbentrop parecía estar convencido de que el ejército alemán podía alcanzar la victoria militar dentro de cinco meses, y que el gobierno alemán creía que primero caería Francia y poco

tiempo después Inglaterra. Ciano dijo que nuevamente había tratado, como ya lo había hecho en Berchtesgaden, de persuadir a Ribbentrop de que los objetivos razonables de Alemania podían conseguirse mediante negociaciones, pero que éste no había querido considerar ninguna sugestión de esta naturaleza, y había hablado en voz muy alta y en términos muy violentos del poderío de Alemania y de la fuerza militar de Alemania.

Ciano dijo que él no estaba convencido de que los alemanes pudieran ganar semejante victoria; que bien pudiera ser que el actual régimen alemán fuera como un enfermo de tuberculosis, en apariencia fuerte y saludable, pero a quien en el momento más inesperado podrían derribar los gérmenes que lo estaban minando. A su juicio, si las potencias aliadas lograban mantenerse en una posición defensiva e impedir el avance alemán, este solo hecho podría significar la victoria aliada. Alemania podía vencer solamente por medio de un gran avance, mientras que las potencias aliadas podrían triunfar a la larga, sea conteniendo a los alemanes o lanzándose a la ofensiva.

El Conde Ciano me manifestó que él creía que Hitler estaba completamente dominado por Ribbentrop, cuya influencia era fatal y maligna. Las relaciones amistosas y casi íntimas que había tenido con Goering se habían enfriado muchísimo, seguramente porque Goering creía que Ciano era responsable de la posición de no beligerancia de Italia. En su último viaje a Berlín en el mes de octubre, Goering no lo había visto ni había tratado de comunicarse con él. El Conde Ciano me declaró que deseaba recordarme que Mussolini era decididamente "proalemán". Creía que a pesar de este hecho Mussolini nunca pondría en peligro la posición de Italia, ni tampoco cambiaría su política actual, ya que esto sólo aumentaría la complejidad de la situación europea. Deseaba asegurarme que ningún convenio de ninguna especie había resultado de la visita de Ribbentrop a Roma, y que Italia no se desviaría un punto de la línea que se había trazado.

En lo referente a los Balcanes, Ciano sabía muy bien que

circulaban muchos rumores de que Italia estaba fomentando descontento en Croacia. Él deseaba asegurarme que eso no era cierto. Italia y Alemania habían convenido en que ninguno de ellos intervendría en Yugoslavia, y la política italiana con respecto a los Balcanes seguía siendo la misma que me había expuesto hacía dos semanas: el mantenimiento de la paz y del status quo en esa región.

Volvió al tema de la seguridad en Europa. Dijo que no veía ninguna manera de conseguirla a no ser por medio de un pacto de cuatro potencias entre Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania con la garantía de que, si alguna de las cuatro potencias cometiera un nuevo acto de agresión, las otras tres se pondrían inmediatamente de acuerdo para tomar medidas contra la potencia culpable.

Le contesté que en el caso de que se iniciaran tales negociaciones, se me ocurría que quizás él llegaría a la conclusión de que era muchísimo más lo que se necesitaba. Que lo que yo quería decir era que se requería un convenio sobre medidas de desarme efectivo y un mínimum satisfactorio de control internacional sobre todas las categorías de armamentos ofensivos, especialmente la aviación, así como un control internacional de la producción de armamentos. Ciano respondió al punto que estaba de acuerdo en que tales gestiones podrían y deberían hacerse.

Ciano habló con sarcasmo de Ribbentrop, y en especial de sus esfuerzos para hacer creer al gobierno italiano que las relaciones entre la Unión Soviética y Alemania eran inviolables y se basaban en un entendimiento permanente. Como una muestra de la falsía de Ribbentrop me contó que muy poco antes del pacto germano-soviético de agosto de 1939, en una conversación con Ciano, le había dicho, refiriéndose a Stalin, que era "el más encallecido de todos los malditos comunistas". Y agregó que, por su propia experiencia con Ribbentrop, había llegado a la conclusión de que lo que éste afirmaba hoy lo negaba al día siguiente.

Antes de terminar nuestra conversación, Ciano dijo que deseaba informarme de que él y Mussolini estaban en contacto

con Berlín y que valdría la pena que postergara mi partida de Roma del 18 al 19 de marzo, porque quería darme confidencialmente una información decisiva que esperaba recibir del gobierno nazi.

Esa tarde, a las seis, Mussolini me recibió en el Palazzo Venezia. El Conde Ciano nos sirvió de nuevo de intérprete y el Embajador Phillips estuvo presente en la entrevista.

Encontré a Mussolini de mucho mejor aspecto que quince días antes. No me hizo la impresión de estar tratando de sacudir una opresión física o mental que tan claramente había notado en mi primera visita. La conversación fué mucho más personal que la vez anterior; parecía haberse librado de un gran peso. Con frecuencia me he preguntado si durante esas dos semanas que estuve ausente de Roma fué cuando decidió pasar el Rubicón, y si la visita de Ribbentrop lo había determinado a lanzar a Italia en la guerra después de que Alemania hubiera comenzado su ofensiva general. Sin embargo, de una cosa estoy convencido y es de que, si había tomado ya esa decisión, aún no la había comunicado a los miembros de su gobierno.

Al comienzo de nuestra conversación, Mussolini me dijo que tendría mucho gusto en responder a cualquier pregunta que le hiciera, pero que me agradecería que le comunicara mis impresiones de mis recientes visitas a Berlín, París y Londres.

Le respondí que como él sabía, las opiniones que me habían expresado los jefes de gobierno u otros altos funcionarios de los países que yo había visitado, debían ser consideradas estrictamente confidenciales y sólo para la información de mi gobierno. Le dije que así había considerado las conversaciones que tuve con él, y que en mis visitas a las otras capitales europeas me había limitado a decir que la impresión que había obtenido en Roma era que el jefe de gobierno italiano creía que todavía era posible negociar una paz duradera. Mussolini me interrumpió para decirme que yo estaba en lo cierto. Que él había hecho todo lo posible para evitar la guerra y que si su deseo no hubiera sido ayudar al restablecimiento de una "buena" paz, otros doscientos millones de seres humanos en el Mediterráneo y en el África se verían envueltos en el actual conflicto.

Me informó que más o menos doce horas antes de mi regreso a Roma se le había comunicado de Berlín que Hitler quería conferenciar con él. La reunión se había arreglado para las diez de la mañana del lunes 18, en el paso del Brenner. En su reciente visita a Roma Ribbentrop había insistido en que Alemania no podía contemplar otra solución que la victoria militar y que era imposible iniciar negociaciones de paz; que Alemania comenzaría una ofensiva inmediata, conquistaría a Francia en tres o cuatro meses y después derrotaría a Gran Bretaña. Mussolini creía que, en efecto, la ofensiva militar alemana era cuestión de días más que de semanas. Según su expresión: "El minutero está indicando un minuto para la medianoche".

Siguió diciendo que, para tener alguna probabilidad de persuadir a Hitler de que postergara su ofensiva militar, debía tener alguna garantía de que los gobiernos aliados no se mostrarían intransigentes si llegaba el caso de iniciar negociaciones para conceder a Alemania su "lebensraum". Deseaba saber si yo podía autorizarlo para que él comunicara a Hitler la impresión que me había formado respecto de la posibilidad de una solución negociada de los problemas territoriales y políticos de Europa.

Respondí que no tenía ningún poder para darle esa autorización y que necesitaría recibir instrucciones expresas del Presidente de los Estados Unidos antes de darle una respuesta. Le manifesté que tendría mucho gusto en telefonear a Wáshington y en comunicar esa misma noche a Mussolini la decisión del Presidente por intermedio del Conde Ciano.

Mussolini dijo entonces que, aunque creía que el problema capital era el de la seguridad de las naciones, a su juicio no se podía llegar a ningún pacto de seguridad sin arreglar previamente los problemas políticos y territoriales. Creía que los dos asuntos debían ser considerados simultáneamente y que, si esto se hacía, al mismo tiempo deberían ser considerados también los problemas económicos.

En cuanto a la independencia de los polacos, consideraba imperativo que, de una vez por todas, la nueva Polonia no contuviera habitantes de otras nacionalidades, y que al determinar sus fronteras se considerara como definitivo el traslado de poblaciones recientemente efectuado por los alemanes. Dijo que, por ejemplo, un millón de polacos habían sido trasladados de la Polonia alemana a Varsovia y a otras regiones puramente polacas. Sería imposible no considerar esos arreglos ya realizados como bases para un convenio.

Con respecto al nuevo estado checo, dijo que creía no solamente que debía ser neutralizado, sino también que debería tener relaciones económicas especiales con el Reich alemán.

En cualquier arreglo general habría que tomar en cuenta las justas peticiones de Hungría relativas al tratamiento de sus minorías y al arreglo de sus fronteras.

Sería preciso dar una solución satisfactoria a todos los reclamos de Italia.

Me expresó su firme creencia de que si se hallaba una solución, sería imprescindible eliminar para siempre de la escena europea el calamitoso problema de las minorías. Había que tomar medidas crueles en apariencia, como las que él había tomado en el alto Adige, pero a la larga tan beneficiosas que compensaban con creces los sacrificios inmediatos que se debía imponer a algunas poblaciones.

Él no creía que Europa volvería jamás al estado de seguridad ilusoria que había prometido, sin proporcionarlo nunca, la Sociedad de las Naciones. Veía una nueva Europa constituída por una federación de las grandes potencias que garantizaría la integridad y la independencia de las naciones más pequeñas que, en razón y justicia, tuvieran derecho a existir independientemente como nacionalidades reconocidas. Estaba seguro de que sólo mediante la creación de tal sistema podría conseguirse el desarme completo y librar a los pueblos de Europa de la intolerable carga de los armamentos y del temor, igualmente intolerable, de una agresión constante.

Dijo que Europa no podría resistir en esos momentos el estallido de una guerra "de veras", y que no era posible que soportara una gran guerra cada veinte años.

Volvió al tema de un convenio inmediato sobre los reajustes territoriales y políticos como los que había indicado, y declaró que en cualquier acuerdo a que se llegara a este respecto creía él que la primera condición indispensable debía ser lo que él había llamado varias veces una "paz política justa".

Le pedí que me dijera por qué creía que el primer paso de las potencias aliadas habría de estar encaminado a lograr ese convenio, a menos que tuviesen previamente una garantía concreta de seguridad, ya que en los últimos cuatro años Alemania había violado a los pocos meses cada uno de los pactos que firmara con ellas. Le pregunté: "¿Qué garantía pueden tener los gobiernos aliados de que si suscribieran un convenio como el que usted describe no sería violado con la misma rapidez con que fué violado el pacto de Munich, en el cual usted mismo tuvo una participación tan principal?"

No contestó directamente a esta pregunta, sino que se limitó a decirme que él creía que el problema de la seguridad debería ser tratado simultáneamente con el problema de la paz política.

Cuando me levanté para despedirme, Mussolini hizo una observación final que me pareció muy significativa: "No se olvide que, aunque existe el Pacto germano-italiano, *yo* conservo, sin embargo, mi completa libertad de acción".

Al despedirme Mussolini me dijo en inglés: "Le agradezco mucho que haya venido a verme; me comunicaré con usted el martes antes de que usted salga de Roma".

Esa noche, en una comida no oficial, el conde Ciano me dijo que estaba completamente de acuerdo en que el problema fundamental era el de la seguridad y que aunque creía, como Mussolini, que no era posible obtener seguridad sin acordar previamente los principios de una "paz política justa", estaba convencido, sin embargo, de que los dos problemas podían y debían ser tratados simultáneamente.

Me reiteró su convicción de que un pacto de cuatro potencias entre Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña podía ser la base de un plan de verdadera seguridad, con la importantísima condición de que, si cualquiera de ellas realizara un acto de agresión, las otras tres se unirían para declarar la guerra a la potencia agresora. Creía que con esta base sería posible estudiar un plan eficaz de desarme, por el cual se prohibieran la aviación de guerra y otros armamentos ofensivos, y se estableciera un organismo internacional en el que más adelante podrían participar las pequeñas naciones europeas, que vigilaría la destrucción de dichos tipos de armamentos, incluso de las plantas que los fabricaban.

El conde Ciano se manifestó enteramente pesimista sobre la próxima reunión en el paso del Brenner. Dijo que, como Ribbentrop estaría presente en la entrevista, Mussolini no tendría oportunidad de persuadir a Hitler de que siguiera un camino más razonable. Ciano había tenido varias entrevistas con Hitler y lo había visto llegar más de una vez a un punto que indicaba cierta disposición para aceptar una actitud menos intransigente, pero que entonces Ribbentrop interrumpía y hacía cambiar a Hitler sus puntos de vista. Él sabía que la gran ofensiva era inminente y que Alemania seguiría exactamente los mismos métodos que usó con los polacos, es decir, el bombardeo sin restricciones de las ciudades, incluso Londres y París, y la implantación del mismo reinado de terror que duró los dieciocho días de la guerra contra Polonia. Creía, sin embargo, que al final ganarían los aliados. Repitió que, a su modo de ver, la única forma en que podría ganar Alemania sería invadiendo y derrotando a Francia, mientras que si los aliados podían mantenerse algún tiempo en la defensiva obtendrían finalmente la victoria.

En los días siguientes, mientras esperaba la información decisiva de los resultados de la reunión en el paso del Brenner que me había prometido el gobierno italiano, fuí recibido por el Papa Pío XII en el Vaticano, y tuve la oportunidad de conversar con el Secretario de Estado Cardenal Maglione. Es proverbial el detallado y preciso conocimiento que tiene la Santa Sede de las condiciones existentes a todas partes del mundo, particularmente en los países europeos; pero lo que tal vez es menos conocido son las condiciones de estadista que, por lo menos en los últimos años, han distinguido a los conductores de la política del Vaticano.

El Papa Pío XII posee en alto grado esas condiciones. Lo encontré profundamente entristecido por el futuro que tan inevitablemente veía acercarse y profundamente acongojado por la barbarie y la inhumanidad que existían en tantas regiones del mundo. Por supuesto que es imposible para mí revelar la naturaleza de esas conversaciones o los puntos de vista que me fueron expresados, pero puedo declarar que salí del Vaticano con la convicción de que el Papa y muchos de los que lo rodean son una de las fuerzas constructivas que trabajan por la regeneración de la humanidad.

También hablé con muchos italianos, tanto funcionarios como hombres de negocios y representantes de la vida intelectual del país. Sin una sola excepción, todos ellos me expresaron su tenaz oposición a que Italia entrara en la guerra y su deseo casi frenético de que el Presidente de los Estados Unidos ejercitara su influencia en ese sentido. Parecían creer que el Presidente Roosevelt podría, por arte de magia, impedir que Mussolini obligara al pueblo italiano a entrar en una guerra a la que tan encarnizadamente se oponían. Cuando me atrevía a insinuar, especialmente a los miembros del gobierno que si, como ellos decían, todos los italianos se oponían a la guerra, a excepción del pequeño grupo de fascistas que estaban bajo la influencia alemana, no me parecía posible que toda una nación de cuarenta millones de habitantes pudiera ser obligada a pelear contra su voluntad, la única respuesta que recibía era la siguiente: "El Duce lo domina todo."

Ciano regresó a Roma en la mañana del 19 de marzo y, a fin de evitar que se diera publicidad a nuestra reunión, me invitó a almorzar privadamente en el club de golf en las

afueras de Roma para informarme acerca de la reunión que se había realizado en el paso del Brenner.

Comenzó la conversación asegurándome que me diría todo lo que había ocurrido en la reunión salvo lo referente a las relaciones entre los países del Eje. Puso en claro que, contrariamente a lo que decía el comunicado oficial alemán, la reunión en el paso del Brenner no había sido arreglada la semana anterior cuando Ribbentrop estuvo en Roma, sino que había sido concertada por teléfono desde Berlín, a iniciativa de Hitler, el día en que yo regresé a Roma. Agregó, con cierto disgusto, que creía que el fracaso de Ribbentrop en Roma la semana anterior y el convencimiento de Hitler de que Ciano estaba decidido a hacer todo lo posible para evitar que Italia entrara en la guerra, habían contribuído también a que se decidiera la reunión. Siguió diciendo que Hitler parecía estar en mucho mejores condiciones físicas y mentales que la última vez que lo había visto, cuatro o cinco meses atrás. Hitler había hablado casi todo el tiempo y Mussolini había permanecido en silencio.

Me aseguró que no se había acordado hacer ningún cambio en la actitud de no beligerancia de Italia. Ciano se había convencido sin lugar a dudas de que Hitler estaba usando el pacto germano-soviético exclusivamente en su propio interés, esperando el momento en que pudiera lanzarse sobre Rusia y recuperar las posiciones que había tenido que ceder al gobierno soviético en los países bálticos y en Finlandia.

Hitler no había hecho ninguna nueva propuesta ni había pedido que Mussolini presentara ninguna sugestión de paz a los gobiernos aliados.

Ciano me reiteró enfáticamente su creencia de que las buenas relaciones entre los Estados Unidos e Italia serían beneficiosas para toda Europa si se presentara una oportunidad para hacer la paz, en cuyo caso él creía que solamente el Presidente de los Estados Unidos estaría en condiciones de tomar alguna iniciativa, y que Italia lo apoyaría.

En la reunión del Brenner, Italia había hecho constar que no aceptaría una penetración alemana en Yugoslavia, y que su intención era mantener a toda costa el status quo de los Balcanes, dejando pendiente la cuestión de las revisiones territoriales hasta que llegara el momento de una negociación general de paz.

Siguió diciendo que, a pesar de la insistencia con que Ribbentrop anunciaba que Alemania empezaría inmediatamente su ofensiva militar, Hitler había declarado que la tan esperada ofensiva en el frente occidental sería postergada por el momento, pero que la actividad aérea, incluyendo el bombardeo de los puertos británicos, de las ciudades interiores y particularmente Londres, comenzaría inmediatamente. Como explicación de su tardanza para lanzar la ofensiva, Hitler había mencionado las condiciones del tiempo y "obstáculos momentáneos". Ciano no me dijo si sabía cuáles podían ser las verdaderos razones para el cambio de planes, pero me dijo que algunos oficiales italianos de la comitiva de Mussolini habían hablado con el general Bodenchatz del Estado Mayor alemán y habían recogido la impresión de que el Estado Mayor era el que más se oponía a una ofensiva militar inmediata sobre las fronteras occidentales.

Cuando me despedí, el conde Ciano me dijo: "Hágame el favor de llevar este mensaje al Presidente Roosevelt. Dígale que personalmente tengo la más grande admiración por él y una gran confianza en que lo que él haga resultará siempre en beneficio de la causa de la civilización en Europa. Dígale también que mientras yo sea ministro de relaciones exteriores, Italia no entrará en la guerra al lado de Alemania, y que haré cuanto pueda por influir sobre Mussolini en ese sentido. Que nada apreciaría más que la oportunidad de cooperar, en nombre de Italia, con los Estados Unidos para el restablecimiento de la paz que quiere el Presidente. Puede agregar que yo creo que a veces las alianzas son muy necesarias en Europa y que yo no creo que en las condiciones actuales sea posible establecer o mantener la paz sin un equilibrio de fuerzas y una balanza del poder, pero estoy seguro de que el Presidente comprenderá que, si bien la seguridad de Italia

depende de que se mantenga ese equilibrio, Italia necesita también la seguridad de las potencias neutrales más pequeñas, así como un rápido desarme y la confianza que sólo puede traer la abolición de los armamentos ofensivos."

Cuando finalmente salí de Roma, en la noche del 19 de marzo, para embarcarme al día siguiente en Nápoles con rumbo a los Estados Unidos, recuerdo que estas consideraciones sobre Italia eran las que tenía más presente.

No cabía duda de que Italia haría solamente lo que le ordenara Mussolini. No debe olvidarse que Mussolini, en sus sentimientos y en sus instintos, seguía siendo un campesino italiano. Era vengativo y nunca olvidaría una injuria o algo que dañara su prestigio personal o nacional; admiraba por sobre todo el poder y la fuerza; su obsesión era el restablecimiento del Imperio Romano; y si su instinto le decía que tal método le serviría para obtener sus fines, la elección de los medios nunca perturbaría su conciencia.

Nunca había olvidado, ni olvidaría, el incidente de las sanciones de 1935 y la política seguida por Gran Bretaña con respecto a Italia en esa época. Hasta esa fecha había sido fervientemente antialemán, pero decidió entenderse con Hitler para impedir el aislamiento de Italia. Creía haber encontrado la solución del problema y que ésta le ayudaría a conseguir en la futura conferencia de paz las ventajas territoriales y políticas que ambicionaba, aunque para ello fuese necesario ponerse oportunamente al lado de los vencedores. En los dos años anteriores habría podido obtener todas las concesiones que quería de Francia, excepto la jurisdicción política sobre Túnez. Deliberadamente había rehusado esas concesiones, porque sabía que si llegaba a un arreglo con Francia no podría obtener fácilmente de Gran Bretaña las demás concesiones que quería, es decir, la desmilitarización de Gibraltar y de Malta, la neutralización del Mediterráneo, y (como mínimo) la Somalía británica. Le interesaba conservar su fastidiosa posición de reclamante insatisfecho mientras no consiguiera lo que quería simultáneamente de las dos potencias aliadas.

Un italiano muy inteligente que ocupaba un puesto muy importante en el gobierno fascista me había dicho: "Fué una gran tragedia para Italia la visita de Mussolini a Berlín hace dos años." Lo que este italiano quería decir es que cuando Mussolini visitó Berlín quedó tan maravillado con la potencia militar de los alemanes y con la despiadada eficiencia de su organización, que se convenció de que nadie podría derrotar el poderío de Alemania.

Las nuevas fortificaciones italianas a lo largo de la frontera austríaca parecían indicar que Mussolini no estaba muy seguro de lo que podría suceder en sus fronteras del norte. Pero no podía dejar de creer que su odio por Gran Bretaña y Francia era tan grande y tan ciega su fe en la supremacía militar de Alemania, que no variaría su política de apoyar a Hitler a no ser que la inminencia de una victoria aliada pareciera claramente inevitable.

Por otra parte, si Alemania obtenía algunas rápidas victorias, tales como la ocupación de Holanda y de Bélgica, temía que Mussolini lanzara a Italia en la guerra al lado de Alemania.

Ninguno de los miembros del gobierno italiano con quienes había podido hablar deseaba la entrada de Italia en la guerra. El conde Ciano se oponía a ella violentamente, así como la gran mayoría de los demás funcionarios del gobierno fascista y el Estado Mayor italiano; se me informó, además, que en algunas secciones del ejército el sentimiento contra la guerra era general. Por otra parte, los nuevos y cada vez más fuertes elementos fascistas que dirigían Ciano, Grandi y Balbo, también se oponían firmemente a la guerra, lo mismo que la familia real, la Iglesia, los intereses financieros y comerciales y todo hombre o mujer con quien uno hablara. El sentimiento popular no era pro-aliado, pero era antialemán.

La situación económica empeoraba continuamente, subía el costo de la vida y no aumentaban los salarios. Los impuestos estaban llegando a su límite, y las quejas del público no podían acallarse por más tiempo. En todas partes uno

oía la misma frase: "Italia no puede soportar una nueva guerra". Sin embargo, nadie dudaba de que si Mussolini daba la orden, el ejército italiano y el pueblo italiano entrarían a la guerra al lado de Alemania.

Si alguna vez ha habido un caso en la historia moderna en que un dictador lanzase a una gran nación en una aventura militar completamente injustificada y carente de todo apoyo popular, fué el de Mussolini cuando obligó al pueblo italiano a entrar a la guerra en contra de sus amigos tradicionales, sólo para servir los intereses de un país que había odiado y temido durante muchas generaciones.

CAPÍTULO IV

DE LA DEFENSIVA A LA OFENSIVA

A mi regreso encontré que Wáshington, a excepción de la Casa Blanca y de los círculos más cercanos a ella, y de unos pocos sectores del Congreso y de la prensa, parecía aún divertirse mucho con los chistes sobre la "guerra de juguete". Los ominosos signos que anunciaban el catastrófico verano de 1940 eran ya abrumadores. Cuando comenzaron la ocupación de Dinamarca y la invasión de Noruega, había personas que parecían encontrar una satisfacción casi enfermiza en vilipendiar a Neville Chamberlain por la desdichada expresión que usó al comienzo de la campaña de Noruega, de que Hitler "había perdido el autobús". Ni la tragedia en sí misma ni el peligro que para nosotros representaba, parecían preocupar muy profundamente a nadie. Luego, el 10 de mayo, comenzó el ataque sobre los Países Bajos.

Ahora podían apreciar las democracias el efecto destructor de la "blitzkrieg" que Goering y Ciano habían anunciado. Alemania demostraba por primera vez toda la fuerza de su poder de ataque y la horrible eficacia de la nueva técnica ideada por su Estado Mayor. Para muchos de nosotros, esas semanas de mayo y junio serán mientras vivamos una pesadilla de impotencia; porque el gobierno de los Estados Unidos, salvo la guerra, a la cual se oponía abrumadoramente la opinión pública, no tenía medio alguno de desviar

o atajar el cataclismo del mundo que amenazaba la vida misma del país.

Entre las nutridas y a veces curiosamente detalladas imágenes de esos días, recuerdo la sorpresa que causó la rapidez del avance alemán sobre Holanda y la impotencia de la infantería y la artillería holandesas para resistir más de unas pocas horas el poderío destructor de la Luftwaffe; mis conversaciones telefónicas con nuestro hábil ministro en La Haya, George Gordon, y el estruendo del bombardeo de la capital holandesa que podía oír por el teléfono; el horror al recibir los pormenorizados informes de la terrible destrucción de vidas y propiedad provocada por los bombardeos alemanes en Rotterdam. Recuerdo la consternación con que oíamos las noticias del desplome de las fortalezas de la frontera oriental de Bélgica, y el darnos cuenta por primera vez de la importancia de la ayuda que prestaron a los ejércitos alemanes sus cómplices secretos dentro de los países señalados para la invasión. Lo peor era el temor creciente de que la maquinaria de guerra alemana fuese, en realidad, tan superior en potencia, calidad, estrategia, material y espíritu de lucha a la de todos los ejércitos de que podían disponer las potencias de la Europa occidental, que Alemania pudiera convertirse en el amo supremo de toda Europa antes de que finalizara el verano. Pero fué la caída de Francia lo que por fin hizo comprender a la opinión pública norteamericana la gravedad del peligro que amenazaba a nuestro propio país.

Esos fueron los días en que aparecieron en Wáshington mapas del frente europeo en todas las oficinas del gobierno. Cada mañana un funcionario del G-2 del Departamento de Guerra traía al Departamento de Estado un mapa de Francia en el que se habían marcado los últimos avances de los ejércitos alemanes. Día a día avanzaban las líneas alemanas con prodigiosa rapidez sobre las regiones del norte y del centro de Francia que tan bien recordábamos, y tuvimos que aceptar el hecho de que ésta no era la misma Francia que había resistido tan heroicamente en 1914 y en 1918, y de que

ése no era el mismo ejército francés que con tanta valentía había defendido cada centímetro del camino del Marne hasta detener la marejada ante las puertas de París. Ahora veíamos claramente que la obra de zapa alemana había triunfado en sus esfuerzos de destruir no solamente la capacidad militar de Francia, sino hasta la propia voluntad de resistir de la mayoría de sus dirigentes, y que la derrota de Francia era un hecho inevitable.

No puede haber páginas más penosas en la historia de Francia que las de las semanas transcurridas entre los últimos días de mayo, cuando estaba a la vista que Francia sería derrotada, y el 22 de junio, cuando cesó la resistencia. Dicho lapso constituye una historia no solamente trágica sino también increíble.

Del recuerdo de esas semanas cargadas de acontecimientos surgen magníficos ejemplos de valor y de resistencia tales como la evacuación de Dunquerque; tragedias tan tremendas como el éxodo de centenares de miles de refugiados de Bélgica y del norte de Francia, constantemente bombardeados y ametrallados por los aviadores alemanes; y que, hasta en eso de acuerdo con los planes alemanes, bloqueaban las carreteras que el ejército francés necesitaba tan desesperadamente para transportar sus pertrechos. Recuerdo los esfuerzos del Presidente Roosevelt para hallar alguna forma que permitiera a los gobiernos de Francia y Gran Bretaña obtener municiones, y su éxito en este empeño; el desesperado llamamiento del Primer Ministro de Francia al Presidente pidiéndole su ayuda, y la redacción de la única respuesta que el Presidente podía dar; los viajes entre Londres y Francia del nuevo Primer Ministro británico Winston Churchill y su febril intento de evitar a última hora la rendición de Francia con su propuesta de común nacionalidad para ciudadanos ingleses y franceses; la ocupación alemana de París el 14 de junio y su efecto aplastante sobre todos los que aún tenían alguna esperanza; la huída cada día más al sur de los miembros del gobierno francés; las amargas recriminaciones, que ahora se hacían públicas, entre ingleses y franceses, y siempre, domi-

nándolo todo, el inexorable avance de la máquina de guerra alemana.

Desde el punto de vista de la seguridad inmediata de nuestro país, dos eran las preguntas más importantes que nos hacíamos: ¿Qué garantías podíamos obtener de que la Francia vencida no entregaría su escuadra a Alemania?, y ¿qué posibilidad había de que el gobierno francés continuara luchando aunque tuviera que escapar de Europa?

Para el Presidente, la cuestión de la armada francesa era fundamental; si las fuerzas navales de Francia caían en manos de los alemanes, éstos podrían fácilmente no sólo invadir a la debilitada Inglaterra, sino también, y aun más fácilmente, rendirla por hambre; y el control del Atlántico estaría en el acto amenazado.

Durante los primeros quince días de junio el gobierno de Francia enviaba garantías unas tras otras —del Primer Ministro, de sus colegas del gabinete, del Almirante Darlan— de que la marina francesa sería echada a pique antes que entregada a Alemania. El Primer Ministro prometió, además, a pedido del Presidente, que aun en el caso de que el territorio continental de Francia fuera ocupado por el invasor alemán, el gobierno francés se trasladaría al norte de África, al África occidental, o, si era necesario, a sus colonias del nuevo mundo, para continuar la lucha.

El reemplazo del gabinete Daladier en marzo de 1940 por un gabinete presidido por Paul Reynaud y aprobado por la insignificante mayoría de un solo voto en la Cámara de Diputados, colocó a la cabeza del gobierno francés a un hombre que no había cejado en su tenaz oposición a cualquier forma de apaciguar a Alemania. Reynaud era un hombre de inteligencia poco común y de gran valentía. Su debilidad fatal, que ahora conocemos, era la influencia que sobre él ejercía Madame de Portes, y la que ésta recibía, a su vez, de muchos cómplices de Alemania. (Como un ejemplo entre muchos que muestran la clase de influencia que ella tenía puede citarse el siguiente: en los últimos días antes de que Reynaud tuviera que abandonar París, Madame de Portes

apoyó decididamente las gestiones de Madame Huntzinger que quería que Reynaud nombrara a su marido, el General Huntzinger —a quien el servicio secreto francés creía cómplice directo de Alemania— en el puesto del general Weygand. Madame Huntzinger insistió en tal forma que Reynaud tuvo que ordenar al Prefecto de policía que la hiciera salir por la fuerza de París si no se iba inmediatamente por su propia voluntad.) Reynaud era también muy caprichoso en sus juicios. Aunque buscó el apoyo de patriotas como Georges Mandel y el General Charles de Gaulle, pidió la renuncia de un servidor público tan indispensable como Alexis Léger, y nombró en puestos importantes a funcionarios que notoriamente estaban bajo la presión alemana y que más tarde en Vichy sirvieron abiertamente como instrumentos de Alemania.

La amistad personal entre Winston Churchill y Paul Reynaud era sincera y muy antigua; pero ni esta influencia personal ni la sincera lealtad de Reynaud a la alianza británica pudieron vencer el efecto corrosivo de las personas que influían sobre Madame de Portes, infatigablemente empeñadas noche y día en contrarrestar la influencia de los llamados y argumentos de Mr. Churchill, para que el gobierno francés cumpliera su solemne promesa de no hacer paz separada con el invasor. Los elementos disociadores que dentro del propio gabinete de Reynaud insistían en que el gobierno británico no podía ni quería prestar ninguna ayuda material a Francia y todo lo que hacía no tenía otro objeto que sacrificar a Francia, y que el único medio de salvar lo que quedaba era hacer la paz con Alemania antes de que Gran Bretaña se les adelantara.

Cuando en los últimos días de mayo consiguió que en reemplazo del general Gamelin se nombrara al General Weygand como Jefe de los ejércitos de Francia, Paul Reynaud había creído que Weygand, brillante y leal discípulo del Mariscal Foch, sería capaz en el último momento de hacer el milagro de inspirar un nuevo espíritu de lealtad y disciplina a las fuerzas militares francesas; creía que Weygand podría

vencer la gangrena de derrotismo que destruía la moral francesa; pero el General era una flecha rota.

No es fácil de explicar el cambio que se había operado en el General Weygand; había sido uno de los consejeros más íntimos de Foch en toda la jerarquía militar francesa, y durante toda su larga carrera se había distinguido como soldado, como administrador, y aunque reaccionario, como un verdadero francés. Fué llamado de su cargo de Alto Comisionado en Siria para asumir el Comando Supremo de un ejército que ya estaba desintegrado; a los pocos días pudo convencerse de que la aviación, el equipo mecanizado y sobre todo la moral eran tan deficientes, que Francia no podría evitar mucho tiempo la ocupación total por Alemania. El Weygand de la primera guerra mundial habría peleado hasta las playas del Mediterráneo y cuando éstas hubieran caído en manos enemigas, habría continuado la lucha desde las costas del África del Norte. En 1940 el General Weygand estaba ya muy viejo; ya no poseía ni la fortaleza física ni la resistencia moral necesarias para resistir el peso aniquilador de la suprema responsabilidad que tan repentinamente había caído sobre él. Vió de inmediato la derrota de su propio país, y le pareció inconcebible que Alemania pudiera ser derrotada algún día si Francia era derrotada. Lo único que pudo prever fué un mundo dominado por Hitler; y en el momento final de la crisis, cuando Reynaud necesitaba el apoyo de Weygand más que el de ningún otro miembro del gobierno para tomar la decisión de seguir luchando, lo único que pudo aconsejar Weygand fué la rendición ignominiosa.

Las hordas de refugiados, desesperados y hambrientos, llegaban a Burdeos del norte y del centro de Francia durante la tercera semana del mes de junio. Con ellos llegaron el Presidente de la República, el Primer Ministro y los miembros de su Gabinete, un gran número de diputados y senadores, y muchos oficiales militares y navales. En ese momento, la derrota de Francia se había convertido en una hecatombe.

La resistencia podía tomar una sola forma, dada la situación militar en la Francia continental: el gobierno francés

debía refugiarse en Argelia, donde podía seguir funcionando constitucionalmente ya que Argelia es parte integrante de la república francesa. Allí sería posible organizar los restos del ejército francés que hubieran escapado de Francia, junto con los ejércitos de África del Norte, para tratar de hacer frente a una inmediata invasión alemana. Cierto es que los ejércitos del norte de África carecían de equipo militar, mucho del cual habían enviado a Francia en las últimas semanas; pero los arreglos que había hecho el Presidente Roosevelt para que el gobierno francés pudiera conseguir aeroplanos y municiones de los Estados Unidos podrían aliviar en algo la situación, y la flota francesa, que estaba intacta, ayudaría grandemente para rechazar cualquier intento de invasión alemana.

Reynaud pidió a los miembros del gabinete que dieran su opinión sobre el camino que debería seguir el gobierno francés. El gabinete estaba dividido en dos fracciones, con la mayoría en favor de una inmediata petición de armisticio. Expresó los puntos de vista de la mayoría el Mariscal Pétain, manejado entre bastidores por Laval y los colaboracionistas y fortalecido en su posición por las opiniones que habían dado el General Weygand y muchas altas autoridades militares y navales. Weygand y el Almirante Darlan manifestaron su convencimiento de que Gran Bretaña no solamente no podía ni quería prestar ayuda, sino que si Francia continuaba resistiendo, ambas serían derrotadas por Alemania en muy pocas semanas. Insistían en que si Francia pedía ahora un armisticio conseguiría condiciones mucho más favorables que si continuaba una lucha sin esperanzas. Opinaban que era absurdo confiar en la ayuda norteamericana, y que el gobierno norteamericano (y lo curioso es que se referían a la administración de Roosevelt), estaba dominado por los grandes intereses financieros y comerciales que insistían no sólo en que los Estados Unidos no participaran en la guerra, sino en que se llegara a un entendimiento con el gobierno nazi para repartirse el botín económico y financiero. Sostenían que ningún gobierno francés que tuviera sentido de responsabili-

dad para con el pueblo podía considerar siquiera la idea de huir del territorio continental de Francia y de abandonar a los franceses a merced de las crueles exigencias que haría Alemania si se continuaba la resistencia en el norte de África.

La opinión del otro grupo del gabinete fué expuesta con brillante claridad por Georges Mandel. Esa opinión era elocuentemente apoyada desde fuera del gabinete por el gran amigo de Clemenceau y Presidente del Senado Jules Jeanneney, y por el Presidente de la Cámara de Diputados, Edouard Herriot. Declararon que la resistencia debía continuar desde el norte de África, que Francia tenía todo que perder y nada que ganar con rendirse inmediatamente; que ningún gobierno francés podía deshonrar sus solemnes compromisos con su aliada la Gran Bretaña firmando una paz separada; y que si se continuaba la resistencia, los Estados Unidos, tarde o temprano, por su propio interés tendrían que prestar mayor ayuda a Francia.

De acuerdo con la constitución, y porque en circunstancias tan caóticas no era posible convocar al Senado o a la Cámara de Diputados, el Primer Ministro tuvo que entregar su renuncia y la de su gabinete al Presidente de la República. Sin tener el apoyo de por lo menos la mayoría de su gabinete, Reynaud no habría podido trasladar el gobierno a Argelia, sobre todo si se considera que habría habido que hacerlo a pesar de las recomendaciones de los jefes militares y navales.

La tendencia de las asambleas nacionales en Francia a elegir nulidades como presidente de la República no ha tenido nunca resultados más desastrosos que en el caso de Albert Lebrun. Cuando Reynaud presentó la renuncia de su gabinete al Presidente Lebrun, le informó que daba este paso porque la mayoría del ministerio se oponía a continuar la resistencia, y agregó que si él le encomendaba la tarea de formar un nuevo gabinete, se comprometería a designar en pocas horas un ministerio unánimemente decidido a seguir luchando. El Presidente Lebrun aceptó esta sugestión. Sin embargo, durante

las pocas horas en que Reynaud trataba de constituir un nuevo gabinete, los miembros del grupo que se oponía a la continuación de la resistencia asediaron al Presidente y lo convencieron de que debía llamar al gobierno al Mariscal Pétain en lugar de Reynaud. Con esta decisión, que sólo Lebrun, como Presidente de la República, podía tomar, el 16 de junio la suerte estaba echada. El gabinete de Pétain envió parlamentarios al Alto Comando alemán, y firmó el armisticio el 22 de junio.

Con todo lo desastroso que resultó el armisticio para el pueblo francés y a pesar del tremendo golpe que la caída de Francia fué para las esperanzas de Inglaterra y Estados Unidos, el armisticio contenía siquiera la importante cláusula de que el control de la mayor parte de los buques de guerra quedaba en manos francesas. La inquietud del Presidente Roosevelt por la suerte de la flota francesa aumentaba por momentos en los días que precedieron a la firma del armisticio. Anthony Biddle, nuestro Embajador ad hoc en Burdeos, sirvió como un soldado en esos días caóticos y desesperados en que se hundía la gloria de Francia. Repetía una y otra vez a Pétain y al Almirante Darlan los insistentes mensajes del Presidente, que creía que, por el futuro del pueblo francés, la flota no solamente no debía rendirse sino que los barcos franceses deberían abandonar sus puertos antes de que cayeran en poder de las fuerzas alemanas. Mr. Churchill se unió a estas urgentes exhortaciones; en las conversaciones que había tenido con Reynaud antes de que éste renunciara, cuando el presidente francés pedía al gobierno británico que lo relevara de los compromisos de su alianza, Mr. Churchill había dicho en nombre del gabinete británico que accedería a la petición de Francia sólo a condición de que la flota francesa pasara a poder de Inglaterra antes de que se firmara un armisticio con Alemania. Cuando terminó la resistencia francesa la mayor parte de la escuadra había escapado del peligro de caer en manos de los alemanes. Unos pocos barcos habían llegado a puertos ingleses, otros aceptaron ser internados en Alejandría y muchos de los restantes estaban en las bases francesas del norte y del oeste

de África, y de éstos, la mayoría quedaron pronto inutilizados a consecuencias del triste incidente de Mers-el-Kebir.

El futuro de estos buques de guerra todavía en manos de los franceses debía ser el factor dominante que decidiría la política de los Estados Unidos con respecto al pueblo francés durante los tres años siguientes, porque de ello no sólo dependía el que Francia mantuviera a los alemanes fuera del África y de sus mandatos en el Cercano Oriente, sino también la posibilidad de que los ingleses defendieran el Egipto y el Canal de Suez, la cual habría desaparecido en el momento en que los alemanes o los italianos pudieran usar la flota francesa para sus propios fines. Al juzgar la política norteamericana con Francia durante ese período, es imprescindible considerar imparcialmente la importancia que tenía para nuestro país el evitar que la escuadra francesa cayera en poder del Eje, y que los alemanes ocuparan las posesiones francesas de ultramar; si esto no se hubiera evitado, el control del Atlántico por las potencias del Eje antes de la entrada de los Estados Unidos a la guerra habría sido más que probable.

Se ha dicho muchas veces que Wáshington debería haberse negado a reconocer el gobierno establecido en Vichy por el Mariscal Pétain, y haber esperado que se creara fuera de Francia un gobierno provisional compuesto por representantes de las fuerzas que querían continuar la resistencia. Pero el gabinete de Pétain, que sucedió al que encabezaba Paul Reynaud, había sido nombrado por procedimientos estrictamente constitucionales; y aunque es muy cierto que los Estados Unidos podían haberse negado a reconocer el gobierno de Pétain, habrían tenido que buscar una excusa que no fuese la de su legitimidad. En ese entonces no existía fuera de Francia ninguna de las "fuerzas de resistencia" que aparecieron más tarde. Si bien el General de Gaulle se encontraba en Londres y había sido reconocido por el gobierno británico, aun antes del armisticio, como líder de los "franceses libres", estaba casi solo. Una política de no reconocimiento habría privado a nuestro gobierno de todo contacto oficial con lo que ocurría en Francia, de todo medio de obtener información directa sobre las intenciones y la política de las nuevas autoridades francesas, y de todo método de ejercitar su influencia en directo beneficio de sus propios intereses.

No recuerdo que durante las semanas que sucedieron a la firma del armisticio haya habido ninguna diferencia de opinión en el gobierno de Wáshington sobre la conveniencia de tratar con el gabinete de Pétain. Debemos recordar que la diferente política del gobierno británico fué resultado de la ruptura de relaciones entre Francia y la Gran Bretaña después del ataque inglés a Mers-el-Kebir. La política de nuestro gobierno de mantener relaciones diplomáticas con el gobierno de Pétain aun después de que éste se estableció en Vichy en su nueva y lastimosa apariencia, fué la que adoptó también el gobierno del Canadá. La oportunidad y el valor práctico de esta política para combatir las actividades del Eje, fué reconocida desde un comienzo y en innumerables ocasiones por el gabinete británico. Desde el punto de vista estrictamente humanitario, permitió salvar las vidas de millares de refugiados; lo que no impidió que más tarde fuera violentamente criticada por los mejores amigos de los mismos refugiados.

Además, no había manera entonces de predecir qué tendencia prevalecería en Francia, hasta qué punto dominarían las fuerzas del derrotismo, o si todavía la reacción popular o militar sería capaz de reanudar la resistencia en el norte de África.

Se veía cada vez más claramente que nuestros intereses vitales en el Pacífico corrían grave peligro. Era muy posible que en cualquier momento necesitáramos una gran parte de nuestras fuerzas navales para proteger nuesrtas posesiones del Pacífico, la costa oriental de los Estados Unidos y los puntos estratégicos en las proximidades del Canal de Panamá. La entrada de la flota italiana al servicio del Eje ponía en peligro la posibilidad de que la marina inglesa fuera capaz de controlar el Atlántico y al mismo tiempo de mantener abiertas las imprescindibles vías de comunicación entre el Canal de Suez y las islas británicas por la vía de Gibraltar. Era esencial, por lo tanto, que el gobierno de los Estados Unidos continuara sus

esfuerzos ante las autoridades francesas para evitar que los alemanes se apoderaran de la escuadra, lo cual no habría podido hacer si hubiera roto relaciones con el gobierno de Pétain.

El valor práctico de la actitud de los Estados Unidos quedó de manifiesto después de la batalla entre unidades de las flotas británica y francesa en Mers-el-Kebir, y de la precipitada e imprudente aventura de los ingleses en la frustrada toma de Dakar. Estos hechos, que causaron la ruptura de relaciones entre Gran Bretaña y el gobierno de Vichy, provocaron la culminación del odio contra Gran Bretaña largo tiempo latente entre las fuerzas militares y navales del norte de África y que había sido cuidadosamente fomentado por la propaganda alemana. Como se mostrará más adelante, el que pudiéramos después de estos sucesos contrarrestar los efectos de la propaganda alemana sobre las autoridades de Vichy y mitigar la indignación de los altos jefes militares y navales franceses fué de la mayor importancia.

Finalmente, nuestra política permitió tratar más fácilmente los problemas resultantes de la incierta soberanía que seguía teniendo Francia sobre sus posesiones de Guayana y las Antillas. A pesar de los esfuerzos del gobierno alemán y del debilitamiento gradual de la disciplina de la administración francesa en esas colonias, sólo la insistencia del gobierno de Wáshington en mantenerse en contacto diario con las autoridades francesas locales impidió que se creara una situación peligrosa para los intereses de los Estados Unidos y la seguridad del hemisferio occidental.

A fines de 1940 el Presidente nombró al almirante William D. Leahy, retirado como jefe de operaciones navales y por poco tiempo Gobernador de Puerto Rico, Embajador ante el gobierno del Mariscal Pétain. En esa fecha el régimen de Vichy había sufrido ya las primeras etapas de su transformación. Después del suicidio del parlamento francés, Francia se había convertido en un estado autoritario con el Mariscal Pétain como jefe nominal y Pierre Laval como la verdadera autoridad. A requerimiento de Alemania, el nuevo gobierno adoptó los peores aspectos del sistema totalitario. Se decretó el empadronamiento y el embargo no sólo de los infortunados judíos que habían buscado refugio en Francia, sino también de los judíos franceses. El país que durante generaciones había abierto sus puertas hospitalarias a los perseguidos por sus creencias políticas y religiosas, que nunca había tolerado distinciones de ninguna especie dentro de sus fronteras, era ahora teatro de los mismos vergonzosos crímenes de lesa humanidad y escarnio del espíritu mismo de la democracia que la Gestapo cometía contra los pueblos de los países ocupados.

La repugnancia con que se recibió en los Estados Unidos la adopción de tales medidas fué no sólo violenta sino también legítima y saludable. El desprecio que provocó la cobarde sumisión del Mariscal Pétain y de sus consejeros influyó poderosamente sobre el entusiasmo creciente por el comité francés de resistencia encabezado por de Gaulle. En esa época ya de Gaulle había asumido la dirección de todos los elementos, fuera de la Francia continental, que estaban dispuestos a desafiar la autoridad del gobierno de Pétain y a continuar la resistencia contra los invasores alemanes. Nunca serán bastante exaltados el valor y el indomable espíritu que demostró durante los primeros meses que siguieron a la caída de Francia. Su determinación apresuró la regeneración de la moral francesa, porque el pueblo francés después del colapso de la resistencia contra Alemania quedó deshecho y enfermo de cuerpo y de espíritu. El restablecimiento fué penoso y la adhesión al General de Gaulle y a sus partidarios en las colonias y territorios bajo jurisdicción francesa, se desarrolló con lentitud. A pesar de que contaba con el apoyo del gobierno británico, durante más de un año pareció muy dudoso que el comité de la Francia libre en Londres fuera capaz de mantener un núcleo de resistencia patriótica y de aumentar gradualmente su influencia y autoridad. Pero el comité triunfó y fué más tarde valiosísimo para el esfuerzo de guerra de las Naciones Unidas.

Es preciso reconocer, sin embargo, que los partidarios más vehementes y fanáticos del Comité del General de Gaulle, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, así como sus agentes de propaganda, dificultaron mucho la tarea de nues-

tro gobierno y de su embajador en Vichy. La opinión pública norteamericana se sentía incómoda ante las reiteradas acusaciones de que nuestro gobierno seguía una humillante y estéril política de "apaciguamiento". Algunas de las formas más extremadas de esta propaganda llegaron hasta el punto de convencer a las autoridades francesas coloniales, que no eran partidarias de la colaboración con Alemania pero que mantenían su lealtad al Mariscal y a su gobierno, de que nuestro país trataba de suplantar la soberanía de Francia en los territorios de ultramar y repartirse las colonias con el Imperio Británico.

Al cabo de poco tiempo el Almirante Leahy logró establecer una amistad personal con el Mariscal Pétain que resultó muy provechosa. Bordeando los ochenta años, agobiado y cansado por la presión continua que sobre él ejercía el gobierno alemán y traicionado a cada momento por sus colaboradores que se habían prostituído a Hitler, el Mariscal Pétain pudo apreciar lo que valían sus estrechos vínculos con los Estados Unidos en años anteriores. No creía que nuestro país tuviera ulteriores propósitos y estaba seguro de que era lo único que le quedaba en qué cifrar una esperanza de aliento. Las representaciones amistosas del Almirante Leahy bastaron muchas veces para que el Mariscal reaccionara vivamente contra las medidas que sus colaboradores inmediatos habían aconsejado tomar, y que habrían puesto en peligro tanto la seguridad de la flota francesa como la posibilidad de que las autoridades francesas del norte de África siguieran evitando el control total de Alemania. Recuerdo en particular el éxito que al fin lograron las repetidas protestas del Almirante Leahy contra el envío a Tolón de unidades de la escuadra francesa que estaban en Orán y Casablanca, para lo que algunos consejeros del Mariscal Pétain decían que eran reparaciones indispensables. El propio Mariscal Pétain se convenció por fin de que los barcos franceses que llegaran a puertos continentales de Francia se exponían inmediatamente a ser capturados o inmovilizados temporalmente a petición alemana.

Si la influencia del Embajador demostró en esta forma su verdadero valor, el mantenimiento de relaciones con Vichy

estaba aun más justificado por la oportunidad que dió a los Estados Unidos de conservar sus funcionarios consulares en la Francia no ocupada, y en Túnez, Argelia y Marruecos, que proporcionaban una información valiosísima sobre las actividades del Eje y sobre las tendencias y actitud en su zona respectiva, y contrarrestaban con éxito la propaganda alemana e italiana. Mediante sus relaciones personales con autoridades francesas del norte de África, nuestros representantes pudieron frustrar, más de una vez, algunos de los planes del Eje.

Nuestro gobierno permitió finalmente el viaje de barcos mercantes franceses entre los puertos del norte de África y los Estados Unidos, que hizo posible el intercambio de artículos de consumo para la población civil por diferentes productos de esa región; se estipuló, eso sí, que todas las mercaderías provenientes de los Estados Unidos fueran distribuídas para el consumo civil bajo el control de observadores especiales norteamericanos agregados a nuestros servicios consulares. Fué extraordinaria la importancia de este grupo adicional de representantes de nuestro país, por las informaciones que pudieron obtener y por los contactos que establecieron; enviaban constantemente informes detallados sobre las maquinaciones de los espías alemanes y de los saboteadores y de los intentos que éstos hacían para enviar cargamentos clandestinos de materiales estratégicos desde el norte de África a la Francia continental; y, cosa aun más importante, se pusieron en contacto con funcionarios franceses del norte de África que estaban dispuestos a ayudar a los Estados Unidos cuando llegara el momento, y que en muchas ocasiones impidieron el envío a Alemania de materiales que ésta necesitaba urgentemente para sus industrias de guerra. A pesar de que esta política fué denunciada y ridiculizada por los más fanáticos partidarios del Comité de la Francia libre, puede decirse sin exagerar que el notable éxito de la invasión del norte de África habría costado muchas más vidas y riesgos infinitamente mayores si no hubiera sido por el cuidadoso, detallado y eficiente trabajo preparatorio que realizaron nuestros representantes, trabajo que no

habría podido realizarse si hubiéramos roto relaciones con Vichy.

Los funcionarios consulares norteamericanos y los observadores especiales de todo el norte de África fueron puestos en 1941 bajo la inmediata dirección de Robert Murphy, que había sido anteriormente consejero de nuestra embajada en Francia. Recibió instrucciones de establecer las mejores relaciones posibles con los altos jefes militares y civiles a fin de contrarrestar cualquier aumento de la influencia alemana y de asegurar en la forma que las circunstancias requirieran, el éxito de la política que nuestro gobierno se viera obligado a seguir en el norte de África.

Poco después del armisticio con Alemania el general Weygand había aceptado del Mariscal Pétain el comando de las fuerzas francesas en el norte de África; hasta fines de 1941 siguió firme en su creencia de que Alemania ganaría la guerra y de que por precaria que fuera la situación de Francia después de la victoria alemana, lo mejor que podía haber hecho en un momento tan desesperado era aceptar las condiciones de Alemania; pero con la entrada de los Estados Unidos a la guerra cambió rápidamente de opinión. Persuadido a veces de que los Estados Unidos no podrían completar sus preparativos de guerra a tiempo para evitar que Alemania y el Japón aplastaran la resistencia británica, empezó a pensar, sin embargo, que quizás el Eje no obtendría tan fácilmente la victoria, y se sintió inclinado a creer que si se hiciera una paz negociada podría mejorar la situación de Francia. Leal a la autoridad del Mariscal Pétain, puso, por desgracia, en su conocimiento el hecho de que las autoridades norteamericanas lo habían sondeado confidencialmente sobre la posibilidad de que las fuerzas bajo su mando en el norte de África prestaran una ayuda efectiva a los Estados Unidos si éstos les suministraran armas y municiones. El que Pétain, debido a la traición de los que lo rodeaban, no pudiera evitar que las autoridades alemanas en Francia se informaran de las comunicaciones confidenciales, fué causa de que Alemania exigiera, en 1942, el relevo del General Weygand de su comando en el norte de África y su reemplazo por un notorio colaboracionista. (Ahora se sabe con certeza que el "accidente" de aviación en el cual murió el sucesor de Weygand, General Huntzinger, fué un acto de sabotaje deliberadamente provocado por un alto oficial del servicio secreto militar francés.)

Mucho antes de esto, sin embargo, Wáshington había establecido contacto con los líderes franceses que se encontraban todavía en Francia. El Presidente Roosevelt había enviado mensajes personales por vías secretas a muchos de ellos, insistiendo en que podrían prestar muchos mayores servicios para apresurar la liberación de su país si pudieran salir de Francia y trabajar por ella desde afuera. Muchos de estos dirigentes respondieron que no "desertarían", como decían, a sus conciudadanos, actitud que revelaba su alto espíritu de sacrificio, aunque desde el punto de vista práctico hubieran podido servir mucho mejor los intereses de su país si se hubieran decidido a abandonarlo en ese momento; la mayoría de ellos fueron apresados más tarde cuando los alemanes ocuparon todo el territorio de Francia. El prestigio y la eficacia del Comité Francés de Liberación Nacional se habría incrementado grandemente con la incorporación de alguno de esos líderes.

En el mes de enero de 1942 el Comité Francés en Londres se había convertido ya en un problema para los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos. La sorpresiva ocupación de las islas de Saint Pierre y Miquelon, frente a las costas del Canadá, por las fuerzas de los franceses libres, de la cual, contrariamente a lo que aseguró a las autoridades canadienses el representante de los franceses libres Almirante Muselier, Wáshington no tenía noticias, creó una situación muy difícil para nuestro gobierno, que por ese tiempo hacía todo lo posible por mantener relaciones amistosas con el Almirante Robert, representante de Vichy en las colonias francesas del nuevo mundo, quien insistió en que se le restaurara su control sobre esas dos pequeñas islas.

Es muy comprensible que apenas pocas semanas después

de Pearl Harbor nuestro gobierno no quisiera verse en una situación que lo obligara a usar fuerzas militares y navales en las Antillas. La conmoción que provocó una infortunada declaración del Departamento de Estado en la que se hablaba del "llamado" movimiento de los franceses libres, echó leña a la hoguera. La verdad es que el propósito del Presidente Roosevelt y del Primer Ministro Churchill, que estaba entonces en Wáshington, de que los dos gobiernos llegaran a un acuerdo sobre las ventajas prácticas tanto para Gran Bretaña como para Estados Unidos de la política que había seguido nuestro país con respecto a Francia y a todos los aspectos de la situación francesa, se vió a menudo frustrado y obstaculizado por la incapacidad del público norteamericano para comprender las causas que obligaban a seguir esa política, y por el efecto consiguiente de esta actitud sobre la opinión pública inglesa.

No era posible, por cierto, que el público estuviese informado de los planes que ya se estaban preparando para la invasión del norte de África, ni de que en tales circunstancias un rompimiento con el gobierno de Vichy anularía todas las gestiones que hacíamos para obtener el apoyo de las fuerzas militares francesas. Era también imposible explicar la peculiar inoportunidad de los ataques públicos contra las autoridades leales al Mariscal Pétain, ataques que no hacían otra cosa que corroborar los esfuerzos del alto comando alemán para convencer a los jefes militares franceses de que había desaparecido la simpatía norteamericana por Francia y de que, por lo tanto, no tenían más alternativa que la de cooperar con Alemania.

El aspecto más perjudicial del incidente de Saint Pierre y Miquelon fué que estorbó considerablemente el mantenimiento de nuestras relaciones con Vichy y las gestiones que se hacían en el norte de África. Pero ni una ni otra cosa podían abandonarse si se querían realizar con éxito los planes de Inglaterra y Estados Unidos para la invasión de África.

Se deben al Presidente Roosevelt tanto la idea como la decisión de invadir el norte de África. Ya en los primeros

meses de 1942, después de pesar las ventajas y desventajas de todas las alternativas por las cuales la ayuda de los Estados Unidos podía hacerse más efectiva para apresurar la derrota de Alemania e Italia, había llegado a la conclusión de que las operaciones en el África del Norte eran las más apropiadas para producir los resultados que se deseaban. Había discutido, por cierto, el pro y el contra de esta decisión en innumerables conferencias con sus principales consejeros militares y navales, así como con los mejores expertos del gobierno británico. Robert Murphy, con un pequeño grupo de ayudantes del servicio diplomático norteamericano y bajo las órdenes directas del Presidente, había realizado las últimas gestiones de los arreglos preparatorios, incluyendo la cooperación de los franceses en la empresa, que hicieron posible el éxito de una de las operaciones combinadas de fuerza de mar y tierra más difíciles que registra la historia. Teniendo en cuenta la magnitud del esfuerzo, el enorme problema de transportes y el gran número de personas que necesariamente tenían que tomar parte en la preparación de los planes, fué admirable que se haya podido guardar tan bien el secreto. La ignorancia completa de los alemanes hasta ese momento de los preparativos, fué indudablemente uno de los factores que contribuyeron al éxito.

Quizá no se haya reconocido suficientemente el mérito de ese puñado de civiles norteamericanos que prepararon clandestinamente la invasión del África del Norte y que, con la ayuda de unos cuantos valientes funcionarios franceses, tomaron las disposiciones necesarias para la llegada de nuestras tropas. A ellos se debió también el éxito de la espectacular escapada de Francia del general Giraud a bordo de un submarino. Después de muchos contratiempos y engorrosas negociaciones con algunos dirigentes franceses se había resuelto que el general Giraud, que recientemente se había fugado de una prisión alemana, era el jefe militar francés más capacitado para tomar el mando de los ejércitos franceses del norte de África y reanimar su espíritu de lucha cuando las fuerzas norteamericanas llegaran a ese territorio.

También en este caso los partidarios más exaltados del general de Gaulle han dado una interpretación política carente de todo fundamento a la complicada serie de sucesos que coincidieron con el desembarco de las tropas norteamericanas en Argelia y en Marruecos.

Es preciso destacar dos puntos principales. El Estado Mayor norteamericano insistía con mucha razón en que todas las decisiones políticas deberían hacerse teniendo en vista primeramente el éxito de las operaciones militares y que, en consecuencia, el principal objetivo de nuestra política debería ser reducir al mínimum la oposición de las guarniciones navales y militares francesas del norte del África. De acuerdo con esta lógica y prudente decisión, tuvimos que dirigir todos nuestros esfuerzos a obtener la seguridad de que las autoridades francesas con que estábamos negociando serían obedecidas por las fuerzas que se comprometieran a comandar. Los oficiales del ejército norteafricano, lo mismo que los de la escuadra francesa, habían sin excepción prometido lealtad al Mariscal Pétain, y en esa época no solamente no querían tener tratos de ninguna especie con el general de Gaulle, sino que también, por varias razones, algunas materiales, otras ideológicas, le tenían una hostilidad personal. Si hubiéramos invadido el norte de África exigiendo que las fuerzas militares y navales de esa región obedecieran las órdenes del general de Gaulle, los desembarcos norteamericanos hubieran encontrado la concertada resistencia de las fuerzas francesas, precisamente en los momentos en que cualquiera interrupción prolongada del ferrocarril o de las carreteras entre Casablanca y los puertos mediterráneos de Orán y Argel hubiera significado un grave peligro para nuestras primeras fuerzas de invasión. Si esto hubiera ocurrido, es más que probable que las fuerzas alemanas de ocupación en Francia se habrían arriesgado en el acto a pasar al norte de África, sea a través de España o desde Marsella. Como lo dijo tan concisamente el Presidente Roosevelt, la política de nuestro gobierno en África del Norte a fines de 1942 fué una política de conveniencia.

En esos días el General Weygand vivía en Cannes en completo retiro; no quería ver a nadie, a excepción de tres o cuatro oficiales franceses en quienes tenía completa confianza. Por intermedio de uno de ellos insistió con apremio ante el General Giraud para que cooperara en el proyecto de invasión de África del Norte, y lo urgió a que se trasladara allí.

Durante las tres semanas que precedieron a la invasión, el Almirante Darlan se ocupó personalmente del nombramiento de los oficiales franceses encargados de asegurar la defensa de secciones estratégicas de la Francia no ocupada contra "cualquier invasión extranjera". No dejaba de ser significativo que el Almirante Darlan hubiese nombrado al General de Lattre de Tassigny como comandante del distrito comprendido entre Marsella y la costa italiana, a pesar de que se sabía que el General apoyaba abiertamente a los Estados Unidos.

Había muchos agentes pro aliados entre los más cercanos colaboradores de Darlan, y no cabe duda de que Darlan tuvo conocimiento de los planes secretos hechos por ciertos oficiales franceses para ayudar a la invasión norteamericana.

Es indudable que pocos días antes de la invasión, las autoridades alemanas tuvieron sospechas de lo que se tramaba. La interferencia de la radio alemana inutilizó casi todos los aparatos de radio que clandestinamente usaban los miembros del servicio secreto francés comprometidos en nuestros planes, y estuvo a punto de frustrar la realización del proyecto de rescatar en un submarino al General Giraud, que esperaba en un puerto al sur de Francia.

Luego se comprobó que ni siquiera el General Giraud, cuya popularidad y prestigio en el ejército francés del África eran indiscutibles, pudo conseguir inmediatamente que obedecieran sus órdenes; poco después de su llegada a Argelia tuvo que confesar francamente al General Eisenhower que no podía hacer respetar su autoridad.

Éste, y nada más que éste, fué el motivo de que recurriéramos al Almirante Darlan, que estaba dispuesto a ayudarnos y podía hacerlo. El gobierno de Vichy lo había encargado del supremo comando de las fuerzas militares y navales que toda-

vía estaban bajo la autoridad de Francia. De regreso de un viaje de inspección que lo había llevado hasta Dakar, había llegado a Argel para visitar a su hijo que estaba enfermo. Como el General Weygand, se había convencido de que la entrada de los Estados Unidos a la guerra hacía improbable la victoria alemana, y había llegado por fin a la conclusión de que Francia podría recuperar su libertad mediante la ayuda norteamericana. Estaba dispuesto a ordenar a todas las fuerzas bajo su mando que ayudaran en vez de resistir a las tropas norteamericanas, y el General Giraud recomendó urgentemente al General Eisenhower que aceptara sus servicios como la única solución a la grave crisis a la cual éste tenía que hacer frente. No había otra autoridad capaz de ayudarnos y a la cual las tropas francesas pudieran obedecer. ¿Qué otra decisión podía haberse tomado en un momento tan crítico, cuando no había un minuto que perder, y cuando el éxito de toda la operación militar estaba en la balanza?

Aunque Darlan se había identificado con muchas de las características más objetables de la política de Vichy, y no vaciló, en las primeras etapas del régimen, en obedecer las órdenes alemanas, no se podía sacrificar a estos hechos el hecho concreto de que, si se quería salvar de un serio peligro a nuestras fuerzas de invasión, era preciso que las tropas francesas recibieran órdenes de cooperar con ellas, y de que Darlan era la única autoridad francesa en el norte de África que a la vez quería y podía dar esas órdenes en tales momentos.

El asesinato de Darlan, acaecido poco después, hizo desaparecer este elemento de controversia. Desde entonces, las condiciones militares y políticas en el África francesa y en Francia misma han mejorado radicalmente, aunque poco a poco y después de muchas dificultades. Hoy, la Asamblea Consultiva del Comité Francés de Liberación Nacional encabezado por el general de Gaulle se ha hecho cargo del control político del África francesa.

Sólo el tiempo podrá mostrar si este cambio será duradero; lo que ahora cabe preguntarse es si nuestra ocupación del norte de África, que fué la piedra angular del plan estratégico para derrotar a Alemania, habría podido realizarse con éxito si el gobierno de los Estados Unidos hubiera basado sus planes en la fecha de las operaciones de desembarco sobre cuestiones ideológicas y no sobre la estrategia naval y militar.

Cualquier juicio acerca del acierto de nuestra política en relación con el pueblo francés depende de la respuesta que se dé a esta pregunta: si el gobierno de los Estados Unidos ha garantizado al pueblo francés que después de la guerra tendrá libertad de elegir el gobierno que desee, ¿era más importante apresurar el advenimiento de ese día concentrando todos los esfuerzos sobre la derrota de Alemania, o hubiera sido preferible que, dando prioridad a consideraciones puramente políticas, se comprometiera a sabiendas la victoria que solamente podrá darles la libertad de escoger su gobierno?

Otro problema, principalmente relacionado con consideraciones estratégicas, que también fué motivo de controversia, se suscitó a mediados de 1941 cuando los ejércitos griegos derrotaron a las fuerzas de invasión de Mussolini e Hitler ordenó una "blitzkrieg" contra Grecia. En ese momento, los flujos y reflujos de la lucha de los ingleses en el noreste de África contra las fuerzas de Rommel hacían la situación muy precaria. Las fuerzas británicas, tanto en número como en material de guerra, eran muy deficientes, y su comando aún muy imperfecto. Se veía claramente que para eliminar el peligro de una invasión del Egipto y del Cercano Oriente el gobierno británico necesitaba con gran urgencia todas las tropas y material de guerra que pudiera reunir y lanzarlas en la campaña de Libia. En este momento crítico, el gobierno griego, que hacía frente a una fuerza alemana muy superior, pidió desesperadamente inmediata ayuda al gabinete de guerra británico, el cual decidió enviar una fuerza expedicionaria, de la que tan difícilmente podía prescindir, para luchar al lado del ejército griego.

Recuerdo que muchos funcionarios en Wáshington deploraron con tono doctoral esta determinación y la censuraron como un disparate estratégico de los ingleses. Creo sin embargo, como lo creía entonces, que esta decisión, aconsejada,

según parece, por Anthony Eden, es una de las más acertadas que se han tomado durante la guerra. En primer lugar, si Gran Bretaña no hubiera respetado su compromiso de ayudar a sus aliados en momentos de tan grave peligro, sobre todo después de haber resistido tan valientemente a Italia, habría provocado una indignación muy justificada no sólo en Grecia sino también en las otras pequeñas potencias de Europa; además, la ayuda británica contuvo el avance alemán a través de Grecia hacia las islas del Mediterráneo oriental el tiempo suficiente para que los ingleses pudieran dominar la revuelta provocada por Alemania en el Irak, permitiendo así frustrar la campaña contra el Mar Rojo y el Golfo Pérsico a través de Turquía o Siria que indudablemente habría lanzado Hitler si hubiera logrado la rápida ocupación de Grecia y el triunfo de la revuelta en el Irak.

Cierto es que el envío de tropas a Grecia facilitó el avance de Rommel y puso a Alejandría al borde de ser ocupada por el Eje. Pero la gravedad de la situación justificaba el riesgo.

El problema de Rusia preocupaba grandemente a los funcionarios de nuestro gobierno cuando regresé de Europa. El pacto germano-soviético de agosto de 1939 había enfriado mucho el interés por la Unión Soviética que el pueblo norteamericano había ido adquiriendo gradualmente desde que los dos países reanudaron sus relaciones oficiales en 1933. Durante ese período, aunque no dejaban de causarle confusión o inquietud ciertos aspectos de su política interna y externa, la opinión pública de nuestro país había comenzado a tomar un punto de vista más realista para considerar la posición que la Unión Soviética ocupaba en el mundo; aumentaba el convencimiento de que no podía ser ignorada como potencia mundial y de que convenía, por lo tanto, que nuestro país tratara de dar una base más firme a sus relaciones con Rusia. Por eso, la aparente decisión del gobierno soviético de permitir que Hitler realizara sus planes de conquista en la Europa occidental, fué una desilusión para todos los que deseaban estrechar relaciones entre los dos países y

admiraban muchos de los adelantos sociales del pueblo ruso durante los últimos veinte años. Es necesario agregar que este desengaño se agudizó por el extraordinario viraje de la prensa comunista, tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña, que de la noche a la mañana reemplazó sus virulentos ataques al hitlerismo en todas sus formas por improperios casi incoherentes contra las potencias occidentales, culpables de haber emprendido una "guerra capitalista e imperialista". Además, debemos admitir francamente que la participación de Rusia en el reparto de Polonia con Alemania, algunos aspectos del método que usó para asimilarse las repúblicas del Báltico y sobre todo su guerra contra Finlandia en 1940, contribuyeron a disipar rápidamente todos los progresos alcanzados en favor de un mejor entendimiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Fuera de los miembros del partido comunista, la oposición y la más profunda desconfianza eran generales contra todos los aspectos de la política soviética.

En este caso, la actitud del gobierno de los Estados Unidos, por lo menos en un comienzo, estuvo en completa armonía con la opinión pública. Las importaciones provenientes de la Unión Soviética fueron sometidas a toda clase de restricciones, y se redujeron aun más las exportaciones a Rusia. A mediados de 1940 las relaciones entre los dos países existían puramente en el nombre.

Comencé a pensar en la posibilidad de cambiar en alguna forma esta situación. Me parecía evidente que, dada la naturaleza esencial del hitlerismo, el convenio entre Alemania y la Unión Soviética no podía ser otra cosa que oportunismo y por lo tanto relativamente efímero, y que mientras más breve fuese menos perjudicial sería para los Estados Unidos, ya que por los términos del tratado Alemania obtenía de Rusia muchas materias primas de vital importancia para ella, tales como petróleo, que sólo contribuían a mejorar sus probabilidades de hacer una guerra victoriosa contra las potencias occidentales.

Consulté al Presidente y al Secretario de Estado sobre

esta situación y sugerí que se procurara mejorar el embargo de facto que entonces afectaba a todas las exportaciones a Rusia, aun las partidas encargadas y pagadas con anterioridad por la Amtorg. Como me dieran su aprobación, comencé una serie de conferencias —veintisiete en total— con el entonces Embajador soviético Constantin Oumansky. Se hizo una investigación minuciosa de las importaciones que necesitaba la Unión Soviética y de las nuevas compras que quería hacer en los Estados Unidos; en muchos casos se redujeron las restricciones, y el gobierno soviético pudo adquirir en el acto cierta cantidad de maquinarias de precisión para su industria. Cuando en el verano siguiente Rusia se encontró en guerra con Alemania, el hecho de que estas restricciones hubieran sido levantadas el año anterior y de que se hubieran establecido algunos tipos y especificaciones permitió aumentar inmediatamente la cantidad de productos comerciales que era posible enviar a Rusia en esos momentos, lo cual contribuyó enormemente a acelerar la fabricación de municiones. Las mismas razones facilitaron la ayuda que pudo prestar la Administración de Préstamos y Arriendos.

A pesar de que no hubo nada de espectacular en estas negociaciones, ellas dieron al gobierno soviético una prueba concreta de nuestro deseo de considerar sus puntos de vista dentro de límites razonables y de hacer un esfuerzo por mejorar nuestras relaciones.

En los últimos meses de 1940, el Departamento de Estado comenzó a recibir informaciones de fuentes fidedignas de que era inminente el ataque alemán contra la Unión Soviética. En los primeros días de enero de 1941, llegó a mis manos un informe que a mi juicio probaba incontrovertiblemente que el Estado Mayor alemán había acordado con Hitler lanzar sorpresivamente a los ejércitos alemanes contra la Unión Soviética en la próxima primavera. La información era muy detallada y provenía de fuente cuya autenticidad era indiscutible, y me pareció que estaría muy de acuerdo con la política adoptada por nuestro gobierno —de convencer a la Unión Soviética de la buena voluntad norteamericana— y que sería

muy conveniente para los Estados Unidos y las demás democracias informar secretamente al gobierno soviético de la noticia que había llegado a Wáshington. Aunque es cierto que el gobierno del Soviet está probablemente mejor informado que ningún otro sobre los asuntos de Europa y del Cercano Oriente, en este caso particular nuestra fuente de información era de tal naturaleza que yo no tenía motivos para creer que necesariamente la noticia que habíamos recibido hubiera llegado a sus oídos.

Manifesté al Presidente y al Secretario de Estado mi opinión de que el gobierno soviético debería ser informado lo más pronto posible, lo cual aprobaron sin reservas. Pedí entonces al Embajador Oumansky que viniera a verme y en una entrevista muy breve le comuniqué nuestra información, diciéndole que la creíamos completamente auténtica y que considerábamos, por lo tanto, que debía ser inmediatamente transmitida a Moscú.

Por la gravedad del asunto, recuerdo claramente nuestra conversación. Después de oir mi mensaje, el Sr. Oumansky se puso muy pálido. Guardó silencio un momento y luego dijo simplemente: "Me doy clara cuenta de la importancia de su información. Mi gobierno agradecerá la confianza que se le ha demostrado, e informaré inmediatamente a Moscú sobre nuestra conversación". Más o menos cinco semanas después tuve ocasión de decir al Embajador que la exactitud de la noticia que le había comunicado me había sido confirmada. Pero ya entonces cualquier observador bien informado de los sucesos en el este de Europa podía ver muchos indicios de que el alto comando alemán estaba basando su estrategia sobre una ofensiva en el frente oriental.

Cuando finalmente se produjo el esperado ataque alemán contra la Unión Soviética, yo estaba interinamente a cargo de la Secretaría de Estado. Me parecía imperioso que el propio gobierno explicara al pueblo norteamericano la vital importancia de este acontecimiento mediante un análisis oficial inmediato de los elementos fundamentales de la situación que le diera a conocer el punto de vista de su gobierno antes de

que otros sectores introdujeran deliberadamente confusión u ofuscamiento. Escribí, pues, una declaración para someterla al Presidente, quien me recibió al otro día muy temprano en su dormitorio, a fin de que yo pudiera darla a la publicidad en la acostumbrada conferencia de prensa del Departamento de Estado. El Presidente aprobó el texto que le había presentado, y agregó de su puño y letra la frase final, que es la que contiene tal vez el punto más importante.

Aunque la declaración del Primer Ministro Churchill decía casi lo mismo y había sido dada a la publicidad previamente, ni el Presidente ni yo habíamos visto el comunicado británico antes de dar el nuestro.

Como pasara el tiempo y los ejércitos alemanes no pudieran lograr sus objetivos con la rapidez que se había supuesto, comenzó a crecer el entusiasmo del público y a hacerse abrumadora la petición de que se diera a la Unión Soviética toda clase de ayuda sin perjuicio de la producción bélica de nuestro país.

Pero ya el Presidente había tomado medidas en el momento mismo en que la Unión Soviética fué atacada. Envió a Moscú al administrador de Préstamos y Arriendos, que era entonces Harry Hopkins, y a un grupo de técnicos norteamericanos, en compañía de Lord Beaverbrook, que había sido nombrado por Churchill jefe de una misión británica del mismo carácter. El objeto era concluir un arreglo tripartito por el cual el Soviet pudiera obtener inmediatamente de nuestro país todo lo que necesitara y no fuera indispensable para nuestros preparativos de defensa o para cumplir nuestro compromiso de abastecer las necesidades cada día más urgentes de Gran Bretaña.

Nunca quedaron más de relieve la valentía política, la visión y el don de gobierno constructivo del Presidente que en esos años cada vez más oscuros de 1940 y 1941. Cuando después de la guerra se haga un estudio imparcial de los factores que más han contribuído a la victoria de las Naciones Unidas, creo que entre ellos sobresaldrán tres grandes decisiones tomadas en los meses anteriores a nuestra entrada

a la guerra, cada una de ellas debida a la iniciativa personal del Presidente: el convenio sobre bases y destructores, la Ley de Préstamos y Arriendos y la proclamación de la Carta del Atlántico.

A mediados del año 1940, la amenaza submarina alemana en el norte del Atlántico había llegado a un punto desesperadamente peligroso. Los ataques contra convoyes británicos eran desastrosos y no parecía posible que el gobierno británico pudiera mantener las reservas de alimentos que necesitaba para el consumo militar y civil, en el mínimum requerido por su seguridad. Los armamentos británicos habían llegado casi a cero. Los destructores británicos, que constituían la clave del problema de los convoyes, eran hundidos en una proporción alarmante. Durante el mes de julio, las posibilidades de una victoria alemana se presentaban como casi seguras.

Si el convenio sobre bases y destructores no se hubiera hecho en septiembre de ese año, y si la marina británica no hubiera podido usar en el acto los cincuenta destructores norteamericanos para proteger sus convoyes, Inglaterra probablemente habría sido derrotada antes de que terminara ese invierno. Al mismo tiempo, mediante una oferta de la que no hay ejemplo en la historia de Inglaterra, nuestro país obtenía bases navales y aeropuertos en territorio británico que, pasara lo que pasara en Europa, serían valiosísimas para la defensa de nuestra costa del Atlántico. El tratado era una combinación de sugestiones y proyectos discutidos directamente entre el Presidente y el Primer Ministro. Mr. Churchill insistía en que el ofrecimiento de bases británicas a los Estados Unidos se hiciera espontáneamente y sin que fuera una cosa por la otra. El resultado lógico de este plan habría sido que el gobierno de los Estados Unidos ofreciera también espontáneamente al gobierno británico los cincuenta destructores que ellos necesitaban tan urgentemente. El Presidente comprendió claramente, sin embargo, que las dificultades constitucionales que esto acarrearía y su efecto sobre la opinión pública norteamericana hacían ese procedimiento impracti-

cable. Tal como fué concluído, el convenio contenía lo esencial de los planes de Churchill y de Roosevelt.

Tampoco debería olvidar el pueblo norteamericano que gracias a la insistencia de Winston Churchill, tres de las bases —las de la península de Avalon, Terranova y Bermuda— fueron cedidas a los Estados Unidos "espontáneamente y sin retribución". Toda la transacción fué un arreglo entre amigos que se encontraban en momentos difíciles. Gracias al buen sentido del Presidente y de Mr. Churchill, el tratado se concluyó en tal forma que no tuviera por qué ser causa de fricción o mala inteligencia cuando los dos pueblos hubiesen olvidado los peligros de la guerra que originaron el convenio.

La promulgación de la Ley de Préstamos y Arriendos a comienzos de 1941 hizo posible que el gobierno inglés pudiera conseguir armas y aeroplanos en el momento más crítico de su producción de guerra; por su efecto estimulante en la producción de armamentos en los Estados Unidos facilitó y suplementó nuestra propia preparación para la defensa después de Pearl Harbor. Y sigue siendo hasta la fecha uno de los medios por los cuales contribuímos en forma más eficaz a ganar la guerra.

A comienzos de agosto, en un período en el cual servía otra vez interinamente el cargo de Secretario de Estado, el Presidente me hizo llamar una tarde a su despacho de la Casa Blanca para decirme que había decidido tener una conferencia personal con el Primer Ministro británico. Por razones de seguridad se guardaría absoluto secreto acerca de la reunión hasta que ésta terminara. Mr. Churchill y él viajarían en barcos de guerra y deberían reunirse en la bahía de una de las bases recientemente adquiridas por los Estados Unidos en Terranova.

El Presidente me dijo que aunque la reunión se dedicaría principalmente a discutir problemas de defensa, lo cual exigía la presencia de los altos jefes de nuestras fuerzas militares, navales y de aviación, consideraba imprescindible que él planteara la discusión de algunos problemas políticos fundamentales. Mr. Churchill iría acompañado del Subsecretario Permanente de Relaciones Exteriores Sir Alexander Cadogan, y el Presidente creía que sería conveniente que yo también asistiera a la reunión. Con el fin de mantener en secreto los planes, el Presidente saldría en pocos días más ostensiblemente en una expedición de pesca en la costa del Atlántico, y se arreglaría mi viaje en un avión naval a Terranova, donde debería llegar a tiempo de reunirme con el Presidente el mismo día de su llegada.

El más importante de todos los problemas políticos que deseaba discutir con Mr. Churchill era el de la necesidad de llegar a un acuerdo general entre los dos gobiernos, ahora que los Estados Unidos estaban todavía en paz y la guerra europea estaba aun en sus primeras etapas, sobre los puntos fundamentales que servirían de base para una nueva estructura del mundo cuando finalmente llegara la paz.

Desde que terminó la guerra anterior creía que uno de los principales factores del desastre final de la sociedad mundial organizada había sido el que las potencias aliadas no hubieran llegado a un acuerdo general en el momento de firmar el armisticio en noviembre de 1918, y el Presidente tuvo la visión suficiente para reconocer que lo mejor que podían hacer los Estados Unidos para evitar que se repitiera una situación semejante, era insistir en que Gran Bretaña y nuestro país llegaran sin mayor dilación a un acuerdo de esa clase. En seguida podrían hacerse gestiones para obtener el apoyo de todas las demás naciones que estaban en guerra con las potencias del Eje. El Presidente creía, con razón, que el mero anuncio de semejante pacto sería de un valor inestimable para dar aliento y esperanza a los pueblos que estaban empeñados en una lucha de vida o muerte.

En las primeras horas del 9 de agosto salí de la base aérea naval situada en las afueras de Boston acompañado de Averell Harriman, y llegamos a Argentia en la tarde de ese día. El presidente había llegado en el U. S. S. "Augusta". Viajaban con él los generales Marshall y Arnold, los almirantes Stark y King así como un numeroso grupo de otros representantes de las tres ramas de las fuerzas armadas. Varios aco-

razados y destructores norteamericanos habían anclado ya en la bahía. A la distancia, junto a la costa cubierta por el achaparrado abeto del norte, se divisaban los cuarteles norteamericanos construídos con vertiginosa rapidez en los dos meses anteriores.

En la tarde del día siguiente, el crucero de batalla británico "Prince of Wales" que traía al Primer Ministro, y los destructores que lo escoltaban, emergieron de las aguas grises del Atlántico y se deslizaron hasta la bahía llena de sol donde echaron anclas.

Casi inmediatamente Mr. Churchill y su comitiva subieron a bordo del barco en que estaba el Presidente. Harry Hopkins, que había volado a Inglaterra a su regreso de Moscú, venía con el Primer Ministro.

Después de la comida oficial en el "Augusta" que el Presidente ofreció la primera noche al Ministro Churchill y a los miembros de su comitiva, ingleses y norteamericanos se dividieron en diversos grupos para llegar a acuerdos preliminares sobre los asuntos de su especialidad.

Conforme a las predicciones del Presidente, en la mayor parte de sus conferencias con el Primer Ministro se trataron exclusivamente problemas de estrategia naval y militar. A la mañana siguiente de la llegada de Mr. Churchill se celebró en las habitaciones del Presidente una reunión a la que asistieron, fuera de los dos jefes de gobierno, Sir Alexander Cadogan, Harry Hopkins y yo, y en la cual Mr. Churchill dijo al Presidente que confiaba en que, al finalizar la conferencia, ambos podrían hacer una declaración conjunta de los deseos y propósitos de los dos gobiernos relativos al mundo que debería constituirse después de la guerra; esta declaración se consideraría como un resumen de los objetivos de las naciones que se oponían al dominio del mundo por las potencias del Eje.

El Presidente manifestó su aprobación entusiasta a la propuesta, que coincidía enteramente con sus propios proyectos. Pero agregó que le gustaría examinar con calma el texto preciso de la declaración para estar seguro de que todos los

puntos que él ya había formulado y que estimaba esenciales fuesen ampliamente considerados. Luego me pidió que me pusiera de acuerdo con Sir Alexander Cadogan sobre un proyecto de declaración en la conferencia que debíamos tener esa misma tarde.

Recordaba las lamentables consecuencias que los convenios de Ottawa y sus cláusulas de preferencia para el Imperio británico tuvieron sobre la economía de todos los países, especialmente sobre la de los Estados Unidos, y me alentaba el gran deseo de que el Primer Ministro estuviera dispuesto a indicar en la declaración el propósito de Gran Bretaña de cooperar sin restricciones con los Estados Unidos en la tarea de dar a los pueblos de todo el mundo la esperanza de que los dos gobiernos tomarían juntos la iniciativa para eliminar en el mundo de postguerra los sistemas autárquicos de intercambio y para abolir las cláusulas discriminatorias en los arreglos comerciales, así como las propias preferencias imperiales.

Ésta era, por supuesto, la opinión del Presidente. Mr. Churchill había manifestado con toda franqueza que aunque él personalmente, durante toda su carrera política, se había opuesto vigorosamente a las preferencias imperiales y había favorecido siempre los principios del librecambio que imperaban en los últimos años del siglo XIX, la constitución no lo facultaba para contraer compromisos de ese género sin el consentimiento de los demás miembros de la Comunidad británica de naciones. En vista de este argumento de Mr. Churchill, se incorporó al artículo cuarto de la Declaración, en su redacción final, la conocida reserva "con la debida consideración de sus obligaciones existentes", en el entendimiento, sin embargo, que la reserva se insertaba únicamente para considerar los que se esperaba fueran sólo impedimentos transitorios para los pactos de más amplio alcance que se tuvo en vista al concebir ese artículo.

La versión final de la Declaración Conjunta no fué aceptada, en realidad, por el Presidente Roosevelt y por Mr. Churchill sino después del almuerzo en el último día de la reunión.

Entonces ya Lord Beaverbrook había llegado de Inglaterra a reunirse con el Primer Ministro, y participó en la conferencia final.

El texto definitivo de la Declaración Conjunta que más tarde sería conocida con el nombre de Carta del Atlántico, es el siguiente:

> "El Presidente de los Estados Unidos de América y el Primer Ministro Churchill, en representación del Gobierno de Su Majestad en el Reino Unido, habiéndose reunido, juzgan conveniente hacer conocer ciertos principios comunes de la política nacional de sus respectivos países, sobre los cuales se fundan sus esperanzas de lograr un porvenir mejor para el mundo.
>
> " Primero, sus respectivos países no buscan el engrandecimiento, ni territorial ni de ninguna otra índole;
>
> " Segundo, no aprueban el que se realicen modificaciones territoriales que no estén de acuerdo con los deseos que expresen libremente los pueblos interesados;
>
> " Tercero, respetan el derecho de todos los pueblos a elegir el régimen de gobierno bajo el cual han de vivir; y desean que se restituyan los derechos soberanos y la independencia a los pueblos que han sido despojados de ellos por la fuerza;
>
> " Cuarto, con la debida consideración de sus obligaciones existentes, se esforzarán por que todos los estados, ya sean grandes o pequeños, victoriosos o vencidos, disfruten del acceso, en igualdad de condiciones, al comercio y a las materias primas del mundo que necesitan para su prosperidad económica;
>
> " Quinto, desean lograr en el campo de la economía la colaboración más estrecha entre todas las naciones, con el objeto de conseguir para todos

> mejoras en las normas de trabajo, prosperidad económica y seguridad social;
>
> " Sexto, después de la destrucción completa de la tiranía nacista, esperan que se establezca una paz que proporcione a todas las naciones los medios de vivir seguras dentro de sus propias fronteras y que garantice a todos los hombres en todas partes del mundo una vida exenta de temor y de privaciones;
>
> " Séptimo, dicha paz permitirá a todos los hombres cruzar libremente todos los mares;
>
> " Octavo, creen que las naciones del mundo, por razones tanto realistas como espirituales, tendrán que abandonar el uso de la fuerza. Ya que no podrá mantenerse la paz futura si las naciones que amenazan, o puedan amenazar o cometer una agresión fuera de sus fronteras, continúan utilizando armamentos terrestres, navales o aéreos, creen que hasta que se establezca un sistema más amplio y permanente de seguridad general, es esencial desarmar a dichas naciones. Asimismo prestarán ayuda y estimularán todas aquellas otras medidas prácticas que puedan aliviar de la pesada carga de los armamentos a los pueblos amantes de la paz.
>
> *" Franklin D. Roosevelt*
> *Winston S. Churchill."*

Desde entonces el Presidente y el Primer Ministro se han reunido frecuentemente no sólo en Wáshington sino también en diferentes partes del mundo. Su comprensión en el trabajo común y la cordialidad de su amistad personal se han hecho más intensas en reuniones subsiguientes. Por muchas razones, esta primera reunión tendrá siempre un significado especial. A pesar de que los Estados Unidos habían roto toda relación oficial con Alemania, aún no estaban en guerra. Con la general aprobación del país, el Presidente había firmado el con-

venio sobre bases y destructores con Mr. Churchill, y había decidido tomar medidas especiales para preparar la defensa de los Estados Unidos sin las cuales nos habríamos visto en una situación desesperada cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor. Y sin embargo, tan poco parecía comprender el público de los Estados Unidos la gravedad del peligro, que en los mismos días en que el Presidente se reunía con Mr. Churchill oímos por radio desde Wáshington que la Cámara de Diputados había aprobado por sólo un voto de mayoría la continuación del servicio militar obligatorio, sin el cual toda preparación para la defensa hubiera sido completamente ineficaz.

No es posible exagerar la decisión política que demostró el Presidente. Las complicaciones que acarrearía la reunión de Terranova eran abrumadoras, y, sin embargo, nada parecía más necesario desde el punto de vista de nuestra propia seguridad si, como ya tantos creíamos inevitable, nos viéramos arrastrados a la guerra para defender nuestra propia existencia como nación.

Cuando los Estados Unidos se vieron obligados a entrar a la guerra, cuatro meses más tarde, la Carta del Atlántico se convirtió en el pacto que había de ligar a las Naciones Unidas y mantenerlas aliadas durante la guerra y por el cual se comprometían a continuar su asociación después de la victoria. En enero de 1942, con la Declaración de las Naciones Unidas, a la que adhirieron todos los países que estaban en guerra con las potencias del Eje y que fué firmada después por otros a medida que entraban a la guerra por la libertad, todos los gobiernos contrajeron el compromiso de apoyar los principios declarados en la Carta del Atlántico, y de no firmar una paz separada con las naciones del Eje mientras continuara la guerra.

Desde la entrada de los Estados Unidos a la guerra, se ha criticado mucho no sólo nuestra política con Francia sino también la política que hemos seguido con respecto a España. Como lo hice notar al describir los sucesos anteriores a la invasión de África del Norte, la posición de España como una

barrera entre nuestras fuerzas de ocupación en África y las fuerzas alemanas atrincheradas en Francia, no podía dejar de ser cuestión de vital importancia militar para nuestro gobierno. También en este caso debíamos seguir una política fundada principalmente en consideraciones de conveniencia militar, y dejar en segundo plano los problemas de ideología.

Los que creen como yo que la democracia debe estar en condiciones de funcionar libremente y sin verse amenazada por ningún lado si es que deseamos crear un mundo ordenado y digno, y que no puede funcionar libremente y sin peligro mientras los gobiernos nazi y fascista puedan imponer su yugo sobre los pueblos de cualquier parte del mundo, tienen razón en mirar con inquietud y desconfianza las tendencias del actual gobierno español. Durante los primeros años de la guerra, era público y notorio que el General Franco, su rimbombante Ministro de Relaciones Exteriores Serrano Suñer, y el partido de la falange, que había llegado a ser la base del gobierno de Franco, estaban convencidos no solamente de que el triunfo del fascismo y del hitlerismo eran inevitables sino también de que tal triunfo sería beneficioso para España. Se sabía también que los agentes alemanes eran omnipresentes y todopoderosos en España. Era la creciente hegemonía de Alemania en la península Ibérica lo que constituía la amenaza más grave para las Naciones Unidas, porque hacía peligrar el control británico en Gibraltar y, sobre todo durante los últimos meses de 1942, porque amagaba las líneas vitales de comunicación en el norte de África que ahora están en nuestro poder.

Si Alemania hubiera decidido ocupar España y Portugal, probablemente las Azores también habrían caído en sus manos, y en este caso Gran Bretaña se habría visto aislada del Atlántico sur y nuestras comunicaciones con el norte de África habrían corrido un riesgo permanente con esa avanzada del Eje en nuestro flanco.

Siempre he creído que, después de nuestra entrada a la guerra, la política del Presidente con respecto a España ha sido sabia y realista. De esto no cabe discusión si consideramos

nuestro objetivo de realizar con éxito una guerra de invasión en Europa; los excelentes resultados de esta política lo demuestran claramente. Nuestra actitud con los españoles ha sido amistosa; les hemos enviado provisiones en momentos de extrema aflicción sin las cuales el sufrimiento y el hambre, ya generales a consecuencia de la guerra civil, habrían aumentado enormemente; mediante compras excluyentes hemos reducido a una proporción insignificante la cantidad de materiales estratégicos que los alemanes adquieren en España; hemos conseguido también disminuir enormemente la influencia alemana, y disuadimos al gobierno español de que ayudara abiertamente a las potencias del Eje en un momento en que tal alianza habría perjudicado seriamente nuestras operaciones en el norte de África y retardado tal vez por mucho tiempo nuestra invasión de Italia. Además, no todos los miembros del gobierno español han simpatizado con las fuertes proclividades del general Franco en favor del Eje, ni siquiera en los días del apogeo de Serrano Suñer. A no ser por la ayuda de algunos altos funcionarios del gobierno, no habríamos hecho ningún progreso en la tarea de detener el aumento da la infiltración y de la influencia alemana en España.

Hoy estamos establecidos firmemente en el norte de África, y el ejército francés de resistencia está peleando a nuestro lado con gran valor y energía. Italia se ha retirado de la guerra, y los ejércitos de las Naciones Unidas ocupan todas las regiones italianas de importancia estratégica. El gobierno de Portugal ha revalidado su antigua alianza con Gran Bretaña, y las Azores están en buenas manos. España ha perdido gran parte de su valor para Hitler como amenaza contra la invasión aliada de Europa.

Los Estados Unidos y Gran Bretaña están exigiendo ahora muy justamente que el gobierno de Franco impida que Hitler siga obteniendo materiales estratégicos de España que contribuyen a prolongar la guerra. El pueblo español ha mejorado considerablemente su estado de casi inanición, y el cese de los envíos de petróleo y otras materias primas que el gobierno español había obtenido previamente de las potencias occidentales no puede causar ya el sufrimiento humano tan agudo que habría provocado de haberse tomado esta decisión hace dos años. Ha llegado el momento en que las potencias occidentales pueden insistir en que el gobierno del General Franco deje de prestar ayuda material a nuestros enemigos. Si la política exterior obedeciera solamente a simpatías o antipatías políticas, los Estados Unidos no habrían podido mantener relaciones oficiales con España durante los últimos cinco años. Más de una vez el gobierno español, por las notorias actividades de algunos de sus agentes y representantes en el hemisferio occidental, por su deseo de servir los intereses del Eje y por la ayuda militar que prestó a la ofensiva alemana contra Rusia, ha dado motivos más que suficientes para que rompiéramos toda relación oficial.

Sin embargo, si el gobierno norteamericano, tomando pie en alguna de estas fundadas causas, hubiera roto con el General Franco, habríamos comprometido gravemente la suerte de la guerra en el Mediterráneo. En cambio, no solamente hemos evitado este peligro sino que hemos provocado un notable cambio en la actitud del pueblo español para con los Estados Unidos, a pesar del resentimiento casi general que despertó la política norteamericana durante el período de la guerra civil. Hemos echado los cimientos para una firme relación con un gobierno representativo, si es que el pueblo español establece uno después de la guerra, como esperamos que lo haga.

PARTE SEGUNDA

Capítulo V

LA POLÍTICA DEL BUEN VECINO

1. — Su establecimiento

No es nada nuevo concebir a las naciones de América como a un grupo de estados soberanos que constituyen un sistema regional de democracias libres. Esta idea data, en realidad, de más de un siglo.

A comienzos del siglo XIX, Simón Bolívar y Henry Clay abogaron por este ideal como el arma defensiva más poderosa que pudiera forjarse para el seguro mantenimiento de la libertad y de la democracia en el hemisferio occidental. En 1826, se reunió en Panamá el Congreso Panamericano, del cual se esperaba que echaría las bases de alguna forma hacedera de unión entre las Américas. Mas a consecuencia de la oposición política contra Clay, que era entonces Secretario de Estado, el Congreso demoró la autorización al Presidente para enviar delegados, y los Estados Unidos no pudieron participar activamente en esas primeras deliberaciones. De haberlo hecho, la historia de las relaciones interamericanas hubiera podido ser muy diferente y mucho menos accidentada. Lo que efectivamente ocurrió fué que el fantástico crecimiento material de los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo pasado, su arrogante política de dominación en sus relaciones con los demás pueblos del hemisferio, la falta de comunicaciones y de un lenguaje común, y los desórdenes propios de la adolescencia que afectaron a muchas de las

repúblicas iberoamericanas durante varias generaciones, contribuyeron a una completa falta de comprensión entre el pueblo de los Estados Unidos y los pueblos de las repúblicas del sur.

La visión de Blaine inició un acercamiento entre los pueblos del continente en la última década del siglo XIX. Las repercusiones de nuestro período de imperialismo separaron de nuevo a las Américas. Solamente cuando Elihu Root fué nombrado Secretario de Estado, se vió el caso de que un funcionario del gobierno de los Estados Unidos volviera a expresar el concepto de un hemisferio occidental gobernado por el respeto recíproco de los derechos de los demás, y en el cual se reconociera la igualdad soberana de todos los estados, grandes o pequeños, que lo constituían.

Woodrow Wilson, en los primeros años de su presidencia, hizo aun mayores progresos. Denunció no solamente toda muestra de imperialismo oficial, sino también la dominación imperialista de los intereses financieros y comerciales. Se había indignado ante las acusaciones que recibía de que la United Fruit Company intervenía en la vida política de varias repúblicas de Centro América, y ante los arbitrarios intentos de las compañías petroleras inglesas y norteamericanas para dominar la política del gobierno de Méjico. La opinión pública de las demás naciones americanas reaccionó inmediatamente en forma muy favorable ante sus atinadas declaraciones. El sentimiento cambió rápidamente en el sentido de reanudar las gestiones para buscar soluciones justas a las controversias que por tantos años habían obstaculizado una verdadera comprensión y cooperación entre los Estados Unidos y las demás repúblicas americanas.

Fuera de esto, Wilson propuso por primera vez la idea de formar una liga de naciones en 1914. El plan que entonces esbozó parcialmente, comprendía una Liga interamericana muy semejante en sus líneas y disposiciones generales a lo que más tarde iba a ser el Pacto de la Sociedad de las Naciones. Fué él también quien dió el primer paso hacia la responsabilidad colectiva interamericana en caso de que la caída de

un gobierno constitucional en cualquier parte de América pusiera en peligro la seguridad de las demás repúblicas. No era otro el propósito de su plan, por desgracia imperfectamente concebido y mal ejecutado, para obtener la cooperación de Argentina, Brasil y Chile en la solución de las dificultades que se suscitaron entre Méjico y los Estados Unidos en el año 1914. De todos modos, allí estaba el germen de una nueva política para las Américas, pues el plan contenía, al menos en su concepción, los requisitos esenciales para un entendimiento regional.

Siempre he considerado muy lamentable que Wilson, a pesar de sus puntos de vista tan elevados, haya autorizado la ocupación de Haití y de la República Dominicana. Estas injustificadas intervenciones, que se realizaron antes de 1917, cuando Wilson estaba muy preocupado con los problemas de la primera guerra mundial, enajenaron en el acto las simpatías de las otras repúblicas americanas, cuya confianza en la sinceridad del propio Wilson no pudo menos de desvanecerse fatalmente.

Además, en 1919, el gobierno de los Estados Unidos evitó sistemáticamente toda consulta con las repúblicas americanas aliadas en lo referente a la negociación de la paz. En realidad, no se hizo ningún caso de sus delegaciones a la Conferencia de la paz, hecho que ahondó, por supuesto, su resentimiento contra los Estados Unidos y anuló todo deseo que hubieran tenido de cooperar con nosotros.

Durante el gobierno de Harding hubo sólo una figura sobresaliente que se esforzara por remediar esta situación. A excepción del Secretario de Estado Hughes, los demás miembros del gabinete de Harding que demostraron algún interés en los asuntos interamericanos no miraban otra cosa que las que estimaban consideraciones prácticas, relacionadas muy principalmente con el petróleo. Mr. Hughes, en cambio, se dedicó desde un comienzo a eliminar las causas más graves de mala voluntad. Tomó en el acto las disposiciones necesarias para poner término a la ocupación militar de la República Dominicana y para mejorar la situación que existía en Haití.

Trató, al mismo tiempo, de resolver equitativamente los problemas que habían entorpecido durante tantos años nuestras relaciones con las repúblicas centroamericanas y, en forma aun mucho más grave, con Méjico. Sin embargo, la tarea requería un largo período de readaptación cuidadosa, y el tiempo que permaneció en su puesto fué demasiado corto para que pudiera corregir, siquiera en parte, los errores fundamentales de nuestra política. Por desgracia, ni su sucesor, el Secretario Kellogg, ni el Presidente Coolidge, poseían los ideales ni la visión requerida para continuar la política que él había iniciado.

Mr. Coolidge no tenía conocimiento ni interés en los asuntos interamericanos y, al parecer, ni la más ligera idea de que los intereses fundamentales y la seguridad nacional de este país dependieran en modo alguno de la unidad del hemisferio. Siendo Senador, Mr. Kellogg había asistido a la Conferencia Panamericana de 1923 en Santiago, como delegado de nuestro gobierno; no se da el caso, en la larga historia de las conferencias panamericanas, en que los Estados Unidos hayan estado más en desacuerdo con sus vecinos que durante esas sesiones. Nervioso y muy irritable por temperamento, las impresiones que Mr. Kellogg recibió en esa reunión se grabaron en su mente y tal vez influyeran en su ánimo cuando más tarde, como Secretario de Estado, tuvo que tomar decisiones importantes relacionadas con la política interamericana.

El más claro ejemplo para mí de la actitud del Presidente Coolidge es una experiencia personal que tuve con él. En 1924, en mi calidad de comisionado ante la República Dominicana, había contribuído a preparar el término de nuestra ocupación militar en ese país. Nuestro propósito era asegurar que después de las elecciones nacionales pudiera hacerse cargo de la dirección de los asuntos dominicanos un gobierno libremente elegido. El General Horacio Vásquez había sido elegido presidente por una gran mayoría y, a instancias del Secretario Hughes, fué invitado a visitar Wáshington antes de tomar posesión de su cargo. Acompañé al General Vásquez a Wáshington y asistí a un almuerzo que el Presidente Coolidge fué inducido a ofrecer en su honor en la Casa Blanca.

El General Vásquez había sido una figura prominente en la vida política de su país por más de un cuarto de siglo. De presencia imponente y algo reservado, lo caracterizaba esa cortesía de otras épocas mezclada con la gracia de la tradición española que, desgraciadamente, hoy está desapareciendo. Por sobre todo, era muy susceptible ante el menor desaire a la dignidad nacional o al prestigio de su tierra.

Los funcionarios del protocolo del Departamento de Estado se preocuparon de poner al lado del Presidente electo un norteamericano que dominaba el español y pudiera servirle de intérprete, ya que ni Mr. Coolidge sabía el español ni el General Vásquez el inglés. En todo el almuerzo Mr. Coolidge, que al parecer estaba en uno de sus frecuentes accesos de malhumor, no dirigió la palabra a su huésped, y se limitó a contestar con monosílabos cada vez que el General Vásquez trataba de hablarle por medio de su intérprete. Después del almuerzo, como fuera un día muy caluroso, el Presidente condujo a sus invitados al pórtico sur de la Casa Blanca, y al cabo de unos minutos que pasó conversando con algunos de los funcionarios norteamericanos asistentes al almuerzo, mandó decir a su huésped que se veía obligado a retirarse —seguramente para su siesta de sobremesa— y se despidió en el acto. No es para descrito el efecto que este desconocimiento de las normas más elementales de la hospitalidad tuvo sobre el presidente electo de Santo Domingo.

Durante toda su administración, el desdén de Mr. Coolidge por las muy comprensibles susceptibilidades de nuestros vecinos latinoamericanos estuvo de acuerdo con su conducta en esta ocasión; le aburría todo lo relacionado con los asuntos interamericanos. En su opinión, se trataba de relaciones con pueblos insignificantes cuyas simpatías carecían en absoluto de interés para los Estados Unidos.

Durante esos malhadados cuatro años, después que Mr. Hughes dejó la Secretaría de Estado, las relaciones con nuestros vecinos siguieron empeorando a consecuencia de la

política de nuestro gobierno. Cierto es que la iniciativa del Secretario Kellogg, de mediar en la cuestión de Tacna y Arica entre Chile y el Perú, fué un paso en la buena dirección; pero sus resultados no fueron beneficiosos para los Estados Unidos, a causa de los métodos que se emplearon y de la actitud que manifestó nuestro gobierno en las penosas etapas finales de la solución del viejo conflicto. Aunque, en verdad, nunca es agradable el papel de pacificador, nuestro gobierno pudo haber creado, por lo menos, la impresión de que era un amigo imparcial de las dos partes y de que su único deseo era facilitar el camino para la reconciliación. Infortunadamente, ocurrió exactamente lo contrario. Quedó la impresión, sobre todo en Chile, de que los Estados Unidos se habían arrogado el derecho de dictar a las dos partes qué debían y qué no debían hacer. Además, en toda la América española se hicieron ingratas deducciones con respecto del nombramiento del más alto jefe del ejército norteamericano como representante de este país en la preparación del plebiscito.

En esos mismos años, las relaciones diplomáticas con Méjico, que habían sido reanudadas después de una larga interrupción, estuvieron otra vez a punto de romperse. En lugar de hacer un esfuerzo para arreglar las diferencias en discusión amistosa, parecía que la suprema finalidad del Departamento de Estado en sus innumerables oficios al Ministerio de Relaciones Exteriores de Méjico, hubiera sido redactarlos en el tono y con el contenido más hirientes posible. Nuestra actitud general hacia Méjico en ese período fué de amonestación desafiadora y dominante, como la de un bilioso abogado de corporación ante un inferior a quien sospecha de malos manejos.

El único acierto de la política interamericana de Mr. Coolidge fué el nombramiento de Dwight Morrow como embapador en Méjico, casi al fin de su administración. Verdad es que la designación de Mr. Morrow era parte del plan que sus amigos habían preparado cuidadosamente para lanzarlo en la vida pública, pensando que el prestigio popular que pudiera adquirir en el desempeño de este cargo sería el punto de partida de una carrera política que había de llevarlo muy arriba. Pero este hecho no menoscaba en absoluto los servicios muy efectivos que Mr. Morrow prestó como embajador. En lugar de intimidar y de recriminar a los mejicanos, Mr. Morrow se dedicó inmediatamente a buscar la raíz de las dificultades y se esforzó, con amistad y buena fe, por hallar los mejores medios para resolverlas. Pero, como en el caso de Mr. Hughes, estuvo demasiado poco tiempo en el cargo para que pudiera hacer otra cosa que comenzar una alteración radical de las tendencias existentes. Sin embargo, mucho logró en este sentido, y a él corresponde el mérito de haber iniciado los esfuerzos que Josephus Daniels y George Messersmith continuaron con tanto éxito años después para crear los numerosos vínculos que existen hoy entre Méjico y los Estados Unidos.

La política de la administración Coolidge en los asuntos interamericanos puede condensarse en estas palabras de un discurso que pronunció en Nueva York el 25 de abril de 1927:

> "La persona y la propiedad de un ciudadano forman parte del dominio general de la nación, aun cuando se encuentre en el extranjero... los gobiernos que se respetan tienen la clara obligación de proteger la persona y la propiedad de sus ciudadanos dondequiera que estén."

Una política por la cual los Estados Unidos proclamaban que su bandera seguiría al dólar dondequiera que fuese, no podía menos que confirmar ampliamente las sospechas de las naciones de centro y sur América: consideraron que esta declaración significaba que el imperialismo norteamericano y la política de intervención armada, y esta vez en forma explícita, se ponían nuevamente en marcha.

El Presidente Hoover era demasiado inteligente para no apreciar en todo su valor el significado que para la seguridad de los Estados Unidos, tanto política como material, tenían la buena voluntad y la comprensión de nuestros vecinos americanos, y para no ver el perjuicio resultante de la política

seguida por su predecesor. Por eso, poco antes de subir al poder, emprendió su recordada gira por los países latinoamericanos. Sus intenciones eran admirables y deberían haber dado buenos resultados. Pero fracasó lamentablemente en su propósito.

La causa principal de su fracaso fué que era pedir demasiado que los pueblos de las demás repúblicas americanas tuvieran fe en que la política de un presidente de los Estados Unidos, que había servido ocho años en los gabinetes anteriores, pudiera ser diferente de la de los que lo habían precedido en el mando. Además —y de esto él no tiene la culpa—, ni su personalidad, ni su tacto, ni su comprensión humana podían hacerlo grato a la opinión pública iberoamericana. En su visita a Sud América, donde fué recibido con la más grande cortesía oficial, salvo, quizás, en la Argentina, la recepción que le hizo el pueblo no pudo haber sido menos entusiasta.

Para tener éxito, una gira de buena voluntad requiere: o los antecedentes oficiales o la simpatía personal de Franklin Roosevelt cuando hizo su visita a las repúblicas de la costa oriental de Sud América en 1936. Ni una ni otra de estas ventajas poseía Mr. Hoover en 1929. Se le identificaba en la opinión popular con las administraciones reaccionarias que tanto habían hecho para acentuar la mala voluntad contra los Estados Unidos, y nada había en sus antecedentes personales susceptible de despertar el entusiasmo de las masas. Sólo una cosa habría podido cambiar la reacción del pueblo sudamericano ante esta gira: que Mr. Hoover hubiera asegurado que su administración daría por lo menos un mínimum razonable de consideración amistosa a los problemas económicos de esos países. Pero no lo hizo, y fué una suerte para él que las repúblicas que visitó no hubieran tenido ningún indicio referente a la ley aduanera que iba a aprobar en 1930.

En varias declaraciones de Mr. Hoover, y especialmente en la declaración pública que hizo el 13 de diciembre de 1943, éste ha reclamado para sí la paternidad de la política del buen vecino, diciendo que, a su juicio, el éxito del gobierno

de Roosevelt en este sentido debe considerarse solamente como una consecuencia de lo que él había indicado. Mr. Hoover se refiere a su visita de presidente electo a las demás repúblicas americanas como al factor principal en la creación de la política de buena vecindad, y asegura que el principio de no intervención y el retiro de las fuerzas de ocupación en ciertas repúblicas fueron originalmente auspiciados por su gobierno.

En política exterior, así como en muchas otras formas de relación humana, obras son amores y no buenas razones. No hay duda que Mr. Hoover deseaba cambiar por completo la política interamericana de Coolidge y crear buena voluntad entre este país y sus vecinos. Desgraciadamente, es un hecho que después de los cuatro años de su gobierno ningún país del hemisferio occidental consideraba a los Estados Unidos como un buen vecino, ni siquiera en el sentido más superficial de la palabra. El motivo para esta actitud fué que sólo un año después de haber subido Mr. Hoover a la presidencia se promulgó la ley de tarifas Smoot-Hawley, que automáticamente cerró a nuestros vecinos americanos la mayor parte del mercado que antes habían tenido en nuestro país. Firmada en momentos en que la crisis mundial las había azotado ya cruelmente, esta ley puso al borde de la ruina a varias repúblicas, con la resultante desocupación y el hambre de varios millones de sus habitantes. Si Mr. Hoover hubiera visto personalmente, como yo lo vi, la miseria nacional que su ley de tarifas produjo en el pueblo de Cuba, habría podido comprender más fácilmente por qué sus excelentes deseos no desarrollaron en las otras repúblicas americanas la creencia de que los Estados Unidos fueran un buen vecino.

Es justo mencionar algunas de las medidas positivas y acertadas del Presidente Hoover. Despachó una comisión a Haití para preparar la cesación de nuestro control militar en esa república. También alteró nuestra política anterior de no reconocer los cambios revolucionarios de gobierno de las repúblicas americanas, lo cual implicaba inevitablemente cierto grado de intervención en la libertad de esos pueblos para decidir sus propios destinos. En estas dos decisiones predo-

minó la influencia del Secretario de Estado, Henry L. Stimson.

El esfuerzo de los Estados Unidos para cooperar en el arreglo de la violenta disputa del territorio de Leticia entre Colombia y el Perú, fué considerablemente menoscabado por la olímpica actitud de duro reproche que inspiraba las comunicaciones oficiales dirigidas por nuestro gobierno al del Perú. Creo que, en este caso, la posición que tomó nuestro gobierno en la cuestión de principios es inatacable, pero también a este respecto el método y la manera de abordar el problema son factores importantísimos. Si en realidad se desea que los Estados Unidos actúen en el hemisferio occidental como un igual entre sus iguales, sus recursos y su potencia material no justifican una actitud que más convendría a un maestro de escuela reprendiendo a sus discípulos.

No hay duda de que en muchas formas la administración Hoover realizó una política interamericana inteligente y constructiva. Sin embargo, muchas de sus medidas, atinadas en el fondo, fueron obscurecidas por esa misma actitud de superioridad casi insolente; y en todas nuestras relaciones con las repúblicas americanas se deslizaba su profundo y amargo resentimiento por el hecho de que, en los momentos en que su situación era más angustiosa, los Estados Unidos hubiesen aprobado una política de tarifas aduaneras que sumió a muchas de ellas en una aguda postración económica.

Cuando Franklin Roosevelt llegó a la presidencia, hacía ya mucho tiempo que se interesaba profunda y constructivamente en los asuntos interamericanos. Creía que, por su propio interés, este país debía asentar sus relaciones con sus vecinos americanos sobre bases completamente nuevas y diferentes. Creía que debía abandonar la consagrada política de inmiscuirse en sus asuntos y, en especial, de recurrir a la intervención militar. Estaba convencido de que la igualdad jurídica de todas las naciones americanas debía ser reconocida no sólo en teoría, sino también en la práctica. Reconocía, además, la necesidad de recurrir a la consulta interamericana cuando un conflicto dentro de un país amenazara convertirse en una fuente de peligro para los demás. Esto aseguraba que

la mediación o cualquier medida de protección resultarían solamente de una acción concertada.

A diferencia de todos sus predecesores, conocía de mucho tiempo las naciones de centro y sur América por experiencia y contacto personales. Mucho antes de asumir la presidencia, había visitado Venezuela y Colombia. En los ocho años que fué Subsecretario de Marina, había tenido ocasión de estar en Panamá y en Cuba, y no sólo había visitado, sino que también había recorrido Haití y la República Dominicana, por cuyos pueblos había llegado a sentir gran simpatía. Por último, aunque no hablaba muy bien el español, podía comprenderlo y leerlo sin esfuerzo. Todo esto facilitó su comprensión de los problemas fundamentales de las relaciones interamericanas y la tarea de determinar los métodos más eficaces para remediar los errores del pasado.

Se interesaba constantemente por obtener la mayor información posible sobre lo que ocurría en el hemisferio occidental y por comprender cada aspecto de los problemas políticos y económicos relacionados con el bienestar de los otros pueblos de América. Se interesaba principalmente por conseguir mercados en los Estados Unidos para las nuevas exportaciones de esos países como el medio más práctico de aliviar sus crecientes zozobras económicas. Meses antes de hacerse cargo de su puesto, consagró a las relaciones interamericanas un lugar importante en su estudio de los problemas nacionales, y decidió que uno de los objetivos básicos de su política exterior sería la creación de la unidad hemisférica.

La nueva política interamericana llegó a ser conocida con el nombre de "Política del buen vecino" más por casualidad que por un intento deliberado. En su primer mensaje inaugural, el Presidente Roosevelt anunció que en sus relaciones con todas las naciones del mundo los Estados Unidos observarían la política del buen vecino, sin referirse exclusivamente a las demás repúblicas americanas. Pero en su discurso del Día Panamericano, el primer 14 de abril después que tomó posesión, el Presidente insistió en especial sobre este aspecto de su política exterior como la línea de conducta que seguiría

su gobierno en sus relaciones con los pueblos del nuevo mundo. Como sus palabras fueron inmediatamente seguidas de acción práctica en nuestro hemisferio, al cabo de pocos meses en la América latina, y luego en los Estados Unidos, comenzó a considerarse que la expresión "buen vecino" era especialmente aplicable a la política que seguía nuestro gobierno en sus tratos con las otras veinte repúblicas. Se la ha asociado ahora tan definitivamente con las relaciones interamericanas que se perdió el sentido más universal con que la usara el Presidente en su primer mensaje.

Tuve la suerte de que se me encomendara la primera aplicación importante de la política del buen vecino en las relaciones interamericanas. Pocos antes de 1933, los acontecimientos de Cuba habían puesto al gobierno de Wáshington en una situación muy embarazosa. El presidente de Cuba, General Machado, había sido elegido en 1925 por un período constitucional de cuatro años, y en 1928, usando métodos que fueron generalmente considerados inconstitucionales y poco honestos, consiguió que se modificara la Constitución en el sentido de extender el período presidencial para el cual fué elegido, y de autorizar un segundo período de seis años en lugar de los cuatro originales.

La crisis mundial había afectado profundamente a Cuba. El 85 por ciento de sus rentas provenía de la venta de azúcar en los mercados mundiales, y su prosperidad dependía de que pudiera vender a los Estados Unidos con una utilidad razonable. El gran aumento de las tarifas del azúcar creado por la ley aduanera Smoot-Hawley, había reducido rápidamente al pueblo cubano a la pobreza más abyecta que había conocido en toda su historia independiente.

El Presidente Machado obtuvo grandes préstamos en los Estados Unidos para la construcción de una serie de obras públicas, que aumentaron enormemente la deuda nacional cubana; además, en el gasto de esos dineros predominaron notoriamente una gran corrupción y deshonestidad administrativas. Estos hechos habían causado considerable hostilidad popular en Cuba contra el gobierno de Machado.

Como muchos espíritus tiránicos de su tipo cuando ejercitan el mando, el Presidente Machado estaba convencido de que su gobierno contaba todavía con el apoyo del pueblo. Estaba seguro de que la oposición hacia él, cada día más explícita y violenta, era estimulada por los que llamaba agitadores "comunistas" y opositores profesionales, que entrarían rápidamente en vereda si se les reprimía con mano fuerte. La violencia y sanguinaria crueldad de sus medidas de represión provocaron inmediatamente estallidos no menos violentos de la oposición. No sólo los partidos políticos opuestos a Machado recurrieron a medidas extremas contra el gobierno, tales como un movimiento revolucionario abortado que encabezó el ex presidente Mario G. Menocal, sino que además la nueva generación, incluyendo los estudiantes de la universidad y de los colegios secundarios, pronto asumió la dirección de la campaña.

A principios de 1933 la situación había llegado a tal punto que el proceso de la vida institucional se detuvo, se paralizaron los negocios, dejaron de funcionar la universidad y las escuelas secundarias. Las atrocidades cometidas por la policía federal que manejaba el gobierno de Machado —muy semejantes a las que más tarde cometería la Gestapo nacista— levantaron una ola de indignación en las tres Américas.

La organización política secreta de Cuba, el A B C, compuesto por muchos de los profesionales más inteligentes y patriotas de la joven generación cubana, había usado por algún tiempo bombas y otras armas contra los miembros del gobierno de Machado. Casi no pasaba noche en La Habana en que no hubiera un atentado de asesinato o alguna cruel represalia de la policía secreta.

Todavía estaba en vigor el primer tratado entre Estados Unidos y Cuba, que concedía a los Estados Unidos el derecho de intervención armada si, a su juicio, las autoridades cubanas no podían proteger debidamente la vida y la propiedad. La administración Hoover cerró los ojos ante una situación que degeneraba rápidamente en anarquía y causaba indignación en el mundo occidental; se limitó a declarar que,

como el gobierno del General Machado había sido reconocido por los Estados Unidos en calidad de gobierno constitucional de Cuba, no daría ningún paso para coartar en forma alguna la libertad que tenía el gobierno de Machado para acabar con el desorden por los medios que creyera convenientes.

Con la subida del Presidente Roosevelt se produjo una pequeña calma. El gobierno interrumpió por el momento la serie de asesinatos policiales, y los grupos de oposición refrenaron igualmente sus actos de violencia contra las autoridades. Ambos bandos esperaban ver el curso que seguiría el nuevo gobierno de los Estados Unidos.

El Presidente Roosevelt veía claramente dos hechos: primero, que aunque el tratado con Cuba daba a nuestro país el derecho de intervenir, cualquier intervención sería contraria a la línea general de la política interamericana que él se había trazado; segundo, que era preciso poner término a un estado de cosas en que el crimen gubernativo y el asesinato clandestino eran el pan de cada día. No se podía permitir que continuase indefinidamente una situación semejante a las puertas de los Estados Unidos, y especialmente en un país ligado al nuestro por un tratado que establecía vínculos particularmente estrechos y al cual nuestro pueblo tenía en particular estima.

Para nuestro gobierno, la única solución era tratar de resolver las dificultades por medio de negociaciones y de una mediación amistosa que respetara los derechos soberanos del pueblo de Cuba, y evitara cualquier acto de intervención oficial.

Fuí nombrado Embajador de los Estados Unidos en Cuba en el mes de abril de 1933. Recuerdo la conversación final que tuve con el Presidente en su estudio de la Casa Blanca la noche anterior a mi viaje. Su simpatía por el pueblo cubano era verdadera y profunda. Confiaba en que fuese posible persuadir al gobierno y a los líderes de los partidos y grupos de oposición de que accedieran a llegar a un acuerdo sobre el camino que se podría seguir, dentro de lo establecido por la constitución de Cuba, para realizar un cambio de administración que permitiera al pueblo cubano continuar su vida política bajo nuevos auspicios.

Sólo es posible aquí hacer un breve relato de los sucesos más sobresalientes ocurridos en Cuba en ese dramático verano de 1933. La personalidad del Presidente Machado indudablemente habría cautivado el interés de un psiquiatra. Era un hombre de vigor y de fuerza, de ideas enteramente autocráticas y reaccionarias y, según creo, movido más que nada por un apasionado sentimiento de rencor al comprobar que la popularidad de sus comienzos se había convertido en un odio violento del pueblo contra él. Su vida estaba en constante peligro; tenía que viajar casi en secreto entre el palacio de La Habana y su casa de campo en las afueras de la capital. Repetidas veces discutimos, en las frecuentes conversaciones que tuve con él, los horribles detalles de los asesinatos que cometía su policía secreta, especialmente los de jóvenes patriotas casi niños todavía; pero nunca pude advertir la más leve indicación de que no considerara enteramente justificados esos actos de bárbara crueldad. En los últimos días de su gobierno ocurrió uno de los peores incidentes. La policía de La Habana hizo fuego sobre una muchedumbre completamente desarmada que marchaba con todo orden por una de las principales avenidas, y mató a muchas personas inocentes. Recuerdo con toda claridad que el Presidente Machado consideró este incidente como sin ninguna importancia y agregó: "El hecho es que más de la mitad de los muertos ni siquiera eran cubanos, eran extranjeros". Y, sin embargo, yo había visto con mis propios ojos que una tarde, cuando me mostraba la colección de animales que había establecido en su casa de campo, se le cayeron las lágrimas al descubrir que una de las palomas de su pajarera se había roto el pescuezo al volar contra su jaula.

Sea que hubiera sido condición natural en él o resultado del antagonismo que despertaba en su espíritu la oposición popular, el hecho es que la vida humana había perdido todo valor para Machado. Los miembros de su gabinete, excepto uno, lo servían incondicionalmente y ejecutaban sus órdenes, aunque —como me consta de algunos de ellos— con la mayor

repugnancia. La excepción era su Secretario de Estado, el Dr. Orestes Ferrara, napolitano muy aparatoso que había llegado a Cuba muy joven y que había participado activamente en la política cubana desde la edad de diecisiete años. Había dedicado mucho tiempo al estudio de la vida y obras de Maquiavelo, del cual publicó una biografía bastante buena en este país. El Dr. Ferrara había pasado algunos años en Wáshington como embajador de Cuba, y tenía desde antiguo estrechas conexiones con ciertas empresas de negocios de este país. Había logrado convencer al Presidente Machado de que tenía gran influencia en los Estados Unidos y de que eran tan buenas sus relaciones en Wáshington que, aun con el nuevo gobierno, este país no daría ningún paso que pudiera significar la más leve desaprobación del gobierno de Machado. Pronto quedó en evidencia lo erróneo de esta predicción, pero el Dr. Ferrara, que se había dirigido a Europa a comienzos del verano, estaba lejos cuando se produjo la crisis.

Después de muchas semanas de negociaciones, el Presidente Machado y los líderes de la mayoría de los partidos y grupos de oposición, convinieron en aceptar mi mediación como Embajador de los Estados Unidos para encontrar una solución del problema político que hiciera posible la cooperación del gobierno norteamericano con el de Cuba para aliviar la situación, cada día más intolerable, del pueblo cubano.

La única solución viable que permitía la Constitución, era que el presidente renunciara y que el más alto miembro de su gabinete asumiera el mando como su sucesor hasta que se llamara a elecciones y se instalara un nuevo gobierno. Las gestiones de mediación progresaron muy satisfactoriamente por un breve tiempo, aunque vi desde un comienzo que el Presidente Machado pondría toda clase de obstáculos para evitar una solución que provocara su renuncia. Pero en los primeros días de agosto, un motín espontáneo del ejército cubano se hizo cargo de la situación y lo obligó a huir de Cuba el 12 de agosto. El desorden prevaleció en La Habana y en muchas otras regiones durante varios días antes de que fuese posible restablecer el orden.

Entretanto, los jefes de los partidos de oposición habían elegido como Presidente Provisional al Dr. Carlos Manuel de Céspedes, hijo único del gran patriota cubano del mismo nombre, en cuyo gabinete estuvieron representados todos los grupos que contribuyeron a su elección.

Durante el breve período de anarquía por el que atravesó Cuba en agosto de 1933, hubo, por supuesto, numerosos pedidos de intervención armada norteamericana. Éstos provenían de unas pocas corporaciones de este país con intereses en Cuba, pero, más que todo, de acaudalados representantes de la colonia española residente, los cuales sostenían desde hacía muchos años que el derecho de intervención en Cuba que el tratado concedía a los Estados Unidos era no sólo un derecho, sino también un deber que nuestro gobierno tenía la obligación de cumplir cada vez que esos comerciantes españoles sintiesen amenazados sus derechos de propiedad. La verdad es que no corrió riesgo la vida de ningún ciudadano de este país y, si mal no recuerdo, tampoco la de ningún extranjero. La hostilidad de las turbas que se pasearon unos pocos días por Cuba estaba dirigida exclusivamente contra los miembros de la policía secreta de Machado que habían cometido los crímenes más brutales.

Todas las peticiones de intervención fueron rechazadas de plano. Sin embargo, como medida precautoria, el Presidente Roosevelt ordenó que se enviaran a Cuba algunos barcos de nuestra escuadra para que sirvieran de refugio a los ciudadanos norteamericanos u otros extranjeros cuyas vidas se encontrasen en peligro y que no tuvieran otro medio de escapar de las violencias de las turbas. Al mismo tiempo, el Presidente sentó el precedente de lo que había de ser la política de su administración: consultar con las demás repúblicas americanas cada vez que los Estados Unidos se vieran en la necesidad de tomar medidas que afectaran a cualquier pueblo del hemisferio. El Presidente reunió en la Casa Blanca a todos los representantes diplomáticos de las repúblicas americanas que se encontraban en Wáshington y les habló con gran detalle y franqueza acerca de la situación que se había presentado en Cuba. Les

dijo que a pesar de que los Estados Unidos no harían uso del derecho de intervención que le reconocía el tratado, la situación amenazaba convertirse en un caos gubernativo con todas sus consecuencias, las cuales necesariamente tenían que preocupar a todas las naciones americanas. El Presidente no pidió ni sugirió ningún paso que pudiera dar la familia interamericana, sino que se limitó a hacer una franca exposición de las circunstancias para que los demás gobiernos americanos tuvieran una completa información oficial de lo que había sucedido y de las razones que habían aconsejado el envío de barcos de guerra norteamericanos a los puertos de Cuba.

Ni un solo marinero norteamericano desembarcó en territorio cubano. A fines de agosto, la situación se había tranquilizado a tal punto que los pocos barcos que habían sido enviados a Cuba fueron retirados.

A principios de septiembre, sin embargo, los esfuerzos constructivos del gobierno de Céspedes para aliviar la miseria del pueblo cubano fueron interrumpidos repentinamente por un segundo motín del ejército, dirigido por los suboficiales contra los oficiales de carrera, a la gran mayoría de los cuales se culpaba de haber sido responsables de los excesos cometidos por el gobierno de Machado. Este segundo motín, encabezado y en gran parte ideado por Fulgencio Batista, hombre extraordinariamente brillante y capaz, que ahora ocupa la presidencia de Cuba, no tenía por objeto derrocar al gobierno de Céspedes; lo que ocurrió fué que, en las últimas etapas de la conspiración, unas cuantas figuras políticas de segundo orden se asociaron al movimiento y provocaron una situación tal que obligó a renunciar al Dr. Céspedes y a los miembros de su gabinete.

Durante un breve período, la dirección de los asuntos cubanos estuvo a cargo de un comité inspirado y dominado principalmente por el consejo de estudiantes de la Universidad de La Habana. Después de unas cuantas semanas de desorganización y esterilidad, uno de los miembros del comité, el Dr. Grau San Martín, conocido médico de La Habana, apareció como única cabeza visible del grupo civil del que entonces se llamó el nuevo gobierno provisional.

Desgraciadamente, los desórdenes aumentaron en número y en gravedad. El nuevo gobierno provisional, aunque proclamó su intención de ayudar al hombre del pueblo y promulgó una serie de decretos para mejorar la condición de las clases trabajadoras, era completamente incapaz de mantener siquiera una apariencia de orden; los obreros se apoderaban de una propiedad tras otra, y casi toda la industria se vió obligada a cerrar sus puertas, con lo cual, naturalmente, desaparecieron las oportunidades de encontrar trabajo. El gobierno parecía no considerar el hecho de que el mejoramiento de la situación de los trabajadores que había decretado, sería puramente teórico mientras no hubiera trabajo y mientras las plantaciones y las industrias siguieran bajo el control de los obreros. Pequeñas revueltas esporádicas estallaron en varias partes de la república, y a fines de noviembre se había producido, otra vez, un serio estado de anarquía.

La actitud de tolerante expectativa que la mayoría del pueblo cubano había tenido para considerar al nuevo gobierno, cristalizó pronto en una oposición sistemática, y el gobierno, a excepción de unos cuantos miembros de las clases profesionales, perdió el apoyo de todos los partidos políticos establecidos, de los intereses comerciales y financieros y de todas las organizaciones responsables de trabajadores.

El que nuestro gobierno no hubiera reconocido el régimen provisional de Cuba encabezado por el Dr. Grau San Martín, provocó las más enconadas protestas de sus adherentes, las cuales se dirigieron en particular contra mi persona. Siempre he creído que, como estaba en vigencia en esa época el tratado de 1901 que reconocía a nuestro gobierno el derecho de intervención en Cuba, y sólo por ese hecho, el gobierno de los Estados Unidos hubiera faltado a sus obligaciones para con el pueblo cubano si hubiera apoyado oficialmente un régimen de facto que, según su considerada opinión, no contaba con la aprobación de la gran mayoría del pueblo de Cuba y había demostrado una desastrosa incompetencia en todas las ramas

de la administración pública. Mientras estuviera en vigor el tratado que contenía la llamada "Enmienda Platt", la opinión pública cubana creería que el reconocimiento de un gobierno por los Estados Unidos significaba el apoyo oficial de los Estados Unidos a ese gobierno. La caída del régimen de Grau San Martín en el invierno siguiente, como consecuencia de la enérgica actitud del coronel Batista, y la selección de un honorable patriota cubano, el coronel Carlos Mendieta, como presidente provisional, fué indudablemente muy bien recibida por la gran mayoría del pueblo. Este fué el primer paso en el largo proceso por el que tuvo que pasar Cuba para volver al gobierno constitucional, a la prosperidad económica y a una estabilidad social normal.

Sin embargo, creo que ahora, que ya no existe ningún tratado por el cual se reconozca a los Estados Unidos el derecho de intervención en ninguna de las repúblicas del hemisferio, la más sabia política interamericana con respecto al reconocimiento es la que se conoce con el nombre de Doctrina Estrada, de acuerdo con la cual cualquier gobierno que llegue al poder es reconocido automáticamente. En esta forma, nunca se interrumpirían las relaciones diplomáticas entre las repúblicas americanas, salvo en el caso de que surgiera una controversia entre dos o más de ellas a raíz de la cual las relaciones fueran intencionalmente suspendidas. Como lo expresó el Ministro de Relaciones Exteriores de Méjico en 1934, el procedimiento indicado por la Doctrina Estrada "no da lugar a regateos diplomáticos ni hiere en ninguna forma la dignidad y la independencia de un Estado".

El reconocimiento por los Estados Unidos de un gobierno que llega al poder en alguna república americana por medios extraconstitucionales, es generalmente interpretado por el resto del hemisferio como una aprobación de la política y de la composición del nuevo régimen. Por lo tanto, en las condiciones actuales, este hecho implica, en sí mismo, por lo menos una sugestión de intervención. Si se adoptara la Doctrina Estrada se evitaría este inconveniente y el reconocimiento sería lo que debe ser: el mero reconocimiento oficial de un hecho — un hecho que significa que la suprema autoridad ejecutiva de un Estado americano está en ese momento en manos de determinados grupos o individuos.

También evitaría la interrupción de todos los medios oficiales de comunicación, cosa que a menudo causa graves inconvenientes; es mucho más fácil asegurar el entendimiento entre los pueblos cuando los gobiernos mantienen relaciones normales.

Las revoluciones de Cuba repercutieron en la Séptima Conferencia Panamericana que se reunió en Montevideo a fines de 1933. Cuando ésta se celebró, el gobierno de Roosevelt había estado solamente seis meses en el poder y, a excepción del caso de Cuba, había tenido muy poca oportunidad de poner en práctica la política del buen vecino; de modo que la mayoría de los gobiernos americanos no tenían la menor confianza en las verdaderas intenciones u objetivos finales de nuestro gobierno. La sinceridad de las declaraciones del Presidente Roosevelt con respecto a la no intervención tenía que ser demostrada por los hechos. Era muy natural que la delegación, ruidosa pero inexperta, que envió a la Conferencia el gobierno del Dr. Grau San Martín, prorrumpiera en invectivas contra la negativa de los Estados Unidos y de la gran mayoría de las demás repúblicas americanas a reconocer oficialmente el gobierno provisional de Cuba. Los delegados cubanos decían, naturalmente, que esa política olía a intervención en los asuntos internos de Cuba.

La delegación de los Estados Unidos trató de apaciguar esos temores. El Secretario de Estado firmó, como jefe de la delegación, el convenio sobre Derechos y Deberes de los Estados, que prohibe en su artículo octavo la intervención de cualquier Estado "en los asuntos internos o externos de otro".

Han pasado diez años y ya nos extraña que haya sido necesario contraer semejante compromiso entre las naciones de América. Sin embargo, los Estados Unidos no habrían podido hacer nada mejor en esa época para aquietar completamente los antagonismos y las sospechas de sus vecinos, que tenían su origen en la actitud despótica observada por nuestro

gobierno en las décadas anteriores. Con su rechazo de intervenir en Cuba, y con el compromiso oficial —ratificado luego por el Senado de los Estados Unidos— de adoptar la no intervención como parte de su política nacional, el gobierno de Roosevelt dió el primer gran paso hacia la creación de una nueva amistad interamericana.

En diciembre de 1933 fuí relevado de mi puesto de Embajador en Cuba para recibir el nombramiento de Adjunto Secretario de Estado [1], cargo que había desempeñado durante unas pocas semanas a comienzos de ese año. En el Departamento se me asignó a la jurisdicción general de asuntos interamericanos. Había muchísimos y variados problemas que requerían atención urgente; estaba a la vista que algunos de ellos se podían resolver rápidamente, pero otros demandaban paciencia, tiempo y la benévola cooperación de los gobiernos interesados para que fuese posible llegar a su solución.

En la segunda categoría había problemas tan imperiosos como la necesidad de revisar toda la estructura de nuestras relaciones con el gobierno y el pueblo de Panamá. En el año de 1903, inmediatamente después de haber reconocido su independencia, los Estados Unidos firmaron un tratado con Panamá. Este tratado, que se refería principalmente a los problemas creados por la construcción y el mantenimiento del Canal, contenía muchas disposiciones que restringían severamente derechos y privilegios de los panameños que normalmente corresponden a todo pueblo libre y soberano, y que eran totalmente contrarias a los principios de política interamericana que había establecido el Presidente Roosevelt.

En primer lugar, este tratado, lo mismo que el cubano, daba a nuestro gobierno el derecho de intervenir por la fuerza, y concedía, además, a los Estados Unidos un derecho ilimitado de ocupar todos los terrenos y aguas de la república de Panamá que en cualquier momento considerara necesarios para el mantenimiento o la seguridad del Canal. En la práctica,

[1] En la organización administrativa del Departamento de Estado, bajo la autoridad del Secretario de Estado están el Subsecretario y cuatro Secretarios Adjuntos (Assistant Secretaries).

este derecho había impuesto al pueblo panameño una obligación equivalente a reconocer a los Estados Unidos una hipoteca ilimitada sobre toda la propiedad raíz existente en la jurisdicción de Panamá, hipoteca que no sólo podía ser ejecutada en cualquier momento, sino que ya lo había sido en muchas ocasiones. El derecho de determinar las tierras y aguas necesarias para tales fines había pasado casi exclusivamente a los jefes navales y militares norteamericanos encargados de la zona del Canal.

Aun el observador menos perspicaz habría podido darse cuenta de que en no pocas ocasiones se había usado ese derecho en forma que era a la vez injusta e indebidamente onerosa en sus efectos para los panameños. Uno de los casos más evidentes ocurrió cuando las autoridades militares del Canal, con una rapidez fulminante y sin previo aviso al gobierno de Panamá, se apoderaron de toda la propiedad privada en la isla de Tobago, el sitio de veraneo favorito de muchos panameños, para que luego, cuando ya se habían realizado todas las evicciones, las autoridades militares decidieran que la isla no era necesaria para fines militares.

Fuera de estas usurpaciones de la soberanía panameña, otra fuente de humillantes incomodidades era que la Zona del Canal dividía a la república en dos partes, y que ningún panameño, aunque fuese un alto funcionario del gobierno, podía pasar de un lado a otro sin el consentimiento de las autoridades norteamericanas. Había también un serio reclamo por el hecho de que los comisariatos de la Zona del Canal, que importaban mercaderías sin pagar derechos, podían vender más barato que los comerciantes panameños, privándolos así del negocio con los turistas creado por el Canal. Los círculos comerciales de Panamá se quejaban, además, con todo fundamento, de que el gobierno de la Zona del Canal no hacía ningún esfuerzo por estimular el desarrollo de la agricultura panameña haciendo sus compras en los mercados del país, sino que prefería traer sus abastecimientos de regiones tan distantes como Nueva Zelandia y Australia.

Durante muchos años los gobiernos de nuestro país consi-

deraron que la construcción del Canal había dado al pueblo panameño oportunidades y derechos que en otra forma jamás habría poseído, y que, por lo tanto, era una insensatez y una muestra de ingratitud que se quejaran.

En 1926, durante la administración de Coolidge, se había hecho un esfuerzo para introducir ligeras modificaciones en las cláusulas más onerosas del tratado de 1903, y se negoció un nuevo tratado. Sin embargo, la Asamblea Nacional de Panamá se negó a ratificarlo, en la convicción de que no aliviaba casi en nada las dificultades del pueblo panameño. Otra objeción era que el nuevo tratado disponía que se cediera a los Estados Unidos el terreno en que estaba situada la población de Nuevo Cristóbal, en los alrededores de la ciudad de Colón, donde vivían muchos de los empleados civiles de la zona del Canal.

El resentimiento del pueblo de Panamá había llegado a ser tan intenso a mediados de 1933, que el Presidente Roosevelt aprovechó la visita a Wáshington del Dr. Harmodio Arias, entonces presidente electo de Panamá, para publicar una declaración conjunta en nombre de los dos presidentes, en la cual se aseguraba a los panameños que se harían los más sinceros esfuerzos para remediar las causas de sus justas quejas.

Poco después de mi regreso a Wáshington, a principios de 1934, y con la autorización del Presidente, que estuvo al tanto de cada paso de las negociaciones, comencé a preparar un nuevo tratado que reemplazara al de 1903. Los tres comisionados que designó el gobierno de Panamá fueron el ex-presidente Dr. Ricardo J. Alfaro, el Dr. Narciso Garay, varias veces ministro de relaciones exteriores, y el Dr. Carlos López.

Las negociaciones duraron más de un año y medio. Todos tratamos de encontrar una fórmula que, sin menoscabo alguno del derecho de los Estados Unidos de proteger, administrar y mantener el Canal y de aumentar su capacidad en cualquier momento en que fuera necesario, derogara las cláusulas del tratado atentatorias contra la soberanía de la república y las que implicaban una injusta carga para sus ciudadanos. En

el nuevo tratado que finalmente se acordó, Panamá se comprometía, como socio de los Estados Unidos, a tomar todas las medidas necesarias para la protección del Canal y para su administración eficiente; se abolieron todas las cláusulas que permitían la intervención de los Estados Unidos, y en una larga serie de convenios suplementarios se hicieron arreglos que desde entonces han estimulado enormemente los intereses económicos de Panamá y han hecho desaparecer la causa de las legítimas quejas de los intereses comerciales panameños. El tratado, que se firmó en 1936 y fué ratificado luego por ambos gobiernos, ha creado una base completamente nueva, de cooperación y responsabilidad conjunta, para las relaciones entre los dos países, y ha eliminado los profundos agravios que durante tantos años crearon un explicable resentimiento contra los Estados Unidos en ese país.

Cuando la crisis mundial de 1939, el gobierno de Panamá tomó todas las medidas necesarias de acuerdo con el tratado de 1936, para ayudar a mantener la seguridad del Canal; dos años más tarde, cuando nuestro país se vió atacado, Panamá declaró sin vacilación la guerra a los enemigos de los Estados Unidos y se puso en todo sentido a nuestro lado. Ha habido posteriormente convenios de menor importancia para zanjar cuestiones suscitadas por la guerra. En lo esencial, sin embargo, el tratado de 1936, por su espíritu de amistosa justicia para con el pueblo panameño, era la mejor garantía que podían tener los Estados Unidos de que Panamá sería nuestro aliado y colaborador en la vital tarea de mantener el funcionamiento del Canal después del ataque de Pearl Harbor.

La situación mejicana era también un campo casi ilimitado de acción para el mejoramiento de las relaciones entre los dos países, que constituyen tal vez la página más triste en la historia de las relaciones de los Estados Unidos con sus vecinos americanos.

Muchas de las controversias entre los dos países provenían de medidas tomadas por los Estados Unidos, en flagrante violación, a veces, de la equidad y de la cortesía inter-

nacionales, y en otros casos inspiradas, para decir lo menos, en decisiones imprudentes. Uno de éstos es la conocida disputa de "Chamizal" sobre la soberanía de una pequeña región en la frontera de las dos repúblicas; la disputa fué sometida a arbitraje, y el gobierno de los Estados Unidos se negó a aceptar la decisión del árbitro.

En otros casos, era el gobierno de Méjico el que obraba equivocadamente o sin prudencia, como cuando expropió terrenos pertenecientes a ciudadanos norteamericanos para distribuirlos entre los obreros agrícolas mejicanos sin pagar por ellos una compensación justa o equitativa.

Había otros casos en los que no se podía decir que alguno de los dos gobiernos tuviera la culpa y en los que era, sin embargo, muy difícil llegar a un acuerdo debido a que estaban comprometidos los intereses internos de uno u otro país. Tal era el dificilísimo problema de la distribución de las aguas del Río Grande y del Bajo Colorado entre los dos países.

He mencionado solamente estos tres ejemplos mejicanos como típicos de muchos otros del mismo carácter, la mayoría de los cuales se prestaban para un tipo de propaganda que habría sido sumamente pernicioso para las relaciones de verdadera amistad entre los dos países. En 1933, por ejemplo, y en los años siguientes, las restricciones impuestas al culto religioso en Méjico causaron grave inquietud moral en un vasto sector de la población norteamericana. El gobierno había llegado hasta el punto de cerrar todas las iglesias y de prohibir la pública celebración de la misa. Afortunadamente, hoy en día la libertad religiosa en Méjico es un derecho establecido.

Me complazco en declarar que, tanto bajo la presidencia del General Cárdenas como bajo la de su sucesor, el General Avila Camacho, el gobierno de Méjico se ha mostrado tan sinceramente deseoso como el de los Estados Unidos de encontrar una solución justa a todos estos problemas.

Mucho después de haber comenzado las gestiones para arreglar esta larga lista de disputas, se creó una seria dificultad con la repentina expropiación por el gobierno de Méjico de las propiedades petroleras pertenecientes a compañías

extranjeras. Sin embargo, también en este caso y gracias a la insistencia personal del Presidente Roosevelt, se evitó la actitud arbitraria y prepotente que sin duda habrían tomado los Estados Unidos unos años antes; y aunque había de por medio graves cuestiones de derecho y de cortesía internacionales, se las ha ido solucionando poco a poco. El nombramiento por ambos gobiernos de una comisión encargada de tasar las propiedades y de fijar una justa compensación para los propietarios norteamericanos, resolvió lo que al principio pareció que iba a convertirse en un conflicto insoluble.

La política cordial y cooperativa que invariablemente ha seguido nuestro gobierno en todas sus relaciones con Méjico durante los últimos once años, ya ha dado sus frutos. Las bases que hoy existen para la amistad entre los dos países hubieran parecido inconcebibles muy poco tiempo atrás.

Cuesta creer hoy en día que solamente hace veinticinco años, durante la primera guerra mundial, el mismo vecino que ahora coopera tan sinceramente con el esfuerzo de guerra de las Naciones Unidas, fuera motivo de tanta preocupación acerca de nuestra propia seguridad.

A raíz de nuestra invasión del territorio mejicano y del incidente de Veracruz y otros similares, la indignación contra Estados Unidos en todas las clases mejicanas estaba al rojo blanco. Los esfuerzos alemanes para dirigir contra los Estados Unidos la hostilidad de los mejicanos son de todos conocidos. En la segunda guerra mundial, el gobierno mejicano se ha señalado en la defensa de los mismos ideales por los cuales lucha este país; ha estado firmemente a nuestro lado desde el ataque a Pearl Harbor, y desde que Méjico se vió obligado a entrar a la guerra como consecuencia de la agresión alemana, la cooperación militar y naval que nos ha dado ha sido completa y muy eficaz.

Cuando el Presidente Roosevelt y el Presidente Avila Camacho se visitaron mutuamente en abril de 1943, no cabía lugar a dudas que se había borrado en gran parte el recuerdo de nuestras turbulentas relaciones.

Mucho del mérito de esta feliz situación debe atribuirse

con toda justicia al Presidente Avila Camacho. Dedicado por completo a los intereses de sus conciudadanos y a los esfuerzos de su administración —que ya han dado resultados tan espléndidos— para consolidar y perpetuar las progresistas medidas iniciadas por su predecesor, el General Cárdenas, el Presidente Avila Camacho ha manifestado con toda claridad que, a su juicio, la amistad y la comprensión con los Estados Unidos son necesarios para el bienestar del pueblo mejicano. Gobernante capaz, compelido por la naturaleza de sus deberes a dedicar la mayor parte de su tiempo a problemas puramente nacionales, está, no obstante, plenamente informado de todos los aspectos de los asuntos internacionales. Posee una sorprendente intuición de las corrientes y tendencias del mundo en la hora presente, y su percepción de la política mundial es de una agudeza que pocas veces he encontrado en estadistas europeos. En la conducta de las relaciones exteriores de Méjico su excepcionalmente bien calificado ministro, Dr. Padilla, se ha revelado como su digno colaborador.

Las gestiones hechas para resolver todos estos problemas continentales son prueba evidente de que en los primeros años de la administración de Roosevelt no había casi ningún aspecto de nuestras relaciones con los países latinoamericanos que no necesitara algún reajuste a fin de preparar el camino para el entendimiento interamericano que con tanto fervor deseaba el Presidente.

Cuando los futuros historiadores juzguen el don del Presidente Roosevelt para comprender los asuntos internacionales y su visión en el campo de las relaciones interamericanas, reconocerán tal vez como la más meritoria su iniciativa de sugerir, en 1936, la reunión de una conferencia especial interamericana con el único objeto de buscar el mejor camino para mantener la paz en el nuevo mundo y salvaguardar su futura seguridad. A comienzos de 1936, el Presidente veía ya todos los peligros que amenazaban la paz del mundo; veía también que si estallaba un conflicto mundial, la estructura de las relaciones interamericanas, a pesar de lo mucho que

habían mejorado, no estaría aún lo bastante fuerte para soportar las tensiones que inevitablemente crearía una segunda guerra mundial aun más grande que la anterior. Le parecía imperioso hacer todos los esfuerzos posibles para reforzar con instrumentos más firmes y detallados los convenios interamericanos existentes.

Como es costumbre en los sondeos diplomáticos, antes de dar ningún paso oficial nuestro gobierno trató de informarse confidencialmente de cuál sería la reacción de los demás gobiernos americanos ante la idea del Presidente. Los embajadores de los Estados Unidos en las capitales de las diversas repúblicas americanas, recibieron instrucciones de discutir privadamente estos planes con los ministros de relaciones exteriores. La reacción, en general, fué más que satisfactoria. Los gobiernos de las repúblicas americanas, con pocas excepciones, miraban ya con temor la situación mundial y estaban de acuerdo en que se debería dar algún paso tendiente a que todos ellos se prepararan para el momento de la crisis. Recuerdo, sin embargo, que cuando tratamos de conocer la opinión del gobierno argentino, éste hizo constar que aceptaría con mucho mayor gusto la proposición si el Presidente sugiriera que la conferencia se reuniese en Buenos Aires. Nuestro gobierno no tuvo ningún inconveniente en aceptar esta sugestión, aunque tal vez era menos satisfactoria para algunas de las repúblicas.

Una vez terminadas las negociaciones preliminares y confidenciales, el Presidente dirigió cartas personales a todos los presidentes de las demás repúblicas americanas, de las cuales se reproducen los siguientes párrafos:

"La Casa Blanca.

"Wáshington, enero 30 de 1936.

"Señor Presidente:

"El acuerdo a que han llegado los gobiernos de Bolivia y Paraguay sobre los protocolos de paz recientemente negociados en Buenos Aires, han procurado una profunda satisfacción al gobierno

y al pueblo de los Estados Unidos, por cuanto los induce a confiar en que existe ahora la expectativa de una solución justa y permanente de esta trágica controversia, que se ha prolongado tanto tiempo, que ha causado el sacrificio de tantas vidas, y que ha oprimido con una carga de gastos tan abrumadora a los ciudadanos de los dos países beligerantes.

" Acaricio la sincera convicción de que ha llegado el momento en que las repúblicas americanas, por intermedio de sus representantes designados para reunirse en torno a una mesa de común consejo, deben aprovechar esta oportunidad tan favorable para considerar su responsabilidad conjunta y la necesidad que todas tienen de hacer menos probable en el futuro el estallido o la continuación de hostilidades entre ellas, para servir con ello, en forma eminentemente práctica, la causa de la paz permanente en el hemisferio occidental.

. . . .

" Me ha parecido que los gobiernos americanos, en vista de tales razones, pueden acoger favorablemente la sugestión de que en una fecha próxima sea convocada una conferencia interamericana extraordinaria que se reúna en Buenos Aires, si lo tiene a bien el gobierno de la República Argentina, o, si no, en alguna otra capital de este continente, para determinar la mejor manera de resguardar el mantenimiento de la paz entre las repúblicas americanas — ya sea, quizás, mediante la pronta ratificación de todos los instrumentos para la paz interamericana que ya se han negociado, o mediante la enmienda de los instrumentos de paz existentes en la manera que la experiencia haya demostrado ser la más necesaria, o, tal vez, mediante la creación, de común acuerdo, de

nuevos instrumentos de paz en adición a los que ya han sido formulados.

" Tales medidas, además, adelantarían la causa de la paz mundial, en cuanto los acuerdos a que pueda llegarse suplementarían y corroborarían los esfuerzos de la Sociedad de las Naciones y de todos los otros organismos de paz existentes o futuros encaminados a la prevención de la guerra.

. . . .

" Me dirijo personalmente a Vuestra Excelencia, en vez de usar las vías diplomáticas acostumbradas, porque pienso que las cuestiones de que se trata son de tal importancia para el pueblo de este continente que justifican un intercambio personal de opiniones entre los presidentes de las repúblicas americanas.

" Con la expresión de mi cordial aprecio, créame, señor Presidente, devotamente suyo,

FRANKLIN D. ROOSEVELT."

Las notas de aceptación se recibieron inmediatamente, resolviéndose que la conferencia se realizaría para diciembre de 1936.

En noviembre de ese año el presidente Roosevelt fué elegido por un segundo período, pero mucho antes de que se supiera el resultado de las elecciones decidió ir a Buenos Aires para asistir a la sesión inaugural. Nunca olvidaré la recepción extraordinaria que se le hizo durante todo el recorrido oficial a través de la capital argentina. El entusiasmo del público no era superficial ni artificial. Cualquiera con algún conocimiento de la psicología de las multitudes podía ver que este recibimiento al Presidente de los Estados Unidos nacía del corazón y se debía en gran parte al hecho de que las masas argentinas, en su continuo gritar "Viva la democracia", aplaudían al hombre que consideraban el más alto exponente de la verdadera democracia en ese tiempo. No podía pedirse mejor prueba del cambio que se había

operado en el sentimiento popular gracias a la política de los tres años anteriores.

Todas las repúblicas americanas enviaron sus mejores estadistas a la conferencia de Buenos Aires. Al revisar hoy la larga lista de delegados encuentro los nombres de muchos que han dirigido los destinos de sus propios países —por lo tanto de todas las Américas—, en los ocho años que han pasado desde entonces.

A mi juicio, la Conferencia de Buenos Aires ha sido el más importante de todos los congresos interamericanos que se han celebrado hasta la fecha. La reunión consultiva de los ministros de relaciones exteriores que se realizó en Río de Janeiro en 1942, fué mucho más espectacular en todo sentido y de resultados prácticos más fundamentales, pero nunca habría podido tener un éxito tan completo si la Conferencia de Buenos Aires no hubiera colocado la primera piedra en el futuro edificio del verdadero panamericanismo.

En Buenos Aires se plantearon dos problemas fundamentales: primero, si las repúblicas americanas llegarían a un acuerdo para crear una maquinaria eficiente que operara con rapidez en caso de que una disputa intracontinental pusiera en peligro la paz, o de que la seguridad del hemisferio se viera amenazada desde afuera; segundo, si reconocerían conjuntamente que la amenaza contra la seguridad de cualquiera de las repúblicas comprometía la seguridad de todas las demás. Si no era posible dejar establecidos los dos principios enunciados, no se podría desarrollar un sistema regional ni tampoco conseguir la unidad del hemisferio en forma que asegurase una protección eficaz en casos de peligro inminente.

Poco después de la primera reunión de las delegaciones supe que la mayoría de ellas favorecerían el establecimiento de estos dos principios, y que la delegación argentina, presidida por el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Carlos Saavedra Lamas, se oponía a ambos.

Argentina se había opuesto desde hacía muchos años a la formación de cualquier organización interamericana con autoridad suficiente para decidir cuestiones políticas y en las cuales los Estados Unidos y el Brasil pudieran llegar a tener una influencia susceptible de amagar sus tradicionales intentos de arrogarse el derecho de hablar en nombre de las demás repúblicas hispanas de Sudamérica. El gobierno argentino, en la conferencia de Buenos Aires, había sido plenamente informado, por supuesto, de que nuestro gobierno quería proponer el establecimiento de un sistema interamericano por el cual se acudiera a una consulta inmediata de ministros de relaciones exteriores en caso de cualquier amenaza a la paz del hemisferio.

Tres años antes, o quizás cuatro, había tanta desconfianza en los motivos ulteriores de nuestro país, que una propuesta semejante habría caído en el vacío. Pero la aplicación práctica de la política del buen vecino había determinado un verdadero cambio en los sentimientos de las repúblicas americanas para con los Estados Unidos. Proposiciones que tiempo atrás hubieran sido consideradas con antagonismo, por deseables que hubieran parecido para el interés general, eran ahora recibidas con la mejor buena voluntad por todos los gobiernos americanos. Fueron hechos que el Dr. Saavedra Lamas no consideró en todo su valor.

Carlos Saavedra Lamas es uno de los estadistas más capaces que ha producido el hemisferio occidental en nuestra generación. Yerno de uno de los más grandes presidentes de la Argentina, Roque Sáenz Peña, se ha dedicado desde su juventud al estudio de la política internacional. Como Ministro de Relaciones Exteriores fué astuto y enérgico, incansable e intolerante. Era el más destacado exponente de la tesis de que las relaciones de Argentina con Europa son las más importantes, y de que sus relaciones con las demás repúblicas americanas, a excepción del Brasil, son completamente secundarias. Saavedra Lamas estaba firme en su decisión de que debía mantenerse la supremacía argentina como líder de los países hispanoamericanos y de que debía evitarse cualquier intento de los Estados Unidos para aumentar su influencia política en el hemisferio. Elocuente, brillante y dic-

tatorial, se convertía en la figura dominante de cualquier reunión en que tomara parte.

Debido tal vez a la participación que le había cabido en Ginebra y a su convicción de la poca importancia de los asuntos interamericanos, el Dr. Saavedra Lamas había adoptado una actitud de olímpico desdén, que no trataba de disimular, por las susceptibilidades de las repúblicas americanas más pequeñas. Pocos días después de la inauguración de la conferencia, el canciller argentino citó a los jefes de las cinco delegaciones de Centro América a su residencia privada y dirigiéndose a ellos en forma arrogante, les hizo saber sin rodeos que deberían rechazar inmediatamente las propuestas que apoyaban los Estados Unidos, pues no eran otra cosa que trampas para los incautos y nada menos que el instrumento por el cual los Estados Unidos esperaban extender su poder e influencia sobre las naciones pequeñas del hemisferio. El decano de las delegaciones centroamericanas, el admirable y universalmente respetado estadista Dr. Carlos Salazar, Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala, hablando en nombre de sus colegas, terminó abruptamente la entrevista haciéndole presente que los gobiernos centroamericanos no pedían consejo sobre lo que debían hacer.

La actitud de Argentina creó considerable tensión y fricciones personales durante todas las reuniones de la conferencia. Con todo, no tardó su delegación en comprender que se estaba batiendo en retirada y que casi todas las demás delegaciones americanas, con la posible excepción de dos, favorecían decididamente los principios apoyados por los Estados Unidos. La delegación brasileña, encabezada por el Ministro de Relaciones Exteriores Dr. José Carlos de Macedo Soares, en la que el Dr. Oswaldo Aranha tuvo tan brillante papel, contribuyó enormemente a que se aceptaran los dos principios.

La prueba final ocurrió en la sesión nocturna de uno de los subcomités de la conferencia, cuando el delegado argentino Dr. José María Cantilo, que después fué Ministro de Relaciones Exteriores, hablando en nombre del jefe de su

delegación, decidió transigir sobre el principio de consulta en forma que pareció aceptable a las otras delegaciones. Esta transacción está en el primer artículo de la "Convención para el mantenimiento, preservación y restablecimiento de la paz", que estipula una consulta interamericana cada vez que la paz de las repúblicas de América se vea amenazada.

Sin embargo, el gran triunfo de la conferencia de Buenos Aires es el segundo artículo de la Declaración, presentado por las delegaciones de las repúblicas centroamericanas y aprobado finalmente por unanimidad, en el cual se estipula "que toda acción susceptible de perturbar la paz de América afecta a todas y a cada una de las repúblicas americanas y justifica la iniciación del procedimiento de consulta indicado en la Convención para el mantenimiento, preservación y restablecimiento de la paz".

Sobre estos dos principios, unánimemente aceptados, se ha erigido toda la estructura del sistema interamericano que ha podido preservar la unidad del hemisferio al estallar la segunda guerra mundial.

Como contraste, la Conferencia Interamericana reunida en Lima en 1938 (que también casi fracasó por culpa de la delegación argentina), aunque adoptó un gran número de resoluciones, no hizo mucho más que suplementar los principios básicos adoptados en Buenos Aires. La Declaración de Lima determinó el procedimiento necesario para las consultas interamericanas, especificando que con tal objeto se convocaría a una reunión de ministros de relaciones exteriores de las repúblicas americanas. En Buenos Aires el Dr. Saavedra Lamas había logrado impedir que se adoptara este sistema consultivo tan necesario y deseable, al cual había calificado de "Unión Panamericana ambulante".

Durante el período que transcurrió entre la inauguración de la política del buen vecino y el estallido de la guerra en 1939, gran parte del trabajo de crear un nuevo tipo de relaciones interamericanas se había realizado tomando en cuenta consideraciones de orden económico y financiero. El programa de tratados comerciales que estimulaba la expor-

tación de nuestros productos a las repúblicas americanas y expandía el mercado norteamericano para las exportaciones de sus vecinos del sur, había producido un intercambio muy beneficioso para ambas partes y había contribuído mucho a neutralizar los desastrosos efectos de la ley de tarifas de 1930. Además, el establecimiento en los Estados Unidos del Banco de Exportación e Importación había facilitado la extensión de créditos por parte de los Estados Unidos en forma muy constructiva, cuando el capital privado se mostraba temeroso. Repetidas veces he visto la creación de nuevas industrias que hubieran requerido largo tiempo si se hubiera tenido que depender del capital privado. En mi opinión, las inversiones han sido seguras y el dinero prestado será restituído; y aunque así no fuera, estoy convencido de que las operaciones del Banco han contrarrestado eficazmente los esfuerzos de Alemania para extender su predominio financiero y comercial sobre las economías nacionales de muchas repúblicas americanas.

En esos años las actividades alemanas en centro y sudamérica no se limitaban al campo económico y financiero. Los agentes alemanes, y en menor grado los italianos, dieron muestras de tanta actividad en las otras repúblicas americanas como en los Estados Unidos. El gobierno japonés también tenía agentes en todas partes del hemisferio; pero, salvo en las regiones adyacentes al Canal de Panamá, constituían una molestia más bien que una amenaza efectiva. El Japón ha sido siempre muy torpe en sus relaciones con los países de habla española o portuguesa; sus inmigrantes no pueden ser asimilados y, lo mismo que en los Estados Unidos, su bajo standard de vida y su voluntad de trabajar más horas con menos paga, crea motivos de fricción. Solamente cuando se establecen en gran cantidad, como en el Brasil o en el Perú, podrían constituir un verdadero peligro. Los embajadores y los ministros japoneses tenían frecuentes reuniones en una u otra de las repúblicas, generalmente en el Brasil; estas reuniones eran vigiladas de cerca por los gobiernos interesados, y lo que se lograba saber de los asuntos tratados en ellas era una prueba más del escaso peligro que representaban sus actividades en el hemisferio, excepto las que desarrollaban en las regiones adyacentes al Canal de Panamá.

Cuando estalló la guerra en Europa, el 1º de septiembre de 1939, las repúblicas americanas estaban ya preparadas para el golpe. Casi todas ellas habían comprendido que la próxima lucha afectaría enormemente su seguridad, su estabilidad interna y su economía nacional. La cooperación interamericana iba a ser puesta a prueba.

De acuerdo con los grandes principios establecidos en Buenos Aires, todas las repúblicas pidieron que se efectuara inmediatamente una consulta intergubernamental, y, en septiembre de 1939, se celebró en Panamá la primera reunión consultiva de los ministros de relaciones exteriores.

2. — *El sistema interamericano resiste la prueba*

El anuncio de la primera reunión consultiva de los ministros de relaciones exteriores de América produjo gran expectación en todo el hemisferio.

La creciente aprensión sobre las repercusiones de la guerra europea en la seguridad del nuevo mundo aumentó por la actitud amenazante de las potencias del Eje. El gobierno japonés dirigió varias comunicaciones insultantes al gobierno de Panamá acerca del trato que se daba a los ciudadanos japoneses en esa república. El ministro alemán ante las repúblicas centroamericanas, con publicidad ofensiva, se trasladó a Panamá para estar presente durante las sesiones de la conferencia. Es natural que los gobiernos de las repúblicas del Caribe sintieran gran indignación. Una vez más, los gobiernos de Alemania y del Japón demostraban su incomprensión de la psicología de los pueblos de América.

Se había elegido Panamá como sitio de la primera reunión consultiva por las ventajas de su situación central, factor importante en una época en la que no era posible desperdiciar un solo día. La conferencia se inauguró el 23 de sep-

tiembre de 1939. El Presidente me había designado representante norteamericano, y llegué a Panamá pocos días antes de aquella fecha. Durante esos días visité a los delegados de las demás repúblicas americanas, y me llamó la atención el extraordinario deseo de unidad interamericana que mostraban todos ellos en forma tan sincera que parecía palpable. No había ninguna divergencia de opinión en cuanto a los principios morales comprometidos en la guerra europea, y existía la convicción de que el triunfo de los poderes del Eje cortaría las libertades alcanzadas por los pueblos de América y significaría un peligro cierto para la integridad del hemisferio. Los conocidos proyectos del Segundo Reich con respecto del nuevo mundo eran, para todos los estadistas americanos, sólo una débil muestra de los inevitablemente mucho más ambiciosos designios del Tercer Reich.

Entre mis conversaciones preliminares de esos días está la que sostuve con los dos representantes oficiales del gobierno de Colombia, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Luis López de Mesa, hombre de vasta erudición, y el Dr. Esteban Jaramillo, uno de los expertos financieros más distinguidos del continente. Consideraban la posición de América y la génesis del conflicto europeo desde puntos de vista muy diferentes, pero coincidían en su ferviente convicción de que América negaría sus propios intereses y su papel histórico si no estableciera con toda claridad y oficialmente la posición común de todas las naciones que la componían con respecto a los valores morales involucrados en la situación del mundo. No cabía la menor duda de que las otras delegaciones americanas a la reunión consultiva compartían este punto de vista.

Por lo que siempre me ha parecido una coincidencia preñada de significación, la Conferencia se reunió a poca distancia de la Sala Capitular, aún conservada en su forma primitiva, en la cual se celebró la Primera Conferencia Panamericana de 1826 bajo los auspicios de Simón Bolívar. Los delegados rindieron tributo a su memoria en una simple ceremonia que tuvo lugar en el antiguo edificio colonial, y

que fué una espontánea y elocuente indicación del sentimiento de todas las repúblicas americanas de que la visión de unidad interamericana concebida por Bolívar se había convertido por fin, después de más de un siglo de buscar su forma, en una fuerza efectiva y viviente.

Como es costumbre en las conferencias interamericanas, el Presidente de la República de Panamá, Dr. Juan Demóstenes Arosemena, ya fallecido, dirigió la palabra a la reunión en su sesión inaugural. Debido a un desperfecto del equipo de cine sonoro, el infortunado Jefe Ejecutivo, no poco a su pesar, tuvo que repetir de punta a cabo su discurso a fin de que los trabajos de la conferencia pudieran ser debida y completamente registrados para beneficio del público en general.

Contra lo que generalmente se cree, los resultados positivos de esa reunión, que creaba un precedente, fueron de gran importancia. La posición de las repúblicas americanas quedó claramente establecida y definida en la "Declaración conjunta de solidaridad Continental"; aunque dejaban constancia de su neutralidad y proclamaban su determinación de hacer todo lo que fuera posible por mantener la paz del nuevo mundo, la Declaración aseguraba que tal posición estaba "libre de cualquier objetivo de aislamiento egoísta", y abogaba por el restablecimiento en el mundo de una paz "no basada en la violencia sino en la justicia y en la ley".

La neutralidad de las repúblicas americanas fué reforzada mediante la creación de una zona de seguridad marítima proclamada en la Declaración de Panamá; se advirtió a los beligerantes que no realizaran ningún acto hostil dentro de dicha zona, que las repúblicas se comprometieron a patrullar en la forma que individualmente creyeran necesaria para preservar la paz dentro de aquellos límites. La Declaración aseguraba que mientras las repúblicas americanas mantuvieran su neutralidad tenían el "derecho inherente" de mantener las aguas adyacentes al continente americano libres de actos de guerra de las naciones beligerantes.

En una declaración subsidiaria, el gobierno del Brasil, yendo aun más lejos, expresó su deseo de que la "conferencia de

Panamá debe pedir y recibir de todos los beligerantes... la seguridad de que los países en guerra se abstendrán de todo acto o actividad de beligerancia en el mar, dentro de los límites de las aguas adyacentes al continente americano que se consideren útiles o de interés directo y fundamental para las repúblicas americanas... Nuestro continente... tiene derecho a reducir los efectos de la guerra impidiendo que se produzcan sus conflictos cerca de nuestras costas para perturbación de nuestra tranquilidad".

El principio que las repúblicas americanas trataron de establecer en estas declaraciones parecía basarse en la equidad y en la razón. La idea que las inspiraba, con la cual ciertamente estaban de acuerdo todas las delegaciones, era que Alemania y sus aliados del Eje habían desencadenado la guerra en Europa y en el Lejano Oriente, que el hemisferio occidental estaba muy lejos del teatro de las hostilidades, y que, como las repúblicas americanas no habían tenido participación alguna en la génesis del conflicto, nada justificaba que se les impusiera los efectos de la guerra en forma que amenazara su seguridad, su intercambio y su comercio, y entorpeciera las comunicaciones puramente interamericanas.

Debo confesar francamente que en esa época la Declaración me parecía no solamente justificada, sino también deseable. Me imagino que todos los que estuvimos en Panamá creíamos, tal vez obcecadamente, que las fuerzas de la libertad ganarían de algún modo la guerra en Europa y Asia antes de que se convirtiera en un conflicto universal. El legítimo derecho de las repúblicas americanas, como potencias neutrales, de hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerse alejadas de la guerra, difícilmente podría ser discutido. Lo que entonces no vimos con suficiente claridad fué que una guerra originada por las causas que provocaron la guerra en Europa en 1939 no podía ser menos que una guerra mundial, es decir, una lucha entre los hombres libres y las potencias empeñadas en crear una tiranía y una opresión universales.

La Declaración de Panamá, que fué comunicada oficialmente a todas las potencias beligerantes, marca probablemente el final de un período de la historia humana. Confío en que haya sido la última expresión oficial de la creencia de que en este mundo moderno la responsabilidad por la represión de la guerra puede no ser universal.

El resultado más práctico y útil de la reunión de Panamá fué la creación, por acuerdo unánime, de dos comités permanentes interamericanos.

El primero, que desde entonces ha trabajado en forma eficiente e incesante en Wáshington, es el Comité Consultivo Económico y Financiero Interamericano, compuesto por representantes de cada una de las repúblicas y encargado del estudio de todos los problemas económicos y financieros relacionados con los intereses de las naciones americanas. De todo lo que se ha hecho en el campo de las relaciones interamericanas durante el período de guerra, es el trabajo que ha procurado ventajas más directas y concretas para todas las repúblicas. Entre el gran número de problemas satisfactoriamente resueltos por el comité, estaba el de decidir lo que se haría con los barcos del Eje o de los satélites del Eje detenidos en puertos americanos. Todos han sido requisados por las repúblicas de acuerdo con el derecho de asilo portuario, y usados para mantener las comunicaciones marítimas entre las Américas en una época en que, como resultado de los hundimientos y de las exigencias de la guerra, el transporte marítimo ha sido sumamente escaso.

Otro problema ha sido el arreglo de las exportaciones de café a los Estados Unidos. El hecho de que la economía nacional de muchas de las repúblicas depende de este artículo, ha requerido que se dé a cada país exportador una justa proporción del mercado norteamericano, velando, al mismo tiempo, por los intereses de los consumidores de este país.

Casi no hay día en que no se someta al Comité alguna de las innumerables cuestiones de vital importancia para las diversas repúblicas americanas, relativas a las comunicaciones aéreas y marítimas, a los requisitos comerciales de los distintos países y a la siempre delicada cuestión del cambio. Si no

hubiera sido por la labor de este Comité, el comercio y las comunicaciones interamericanas habrían sufrido serios perjuicios y, en muchos casos, se habrían interrumpido por completo.

El otro organismo interamericano permanente creado en Panamá fué el comité establecido en Río de Janeiro, conocido primero con el nombre de Comité Interamericano de Neutralidad, y llamado después Comité Jurídico Interamericano. El propósito primitivo de esta organización era formular normas generales de conducta adecuadas a la neutralidad de las repúblicas americanas en relación con las actividades y derechos de los beligerantes. Después, como resultado de la Tercera Reunión Consultiva de Río de Janeiro, fueron ampliados considerablemente los fines de este comité, cuyas funciones originales habían perdido su razón de ser cuando la mayoría de las repúblicas abandonaron su neutralidad, y se estimó que debía destinársele a buscar un acuerdo sobre la forma más deseable de organización internacional que pudiera establecerse al finalizar la guerra.

El Comité, que se reunió en sus primeros años bajo la presidencia del sobresaliente estadista brasileño Dr. Afranio Mello Franco, cuyo reciente fallecimiento ha sido una pérdida tan sensible para la jurisprudencia americana y las relaciones interamericanas en general, y ante el cual ha sido delegado norteamericano el distinguido jurista internacional Dr. Charles G. Fenwick, ha formulado ya muchas recomendaciones que serán de gran valor práctico para cuando los gobiernos americanos sean llamados a participar en las deliberaciones de paz.

Aunque estos dos comités fueron creados originalmente para ocuparse de los urgentes problemas suscitados por la guerra, han demostrado ya ser tan beneficiosos para el nuevo mundo en general que sería altamente deseable que continuasen funcionando después de la guerra. Los problemas del período de reconstrucción requerirán medidas cooperativas que estos dos organismos interamericanos son los más calificados para formular y recomendar con eficiencia.

En vista de lo mucho que se ha escrito y hablado en los últimos años de las dificultades creadas para la causa de la unidad interamericana por la política del gobierno argentino, considero necesario dejar constancia de la ayuda, la cooperación y los servicios prestados durante la reunión de Panamá por la delegación argentina que encabezó el Dr. Leopoldo Melo. La gran experiencia del Dr. Melo en la vida pública de su país ha hecho que se le considere como uno de los decanos estadistas del hemisferio occidental; en todo momento demostró en la conferencia su gran habilidad para conseguir resultados prácticos, sin que surgiera la más ligera nube en el horizonte de la unidad interamericana. Un mismo ideal animaba a las delegaciones, y en la conferencia de Panamá se dieron grandes pasos hacia la realización de un factible sistema interamericano.

Seis meses después de la inauguración de la primera reunión consultiva, el aparente estancamiento de la guerra en Europa terminó súbitamente y comenzó la etapa calidoscópica de los meses de mayo y junio de 1940. La admiración por Francia, por las instituciones y la cultura francesas, ha sido siempre más fuerte y profunda en las repúblicas americanas, especialmente en las de Sud América, que su simpatía hacia cualquier otro país europeo. La trágica y rápida caída de Francia y las condiciones del armisticio aceptado por el gabinete francés causaron una violenta conmoción en todo el continente americano.

Esta reacción tuvo dos aspectos: primero, consternación y pánico, porque la causa de la libertad humana en el viejo mundo, que se había identificado con la suerte de las democracias de la Europa occidental, parecía estar en agonía. En casi toda la joven generación de las repúblicas americanas y en los grupos políticos liberales, este hecho creó una hostilidad aun más intensa contra el hitlerismo y el fascismo, y la determinada resolución de hacer todo lo que estuviera a su alcance para mostrar su apoyo a Gran Bretaña, la única potencia de Europa que seguía resistiendo a Hitler. La otra reacción, menos alentadora, existía igualmente en muchos grupos de los

Estados Unidos, y resultaba de la creencia que, después de la caída de Francia, la invasión y la derrota de Inglaterra sería solamente cuestión de semanas; por lo tanto, ante la inminencia del completo triunfo de Hitler, lo que más convenía a las naciones americanas era bajar la voz y no hacer nada que pudiera provocar represalias de parte de las naciones del Eje.

Esta última era, por cierto, la opinión que sustentaba quizás la mayoría de los miembros de las fuerzas armadas de las repúblicas americanas que, desde un punto de vista puramente profesional, admiraban los triunfos militares de los ejércitos alemanes. Entre ellos había muchos oficiales que habían recibido su preparación en Alemania o habían sido discípulos de los miembros del ejército alemán enviados anteriormente como instructores a algunos de los países americanos.

La invasión y la ocupación de Holanda y Francia por Alemania creó un problema de inmediata importancia para las naciones americanas: la situación de las colonias francesas y holandesas en el nuevo mundo. En el caso de las colonias holandesas, las autoridades locales mantuvieron una actitud de resistencia inquebrantable ante la influencia alemana y no abandonaron su lealtad al gobierno holandés refugiado en Londres. La actitud de las autoridades de la Guayana y de las Antillas francesas era mucho menos satisfactoria. Técnicamente, mantenían su lealtad hacia el gobierno que el Mariscal Pétain había establecido en Vichy; pero como ya se sabía que gran número de los franceses que rodeaban al Mariscal estaban entregados en cuerpo y alma al hitlerismo, era posible que el día menos pensado se descubriera que dominaban en las posesiones francesas del nuevo mundo, y que las repúblicas americanas se encontraran de pronto con que había gobiernos nazis en la América del Sur y en el Caribe.

Esta siniestra posibilidad fué la causa principal que decidió a convocar sin tardanza la Segunda Reunión Consultiva de los Cancilleres americanos, que se realizó en La Habana el 21 de julio de 1940.

Los resultados prácticos de esa reunión se encuentran en la

"Resolución de La Habana concerniente a la administración provisional de las colonias y posesiones europeas en las Américas" y en la "Convención para la administración provisional de las colonias europeas en las Américas". La convención especificaba que "si un estado no americano directa o indirectamente intenta reemplazar a otro estado no americano en su soberanía o control sobre cualquier territorio situado en las Américas, amenazando así la paz del continente, tal territorio automáticamente caerá dentro de lo dispuesto en esta Convención y será sometido a un régimen administrativo provisional. La administración será ejercitada, en la forma que se estime más conveniente en cada caso, por uno o más estados americanos previa su aprobación". Como la Convención no podía entrar en vigor hasta no ser ratificada por dos tercios de las repúblicas americanas, se creó por la Resolución de La Habana, destinada a funcionar en caso de que se presentara una emergencia antes de que la Convención fuese ratificada, un Comité de Emergencia encargado de administrar, si alguna fuese amenazada o atacada, las regiones a que se refería la Convención. La Resolución especificaba que en caso de emergencia tan urgente que no se pudiera esperar la acción del Comité de Emergencia, cualquiera de las repúblicas, sea individualmente o de acuerdo con otras, tendría el derecho de actuar en la forma que lo requiriera su propia defensa o la del continente, con la condición de presentar inmediatamente el problema ante el Comité de Emergencia.

Felizmente, las circunstancias no han requerido la aplicación de ninguna de las disposiciones de la Convención, que fué subsecuentemente ratificada, ni de la Resolución de La Habana, que constituían una precaución esencial para la seguridad del hemisferio.

Desde el comienzo de la guerra en Europa hasta que los Estados Unidos entraron en ella, nuestro gobierno hizo todo lo que pudo para cooperar con las demás repúblicas americanas y para aliviar las dificultades económicas resultantes de la pérdida de tantos de sus mercados normales. El Comité Económico y Financiero Interamericano demostró ser muy

valioso en esta emergencia, y aunque sus miembros podían hacer solamente recomendaciones a los diferentes gobiernos interesados y aunque éstas contemplaban una acción cooperativa y conjunta, fueron adoptadas, si mal no recuerdo, en todos los casos.

Era evidente que, en vista de sus recursos materiales, sobre nuestro país debía recaer el mayor esfuerzo para mantener la estructura económica y comercial interamericana. Con este fin, especialmente durante el primer año después del estallido de la guerra en Europa, se recurrió a las facilidades del Banco de Importación y Exportación en Wáshington para ayudar a varios gobiernos americanos que sufrían una aguda crisis financiera y comercial.

El Presidente también creó la Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos, cuya intención original, como lo indica su nombre, era la de coordinar los esfuerzos de los diversos organismos del gobierno de los Estados Unidos con el propósito de conseguir una cooperación eficaz con todas las otras repúblicas americanas. Gradualmente la Oficina del Coordinador se dedicó más a administrar que a coordinar, aunque ha iniciado y está realizando con todo éxito una impresionante cantidad de proyectos beneficiosos y necesarios en el campo de las relaciones culturales y en los de información, educación y salud pública.

Cuando, después de la entrada de los Estados Unidos a la guerra, el Consejo de Guerra Económica ingresó al campo de las actividades interamericanas, se suscitaron conflictos de jurisdicción; la creación de otras agencias, destinadas todas a actividades de vital importancia para el esfuerzo de guerra, agudizó y extendió estos conflictos. Nunca he tenido el menor motivo para dudar de la sinceridad o de la habilidad de los directores de estas oficinas. Es comprensible, sin embargo, que organismos creados fuera de los departamentos ordinarios de la administración, puestos a colaborar de pronto en un programa de emergencia, no puedan adquirir con rapidez un personal administrativo perfectamente idóneo y disciplinado. La causa principal de esa lucha intestina que durante tanto

tiempo obstaculizó el trabajo de esas agencias y que a veces puso en graves aprietos al Departamento de Estado, fué precisamente la falta de organización eficiente y de personal debidamente calificado.

Tales dificultades parecen ser inherentes a nuestro sistema gubernamental cuando es necesario establecer oficinas administrativas para hacer frente a un programa de emergencia, y no desaparecerán mientras los Estados Unidos no posean un servicio civil permanente de personal administrativo de primera categoría. Sin embargo, los organismos del gobierno de los Estados Unidos han prestado a las demás repúblicas americanas, desde fines de 1939, una ayuda cuyos resultados han sido muy beneficiosos, pues ha contribuído a estabilizar la economía nacional de nuestros vecinos, y los ha capacitado para atravesar la más seria de las crisis que han tenido que afrontar. Esto ha sido beneficioso también para los Estados Unidos, pues se ha evitado el desarrollo del caos social que inevitablemente habría seguido al derrumbe de la estructura económica de cualquiera de las repúblicas del nuevo mundo. En verdad, mucha de la ayuda que pudimos prestar a nuestros vecinos fué de incalculable valor para nuestro propio esfuerzo de guerra, ya que la mayor parte de nuestras nuevas importaciones de las repúblicas americanas en los últimos años han sido materiales estratégicos tales como estaño, tungsteno y caucho, sin los cuales nuestra producción bélica se habría perjudicado seriamente.

En Chile, cuya renta nacional depende en gran parte de la exportación del cobre y del salitre, el estallido de la guerra tuvo repercusiones realmente alarmantes.

La República del Ecuador no solamente estaba comprometida en un conflicto de fronteras con el Perú que se ponía cada vez más serio, sino que también sufría una aguda crisis política interna que en los últimos años ha causado continuos cambios de gobierno. A consecuencia de la guerra, se cerraron sus mercados normales de exportación, y como su producción agrícola había sido seriamente disminuída por el reciente encuentro armado con el Perú, le era imposible obtener los

rápida sucesión lo hicieron los gobiernos de las demás repúblicas centroamericanas, del Caribe y de Panamá. A comienzos de 1942 los gobiernos de Méjico, Colombia y Venezuela habían rotos relaciones diplomáticas con el Eje.

Durante esas semanas la mayoría de las repúblicas manifestaban cada vez con mayor evidencia su deseo de utilizar el medio consultivo que se había acordado en 1936. El problema que más preocupaba a los pueblos americanos era ver si la nueva solidaridad continental sería lo bastante fuerte para resistir las tensiones de esa crisis repentina.

Como eran los Estados Unidos la nación atacada, se pensó en Wáshington que sería mucho más apropiado que la iniciativa para una consulta interamericana partiera de alguna de las otras potencias del hemisferio. Sin embargo, pasaba el tiempo y se veía claramente que algunas de las naciones más grandes esperaban que nuestro país diera el primer paso. La petición de consulta conjunta fué enviada por el gobierno de Wáshington a las demás naciones americanas a fines de diciembre de 1941; simultáneamente, el gobierno de Chile había enviado una petición similar.

La nota humorística la dió el calamitoso personaje Dr. Enrique Ruiz Guiñazú, Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina. Dicen que discutiendo la petición de consulta con algunos embajadores sudamericanos declaró que, como el ataque japonés había sido hecho a las islas Hawai, que no están situadas propiamente en el continente americano, no se había cometido acto de agresión contra el nuevo mundo, y, por lo tanto, no había ninguna razón legítima para llamar a una reunión consultiva; pero los demás países del hemisferio deseaban una consulta inmediata en forma tan insistente y casi unánime, que el gobierno argentino, viendo que su casuística no encontraba apoyo, decidió anunciar su propósito de estar representado en la reunión por la persona de su canciller.

Por muchos conceptos, la capital que se escogió como sede de la conferencia, Río de Janeiro, no podía haber sido mejor elegida. Los que han participado en reuniones internacionales, sobre todo en las de gran trascendencia, saben

cuánta importancia psicológica tiene el ambiente que predomina en el país donde se celebra la conferencia. Si la reunión consultiva de 1942 se hubiera hecho en un país cuya opinión pública hubiera estado dividida sobre la necesidad de tomar decisiones contra el Eje, o en el cual el Eje hubiera ejercido cierta influencia sobre el gobierno, la prensa o la opinión en general, esto habría sido un formidable obstáculo para la realización de los objetivos en que ya estaban de acuerdo la mayoría de los delegados.

Pero en el Brasil ocurría exactamente lo contrario. Desde el comienzo de la conferencia, la opinión pública brasileña, manifestada en todas formas, facilitó enormemente nuestros trabajos.

Nunca hubo en el Brasil la menor duda respecto de qué lado estaban las simpatías del pueblo. En los Estados Unidos se ha exagerado la influencia que sobre la política exterior del Brasil y la opinión pública en general ejercía el considerable número de italianos, alemanes y japoneses que emigraron allí durante el siglo pasado. La prueba de esta aseveración está en el hecho de que los prolongados y eficientes esfuerzos de los agentes nazis y las torpes maniobras de los emisarios japoneses para ejercer presión sobre sus conciudadanos del Brasil, no dieron resultados. Es indudable, sin embargo, que grandes grupos de alemanes no asimilados simpatizaban profundamente con su país de origen y se oponían casi frenéticamente a la causa de las Naciones Unidas. Había por todas partes espías alemanes y funcionaban estaciones de radio clandestinas; pero hacía ya algún tiempo que el gobierno del Brasil, con conocimiento de los Estados Unidos, vigilaba de cerca estas actividades, y el gobierno alemán vió frustradas sus esperanzas de que sus manejos subversivos tuvieran algún efecto sobre la política brasileña. El gobierno, las fuerzas armadas y el pueblo del Brasil decidieron seguir el camino independiente que se habían trazado.

Los emigrantes japoneses siempre han constituído un cuerpo extraño en el organismo político del Brasil. En cambio, los numerosos elementos italianos se han asimilado rá-

pidamente; en 1942 casi no había indicios de que el fascismo tuviera ninguna atracción para los italianos de primera o segunda generación; aunque amaban a Italia, no sentían gran amor por la Italia de Mussolini, y en general han sido tan leales a su país de adopción como los italianos en los Estados Unidos.

Ninguna nación del nuevo mundo ha tenido durante toda su historia una amistad más estrecha con su vecino de la América del Norte que el Brasil. Celoso siempre de su independencia, nunca sometido a la influencia de los Estados Unidos, el Brasil ha considerado que el hecho de ser la única república sudamericana de origen portugués lo pone con respecto a las repúblicas de habla española en una situación muy semejante a la nuestra. Por muchas razones y en muchos casos, los intereses brasileños y norteamericanos han tendido a coincidir en el curso de la historia de los dos países, y la simpatía del Brasil por los Estados Unidos es una vigorosa realidad. Lo más importante, sin embargo, para el buen éxito de la conferencia, fué la actitud decidida que tomó el gobierno brasileño.

Sobresaliente en el gobierno y en todo el Brasil es la figura de Getulio Vargas. Presidente desde 1930, durante un período de muchas vicisitudes nacionales, había llegado, en 1942, a una posición de completa supremacía. Cuando subió al poder, el Brasil era un enorme país compuesto por una agregación de estados casi autónomos, muchos de los cuales no estaban conectados entre sí por vías de comunicación rápidas o convenientes, gobernado desde Río de Janeiro, la capital federal, por autoridades ejecutivas que tradicionalmente rendían cuenta de sus actos sólo a las fuerzas políticas concentradas en dos o tres estados. Muy pocas veces, antes de la administración de Vargas, había tomado el gobierno nacional medidas tendientes al mejoramiento de las clases trabajadoras, al desarrollo de los ilimitados recursos naturales del país, o a estimular la industria de la cual depende la futura prosperidad del pueblo brasileño.

Juzgándolo por las cualidades que hacen al verdadero

hombre de estado, Getulio Vargas debería ser incluído, a mi ver, entre los grandes líderes mundiales del presente. Es taciturno y astuto, tiene una capacidad extraordinaria para juzgar a los hombres, y su sincera amistad por los que ha elegido como colaboradores no lo ciega para reconocer sus debilidades. Tiene un instinto certero para apreciar los cambios de la opinión pública de su país, importante cualidad que a mi juicio se deriva principalmente de la sinceridad con que se consagra al servicio de sus conciudadanos y de su constante deseo de que su administración sea recordada, sobre todo, por sus beneficios para las masas del Brasil. Ningún brasileño se ha atrevido a asegurar que el Presidente Vargas o los miembros de su familia se hayan beneficiado personalmente con la presidencia. Mucha de su indiscutible popularidad personal se debe a que el público en general reconoce que bajo su dirección el gobierno ha trabajado por el bienestar del pueblo del Brasil y principalmente por mejorar la condición de las clases menos privilegiadas.

Claro es que no existe gobierno constitucional; hasta la fecha no se ha determinado cuanto tiempo seguirá en el poder el Presidente Vargas, aunque, sin embargo, él ha prometido públicamente al pueblo brasileño que, en cuanto termine la guerra, le permitirá volver libremente al goce de una democracia constitucional y representativa.

Después de doce años en el gobierno, el Presidente Vargas ha transformado lo que parecía ser una federación en proceso de desintegrarse, en una nación estrechamente unida. Se han creado rápidamente toda clase de comunicaciones, así como industrias esenciales y básicas a cuyo establecimiento se oponían los intereses comerciales de Europa; y más que nada, el Presidente ha dedicado gran parte de las energías de su gobierno a mejorar las condiciones de los trabajadores. Se han dictado leyes sobre justos salarios mínimos, seguros de vejez y de accidentes, y construcción de modernas viviendas para obreros que han elevado extraordinariamente el standard de vida del trabajador brasileño.

Hace pocos años, era la moda en algunos grupos de nues-

tro país criticar lo que se llamaba la "dictadura" brasileña. Se ha dicho repetidas veces que las masas brasileñas estaban esclavizadas y que su único deseo era librarse del yugo de la opresión, y que no había diferencia entre la filosofía del gobierno brasileño y la de los líderes nazis o fascistas. Nada está más lejos de la verdad. No me corresponde a mí, como ciudadano de otra república americana, juzgar los méritos intrínsecos o los errores del actual sistema de gobierno brasileño, pero no podría aceptar la aseveración de que hay o de que ha habido la más ligera similitud entre los conceptos de gobierno nazi o fascista y la ideología del régimen que existe en el Brasil.

Tales fueron la atmósfera y el medio que rodearon la Tercera Reunión Consultiva de Cancilleres americanos en Río de Janeiro, el 15 de enero de 1942. Nunca las naciones del nuevo mundo habían hecho frente a una situación más grave y amenazadora.

Es necesario hacer hincapié sobre las circunstancias precisas en las cuales se reunieron los gobiernos americanos. Hasta ese momento, la guerra en Europa había sido completamente favorable para las potencias del Eje. Alemania e Italia habían declarado la guerra a los Estados Unidos inmediatamente después de Pearl Harbor. Los países satélites del Eje en el este de Europa habían declarado también la guerra, lo cual era una indicación para los latinoamericanos de que no tenían ninguna duda acerca del resultado del conflicto. El gobierno de Franco en España estaba abiertamente de parte de Alemania, actitud que necesariamente tuvo un efecto considerable sobre los elementos más reaccionarios de algunas de las repúblicas hispanoamericanas. Aunque el público no conocía todos los detalles, la creencia general era que el ataque japonés a Pearl Harbor había imposibilitado seriamente por un tiempo el poderío de la escuadra norteamericana. Por último, la propaganda alemana en las repúblicas americanas no perdía ocasión de proclamar jubilosamente que los Estados Unidos habían recibido el golpe totalmente desprevenidos. Los propagandistas aseguraban que la consternación producida por

el ataque en nuestro país y los conflictos internos (especialmente los del trabajo), que según ellos eran gravísimos, harían imposible que los Estados Unidos comenzaran realmente la lucha antes de largo tiempo. Por lo tanto, concluían, su derrota final era cosa segura. Esta propaganda no dejó de influir eficazmente, sobre todo entre las fuerzas armadas de muchas de las repúblicas.

Aunque las repúblicas del Caribe, norte de Sudamérica y América central habían dado ya pasos decisivos, parecía que no podrían hacer igual cosa algunas repúblicas sudamericanas en las que habían surgido ciertas complicaciones internas.

En Chile, la muerte repentina del Presidente Aguirre Cerdá hacía poco tiempo, había hecho necesario llamar a elecciones presidenciales, y el gobierno provisional no quería probablemente hacerse responsable de una política definida que, por lo menos en teoría, pudiera significar una guerra para el país. Se temía también en Chile que sus fuerzas armadas, con los recursos que entonces poseían, no pudieran proteger la larguísima costa chilena contra un posible ataque japonés.

En Bolivia y en el Paraguay, que recién comenzaban a recuperarse de la larga guerra del Chaco, había mucha oposición popular contra cualquier política que pudiera arrastrarlos a nuevas hostilidades.

Finalmente, en la Argentina, con la renuncia y luego el fallecimiento del presidente Ortiz, que simpatizaba con la causa de las Naciones Unidas, el gobierno había recaído en el Vicepresidente Dr. Ramón Castillo, cuyos puntos de vista eran diferentes de los de su antecesor, y que abandonó más y más a su Ministro Dr. Ruiz Guiñazú la tarea de dirigir las relaciones exteriores del país. La política del Ministro era determinada en gran parte por los grupos ultranacionalistas, por elementos abiertamente nacistas del ejército argentino y por otras fuerzas reaccionarias de la república.

El Presidente Roosevelt me nombró representante de los Estados Unidos a la Conferencia, y tuve la oportunidad de volar a Río de Janeiro con los cancilleres de Méjico y Ve-

nezuela y con los delegados de Colombia, Cuba, El Salvador y Costa Rica.

Los objetivos que los Estados Unidos trataron de obtener en la conferencia eran muy sencillos y habían sido formulados por el propio Presidente Roosevelt: primero, tratar de persuadir a todos los gobiernos americanos de la urgencia de romper relaciones diplomáticas y todo intercambio comercial y financiero con las naciones del Eje, a fin de acabar con el espionaje y las actividades subversivas que mantenían en nuestro hemisferio; segundo, buscar una base de acuerdo sobre las medidas de cooperación militar y naval necesarias para la seguridad de las repúblicas americanas, así como sobre las medidas de colaboración indispensables para que los países de América pudieran soportar la tensión económica resultante de las condiciones de guerra.

Los Estados Unidos no trataron de influir en la decisión de ninguna nación americana sobre si debían o no declarar la guerra; se estimó que esto era algo que exclusivamente debía decidir el pueblo soberano de cada república. Además, los jefes del ejército y de la armada norteamericana con quienes conferencié antes de salir de Wáshington, me expresaron su punto de vista de que la declaración de guerra de las demás naciones americanas en esos momentos podría imponer a las fuerzas armadas de los Estados Unidos responsabilidades mayores de las que entonces estaban preparadas para asumir debidamente.

En el discurso que pronuncié en la sesión inaugural de la conferencia expuse en las siguientes palabras, con entera franqueza, la posición del gobierno de los Estados Unidos:

> "La más firme certeza de que nuestra gran asociación de pueblos soberanos e independientes —la familia americana de naciones— puede sobrevivir a este cataclismo mundial, descansa en la unidad con que arrostremos el peligro común.
>
> "No existe la menor duda de que algunos de nosotros, por nuestra población, nuestro poder y nuestros propios recursos, podemos defendernos con éxito. Aquellos de nosotros que, aunque iguales en su valor y determinación a resistir la agresión, no poseen esas ventajas materiales tienen que depender, para el mantenimiento de su seguridad, de la cooperación que los otros miembros de la familia americana puedan prestarles. La única firme seguridad que este continente posee descansa sobre la plena cooperación de todos nosotros en la defensa común, copartícipes como somos de igualdad y soberanía, lo mismo en tiempos de paz que cuando somos objeto de agresión.
>
> "Como sabéis, mi gobierno no ha hecho insinuación o petición alguna respecto al curso que cualquiera de los gobiernos de las otras repúblicas de América deba tomar en vista del ataque japonés contra los Estados Unidos y la declaración de guerra por parte de las otras potencias del Eje.
>
> "No es este el modo en que estamos acostumbrados a actuar en la familia americana de naciones.
>
> "Cada una de las repúblicas americanas ha decidido y seguirá decidiendo, con su propio criterio, la conducta que en bien de los intereses de su pueblo habrá de seguir en esta lucha mundial. Estoy seguro de que en una cosa todos coincidimos. De conformidad con las obligaciones que hemos contraído en nuestros acuerdos interamericanos y conforme al espíritu de solidaridad continental que hemos proclamado unánimemente, las naciones de América que no se hallan en guerra nunca permitirán que los agentes de las potencias del Eje usen su territorio para conspirar o preparar ataques contra aquellas repúblicas que están en la lucha no sólo para asegurar sus propias libertades, sino también las del continente entero."

. . . .

"El ceñirse ciegamente en este trágico mundo moderno al estrecho concepto de neutralidad clásica ya no puede constituir el ideal de ninguno de los pueblos de América que aman la libertad.

"Ya nunca habrá verdadera neutralidad entre las potencias del mal y las fuerzas que luchan por preservar los derechos y la independencia de los pueblos libres."

. . . .

"Os insto a que prestéis atención a la necesidad imperativa de que exista unión entre nosotros, no sólo en cuanto a las medidas que habrán de ser tomadas en defensa de nuestro mundo occidental, sino también para que las repúblicas americanas, íntimamente unidas, demuestren que son el potente factor que tienen derecho a ser para determinar la naturaleza del mundo futuro una vez ganada la victoria."

El trabajo de las sesiones en la Conferencia de Río de Janeiro pudo desarrollarse con rapidez y eficiencia, principalmente gracias a la admirable preparación que había hecho el gobierno del Brasil. Desde el primer día hasta el último, me fué dado apreciar la fuerza de espíritu que animaba a los delegados, con excepción de uno o dos. No los movía solamente el deseo de lograr la unión, sino también la convicción de que el Panamericanismo se había convertido por fin en algo real, vivo y palpitante. Y por sobre todo, como ya lo había dicho públicamente el presidente de la Conferencia, Canciller del Brasil Dr. Oswaldo Aranha, la reunión de Río de Janeiro era una conferencia de hechos y no de palabras.

Además, en ninguna reunión interamericana habían sido los delegados más capaces, más sobresalientes en sus condiciones especiales. El Dr. Aranha es uno de los más brillantes estadistas que ha producido el nuevo mundo. Se destaca aun en la larga lista de cancilleres excepcionalmente bien calificados que tanto han contribuído a hacer del Brasil la gran nación que es hoy en día. Orador de rara elocuencia y de extraordinaria intuición, cuya mente trabaja con rapidez insuperable, está inflexiblemente convencido de que la amistad brasileño-norteamericana es la piedra angular necesaria para un panamericanismo realizable. Por sobre toda otra cosa, lo guía y lo anima la fe en el destino seguro de su pueblo.

Del Uruguay vino el entonces Ministro de Relaciones y ahora Vicepresidente Dr. Alberto Guani, profundo conocedor de los asuntos internacionales, familiarizado con todos los detalles de los funestos sucesos europeos de los últimos veinte años que, como representante de su gobierno, había observado tantas veces en la Sociedad de las Naciones. Era un decidido partidario de la causa panamericanista, animado por un sano realismo en todo lo concerniente al futuro del nuevo mundo.

Panamá envió a su joven y dinámico canciller Dr. Octavio Fábrega, que, habiendo vivido muchos años en los Estados Unidos, hablaba el inglés a la perfección. De las repúblicas centroamericanas vinieron los capaces juristas y diplomáticos que tantas veces han contribuído con su fuerza, capacidad y entusiasmo a la tarea de perfeccionar el sistema interamericano. Haití y la República Dominicana delegaron a sus Ministros de Relaciones Exteriores, ambos altamente calificados para interpretar el espíritu de cooperación y la decisión que inspiraba a sus gobiernos.

Los gobiernos del Ecuador y del Perú enviaron, fuera de sus dos cancilleres, un número considerable de asesores y expertos, sabiendo que las otras naciones americanas harían todos los esfuerzos amistosos que fuera posible para obtener una solución final de su disputa sobre límites antes de que terminara la conferencia.

Pocas veces he tenido el privilegio de conocer a un estadista de mayor integridad intelectual que el Dr. Tobar Donoso, entonces Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador. Católico militante, me impresionó la devoción con que sirvió durante la conferencia los intereses de su país como él

los veía, nunca movido por consideraciones de popularidad personal en su patria, y haciendo cuanto pudo por que se produjera una solución final de la disputa. Es posible que la solución que él buscaba no satisficiera las más clamorosas demandas de sus compatriotas, pero sería esencialmente equitativa y, trayendo la paz y la estabilidad a los dos países limítrofes, permitiría a su propio pueblo dedicarse al desarrollo de sus grandes riquezas nacionales y a la tranquila evolución de su vida política.

El canciller peruano, Dr. Solf y Muro, había sido toda su vida íntimo amigo de la familia del Presidente Prado. Abogado distinguido, hábil y pertinaz, mostró el mismo espíritu que su colega ecuatoriano en su deseo de poner fin a la controversia entre los dos países vecinos, que durante más de un siglo había causado perjuicios incalculables a los intereses de ambos y que sólo recientemente había estallado de nuevo en abierto conflicto.

El gobierno del Paraguay estuvo representado por su Ministro de Relaciones, el Dr. Luis Argaña, que se distinguió en la conferencia por la gran claridad con que veía la situación mundial y por la valentía con que insistió en que los mejores intereses de su nación estaban ligados inextricablemente a los destinos del hemisferio occidental.

El Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Dr. Anze Matienzo, estadista joven y capaz que ha pasado muchos años de su vida en la diplomacia activa, nunca flaqueó en su convicción de que era imposible divorciar la seguridad de su propio país de la seguridad de las otras repúblicas americanas y contribuyó grandemente a los trabajos de la conferencia.

Por razones especiales, los representantes de cuatro repúblicas del norte ocuparon una posición peculiar en la conferencia. Cuba, que ya había declarado la guerra a los países del Eje, estuvo representada por su Embajador en Wáshington, Dr. Aurelio Concheso, quien se desempeñó en la forma excepcional que se ha hecho costumbre esperar de los delegados cubanos en las reuniones interamericanas.

Muy cerca de él en todo momento estuvieron los Ministros de Relaciones Exteriores de Méjico, Dr. Ezequiel Padilla, y de Venezuela, Dr. Caracciolo Parra Pérez, y el delegado de Colombia, Dr. Gabriel Turbay, que entonces era Embajador en Wáshington y después ha sido Ministro de Relaciones Exteriores de su país.

Las tres repúblicas, Méjico, Venezuela y Colombia, habían roto relaciones con las potencias del Eje, y creían firmemente que el único modo de resguardar en forma efectiva tanto su propia seguridad como la del nuevo mundo, era que las demás repúblicas americanas dieran un paso semejante. Los esfuerzos brillantemente persuasivos de estos tres delegados contribuyeron de manera decisiva al éxito final de la conferencia. El Dr. Parra Pérez de Venezuela es uno de los estadistas más penetrantes de América en la actualidad. Con largos años de experiencia en Europa, ha sido, no obstante, un ardiente defensor del panamericanismo, y los que estuvimos en Río de Janeiro recordaremos siempre con gratitud sus incansables esfuerzos para que se produjera un frente unido. Los años de su permanencia en Wáshington le han ganado al Dr. Gabriel Turbay innumerables amigos en los Estados Unidos así como en todas partes del hemisferio occidental. Como muchos colombianos, es un orador de primer orden; la estructura arquitectónica y la lógica de sus discursos son de un efecto impresionante. El Dr. Turbay, apasionadamente convencido de la necesidad de realizar el ideal panamericano, contribuyó también en forma destacadísima a la obra de la conferencia.

Hubo, sin embargo, poca oratoria en la reunión de Río de Janeiro: pero los que allí estuvimos recordaremos siempre los discursos que pronunció el Dr. Ezequiel Padilla en nombre de Méjico en las sesiones de inauguración y de clausura en el Palacio Tiradentes, no sólo por su extraordinaria elocuencia, por el tono de su voz y de su gesto y por la notable belleza literaria de las frases que usaba, que hicieron su nombre conocido en cada país americano al término de la conferencia, sino también y sobre todo por el poder de su convicción, por la encendida sinceridad de su llamado a la uni-

dad interamericana, y por su tributo a los ciudadanos de América que habían dado ya sus vidas en Pearl Harbor. El Dr. Padilla es el hombre que más ha hecho en los últimos años por acercar a las Américas.

En esta breve mención de los representantes de los gobiernos americanos que asistieron a la histórica reunión de enero de 1942, he dejado para el fin a los Ministros de Relaciones Exteriores de Chile y de Argentina.

Desde que comenzaron las sesiones en Río de Janeiro me había dado cuenta de las dificultades que obstaculizaban la labor del representante chileno, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Juan Bautista Rossetti. Siempre he creído que, personalmente, el Dr. Rossetti deseaba con ardor la unidad de las naciones americanas, y que, siendo, como es, un demócrata por preparación, por su política y por sus convicciones, quería que su país tomara una posición definida en contra de las dictaduras nazi y fascista.

Había tenido larga experiencia en la política chilena, y era también, y sigue siéndolo, director de un diario en la capital de Chile. El hecho de que el gobierno de su país fuera provisional, y la resistencia de sus colegas de gabinete a tomar, por esa circunstancia, una resolución definitiva, hicieron dificilísima su posición durante toda la conferencia.

El caso del canciller argentino, Dr. Enrique Ruiz Guiñazú, era por completo diferente. No carece de interés su carrera anterior. Profesor de una universidad argentina, había sido designado después, por relaciones de familia, para ocupar diversos cargos de menor importancia en el servicio diplomático argentino. Era Ministro en Suiza cuando, poco antes del estallido de la guerra en Europa, fué nombrado Embajador de su país ante la Santa Sede. Se cree que el Dr. Castillo lo designó Ministro de Relaciones Exteriores a instancias de dos poderosas fuerzas reaccionarias de Buenos Aires.

La falta de comprensión casi increíble del Dr. Guiñazú de cuestiones fundamentales en el campo de las relaciones exteriores que su gobierno le había encomendado dirigir, puede

ilustrarse muy bien por un incidente que tuve con él durante la conferencia.

Inmediatamente después de haberse adoptado la resolución de transacción para la ruptura de relaciones entre los países americanos y el Eje, durante cuya discusión la actitud de Argentina había chocado profundamente a los demás gobiernos americanos, el Dr. Ruiz Guiñazú se sentó a mi lado en la oficina del Canciller brasileño y sin más trámite me manifestó que su gobierno, y en especial sus departamentos de guerra y marina, deseaba que, durante su permanencia y la mía en la capital del Brasil, finiquitáramos un convenio por el cual se entregaran al gobierno argentino, de acuerdo con la Ley de préstamos y arriendos, aeroplanos, barcos de guerra, armas y municiones. En vista de las reiteradas comunicaciones que ya se habían enviado al gobierno argentino explicando que los términos de esa ley autorizaban una ayuda de ese carácter sólo en los casos en que fuera considerada como una contribución a la defensa de los Estados Unidos, le contesté que mientras el gobierno argentino no diera por lo menos los pasos necesarios para cumplir con los términos de la resolución adoptada el día anterior, mientras no rompiera toda clase de relaciones con el Eje y mientras no contribuyera efectivamente a la defensa del hemisferio occidental contra los ataques del Eje, era tiempo perdido conversar sobre el asunto.

Después de algunas manifestaciones de dolorosa sorpresa, el Dr. Ruiz Guiñazú me dijo: "Debo confesar la gran desilusión que me causa el oír esta declaración de labios de usted, ya que siempre había sabido que usted era uno de los más señalados defensores de la política de que los Estados Unidos no debían mostrar favoritismo en sus relaciones con las demás repúblicas americanas".

Mi respuesta fué, naturalmente, que yo creía que el único responsable de esas diferencias de que él se quejaba era el gobierno argentino, que no solamente había rehusado unirse a las demás repúblicas americanas en las medidas de seguridad para el nuevo mundo, sino que hasta se había negado a per-

mitir que la escuadra argentina patrullara las aguas del Atlántico sur para asegurar las comunicaciones de otros países americanos con la propia Argentina, y que mientras su país se negara a mover un dedo en la defensa conjunta del continente, a nadie podía culpar de la posición en que se encontraba.

Sigo convencido de que esas verdades evidentes fueron totalmente incomprensibles para el Canciller argentino.

Si alguien se atreviera a intentar una descripción de los procesos mentales que determinaban la actitud del Dr. Ruiz Guiñazú a su llegada a Río de Janeiro, aventuraría más o menos lo siguiente: sentía un vigoroso prejuicio contra los Estados Unidos y tenía la creencia, muy mal disimulada, de que la civilización de nuestro país era tan decadente e ineficaz, como consecuencia de sus instituciones democráticas, que resultaba inconcebible que pudiera resistir el poderío de las naciones del Eje.

Aunque criticaba enérgicamente la actitud del régimen nazi contra los católicos de Alemania y deploraba la brutalidad del gobierno de Alemania en contra de la Polonia católica, creía, sin embargo, que sólo el triunfo de los regímenes autoritarios, de preferencia el de Italia y luego los de Alemania y el Japón, permitiría mantener el orden, la autoridad y la disciplina, y las doctrinas conservadoras cuya preservación deseaba tan firmemente.

Como a muchos otros estadistas argentinos, lo obsesionaba la creencia de que marchar de acuerdo con los Estados Unidos equivalía a rebajar la dignidad de la República Argentina.

Creía que Madrid era el centro del mundo civilizado: para él la tradición hispánica era la suma perfección, desde los puntos de vista moral, cultural y político. El hecho de que la España del General Franco hubiera proclamado su simpatía por la causa del Eje, era una prueba más de la validez de su convicción.

Por último, y motivo no menos digno de mención, estaba dominado por un grupo de hombres muy jóvenes (entre ellos su propio hijo), representantes del ultranacionalismo retrógrado que recién se levantaba en la República Argentina. Denunciando el fracaso de la democracia y afirmando que solamente un régimen autoritario nacionalista podía salvar a la Argentina, estos elementos pedían con celo de fanáticos la vuelta a los días del dictador argentino Rosas, y consideraban a Hitler, a Mussolini y a Franco como a inspirados exponentes de sus propias creencias.

Había tenido oportunidad de conocer al Dr. Ruiz Guiñazú durante una breve visita oficial que había hecho a Wáshington el año anterior, antes de hacerse cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores. En Río de Janeiro pude convencerme de que no veía los peligros que amenazaban la independencia y la integridad de los países del nuevo mundo, y de que comprendía menos aun la determinación de la mayoría de las repúblicas americanas de recurrir a todos los medios a su alcance para evitar estos peligros en el hemisferio occidental. Me dió la fuerte impresión de que creía solamente en lo que quería creer y en nada más.

Suponiendo que el prestigio y la influencia de su país sobre las naciones americanas seguían siendo lo que habían sido durante los años en que dirigieron los destinos de la nación argentina figuras tan destacadas como los cancilleres Estanislao Zevallos, José Luis Murature, Ernesto Bosch, Honorio Pueyrredón, Carlos Saavedra Lamas y Julio Roca, el Dr. Ruiz Guiñazú había arreglado entrevistas en Buenos Aires, antes de la conferencia, con los Cancilleres de Bolivia, Paraguay, Uruguay y Chile.

Se había hecho la ilusión de que podría influir sobre ellos para que identificaran la política de sus respectivos gobiernos con la de la Argentina antes de que comenzaran las sesiones. Tenía la esperanza de crear, de este modo, un bloque que se opusiera en conjunto a los objetivos de los Estados Unidos, cuya política ya se había hecho conocer confidencialmente pero con completa franqueza a los otros gobiernos; pero lo esperaba una gran desilusión. El Dr. Guani, Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, se negó siquiera a discutir una variación en la política que ya había decidido su propio

gobierno, que era la inmediata ruptura de relaciones; los cancilleres de Bolivia y el Paraguay se negaron terminantemente a hacerle ninguna promesa; sólo en el caso de Chile el Dr. Ruiz Guiñazú encontró algún apoyo.

En muchas conversaciones que tuve en los primeros días de la Conferencia con el Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil y con los representantes de las repúblicas que ya habían declarado la guerra o roto relaciones, se llegó a la conclusión de que, aunque era preciso tomar todas las medidas necesarias para la seguridad del hemisferio, debería tratarse en toda forma de evitar un desacuerdo en la unidad de las relaciones interamericanas. Estábamos convencidos de que sería un valioso estímulo para los gobiernos del Eje saber que había sido imposible tomar una acción de conjunto y que las Américas estaban divididas. Se acordó también que el primer objetivo de la conferencia —la ruptura de las relaciones entre todos los países americanos y las potencias del Eje— debería discutirse en primer lugar, y que todos los demás problemas serían considerados subsidiariamente.

Los delegados de Colombia, Méjico y Venezuela presentaron una resolución en el sentido de que las repúblicas americanas —en vista de la agresión cometida contra una de ellas por el Japón y de la subsecuente declaración de guerra contra esa república por Alemania e Italia— acordaran unánimemente cortar todas sus relaciones con las potencias del Eje. Como delegados de gobiernos que espontáneamente habían tomado ya esa medida, eran, por cierto, los más indicados para proponer tal resolución. Con el fin de obtener una decisión unánime se consultó previamente a los delegados de los gobiernos que aún no habían tomado ninguna medida, sobre la actitud que adoptarían ante esa proposición.

Ya el Canciller argentino había tenido amplia oportunidad de conocer los puntos de vista de sus colegas. Por un mensaje del Presidente del Perú a su hermano el Embajador en Río de Janeiro, había sabido que el gobierno peruano apoyaba firmemente la resolución; sabía también que el gobierno del Ecuador se mostraba favorable, aunque quería que,

antes de que se tomara ninguna resolución, se llegara a un acuerdo que resolviera satisfactoriamente su pleito de fronteras con el Perú; y que si bien los gobiernos de Bolivia y Paraguay no habían adoptado todavía una decisión definitiva, las simpatías de sus delegados estaban muy en favor de los fines que se buscaban; y no ignoraba que después de la declaración pública hecha por el Dr. Guani de que el Uruguay favorecía la resolución, el gobierno chileno era el único que podría oponerse.

En esta coyuntura, el Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, después de varias conferencias con los cancilleres argentino y chileno, me informó que a su juicio ambas delegaciones estarían dispuestas a firmar la resolución. Tres días después de la apertura de la conferencia, en una reunión en el hermoso palacio de Itamaraty, a la que asistieron todos los jefes de delegación, el Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina declaró, a nombre de su gobierno, que aprobaría la resolución en su forma original, y el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile declaró que recomendaría su adopción a su gobierno. Esa tarde parecía que la resolución sería oficialmente aprobada por la conferencia al día siguiente.

En la mañana siguiente, sin embargo, fuí informado de que el Presidente de Argentina había enviado instrucciones al Dr. Ruiz Guiñazú desautorizando la aprobación dada por su Ministro en la tarde anterior.

En una reunión de urgencia que el Dr. Aranha convocó inmediatamente en su despacho, el Dr. Ruiz Guiñazú intentó persuadir a las demás delegaciones de que adoptaran, en vez de la anterior, una resolución que habría enmarañado completamente los fines que se perseguían, y que habría entorpecido, además, todo el trabajo de la Conferencia.

Durante varias horas, un numeroso grupo de delegados, entre los cuales se contaban el Dr. Aranha, el Dr. Padilla, el Dr. Guani, el Dr. Turbay, el Dr. Concheso, el Dr. Parra Pérez y yo, estuvo trabajando en un proyecto de transacción que conservara nuestros objetivos y evitara, al mismo tiempo, una ruptura de la unidad continental que, a nuestro modo

de ver, habría sido de las más graves consecuencias. Por fin, los gobiernos de Argentina y Chile transigieron en aceptar un borrador, que fué finalmente aprobado, y cuyos párrafos esenciales se dan a continuación:

> "Las repúblicas americanas reafirman su completa solidaridad y su determinación de cooperar todas juntas para su protección recíproca hasta que los efectos de la presente agresión al continente hayan desaparecido.
>
> "Las repúblicas americanas, siguiendo los procedimientos establecidos por sus propias leyes y dentro de la posición y circunstancias de cada país en el actual conflicto continental, recomiendan la ruptura de relaciones diplomáticas con el Japón, Alemania e Italia, por haber el primero de estos estados agredido y los otros dos declarado la guerra a un país americano."

Opinábamos que, aunque la resolución original estaba escrita en términos más claros y decisivos, el alcance de la nueva resolución era el mismo. Cualquier gobierno americano que adhiriera oficialmente a la resolución como había sido aprobada, recomendaba la ruptura de relaciones diplomáticas con el Eje no solamente a los otros estados americanos, sino que también la recomendaba oficialmente a su propio gobierno; nos parecía inconcebible, por lo tanto, que algún gobierno soberano de América que recomendara oficialmente un paso de tal trascendencia pudiera no romper todas sus relaciones con el Eje tan pronto como lo hicieran posible sus procedimientos constitucionales.

Parecía razonable aceptar que el gobierno chileno, en vista de su carácter provisional, esperara la elección del nuevo presidente y el establecimiento de un gabinete estable antes de dar un paso tan decisivo.

El agravio que causó la actitud del gobierno argentino fué intenso no sólo en los Estados Unidos sino también en muchas otras partes del hemisferio occidental. Se exigía que

las diecinueve repúblicas decidieran firmar la resolución en su forma original dejando que Chile y la Argentina siguieran un camino diferente. Algunos de los delegados de las repúblicas que ya habían declarado la guerra pensaron, al menos momentáneamente, tomar esa decisión. Sin embargo, yo fuí de opinión, lo mismo que muchos de los delegados que colaboraron conmigo en redactar la segunda resolución, que esa política sería contraproducente a la larga y muy desacertada desde el punto de vista práctico e inmediato.

El futuro del sistema interamericano depende de la unidad. Si dos repúblicas cualesquiera se quedaran al margen de la familia de naciones americanas en una cuestión fundamental, sus gobiernos harían todos los esfuerzos posibles para reforzar su propia actitud, de lo cual resultaría un estado de rivalidad continua entre un grupo y otro para mantener su posición —un mutuo estorbarse en la carrera política interamericana— desventajoso para todos. Ninguna política interamericana concertada podría prosperar en tales condiciones. La fuerza del nuevo mundo será solamente resultado de la unidad de acción; sin ella no puede sobrevivir ningún sistema interamericano.

Otra inquietante posibilidad, si la Argentina hubiera creído que se la aislaba abiertamente, era que fuerzas poderosas del ejército argentino, incitadas por oficiales nazis de alta graduación residentes en esa república, pudieran crear deliberadamente una situación difícil y aguda en las fronteras brasileña o uruguaya. En tales condiciones era muy dudoso que el gobierno del Brasil hubiera considerado posible romper relaciones con el Eje, y no hay para qué decir que en este caso las repúblicas colindantes con el Brasil habrían modificado igualmente su política.

Sería prematuro analizar todas las corrientes y contracorrientes relacionadas con esta resolución de la conferencia. Puedo declarar solamente que hoy más que nunca estoy seguro de que la resolución que se tomó fué la más sabia dadas las circunstancias que entonces existían, y que el decidido esfuerzo que allí se hizo para mantener la unidad de las na-

ciones americanas era necesario no sólo para conservar un verdadero frente panamericano, sino también para salvaguardar la integridad y la seguridad del hemisferio occidental en su hora de mayor peligro.

A pesar de la opinión derrotista que existía en ciertos círculos de Wáshington, de que la resolución era tan débil que ninguna de las repúblicas que aún no habían tomado medidas contrarias a las potencias del Eje cumpliría las recomendaciones, el gobierno del Perú, inmediatamente después de firmar la resolución, anunció que había roto relaciones con el Eje; el gobierno uruguayo procedió casi simultáneamente; el gobierno de Bolivia se pronunció al día siguiente y un día después el del Paraguay; y en la dramática sesión de clausura de la conferencia, en uno de los discursos más impresionantes que he escuchado, el Dr. Aranha anunció a los delegados y al mundo entero que el Brasil había roto relaciones con Alemania, Italia y el Japón. Lo mismo hizo inmediatamente después el gobierno del Ecuador.

Hoy en día, todas las repúblicas americanas han roto relaciones con las potencias del Eje, lo cual nunca habría podido suceder si no se hubiera mantenido la unidad en Río de Janeiro.

Entre las decisiones más importantes que se tomaron en esa conferencia —y fueron muchas— figuran las resoluciones que disponían el rompimiento de todas las relaciones comerciales y financieras entre las repúblicas americanas y las naciones del Eje; la creación, mientras durase la guerra, de un Comité Interamericano permanente en Montevideo encargado de recomendar medidas conjuntas para controlar las actividades subversivas en el nuevo mundo; la consulta de los gobiernos americanos sobre los problemas de la postguerra, y la adhesión conjunta a los principios de la Carta del Atlántico.

El Comité de Defensa Política establecido en Montevideo bajo la prudente y enérgica presidencia del Dr. Guani ha prestado señalados servicios a la causa de la defensa del hemisferio. La información que ha obtenido en cada república

acerca de las actividades de los cómplices directos e indirectos del Eje ha hecho posible en muchas ocasiones tomar medidas precautorias o de otra índole destinadas a prevenir mayores peligros. Su actuación con respecto a las actividades subversivas en Chile, en 1942, y en la Argentina, ha sido sumamente beneficiosa, pues ha facilitado en gran manera la coordinación de la labor de la policía y de los servicios secretos en todo el continente. El Comité ha dado uno de los ejemplos más concretos de la forma en que se puede realizar una efectiva cooperación interamericana, especialmente en momentos de crisis.

Es una lástima que, salvo en el campo económico, y aun aquí sólo en forma preliminar y de ensayo, no se haya hecho ningún progreso en lo que respecta a una definida realización de los acuerdos tomados en Río de Janeiro sobre consultas relativas a los problemas de postguerra.

El esfuerzo de los representantes de Argentina, Brasil, Chile y los Estados Unidos para facilitar la solución de la antigua disputa de fronteras entre el Perú y el Ecuador, no estaba, en rigor, dentro del verdadero objeto de la conferencia. Las sesiones duraron muchas horas, y la última duró hasta la madrugada del día siguiente a la clausura oficial de la conferencia. Debido en gran parte a los esfuerzos personales del Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, se llegó finalmente a un acuerdo, y el protocolo con la solución definitiva fué firmado en el Palacio Itamaraty.

Puede decirse que las conferencias interamericanas anteriores a la reunión de Río de Janeiro fueron preparatorias. La Reunión Consultiva en la capital brasileña demostró en forma práctica el primer fruto de la semilla que antes se sembrara y cuyo desarrollo fué estimulado por los principios de la política del buen vecino. La Conferencia de Río de Janeiro vió nacer una verdadera unidad entre veintiuna naciones soberanas que hacían frente a un peligro común, y estableció los medios efectivos de cooperación que les permitieran protegerse mutuamente de ese peligro.

Al estudiar la política argentina durante y después de la

Conferencia de Río de Janeiro, es justo recordar que la suerte no ha favorecido al pueblo argentino durante estos últimos años. Una grave enfermedad, que habría de ser fatal, alejó al Dr. Roberto Ortiz de la presidencia en los precisos momentos en que comenzaba la conflagración mundial; de no haber sido así, su influencia habría logrado probablemente inclinar a la República Argentina, al lado de las demás naciones americanas, hacia una franca oposición contra las fuerzas agresivas de Europa y Asia. Además, los tres líderes más distinguidos de la opinión pública argentina, los ex presidentes Alvear y Justo, y el ex vicepresidente Roca, que se oponían a la neutralidad argentina, murieron casi a un mismo tiempo. La censura de todas las fuentes de información impuesta por el gobierno de Castillo y por la Junta Militar que lo derribó en junio de 1943, presidida primero por el General Ramírez y después por el General Farrell, ha privado a la opinión pública argentina de informaciones fidedignas y completas de los sucesos mundiales y especialmente de la reacción de las demás repúblicas americanas ante la línea política que recientemente ha seguido su gobierno.

Durante los últimos seis meses las relaciones entre Argentina y los Estados Unidos han llegado a un punto de abierta tirantez que no se había visto en muchos años. Es una lástima que este hecho haya causado una importante ruptura en la unidad interamericana en los momentos en que eran más necesarias que nunca la cooperación y la comprensión de las Américas.

Esta situación se debe principalmente a los esfuerzos que ha hecho el Departamento de Estado para usar el reconocimiento como arma diplomática y como medio de ejercer presión para orientar los sucesos políticos en la Argentina. La política del Departamento de Estado ha sido no solamente inapropiada e imprudente sino que ha tenido un efecto catastrófico sobre la opinión pública argentina; ha creado en las demás repúblicas americanas abierta simpatía por un régimen reaccionario y dictatorial que hasta entonces habían mirado con aversión, y ha fortalecido a los elementos ultranacionalistas en las naciones de la parte sur del hemisferio.

La dictadura de Ramírez había roto relaciones con el Eje, pero había ayudado también a la revolución que estalló en Bolivia a fines de 1943. Esta notoria intervención en los asuntos internos de Bolivia, contraria a las obligaciones contractuales de todos los gobiernos americanos, determinó la decisión de las demás repúblicas americanas de no reconocer al nuevo gobierno de Bolivia por lo menos hasta que no se purificara de este vicio de composición.

Otro movimiento generado dentro del ejército argentino derribó poco después el gobierno de Ramírez, a quien sustituyó como jefe de estado el General Farrell. Fué entonces cuando el gobierno de los Estados Unidos se negó a reconocer el nuevo régimen en la Argentina. La razón que se dió en Wáshington fué que las autoridades argentinas no habían tomado todavía medidas satisfactorias para impedir las actividades del Eje, situación que evidentemente provenía de la deficiencia administrativa del anterior gobierno de Ramírez, al cual nuestro gobierno había reconocido.

Para la opinión sudamericana, estaba a la vista que la decisión de Wáshington se debía realmente a que el Departamento de Estado creía que, negándose a reconocer el régimen de Farrell, éste sería derrocado y se instalaría en su lugar un gobierno más satisfactorio. Nadie con algún conocimiento de la psicología latinoamericana y especialmente de la psicología argentina habría apoyado esa política, que sólo podía tener uno de dos resultados: que cayera el gobierno de Farrell, en cuyo caso hasta los elementos más democráticos de la Argentina y aun los más opuestos a esa odiosa dictadura sentirían gran irritación contra los Estados Unidos ante una flagrante intervención en sus asuntos internos; o bien que la reacción de todos los elementos argentinos contra la coerción que trataban de ejercer los Estados Unidos fuera tan intensa que contribuyera a fortalecer la dictadura de Farrell. En cualquiera de los dos casos, la hostilidad contra nuestro país suscitada en todos los sectores argentinos por esta política, subsistirá durante muchos años.

El Departamento de Estado se ha esforzado por obligar a todos los demás gobiernos americanos a que sigan nuestro ejemplo. Los gobiernos de Chile, Paraguay y Bolivia se han negado a hacerlo. Los gobiernos del Brasil, del Perú y especialmente el del Uruguay, se han sentido muy incómodos; su deseo es estar de acuerdo con los Estados Unidos, pero en este caso han creído que nuestra política no solamente era desacertadísima sino que, además, no consideraba las dificultades económicas y políticas de los demás países. ¿Cuánto tiempo puede pedirse, por ejemplo, que el Uruguay permanezca sin reconocer al gobierno argentino, cuando la mayor parte de sus vínculos comerciales y financieros están en ese país vecino, y cuando todo su turismo viene de Buenos Aires?

El hecho es que este grave error del Departamento de Estado ha roto la unidad del hemisferio, mantenido durante más de diez años contra toda clase de obstáculos. Esto debería probar de una vez por todas que el reconocimiento nunca más debe usarse con fines políticos en las relaciones interamericanas y nunca más como un medio de coerción. Si los gobiernos americanos hubieran acordado adoptar la Doctrina Estrada de reconocimiento en sus relaciones dentro del hemisferio, no se habría presentado la situación que comentamos.

Hasta este momento ni la influencia de la falange española ni las actividades subversivas de varios agentes del gobierno de Franco, han sido un verdadero peligro para América. Sólo ocasionalmente han tenido alguna influencia sobre los elementos políticos, clericales y profesionales más reaccionarios en algunas de las repúblicas. Pero si continúa la presente brecha en la unidad americana, si se da alas a la dictadura argentina para combatir toda política de los Estados Unidos y si nuestro país merece ser acusado con justicia de un retroceso a la actitud coercitiva y dominadora de otros tiempos, se fortalecerá enormemente la influencia de los emisarios falangistas y de los demás elementos antiamericanos en el nuevo mundo.

Nadie pretenderá negar el hecho de que tradicionalmente la política exterior de Argentina ha favorecido siempre un estrecho entendimiento político con Gran Bretaña y con las demás potencias europeas, más que una participación genuina y completa dentro de un sistema puramente interamericano. Esta actitud se ha debido en parte a la consideración muy justa de que, como resultado de la política comercial de los Estados Unidos durante las últimas generaciones, las relaciones comerciales y económicas de Argentina con Gran Bretaña y con otras naciones europeas han sido mucho más importantes para su economía nacional que sus relaciones con los Estados Unidos.

Mucho se ha escrito y tal vez más se ha dicho, tanto en la Argentina como en los Estados Unidos, acerca de las restricciones impuestas por nuestro gobierno a la importación de carnes argentinas. La política de los Estados Unidos a este respecto no ha sido tan atroz como la han pintado en Argentina. La verdad es que en las regiones ganaderas de ese país la fiebre aftosa ha sido endémica por generaciones, y según las mejores opiniones científicas a las que ha podido acudir nuestro gobierno, no se ha encontrado todavía un medio seguro por el cual sea posible importar carne helada o congelada a nuestro país sin correr el riesgo de contagiar nuestro propio ganado. La enfermedad, que en la Argentina es endémica, se transforma en una epidemia virulenta cuando se propaga en un país en el que antes no existía; y esto, lo mismo en los Estados Unidos que en cualquiera otra región no contaminada. En tales condiciones, los embargos sanitarios que ha impuesto hasta ahora nuestro gobierno son enteramente justificados.

No se puede decir lo mismo, en cambio, de otras medidas restrictivas impuestas por los Estados Unidos. La fiebre aftosa no puede ser transmitida por medio de la carne en conserva; sin embargo, los derechos aduaneros que se ha impuesto a la carne en conserva y las cuotas restrictivas, limitan nuestras importaciones de este artículo a una cantidad insignificante. Otras restricciones que afectan a diversos productos agrícolas

argentinos de los cuales nuestro consumo supera a nuestra producción, carecen de toda base económica equitativa.

La principal dificultad reside, desde luego, en el hecho de que los Estados Unidos y la Argentina compiten en los mercados mundiales por la exportación de productos agrícolas, y mientras no se restablezca esa forma normal y saludable de intercambio triangular que existía antes de la primera guerra mundial, las relaciones comerciales entre los dos países deberían recibir toda clase de estímulo oficial. Convendría que los Estados Unidos derogaran todas las restricciones no requeridas por razones sanitarias, y convendría igualmente que las autoridades argentinas estimularan el descubrimiento de algún medio seguro de eliminar el peligro de contagio de sus exportaciones de carne helada o congelada, o de exterminar la fiebre aftosa en su propio ganado.

Se diría que los últimos gobiernos de la Argentina no hubieran comprendido que no hay ninguna incompatibilidad esencial en el hecho de que una nación americana, como la Argentina por ejemplo, sea una potencia mundial, y participe al mismo tiempo auténtica y plenamente en un sistema interamericano eficaz. Después de la renuncia y de la muerte del presidente Ortiz, la política argentina se ha puesto cada vez más provinciana y ciegamente nacionalista. Está muy lejos de acercarse a las inteligentes y previsoras directivas que siguió la orgullosa tradición argentina en las primeras décadas de nuestro siglo.

Los grupos que en este país piden con tanta vehemencia a nuestro gobierno que adopte una política coercitiva o por lo menos de represalias con respecto a la Argentina, están propugnando una decisión cuyos resultados serían totalmente opuestos a los que desean obtener. No solamente los principios fundamentales de los convenios interamericanos existentes y la propia política del buen vecino impiden que una nación americana intente dictar la política de otra, sino que también la reacción del pueblo argentino ante un intento semejante podría crear una ruptura permanente. Medidas de esa índole pueden causar un daño incalculable a los intereses del hemisferio occidental en los años inciertos que tenemos por delante. Si creemos en la eficacia de los principios democráticos y en la fuerza de la opinión pública, debemos dejar que el pueblo de la Argentina determine sus propios destinos. Yo sé que la pasión de los argentinos por la libertad individual es tan fuerte como la de cualquier otro americano. La dictadura que ahora soportan está tratando de perseguir la misma ominosa falacia que concibió Mussolini y que el pueblo italiano hizo suya en los años que siguieron a la primera guerra mundial; pero la experiencia revelará muy pronto que esa clase de regímenes autoritarios no puede sobrevivir en el mundo moderno y mucho menos en el nuevo mundo.

El sistema interamericano, tal como hoy existe, tiene sus raíces en el común reconocimiento de la igualdad soberana de todos los estados americanos, y en su común creencia de que por medio de la cooperación encuentran ventajas individuales. La política del buen vecino ha permitido que se establezca este sistema regional.

La participación permanente de los Estados Unidos en este sistema debe ser la base de nuestra política exterior; de ella dependen la unidad del hemisferio y nuestra seguridad y bienestar, y debería, por lo tanto, estar siempre por encima de los azares de la política interna de los Estados Unidos.

Yo creo que el sistema regional de América debe ser parte indispensable de cualquiera organización internacional que se establezca después de la guerra. Los ideales del hemisferio occidental, nuestras libertades y nuestras instituciones democráticas, pueden desempeñar un papel vital en el nuevo orden del mundo. Los recursos del continente americano son ilimitados, y es posible desarrollarlos en beneficio de cada nación, con el aumento consiguiente del standard de vida, si todas las naciones americanas contribuyen a la empresa.

Para lograr este propósito es preciso desechar muchas teorías y prácticas del pasado. El capital norteamericano no debe ser invertido en las repúblicas americanas en forma suscep-

tible de crear un imperio dentro de otro estado soberano. Un nacionalismo bien entendido en ningún caso permitiría que continuaran tales condiciones. El único procedimiento viable es que el capital de nuestro país se asocie con el capital del país en que sea invertido. Una asociación de esta clase eliminará los males políticos y económicos resultantes del control extranjero de los recursos nacionales o de los servicios públicos de un país y permitirá que la población de los países en los cuales se desarrollen industrias o se exploten los recursos naturales obtengan una participación justa y cabal de las utilidades.

Me atrevo a pronosticar que, a pesar del problema que presenta actualmente la situación argentina, los pueblos de las naciones americanas se unirán cada vez más durante los próximos años. La expansión de la aviación civil, de las comunicaciones marítimas, y la rápida terminación de la carretera panamericana, facilitarán enormemente no sólo los viajes y el mutuo conocimiento, sino que fomentará también vigorosamente el intercambio cultural.

Si queremos que esta estrecha asociación se realice sin rozamientos ni mala inteligencia, es preciso estimular el desarrollo del nuevo sistema regional interamericano, tanto político como económico, sobre las firmes bases de igualdad, respeto y tolerancia que han sido establecidas durante los últimos diez años.

Capítulo VI

LA REGIÓN DE LA DISCORDIA: EL CERCANO ORIENTE Y LA EUROPA ORIENTAL

El punto de partida lógico para considerar los problemas del Cercano Oriente, del Mediterráneo oriental y del este de Europa, es el papel que le corresponderá desempeñar a la república de Turquía.

Cuesta comprender que la nueva y dinámica Turquía sea la misma potencia que, durante todo el siglo pasado, tuvo fama de nación decadente y fué llamada a menudo "el enfermo de Europa". Igualmente difícil es apreciar, hoy en día, la profunda influencia que la cuestión turca ejerció sobre la historia de Europa durante los cien años que precedieron a la primera guerra mundial.

La cuestión de Turquía fué el punto neurálgico de la política exterior de Inglaterra durante la era victoriana; fué la culminación dramática de la larga carrera del más pintoresco de los primeros ministros de Inglaterra, Lord Beaconsfield, y fué el problema que, perturbando la inquieta conciencia de Gladstone, lo indujo, a pesar de sus años, a volver por otros dos lustros a la arena política; porque, como ha dicho James Bryce:

> "Nada la interesaba más que la protección de los cristianos en el oriente. La idea de tener una obligación personal para con ellos se debía, principalmente, a su creencia de que la guerra de Crimea

> había prolongado la dominación turca, y que, por lo tanto, había impuesto una responsabilidad especial sobre Gran Bretaña y sobre los miembros del gabinete de Lord Aberdeen, cuyo gobierno la envolvió en dicha guerra."

Tampoco es fácil para los jóvenes de hoy concebir el horror con que se miraba a Turquía en casi todo el mundo civilizado, debido, en parte, al anatema lanzado contra ella por el gran líder liberal inglés. Recuerdo muy bien que, cuando niño, miraba con angustia los impresionantes dibujos que circulaban a fines del siglo pasado, a raíz de las matanzas de búlgaros y armenios.

La importancia de Turquía en su período de senilidad aparente se debía al empeño de Rusia por controlar los Dardanelos y convertirse en una potencia mediterránea, en contra de la política constante del gobierno británico y con la oposición intermitente del gobierno francés, determinados a evitar tal objetivo. La supremacía rusa en el Mediterráneo oriental habría amenazado las comunicaciones entre Gran Bretaña y sus posesiones en el Oriente, así como su situación en Egipto, adquirida a fines del siglo XIX. La preponderancia rusa en Turquía habría impedido la expansión de los intereses tradicionales de Francia en el Asia menor. Por estas razones, y por la corrupción e ineptitud del gobierno imperial de Turquía en sus últimos años, aumentó cada vez más la presión de las naciones europeas que se disputaban por imponerle su influencia.

El desapoderado deseo de las grandes naciones de Europa de tener su parte en la herencia del supuesto "enfermo", habría determinado seguramente su muerte si los presuntos herederos hubieran podido ponerse de acuerdo sobre la porción de cada cual.

Cuando subió al trono Guillermo II de Alemania, tanto él como sus sucesivos cancilleres consideraron a Turquía como el eslabón más importante en la cadena de la espectacular política alemana del "Drang nach Osten". La dominación de Turquía por Alemania era esencial si había de realizarse el proyectado ferrocarril de Berlín a Bagdad, indispensable para la expansión de Alemania hasta el golfo Pérsico.

La política diplomática alemana en el período posterior a Bismarck ha sido muchas veces, y a mi juicio con razón, tildada de carente de visión, mal fundada y, por lo tanto, ineficaz. Es preciso reconocer, sin embargo, que la política alemana con respecto a Turquía tuvo gran éxito durante los primeros años del siglo XX. No solamente los embajadores alemanes en Constantinopla eran los más aptos para la difícil tarea que tenían entre manos, sino que, además, las negociaciones políticas, comerciales y financieras entre los dos países estuvieron muy bien coordinadas. En todo caso, si hemos de juzgar la diplomacia por sus resultados, la política alemana con Turquía fué muchísimo más eficaz que la de las demás potencias europeas en los años inmediatamente anteriores a la guerra de 1914.

Desde 1841 hasta 1914, la situación legal de los Dardanelos exigía que el gobierno turco, siempre que permaneciera neutral, debería negar a todo barco de guerra extranjero la entrada a los estrechos. La violación de este requisito fué una de las principales causas de la guerra de Crimea, así como de las sucesivas crisis del equilibrio europeo.

Al comienzo de la primera guerra mundial, los gobiernos de Francia e Inglaterra tuvieron que considerar seriamente la posible defección del imperio ruso. Urgidos por la extremada gravedad de su propia situación militar, firmaron un tratado secreto con Rusia, en el cual se prometía a ésta, una vez consumada la derrota de Alemania y Austria, la anexión de la costa europea del Bósforo, los Dardanelos y la capital de Turquía. Después de la revolución rusa de 1917 y de la nueva consigna soviética: "Ni anexiones ni indemnizaciones", el tratado secreto no sólo fué hecho público, sino que fué oficialmente denunciado por el gobierno de Moscú.

El efecto que esto produjo sobre la opinión pública de Turquía fué inmediato y de grandes consecuencias: despertó vivas simpatías por el nuevo régimen ruso, que cristalizarían

más tarde en la alianza ruso-turca de 1921 y, además, engendró una desconfianza tan profunda como bien fundada en las potencias de la Europa occidental, actitud que persistió muchos años después de la guerra. La publicación de Moscú fué también un poderoso estímulo para la ola de ultranacionalismo que invadió a Turquía después de 1918.

Es necesario destacar el hecho de que el renacimiento de Turquía, debido en gran parte al genio de Mustafá Kemal Pachá Ataturk, era puramente nacionalista, sin el menor asomo de panislamismo. Su consecuencia fundamental fué apartar al pueblo turco de la tradición de más de mil años del Califato mahometano y de las doctrinas panislamistas. Los gobernantes de la nueva Turquía estaban resueltos a occidentalizar a sus conciudadanos. En detalles tales como la supresión del fez y del velo, lo mismo que en cuestiones más importantes, como la adopción, por lo menos en la forma, del gobierno republicano y representativo, Ataturk obligó a su pueblo a separarse del Oriente.

No es posible referirse a la nueva Turquía sin rendir tributo al genio que la creó, cuya personalidad sobresaliente comienza ya a envolverse en la niebla del mito y la tradición popular. Albano de nacimiento, educado desde la adolescencia en la disciplina militar, perseguido por Abdul-Hamid, Ataturk trabó estrecha amistad durante la primera guerra mundial con el general alemán Liman Von Sanders; lo que no le impidió después adquirir tantos prejuicios contra Alemania como los que ya tenía contra Inglaterra y Francia. Lo más importante es que supo aprovechar la oportunidad para asegurar, en el momento psicológico, la libertad e integridad de lo que quedaba de su patria. Tomó la iniciativa con todo éxito en los momentos en que el Tratado de Paz de Versalles estaba a punto de firmarse.

Si no hubiera obrado entonces, y si no se hubiera atrevido a hacer frente a las potencias aliadas victoriosas, cuya aplastante superioridad habría arredrado a cualquiera, Turquía nunca habría conseguido la verdadera independencia de que hoy goza. Porque ya en 1919, con la aprobación de los gobiernos de Inglaterra y Francia, los ejércitos griegos habían tomado posesión de Esmirna, mientras que Italia, como consuelo por la renuncia a sus pretensiones de absoluta hegemonía en el Adriático que le había garantizado el tratado secreto de Londres, fué autorizada para ocupar Adalia y otras partes de la Turquía occidental.

Las maniobras y contramaniobras de Kemal Pachá contra la autoridad de la Sociedad de las Naciones y de las grandes potencias durante los cuatro años que sucedieron a la firma del Tratado de Versalles y del Tratado de Sèvres, son una de las historias más interesantes e intrincadas de la política europea en los últimos tiempos. Su tarea se facilitó por el conflicto de los intereses de Gran Bretaña y Francia en el Cercano Oriente, crisis en la que Francia mostró mucho más realismo que Gran Bretaña. El nuevo gobierno de Turquía, robustecido por su alianza con la Unión Soviética, no tenía nada que temer en su frontera oriental y pudo concentrar sus fuerzas militares en la Turquía occidental; había recibido, además, una cantidad considerable de armas y municiones de su aliado ruso. Pero, sobre todo, Turquía sabía muy bien que Gran Bretaña, presionada por la opinión pública, se vería obligada a ordenar la desmovilización, y no estaba en condiciones de embarcarse en nuevas aventuras militares, y que Francia, sola ante la responsabilidad militar de mantener a raya la amenaza alemana, no podía ni quería verse envuelta en un conflicto en el Cercano Oriente.

El gobierno de Francia fué tan lejos en su esfuerzo por conseguir la amistad de Turquía, que firmó un tratado separado a fines de 1921, en el cual no solamente se violaba la promesa hecha por Francia a Gran Bretaña de hacer una paz conjunta, sino también el propio Pacto de la Sociedad de las Naciones, ya que Francia cedía a los turcos una parte considerable del territorio de Siria sobre la cual Francia sólo tenía derechos de mandato.

En 1922, los italianos se habían retirado ya por completo de la Turquía occidental. En octubre de ese año los ejércitos turcos derrotaron las últimas fuerzas griegas que quedaban

en Anatolia. Ataturk había obtenido un triunfo memorable.

El capítulo final de la historia se escribió en Lausana en julio de 1923, con la conclusión de un nuevo tratado de paz, entre Turquía y las potencias aliadas, por el cual el canciller Ismet Inonu, hoy presidente de la república turca, obtuvo que los aliados reconocieran la mayoría de las aspiraciones de Ataturk. El Tratado de Lausana restauró la jurisdicción de Turquía sobre Constantinopla y los Estrechos, y estableció sobre bases sólidas el futuro desarrollo de la nueva república. Turquía pudo entonces levantarse como la fuerza vigorosa que es actualmente en el sudeste de Europa y en el Mediterráneo oriental.

Quedó establecido en Lausana que los estrechos estarían abiertos en todo tiempo para el libre tránsito de los barcos mercantes, y para el de los barcos de guerra con la única restricción de que no entrara al Mar Negro ninguna escuadra más poderosa que las fuerzas navales allí mantenidas por Rusia o Turquía. En caso de guerra, y siempre que Turquía permaneciese neutral, esta restricción no se aplicaría a los barcos de las naciones beligerantes. Se decidió, además, desmilitarizar los Dardanelos y se creó una Comisión Internacional de los Estrechos encargada de velar por el cumplimiento de esta disposición.

Trece años más tarde, en la Conferencia de los Estrechos que se reunió en Montreux, cuando ya las nubes de la segunda guerra mundial se cernían en el horizonte, Turquía exigió y obtuvo el control absoluto de los Dardanelos y la autorización para fortificarlos. Los intereses de la Unión Soviética se armonizaron mediante un acuerdo por el cual Rusia podría, en lo sucesivo, enviar barcos de guerra al Mediterráneo sin ninguna restricción.

La influencia de los Estados Unidos sobre la rápida modernización de Turquía ha sido más grande de lo que generalmente se cree en este país. Desde hacía mucho tiempo, las actividades de las misiones norteamericanas se desarrollaban con éxito, debido en parte a que los misioneros de los Estados Unidos fueron bien recibidos en una época en que los funcionarios turcos estaban muy recelosos de los objetivos ulteriores de los ciudadanos de cualquier potencia europea, y, en parte, a que las grandes instituciones de enseñanza creadas en Turquía gracias a las donaciones norteamericanas, fueron dirigidas por hombres muy dedicados a su trabajo y de gran tacto y habilidad. Estos establecimientos han sido fuentes de cultura occidental progresista donde miles de jóvenes turcos, ahora activos en la vida pública, hallaron la inspiración que buscaban. Por esta razón, y porque los Estados Unidos son la única de las grandes potencias que nunca ha inspirado recelos a Turquía, las relaciones entre los dos países tienen una base firme que debe ser utilizada con ventaja para ambos.

Esto ha adquirido mayor importancia a partir del estallido de la guerra en Europa. En 1940, la posición turca era muy incierta. Las relaciones turco-soviéticas se habían enfriado en grado sumo durante los meses anteriores a la ocupación alemana de la Europa occidental. La misión de Saracoglu a Moscú, destinada a clarificar la atmósfera, no dió resultados. La rivalidad entre Alemania e Inglaterra (en la cual, más tarde, los Estados Unidos se unieron a esta última), por el derecho exclusivo a comprar ciertos materiales estratégicos indispensables, tales como el cromo, había creado una situación cada vez más difícil para el gobierno turco.

Las tácticas del embajador alemán Von Papen —a las que debe su fama en todos los países en que ha podido practicarlas— han creado algunas veces crisis tan serias como la que provocó el misterioso complot para asesinarlo, planeado, según él, por agentes comunistas, y que puso a Turquía al borde de la ruptura con varios de los beligerantes europeos.

Quizá no sea de extrañarse que, en los años de 1940 a 1942, cuando el porvenir parecía muy oscuro para Turquía, sus emisarios en Wáshington y en otras capitales de las Naciones Unidas se hayan permitido, probablemente siguiendo instrucciones de Ankara, hacer sondeos urgentes y casi patéticos sobre las posibilidades de una paz negociada. Insistían en que, según la opinión del gobierno turco, el único desenlace posible de la segunda guerra mundial era el agotamiento

de los dos bandos sin la victoria militar de ninguno, y que la continuación de la guerra no tendría otro resultado que arrastrar a los beligerantes y a las pocas potencias neutrales al más completo caos social y económico.

Al comienzo de la guerra actual, Turquía había llegado a la conclusión de que su seguridad dependía de sus esfuerzos para permanecer neutral. Después de largas negociaciones destinadas a asegurarse de que, en caso de un ataque alemán, podría contar siquiera con cierto apoyo de las potencias occidentales, firmó un tratado de ayuda mutua con Gran Bretaña en 1939, y, casi al mismo tiempo, un pacto de no agresión con la Unión Soviética. En 1940, para contrapesar estos convenios en una época en que la suerte de la guerra parecía favorecer decididamente al Eje, Turquía firmó un tratado de amistad con Alemania e hizo arreglos subsidiarios para intercambiar sus productos estratégicos por municiones que le suministrarían las fábricas de armamentos de los territorios ocupados por Alemania.

Los motivos que inducían a Turquía a realizar este último convenio adquirieron mayor importancia por el hecho de que los ingleses, aun cuando con la entrada de los Estados Unidos a la guerra comenzaban a disponer del material de préstamos y arriendos, no pudieron suministrar los armamentos y aviones que Turquía esperaba como resultado de su tratado de 1939 con Gran Bretaña. Hubo otro factor más: por esa fecha las Naciones Unidas corrían gran peligro en el Mediterráneo oriental, y la situación era alarmante en todo el Cercano Oriente. Desde el punto de vista estratégico, a las Naciones Unidas no les convenía que Turquía entrara a la guerra y corriera el riesgo de una invasión alemana de su territorio occidental, cosa que parecía lo más probable en vista de la inferioridad de las defensas militares de Turquía y de la imposibilidad de los aliados de prestarle ayuda material alguna. Este fué el punto de vista que adoptaron oficialmente en diversas ocasiones los dirigentes ingleses en el Parlamento.

La política de la Unión Soviética era mucho más franca. El gobierno del Soviet estaba deseoso, en realidad, de que

Turquía participara en la guerra, pues ello amenazaría el flanco de las fuerzas alemanas que luchaban en el litoral del Mar Negro.

No obstante, triunfó el deseo del gobierno turco de conservar su paz y neutralidad. Después de la Conferencia de Teherán en noviembre de 1943, y de las reuniones que a continuación se celebraron entre el presidente de Turquía y los dirigentes de las potencias occidentales, éstos insistieron vigorosamente en que Turquía participara activamente en la campaña contra Alemania. Con todo, la neutralidad de Turquía no ha sido modificada hasta la fecha, excepto por su decisión reciente de prohibir la exportación de cromo a los países del Eje.

No obstante, Turquía ha dado muestras inequívocas de que desea tener voz en los arreglos de postguerra que se relacionen con problemas que considera vitales para su futuro, tales como el de las fronteras con Bulgaria y el equilibrio de los Balcanes. De modo que, dada la posición dominante de Turquía en el extremo oriental del Mediterráneo y la energía de su pueblo, cualquiera que sea su participación en los acuerdos de postguerra que afecten a la península de los Balcanes y a la cuenca del Danubio, ésta será de importancia primordial.

El análisis de las fuerzas que determinan el destino de los pueblos que ocupan los campos ensangrentados de Europa Oriental, tiene que ser necesariamente superficial en un breve estudio como el presente. Dichas fuerzas son tan complejas, están tan inextricablemente ligadas a problemas religiosos, raciales y económicos, y a antagonismos tradicionales, que las generalizaciones corren gran riesgo de no ser valederas. Con todo, hace más de un siglo que las nubes precursoras de las tormentas que han asolado al viejo mundo, han aparecido casi invariablemente en el sudeste de Europa.

Aun en los tiempos más modernos, las naciones balcánicas y los estados que se crearon después de la primera guerra mundial han sido el campo de contienda del llamado equilibrio europeo. Odios religiosos y raciales, pobreza extremada,

un alto porcentaje de analfabetismo, poca o ninguna expectativa de un futuro mejor, y, tal vez más que nada, la lucha fervorosa por la libertad, son hechos que han contribuído en conjunto a determinar las condiciones proverbialmente caóticas en que se debaten las naciones de la Europa oriental. Mas si es preciso alentar alguna esperanza de que haya orden y paz en la Europa futura, es imperioso hallar una solución para estos viejos problemas: de ello depende, no sólo la paz entre el este y el oeste de Europa, sino también la paz en el Cercano Oriente.

Los factores principales en la situación de los Balcanes antes del estallido de la segunda guerra mundial, pueden ser resumidos como sigue:

En 1919, Rumania se transformó repentinamente, de una nación pequeña de poca población, en un país de casi dieciocho millones de habitantes. El pueblo rumano, que hasta entonces había vivido principalmente de la agricultura, empezó a disfrutar, gracias al rápido desarrollo de los campos petrolíferos del Mar Negro, de un gran aumento en la renta nacional que estimuló, además, un desarrollo industrial considerable. Al territorio que originalmente poseía Rumania habían sido incorporadas las regiones de Transilvania, Bucovina, Banat y Besarabia, con lo cual se agregaron a los problemas raciales y religiosos ya existentes muchos otros problemas aun más graves. Los rumanos intentaron, por ejemplo, controlar a toda costa la población húngara, irreductible y no asimilable, que había pasado a formar parte de la nueva Rumania, y hubo serias controversias engendradas por los esfuerzos de la Iglesia ortodoxa y de los funcionarios rumanos para privar a las nuevas minorías de la autonomía religiosa a que se creían con derecho.

Los rumanos con alguna visión del futuro estaban convencidos de que se acercaba el momento de la liquidación de cuentas. Los sucesivos gobiernos de Rumania estaban cada vez más inquietos con respecto a Besarabia, por ejemplo, que durante muchas generaciones había estado bajo la soberanía de Rusia y de la cual la Conferencia de la Paz había dispuesto

sin siquiera la formalidad de consultar a su antiguo poseedor.

Recuerdo que, ya a principios de 1920, era casi imposible hablar con un funcionario rumano sin que se suscitara la discusión de lo que ellos llamaban los derechos de Rumania sobre Besarabia y las justificaciones históricas de la soberanía rumana. El gobierno de Rumania gastó seguramente sumas considerables en la publicación de libros que defendían su punto de vista, a juzgar por la liberalidad con que fueron distribuídos. No cabe duda de que los árbitros supremos de 1919 estaban convencidos en París de que el pueblo de Besarabia deseaba pertenecer a Rumania; pero durante muchos años ha sido cuestión muy discutible la de si la oportunidad que se le dió para manifestar sus deseos fué en modo alguno suficiente para que ejerciera en forma efectiva el derecho de determinar su propia suerte.

Ante problemas tan complejos y a menudo desconcertantes, sólo un gobierno muy eficiente, en manos de patriotas de visión, abnegados y con buenas reservas de sentido común, habría permitido que Rumania sorteara con éxito los escollos de ese borrascoso cuarto de siglo; pero el país fué notoriamente infortunado a este respecto.

No faltaban hombres de grandes condiciones, como Maniu, líder del partido de los campesinos, y algunos otros; por desgracia, rara vez han estado en situación de ejercer su autoridad. Los gobiernos cambiaban continuamente y, en su mayoría, tuvieron que sobrellevar la carga adicional de los escándalos provocados por algunos miembros de la familia real. Las condiciones mismas del pueblo rumano y la estabilidad de sus instituciones gubernativas han empeorado constantemente: la corrupción en Bucarest ha sido más notoria que en ninguna otra capital europea.

A decir verdad, nunca ha existido un auténtico gobierno popular ni tampoco las bases para establecer la autoridad del pueblo; el gobierno ha sido una mera superestructura, y de la peor especie. Entre 1935 y 1940 se ha visto la desintegración final de la autoridad en formas tan grotescas como los gobiernos de Goga y Antonescu, las aberraciones, inspiradas

por los nazis, de Codreanu y de la Guardia de Hierro, y, bajo la influencia de Hitler, las atrocidades cometidas con los judíos.

Como contraste, la historia de Yugoslavia, creada por el Tratado de Versalles, ha sido mucho más digna de admiración, a pesar de que sus problemas internos eran aun más difíciles de resolver que los de Rumania en 1920. Los pueblos de Yugoslavia —servios, croatas y eslovenos— se han mostrado siempre mucho más amantes de su libertad que los rumanos, y, por lo mismo, los problemas internos de Yugoslavia han originado rivalidades y antagonismos más profundos. La mayoría de los servios pertenecen a la Iglesia Ortodoxa, mientras que los croatas y los eslovenos son miembros de la Iglesia Católica; Yugoslavia tiene, por otra parte, una población musulmana considerable. Durante la vida del nuevo estado de Yugoslavia, los servios, fieles a su tradición histórica valiente y orgullosa, han tratado de adquirir una posición dominante dentro del reino; se han opuesto constantemente a las reiteradas demandas de los croatas y eslovenos, que quieren autonomía regional bajo una autoridad federal lo menos poderosa posible.

Pero estos problemas han pasado siempre a segundo plano ante la amenaza de un peligro exterior, sea ante los temores de una reivindicación húngara o de la hegemonía austríaca, o, en años más recientes, cuando las ambiciones del fascismo italiano exigían continua vigilancia.

El estado yugoslavo ha logrado subsistir a pesar de un sinnúmero de obstáculos. Las dificultades derivadas del Tratado de Versalles, así como las incursiones a mano armada de Italia, que pusieron, contra toda su voluntad, a muchos yugoslavos bajo el dominio italiano, crearon inquietud en toda la costa oriental del Adriático, y contribuyeron grandemente a provocar un estado de incertidumbre económica e intranquilidad política. Los acuerdos para solucionar las cuestiones de Trieste, Fiume y la Península de Istria no solucionaron nada; lo único que aseguraron fué la certidumbre de una situación inestable.

La fijación de las fronteras de Bulgaria dió origen inmediatamente a un movimiento general de reivindicación en este país, que comprometió seriamente las relaciones de Bulgaria con Rumania y Yugoslavia, y especialmente con Grecia. Por tradición y por sentimiento, Rusia ha sido y sigue siendo considerada por los búlgaros como su leal amiga. Ni la casa reinante de los Coburgo, ni el hecho de que las potencias del Eje obligaran una vez más a Bulgaria a ser satélite de Alemania, han podido alterar en el pueblo su arraigado sentimiento en favor de Rusia. Durante la guerra actual se han mantenido las relaciones oficiales entre Moscú y Sofía. El gobierno búlgaro, a pesar de estar dominado por los nazis, no se ha atrevido a romper relaciones con Rusia por no correr el riesgo de la revuelta popular que esto habría provocado.

Los países balcánicos han sido desde hace tiempo objeto de la rivalidad de las grandes potencias. Sobre ellos se han ejercitado las más opuestas influencias políticas, y los intereses financieros y económicos han encontrado en ellos un terreno fértil para sus actividades. El capital extranjero ha promovido, es cierto, el rápido desarrollo de los recursos minerales y petrolíferos de Yugoslavia y Rumania, pero también ha fomentado la corrupción oficial, y sus agentes, obrando con un cinismo increíble, han contribuído en gran parte a aumentar la inestabilidad.

En todos los países balcánicos el nivel de vida es lastimosamente bajo. Bulgaria es, casi exclusivamente, un país agrícola. Tanto en Yugoslavia como en Rumania la agricultura constituye el medio principal de vida de las masas. Fué principalmente este hecho lo que permitió a Alemania, en los tres años anteriores a la guerra, adquirir una preponderancia tan rápida en los asuntos balcánicos. Al mediar la pasada década, los subsidios, la mecanización de la agricultura y el desarrollo de la producción en masa en muchos países productores de alimentos en el resto del mundo, habían cerrado el mercado mundial a los agricultores de los Balcanes.

La fase más aguda de dicha crisis coincidió con la última etapa de los preparativos de Hitler para la guerra

mundial. El sistema de trueque propuesto por el gobierno alemán a las naciones balcánicas, que daba a éstas la esperanza de recibir alguna compensación por sus productos agrícolas, les pareció el único medio de evitar un completo desastre económico y financiero; así, aceptaron los procedimientos comerciales que les propuso el doctor Schacht. Al poco tiempo, Alemania dominaba esos mercados: entre 1936 y 1938 exportó a Yugoslavia y a Rumania más del 40 por ciento de las importaciones totales de los dos países, comparado con más o menos 20 por ciento en años anteriores; y a través del casi completo control económico, Alemania adquirió también el control político que, para sus fines, era aun más importante.

Aunque los Estados Unidos hubieran adoptado en esa época una política destinada a contener efectivamente el crecimiento de la dominación nacista en Europa, habría tenido muy poco que ofrecer a los países balcánicos en cambio de las ventajas económicas que les procuraban los arreglos propuestos por Alemania. El programa de tratados comerciales, constructivo como era, no habría servido gran cosa, ya que los productos agrícolas de los cuales dependía tan principalmente la economía de los Balcanes carecían de interés para los importadores norteamericanos. Los gobiernos de Inglaterra y de Francia que, por consideraciones de defensa nacional, habían iniciado una política de subsidios para mantener artificialmente la producción agrícola de sus respectivos países, tampoco estaban en condiciones de combatir con éxito la política económica de Alemania.

La pobreza de las masas es la causa fundamental de todos los problemas de las naciones balcánicas; mientras no mejore su *standard* de vida será imposible desarrollar las bases sociales sobre las cuales puedan organizarse gobiernos estables, único medio de prevenir en forma permanente la intromisión de las influencias extranjeras que han mantenido a esos países en condiciones de inferioridad política y económica, y de desarrollar, con amplitud e independencia, sus magníficas capacidades latentes.

Pero mientras subsistan las barreras económicas que han existido desde la última guerra, no hay ninguna esperanza de que los pueblos balcánicos puedan elevar su nivel de vida. La unión aduanera, aunque ciertamente mejoraría las condiciones actuales, sería sólo una solución parcial del problema. Lo que se necesita es una unión económica de postguerra, con participación de todas o algunas de las repúblicas de la Unión Soviética. Tal unión nivelaría las tarifas aduaneras, y, además, ofrecería oportunidades para el desarrollo económico de la región por métodos cooperativos. La estabilización regional de la moneda bajo la supervisión de un organismo internacional, sería un poderoso estímulo, y el control colectivo de los medios de transporte aéreo, ferroviario y marítimo, acabaría de reducir los obstáculos que entorpecen el comercio tanto dentro de la región como con el resto del mundo.

La posibilidad de construir grandes plantas hidroeléctricas en el valle del Danubio, es casi ilimitada. La fuerza eléctrica que producirían estas centrales, distribuída a través de todas las fronteras nacionales de la Europa oriental, crearía al cabo de veinte años una civilización industrial enteramente nueva en esa región, con la consiguiente elevación del nivel de vida en los hogares de esa parte de Europa. No faltó en los Estados Unidos quienes ridiculizaran la Autoridad del Valle de Tennessee cuando recién se planeó, y tildaran a hombres como George Morris y Franklin D. Roosevelt de soñadores sin espíritu práctico; y, sin embargo, a los pocos años era ya dable apreciar los beneficios que ese experimento trajo a centenares de miles de ciudadanos norteamericanos. Procedimientos cooperativos como el que hemos mencionado, permitirían no sólo intensificar provechosamente la producción, ya que aumentaría el poder adquisitivo de la región, sino también diversificarla con ventajas. La fuerza eléctrica barata que podría obtenerse con este plan fomentaría considerablemente la producción industrial y mejoraría las condiciones de vida. Para conseguir estos fines se requiere, en primer lugar, hacer convenios regionales que permitan mayor

libertad de comercio y mayor libertad en el movimiento de capitales, y el control regional de las vías de transporte y de la fuerza eléctrica.

Difícil sería exagerar los obstáculos de orden político y económico que presentaría una completa reorganización de Europa oriental, como la que se acaba de esbozar; pero no veo otro medio eficaz de desarrollar en esa región, en un futuro no demasiado lejano, la estabilidad necesaria y cierta medida de prosperidad, por relativa que sea. Los obstáculos no provendrían solamente de esa región. Existen poderosos intereses financieros en la Europa occidental que quieren seguir gozando de las ventajas que para sus fines de explotación representa una Europa oriental atomizada. La Unión Soviética no revela la menor intención de apoyar ningún intento de federación de los pueblos situados en su frontera occidental, que no esté bajo la influencia directa del Soviet. Los obstáculos seguirán siendo insuperables a menos que la nueva organización internacional sea dirigida por estadistas lo bastante sagaces para comprender que, si no se ayuda a los pueblos de la Europa oriental a mejorar su *standard* de vida, esa vasta región seguirá siendo la principal amenaza para la paz y el orden del mundo.

Una unión económica como la bosquejada podría componerse de uno, dos, y hasta tres grupos de naciones: Grecia, Albania, Bulgaria, Rumania y Yugoslavia podrían formar el primer grupo: Polonia y Checoslovaquia el segundo, y Austria y Hungría el tercero; o bien Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Austria formarían un grupo, y el otro los Balcanes incluyendo a Grecia; la tercera alternativa sería una unión económica compuesta de todas las naciones mencionadas y, además, de Turquía. Es evidente que la Unión Soviética, total o parcialmente, debe ser incluída en cualquiera de estas posibilidades.

No es ilusorio suponer que cualquiera de estas combinaciones provocaría gran desconfianza en la Unión Soviética, y que las grandes potencias de Europa occidental también

se alarmarían por los vínculos políticos que inevitablemente tendrían que formarse.

Por otra parte, si con el tiempo se consiguen los resultados beneficiosos que cabe esperar de una unión económica semejante, el mejoramiento de las condiciones de vida de la población puede crear un mercado ventajoso para un gran volumen de exportaciones de la Unión Soviética y de otras naciones exportadoras de Europa.

Con una organización mundial en la que las grandes potencias desempeñen plenamente el papel que les corresponde, la cooperación estrecha entre las naciones del este de Europa no será una amenaza para la integridad de Rusia o de ningún otro país. En tales condiciones, la unión económica sólo puede ofrecer grandes ventajas, tanto inmediatas como futuras.

No cabe duda de que lo más peligroso para la futura estabilidad de Europa sería la creación del llamado "cordón sanitario" por las potencias dominantes de la Europa oriental o por las democracias occidentales europeas. Pero no es menos cierto que, si existe el propósito de crear un orden estable, es de todo punto necesario dar a los pueblos de la Europa oriental la oportunidad de alcanzar por lo menos las condiciones de vida que la civilización moderna considera imprescindibles. La experiencia de los últimos veinticinco años ha demostrado claramente que no es posible cumplir este propósito mientras siga fraccionada la economía de las naciones de la Europa oriental y mientras perdure la política económica que se ha seguido durante el último cuarto de siglo.

En 1919, la Conferencia de París creó los que se conocen con el nombre de Estados de Sucesión, y los lanzó a la ventura, junto con sus vecinos, sin otra directiva que la de valerse por sí solos. No se necesitaba ser profeta para prever que su estructura económica les impediría sobrevivir sin el auxilio artificial que, de vez en cuando, les suministraban la Sociedad de las Naciones o alguna de las grandes potencias. Cuando se hizo imposible seguir prestándoles dicha ayuda, sobrevino

la catástrofe inevitable. Esta vez será necesario proveer a los estados de la Europa oriental del único medio seguro que les permitirá sostenerse a sí mismos y llegar a ser una entidad constructiva en la sociedad mundial.

El drama de los Balcanes no ha sido nunca más profundamente trágico que en los últimos cinco años. La ocupación italiana de Albania en la mañana del Viernes Santo de 1939, y los ataques de Italia y Alemania contra Grecia en los primeros meses de 1941, constituyen un capítulo de la historia que avergonzará a muchas generaciones de italianos.

En toda la costa sur del Mediterráneo y en el Cercano Oriente el mundo de postguerra deberá encarar problemas muy semejantes a los de los Balcanes. El estudio de estos problemas, originados por la complicadísima situación de los países árabes, revelará la necesidad de revisar las decisiones que, sobre el Cercano Oriente, tomaron en los años de 1919 y siguientes las potencias aliadas victoriosas.

No hay para qué recordar ahora el desengaño que el Tratado de Versalles significó para los líderes árabes y para los muchos y valientes soldados ingleses que lucharon a su lado durante la primera guerra mundial. Baste decir que los líderes árabes están convencidos de que el gobierno británico no cumplió las promesas que formalmente les hiciera, y que a ello, principalmente, se deben la incertidumbre y la complejidad de la historia árabe en los últimos tiempos.

El motivo principal de queja fué el incumplimiento, por parte de Gran Bretaña, de las promesas que, según los árabes, contenían las comunicaciones cambiadas en 1915 entre Sir Henry Mac Mahon y el jerife Hussein, padre del prínpe Feisal que más tarde fué el primer rey del Irak. El llamado Pacto Mac Mahon era, en parte, un tratado de mutua ayuda, y estipulaba además que, una vez terminada la primera guerra mundial, Gran Bretaña reconocería el Califato árabe y la independencia de todas las tierras árabes con excepción de Aden, en cambio del compromiso de que Gran Bretaña tendría preferencia en las relaciones económicas.

El pacto secreto firmado al año siguiente entre Gran

Bretaña, Francia y Rusia, fué una notoria infracción de este convenio. De acuerdo con el pacto secreto, no solamente Rusia recibiría Constantinopla y los Dardanelos, sino que además —y esto era de capital importancia para los que habían planeado la independencia árabe—, Siria, Líbano y también los campos petrolíferos de Mosul, que ahora pertenecen a Irak, pasarían a poder de Francia como simples colonias. Los violentos conflictos que se suscitaron en la Conferencia de París y durante los tres años siguientes entre los intereses de Francia y Gran Bretaña en el Cercano Oriente, hicieron perder a los árabes la esperanza de formar una federación independiente. En la Conferencia de San Remo, en abril de 1920, las grandes potencias aliadas, con la aprobación de la Sociedad de las Naciones, desestimaron definitivamente las aspiraciones árabes: Francia obtuvo mandato sobre Siria y Líbano, y el Irak fué puesto bajo el mandato de Gran Bretaña, que obtuvo, además, iguales derechos sobre Palestina.

A partir de esa fecha, la historia de las naciones árabes ha sido una historia de agitación y descontento. Los poderes mandatarios han seguido constantemente una política inspirada por consideraciones de conveniencia inmediata más que por el deseo de resolver los problemas fundamentales. La persecución de los franceses contra Feisal y su elección, después, como Rey del Irak por los ingleses; el nombramiento, por influencia de Inglaterra, de otro hijo del jerife Hussein como gobernador de Transjordania, y la consolidación del dominio del Rey Ibn Saud en Saudi Arabia, a pura fuerza de carácter, son hechos que se han relatado muchas veces. Sin embargo, ninguno de estos sucesos es garantía de una situación verdaderamente estable; no existe hasta la fecha una federación árabe independiente, ni tampoco existen estados árabes verdaderamente independientes.

No hay todavía un sistema u organismo que permita a los pueblos árabes realizar las aspiraciones por las cuales han luchado. El movimiento para obtener el derecho y privilegio de decidir sus propios destinos se desarrolla rápida-

mente. Si después de esta guerra las potencias victoriosas no resuelven los problemas que dejaron sin resolver a comienzos de la guerra pasada, un foco de grandes peligros para el mundo seguirá existiendo en el corazón del Cercano Oriente.

Fuera del gravísimo problema actual de Palestina, la cuestión de la influencia francesa en Siria y Líbano, el porvenir del Irak, las futuras relaciones entre Siria, Líbano, Irak, Transjordania y Saudi Arabia, las relaciones entre todas las naciones árabes, incluso Egipto, y el futuro de Palestina, son todos problemas que exigen una solución definitiva.

El Egipto se encuentra en una situación especial, a pesar de que la política del gobierno egipcio en los últimos años se ha orientado resueltamente hacia la creación de una federación panarábica en la que esté incluído el Egipto. Pero este país, en muchos sentidos, tiene problemas peculiarísimos. Si bien la preeminencia del Cairo en el mundo islámico y el prestigio religioso de la Universidad de El Azhar indudablemente aseguran la preponderancia del Egipto en cualquiera asociación de naciones musulmanas, sus vínculos con las naciones árabes en su frontera oriental no son ni con mucho tan estrechos como los que, en épocas pasadas, unieron a Marruecos con los estados vecinos a los santos lugares musulmanes.

Después de una lucha de varias décadas y de gran vacilación de parte de Gran Bretaña, el gobierno inglés concedió a Egipto, en el acuerdo firmado en 1936, la mayor parte de sus peticiones de completo reconocimiento de su soberanía y, con la entrada a la Sociedad de las Naciones en 1937, su independencia fué reconocida en todo el mundo. La situación de Egipto se ha robustecido mucho durante la guerra actual, a pesar de las dificultades que inevitablemente trae consigo la presencia de tropas inglesas en su territorio.

Los prolongados e incansables esfuerzos de los nacionalistas egipcios, realizados principalmente por el Wafd, han producido ya algunos frutos. El problema capital del Egipto después de la guerra será, indudablemente, la revisión de los tratados existentes con el gobierno británico. Algunas de

las enconadas controversias que han suscitado las relaciones angloegipcias —es preciso reconocer que han sido a menudo de carácter muy personal— han causado profunda impresión en los funcionarios egipcios y, no me cabe duda, también en los ingleses.

Pero los problemas fundamentales del Egipto han sido en gran parte solucionados. La miseria abyecta del pueblo, el bajísimo nivel educacional y sanitario y, en general, de las condiciones de vida, mejoraron notablemente en las últimas décadas del dominio inglés. El gran desarrollo de la economía general del país en los últimos quince años promete cierta prosperidad para el futuro.

Es de suponer que después de la guerra el Egipto volverá a su condición anterior en relación con Gran Bretaña. Será, en el nombre, una nación soberana e independiente, unida a Gran Bretaña por un tratado de alianza que concede a ésta el derecho de tomar todas las medidas que juzgue convenientes para proteger el Canal de Suez, entre ellas mantener en territorio egipcio las fuerzas británicas que estime necesarias. Por muy vitales que sean estas cláusulas para la protección de los intereses británicos, la situación en que esta alianza coloca a Egipto, es completamente anómala, como lo ha demostrado tantas veces la guerra actual. No cabe duda que estas condiciones de guerra han estimulado el nacionalismo egipcio y han revelado que los partidos políticos del Egipto pedirán nuevas modificaciones del tratado de alianza después de la guerra. La única solución satisfactoria es que una organización internacional asuma los derechos y privilegios de seguridad que hasta la fecha se ha arrogado en forma exclusiva Gran Bretaña.

La historia del mandato francés sobre Siria y Líbano no es alentadora. Hay un mundo de diferencia entre el sistema de mandato tal como fué concebido en las conferencias de París, y la forma en que se ha permitido su funcionamiento en este caso. Las relaciones francesas con los pueblos de Siria y Líbano se explican tomando en cuenta la desilusión de Francia al no tener completa soberanía sobre esas regio-

nes, y los reiterados intentos de sus sucesivos gobiernos de interpretar las responsabilidades que le concedía el mandato como si fueran derechos soberanos de Francia sobre esos pueblos. Ya hice mención del acuerdo entre el gobierno francés, representado por M. Franklin Bouillon y el gobierno turco, por el cual se cedió a Turquía parte del territorio de Siria. Esta situación fué parcialmente corregida por la oposición de Gran Bretaña y por las negociaciones de Lausana en 1923; pero en los últimos años de su mandato, el gobierno francés, en otro pacto con Turquía, cedió a ésta la parte del territorio sirio en la que está la importante región de Alexandretta.

El mandato francés en las regiones del Cercano Oriente ha dejado mucho que desear. Su historia está repleta de lamentables errores de política y de juicio cometidos por los representantes de Francia. La opinión pública del Cercano Oriente no ha olvidado, por ejemplo, que, como consecuencia del conflicto entre la política francesa y la británica, más de diez mil cristianos de esa región fueron asesinados en 1925 por Jebel Druses y los musulmanes en los territorios bajo mandato francés. Este suceso dió origen a duros comentarios sobre la forma en que la Sociedad de las Naciones permitía el funcionamiento del sistema de mandatos, y desencadenó violentas críticas contra la falta de autoridad y eficiencia de la potencia mandataria.

En sus relaciones coloniales con los aborígenes del África Central, del África Occidental y de Marruecos, Francia ha ejercitado su autoridad con el espíritu de cooperación que los autores de la Liga tuvieron en vista al concebir las relaciones entre la potencia mandataria y los pueblos encomendados a su cargo. Pero Francia no mostró el mismo espíritu en el Cercano Oriente.

El resultado ha sido que estos pueblos, en su mayoría muy avanzados, inteligentes y amantes de la libertad, exigen su independencia con intensidad cada vez mayor. Sus aspiraciones han sido escuchadas favorablemente por estadistas de visión e ideas liberales; por ejemplo, durante los primeros

meses del gobierno de Léon Blum, el gobierno francés y las autoridades siriolibanesas pactaron un acuerdo semejante al suscrito hacía algún tiempo por Gran Bretaña y el Irak, por el cual Siria y Líbano obtenían la promesa de su independencia para 1939.

El estallido de la guerra europea impidió que Francia cumpliera con este compromiso. El resentimiento de los siriolibaneses por el trato recibido anteriormente, y su hostilidad hacia Inglaterra, indudablemente fomentada por la propaganda del Eje, no permitían esperar que pusieran grandes obstáculos al gobierno de Vichy cuando, en la primavera de 1941, se trató la cuestión de conceder a Alemania bases aéreas y otras facilidades militares en Siria.

El peligro era tan grave que, a pesar de las dificultades que abrumaban por esa fecha a Inglaterra, tropas inglesas y de la Francia libre invadieron Siria y desalojaron al gobierno de Vichy. Acto seguido, tanto las autoridades británicas como los franceses libres garantizaron la independencia de los pueblos de Siria y Líbano después de la guerra, y el gobierno de los Estados Unidos, en las credenciales extendidas a su primer agente diplomático en Siria, recalcó su adhesión a tales garantías.

A la luz de estos acontecimientos resulta mucho más desalentadora aun la decisión del Comité Francés de Liberación Nacional que, reunido en Argel en noviembre de 1943, bajo la presidencia del General de Gaulle, permitió que su alto comisionado en Siria encarcelara al presidente electo de Siria y a los miembros de su flamante gabinete. Éste ha sido uno de los actos más ineptos y estúpidos cometidos en los últimos tiempos. Esta decisión fué revocada a raíz de la dura amonestación de los gobiernos de Wáshington y de Londres, y se permitió el funcionamiento del gobierno sirio; mas no es difícil imaginar las huellas que este episodio ha dejado en la opinión pública de Siria. Solamente la seguridad de que su futura independencia será respaldada por una organización internacional y de que se eliminará el predominio de Francia en su territorio, podrá borrar la

arraigada hostilidad de los sirios contra las potencias occidentales.

En el último cuarto de siglo, la política británica en el Irak ha sido mucho más inteligente. Cierto es que ha habido fricciones y dificultades; pero en 1930, Gran Bretaña dió voluntariamente los pasos necesarios para terminar su mandato en el Irak, en cambio de las garantías de que, en caso de peligro, se le daría en el territorio de Irak "toda clase de facilidad y ayuda... incluyendo el uso de los ferrocarriles, ríos, puertos, aeropuertos y medios de comunicación". Éste es uno de los raros casos en que el sistema de mandatos, tal como fué concebido por la Sociedad de las Naciones, ha funcionado con ventajas para los habitantes del territorio bajo mandato.

A pesar de la sabia política del gobierno británico, el nacionalismo creció constantemente en el Irak. Cuando en mayo de 1941 Rashid Alí derrocó el gobierno del Irak como culminación de las actividades subversivas alemanas, y, estrictamente de acuerdo con las provisiones del tratado, se enviaron tropas británicas para contrarrestar el peligro, la hostilidad popular hizo muy dudosa la victoria; sólo después de un mes de dura contienda el gobierno usurpador fué desalojado y la Legación norteamericana, virtualmente asediada, en la cual se habían refugiado muchos funcionarios británicos, pudo poner en libertad a sus huéspedes.

Se ha podido observar, además, que en el último tiempo dominan en el Irak los peores aspectos de la doctrina nacista. La enconada hostilidad contra los judíos que el gobierno ha mostrado reiteradamente en los dos últimos años se ha hecho tan aguda, que hasta un hombre tan sensato y tan leal amigo de las Naciones Unidas como el primer ministro Nuri Pachá se negó a autorizar el tránsito por su país hacia Palestina de quinientos niños judíos refugiados. Se trataba de niños que habían sido ayudados a llegar a Constantinopla huyendo de los países ocupados por el Eje, y que era peligroso en ese tiempo enviar a Palestina por mar. Anteriormente no existía ningún sentimiento antisemita

en el Irak; los israelitas residentes eran tratados con entera imparcialidad, y nunca se habían suscitado problemas raciales de ninguna clase. Actitudes como la adoptada recientemente por el gobierno del Irak crearán nuevas complicaciones al determinar el futuro de Palestina.

El sur de Arabia es uno de los estados más extensos del mundo árabe. El Rey Ibn Saud se ha convertido, aun en vida, en figura legendaria, pues el reino independiente de Saudi Arabia es creación exclusiva suya. Su numerosísima prole, la severa disciplina con que la educa, su estatura gigantesca, su ávido interés por las modernas invenciones de la mecánica, y la astucia y habilidad que ha demostrado para sacar partido de la rivalidad entre las grandes potencias, ha sido tema de numerosos artículos publicados en la prensa occidental. Pero fuera del interés periodístico que puede presentar su personalidad poco común, Ibn Saud posee las características de un gobernante excepcionalmente inteligente y consagrado al bienestar de los árabes; ejerce sobre su pueblo el gobierno austero y enérgico que cabe esperar de su personalidad vigorosa y fuerte, y de un hombre que es además un devoto creyente de la secta Wahhabi, famosa por su puritanismo en el Islam. Durante la guerra ha mantenido la neutralidad nominal de su país, aunque ha favorecido abiertamente la causa de las Naciones Unidas.

Saudi Arabia se ha desarrollado rápidamente. Los ingresos provenientes de las concesiones petrolíferas otorgadas a compañías norteamericanas y los adelantos recibidos de dichas compañías, han compensado casi las pérdidas ocasionadas por la escasa afluencia de peregrinos a la Meca durante la guerra. El deseo de las principales autoridades de realizar, con ayuda norteamericana, las obras de ingeniería y de construcción necesarias para seguir desarrollando las fuentes de producción del país, ha sido satisfecho por los Estados Unidos en la medida en que lo han permitido las exigencias de la guerra.

El mejor medio de que las naciones árabes puedan convertirse en elementos constructivos de cualquier nueva orga-

nización mundial, es concederles los mismos derechos fundamentales y las mismas oportunidades que creyeron haber obtenido mediante el convenio Mac Mahon en 1915. Una federación árabe compuesta de los estados independientes de Siria, Líbano, Transjordania, Irak, Saudi Arabia y de los estados árabes autónomos más pequeños, con toda probabilidad transformaría a esa región en una de las más prósperas y pacíficas del mundo. El que esta predicción se realice depende, sin embargo, de un requisito esencial: que dicha federación árabe trate con justicia y equidad a la comunidad judía de Palestina.

El problema de Palestina y su antecedente fundamental, el movimiento Sionista, comenzaron a solicitar la atención del mundo moderno desde que, a iniciativa de Teodoro Herzl, se reunió en Suiza, en 1897, el primer congreso sionista. El primer gran triunfo del sionismo, obtenido veinte años más tarde, se debe, más que a nadie, al Dr. Chaim Weizmann. Gracias a las incansables gestiones, a la extraordinaria tenacidad y a las notables capacidades de este gran judío ruso, que más tarde se hizo ciudadano británico, los principales líderes del gobierno inglés, especialmente Lord Balfour, se convencieron de la justicia de la causa sionista. La Declaración Balfour de 1917, que fué una declaración oficial del gobierno británico, dice lo siguiente:

> "El gobierno de Su Majestad ve con simpatía el establecimiento de un Hogar Nacional para el pueblo judío, y pondrá sus mejores empeños para facilitar la realización de este objetivo, en el entendimiento de que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías hoy existentes en Palestina, o los derechos y la condición política de que gozan los judíos en cualquier otro país."

Sólo el propio Dr. Weizmann y las pocas personas que aún viven de las que tomaron parte en las negociaciones podrían relatar fielmente la larga serie de acontecimientos que culminó con la Declaración. En un comienzo, casi ningún miembro del gabinete inglés era partidario de hacerla. Muchos de las israelitas más influyentes de Gran Bretaña y de los Estados Unidos se opusieron tenazmente a la idea, temiendo que la creación de una patria judía provocaría un aumento del antisemitismo aun en los países en que éste se había debilitado o no existía ya. Cuando Lord Balfour llegó a los Estados Unidos en 1917, en su primera visita oficial, tuvo conversaciones decisivas con cierto número de judíos norteamericanos prominentes, entre ellos el Juez Brandeis de la Corte Suprema, y, finalmente, consiguió inclinar la mayoría del gabinete británico en favor de la declaración propuesta. Una ola de entusiasmo conmovió a los judíos en todas partes del mundo, aun a los que vivían las primeras etapas de la revolución bolchevique en Rusia. Sólo el Dr. Weizmann podría contar las esperanzas, desilusiones y encendida fe que él y sus principales colaboradores han experimentado durante los veinticinco años transcurridos desde entonces.

La historia se repite a veces en forma trágica y extraña. Una de las causas determinantes de que el Dr. Weizmann hubiese podido despertar el interés del gobierno británico durante la primera guerra mundial, fué que puso a disposición de ese gobierno sus conocimientos de hombre de ciencia genial y sus inventos para la manufactura de altos explosivos. En la segunda guerra mundial la razón principal de su venida a los Estados Unidos, que facilitó sus entrevistas con los más altos funcionarios del gobierno, a quienes dió a conocer sus planes y esperanzas para el futuro de Palestina, fué su valiosa ayuda científica para la fabricación de caucho sintético, que a comienzos de 1942 era asunto de vida o muerte para el esfuerzo de guerra de los Estados Unidos.

En las conversaciones que he tenido con las más destacadas figuras del mundo, rara vez he podido apreciar cualidades de sinceridad, inteligencia, humanitarismo y condiciones de estadista tan sobresalientes como las que posee el Dr. Weizmann.

Si hay un ser humano capaz de encontrar una solución

para los problemas que todavía obstaculizan el establecimiento definitivo de la patria nacional judía, creo que éste sería el Dr. Weizmann, siempre que se le dé la oportunidad de hacerlo.

Ni el sionista más fervoroso se atrevería a considerar como un fracaso el mandato inglés en Palestina. Por lo menos se han echado los cimientos, y se ha dado oportunidad al pueblo judío para realizar, contra los mayores obstáculos, uno de los verdaderos milagros de los tiempos modernos. Aun aceptando lo que dicen los detractores más vehementes del experimento de Palestina, y concedido el hecho de que la economía de este país durante los últimos veinte años ha sido en gran parte artificial y de que todavía no se vislumbra una solución económica duradera, los extraordinarios adelantos que han realizado los judíos en Palestina son hechos evidentes. Sin embargo, es preciso reconocer que esas maravillosas muestras del genio judío que son, por ejemplo, la moderna ciudad de Tel Aviv, la sorprendente eficiencia del desarrollo agrícola, social e industrial de Palestina, habrían sido imposibles de no haber existido el mandato de Inglaterra. La autoridad inglesa sobre Palestina merece ser criticada principalmente por dos conceptos: primero, porque muy pocas de las personas a quienes se encomendó la administración del mandato se señalaron por sus condiciones de idoneidad y de comprensión humana, y, segundo, por la vituperable incapacidad de la administración británica en Palestina para hacer frente al problema de la inmigración en general y de los refugiados en particular. No me cabe duda de que los conflictos dentro del propio gobierno británico, entre el Ministerio de Colonias y el de Relaciones Exteriores, o entre los funcionarios civiles y militares, han complicado más aun una situación de suyo compleja, y me parece innegable que el Libro Blanco publicado por el gobierno inglés sobre esta materia ha pecado de poco constructivo, y no ha considerado debidamente la miseria y aflicción de una raza tan duramente perseguida.

No veo ninguna posibilidad de solución permanente por medio de una extensión del mandato británico. El mandato es, en sí mismo, un arreglo temporal, provisional por definición. Lo que me parece esencial es llegar a un acuerdo internacional sobre un programa que, poco a poco, haga posible la independencia de Palestina como la patria nacional del pueblo hebreo.

La opinión judía en los Estados Unidos está casi irreconciliablemente dividida con respecto a la necesidad de una Palestina independiente. Muchos eminentes y patrióticos israelitas creen, como lo creía Edwin Montagu cuando era miembro del gabinete inglés en 1917, que el establecimiento de una Palestina independiente sería peligrosísimo para el bienestar y la seguridad de los judíos en el resto del mundo. A mí me parece que ya ha pasado la época en que este temor pueda servir de obstáculo para una solución permanente del problema. El sionismo se ha transformado en una fuerza avasalladora y pujante; representa la apasionada convicción de muchos millones de israelitas repartidos en el mundo y de varios millones de ciudadanos norteamericanos, y ha llegado a ser un problema espiritual que necesita ser resuelto. Si no se le da solución, puede convertirse en una fuerza destructora que seguramente obstaculizará la ordenada estabilización del mundo que deseamos ver organizarse en los años venideros.

Se ha propuesto un gran número de soluciones. Los extremistas que exigen la emigración de todos los árabes de Palestina y la inmigración ilimitada de judíos a ese país, me parecen tan poco realistas como los que aseguran, con excesivo pesimismo, que nunca podrá crearse una patria judía debido a la oposición de los árabes, e insisten en que la llegada de nuevos judíos a Palestina crearía una situación cuyo control exigiría el uso de la fuerza durante un tiempo indefinido.

Yo estoy convencido de que es posible encontrar una solución viable, así como de que tal solución no se apartará marcadamente de las bases propuestas por el Dr. Judah Magnes, Presidente de la Universidad Hebrea de Jerusalén:

la unión de árabes y judíos dentro de una Palestina autónoma, y un sistema federal, tanto político como económico, que comprenda Palestina, Siria, Líbano y Transjordania.

Me parece que por razones prácticas dicha federación debería ser parte integrante de la unión federal más amplia que pudiera establecerse en el Cercano Oriente, y que por lo menos durante un período experimental relativamente largo, aquélla debería estar bajo los auspicios de un consejo internacional estrictamente supervigilado por la organización internacional que, es mi esperanza, estará ya en funciones cuando termine la segunda guerra mundial.

Las oportunidades para el desarrollo económico de una unión como la propuesta son muchas y variadas. Sería posible desarrollar vastos sistemas de irrigación y grandes plantas de fuerza eléctrica que no podrían realizarse sin una coordinación federal. Desaparecería, además, la artificialidad de la economía de Palestina, que se ha sostenido principalmente hasta ahora con contribuciones del extranjero. Con una organización económica como la esbozada, el país se bastaría a sí mismo en breve plazo, y podría ofrecer los medios de obtener su seguridad económica a centenares de miles de judíos en la patria de su raza.

El problema de Palestina suscita necesariamente el problema de la redistribución de muchos millares de judíos una vez que termine la guerra. Aun en las circunstancias más favorables, no cabe esperar que Palestina esté en condiciones de ofrecer oportunidades para una nueva vida y de asegurar el futuro económico a más de una pequeña fracción del gran número de judíos que quedarán sin hogar y en la indigencia después de la guerra. Es muy cierto, como muchos dicen, que una de las finalidades de la lucha de las Naciones Unidas es hacer posible el retorno de todos los refugiados a su país de origen, y el que se les trate sin distinciones y sobre una base de completa igualdad con sus conciudadanos. Muchos no querrán, sin embargo, regresar a su antigua patria; a unos, las tragedias personales que han padecido los inducirán a desear un nuevo hogar; a otros, su miseria los llevará a buscar

en otras tierras alguna oportunidad de trabajar provechosamente.

El gran problema de establecer a todos los individuos incluídos en estos grupos es uno de los que con mayor urgencia deberán considerar las Naciones Unidas después de la guerra. La Administración de Socorro y Rehabilitación de las Naciones Unidas, la UNRRA, no es el organismo más adecuado para resolverlo, ya que existe el Comité Intergubernamental de Refugiados que el Presidente Roosevelt creó en 1938 exclusivamente con dicho fin. Fuera de estudiar planes para el futuro, poco ha podido hacer este Comité durante el primer período de la guerra, a causa de la escasez de fondos, de barcos, y, especialmente, de que el esfuerzo bélico ha absorbido toda la preocupación de los gobiernos. Es de todo punto indispensable que el Comité continúe, y que los gobiernos representados le den los fondos necesarios para el cumplimiento de sus funciones esenciales tan pronto como termine la guerra. Hay vastas regiones en el África que son ideales para establecer a centenares de miles de refugiados, por su clima adecuado para las personas de origen europeo y porque la explotación de sus recursos naturales puede proporcionar amplios medios de vida a los nuevos pobladores. Si las Naciones Unidas ayudan en forma efectiva al Comité Intergubernamental y le dan las facilidades que necesita, su trabajo simplificará enormemente la solución de algunos de los dificilísimos problemas que inevitablemente tendrán que plantearse varias naciones de la Europa oriental en el período de postguerra y contribuirá, al mismo tiempo, a salvar a un gran número de seres humanos.

Otro de los problemas que afectará a muchas de las regiones del Cercano Oriente, es el del desarrollo de los recursos petrolíferos. En la actualidad, el petróleo de Persia está controlado por los capitales ingleses de la compañía Irano-Persa, con la anuencia del gobierno del Irán. Mediante una concesión otorgada por primera vez a la Standard Oil de California en 1923, los intereses norteamericanos determinan el desarrollo de los campos petrolíferos en Saudi Arabia. En Irak, el control

lo ejerce la Compañía de Petróleos del Irak, dominada por intereses británicos, pero también con representación de otras nacionalidades. Los intereses petroleros norteamericanos, bajo supervisión británica, dominan en Bahrein, y en Kuwait, a la entrada del Golfo Pérsico, hay un consorcio anglonorteamericano que, por lo demás, ha debido interrumpir la producción durante la guerra.

En el período de postguerra, la producción de petróleo en el Cercano Oriente será un problema de vital importancia para los Estados Unidos y para las grandes potencias de la Europa Occidental; las reservas de petróleo de este país están disminuyendo, y es probable que los recursos aún no explotados en América Central y en el Norte de Sud América sean mucho menores de lo que se creyó en un principio. El problema es objeto actualmente de activas discusiones por los gobiernos de los Estados Unidos e Inglaterra. Necesariamente, la Unión Soviética y las otras potencias más directamente interesadas deberán participar, dentro de poco, en la determinación de la política que ahora se discute. De acuerdo con los principios por los cuales luchan las Naciones Unidas, ninguna nación puede mantener su derecho de controlar exclusivamente o en forma de monopolio las enormes reservas de petróleo del Medio Oriente. Lo sensato, por lo que respecta a los Estados Unidos, es llegar cuanto antes a un acuerdo equitativo sobre las discrepancias fundamentales que dé completas garantías a los legítimos intereses norteamericanos. Cuanto más se demore esta decisión, más peligrosas serán las discordias que puedan suscitarse en la postguerra entre los principales miembros de las Naciones Unidas.

Durante un tiempo, sin embargo, la producción mundial de petróleo superará las necesidades inmediatas. Es importante, por lo tanto, llegar a un acuerdo sobre algunos principios generales para la adecuada distribución del petróleo, y para garantizar a los pueblos de las naciones poseedoras de este recurso del subsuelo, una justa proporción de los beneficios. Sólo los que han visto por sus propios ojos las maravillas que la riqueza del petróleo puede operar en regiones

casi desiertas y la forma en que puede elevar el standard de vida de sus habitantes, pueden apreciar la necesidad vital de no descuidar la prosperidad y el ordenado desarrollo de las regiones del Cercano Oriente.

Irán, situado en el extremo sudeste de la región del Cercano Oriente, ha sido, durante más de un siglo y medio, campo propicio para la intensa rivalidad entre las influencias rusa y británica, en desmedro creciente de los intereses del pueblo persa. En repetidas ocasiones los gobiernos de algunos otros países han ofrecido sus servicios al gobierno persa con el fin de ayudarle en la administración interna de sus riquezas naturales, y de establecer bases seguras para el mantenimiento del orden y el imperio de la ley, pero sus afanes han sido desairados; los expertos norteamericanos, que el gobierno del Irán ha nombrado precisamente porque no pretendían obtener ventajas políticas, han sido prontamente destituídos a petición de gobiernos extranjeros temerosos de ver socavada su propia influencia.

A pesar de todo, como en Turquía, gracias a los esfuerzos altruístas y persistentes de los misioneros norteamericanos, los Estados Unidos se han granjeado la confianza y el respeto del pueblo persa, factor de positiva importancia tanto ahora como en los años venideros. Todo lo cual hace aun más alentador y significativo el hecho de que en la conferencia de Teherán, de noviembre de 1943, los jefes del gobierno de la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos, suscribieran una declaración conjunta con respecto del Irán, en la que se expresa que estos gobiernos "cuentan con que el Irán participará, al lado de las demás naciones pacíficas, en el establecimiento de la paz, seguridad y prosperidad internacionales después de la guerra, de acuerdo con los principios de la Carta del Atlántico suscrita por los cuatro gobiernos".

Más aun, los tres gobiernos llegaron a un acuerdo con el Irán, el cual, muy probablemente, tiene para los persas tanta o mayor importancia que la declaración anterior. Se convino en que "al término de las hostilidades los problemas económicos del Irán serán plenamente considerados junto con los

de los demás miembros de las Naciones Unidas en las conferencias u organismos internacionales que traten cuestiones económicas internacionales".

Si estos acuerdos se cumplen y son apoyados por la futura organización internacional, el Irán se convertirá en un factor estable en el panorama del Cercano Oriente, en lugar de ser, como desgraciadamente lo ha sido hasta ahora, un elemento de desintegración que periódicamente daba pretexto a las rivalidades económicas y políticas de las grandes potencias de Europa.

CAPÍTULO VII

LA AMENAZA JAPONESA Y EL PROBLEMA DE LA PAZ EN ASIA

En aquel día de otoño de 1915 en que llegué por primera vez al Japón, donde debía pasar más de dos años en la Embajada norteamericana en Tokio, pude contemplar un país en muchos sentidos diferente del que ha causado la indignación de toda la humanidad durante los últimos diez años.

El primer japonés con quien tuve oportunidad de hablar, durante mi viaje en tren desde Yokohama a Tokio, fué el Dr. Takuma Dan, que recibió más tarde el título de Barón Dan y fué durante muchos años la fuerza directiva de la compañía Mitsui. Había venido al puerto para recibirnos. Era un elocuente representante del grupo liberal que creía en el gobierno constitucional y en que el Japón debería asimilar lo mejor de lo que podía ofrecer la civilización occidental.

Durante esta primera charla habló con gran conocimiento de las condiciones políticas y comerciales de los Estados Unidos y de la Europa occidental. Mostró particular interés por los problemas políticos que entonces preocupaban al Presidente Wilson, y me causó gran sorpresa su entusiasmo por la política progresista que aquél tanto se esforzaba por mantener. Aunque representante de la casa de negocios más grande del Japón, el Dr. Dan no tardó en asegurarme que, a su juicio, lo más conveniente para el desarrollo de los intereses del

pueblo japonés era su progresiva evolución hacia un gobierno liberal. Fué asesinado hace pocos años, durante una crisis de atentados nacionalistas, pues se le tenía por uno de los enemigos más poderosos de la política de brutalidad y violencia militar que se estaba imponiendo rápidamente.

En 1915 el control de la política del gobierno estaba principalmente en manos de los que querían que el Japón siguiera mirando al Occidente, y estimaban que la mejor manera de conseguir la supremacía de su país en el Pacífico y en el Lejano Oriente era utilizar su categoría de potencia mundial que había conseguido gracias a su alianza con Gran Bretaña y a la derrota del Imperio ruso en 1905. Eran partidarios de cooperar con las demás grandes potencias y de labrar su propia grandeza futura concentrando sus energías en un sistema de gobierno parlamentario y liberal y abandonando una política interna esencialmente autocrática y reaccionaria.

En el Japón de 1915 dirigían la política exterior hombres tan familiarizados con las costumbres del mundo occidental como el conde Ishii, que era entonces Ministro de Relaciones Exteriores, y el Viceministro Barón Shidehara. Los dirigentes intelectuales creían que era preciso alentar esa tendencia incipiente hacia el liberalismo y el gobierno constitucional, porque confiaban en que la rápida industrialización del país serviría inevitablemente de contrapeso a las rapaces ambiciones de la casta militar y al reaccionarismo ciego de la ignorante población campesina. Las ideas de pensadores modernos tan destacados como el Dr. Inazo Nitobe y del grupo progresista que lo seguía ejercían entonces cierta influencia.

El Dr. Nitobe era casado con una dama de Filadelfia dedicada, al igual que su marido, a la tarea de allanar las barreras de incomprensión entre Oriente y Occidente. En su encantador hogar, medio japonés y medio europeo, se reunían los pensadores de ideas más liberales tanto de las universidades como de los grupos de escritores y artistas del moderno Japón; era también el punto de cita de los líderes políticos de la Cámara de los Pares y de la Cámara Baja de la Dieta, que deseaban saber más de la cultura y de la filosofía política

de Occidente. Había por esa fecha muchos otros centros semejantes en los cuales se trataba sinceramente de establecer un puente de verdadera comprensión entre el pueblo japonés y los pueblos de las naciones occidentales.

En esa época el Japón estaba profundamente orgulloso de que los Estados Unidos y las grandes naciones europeas lo hubieran reconocido como una potencia mundial, y procuraba con esmero que ningún acto o palabra de un funcionario japonés pudiera ser interpretado como indicación de que la cultura y la civilización de su país eran en manera alguna inferiores a las de otros países del mundo civilizado. Nadie habría podido predecir el grado de degeneración a que ha llegado el Japón de hoy.

En aquellos días la verdadera fuerza que guiaba al gobierno del Japón, entre bastidores, era la singular organización a la que se daba el nombre de Genro o los Viejos Estadistas. Esta oligarquía, generada y perpetuada dentro de su propio seno, había estado originalmente constituída por los consejeros de confianza del emperador Mutsu Hito. Juntamente con el emperador —único miembro de la familia imperial que en un período de varios siglos se destacara por su inteligencia— dirigieron y realizaron en el brevísimo lapso de sesenta años el milagro de sacar al Japón de su turbulento estado de recluso oriental y de transformarlo en una de las fuerzas más poderosas del mundo moderno. Todos ellos habían viajado en su juventud para estudiar la civilización occidental en los Estados Unidos y en Europa, y resultaron ser estudiantes muy aprovechados. El príncipe Ito, su gran líder, que había muerto pocos años antes de mi llegada a Tokio, había demostrado poseer muchas de las cualidades del gran estadista y a él debió el Japón, en gran parte, su rápida aparición en el campo de las grandes potencias.

En esa época los componentes del Genro se habían reducido a un grupo muy pequeño. El más destacado era el príncipe Yamagata; el marqués Matsu Kata y el Mariscal Oyama eran poco más que silenciosos coadjutores. El príncipe Saionji, discípulo del príncipe Yamagata, que presidió en 1919 la dele-

gación japonesa a la Conferencia de la Paz de París, no era todavía aceptado del todo como miembro del Genro. Alcanzó esta distinción, sin embargo, antes de la muerte del príncipe Yamagata, y llegó a ser a su vez el último sobreviviente del grupo.

En 1915, aunque la influencia del Genro era completamente antidemocrática, no era ni ciegamente reaccionaria, ni exageradamente militarista. No hay duda de que su solo propósito era incrementar el poder y la gloria material del Japón; pero la mayoría de sus miembros estaban convencidos de que podían derivar grandes beneficios de la civilización occidental; casi sin excepciones, y especialmente en el caso del príncipe Saionji, el punto de vista que habían adoptado era más internacional que nacionalista.

La política del Genro en sus aspectos más generales estaba guiada, a mi juicio, por las siguientes disposiciones contenidas en el juramento del emperador Mutsu Hito cuando fué ungido emperador del nuevo Japón en el año de 1868:

> "Se convocará una asamblea deliberante y todas las resoluciones serán decididas por la opinión pública; los de alta y baja condición aunarán sus mentes en la conducta de los negocios públicos; se abandonarán las perniciosas y poco civilizadas costumbres de la antigüedad y los grandes principios de imparcialidad y de justicia... serán las bases de la acción."

Cuando desapareció el Genro, el pueblo japonés volvió a "las perniciosas y poco civilizadas costumbres de la antigüedad". Este retroceso ocurrió después de los años a que me refiero, pues entonces había muy pocas muestras, aun en el interior del país, de las fuerzas que empujaron al Japón a la barbarie que ha venido practicando en los últimos quince años.

En 1915 la embajada norteamericana se hizo cargo de la representación de los intereses alemanes en el Japón hasta que los Estados Unidos rompieron sus relaciones con Alemania

el año siguiente. Durante ese período tuve a mi cargo la tarea de velar por los prisioneros de guerra alemanes concentrados en las diversas islas del Japón, y pude observar la decencia y la consideración con que las autoridades japonesas trataban a los prisioneros capturados en los puestos avanzados de los alemanes en China, así como la cordialidad del pueblo japonés con los extranjeros, aun en los distritos más apartados. La xenofobia característica de la época en que el Japón vivía con la reclusión de un ermitaño, y la que ha demostrado últimamente, no existía en ese período. La desenfrenada barbarie de las actuales autoridades japonesas en su trato a los prisioneros de guerra norteamericanos, británicos y de otras nacionalidades, habría parecido inconcebible a los que, como yo, visitaron sus campos de prisioneros treinta años atrás.

Sin embargo, aun en ese período, cuando los japoneses parecían progresar rápidamente en el proceso de asimilar la civilización occidental, cualquier observador habría podido advertir que bajo el barniz occidental existía un instinto militar primitivo, y que la realidad fundamental del Japón descansaba en la maquinaria de guerra que había creado. En todas partes el ejército y la marina eran el factor dominante de la vida diaria. El servicio militar obligatorio, la intrusión constante de los jefes del ejército y de la marina en el gobierno civil y la exaltación de las mentes juveniles con las proezas puramente militares, estaban creando ya el Frankenstein que pronto había de causar la ruina del pueblo japonés y que reduciría a cenizas los ideales, más valiosos, de la generación que convirtió al Japón en una potencia moderna.

Por eso no puedo asegurar ahora que la corriente liberal que existía entre los años 1896 y 1926 hubiera tenido raíces profundas. Aunque es posible que los dirigentes del Japón hayan sido muy sinceros, es probable que los progresos realizados no consistieran más que en una fachada detrás de la cual continuaran como factores determinantes de la política japonesa la fuerza bruta y el engrandecimiento militar.

Además, desde hace mucho tiempo las cancillerías occidentales no ignoran que ya en las últimas décadas del siglo

pasado hubo varios proyectos, tales como el Memorial Tanaka, preparados con la aprobación del Estado Mayor militar y naval, en los cuales se planteaban los objetivos que el Japón debería tratar de conseguir en las generaciones siguientes según lo permitieran las circunstancias. Estos planes son muy parecidos a los que se han revelado al mundo en los últimos tres años, tales como el "Nuevo Orden en el Lejano Oriente" —mal llamado "Esfera de Coprosperidad Japonesa". Los primitivos planes contemplaban no sólo la captura de Corea y Manchuria, y de las islas del Pacífico, incluyendo las Filipinas y las Indias Orientales Holandesas, sino también la supresión de toda influencia europea en las regiones del Pacífico y el sojuzgamiento de China, la eliminación de Rusia como una potencia del Pacífico, y la relegación del hemisferio occidental a una posición subordinada. Puede que el Memorial Tanaka no sea exactamente la biblia de la política oficial japonesa, pero los sucesivos gobiernos del Japón han tratado, sin la menor duda, de aprovechar cuanta oportunidad le han ofrecido las dificultades en que se han visto las otras grandes potencias, para realizar uno por uno los objetivos de este plan general.

Otra mancha en la historia del Japón fueron las veintiuna exigencias que presentó a China durante la primera guerra mundial, en mayo de 1915, a pesar de sus solemnes compromisos con las demás potencias interesadas en la independencia e integridad de la China y cuando sus aliados de entonces atravesaban la etapa más incierta de la guerra contra las potencias centrales. La presión de los demás gobiernos aliados evitó que China aceptara esas exigencias. Este fracaso provocó la caída del gabinete japonés, dirigido entonces por un brillante estadista, el excéntrico e impulsivo anciano marqués Okuma, incansablemente dinámico a pesar de que su cuerpo había sido poco menos que destrozado por la bomba de un asesino. Se permitió, sin embargo, que el gobierno japonés lograra parte del dominio económico que aspiraba ejercer sobre China.

La aceptación por el gobierno japonés de entrar en el

Pacto de las Nueve Potencias y en los demás convenios negociados en la Conferencia de Wáshington de 1922, en la cual se echaron las bases para un arreglo equitativo de los problemas del Pacífico en forma que debería haber sido satisfactoria para el Japón, dió origen al primer conflicto abierto y violento entre los jefes militares y navales japoneses y la orientación de la política que seguían los gabinetes civiles. Desde esa época, a pesar de que en 1928 se concedió a la población masculina pleno derecho de sufragio, aumentaron rápidamente los atentados contra los miembros más progresistas y de ideas occidentales de los gobiernos japoneses. Como resultado de los convenios realizados en la Conferencia Naval de Londres en 1930, fué asesinado el primer ministro Hamaguchi. La influencia y el número cada vez mayores de las sociedades secretas reaccionarias, la más conocida de las cuales era la Sociedad del Dragón Negro, hizo casi imposible que los civiles de ideas liberales formaran parte de los ministerios o tuvieran ninguna influencia efectiva en la política del Japón. El asesinato pasó a ser más bien la regla que la excepción en la vida pública japonesa.

A fines de 1931 dominaban sin contrapeso en el Japón los elementos puramente militaristas. Para estar seguro de que las demás potencias no intervendrían, el gobierno japonés escogió con toda habilidad el momento en que las naciones de Europa estaban profundamente preocupadas con otros problemas para intentar su próxima maniobra hacia la dominación del Asia. A mediados de 1931 la crisis económica mundial había llegado a su punto culminante, acentuado por la quiebra del Crédito Austríaco Anstalt, cuyas repercusiones en los círculos financieros de los países europeos habían perjudicado también muy seriamente a los Estados Unidos. Tan grave era la situación, que el Presidente Hoover propuso una moratoria de un año en el pago de todas las obligaciones internacionales. En esas circunstancias y con pleno conocimiento del efecto que sobre la influencia de los Estados Unidos en los consejos mundiales producía su creciente política de aislamiento, el Japón lanzó su bien planeada ofensiva sobre

Manchuria en septiembre de 1931, y ocupó Mukden y otras poblaciones al sur de esta ciudad.

El momento no podía haber sido mejor elegido. El gobierno de los Estados Unidos, del mismo modo que las otras potencias, estaba completamente preocupado por otros problemas y, además, ni el Departamento de Estado, ni los representantes norteamericanos en el Lejano Oriente tenían, antes de la invasión, un concepto preciso o realista de los verdaderos designios del Japón. Sin embargo, durante los meses anteriores los oficiales japoneses se jactaban francamente de sus intenciones y no se había hecho ningún esfuerzo por ocultar los grandes preparativos militares. Los Estados Unidos fueron cogidos de sorpresa a pesar de todas estas advertencias.

China puso inmediatamente en movimiento la maquinaria de la Sociedad de las Naciones invocando el artículo segundo del Pacto. Los optimistas esperaron tres largos meses que ocurriera el milagro: que la Liga, que no poseía fuerza propia y cuyos miembros —a pesar de estar obligados en teoría a proporcionarle esa fuerza— no podían o no querían tomar una decisión eficaz, pudiera imponer respeto a uno de los más grandes ejércitos del mundo. ¡Esperaban que la Sociedad de las Naciones fuese capaz de obligar a un ejército dirigido por oficiales que estaban ya fuera del control del gobierno civil, a que renunciaran a la conquista en la que ya se habían embarcado y que tenían planeada hacía tanto tiempo!

En enero de 1932 el Japón había triunfado completamente en su agresión contra Manchuria. El ejército y la escuadra continuaron sus ataques contra Shangai y todo el valle del Yangtsé, a fin, decían, de acabar con el boycot económico que los chinos estaban ejerciendo contra el Japón. A pesar de que estos ataques tuvieron como resultado una gran derrota para el Japón, ésta detuvo sólo temporalmente la invasión de los vastos territorios de la China que, en una u otra forma, ha continuado hasta hoy.

El Secretario de Estado, Stimson, fué el único miembro del gabinete de Hoover que vió claramente el efecto que produciría la invasión japonesa sobre la paz del resto del

mundo. En febrero de 1932, instó al gobierno británico a que, en vista de que la Sociedad de las Naciones había fracasado en sus intentos para remediar la situación, se pusiera de acuerdo con el gobierno de los Estados Unidos, y que juntos invocaran el Tratado de las Nueve Potencias de 1922. Estaba convencido de que una presión conjunta sobre el Japón de todos los firmantes de este Tratado, era la única forma posible de conseguir resultados prácticos. Como se sabe, el gobierno británico, por intermedio de Sir John Simon, entonces Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, dió a entender, sin decirlo explícitamente, que no estaba dispuesto a obrar en la forma en que se le había sugerido, y que, como miembro del Consejo de la Sociedad y en vista de que ésta estaba tratando de arreglar la situación, podría debilitar la influencia y el prestigio de la Sociedad de las Naciones si se unía a nuestro gobierno para invocar el Tratado de las Nueve Potencias o el Pacto Kellogg - Briand. Esta actitud creó gran hostilidad en nuestro país contra la política británica, y muchas personas habitualmente desapasionadas en sus juicios atribuyeron a esta política la responsabilidad de todos los males resultantes de la victoriosa agresión japonesa en Manchuria. Siempre me ha parecido que el culpar únicamente al gobierno británico es pecar no sólo de injusto sino también de poco realista. No me cabe la menor duda de que las poderosas influencias de la City se opusieron tenazmente a que el gobierno tomara ninguna iniciativa susceptible de crear un conflicto entre el Japón y Gran Bretaña, con las pérdidas consiguientes para el comercio de Inglaterra y el entrabamiento de la influencia inglesa en una época en que se necesitaba entera libertad de acción. Sin embargo, al juzgar la política del gobierno británico en esta ocasión debemos recordar que ni el artículo segundo del Pacto Kellogg - Briand ni el artículo séptimo del Tratado de las Nueve Potencias, invocados por el Secretario de Estado norteamericano, justificaban otra cosa que una consulta entre las potencias interesadas; no ofrecían la más ligera seguridad al gobierno británico ni a ningún otro gobierno representado en la Sociedad de las Naciones, de que los

Estados Unidos estaban dispuestos para iniciar una acción conminatoria que pudiera dar el menor resultado.

También debemos recordar que la política de los Estados Unidos entre 1920 y 1932, había demostrado cada vez más claramente que el pueblo norteamericano estaba decidido a eludir toda responsabilidad por el uso de la fuerza para mantener la paz en el resto del mundo. El hecho de que la acción tomada por el Secretario Stimson fuera muy criticada en todo el país y de que algunos de los sectores de la opinión la atacaran como otra maniobra de los "traficantes de guerra", refuerza nuestro argumento. El gobierno japonés estaba perfectamente bien enterado de la situación.

El informe de los miembros de la Comisión Lytton enviada por la Sociedad de las Naciones a Manchuria, fué el único resultado práctico que logró la Sociedad. El informe Lytton por lo menos esclareció ante la opinión pública mundial las verdaderas circunstancias de la invasión. En cuanto a los Estados Unidos, la valiente actitud del Presidente Hoover y de su Secretario de Estado Stimson al anunciar que la política oficial de los Estados Unidos sería la de negarse a reconocer la adquisición de territorios obtenidos mediante la agresión, fué útil también en los momentos en que las normas de la moral internacional se habían rebajado hasta ese extremo.

Por fin, todo el mundo vió que el Japón había triunfado en las primeras etapas de su guerra de conquista; vió la creación del Estado-títere de Manchukúo, completamente dominado por las fuerzas militares japonesas como provincia conquistada; vió aumentar continuamente el número de tropas japonesas que se enviaban a la China a las regiones ocupadas. Pronto se convenció el pueblo chino de que la organización mundial, tal y como existía, era impotente para protegerlo. Se vió obligado a aceptar la triste verdad de que toda la ayuda que le proporcionaban sus amigos tradicionales en sus momentos de mayor peligro, eran discursos de simpatía, muy elocuentes, pero completamente ineficaces.

La violación de Manchuria señaló el verdadero fracaso de la Sociedad de las Naciones tal como se la había concebido

y formado en 1919. La negativa de las grandes potencias a tomar una actitud eficaz, y la impunidad con que el Japón pudo continuar sus hazañas y retirarse de la Sociedad, fueron las causas directas de la decisión de conquistar a Etiopía que iba a tomar, dos años más tarde, el gobierno de Italia, y contribuyeron también a la decisión de Adolfo Hitler, que debía llegar al poder un año después, de crear su "Gran Alemania" mediante el uso de la fuerza y la violencia.

Cada vez que consideramos los hechos parecen más increíbles nuestra ceguera y estúpido egoísmo en aquellos años. A mi juicio, no es que realmente creyéramos, como decía la propaganda japonesa, que la "aventura china" era sólo temporal, o que los grupos liberales y los intereses financieros del Japón, tarde o temprano, pondrían a raya a los militaristas. Pero me temo que eso es lo que queríamos creer: era tanto más cómodo para todos nosotros persuadirnos de que esa era la verdad. En un período de gran depresión económica el comercio con el Japón era una realidad tangible, a la cual no era fácil renunciar. Tampoco podemos dejar de reconocer la influencia de los representantes de los grandes negocios en el Lejano Oriente que, llenos todavía de resquemor por los progresos del joven nacionalismo chino, repetían en todos los tonos que la autoridad japonesa daría a los chinos una lección muy merecida y facilitaría grandemente las futuras actividades de los hombres de negocios en la China.

La historia moderna presenta pocos pasajes más admirables que la historia de la resistencia del pueblo chino ante la extraordinaria superioridad armada del Japón durante los últimos doce años. Forzosamente convencido de que no recibiría ninguna ayuda de la Sociedad de las Naciones, ha tenido que acorazarse una y otra vez contra la amarga desilusión de que, mientras peleaba por su vida y por su libertad, las potencias amigas se hacían las desentendidas o lo animaban con frases y gestos bien intencionados pero estériles, en vez de prestarle una ayuda eficaz.

Es cierto que los Estados Unidos antes de su entrada a la segunda guerra mundial, y luego Gran Bretaña, prestaron

grandes sumas al gobierno chino. Pero aun la verdadera ayuda que significaban estas medidas para un gobierno abrumado por los insolubles problemas de la inflación y que necesitaba comprar sus pertrechos en el extranjero, pesó menos ante la opinión del pueblo chino que la voluntad con que nuestro gobierno permitía la exportación de materiales estratégicos, incluso petróleo, al Japón. Los chinos sabían muy bien que estas exportaciones aceleraban enormemente el crecimiento y la eficiencia de la maquinaria de guerra japonesa, y que se hacían en circunstancias en que las exportaciones norteamericanas de los mismos productos sólo podían llegar a China en cantidades ínfimas, debido al bloqueo de facto de las costas chinas por el Japón.

Es extraordinario que el gobierno chino, aunque luchando constantemente por sus propios intereses, haya podido dar muestras, en este período de necesidad extrema, de tanta moderación en sus relaciones con nuestro gobierno y con las demás potencias amigas. Esta actitud reveló una capacidad de dominio de sí mismo casi sin ejemplo.

La hazaña de la China es aun más meritoria si se considera el hecho de que hasta hace pocos años era una nación cuyos elementos —familias y villorrios, pueblos y ciudades, provincias y regiones— tenían entre sí vínculos muy flojos, a diferencia de la compacta organización de la gran mayoría de las demás potencias. El movimiento nacionalista de la China moderna es un fenómeno nuevo, estimulado por las tragedias que ha padecido durante el último cuarto de siglo y por sus sufrimientos después de la invasión de Manchuria. El extremado nacionalismo que hoy existe en China, ha pasado, como generalmente ocurre en estos casos, por una etapa de violenta xenofobia de la que no se han visto libres ni siquiera los Estados Unidos, sus amigos tradicionales; la ha convertido, sin embargo, a juzgar por lo que se ve, en una nación mucho más unificada de lo que había sido hasta ahora. Esta unificación ayudará enormemente a los líderes de la nueva China en la tarea de restauración y de rehabilitación que tienen por delante.

Desde que empezamos a luchar como aliados de China, hemos oído grandes críticas y quejas de que su actual gobierno está muy lejos de ser una verdadera democracia; que no es más que una oligarquía, y la oligarquía de una sola familia. No puede negarse, en realidad, que la China del presente, con sus grandes regiones industriales y agrícolas en manos del Japón, con todos sus puertos de mar dominados por las fuerzas japonesas, y con la mayor parte de su población en estado de esclavitud, no puede funcionar como una democracia constitucional. Pero lo que a menudo se olvida es la magnitud de los problemas que el Kuomintang ha tenido que resolver desde la caída de la dinastía Manchú, y el éxito material que ha conseguido. Sería imposible exagerar las extraordinarias dificultades que cualquier gobierno chino habría tenido que afrontar para dirigir la guerra. El Kuomintang ha tenido primeramente que liquidar los últimos vestigios del gobierno imperial y destruir luego los regímenes inicuos de los caudillos militares locales, muchos de ellos vendidos en cuerpo y alma al gobierno japonés. Solamente después de estos pasos preliminares podía haberse tratado de establecer un gobierno popular. Lo admirable es que se haya podido hacer algún progreso en ese sentido, aun durante los años en que el gobierno parecía irremediablemente condenado a rendirse al Japón.

De vez en cuando, el gobierno ha tenido dificultades con uno u otro de los elementos que lo apoyan en el sostenimiento de la guerra, especialmente con las fuerzas comunistas. Sin embargo, no ha permitido que estas diferencias obstaculicen en ninguna forma su marcha hacia el supremo objetivo de soportar la arremetida japonesa y de seguir resistiendo hasta que los aliados de China entre las Naciones Unidas estén en condiciones de ayudar en forma efectiva.

Es inevitable que la derrota del Japón sea seguida por una etapa de reajustes en la China. Los conflictos internos que han permanecido hasta ahora en estado latente, aparecerán de nuevo a la superficie, y no sería imposible que se iniciara un período caótico muy semejante al que atravesó

el pueblo chino en los primeros años del siglo XX. Aparecerán nuevos hombres y nuevas fuerzas políticas, pero las bases para el futuro han sido ya establecidas por Sun Yat-sen y Chiang Kai-shek; cualquiera que sea la estructura política que surja en China, a estos dos hombres corresponderá la gloria de haber hecho posible la existencia de una nación unificada.

Fuera del Generalísimo, las más destacadas figuras del presente gobierno chino son conocidas por mucha gente en nuestro país. Pocas personas en los últimos años han hecho una impresión más profunda sobre la opinión pública norteamericana que Madame Chiang Kai-Shek; tiene un pasmoso conocimiento de los elementos que determinan la opinión pública de los Estados Unidos, y aprecia de veras la admiración y la amistad que el pueblo norteamericano siente por el pueblo de China. Su tranquila dignidad, su elocuencia bellamente modulada y su aparente fragilidad, esconden una ardiente pasión nacionalista y una fe inquebrantable en los futuros destinos de su pueblo; mas aun, es, en el verdadero sentido de la palabra, una ciudadana del Lejano Oriente y una ciudadana de la China, sin dejar de ser por eso una ciudadana del mundo.

No hace muchos meses que pasé casi toda una mañana conversando con Madame Chiang Kai-Shek cuando era huésped de la Casa Blanca. Muchos estadistas del mundo moderno envidiarían su conocimiento pormenorizado de los asuntos internacionales y la claridad con que percibe las tendencias que determinan la política moderna. Ve con toda precisión cuál es la futura organización del Lejano Oriente que mejor puede salvaguardar los intereses permanentes del pueblo chino, así como también, y a mi juicio con gran claridad, los métodos más prácticos para conseguir esos objetivos. Según su opinión, el principal sería una relación estrecha entre la China y los Estados Unidos, fundada en intereses comunes. Un gobierno chino que representara los puntos de vista y las convicciones que ella me expresó, sería un poderoso factor en una estructuración estable del Lejano Oriente basada en principios prácticos de justicia.

Su hermano, el actual Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. T. V. Soong, es, igualmente, una influencia constructiva. Brillante, enérgico, flexible, es un chino de corazón, a pesar de su educación en Harvard y de su gran conocimiento del mundo. El Dr. Soong, durante los años en que ha dividido su tiempo entre Chungking, Wáshington y las demás capitales del mundo, ha servido infatigablemente los intereses de su país; junto con servirlos, me parece que también ha servido los intereses de una futura región del Pacífico, en que todas las demás naciones del mundo, sobre todo las potencias orientales y occidentales más directamente interesadas, puedan tener oportunidades para cooperar y construir un nuevo orden mundial capaz de eliminar las causas fundamentales de los ruinosos antagonismos entre Oriente y Occidente.

Otras de las grandes figuras en la larga lista de hombres distinguidos que ha enviado el gobierno chino a nuestro país, son el Dr. Sao-ke Alfred Sze, el extraordinariamente hábil Embajador de China ante muchos países extranjeros, y el admirable filósofo y maestro Dr. Hu Shih. Ambos han prestado un señalado servicio haciendo comprender al pueblo norteamericano que la resistencia china ha beneficiado a nuestro país, no solamente en términos generales, sino también desde el punto de vista de nuestros propios intereses.

La política de las naciones se determina, con más frecuencia de lo que generalmente se cree, por la habilidad de los estadistas de un país para comprender los problemas fundamentales, las necesidades y los intereses de otros países. El Presidente Roosevelt ha demostrado esa comprensión en las relaciones de nuestro gobierno con el de China. A pesar de que la política de los Estados Unidos con respecto a China ha sido estrechamente circunscrita a veces, durante la actual administración, por decisiones legislativas tales como la Ley de Neutralidad, que limitan la libertad de acción del Presidente, éste ha mantenido siempre su amplia comprensión de los problemas y de las reacciones chinas. En esta empresa ha sido muy bien ayudado por el desinteresado consejo de su Departamento del Tesoro, bajo la inspiración de Henry

Morgenthau, y por los servicios de los más destacados miembros del presente gobierno de la China, tales como los que he mencionado. El mantenimiento de la comprensión mutua ha requerido paciencia y leal simpatía de parte del Presidente, cuando el gobierno chino presentó lo que se creía en Wáshington que eran quejas infundadas y exageradas exigencias. El gobierno chino ha tenido que dar muestras de moderación y comprensión semejantes cuando parecía que nuestro gobierno no podía o no quería tomar ninguna medida para ayudarlo en los momentos de grave peligro. El hecho de que esas dificultades hayan sido vencidas por ambas partes y de que las relaciones entre los dos gobiernos sean hoy quizá mejores que nunca, es un tributo a la visión y a la habilidad de gobernantes de los hombres que han guiado los destinos de los dos países durante estos años tan extraordinariamente difíciles.

Lo que, por supuesto, ha agravado considerablemente la situación, ha sido la barbarie de la agresión y de la ocupación japonesa de China. En comparación con la publicidad que se ha dado a las atrocidades cometidas con los norteamericanos por las tropas japonesas, relativamente poco se ha hecho por dar a conocer a nuestro público el horror de las brutales violencias japonesas en China. Algunas veces, como en los primeros días de los ataques sobre Shangai y la ocupación y saqueo de Nanking, los relatos de los testigos de la barbarie japonesa han sido publicados por la prensa norteamericana. Sin embargo, éstos son una ínfima parte de todas las atrocidades similares que las fuerzas de ocupación japonesas han infligido diariamente a la China desde hace más de diez años.

Saqueo, violaciones, destrucción, tortura y asesinato de la población civil, completo desconocimiento de las normas elementales de la guerra moderna, que el Japón se había comprometido a respetar en innumerables convenios internacionales: nada en los anales de la guerra en los últimos siglos podría igualar estos excesos.

Otro factor de la ocupación japonesa al cual no se ha dado la debida importancia en los relatos, es la corrupción absoluta de los oficiales y suboficiales que componen las fuerzas de

ocupación. Es notorio que cada unidad militar de las fuerzas de invasión japonesas, tan pronto como se establece en una localidad, concentra principalmente sus esfuerzos en la organización del soborno, de tal manera que la renta que por este concepto reciben las autoridades de ocupación es cien veces mayor que los sueldos que les paga su propio gobierno. Esta situación se ha vuelto tan seria, que en 1938 se temía fundadamente que, aunque fuera posible llegar a una negociación entre el Japón y las potencias occidentales para la evacuación de la China, las fuerzas japonesas desobedecieran las órdenes del gobierno y del alto comando militar. A causa de esta sistemática corrupción no solamente la China ocupada ha sido devastada en mayor grado de lo que lo hubiera sido en otro caso, sino que también la estructura militar del Japón se ha corrompido tan completa y profundamente que ha desaparecido toda verdadera disciplina.

Nuestro país, como la mayoría de las potencias occidentales, ha tenido muchas razones para sospechar de los verdaderos designios del Japón desde el momento en que se liquidó la influencia de los últimos elementos liberales en el gobierno japonés. Durante algunos años, se le dejó el beneficio de la duda sobre la clase de actividades a que se dedicaba en las islas bajo su mandato, a pesar de sus terminantes negativas a permitir la visita de representantes de la Sociedad de las Naciones o de funcionarios de otras potencias a esos territorios. En años más recientes, los Estados Unidos tuvieron informaciones irrefutables de que el Japón, violando flagrantemente las obligaciones contraídas por tratados y como miembro de la Liga, estaba fortificando poderosamente las islas más estratégicas de la región que tenía bajo mandato. Diversos factores hicieron muy difícil que el poder ejecutivo del gobierno de Wáshington tomara medidas destinadas a contener al Japón. El primero fué la resistencia del Congreso a aprobar las partidas del presupuesto de marina para la fortificación de nuestros puestos avanzados en el Pacífico, a pesar de que habían caducado los convenios de Wáshington de 1922. Otro motivo fué la cerrada resistencia de la enorme mayoría del pueblo

norteamericano a comprender que, por su propia seguridad, cualquier política era preferible al aislamiento. En esos momentos tan críticos los servicios de espionaje del Japón en nuestro país demostraron ser tan eficientes como torpes los esfuerzos de su diplomacia en otras partes del mundo. Conocían perfectamente nuestra situación militar y naval en el Pacífico, y pudieron apreciar en todo su valor la desaprobación general con que el público norteamericano recibió el discurso de "cuarentena" que el Presidente pronunció en Chicago en el mes de octubre de 1937.

Para que la diplomacia o la política exterior de los Estados Unidos hubieran podido ser eficaces durante los cinco años anteriores a Pearl Harbor, la opinión pública norteamericana debería haber expresado su deseo de apoyar las medidas positivas que tomara el gobierno, y manifestado claramente su voluntad de defender sus legítimos derechos en el Pacífico y de impedir, aun por la fuerza en caso necesario, que el Japón lograra una posición estratégica desde la cual pudiera atacarnos por sorpresa. Pero no existía ese apoyo popular para una política positiva. Ciertos sectores de la prensa y ciertas personas que se constituían a sí mismas en voceros autorizados, repetían en todo el país que lo que ocurría en la China no era asunto de nuestra incumbencia, y que las pretensiones del Japón, por muy evidentes y descaradas que fueran, no constituían una amenaza para nuestros intereses. Además, la libertad de acción del gobierno fué casi anulada por restricciones legislativas, y es punto menos que imposible conducir las relaciones exteriores sin cierta libertad de acción del ejecutivo. Sin embargo, el Presidente hizo lo que pudo, aun trabado como estaba por la Ley de Neutralidad, según la cual, en caso de guerra entre dos países extranjeros, él debería proclamar la existencia de tal estado de guerra a fin de que se hicieran efectivos los embargos previstos por la ley. El Presidente asumió la responsabilidad de no hacer tal declaración en el caso del Japón y China en 1937, ya que ello hubiera impedido la exportación de municiones que China necesitaba con tanta urgencia. Esta línea de conducta fué técnicamente posible sólo

porque el gobierno chino no declaró la guerra al Japón a fin de que no le impusieran los embargos, y porque el Japón tampoco había declarado la guerra a China también por temor de que los pertrechos de guerra que adquiría en los Estados Unidos cesaran automáticamente.

Se oye decir que nuestro gobierno debería haber mostrado más energía cuando los japoneses hundieron la cañonera "Panay" en el río Yangtsé, en diciembre de 1937. Siempre he creído que el Presidente, que se ocupó personalmente de este asunto, no pudo haber demostrado mayor tino ni determinación, dadas las condiciones que entonces existían. Su mensaje, enviado directamente al Emperador del Japón, estaba admirablemente concebido. Inmediatamente el Japón desautorizó lo sucedido y ofreció pagar una completa indemnización. El prestigio y la dignidad de nuestro país quedaron enteramente a salvo. A no ser una acción bélica, para la cual nuestro gobierno no estaba preparado, no pudo haber dado un paso más enérgico.

En los meses anteriores a Pearl Harbor, cuando el Congreso había suprimido, por fin, muchos de los obstáculos que trababan la acción del poder ejecutivo, la adopción de una política más firme se hizo mucho más difícil por la creciente probabilidad de que la política del Eje pudiera, eventualmente, obligar a nuestro país a entrar en la guerra. Los pedidos insistentes de nuestras altas autoridades militares y navales de que la diplomacia evitara toda hostilidad con el Japón hasta el último momento, a fin de que los Estados Unidos no tuvieran que hacer frente a una guerra en ambos océanos, fueron considerados, y a mi juicio acertadamente, como de primera importancia. Tal fué la razón principal de que el gobierno permitiera, hasta tres meses antes de Pearl Harbor, la exportación de ciertas clases de petróleo y de hierro viejo al Japón. Así se explica que el Presidente haya usado la expresión familiar tan criticada, de "hacerse el tonto", para calificar nuestra política con el Japón en ese período.

En general, el acierto de una política exterior sólo puede juzgarse por sus resultados. Cualquier juicio imparcial acerca

de nuestra política en los años críticos de 1936 a 1941, debe ser sometido a ese criterio. Nuestros principales objetivos eran los que habían planeado los principales jefes militares y navales, y es mi opinión personal que nuestra política logró retardar por un tiempo el ataque japonés.

La entrada del Japón a la Indochina francesa en julio de 1941, como resultado de la presión de Alemania sobre el gobierno de Vichy, fué la última señal de peligro. Sabíamos que la ocupación de Indochina no era necesaria, como habían declarado los japoneses, para realizar operaciones estratégicas contra China; sólo podía considerarse como una amenaza inmediata a las posesiones británicas de Burma y Malaya, y como una avanzada hacia la vulnerable posición de los Estados Unidos en las Filipinas. El tiempo que transcurrió entre esa maniobra y el estallido de la guerra entre el Japón y los Estados Unidos fué un tiempo precioso ganado para la preparación militar de nuestro país.

La historia de las últimas etapas de las relaciones entre el Japón y los Estados Unidos antes de Pearl Harbor, es de un interés apasionante. El nombramiento del Almirante Nomura, en enero de 1941, como Embajador en Wáshington marcó el comienzo de este episodio. El Almirante Nomura había sido muchos años antes agregado naval en Wáshington y también, por corto tiempo, Ministro de Relaciones Exteriores. Tanto en el Japón como en nuestro país se lo consideraba predispuesto en favor de los Estados Unidos, y partidario de una política de conciliación. Las primeras conversaciones que tuve con el Embajador después de su llegada a Wáshington, me dejaron la clara impresión de que, por lo menos personalmente, trataba con toda sinceridad de buscar un arreglo para la que, a su juicio, era la crisis más seria que se había producido en las relaciones nipo-americanas. También tuve la impresión de que no era nada optimista con respecto a la posibilidad de encontrar un camino que pudiera conducir a un arreglo. El Almirante Nomura era hombre de casi setenta años, de estatura muy elevada para ser japonés; había perdido un ojo en la explosión de una bomba en Shangai en 1932, y era moderado y conciliador en su manera de hablar; durante los primeros seis meses de su misión parecía constantemente preocupado de hallar la manera de rodear los obstáculos, nunca de afrontarlos directamente.

Siempre he tenido razones para creer, y aún no he cambiado de opinión, que se eligió al Almirante Nomura como Embajador en nuestro país con el propósito de engañarnos, y que el ardid resultó mucho más eficaz debido a que, por algún tiempo, el propio Almirante Nomura no se dió cuenta de que lo usaban con ese fin. Pero no cabe duda de que él tiene que haber conocido la verdad de las cosas en los últimos días de su misión, sea que el desleal emisario Mr. Kurusu lo hubiese informado o no de lo que iba a suceder. El Almirante Nomura, que no carecía en absoluto de inteligencia, mucho antes de que terminara la larga serie de conferencias que sostuvo durante casi seis meses con el Secretario de Estado, debió de haber llegado a la conclusión de que era inevitable que su país atacara a los Estados Unidos, y aun concediendo que trató de obrar con la misma sinceridad que el Secretario de Estado, tuvo que haberse convencido de que los puntos de vista de ambos gobiernos eran irreconciliables. Si los Estados Unidos hubieran abandonado los principios básicos que habían mantenido hasta entonces, no solamente habrían traicionado a China, sino también sus más altos intereses nacionales. En consecuencia, como nuestro gobierno no estaba dispuesto a renunciar a estos principios, y como tampoco la dictadura militar del Japón quería ceder una pulgada de su posición retirándose de China e Indochina, la guerra entre los dos países sería inevitable en vista de los pactos firmados entre el Japón y las potencias europeas del Eje.

Mi opinión sobre lo que ocurriría en esos momentos —pues yo no participé en forma alguna en las conversaciones entre el Secretario de Estado y el Embajador Nomura— puede ilustrarse más claramente con los siguientes párrafos extractados de una conversación que tuve el 4 de agosto de 1941 con Mr. Wakasugi, entonces Ministro Consejero de la Embajada japonesa, fallecido recientemente:

"Le dije que la política de mi gobierno había sido expresada clara y reiteradamente en nuestros mensajes y comunicaciones al gobierno del Japón desde principios de 1933. Mencioné las cartas cambiadas entre el Secretario de Estado y el Primer Ministro, las declaraciones públicas hechas por el Secretario de Estado, por el Presidente y otros funcionarios, e innumerables análisis muy bien detallados y precisos de nuestra posición en lo referente al Pacífico y especialmente al Japón. Agregué que, fuera de todo lo anterior, el propio Secretario de Estado había presentado la política de nuestro gobierno con la mayor claridad posible y en la forma más escrupulosa, en las conversaciones que había sostenido durante los últimos cinco meses con el Embajador del Japón. Finalmente, le dije que la política de nuestro gobierno había sido resumida y aclarada en la forma más amplia y pormenorizada posible en la proposición que el propio Presidente había presentado al Embajador japonés el 24 de junio y a la cual nuestro gobierno no había recibido todavía una respuesta.

" Seguí diciendo que no creía que la historia de los últimos cincuenta años presentara el caso de una gran potencia que en sus tratos con otra gran potencia hubiera dado mayores muestras de paciencia que las que demostraba el gobierno de los Estados Unidos en sus tratos con el Japón.

" Aquí Mr. Wakasugi movió la cabeza afirmativamente.

" Le dije que si, a pesar de todo, deseaba oírla una vez más, podría resumirle la política de nuestro gobierno, que definiría sucintamente como una política cuya premisa fundamental era el mantenimiento de la paz en el Pacífico; el renunciamiento por parte de todas las potencias interesadas en el Pacífico a una política nacional de fuerza

y de conquista; el reconocimiento del derecho de todos los pueblos independientes y autónomos del Pacífico de mantener su independencia y su integridad, de ser tratados con justicia, y de tener iguales oportunidades sin preferencias ni privilegios exclusivos. Agregué que me parecía que la política de los Estados Unidos había demostrado, sin lugar a dudas, al gobierno del Japón que ni el gobierno ni el pueblo norteamericanos deseaban impedir o limitar el igual derecho del pueblo japonés a las oportunidades económicas y comerciales, tanto en el Pacífico como en todo el mundo, es decir, su igual derecho de acceso a las materias primas y alimentos requeridos por la economía nacional del Japón; que con estos principios el Japón podía tener la seguridad de que, mientras observara una política semejante, los Estados Unidos jamás podrían ni remotamente ser considerados como un peligro, ya sea militar o naval para la seguridad nacional del Imperio Japonés.

" Le dije que deseaba recalcar el hecho de que la política norteamericana daría al Japón, en caso de que éste siguiera una línea de conducta parecida, el más alto grado de seguridad física y material; pero que, mientras nosotros habíamos enunciado reiteradamente esta política para con el Japón, el Japón estaba siguiendo cada vez más a las claras una tendencia diametralmente opuesta.

" Consecuencia de esto era que en los últimos años nuestras políticas nacionales, en lugar de converger, se hubieran separado más y más, y que nuestro gobierno se viera obligado a llegar a la conclusión de que la política definida y finalmente adoptada por el Japón, era una política de expansión y de conquista mediante el uso de la fuerza. Por eso deseaba expresar con toda claridad mi

considerada opinión a Mr. Wakasugi: que si el Japón continuaba su agresiva política de fuerza e intentaba maniobras de expansión cuyo resultado fueran actos de agresión contra otros pueblos del Lejano Oriente, en el sur u otras regiones del Pacífico, a los Estados Unidos no les quedaría otro camino que considerar que la finalidad del Japón no era otra que la de imponer el señorío militar del Imperio japonés sobre los pueblos del Lejano Oriente, del sur del Pacífico y quizá también de otras regiones. Si en realidad éste fuera el objetivo del gobierno japonés, yo pensaba que era necesario declarar en este momento que, a mi juicio, tal situación sería inevitablemente considerada como intolerable por los Estados Unidos y por todas las demás naciones amantes de la paz que tenían intereses directos en el Pacífico, y que, en consecuencia, si el Japón insistía en lograr ese objetivo, ya fuese mañana, el mes próximo, el año próximo, o después, el resultado inevitable sería el comienzo de las hostilidades en el Pacífico.

"En este punto me interrumpió Mr. Wakasugi para decirme que lo que yo había declarado no hacía más que confirmar sus propios temores de que la situación llegaría ahora a su etapa más crítica. Dijo que existían ciertos factores fundamentales que nunca el pueblo japonés podría comprender. Que cuando el Japón recién despertó, a mediados del siglo pasado, de su largo sueño de reclusión, se encontró completamente rodeado de intromisiones imperialistas realizadas por las naciones occidentales, no solamente en la China sino también en toda la región del Pacífico. Dijo que los Estados Unidos eran un país que crecía y se expandía rápidamente, y que el Japón también era un país que se expandía con rapidez, por supuesto que no en la misma escala que los

Estados Unidos, pero, sin embargo, con la misma tendencia general. Que el pueblo japonés no podría ser confinado indefinidamente dentro de su propio territorio y que tenía que encontrar, en vista de su creciente índice de natalidad y de su creciente poderío de gran nación en el mundo, algún medio de expandirse fuera de su propio territorio. Que en el mismo momento en que el pueblo japonés comenzaba a darse cuenta de su situación a este respecto, las demás naciones del mundo ya habían comenzado a hacer, adquiriendo colonias y dominando a pueblos más atrasados, exactamente lo mismo que ahora nosotros, en los Estados Unidos, reprochábamos al Japón cuando éste trataba de intentarlo.

"Le contesté que sería ridículo para mí tratar de discutir la política y las medidas usadas por las grandes potencias del mundo durante el siglo pasado, pero que yo tenía la seguridad de que en los años en que yo había visitado por primera vez el Japón, ese país y los Estados Unidos estaban de acuerdo en que era posible una era nueva y mejor en el mundo y que, aunque por desgracia ese sueño no se había realizado, no veía motivo para un retroceso en la política internacional como el que aparentemente aconsejaba Mr. Wakasugi para justificar la política de conquista que su país parecía haber adoptado. Le dije que si se trataba de un problema de expansión, podía comprender sin esfuerzo la necesidad de una raza, enérgica e inteligente y que crecía con rapidez como la japonesa, de buscar, en su interés nacional, ciertas formas de expansión más allá de sus propias fronteras; pero que el punto de vista de mi gobierno era que el pueblo del Japón se beneficiaría muchísimo más y se sentiría más seguro si emprendiera la forma de expansión como la entendía nuestro

gobierno, que si siguiera la política de expansión del actual gobierno japonés.

"Le expliqué que la forma de expansión a que me refería era una expansión pacífica y productiva cuyo resultado sería el desarrollo de las actividades comerciales del Japón en otros países, de acuerdo con las normas de igualdad e imparcialidad que por tantos años habían sostenido los Estados Unidos. Le expresé que yo no concebía en qué otra forma podría el pueblo japonés alcanzar mayor prosperidad, satisfacción y seguridad si no era utilizando sus grandes dotes para el comercio y abasteciendo los grandes mercados que le ofrecían China, los demás países del Lejano Oriente y las naciones de otras regiones del mundo con las cuales podía mantener pacíficas relaciones comerciales. Le pedí que comparara la situación del Japón después de haber sido desangrado por los esfuerzos militaristas emprendidos en una u otra forma desde 1931, con la posición que podría ocupar hoy si hubiera seguido el otro camino que yo había señalado. Le dije que no dudaba de que era verdad lo que me había dicho en esos días el Embajador japonés cuando me aseguró que el Japón había estado invirtiendo todo lo que tenía en la ocupación de la China, sin sacar ningún provecho. Y agregué que, inevitablemente, ese sería el único resultado que el Japón obtendría de su presente política militarista, y que sin duda el resultado final sería la postración económica y posiblemente el caos social y financiero."

En el discurso que pronuncié en el aniversario del Armisticio ante la tumba de Woodrow Wilson, también expresé claramente mi convicción de que los Estados Unidos estaban frente a una situación de suma gravedad, y la reiteré en un discurso no destinado a la publicación que pronuncié ese

mismo mes ante el Overseas Press Club de Wáshington. Las fuerzas que se acumulaban en Europa y en el Lejano Oriente habían llegado a un punto en el que ya no podían ser dominadas por más tiempo. Me parecía que cualquier funcionario que ocupara un cargo de responsabilidad en la dirección de los asuntos extranjeros tenía la obligación de hacer conocer sus ideas, no en forma alarmista, pero sí de manera que el pueblo de los Estados Unidos pudiera ver sin lugar a dudas cuánto se había obscurecido el horizonte internacional.

En Tokio, el Embajador Grew había hecho todo lo posible, en momentos sumamente delicados —a veces desconcertantemente difíciles—, para convencer al gobierno y al pueblo del Japón de la creciente gravedad de la situación. En ningún puesto diplomático en el extranjero es tan difícil para un Embajador norteamericano conocer, como en Tokio, la verdad de lo que ocurre. Los informes del Embajador Grew, desde el comienzo de su misión hasta los últimos días, reflejan, a la luz de la situación actual con admirable exactitud, la dirección que iban tomando los acontecimientos.

En los Estados Unidos, el poder ejecutivo, fuera de su obligación de tomar todas las medidas necesarias para preparar la guerra dentro de los límites impuestos por la coordinación con los otros poderes, tenía también la obligación de luchar por la paz hasta el último momento. Creo que se puede asegurar que eso fué exactamente lo que hizo el gobierno de los Estados Unidos. Por cierto que hoy es más fácil que entonces decidir qué aspecto de la política japonesa entre enero y diciembre era sólo una "pantalla" y cuál era sincero; pero en aquellos días la lucha por la paz exigía por lo menos, además de buscar una solución pacífica, escudriñar los menores indicios que permitieran descubrir lo que pudiera haber de sincero en las explicaciones del Japón.

En dos ocasiones, durante esos últimos meses, el Presidente recibió peticiones urgentes y detalladas del Príncipe Konoye, que entonces era Primer Ministro, para reunirse con él en algún punto del Pacífico y tratar de resolver en conferencias personales una situación que era día a día más difícil. El

Príncipe Konoye era un estadista altamente civilizado, débil y de carácter vacilante, pero siquiera con algunas de las tendencias moderadas de su gran mentor el Príncipe Saionji; mejor que ningún otro de sus colegas, debe de haber estado en condiciones de apreciar las formidables probabilidades que el Japón tendría en su contra si se arriesgaba a entrar en guerra con los Estados Unidos. Todavía no comprendo el verdadero motivo de su insistencia: si esperaba utilizar la solemnidad de un convenio oficial discutido con el Presidente de los Estados Unidos como un medio de poner a raya a los fanáticos jefes militares y navales, o si era simplemente otra trampa deliberada del gobierno japonés para conseguir una mejor posición de ataque. También cabe pensar, después del traicionero ataque sobre Pearl Harbor, que los japoneses hayan tenido planes aun más siniestros al procurar esta entrevista con el Presidente. La proyectada reunión entre Roosevelt y Konoye es, por lo menos, un apasionante tema de hipótesis, sobre todo si se considera la extraordinaria habilidad del Presidente para obtener resultados prácticos en conferencias personales con los jefes de gobiernos extranjeros. En todo caso, su decisión fué no aventurarse en lo que parecía una empresa sin esperanza.

Con el retiro del Príncipe Konoye como Primer Ministro, en octubre de 1941, y el nombramiento del General Tojo como su sucesor, desapareció toda posibilidad de negociación. Desde ese momento la suerte estaba echada.

Por esa razón la famosa misión Kurusu parece aun más fantástica si se la mira retrospectivamente. El señor Kurusu fué enviado a Wáshington como el cabrito maniatado para cebo del tigre. Indudablemente, fué elegido con este objeto por la idea equivocada que tenía el gabinete Tojo de que sus amistades personales, su conocimiento de los Estados Unidos, sus relaciones en los círculos oficiales de la capital norteamericana, y la capacidad que había demostrado en otras ocasiones para tratar con los gobiernos occidentales, facilitarían su misión de falsía. La verdad es que ningún alto funcionario de la administración fué bastante ingenuo para creer, ni por

un momento, que se obtendría algún beneficio práctico de la misión Kurusu. Ni su manera zalamera, ni su incapacidad para dar razones plausibles de su extemporánea misión, ni las cándidas protestas de sinceridad y de buena voluntad que con tanta frecuencia hacía a los miembros del cuerpo diplomático de Wáshington con el obvio propósito de que éstos las repitieran a las altas autoridades de nuestro gobierno, contribuyeron en nada a hacer más convincentes las conversaciones oficiales que trató de entablar. Su última visita al Departamento de Estado, en el preciso momento en que se recibía la noticia del ataque a Pearl Harbor, estaba enteramente de acuerdo con la despreciable tarea que se le había encomendado.

Me imagino que aun los menores detalles están grabados a fuego en la memoria de todos los que tuvieron alguna participación en los sucesos de ese domingo 7 de diciembre de 1941.

Pude ver varias veces al Presidente durante las horas que transcurrieron entre el anuncio del ataque a Pearl Harbor y las primeras horas de la mañana siguiente. Sentado ante el escritorio de su despacho de la Casa Blanca, recibiendo a cada instante los informes de uno de los más trágicos y negros episodios de toda la historia norteamericana, demostró esa capacidad de dominar y controlar una emergencia suprema que es quizás la más rara y la más valiosa característica que puede poseer un estadista. Enterado completamente de todos los sucesos, recibió con gran serenidad los primeros, y por suerte falsos, informes de que los japoneses habían comenzado a desembarcar en Hawai, y comprendiendo toda la gravedad de lo que significaba Pearl Harbor y de lo que todavía podía significar para el futuro del pueblo norteamericano, el Presidente, ni por un minuto, dejó de dominar el destino de su país. En las numerosas veces que he visto al Presidente nunca he tenido mayores motivos para admirarle. Antes de que hubiera pasado la noche del domingo, el Presidente se había ocupado personalmente de cada uno de los detalles que le habían presentado sus consejeros militares y navales, y había aprobado

el contenido y el texto de la declaración de guerra que debía presentar al Congreso de los Estados Unidos.

En ese momento nuestro país entraba a una nueva época, y quizás la más difícil, de su existencia nacional.

Durante todo el año de 1942 la situación en el Pacífico continuaba agravándose. No se podía detener el avance de las fuerzas militares y navales del Japón. El pueblo de los Estados Unidos y los patriotas de las Filipinas, pasaron por esos horrendos días que culminaron con las tragedias de Batán y Corregidor y con la completa dominación de las Islas Filipinas por las tropas japonesas. La infiltración de los japoneses en Siam, realizada por medios de traición y soborno, provocó luego un desastre para los ingleses con la captura de Burma, Malaya y Singapur. A pesar de la firme resistencia que presentaron las fuerzas holandesas en las Indias Orientales Holandesas, éstas fueron pronto agregadas al botín japonés. Finalmente, la ocupación de las islas estratégicas del suroeste del Pacífico colocó a las fuerzas japonesas a muy poca distancia de Australia y de Nueva Zelandia, y antes de terminar el año de 1942, se consideraba muy posible que el Japón estuviese preparado para invadir con éxito, no sólo Australia, sino también la India.

Solamente por una de las más admirables proezas de la historia militar de los Estados Unidos pudieron las fuerzas australianas, norteamericanas y aliadas obtener, en tiempo mínimo y a través de largas distancias, la cantidad y calidad de armamentos y municiones necesarios para poner término a la retirada y comenzar la contraofensiva. Así fué posible, finalmente, no sólo evitar que los japoneses invadieran los Dominios del sur del Pacífico, sino también prevenir el gran peligro que representaba la expansión japonesa hasta el Océano Indico. Durante la mayor parte de ese año aciago pareció inminente la posibilidad de que se produjera la unión de las fuerzas alemanas con las japonesas.

Aunque desaparecieran por completo los efectos físicos de la tentativa japonesa de dominar el Pacífico y el Asia, es preciso reconocer que sus triunfos de 1942 tuvieron un efecto psicológico perdurable — aceleraron el desarrollo del naciona-

lismo en los pueblos del Lejano Oriente. La debilidad de la resistencia inglesa en Burma, así como la increíble rapidez con que se rindió la gran base naval británica de Singapur y el desmoronamiento de las fuerzas occidentales ante el ataque del Japón, llamaron poderosamente la atención de los observadores orientales. Este nuevo nacionalismo se debe, en parte, a un desarrollo sano y espontáneo, como el que representan el nacimiento de una China unificada y las demandas de los pueblos de la India durante el último cuarto de siglo, de que se les reconozca el derecho de gobernarse a sí mismos; pero también ha sido provocado por la propaganda japonesa, que en los últimos cinco años ha puesto en primer plano el principio de "Asia para los asiáticos". La justicia inherente de esta tesis, no considerando el hecho de que ha sido propuesta en beneficio propio por un pueblo que ha demostrado el desconocimiento más cínico de los derechos de los demás, estaba necesariamente destinada a despertar interés en todos los pueblos del Lejano Oriente, y, por tal motivo, ha atraído también a muchos pueblos de otras partes del mundo.

Además, entre 1920 y 1940 estaba de todos modos llegando a su fin un período en la historia de los pueblos del Asia y del Pacífico. El extraordinario desarrollo del Japón como potencia mundial, y la lenta pero segura emergencia de China como miembro principal de la familia de las naciones, juntamente con el crecimiento de las instituciones populares en muchos pueblos del Asia, especialmente en la India, todo se combinó para borrar rápidamente la idea fetichista de la supremacía del blanco, que cultivaron las grandes potencias coloniales durante el siglo XIX. La tesis de la supremacía del blanco podía existir solamente mientras la raza blanca realmente probara su superioridad. Las derrotas sufridas por las naciones occidentales en 1942 dieron el golpe de muerte a toda noción de la superioridad del blanco que aún pudiera subsistir.

Otro factor que los occidentales no debemos olvidar en la situación asiática es que, además del hecho de que no podemos lógicamente esperar que ningún pueblo se sienta dichoso

bajo la dominación de un país extranjero, en muy pocos casos las potencias colonizadoras de Europa han tomado en cuenta, al usar su autoridad, los derechos y los intereses de los pueblos que dominan. Por eso los resentimientos son muy profundos; tienen su raíz no sólo en el recuerdo de las primeras brutalidades e injusticias, sino también en horrores recientes, tales como la matanza de Amritsar, y también en la reacción perfectamente natural y humana de los pueblos sometidos ante el desprecio con que generalmente los tratan sus señores.

El gobierno británico, lo mismo que el de Holanda, han demostrado un deseo de tratar con justicia a los pueblos de su imperio, y hay que admirar la dedicación, la humanidad y el abnegado espíritu de que han dado muestras miles de administradores coloniales británicos. Pero muchos representantes ingleses en el Lejano Oriente han revelado esa mentalidad tan bien manifestada en las palabras de un alto funcionario británico en la India a comienzos del presente siglo, cuando expresó la convicción que, según él, "era compartida por cada uno de los ingleses residentes en la India, desde el más alto hasta el más bajo... la convicción que tiene cada uno de ellos de pertenecer a una raza destinada por Dios a gobernar y a sojuzgar".

Estas palabras habrían podido ser pronunciadas en este año de gracia por Hitler o cualquiera de sus cómplices en sus discursos al pueblo alemán; ellos aseguran que existe una raza superior, y que el derecho de esa raza superior es "gobernar y sojuzgar". Nosotros, los ingleses y todos los pueblos libres estamos en este momento luchando y muriendo para demostrar la falsedad inherente de esos credos.

Por lo tanto, no debe sorprendernos que, a medida que los pueblos del Asia han ido cobrando conciencia de sus propios valores personales, de su poderío nacional y de sus fuentes de producción, hayan considerado cada vez más intolerable esa clase de doctrinas. Si la afirmación de esos supuestos derechos ha demostrado ya ser de todo punto insoportable para los pueblos que están bajo el dominio de la más humana y de la menos tiránica de las potencias coloniales, ¡cuánto peor

aun habrá sido para los pueblos dominados por naciones coloniales empeñadas solamente en explotarlos!

Algunas naciones, como la China, han estado sólo parcialmente sujetas a la dominación extranjera; a otras, como a las Filipinas, se les ha concedido voluntariamente su libertad e independencia. Los esclarecidos líderes actuales de esas naciones han llegado a considerar moralmente repugnante que continúe la jurisdicción colonial sobre los pueblos asiáticos ejercida por las potencias europeas; la consideran necesariamente como una fuente de peligro futuro para el desarrollo de sus instituciones libres y como una constante amenaza para la paz y estabilidad del Asia.

Una vez que termine la guerra actual, es indispensable un reajuste radical de las relaciones internacionales de toda el Asia y del Pacífico si se quiere tener esperanza de que existan estabilidad política, seguridad económica y progreso apacible. La situación está llena de factores muy peligrosos, cuyos efectos pueden ser regulados siempre que las grandes potencias europeas y occidentales hagan los cambios radicales necesarios. Si no los hacen, será muy difícil predecir para el Lejano Oriente otra expectativa que un siglo de caos y de anarquía general.

Creo que la condición para que estas nuevas fuerzas nacionalistas puedan ser canalizadas con buen éxito hacia una finalidad pacífica y constructiva, es que las potencias del mundo, en una futura organización internacional, quieran adoptar el principio fundamental de que ninguna nación tiene el derecho ilimitado y esencial de dominar a otros pueblos, y reconocer que las llamadas potencias coloniales están obligadas a presentar pruebas, ante la opinión pública mundial representada por una organización internacional, de que su administración ejercida sobre pueblos extranjeros beneficia a los gobernados, y de que su objetivo principal es que esos pueblos puedan establecer su propio gobierno. Una vez que quede establecido ese principio fundamental, será necesario crear un mecanismo capaz de ponerlo en práctica.

Un consejo de fideicomisarios internacionales como el

sugerido tiene que ser, primeramente, responsable ante la entidad política y ejecutiva que establezca la organización mundial. Por razones de eficiencia administrativa convendría crear, bajo la suprema autoridad de este cuerpo, autoridades regionales con jurisdicción sobre determinadas áreas en las cuales haya pueblos administrados por potencias coloniales. Por último, los representantes de las autoridades regionales deberían residir dentro de sus áreas coloniales respectivas, con el fin de que dichas autoridades, además de los informes y datos que las potencias administradoras estarían en la obligación de presentar periódicamente, pudieran tener informaciones imparciales y objetivas de personas responsables solamente ante el susodicho consejo internacional.

En uno de los capítulos siguientes tendré oportunidad de tratar con más detalle el problema general de un consejo internacional, como substituto del ya desacreditado e ineficaz sistema de mandatos provisto por la Sociedad de las Naciones. El principio de fideicomisarios me parece que debe ser adoptado en cualquier plan que trate de conseguir la estabilidad futura del Lejano Oriente.

Los problemas que inmediatamente tendrá que encarar en el Lejano Oriente cualquier organización como la esbozada, son de cuatro categorías:

La primera, es el problema que presenta el pueblo de Corea. En la Declaración del Cairo hecha por Roosevelt, Churchill y Chiang Kai Shek, que indudablemente contó con la aprobación de la Unión Soviética, se estableció que, después de la derrota del Japón, las potencias interesadas velarían por que Corea recobrara su independencia "a su debido tiempo". Estas palabras, "a su debido tiempo", han causado gran inquietud a muchos patriotas coreanos. Es preciso comprender, sin embargo, que después de una dominación y de una explotación tan crueles como las que ha sufrido el pueblo de Corea durante los últimos treinta y siete años, necesariamente debe pasar cierto tiempo antes de que puedan borrarse los últimos vestigios del yugo japonés y sea posible establecer sobre nuevas bases la economía independiente del país. El

pueblo de Corea necesita tiempo para reeducar los músculos atrofiados del gobierno propio, y necesita también la ayuda de países amigos hasta que toda la maquinaria gubernativa pueda ser manejada por los propios coreanos.

Son las potencias directamente interesadas en el bienestar de una Corea independiente y en la estabilización definitiva de la situación del Lejano Oriente las que deben prestar esta ayuda, bajo la suprema jurisdicción de la organización mundial. Lo lógico parece que, en este caso, los gobiernos interesados serían los de China, la Unión Soviética y los Estados Unidos. La vigilancia de estos fideicomisarios duraría hasta que el pueblo de Corea demostrara que podía caminar sin ayuda; entretanto, los países integrantes del consejo, por intermedio de administradores locales, coreanos o de otras nacionalidades, se encargarían de la tarea de acelerar la capacitación de Corea para las responsabilidades del gobierno propio.

La segunda categoría podría comprender a todos los pueblos del Lejano Oriente que están ahora bajo el control de alguna potencia colonial pero que sean juzgados capaces de gozar de autonomía en un futuro inmediato. A esta clase correspondería la India.

No tiene objeto discutir si el pueblo de la India está o no capacitado para gobernarse a sí mismo, ya que en muchas ocasiones desde el fin de la primera guerra mundial, y especialmente hace dos años durante la misión especial a la India de Sir Stafford Cripps, el gobierno británico ha anunciado oficialmente su intención de reconocer a la India el derecho de gobernarse a sí misma. Y muy recientemente, el 28 de enero de 1944, el liberal y esclarecido ex-virrey de la India, Lord Halifax, hizo la siguiente declaración pública en nombre del gobierno británico:

> "Esperamos que la India, por los que creemos sus mejor entendidos intereses, deseará seguir siendo miembro de la Comunidad Británica de Naciones. Pero si, después de terminar la guerra, su pueblo puede ponerse de acuerdo para esta-

> blecer una constitución y desea luego disolver su consorcio con nosotros, nos hemos propuesto no oponernos a tal decisión... Si la India no puede concertarse para avanzar como una sola unidad, estamos preparados para ver el avance separado de los grandes grupos que la constituyen. Reconocemos todas las objeciones a una ruptura de la unidad de la India, pero también creemos que la estabilidad no puede lograrse soguzgando a grandes minorías... Esta actitud está en completa conformidad con el principio de la Carta del Atlántico."

Por lo tanto, está bien claro que, si el pueblo de la India y el gobierno británico pueden llegar a un acuerdo sobre las bases en que se establecería un gobierno independiente, se encontraría una solución para este problema cada vez más intrincado y peligroso. No facilitarán esta solución ni las indignadas efusiones de Downing Street, ni la insistencia, igualmente intemperante, de los sabios bracmanes residentes en los Estados Unidos, de que el único medio de resolver el problema es que las autoridades británicas líen sus bártulos y se vayan de la India de la noche a la mañana. No cabe duda de que el método ideal para solucionar este conflicto sería la negociación directa entre el gobierno británico y los líderes representativos de la India. Es un método que se ha adoptado con bastante frecuencia. Sin embargo, si estas negociaciones siguieran fracasando, el consejo ejecutivo de la organización internacional, por intermedio de sus diferentes agencias, debería estar listo para ayudar a resolver las dificultades que pudieran subsistir.

Ni el conservantismo en Inglaterra ni el ultraliberalismo en otros países, tales como los Estados Unidos, pueden alterar este hecho prominente: que el pueblo de la India está decidido a obtener su gobierno propio. La continuación del presente *impasse* después de la guerra hará peligrar seriamente la paz y la estabilidad de toda el Asia. Los pueblos que hoy tienen

su independencia en el Lejano Oriente, y aun más los que todavía están bajo el dominio extranjero, no sólo miran con gran simpatía las aspiraciones de los líderes hindúes, sino que consideran lo que se resuelva con respecto de la India después de la guerra como la piedra de toque de las intenciones de las potencias occidentales expresadas en la Carta del Atlántico.

Dentro de esta categoría están también las Indias Orientales Holandesas. Pero me inclino a creer que este problema probablemente ya ha sido resuelto. En 1942 el gobierno holandés en exilio anunció su decisión de que, después de la liberación de Holanda, se promulgaría una nueva constitución federal que garantizaría a los pueblos de las Indias Orientales Holandesas los mismos derechos constitucionales de gobierno propio y libertad individual de que goza el pueblo holandés. Si es posible cumplir esta promesa, los pueblos de las Indias Holandesas podrán determinar su propio destino, y no será preciso crear ningún consejo internacional para ellos.

La tercera categoría comprende los problemas de Burma, Malaya y la Indochina francesa. Los pueblos de esos países han salvado ya el primer obstáculo en el camino hacia un gobierno propio, pero no han llegado todavía a una etapa de desarrollo que les permita emprender con éxito el ejercicio de esos derechos. En tales casos, la organización mundial, por intermedio del supremo consejo internacional y de los consejos regionales que se crearían, debería afirmar su derecho de hacer responsables por la clase de administración que ejercitan a las potencias que corresponda.

Esto daría seguridad de que se haría todo lo posible para acelerar la evolución de estos países hacia su independencia. Además, yo propondría que, en este caso, en la autoridad general tuvieran participación las actuales potencias coloniales, es decir, Gran Bretaña y Francia, así como China, Australia, Nueva Zelandia y la futura república de las Filipinas. Me parece muy lógico y deseable, por muchos conceptos, que Manila fuese la sede de la agencia ejecutiva de la autoridad regional.

En la cuarta categoría estarían comprendidos los pueblos

coloniales del suroeste del Pacífico que todavía no están civilizados y son, por ahora, claramente incapaces de gobernarse a sí mismos. Los aborígenes de las islas del sur del Pacífico, tales como los pueblos de Nueva Guinea, podrían ser un ejemplo. Como en el caso de las naciones comprendidas dentro de la tercera categoría, el consejo internacional de fideicomisarios, por intermedio de una autoridad regional, controlaría el gobierno local de la potencia administradora. Esto aseguraría que los pueblos fuesen tratados con humanidad y justicia, y que la explotación de los recursos naturales se hiciese principalmente en su propio beneficio más que en el de la potencia administradora. Garantizaría también que se haría todo lo posible por su mejoramiento moral y físico y por su educación, hasta que llegue el momento en que sus descendientes puedan demostrar que son capaces de ejercer su autonomía.

En este breve resumen de las disposiciones que sería posible tomar en el Pacífico, se parte de la base de que se cumplirán las promesas hechas en la Declaración del Cairo, en la cual se anunció que el territorio arrebatado por el Japón a la China durante las últimas generaciones, será restaurado a la soberana jurisdicción de la República de China, y que las islas del Pacífico sobre las cuales el Japón obtuvo derechos de mandato después de la primera guerra mundial serían utilizadas por la organización internacional con el objetivo principal de resguardar la seguridad internacional.

Por lo tanto, fuera de la participación continua y normal de las naciones de Norte y Sud América y de la Unión Soviética en los asuntos del Pacífico, el Nuevo Orden en el Lejano Oriente, muy diferente del que planeaba el Japón, comprendería la República de China, ya en posesión de los territorios de que fué despojada; los Dominios de Australia y Nueva Zelandia; los estados independientes de Filipinas y Corea; la India, como un Dominio con gobierno propio o como nación independiente; las Indias Orientales Holandesas como parte integrante y autónoma del reino de Holanda; y un Japón más reducido, que estaría sometido, por lo menos durante

algunos años, a una rígida vigilancia internacional ejercida por medio de la organización mundial.

La capacidad de estadistas de los gobernantes de los Estados Unidos y la esencial cordura del pueblo norteamericano en el campo de las relaciones exteriores, serán puestas a una prueba más dura que ninguna de las anteriores cuando llegue el momento de decidir la política que se seguirá con el Japón vencido. El futuro del pueblo norteamericano dependerá en gran parte de la naturaleza de esas decisiones. De una cosa pueden estar completamente seguros: de que sobre los Estados Unidos se concentrará el más profundo resentimiento de los japoneses por su derrota.

En el admirable libro de Hallet Abend "Mi vida en China", el autor refiere que Okasaki, el cónsul general japonés en Hongkong, dijo, a comienzos de 1941:

> "Una política que ahora hemos adoptado seriamente es la de "quedar a mano"... Toda nuestra población alfabetizada siente lo mismo, un odio sordo, contenido, porque Norteamérica está estorbando nuestros movimientos en el Asia Oriental. Y como pueblo nosotros no olvidamos."

Ya podemos imaginarnos cuánto más profundo serán ese odio y ese resentimiento cuando concluya la presente guerra.

No cabe discusión de que hay que quitar al Japón los territorios robados. Los criminales japoneses, grandes o pequeños, que han sido culpables de las horrendas atrocidades perpetradas contra nuestros compatriotas y contra ciudadanos de otros países durante estos años de guerra, deben ser castigados sin compasión. El Japón debe ser desarmado y se debe impedir que se rearme, mediante una continua vigilancia internacional. Pero, como muy justamente lo ha dicho el Embajador Grew al considerar este problema, si se encierra el vapor en un recipiente sin salida, inevitablemente se producirá una explosión. Ni sentimentalismo ni bondad, por lo tanto, inspiran mi firme convicción de que uno de los factores determinantes de la posibilidad de que los Estados Unidos tengan un porvenir

seguro y de que pueda crearse una organización mundial duradera, será la manera en que se trate al pueblo del Japón.

Los japoneses han demostrado su poder y su habilidad, por muy criminales que hayan sido los fines a cuyo servicio los pusieron. Han demostrado que están dispuestos a subordinarse como seres humanos a lo que consideran su interés nacional. Pueden existir y prosperar con un standard de vida increíblemente bajo. Se multiplican rápidamente. Como unidad nacional, los gobierna un odio ciego y un espíritu de venganza más directamente y en mayor grado que a ninguna otra potencia de la tierra. Estos son hechos que no pueden dejarse a un lado.

No existe la menor duda de que los estados mayores del ejército y de la escuadra japonesa, por muy aplastados que queden después de la derrota, mantendrán viva su organización, de la misma manera que el estado mayor alemán tratará de conservar la suya y de trazar sus planes para el futuro día de la venganza. Son hechos que hay que tener muy presentes al concretar nuestras decisiones de paz y al planear nuestra política futura.

En mi opinión hay una sola manera constructiva de considerar el problema. Consiste en proponerse tres objetivos principales que es preciso seguir firmemente, aunque la mayoría de los norteamericanos se dejen arrullar una vez más por un falso sentimiento de seguridad. Primero, la inflexible determinación de contribuir en toda forma a mantener la existencia de una organización mundial eficaz. Segundo, el desarme permanente del Japón. Tercero, la adopción, por convenio internacional, de una política económica liberal que sea una válvula de escape para la habilidad y el espíritu emprendedor de los japoneses. Este es el único camino por el cual podrán mejorar gradualmente su standard de vida sin poner en peligro, al mismo tiempo, la paz del resto del mundo.

Capítulo VIII

EL PODER CONSTRUCTIVO DE LA U. R. S. S.

En los primeros años de la postguerra las dos potencias más grandes del mundo, tanto desde el punto de vista material como militar, serán los Estados Unidos y la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas. El franco reconocimiento de este hecho debe ser la base de cualquier consideración de la política que debe seguir nuestro gobierno con respecto a la Unión Soviética.

El mantenimiento de la paz mundial y el progreso de la humanidad dependerán del deseo y de la capacidad de los pueblos de ambos países para trabajar unidos, así como de que puedan reemplazar por una amistad eficaz y constructiva las relaciones, no sólo negativas, sino marcadas también por una desconfianza fanática y una profunda hostilidad mutuas, que han mantenido durante los últimos veinticinco años.

En el período que transcurrió entre las dos guerras el pueblo de los Estados Unidos no manifestó ni siquiera el deseo de un común entendimiento con el pueblo ruso. La opinión pública en este país estaba influída por un odio casi unánime contra el comunismo en todos sus aspectos —en particular su doctrina de la revolución mundial— y por una antipatía violenta y justificada contra los sanguinarios excesos que cometió el gobierno soviético, especialmente en los primeros años después de la revolución bolchevique de 1917. Reaccionó,

además, con profundo disgusto ante las medidas que tomó el gobierno soviético en su vano intento, primero, de negar, y luego de destruir la religión.

Por su parte, los líderes soviéticos y el pueblo ruso consideraron que los Estados Unidos y los demás países llamados capitalistas, levantaban contra ellos una muralla de antagonismo político. Muy naturalmente, fué esta la interpretación que dieron a los francos esfuerzos de los gobiernos aliados para ayudar, después que terminó la primera guerra mundial, a los elementos reaccionarios dentro de Rusia a derrocar el gobierno revolucionario y a sustituirlo por un régimen conservador sometido a los deseos del mundo occidental. Vieron también que las potencias occidentales se pusieron de acuerdo para ceder a otros países territorios que por muchos años habían sido parte integrante de la Gran Rusia. No les faltaba razón para creer que, no hace mucho tiempo, las naciones occidentales, con la esperanza de alejar de sus propios territorios la codicia de las potencias agresivas, estaban deseosas y dispuestas a sancionar los conocidos planes del Estado Mayor alemán de dividir entre Alemania y el Japón territorios que se quitarían a Rusia. Y en una ocasión llegaron a pensar que la política de nuestro país estaba dominada por los grupos financieros que exigían el pago total, con interés compuesto, de las deudas contraídas por los gobiernos imperiales de Rusia, y que mientras no se cumpliera esa condición el pueblo de los Estados Unidos seguiría mirando con prejuicio sus esfuerzos de regeneración. En los años en que Hitler se preparaba para su ataque final contra el resto del mundo civilizado, tanto estadistas como diarios importantes en todas las naciones occidentales no se cansaban de proclamar abiertamente que el mundo saldría ganando si Hitler consiguiera aplastar a la Rusia comunista.

En una palabra, hay culpa por ambas partes. Los acontecimientos recientes, las tendencias políticas, las condiciones mismas en que ha vivido el mundo durante esta última generación han propendido a crear en cada país un cúmulo de arraigados resentimientos y prejuicios que sólo podrá ser

eliminado mediante el esfuerzo conjunto de gobiernos inspirados en una política de calidad excepcional.

Han sido muchas las personas de gran influencia en nuestro país que han proclamado, sin mayor reflexión, por el solo hecho de que nuestras dos naciones se hayan juntado en la guerra contra el hitlerismo, que hay bases suficientes para asegurar un entendimiento completo y una amistad perdurable en los años venideros. No puede haber nada más esencialmente dañoso. Tales aseveraciones cegarán a la opinión pública ante la triste verdad de que todavía no existe una mutua comprensión; que aun quedan problemas importantes por resolver antes de que pueda alcanzarse ese entendimiento, y que ésta es la tarea más difícil que tiene por delante nuestra política exterior. Si los gobiernos y los pueblos de ambos países no hacen un sincero y decidido esfuerzo para afianzar sus relaciones sobre nuevas bases, careceremos de la piedra angular de cualquier futura organización internacional.

Facilitará el esfuerzo de nuestra parte el que tengamos en cuenta ciertos factores sobresalientes de la historia del pueblo ruso, así como la política de sus gobiernos antes y después de la revolución de 1917. Un hecho debemos recordar, por mucho que lo nieguen los apologistas de la política soviética, y es que, durante los últimos quince años del régimen soviético, la política de Rusia con respecto a las otras naciones de Europa y sus objetivos mundiales se parecen extraordinariamente a la política y a los objetivos de los gobiernos de Rusia durante los últimos dos siglos. No altera la verdad fundamental de esta aseveración el hecho de que el gobierno soviético, principalmente como un arma de defensa, haya tratado a veces de utilizar la Internacional Comunista para provocar la revolución mundial. Era evidente, por lo demás, que ya en los últimos años, antes de la presente guerra, la revolución mundial se veía día a día más lejana y se estaba convirtiendo en un mito cada vez más fantástico y olvidado.

Se suele olvidar en este país que, hasta el año 1861, la gran mayoría del pueblo ruso eran siervos, que hasta esa época

Rusia era un territorio enormemente extenso al cual Pedro el Grande sólo a fines del siglo XVII había puesto por primera vez en contacto con el mundo occidental, y que era regido por los gobiernos más autocráticos de que hay mención en la historia moderna. Las masas del pueblo ruso no eran más que esclavos de una pequeña oligarquía de nobles y de miembros de la alta clase media.

Las marejadas revolucionarias que constantemente inundaron a Europa como consecuencia de la Revolución Francesa de 1789 y que culminaron en el año revolucionario de 1848, casi no se sintieron en la Rusia imperial. La servidumbre de las masas y su total analfabetismo hizo posible que todos los zares de esa época cerraran herméticamente sus puertas contra cualquier doctrina revolucionaria extranjera. Aun las primeras tendencias liberales de Alejandro I se transformaron antes de su muerte en una política tan autocrática, reaccionaria y devastadora como la de su abuela Catalina la Grande o su hermano y sucesor Nicolás I.

Solamente después que Alejandro II emancipó a los siervos en 1861 comenzó a fermentar en Rusia una tremenda fuerza social. A pesar de que afloraron una que otra vez durante los últimos años del siglo XIX, estas fuerzas se desarrollaron principalmente en forma subterránea. El proceso culminó finalmente con la revolución bolchevique de 1917. Cierto es que ya en la primera mitad del siglo XIX unos pocos círculos universitarios recibieron la influencia del pensamiento contemporáneo occidental, y que se considera a Miguel Bakunin como el fundador del anarquismo ruso, pero sólo en la generación que llegó a su madurez con posterioridad a la emancipación de los siervos se desarrolló la escuela de la "intelligentsia" que preparó el camino a la revolución popular de hoy.

Durante todo el siglo XIX cada intento de realizar una transformación gradual del absolutismo a la monarquía constitucional, fué revocado al poco tiempo por un úkase.

Hasta los tibios esfuerzos emprendidos durante el reinado del último zar, Nicolás II, para echar los cimientos rudimentarios de un gobierno constitucional mediante la creación de la Duma, fueron frustrados por los elementos de ciega reacción que rodeaban a ese débil y desdichado monarca.

Lo que hay que tener presente, por lo tanto, es que antes de 1917 el pueblo ruso en general nunca había podido opinar sobre la política de su gobierno. Sólo durante los últimos veinticinco años han llegado a ser las masas la fuerza determinante dentro de Rusia, junto con unos cuantos autócratas que la dirigen. Es fácil afirmar que, como individuos, los rusos no son todavía más que dientes en el engranaje manejado por una dictadura totalmente centralizada; superficialmente, y desde el punto de vista de nuestra tradición occidental, ésta es la verdad; pero desde el punto de vista del pueblo ruso, es una apreciación totalmente errónea. El pueblo ruso tiene hoy la convicción de que su gobierno está consagrado a los intereses populares. Si bien los métodos que permiten conocer las reacciones de la opinión en la Unión Soviética son totalmente diferentes de los que se usan en las democracias occidentales, y particularmente en los Estados Unidos, el gobierno soviético de hoy está guiado por la voluntad popular, de la cual, en último término, depende su existencia. Es indudable que en el futuro inmediato la política exterior del gobierno soviético continuará representando la voluntad de la nación, y en ello reside su derecho de ser reconocido por el pueblo de este país como una fuerza real y permanente.

Varios aspectos de la política exterior de Rusia en los dos últimos siglos, adquieren una extraordinaria significación si se los mira a la luz de los acontecimientos actuales. Fué Pedro el Grande el forjador del primer cambio fundamental en la historia rusa. Al arrebatar a Suecia las provincias bálticas obtuvo para Rusia la "ventana hacia el occidente", la salida vital hacia el Mar Báltico sin la cual difícilmente habría podido llegar a ser una potencia europea. Catalina la Grande y Potemkin arrebataron a Turquía el dominio del Mar Negro, y con ello comenzó la larga lucha con Gran Bretaña por el control de los Dardanelos que, en manos de Rusia, la habrían convertido en una potencia mediterránea. Catalina fué en alto

grado responsable de uno de los más grandes crímenes internacionales de la historia al tramar y realizar con Prusia y Austria casi induciéndolas, las tres usurpaciones sucesivas del territorio de Polonia. Finalmente, después del tercer reparto, en 1795, Polonia dejó de existir; toda su población había pasado al dominio de las tres potencias rapaces. Pablo I, de acuerdo con Napoleón, planeó una invasión de la India por vía terrestre, lo cual dió comienzo a una serie de pesadillas que perturbaron el sueño de todos los primeros ministros ingleses y virreyes de la India durante todo el siglo XIX.

Todos los zares, en los dos siglos comprendidos entre 1689 y 1869, desarrollaron la expansión gradual y continua del pueblo ruso a través de los desiertos de Siberia hacia el océano Pacífico, que tuvo por resultado el firme establecimiento de Rusia como potencia del Pacífico, con completo dominio sobre toda la región situada al norte del río Amur.

Aunque varios gobiernos imperiales habían intervenido repetidas veces, en los primeros años del siglo XIX, en favor de los cristianos esclavos que aún sufrían bajo la dominación turca en las provincias balcánicas, sólo bajo los zares Alejandro II y Alejandro III proclamó Rusia las doctrinas paneslavas como principios fundamentales de su política exterior.

No puede desconocerse la importancia de la política exterior tradicional de Rusia y su influencia sobre la imaginación del pueblo ruso, pues gran parte de la historia europea ha girado alrededor de esa vieja política, que está llamada, a mi juicio, a desempeñar otra vez un papel importante.

Cuando el pueblo ruso se levantó por fin y derrocó el ineptísimo gobierno del último zar en 1917, Rusia no solamente había asimilado ya sus adquisiciones territoriales, sino que había recibido también la firme promesa de los gobiernos aliados de que al término de la guerra se le concedería el ansiado control de los Dardanelos.

Después que el gobierno bolchevique se vió obligado a firmar el tratado de Brest-Litovsk, en marzo de 1918, con una Alemania que parecía victoriosa, Rusia fué despojada de todos los territorios de la Europa central y oriental que había adquirido desde la época de Pedro el Grande. Inmediatamente, Finlandia, por la fuerza de las armas, ganó de Rusia su independencia, sancionada después por el propio gobierno soviético; las provincias bálticas de Letonia y Estonia también consiguieron su libertad, y la última provincia que quedaba, Lituania, fué independizada por el Tratado de Versalles. Así se cerró la salida de Rusia al Báltico que había conquistado Pedro el Grande.

Por el Tratado de Riga, que el gobierno soviético tuvo que concluir en 1921 con Polonia, reconstituída después de la derrota de las tropas rusas a las puertas de Varsovia por los ejércitos polacos ayudados por los franceses, Rusia fué despojada de vastos territorios que, es cierto, habían estado antiguamente bajo la soberanía polaca, pero en muchos de los cuales la población polaca no pasaba del diez por ciento del total. Así perdió gran parte de Ucrania. Ya el Tratado de Versalles había incorporado la provincia de Besarabia a la nueva Rumania.

De este modo, bajo el nuevo gobierno revolucionario, Rusia entró al período de postguerra despojada de enormes territorios en la Europa oriental que consideraba vitales para su seguridad e indispensables para mantener su posición de potencia europea. Al mismo tiempo, sus provincias de Siberia fueron invadidas por el Japón y otras potencias aliadas que prestaban ayuda a la contrarrevolución en la esperanza de que se estableciera en Moscú un gobierno más responsable y más dócil.

En vista de la historia del pueblo ruso y del hecho de que las masas creían que entraban por fin al goce de sus derechos, nada tiene de extraño el que haya prendido tan fácilmente en Rusia la propaganda contra las "rapaces naciones capitalistas del oeste".

Había, por cierto, un camino por el cual se hubiera podido evitar un rompimiento entre la Unión Soviética y las potencias occidentales. Fué el que propuso Woodrow Wilson. Pero las potencias representadas en el Consejo de la Sociedad de las Naciones habrían necesitado mucha visión y un alto espíritu

constructivo para comprender que la Sociedad no podría funcionar con éxito en Europa sin la colaboración de Rusia.

La Europa de postguerra era una comunidad profundamente convulsionada. El mismo pánico que la invadió a fines del siglo XVIII asoló de nuevo al continente en la década de 1920. Los gobiernos y las clases acomodadas veían el espectro del bolchevismo en cada signo de inquietud política o social. No sólo los gobiernos de Inglaterra y Francia, sino también el nuestro, se mantenían firmes en la ilusión de que mediante una inflexible cuarentena podrían evitar que las miasmas de Moscú se extendieran a otros países. Los primeros se negaron tenazmente a considerar la posibilidad de que la Sociedad de las Naciones tuviera trato alguno con el gobierno soviético, excepto en un futuro muy lejano. Debemos admitir, por otra parte, que el anatema de Lenin contra la Sociedad de las Naciones, a la cual llamó instrumento de las potencias capitalistas, no era lo más indicado para cambiar la actitud del Consejo de la Liga.

Cuando se permitió que los delegados soviéticos vinieran a Rapallo en 1922, se les aisló como a leprosos. El tratado que allí firmaron con los alemanes hizo ver a algunos de los dirigentes más perspicaces de las potencias occidentales que el Estado Mayor alemán no estaba, ni con mucho, agonizante, y que se había cedido a Alemania la gran ventaja que tan trágica y ciegamente habían rechazado Gran Bretaña y Francia. Durante todo el período de Stresemann, la política exterior de Alemania usó este entendimiento con Rusia como su mejor carta en todas las negociaciones con las potencias occidentales de Europa, y lo que se consiguió fué que la política rusa, desterrada del occidente democrático, se entregara durante más de una década a sus cavilaciones sobre los deletéreos dogmas de la revolución mundial, en vez de considerar las posibilidades constructivas de cooperación mundial implícitas en la Sociedad de las Naciones.

En todo caso, la preocupación principal de Rusia en esa época eran sus problemas internos. El bolchevismo se fundaba en las doctrinas de Karl Marx, que por primera vez fueron

dadas a conocer en Rusia en 1872, y que eran aplicables, según el concepto de su autor, a naciones de economía principalmente industrial. El nuevo gobierno tuvo que adaptar las teorías marxistas a la economía de un país en el cual la población industrial representaba un porcentaje infinitesimal de la población agrícola. La imposibilidad de aplicar una filosofía marxista pura en tales condiciones y las violentas rivalidades, tanto personales como doctrinarias, que se suscitaban constantemente, preocupaban de preferencia a los líderes revolucionarios. Como una solución práctica de estos problemas iniciales, Lenin asumió una autoridad dictatorial en 1921. Después de su muerte, en 1924, el control supremo pasó a las manos de Stalin, Kamenev y Zinoviev.

Pronto revelaron ser ilusorias todas las esperanzas que Lenin o sus colaboradores más doctrinarios hubieran podido tener de que el comunismo revolucionario iba a extenderse por todo el mundo. En ninguna de las potencias occidentales de Europa, y mucho menos en los Estados Unidos, encontraron apoyo popular las doctrinas de un comunismo mundial. Aun entre los pueblos más agobiados por la miseria y el sufrimiento del centro y del sudeste de Europa, el entusiasmo por el comunismo fué de corta duración.

Rusia se retractó gradualmente de los primeros excesos inspirados por la doctrina trotskista de violencia. La ejecución de los líderes de la Iglesia católica romana y la destitución de Tikhón, el famoso patriarca de la Iglesia ortodoxa, trajeron el convencimiento, según la admisión de los líderes soviéticos mismos, de que no era posible arrancar la religión del corazón ruso.

En el campo de la economía, el empecinamiento del campesino ruso en no producir más de lo que necesitaba para su propio consumo a menos que se le permitiera obtener una ganancia razonable, provocó una serie de hambrunas y de serios desórdenes que obligaron a adoptar bases más racionales para la explotación agrícola colectiva.

Durante la década de 1920 tuvieron un lugar preponderante las divergencias cada vez mayores entre los líderes so-

viéticos, tales como Zinoviev, partidarios de concentrar las energías en los planes para la revolución mundial formulados por el Comintern, y los que seguían a Stalin en su deseo de volver a un camino que permitiera establecer con éxito una forma de socialismo de estado. La larga y acerba controversia terminó solamente con la victoria final de Stalin en 1928, y la expulsión de Trotsky del territorio ruso.

El año de 1929 marca un jalón en la historia moderna de Rusia. Fué el año en que se anunció al pueblo ruso el Plan Quinquenal, cuyo principal objetivo era conseguir que Rusia se bastara a sí misma, tanto desde el punto de vista industrial como militar. Stalin había visto con toda claridad que si el pueblo ruso no podía producir rápidamente los medios necesarios para su propia defensa mediante el desarrollo de su economía interna y de su ejército, el país no podría sobrevivir los peligros que tenía por delante.

En las condiciones que entonces existían, la industrialización rápida de Rusia sólo podía realizarse por medio de préstamos extranjeros. Debido a que el gobierno del Soviet había repudiado las deudas naciones contraídas por los gobiernos anteriores, y a la desconfianza con que el occidente seguía mirando todo lo que se refería a Rusia, era casi imposible conseguir préstamos, salvo a muy corto plazo y a un interés elevadísimo. Era preciso, sin embargo, encontrar una solución, y ésta fué casi exclusivamente la de exportar materias primas, que el país necesitaba angustiosamente, para pagar sus compras en el extranjero.

A fin de satisfacer a los doctrinarios más extremistas, se hicieron nuevos esfuerzos, aun durante este período crítico, para acabar con la educación religiosa y con las escuelas independientes que se negaron a tomar al comunismo como base de su enseñanza. Pero, lo mismo que en los primeros años del período revolucionario, estos esfuerzos resultaron fútiles y fueron poco a poco abandonados.

El éxito del Plan Quinquenal sobrepasó todas las expectativas y fué recibido con incrédula sorpresa en todo el mundo. Las industrias crecían cada año en forma fantástica.

Se levantaban nuevas ciudades en todas las regiones de la Unión Soviética. El plan quinquenal se convirtió en un objeto casi de idolatría para la juventud rusa, que veía en él la primera evidencia concreta de que la revolución del pueblo producía resultados no sólo para beneficio del pueblo, sino también para mayor gloria de Rusia. El plan quinquenal capacitó a Rusia para resistir con éxito doce años más tarde el ataque alemán, y fué principalmente el éxito del experimento lo que permitió a Stalin consolidar su dominio sobre el régimen soviético y triunfar sobre los primeros líderes revolucionarios que trataban de discutir su política.

Cada año señalaba un avance desde las primeras etapas de un comunismo poco práctico e improductivo hacia un socialismo de estado. En 1935, ya existían las bases de un sistema de educación más bien práctica que ideológica; se había reducido enormemente el abrumador porcentaje de analfabetismo; se había vuelto al respeto de los vínculos de la familia, y se aceptaban varias categorías de propiedad personal. En 1936, se proclamó y se aprobó una nueva constitución, que establecía el derecho de propiedad individual (sumamente limitado en la práctica, tanto en la cantidad como en las categorías de bienes poseíbles) y, por lo menos nominalmente, los derechos de sufragio universal, libertad de religión, libertad de prensa, libertad de palabra y de reunión. Aunque es cierto que el ejercicio de estos derechos fué restringido al comienzo, es importante observar que su práctica se ha expandido año a año desde que la constitución fué proclamada, y que el derecho de practicar la religión es hoy mucho más efectivo que teórico.

Desde 1930, los dirigentes del gobierno soviético se han visto obligados por las circunstancias a dedicar cada vez más atención al curso de los acontecimientos en Europa y en el resto del mundo.

La elección del Presidente Roosevelt en 1932 finalizó un capítulo estéril de la política exterior norteamericana. El que nuestro gobierno se hubiera negado durante los doce años anteriores a mantener ninguna relación oficial con el gobierno

de Rusia, daba lugar a graves dudas sobre el realismo de la política seguida por los estadistas que habían dirigido las relaciones exteriores del país.

En los primeros días de la república, los Estados Unidos procedían al reconocimiento de un gobierno extranjero tan pronto como éste parecía haberse establecido en el poder, daba muestras de gozar del apoyo popular y aseguraba el propósito de cumplir con sus compromisos internacionales. Nuestro no reconocimiento del gobierno revolucionario de Rusia se basaba principalmente en la intención manifestada por el gobierno soviético de desconocer la validez de las deudas contraídas por regímenes anteriores, y en la proclamación hecha por la Internacional Comunista, que tenía el apoyo del Estado, de que su objetivo era la revolución mundial.

La negativa de los Estados Unidos a iniciar relaciones oficiales con el gobierno soviético no contribuyó a que éste reconsiderara su posición con respecto a esos dos puntos. En contraste con nuestra política, los gobiernos de Inglaterra y de Francia, movidos por el deseo muy concreto de obtener ventajas comerciales, reanudaron sus relaciones diplomáticas con la Unión Soviética tan pronto como lograron vencer sus temores acerca de la eficacia de la propaganda revolucionaria rusa. Es cierto que después de haberse acusado a Zinoviev de ser el autor de una carta que incitaba a la revolución comunista en Inglaterra, carta que se había convertido en una poderosa arma política contra el gobierno laborista inglés, se interrumpieron las relaciones entre el Reino Unido y la Unión Soviética desde 1927 hasta fines de 1929 y fueron reanudadas solamente con la vuelta al poder del partido laborista; y es igualmente cierto que el gobierno francés expulsó en esa época al Embajador soviético en París haciéndolo responsable por la propaganda revolucionaria en el ejército francés. Pero ambos gobiernos, mucho más afectados que nosotros por las cuestiones de la propaganda revolucionaria y de las deudas rusas, habían tomado lo que al parecer era una actitud mucho más objetiva con respecto al reconocimiento: que los problemas derivados de las relaciones de Rusia con

las otras naciones podrían resolverse con mucho mayor facilidad por medio de un contacto directo que evitando todo contacto.

La experiencia nos muestra ahora que la política de los Estados Unidos no tuvo resultado práctico alguno. El gobierno soviético no mostró el menor propósito de reconsiderar su posición en la cuestión del pago de las deudas, ni disminuyeron las actividades de la Internacional Comunista por la actitud oficial que adoptamos.

En realidad, nuestra política era cada vez más apasionada que objetiva. Muchos de nosotros todavía recuerdan las reacciones casi histéricas del Secretario de Estado Kellogg al oír siquiera el nombre de la Unión Soviética. Tanto él como el Presidente Coolidge estaban tan poseídos de odio al comunismo que todos los otros aspectos del problema quedaron descartados.

Nuestra política equivalía a declarar que para los Estados Unidos no existía el gobierno de una nación de ciento setenta millones de habitantes, que ocupaba la superficie más grande del mundo, y que era de la mayor importancia potencial para el pueblo de nuestro país desde el punto de vista de nuestros legítimos intereses en el Asia y en Europa.

Nuestro pueblo no tomaba en consideración el hecho de que con ninguna otra gran potencia habíamos tenido menos conflictos de intereses que con Rusia, y que en muchos momentos críticos para la historia nacional la política de los gobiernos rusos había sido de gran valor para nosotros.

Por ejemplo, Rusia se negó tenazmente a favorecer o a tener participación en los planes de los gobiernos de Inglaterra y Francia para proponer una mediación europea en la guerra civil norteamericana. Ni el gobierno de Lord Palmerston ni el de Napoleón III se habrían opuesto a una división de la Unión Federal, que habría debilitado definitivamente la capacidad potencial de los Estados Unidos. Sin la negativa de Rusia, la mediación se habría realizado con consecuencias incalculables para el futuro de nuestro país. Esta actitud no se debió, ciertamente, al amor que sentían Alejandro II y sus

consejeros por nuestro pueblo o por sus instituciones, sino a que era conveniente para Rusia preservar el creciente poderío de los Estados Unidos en el mundo como un contrapeso contra Gran Bretaña. Por razones similares, la política rusa ha estado frecuentemente de acuerdo con la nuestra.

Pocas personas recuerdan que en 1780, en el momento más crítico de nuestra guerra de independencia, el gobierno ruso, junto con los de Portugal, Austria y los países escandinavos de Dinamarca y Suecia, formaron una coalición de neutrales armados que se negó a aceptar la supremacía naval inglesa. Esta coalición, inspirada por Rusia, pedía que se permitiera la normal comunicación de los barcos neutrales con los beligerantes, excepto en caso de bloqueo, el cual no debía ser reconocido si no era eficaz; que solamente las armas y municiones fueran considerados como contrabando, y que una bandera neutral fuera protección suficiente para el comercio de los beligerantes, con excepción del contrabando. La insistencia de este grupo de neutrales armados para que se establecieran esas normas fué una valiosa ayuda para la lucha de las colonias americanas.

Había toda clase de razones, tanto prácticas como históricas, para que se buscara en 1933 el restablecimiento de las relaciones entre los dos países. El Presidente Roosevelt, antes de hacerse cargo de su puesto, se propuso remediar la situación existente como uno de los puntos fundamentales de su política exterior. En sus gestiones debía guiarse, naturalmente, por lo que exigían los legítimos intereses de los Estados Unidos, pero también debía tomar en consideración la muralla casi insuperable que el prejuicio público había levantado contra todo lo que tenía alguna relación con la patria del soviet. Bastaba sólo mencionar la posibilidad de establecer relaciones con la Unión Soviética, para que se levantaran clamores de protesta. Se aseguraba que tal decisión abriría las puertas a una avalancha de agentes comunistas.

Se hicieron sondeos preliminares a mediados de 1933 que revelaron la existencia de fundamentos razonables para reanudar las relaciones oficiales entre los dos países, y a fines

de ese mismo año llegó a los Estados Unidos el Comisario de relaciones exteriores del Soviet, Máximo Litvinov. En las conversaciones entre el Presidente y el Comisario ruso se llegó a convenios satisfactorios con respecto al punto que entonces preocupaba más a la opinión pública: la garantía de que no se realizarían actividades subversivas en nuestro país por agentes, sea directos o indirectos, del gobierno soviético. No fué posible, sin embargo, llegar a un acuerdo aceptable sobre el problema de las deudas contraídas por los gobiernos imperiales o por el corto gobierno de Kerensky, y el asunto quedó pendiente para futuras discusiones.

Se establecieron inmediatamente relaciones diplomáticas mediante el nombramiento recíproco de embajadores. Si los dos gobiernos se hubieran preocupado de continuar como comenzaron, habría sido posible llegar más rápidamente a un entendimiento práctico y satisfactorio; pero por desgracia nuestro gobierno encomendó la tarea de velar por las relaciones soviético-norteamericanas, tanto en Wáshington como en Moscú, a personas que, en general, demostraron no tener simpatía ni capacidad para la tarea de reforzar los vínculos entre las dos naciones. Es preciso reconocer también con toda franqueza que las continuas actividades subversivas de la Internacional Comunista en otras partes del hemisferio occidental, especialmente en Méjico, Uruguay y el Brasil, no contribuyeron a fomentar relaciones más amistosas.

La verdad es que las relaciones diplomáticas entre los dos países existieron puramente en el nombre y permanecieron casi completamente estáticas hasta que Joseph E. Davis fué enviado como Embajador a Moscú por el Presidente Roosevelt en los primeros días de 1937. No sé si el pueblo de este país aprecia ya en todo su valor la importancia concreta del trabajo que realizó el Embajador Davis durante su misión, relativamente corta, en la Unión Soviética. Sin ninguna simpatía ideológica por el comunismo y ciertamente no seducido por algunos de los aspectos de la política del gobierno soviético, emprendió su tarea con un criterio amplio, un punto de vista enteramente objetivo y un

enorme caudal de experiencia política y práctica. Lo guiaba, sobre todo, la profunda convicción de que, ante la situación internacional cada vez más amenazadora, era preciso encontrar un medio de allanar todos los obstáculos innecesarios que se oponían a un entendimiento más estrecho entre las dos naciones. Él mismo ha escrito sobre su misión. Pero la magnitud de sus resultados sólo puede apreciarse adecuadamente ahora, a la luz de los acontecimientos de estos años de guerra. Si no se hubieran echado esos cimientos, los esfuerzos que ambos gobiernos hicieron en 1941 para encontrar una base común de acuerdo, habrían sido mucho más difíciles.

Fué en los años anteriores a Munich cuando Máximo Litvinov tuvo ocasión por fin de revelar la calidad de su extraordinario talento; era la época en que Rusia, ya estabilizada su situación interna, trató de cooperar activamente en los asuntos de Europa, y cuando Gran Bretaña y Francia, no todavía sin vacilaciones, recién empezaban a aceptar su cooperación. En 1934, Rusia se hizo miembro de la Sociedad de las Naciones, e inmediatamente, gracias a la energía y a la inspiración de Litvinov, comenzó a ser un factor primordial en los asuntos de Ginebra.

Fueron años de dificultades cada vez mayores para la Unión Soviética. Los peligros de la situación mundial estaban siempre presentes ante la visión realista de Stalin y de Litvinov. En el Lejano Oriente, el Japón amenazaba, con la invasión de Manchuria, los intereses vitales de Rusia en la región de Siberia. La consolidación del dominio japonés en el norte de China y en la Mongolia interior obligó al gobierno soviético a ceder sus intereses en el ferrocarril oriental chino. Aunque Rusia asumió la protección de la Mongolia exterior y del Turquestán chino, tuvo que retroceder hasta la línea del río Amur empujado por los progresos de la invasión japonesa. Pero esta retirada táctica no evitó los continuos encuentros fronterizos con los militaristas japoneses, que en cualquier momento habrían podido convertirse en una conflagración mayor.

En Europa, primero el crecimiento del fascismo en Italia y luego el peligro mucho más serio del hitlerismo en Alemania amenazaban a las claras la existencia del estado soviético. No se necesitaba la firma del Pacto Anticomitern entre Alemania y el Japón para demostrar a los líderes rusos que el Estado Mayor alemán planeaba el desmembramiento de Rusia por medio de ataques simultáneos de Alemania por un lado y del Japón por el otro. La eterna ambición del ejército alemán de robar a Rusia el territorio de Ucrania, era ahora mucho más urgente, aunque parte de ese territorio pertenecía a la nueva Polonia.

Para prevenir esos peligros el gobierno soviético se esforzó por consolidar el poder de la Sociedad de las Naciones y por obtener cierto grado de seguridad mediante la negociación de convenios especiales con Francia y con otras potencias, aliadas directas de Francia. El protocolo de Asistencia Mutua, firmado por Francia y Rusia en 1934, fué suplementado por un nuevo pacto en el mes de mayo de 1935, y por un pacto soviético-checoslovaco que se firmó el 16 de mayo del mismo año.

La posibilidad de que el gobierno soviético terminara su tarea de reconstrucción interna a fin de estar preparado para defenderse contra una guerra que parecía inevitable tanto en el oriente como en el occidente, dependía de que pudiera ganar tiempo y lograr que las democracias occidentales se convencieran de que ellas también estaban en peligro.

Litvinov se convirtió en el más destacado profeta de los principios fundamentales contenidos en el Pacto de la Sociedad de las Naciones. Ningún estadista europeo responsable de la pasada década vió con más claridad lo que se avecinaba ni habló más sinceramente. Por desgracia, fué un profeta predicando en el desierto. Su insistencia de que la paz es indivisible cayó en oídos sordos. No se consideraron sus peticiones de que las potencias occidentales se pusieran de acuerdo con la Unión Soviética para reconocer el peligro inherente en el rearme alemán. Con la experiencia de lo que ha ocurrido, debemos reconocer que ningún estadista de

esos años, exceptuando a Winston Churchill, estuvo más en lo cierto ni fué más clarividente que Litvinov.

La dificultad principal era, naturalmente, que en Gran Bretaña Mr. Baldwin seguía insistiendo en que no había peligro de una nueva agresión alemana y de que tal peligro podía crearse solamente con el rearme de Inglaterra. En Francia el proceso de degeneración se acercaba ya a su desenlace trágico. La obra de los agentes del Estado Mayor alemán estaba produciendo sus frutos. Y en cuanto a los Estados Unidos, las doctrinas de aislamiento eran las que tenían mayor influencia; la sola idea de que la marejada, que ya empezaban a formar las primeras maniobras de Hitler para crear la Gran Alemania, pudiera alguna vez reventar en las playas de los Estados Unidos, era considerada en muchos sectores como un absurdo.

En esos años, los grandes grupos financieros y comerciales de las democracias occidentales, incluso muchos de los Estados Unidos, creían firmemente que una guerra entre la Unión Soviética y Alemania hitlerista no podía ser desfavorable para sus propios intereses. Sostenían que Rusia sería necesariamente derrotada, con lo cual desaparecería el comunismo, y que Alemania quedaría tan debilitada a consecuencias del conflicto que pasarían muchos años antes de que pudiera constituir una amenaza para el resto del mundo.

Esta extraordinaria falta de realismo de los que se complacen en ser llamados realistas produjo un daño incalculable en sus efectos sobre la actitud del pueblo ruso y la política del gobierno soviético. A fines de 1938, Rusia había llegado a la conclusión de que no podía esperar ninguna ayuda sincera de las potencias occidentales, y de que la ayuda armada que pudieran proporcionarle, suponiendo que realmente se la dieran, sería de muy poca importancia.

En política interna, ya Stalin había puesto la casa en orden. Las célebres y tan discutidas "purgas" habían eliminado de los más altos cargos en la Unión Soviética, y principalmente en el ejército rojo, a los que estaban en connivencia con el Estado Mayor alemán. Y desde el punto de

vista de la política exterior, se decidió a hacer una transformación radical. Las ideas del gobierno soviético en 1938 están concisamente expuestas en un informe del Embajador Davis enviado en esa época al gobierno de Wáshington:

> "La posición de Litvinov y la actitud de este país se inspiran en la definitiva creencia de que se está imponiendo sobre Europa una paz fascista; que Europa acabará por fascistizarse completamente, a excepción de Inglaterra y de la Unión Soviética; que a última hora Italia abandonará a Alemania, como lo hizo en la primera guerra; que la Rusia soviética no puede contar con ninguna ayuda extranjera y que, en realidad, se basta y debe bastarse a sí misma con entera independencia; que no se puede confiar en Francia; que no hay esperanza de mantener la ley y el orden entre los pueblos sobre la base de la moral internacional mientras los elementos reaccionarios que están en el poder en Inglaterra no sean derrocados; y que no se ve ninguna posibilidad de que esto ocurra pronto."

Los convenios de Munich confirmaron la convicción del gobierno soviético de que las potencias occidentales se esforzaban por evitar el golpe alemán en el oeste desviándolo hacia el este.

Por intermedio de una declaración oficial del partido comunista, el gobierno soviético declaró, a comienzos de 1939: "Solamente confiando en sus propias fuerzas podrá resistir los ataques de cualquier coalición y destruir al enemigo en su propio territorio."

En marzo de 1939, en un discurso pronunciado ante el Congreso del partido, Stalin aprovechó la oportunidad para advertir por última vez a las potencias occidentales que el apaciguamiento constante de Hitler y del gobierno fascista de Italia conduciría a la ruina. Y agregó con típica crudeza que Rusia no estaba dispuesta en ninguna circunstancia a sacar

las castañas del fuego para las potencias occidentales. Ésa fué su última advertencia. A principios de mayo, Molotov reemplazó a Litvinov como Comisario de relaciones exteriores y comenzaron a hacerse las primeras gestiones para encontrar las bases de la insegura tregua entre Hitler y la Unión Soviética.

El reemplazo de Máximo Litvinov era inevitable en tales condiciones. En los consejos de Europa había adquirido Litvinov un prestigio sobresaliente. Se le respetaba por su profunda, aunque a menudo cruda sinceridad; había visto claramente la situación y había dicho la verdad. Pero el principio que sostuvo más firmemente, de que "la paz es indivisible", que defendió tantas veces con su voz ronca y gutural ante los oídos sordos de Ginebra, lo había identificado con la política de cooperación internacional que representaba la Sociedad de las Naciones y que ésta, no por culpa de Litvinov, había sido incapaz de realizar.

Es interesante recordar una maniobra semejante de la política internacional rusa hace ciento treinta y dos años. En las primeras guerras napoleónicas, Rusia se había puesto firmemente al lado de Inglaterra y sus aliados en sus esfuerzos para impedir que Napoleón dominara a Europa. Casi todo el peso de la campaña militar cayó sobre los ejércitos rusos, y Alejandro I, desalentado por la impotencia y la falsía de muchos de sus aliados, reconoció que no podría continuar por más tiempo una ducha tan desigual. Después de firmar con Napoleón el tratado de Tilsit en 1807, por el cual Rusia abandonó a Inglaterra, Prusia y Suecia, el zar Alejandro dijo a un amigo suyo: "Por lo menos ganaré tiempo." Durante cinco años el gobierno ruso se mantuvo neutral, pero cuando, en 1812, volvió a la lucha contra Napoleón, su participación fué decisiva.

A mediados de 1939 el gobierno soviético estaba convencido de que sus posibles aliados eran incapaces y débiles y temía, además, que si estallaba la guerra procurarían asignar al pueblo ruso la tarea más pesada.

Las negociaciones iniciadas a comienzos de 1939 entre los

gobiernos de Inglaterra y Francia y la Unión Soviética con el objeto de convenir una acción conjunta en el caso de un ataque de Alemania contra cualquier país de Europa, son una historia lamentable. Las negociaciones duraron cuatro meses, y fracasaron ostensiblemente porque las democracias occidentales no podían permitir que Rusia menoscabara la integridad de las pequeñas naciones de la Europa Oriental, pero en realidad porque el gobierno soviético no estaba dispuesto a dejarse engañar, y se dió cuenta de que él también sabía jugar el mismo juego. Sospechaba que las potencias occidentales estaban haciendo todo lo posible para lanzar a Hitler contra el este, y prefirió lanzarlo contra el oeste. El largo aislamiento de Rusia, su ausencia de la Sociedad de las Naciones excepto en los últimos cinco años, la hostilidad con que el gobierno soviético había sido tratado en el occidente, todo se había combinado para crear tanta sospecha y desconfianza por ambas partes que un verdadero entendimiento era imposible. Nunca han cometido error más grande ni la Unión Soviética ni las democracias occidentales.

Mientras duraron las discusiones con los delegados ingleses y franceses, el gobierno soviético negociaba secretamente con Alemania. El desenlace ocurrió cuando los representantes de Gran Bretaña y Francia estaban todavía en Moscú. El 23 de agosto se proclamó al mundo el pacto entre Alemania y la Unión Soviética. Nueve días más tarde Hitler lanzó su ataque contra Polonia.

El pacto alarmó profundamente en nuestro país a todos los que pensaban que su consecuencia sería la derrota de Gran Bretaña y Francia. Desde un punto de vista práctico es importante observar, sin embargo, que capacitó a la Unión Soviética para conseguir ventajas que resultaron inestimables cuando, dos años más tarde, se produjo la anunciada agresión alemana, y que la diplomacia soviética engañó constantemente a Hitler y a su egregio Ministro de Relaciones Exteriores von Ribbentrop. Aunque los pactos secretos concluídos con Alemania en el mes de agosto y durante la segunda visita de Ribbentrop a Moscú en el siguiente mes de septiembre asegu-

raron temporalmente a Hitler en su frontera oriental, significaron algunas vitales ventajas para Rusia. Ocupó los países bálticos, la Polonia oriental y Besarabia. Y con la aquiescencia de Alemania, las tropas soviéticas invadieron Finlandia el 30 de noviembre. Por las cláusulas del armisticio firmado con este país en marzo de 1940, la Unión Soviética obtuvo el control militar de un territorio estratégico que había de permitirle impedir más tarde la ocupación de Leningrado por los alemanes.

Empleando exactamente los mismos métodos, Stalin derrotó de nuevo a Hitler en abril de 1941, al firmar un pacto de neutralidad con el canciller japonés Matsuoka. Este convenio desbarató las esperanzas del Estado Mayor alemán de que el Japón atacara a la Unión Soviética cuando Hitler decidiera que había llegado el momento de hacerlo.

Ante esta notable demostración de la absurda política japonesa, no me sorprendió en absoluto que Stalin fuera personalmente a la estación del ferrocarril en Moscú a despedir a su huésped oficial japonés, y que manifestara una cordialidad mucho mayor de la que generalmente se le atribuye. La diplomacia soviética había triunfado por completo sobre los dos aliados del Pacto Anticomitern. Aunque indudablemente la firma japonesa en el pacto de neutralidad no valía el papel en que estaba escrita, era evidente que el Japón no estaba dispuesto a seguir dócilmente a su socio alemán.

Lo que me pareció extraño fué que el Pacto de Neutralidad hubiera sido firmado en esa época, cuando, como ya lo sabía el Departamento de Estado y yo lo había advertido al embajador soviético en enero de ese año, el Estado Mayor alemán tenía ya terminados sus planes para atacar a Rusia en el verano siguiente.

La historia demostrará, a mi parecer, que los errores fatales de Hitler fueron el no haberse decidido a atacar a Inglaterra después de la caída de Francia en junio de 1940, el no haber concluído un tratado más sólido con el Japón, y su decisión de atacar a Rusia el 22 de junio del año siguiente a pesar de que no tenía el apoyo japonés. Según parece, la estrategia del

ataque a Rusia nació de la idea errónea que se tenía en esa época, tanto en Wáshington y en Londres como en Berlín, sobre el poderío soviético; y el que haya sido posible subestimar la eficiencia militar de Rusia, su espíritu de lucha y, sobre todo, su sorprendente capacidad para transportar su maquinaria industrial desde las ciudades amenazadas a puntos situados detrás de las líneas de batalla y para no sólo continuar sino expandir también su producción militar, se debió, a su vez, a las precauciones que había tomado el gobierno soviético para impedir que los servicios de espionaje de Alemania tuvieran ninguna información sobre el estado de su preparación militar.

Ya no es un secreto que aun las más altas autoridades militares de nuestro país y de Inglaterra no creían, a mediados de 1941, que Rusia pudiera resistir mucho tiempo el ataque alemán. No les cabía la menor duda de que la inferioridad del equipo militar y lo que ellos llamaban la falta de verdadera disciplina del ejército rojo, causarían en pocos meses la derrota de Rusia. No habían querido creer los repetidos informes del General Philip Faymonville sobre la excelente moral del pueblo soviético y la eficiencia de su equipo mecanizado y de su aviación. Agregado militar en Moscú durante muchos años, el General Faymonville era, de todos nuestros observadores de esa época, el más calificado para hablar, pues tenía para el pueblo ruso una actitud de simpatía y comprensión de la cual muchos de sus colegas, hipnotizados por la creencia en la invencibilidad nazi, carecían por completo. Felizmente, como Hitler ha podido comprobarlo a sus expensas, se realizaron las predicciones del General Faymonville y no las de la mayoría de las altas autoridades militares de las potencias occidentales.

La lucha victoriosa de la Unión Soviética en los dos últimos años, es una hazaña que jamás ha sido sobrepasada por ninguna otra nación. Habría sido imposible sin los esfuerzos de un pueblo unido y desinteresadamente patriótico. Maurice Paléologue, el embajador francés en Rusia durante la primera guerra mudial, dijo con toda verdad del pueblo ruso: "Es capaz de los impulsos más espléndidos y de los más heroicos

sacrificios, y toda su historia demuestra que jamás dejó de responder cuando se sentía realmente llamado." Estas palabras no han recibido nunca más plena confirmación que en la guerra actual, porque en esta guerra más que en cualquiera otra época de su historia, es el pueblo de Rusia el que ha respondido.

Cuando los Estados Unidos se vieron arrastrados a la guerra, seis meses después del ataque alemán contra la Unión Soviética, nuestro gobierno hizo inmediatamente todas las gestiones posibles para establecer relaciones más estrechas entre Moscú y Wáshington, tanto políticas como militares.

Después de un retardo inicial, debido principalmente a que Rusia no estaba familiarizada con la forma de operar del gobierno norteamericano, se hizo un arreglo cada vez más eficiente para suministrar el equipo y las materias primas que necesitaban con tanta urgencia las autoridades soviéticas. Pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que fuera posible conseguir un mínimum de intercambio de informaciones militares. Desde el punto de vista político, hasta hace poco tiempo —sólo en las conferencias de Moscú y de Teherán, en octubre y noviembre de 1943— no se presentó ninguna oportunidad satisfactoria para discutir y aclarar en común los objetivos de la guerra y de la paz que persiguen ambos países.

En el momento en que escribo estas líneas, han surgido de pronto claras muestras de un lamentable desacuerdo entre el Imperio Británico y los Estados Unidos y la Unión Soviética sobre la solución de varios problemas políticos fundamentales; digo fundamentales, pues no sólo afectan directamente los intereses vitales de Rusia, sino también la posibilidad de que las Naciones Unidas creen una organización internacional permanente y eficaz cuando se gane la guerra.

Como lo he hecho notar en páginas anteriores, no existe una base tradicional o material para el antagonismo entre el pueblo ruso y el pueblo de los Estados Unidos. Y aunque sólo se ha hecho una tentativa inicial, los Estados Unidos son la única gran potencia con la cual Rusia podría establecer más fácilmente una amistad duradera. Pero se ha avanzado muy

poco todavía en esa dirección. Debió haberse hecho el esfuerzo en la luna de miel de nuestra alianza en la guerra, y antes de que ninguna de las grandes potencias hubiera tomado posiciones definidas e intransigentes sobre problemas políticos importantes. El recuerdo de la política occidental durante los últimos veinte años y la necesaria, aunque sistemáticamente inculcada cautela con que las autoridades soviéticas civiles y militares permiten a los gobiernos extranjeros obtener informaciones exactas y detalladas sobre los asuntos internos y militares de Rusia, han creado en el pueblo ruso gran desconfianza con respecto a las potencias occidentales, sin excluir a los Estados Unidos.

La importantísima ayuda militar de los Estados Unidos al gobierno soviético ha contribuído en parte a mejorar esta situación tan perjudicial, y en parte también la reiterada insistencia del Presidente Roosevelt de que, en beneficio de ambos países y del resto del mundo, se estableciera una relación personal entre él y el Mariscal Stalin.

Su insistencia fué recompensada en la Conferencia de Moscú y en la conferencia que se realizó un mes después en Teherán, cuando el Mariscal Stalin y el Presidente se encontraron por fin frente a frente. La Declaración de las Cuatro Potencias fué la primera etapa en el camino hacia el establecimiento de una organización internacional viable cuando se declare la paz, ya que las cuatro potencias se comprometieron a seguir cooperando no sólo hasta dar término a la guerra, sino también después.

Los resultados que se publicaron de la conferencia de El Cairo, ciertamente no sin la anuencia del gobierno soviético, proclamaron los objetivos de las Naciones Unidas en el Lejano Oriente después de la guerra. La Declaración de Teherán fué una alentadora muestra de que el gobierno del Soviet tiene el propósito de robustecer la independencia del Irán en los próximos años y parece muy sincero su deseo de colaborar con sus aliados en la reconstrucción de la postguerra. Desgraciadamente, pocas semanas después de estas declaraciones aparecieron señales de peligro: el gobierno soviético se oponía tenaz-

mente a toda intervención de las potencias occidentales en las relaciones de Rusia con los pueblos de la Europa oriental.

Si el gobierno de los Estados Unidos hubiera resuelto en los primeros días de 1943 que la premura del tiempo exigía establecer sin dilación, por lo menos en forma rudimentaria, un consejo ejecutivo de las Naciones Unidas, con toda probabilidad se habrían podido evitar muchos de los problemas que hoy parecen tan graves. Un consejo ejecutivo compuesto por representantes de las cuatro grandes potencias y de las potencias más pequeñas, habría preparado el camino para una organización más amplia en el futuro, y, en el entretanto, habría planteado y resuelto, por lo menos en principio, los problemas políticos a medida que se hubieran ido presentando. Fué, por ejemplo, una decisión muy poco prudente la de posponer los esfuerzos necesarios para resolver la delicada cuestión de las fronteras de Polonia hasta que ya los ejércitos triunfantes de Rusia hubieran ocupado los territorios en cuestión, o la de postergar la creación de un organismo internacional, que habría simplificado la solución de esos problemas, hasta que los gobiernos interesados tomaran posiciones susceptibles de complicar en alto grado una solución de conjunto.

El gobierno soviético ha renunciado en los últimos años a muchas de las formas más radicales de organización política cuya ineficacia quedó demostrada por el tiempo y la experiencia. Esto se ha podido observar especialmente en el ejército, con la adopción reciente de los métodos de organización y disciplina consagrados como los más eficientes por el arte militar durante siglos. Han sido restablecidos hasta los títulos tradicionales. Como consecuencia del éxito de su campaña contra Alemania, el ejército ruso ha adquirido una posición mucho más importante en el estado soviético; bastaría para confirmarlo el hecho de que Stalin haya asumido el título de Mariscal hace pocos meses. Por lo tanto, cualquier conjetura sobre la política internacional de la Unión Soviética en los próximos años debe tomar en cuenta las opiniones y ambiciones de los jefes militares rusos.

¿Qué quiere Rusia? De la respuesta que se dé a esta pregunta depende la posibilidad de que las Naciones Unidas puedan conservar la paz en el mundo e iniciar con éxito la tarea de la reconstrucción; y de que esta posibilidad fracase o triunfe dependerá la respuesta a la pregunta que incluye a todas las demás: ¿Se vislumbra una tercera guerra mundial?

No querría abusar del paralelo entre la política rusa de los últimos ciento cincuenta años y la política que pueda seguir el gobierno soviético en los años futuros; pero creo que sería una imperdonable falta de realismo suponer que, porque el gobierno soviético en 1918 y 1919 protestó contra las indemnizaciones y anexiones, mantendrá literalmente ahora su posición de entonces. A lo que parece, el gobierno soviético está volviendo al concepto de los intereses mundiales de Rusia que defendieron sus gobiernos antes de 1918 y de 1919. Al explorar el futuro conviene tener presente los objetivos históricos de Rusia.

Me parece que en el Pacífico, una vez que el gobierno soviético termine la guerra, tratará primero, sea entrando a la guerra contra el Japón o cooperando a su derrota por las otras tres grandes potencias, de reducirlo a una posición en la que deje de constituir una amenaza para la supremacía rusa. Los Estados Unidos, Gran Bretaña y China han declarado que se obligará al Japón a abandonar definitiva y totalmente el Asia continental, en cuyo caso lo lógico será que la Unión Soviética exija el restablecimiento de la posición que Rusia ocupaba en el noreste de Asia antes de 1906, es decir, que se le dé soberanía sobre todo el territorio de Sakhalín, que se confirme su actual posición en Sinkiang y en la Mongolia Exterior, y que se respeten ampliamente sus intereses comerciales y financieros en la Mongolia Interior. También parece no solamente lógico, sino también muy conveniente, que se asegure al gobierno soviético la situación a que tiene derecho en el consejo internacional que se establezca para el pueblo de Corea. Por último, deben ser plenamente protegidos sus legítimos intereses en las pesquerías del noroeste del Pacífico.

Espero también que en la futura organización mundial la Unión Soviética quiera compartir con los Estados Unidos, el

Canadá y la China, la responsabilidad de resguardar la paz en las regiones del norte del Pacífico.

En el Cercano Oriente, la Declaración de Teherán en lo relativo al Irán parece prueba convincente de que la Unión Soviética sólo busca la misma protección de que gozan las otras potencias para su legítimo comercio en las regiones del norte del Golfo Pérsico. Más difícil es predecir la política de Rusia en la Europa oriental y en los Balcanes. A fines de 1916, los gobiernos de Inglaterra y Francia informaron oficialmente al gobierno imperial ruso que la cuestión de los Estrechos y de Constantinopla sería solucionada en la forma que tanto tiempo había deseado Rusia. Esta garantía se dió a raíz de la participación de Turquía en la primera guerra mundial contra las potencias aliadas y fué anulada más tarde como resultado de la revolución rusa de 1917. Al mismo tiempo, el gobierno imperial ruso exigió una parte de la Prusia oriental y una frontera occidental en los Cárpatos, lo cual hubiera puesto a Galicia y la mayor parte de Bucovina bajo la soberanía rusa. Los cambios que aparentemente deseaba producir en los Balcanes le habrían asegurado una "esfera de influencia" política sin ninguna adquisición de territorio en esa región.

A juzgar por los indicios actuales, no son otras las ambiciones del gobierno soviético. Rehusa toda discusión sobre la incorporación a la Unión Soviética de las tres repúblicas bálticas, que fueron parte del territorio ruso hasta el fin de la primera guerra mundial, y en cuanto a Polonia, ha declarado inequívocamente, tanto en público como en privado, que aunque desea la reconstitución de Polonia como un estado fuerte e independiente, insistirá en que su frontera oriental siga más o menos el trazado de la llamada Línea Curzon de 1919.

La posición del gobierno del Soviet a este respecto es muy semejante a la que adoptó el efímero gobierno de Kerensky en 1917, que también proclamó la independencia de Polonia y anunció que "la creación de un estado polaco independiente que abarque todos los territorios habitados por una mayoría de polacos [era] una garantía segura de paz para la nueva

Europa del porvenir". La Línea Curzon, que fué determinada en la Conferencia de Paz de Versalles, causó desde un comienzo las protestas del nuevo estado polaco, el cual insistía en que debían restablecerse las fronteras existentes antes de la primera división de Polonia en 1772. Cuando en 1920 los gobiernos aliados se negaron a cambiar su decisión de que la nueva república de Polonia comprendería solamente los territorios cuya población fuera indiscutiblemente polaca, el Mariscal Pilsudsky trató de satisfacer las aspiraciones de su país por medio de las armas. Después de algunos triunfos iniciales, a los que siguieron serios reveses, los ejércitos polacos consiguieron finalmente, con la ayuda de Francia, que Rusia capitulara a fines de 1920; en marzo de 1921 se firmó la paz de Riga entre los gobiernos polaco y soviético, por la cual quedaron dentro de las fronteras de Polonia regiones en las cuales la población de rusos, rusos blancos y ucranios era muchas veces superior a la población estrictamente polaca.

No hay nada sacrosanto con respecto a la frontera oriental de Polonia que estableció la Paz de Riga. La Línea Curzon establecería límites mucho más de acuerdo con el principio de libre determinación y, por lo tanto, mucho más susceptibles de asegurar la estabilidad de esa zarandeada región de la Europa oriental.

La magnífica fe y el patriotismo del pueblo polaco despiertan la admiración de cualquier observador imparcial. Estas cualidades han sobrevivido a un siglo de extinción nacional y todos los intentos de las fuerzas más brutales y reaccionarias de Europa para sofocarlos. Difícil sería, sin embargo, que el pueblo polaco pudiera sostener hoy que las naciones del mundo deben considerar como sagradas sus fronteras de 1772, que habían sido, a su vez, establecidas por el flujo y reflujo de las conquistas. Aun suponiendo que el gobierno soviético aceptara las fronteras que fijaba el Tratado de Riga, éstas pondrían bajo la soberanía polaca a poblaciones que hoy se muestran violentamente hostiles a tal arreglo.

El mantenimiento de las fronteras occidentales de Polonia que existían en 1939, ofrece todavía mayores peligros para la

paz de Europa. El arreglo por el cual se le dió su única salida al mar a través del corredor que separaba a la Prusia oriental del resto de Alemania, prometió desde el primer momento que iba a ser origen de un sinnúmero de dificultades.

Será necesaria una operación quirúrgica para crear fronteras que aseguren la futura existencia de esa Polonia "fuerte" que desean tanto el gobierno soviético como el nuestro. Será preciso eliminar el Corredor Polaco, realizar en forma ordenada y humana, de acuerdo con reglamentos internacionales, el traslado de las poblaciones alemanas de la Prusia oriental y su reemplazo por ciudadanos polacos, y llegar a un arreglo con Rusia sobre la frontera oriental de Polonia en tal forma que queden dentro de la Polonia oriental solamente aquellas regiones en las cuales la mayoría de la población es polaca. Los verdaderos amigos de Polonia ven con simpatía una solución que, fijando permanentemente sus fronteras, brinde por fin a un pueblo polaco homogéneo la oportunidad de desarrollar pacíficamente sus recursos naturales.

El gobierno soviético ha anunciado repetidas veces, y esto lo ha confirmado últimamente el Presidente Benes de Checoslovaquia, que Rusia desea la independencia de Finlandia, Austria, Hungría, Rumania y las demás naciones balcánicas. En lo que se refiere a sus fronteras con Finlandia, Rusia indudablemente exigirá como un mínimum la confirmación de las fronteras establecidas por el armisticio de 1940, como una medida de seguridad a la que no puede renunciar. La lamentable negativa del gobierno de Finlandia de firmar la paz con el gobierno soviético cuando tuvo la oportunidad de hacerlo, en abril de 1944, puede traer después como resultado condiciones mucho más gravosas. En el sur, el gobierno soviético recobrará con toda justicia la provincia de Besarabia, que le fué arrebatada en 1919.

Los principios eslavófilos de los gobiernos imperiales de Rusia en la primera década del siglo xx no han sido abandonados. Cuando termine la guerra actual, Rusia indudablemente procurará que las naciones balcánicas elijan gobiernos cuya política esté en armonía con la suya.

En cuanto a los Dardanelos, que ha sido por tantas generaciones un factor dominante en la política exterior de Rusia, el desarrollo de la aviación ha reducido en forma considerable su valor estratégico desde el punto de vista de la seguridad rusa. No hay motivo por el cual la continuación del convenio de Montreux, que definía la condición legal de los Estrechos antes de 1939, no siga siendo satisfactoria. Solamente en el caso de no existir una organización mundial en la que participe la Unión Soviética, o de que la política de Turquía constituyera una amenaza para los intereses vitales de Rusia, podría nuevamente suscitar dificultades la histórica cuestión de los Estrechos.

El gobierno soviético tiene pleno derecho de promover un sistema regional de la Europa oriental, formado por gobiernos independientes, amigos y dispuestos a cooperar, en los países adyacentes a Rusia, así como los Estados Unidos han promovido justificadamente un sistema interamericano de veintiuna repúblicas soberanas en el hemisferio occidental. Hasta no tener evidencia en contrario, sólo cabe presumir que la reciente modificación constitucional de la Unión Soviétiva por la cual se estableció un sistema federal de dieciséis repúblicas soviéticas nominalmente autónomas, es el primer paso en ese sentido, motivado por la creencia del gobierno soviético de que en esa forma se facilitará la conclusión de acuerdos regionales.

Si la Unión Soviética trata de usar este sistema regional con el fin de imponer una serie de protectorados como un paso preliminar para su incorporación a Rusia, las demás naciones del mundo no podrán dejar de interpretar ese hecho como signo inequívoco de la adopción por el gobierno soviético de una política de expansión, sea por medio de la fuerza militar o por medio de la dominación de los asuntos internos de esos Estados independientes. Si tal sistema se funda, por el contrario, sobre los mismos principios generales del sistema interamericano, que garantizan la independencia soberana de cada nación, se convertirá en una de las bases de una organización mundial estable.

La política internacional de nuestro gobierno debería apoyar los siguientes principios:

El gobierno soviético tiene derecho a fijar sus fronteras teniendo en vista su seguridad esencial y de acuerdo con el derecho de libre determinación de los pueblos que habitan las regiones afectadas. Es posible que los países bálticos deseen formar parte de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, pero es preciso admitir, sin embargo, que la manera en que el gobierno soviético realizó los plebiscitos de 1939, dió poca o ninguna garantía, ni siquiera a los que simpatizaban con el pueblo ruso, de que éstos hubieran sido algo más que una mascarada para disimular la ocupación militar. A fin de evitar todo justo motivo de crítica, y para mayor seguridad de que los futuros ciudadanos soviéticos que sean incorporados dentro de sus fronteras lo sean más bien por su voluntad que contra su voluntad, el gobierno de Rusia haría bien en permitir plebiscitos abiertos cada vez que no esté perfectamente en claro el deseo de la mayoría, y en autorizar a todos los individuos que no deseen ser ciudadanos soviéticos para que abandonen libremente el país con sus posesiones y después de haber recibido una justa compensación por los bienes raíces que se vean obligados a dejar.

Nuestro segundo principio sería que el gobierno soviético tiene derecho a dar los pasos necesarios para crear un sistema de la Europa oriental o, si se crea un sistema regional para toda Europa, a negociar pactos semejantes al que recientemente firmó con Checoslovaquia, que garanticen la cooperación estrecha entre Rusia y las naciones vecinas. El gobierno de los Estados Unidos tendría derecho a objetar, a mi juicio, sólo si el gobierno soviético quisiera intervenir directamente en los asuntos internos de esas naciones, pues en ese caso se destruiría la base misma de cualquier organización internacional, y las demás naciones se verían obligadas a tomar medidas en resguardo de su propia seguridad.

Pero si Rusia procede, como creo que lo hará, en el supuesto de que su prosperidad y su seguridad pueden ser garantizadas solamente por medio de una organización internacional

capaz de mantener la paz mundial, los Estados Unidos tendrían a su disposición innumerables medios para ayudar al pueblo ruso en su tarea de reconstrucción e industrialización. Inmediatamente después que termine la guerra, Rusia tendrá gran necesidad de créditos, técnicos, maquinarias y equipos de todas clases, y las oportunidades comerciales que esta situación ofrecerá a la iniciativa y a la exportación norteamericanas son casi ilimitadas. Del comercio de intercambio depende en gran parte la formación de estrechas y firmes relaciones entre los dos países, que desarrollarán en proporciones incalculables el bienestar político y material de ambos.

Maurice Paléologue escribió, siendo todavía embajador de Francia en Rusia: "La nación rusa es tan heterogénea en su composición étnica y moral, está formada por elementos tan incongruentes y anacrónicos, se ha desarrollado siempre tan a despecho de la lógica a través de tantos choques, conmociones e inconsecuencias, que su evolución histórica desafía a cualquier profeta".

Estas palabras fueron escritas cuando el pueblo ruso no manejaba sus propios destinos; ahora los tiene en sus manos. Muchos ejemplos de la política rusa que nos parecen inexplicables, a menudo ilógicos y hasta brutales a veces, se deben, sin embargo, a los factores descritos por Paléologue. Porque el pueblo ruso está todavía en un proceso de transición.

Rusia puede convertirse en la amenaza más grande de que haya habido ejemplo. Potencialmente, es la nación más poderosa del mundo. Puede convertirse también en la fuerza más poderosa en pro de la paz y del desarrollo de un mundo ordenado. No creo exagerar cuando digo que el futuro curso de Rusia depende en mucha parte de que los Estados Unidos puedan persuadir al pueblo ruso y a su gobierno de que su interés verdadero y permanente está en que cooperen con nosotros para crear y mantener una organización mundial eficaz y democrática.

Capítulo IX

¿ES POSIBLE ACABAR CON LA AMENAZA ALEMANA?

Una de las decisiones fundamentales para la estabilidad del mundo de postguerra y para el problema de mantener la paz será la participación que habrá de permitirse al pueblo alemán en el mundo del futuro. Mucho dependerá del buen sentido que manifiesten las Naciones Unidas al considerar este problema.

Hay, sin embargo, una conclusión inevitable. Desde hace más o menos doscientos años, los pueblos germánicos, y especialmente el pueblo de Prusià, han sido un factor destructivo en la familia de las naciones. En todo ese período no han aportado nada constructivo para una paz regional o mundial.

Y esto, en singular contraste con el hecho de que ningún pueblo ha contribuído más que el pueblo alemán a enriquecer la herencia que ha recibido el mundo moderno en el campo filosófico, científico, literario y musical. Los "Campos Elíseos de Weimar" están poblados de aquellos cuyo genio produjo la culminación del movimiento romántico. Las universidades alemanas, aún vibrantes con las fuerzas vitales que tuvieron su origen en los movimientos liberales de comienzos del siglo XIX, parecían guardar la promesa de que se convertirían en la fuente de inspiración de un nuevo renacimiento intelectual. En el campo del gobierno municipal, los alemanes sentaron una alta norma de eficiencia y de responsabilidad cívica que,

como ejemplo, resultó un verdadero beneficio para muchos otros países.

Por estas razones y por las admirables virtudes personales de muchos alemanes, el mundo se ha inclinado a atenuar la magnitud de los estragos que ha causado la nación alemana.

Mientras Prusia no pasó de ser uno de los miembros de la Federación Alemana y el pueblo alemán no constituyó un grupo homogéneo, capaz por su vigor dinámico y por la fuerza de su número de destruir el equilibrio de la estabilidad europea, el peligro, aunque existía, no era necesariamente fatal. Pero cuando Alemania se unificó, pronto se puso en evidencia la índole destructora de las tendencias y de la política alemanas.

La primera oportunidad que tuvo Prusia para ejercer su hegemonía en la Federación Alemana ocurrió en 1848. Pudo causar extrañeza que haya sido un parlamento alemán, elegido por sufragio universal, el que ofreciera la corona imperial a Federico Guillermo IV de Prusia; pero no causó ninguna el que el motivo que indujo a este rey a rechazar la corona haya sido el hecho de que un Parlamento se la ofreciera. El control dictatorial que Prusia ya deseaba ejercer se habría debilitado seriamente si el Rey de Prusia hubiera aceptado la prerrogativa imperial de lo que sus consejeros llamaban "focos revolucionarios".

Bismarck es, en política, el genio más prominente que ha producido el pueblo alemán desde el tiempo de Federico el Grande. Por eso su análisis de la política prusiana tiene un significado especial. A su juicio, las primeras indicaciones de una "tendencia nacional alemana" aparecieron con el estallido de la revolución francesa. Pero no fueron alemanes los que dieron los primeros pasos hacia la unificación de Alemania, sino los que se proclamaban a sí mismos "particularistas prusianos". Citando de nuevo a Bismarck, vemos que solamente cuando Prusia alcanzó una posición desde la cual, dejando de ser Prusia, podía convertirse en Alemania, y cuando logró crear "una fuerza bien equipada para respaldarla", se despertó

la ambición de dominar y de expandirse que arrolló todos los obstáculos.

La fuerza motriz de las ambiciones prusianas, que se encarnaron en el genio brillante pero brutal de Bismarck, y lo que realmente hizo posible la creación del segundo Gran Reich Alemán de 1914, fué el germen creado por un puñado de científicos militares prusianos que pensaron y escribieron a comienzos del siglo XIX y cuyo más ilustre representante es Clausewitz. Fueron las enseñanzas y conceptos de Clausewitz lo que hizo de Alemania, durante los últimos cien años, el azote de Europa, y, hoy, la maldición de todo el mundo civilizado. Fué su maligna inspiración la que creó el Estado Mayor alemán, instrumento responsable de los estragos que Alemania ha causado a la humanidad en el presente siglo.

Veamos la hoja de servicios del pueblo alemán desde que Bismarck decidió poner en práctica la política del militarismo prusiano:

La guerra de agresión contra Dinamarca en 1864.

La guerra de agresión contra Austria en 1866.

La guerra de agresión, basada en falsedades y tergiversaciones, contra Francia en 1870.

La tentativa de continuar la guerra contra una Francia que se recuperaba con excesiva prontitud, en 1875, evitada solamente por la presión conjunta de Inglaterra y Rusia.

El continuado esfuerzo entre esa fecha y 1906 para debilitar a Francia mediante una ingerencia insidiosa en sus asuntos internos, tales como en el caso Dreyfus, y finalmente el ultimátum que se evitó solamente por la Conferencia de Algeciras.

El incidente de Agadir en 1911, que tuvo a Europa largos meses temblando al borde de la guerra.

Las ambiciones de engrandecimiento político y militar, cuya consecuencia inevitable fué el estallido de la primera guerra mundial en 1914.

Finalmente —con el hitlerismo como instrumento del Estado Mayor alemán— la política y los actos que han sumido a los pueblos en la segunda guerra mundial.

En toda esta larga historia, Alemania no puede ofrecer como atenuante una sola acción que hubiera podido contribuir a la paz del mundo o a la estabilidad y al progreso internacionales.

Tanto en 1899 como en 1907, cuando en La Haya trató por primera vez la conciencia internacional de restringir, por medio de la cooperación, las fuerzas que amenazaban al mundo civilizado, Alemania fué la potencia que impidió todo arreglo constructivo.

Durante este período, el pueblo alemán, según las palabras de Bismarck, se ha mostrado invariablemente deseoso "de pelear, como sus antepasados, antes de saber por qué causa deberían pelear". Aunque Bismarck había declarado que peleaban por el Emperador alemán, ahora sabemos, como él lo sabía entonces, que la autoridad a la cual con tanta frecuencia y tan desastrosamente respondía el pueblo alemán no era, en realidad, el Kaiser de ayer, ni el Hitler de hoy, sino el Estado Mayor alemán.

Se dirá que la insistencia de que el Estado Mayor ha sido la fuerza motriz de la política alemana constituye una simplificación peligrosa. No pretendo desestimar la importancia de otros factores en la historia de Alemania; a todos reconozco el lugar que les corresponde; pero estoy convencido de que cada uno de ellos ha ejercido su influencia sólo en la medida en que lo permitió el verdadero amo de la raza alemana, es decir el militarismo alemán, personificado y dirigido por el Estado Mayor.

Para el público norteamericano el Estado Mayor alemán no ha sido otra cosa que un cuerpo de generales de ejército encargados de determinar la estrategia militar y semejante en su naturaleza a los estados mayores de Francia, Inglaterra o los Estados Unidos. Ese es el error fundamental. Toda la política internacional de Alemania durante los últimos setenta y cinco años, y en gran parte también la política interna, o ha sido iniciada por el Estado Mayor, o ha requerido su aprobación. En tiempos de paz este organismo no ha perdido su importancia, como en el caso de las naciones democráticas, y

tampoco se evaporó, como creímos muchos de nosotros, en los años siguientes a la rendición alemana de 1918. Aunque funcionaba en secreto, la organización se conservó tan intacta y coherente como en los años anteriores a la derrota.

Sea que el Kaiser, Hindenburg o Adolfo Hitler estén a la cabeza del gobierno, la mayoría de la población ofrece su constante lealtad a esa fuerza militar guiada y manejada por el Estado Mayor. El ejército es para el pueblo alemán, hoy como ayer, el instrumento por el cual se ejercita la dominación alemana. Pueden pasar generaciones de alemanes, la nación puede sufrir una derrota tras otra, pero si el resto del mundo lo permite, el Estado Mayor alemán continuará haciendo sus planes para el futuro. Aun en estos momentos todo el país confía en que cualquiera que sea el resultado de esta guerra, su ejército sobrevivirá para convertirse en el instrumento que dará el triunfo final a la raza superior.

Es preciso reconocer que casi no hubo acto de las naciones aliadas después de 1918 que no contribuyera a reforzar esta determinación del pueblo alemán. La política de las naciones occidentales favoreció los propósitos de las autoridades militares alemanas.

Los Estados Unidos se negaron a participar en los asuntos mundiales. Gran Bretaña y Francia estuvieron en continuo desacuerdo sobre el cumplimiento de las condiciones del Tratado de Versalles. Las estipulaciones del tratado para vigilar el desarme alemán nunca fueron aplicadas eficazmente, y en lo referente a las reparaciones se siguió una política confusa, contradictoria y completamente falta de realismo. Los gobiernos aliados, ya sea individualmente o por medio de la Sociedad de las Naciones, no pudieron o no quisieron adoptar una política que reforzara la posición de los pocos líderes liberales de Alemania. En los primeros años después de Versalles, los demócratas y socialistas alemanes pudieron ver mejor que nadie lo que significaba el predominio del Estado Mayor. Hacían débiles esfuerzos para persuadir al pueblo de que siguiera el camino del gobierno constitucional y cooperara con Europa; pero los aliados dieron una y otra vez su apoyo a

las reaccionarias organizaciones militares en la creencia de que sólo ellas podrían impedir que Alemania se hiciera comunista.

Se permitió que la inflación destruyera las clases más estables de la sociedad alemana, y todos los alemanes culparon de ella a los esfuerzos de los aliados para cobrar reparaciones imposibles de cumplir.

La consecuencia de todos estos hechos fué que antes de mucho tiempo la única política capaz de atraer al alemán corriente era un nacionalismo agresivo. Si en 1919 los gobiernos aliados se hubieran asociado francamente con el Estado Mayor alemán para cooperar con él en la realización de sus designios, no podrían haberlo hecho mejor.

Año tras año, el rearme alemán se hacía más abiertamente. La opinión pública de Inglaterra, como la de nuestro país, resolvió que era preferible cerrar los ojos y negarse a admitir la existencia de lo que no se quería ver. El ejemplo más típico quizás a este respecto es el del Primer Ministro Stanley Baldwin, que no pudiendo desentenderse por más tiempo de las encendidas admoniciones de Winston Churchill en la Cámara de los Comunes y en la prensa y obligado por fin a responderlas, negó terminantemente que Alemania se estuviera armando.

En Francia, igualmente, el temor de verse en otra guerra, instigado por la habilísima propaganda alemana, hizo que el pueblo prefiriera no darse por enterado hasta después que Hitler se hubo adueñado del poder, y el Estado Mayor alemán consiguió nuevamente convertir a Alemania en la más fuerte potencia militar del continente europeo. Sólo unos pocos parlamentarios franceses y un grupo de jefes del ejército veían lo que estaba ocurriendo.

Nuestro país se reveló particularmente sugestionable ante la propaganda alemana, que repetía constantemente el tema de que lo único que deseaba el pueblo alemán era ser tratado sobre una base de estricta igualdad con los demás pueblos, y que si las distinciones que imponía contra ellos el tratado de Versalles fueran suprimidas, se convertirían automática-

mente por ese solo hecho en miembros respetables de la sociedad internacional.

Al mismo tiempo, los intereses financieros y comerciales de los Estados Unidos enviaban a Alemania centenares de millones de dólares en calidad de préstamos. La mayor parte de ese dinero se gastó en obras públicas y en edificios municipales, y fué como lluvia del cielo para el Estado Mayor alemán, ya que dió empleo a cientos de miles de obreros mientras llegaba el momento en que se pudiera emplearlos en las fábricas de municiones.

Tampoco fué una contribución muy práctica la de nuestro gobierno cuando, en 1937, por intermedio de nuestro Secretario de Estado, pidió a Hitler que suscribiera una serie de piadosos principios que servirían de base para las relaciones internacionales. Esto se hizo cuando las fuerzas agresivas de Alemania estaban a punto de manifestarse abiertamente.

Ni como gobierno ni como pueblo podemos pretender que la nuestra haya sido una participación eficaz en los esfuerzos para prevenir la nueva amenaza alemana contra la paz del mundo.

Si echamos una mirada retrospectiva apreciaremos aun más claramente lo fútiles que eran los esfuerzos de las democracias occidentales para tratar de reprimir con meras palabras una fuerza irresistible y dinámica y para mantener a raya, con gestos vacíos o con la espada sin filo de la Sociedad de las Naciones, a un pueblo viril y guerrero decidido a tomar el desquite y a dominar por la fuerza de las armas. Sólo una organización internacional que hubiera dispuesto de fuerza armada y que hubiera estado decidida a usarla, habría podido dominar el creciente peligro.

El hitlerismo es el fenómeno más vergonzoso que en los tiempos modernos se ha producido en un país civilizado. Por su tipo, antecedentes y finalidades los gauleiters de Hitler no difieren en absoluto del pistolero más sanguinario y brutal de los Estados Unidos. Con muy pocas excepciones, los hombres que rodean a Hitler y ejecutan sus órdenes han salido de las cloacas de la humanidad, y han utilizado su posición para

enriquecerse recurriendo a los más abyectos métodos del bandidaje.

Los que componen el pequeño grupo de los más altos dirigentes nazis pertenecen, sin excepción, al tipo criminal. Algunos de ellos, como Hess, Himmler y el mismo Hitler, son criminales paranoicos; otros, como Goering, aunque no han desperdiciado ninguna oportunidad de lucro, tienen un ansia de poder insaciable, o como Ribbentrop y Goebbels, están movidos por malignos complejos de inferioridad. Todos ellos son la personificación del mal.

Ese grupo de hombres, así como los miembros del antiguo y más respetable régimen de la Alemania Imperial —de la clase de von Neurath, Schacht, Meissner— que han prostituído sus talentos para servir a Hitler, no han tenido otra función que la de disfrazar el monstruoso complot, la maquinaria criminal que, dirigida por el demagogo que en el momento oportuno surgió en la superficie del fermento alemán, ha utilizado el Estado Mayor para sus propios fines; y es a esta iniciativa depravada a la que ha respondido el patriotismo de la raza alemana.

En los últimos cien años, sea que el patriotismo alemán se haya polarizado alrededor de la figura venerable de Guillermo I o de Bismarck, del vano y espectacular Guillermo II, o del Mariscal Presidente Hindenburg o, en los últimos tiempos, de Hitler, la opinión pública de nuestro país ha considerado siempre al figurón como al verdadero gobernante. No ha tomado en cuenta el hecho de que la política alemana durante los últimos ochenta años ha sido inspirada y dirigida, no por el jefe del Estado, sino por el Estado Mayor alemán. Es esta fuerza viviente, continua y destructiva, la que debe ser extirpada si se espera que el pueblo alemán pueda contribuir en forma constructiva a la estabilidad de Europa y que una sociedad internacional bien organizada sea capaz de resguardar en el futuro la tranquilidad de los pueblos libres.

El Estado Mayor alemán no se hace ya ninguna ilusión respecto de la inevitable derrota alemana. Está tratando solamente de ganar tiempo en la esperanza de que si la

guerra actual dura lo bastante, ahondará las diferencias de criterio entre las Naciones Unidas en una forma que beneficie a Alemania y haga más probable una paz negociada. Pero ya ha preparado planes minuciosos para una nueva tentativa de dominar el mundo después que pasen algunos años, y ha tomado medidas en todos los países para facilitar la ejecución de esos planes cuando se presente el momento favorable, ya sea dentro de diez años o dentro de dos generaciones.

El Estado Mayor es visible a medias solamente; la otra mitad de su mecanismo es y seguirá siendo secreto. El Estado Mayor considera que las potencias anglosajonas serán las únicas que permanente e inevitablemente se opondrán a sus proyectos. Basa todos sus preparativos en la cínica suposición de que la política de los países anglosajones no mantendrá por mucho tiempo la línea que ha seguido y en el convencimiento, por último, de que los pueblos anglosajones razonan siempre a posteriori, y no, como ellos, invariablemente a priori.

Teniendo presente estos hechos, los oficiales alemanes encargados de preparar la próxima guerra se guiarán por las siguientes suposiciones: se les ha dicho que la guerra a la cual Alemania empujó a todo el mundo en 1939 se perderá solamente a causa de la insuficiencia de los recursos materiales del ejército alemán; que a pesar de que los ejércitos alemanes sobrepasan con mucho a sus adversarios en estrategia, táctica y audacia, su superior inteligencia y valentía fueron sobrepujadas por la mayor producción industrial que hizo posible el aislamiento geográfico de los Estados Unidos. Por lo tanto, con el fin de superar esa desventaja puramente material, el Estado Mayor debe prepararse para una nueva guerra cuya base de operaciones será no solamente Alemania, sino toda Europa, y en la cual se aprovecharán la experiencia obtenida y los contactos industriales y científicos establecidos en los países que Alemania ha ocupado en los últimos cuatro años.

Para ejecutar este plan, las secciones económica y política del Estado Mayor alemán han perfeccionado la teoría de la "complicidad indirecta", cuya aplicación permitirá, primero en los países de Europa y luego en los otros continentes, sin descuidar el hemisferio occidental, que el Estado Mayor realice la dominación del mundo.

La teoría de la "complicidad indirecta" es simple en su concepción pero sumamente complicada en sus detalles. Según declaraciones de oficiales capturados en la guerra actual, es tan incomprensible para la mentalidad anglosajona, que la idea no será plenamente captada en toda su extensión.

El razonamiento alemán es como sigue: la experiencia ha demostrado que una ocupación puramente militar no significa en absoluto la dominación política y económica del país conquistado. Sólo mediante la posesión de las industrias básicas, o por medio de cómplices directos en la vida política del país ocupado, es posible ejercer un dominio satisfactorio. Si el público llega a conocer la intervención extranjera, puede producirse una reacción patriótica difícil de dominar; pero si la ingerencia se realiza secretamente, por medio de cómplices indirectos, de preferencia ciudadanos del país sobre los cuales se pueda ejercer un control seguro, será posible establecer, sin provocar ninguna reacción desfavorable, un sistema que se imponga poco a poco sobre la vida de todo el país.

Cuando, como en el caso de la Francia ocupada, Alemania pueda, por grados imperceptibles, llegar a un punto en que ya sea muy poca la diferencia entre la dominación secreta y la que se efectúe abiertamente, será posible pasar de un sistema a otro sin peligro de que estalle una revuelta popular.

En la guerra moderna, sostienen las autoridades alemanas, no es posible alcanzar la victoria sin la creación previa de complicidades indirectas. Pero esta arma, dicen, ideada por el cerebro militar alemán, puede ser usada con éxito en el terreno político y en el económico solamente bajo control militar, ya que sólo la autoridad militar podrá maniobrar con la necesaria rapidez.

Finalmente, los alemanes creen que será mucho más fácil emplear esta arma contra las potencias anglosajonas, por cuanto éstas no reaccionan sino cuando los hechos ya han ocurrido y muy rara vez ante teorías abstractas. Ni los ingleses

ni nosotros somos considerados capaces de comprender la "complicidad indirecta".

Los agentes del Estado Mayor alemán deberán tener la fanática convicción de que esa es "su misión en la vida", en cuyo cumplimiento serán exclusivamente responsables ante sus oficiales superiores, y que deben esforzarse por realizarla hasta su último aliento, sin considerar las revueltas o los cambios políticos que puedan ocurrir en Alemania.

A primera vista parece muy simple y muy fácil de contrarrestar la teoría de la "complicidad indirecta". No es más que la utilización, sin que ellos mismos se den cuenta, de los ciudadanos de una nación por otra nación. Pero sería desastroso descartar el peligro a la ligera en la confianza de que es posible dictar las precauciones legales necesarias, o de que para prevenir sus efectos bastará ampliar y mejorar los servicios de espionaje ya existentes.

El mayor peligro es que después de la guerra actual el pueblo de las democracias y especialmente el de los Estados Unidos pretendan una vez más, como lo hicieron en 1920, sumergirse en el sueño de "la normalidad"; que nos inclinemos a creer que, porque ha terminado la guerra con una victoria decisiva, será innecesario continuar el proceso de conservar nuestra seguridad tan costosamente ganada, y a aceptar al pie de la letra la propaganda que una vez más recibiremos de fuentes alemanas y, por desgracia, también de fuentes norteamericanas, muy sinceras y patrióticas, pero dispuestas a dejarse impresionar por la influencia de la propaganda alemana. Porque en tiempos de paz la sola idea del plan alemán parecería fantástica.

El Estado Mayor alemán tratará de poner en práctica su teoría en tres formas diferentes: a) tratará de sembrar dudas en el pueblo de cada país sobre la habilidad, integridad, prudencia o lealtad de sus más destacados estadistas; b) en el momento crítico tratará de paralizar o de disminuir la posibilidad de que el pueblo, en conjunto, piense serenamente; c) buscará en cada país a los hombres que, sea por ambición, vanidad o interés personal, estén dispuestos a servir la causa

Nota: El límite a través del primitivo "corredor" deberá basarse en motivos de orden etnográfico y económico



que en un momento dado convenga propiciar al Estado Mayor alemán.

Con el fin de ejecutar estos planes sin entorpecimientos y con absoluta eficacia, ya hay agentes del Estado Mayor alemán que han tomado ciudadanía, generalmente primero en un país y después en otro, para no inspirar sospechas sobre sus futuras actividades. La mayoría de ellos han recibido instrucciones para aparecer como personas de grandes intereses comerciales y financieros, y tendrán a su disposición sumas considerables provenientes de las reservas que el Estado Mayor alemán ha depositado en los últimos años, con diferentes pretextos, en los países neutrales. Estos agentes han sido cuidadosamente preparados para actuar por lo menos en dos direcciones diferentes, e intervendrán en forma activa y directa en empresas industriales y comerciales de gran escala.

En esta forma, cada agente podrá ejercer su influencia sobre un círculo de cómplices indirectos e inocentes, compuesto en cada país de ciudadanos capaces de formar opinión, de controlar la producción industrial y hasta de influir en el resultado de las elecciones.

El Estado Mayor alemán está convencido de que, después de cierto número de años, puede ganar el control de las uniones obreras, de la banca, de las cámaras de comercio, y usar esas conexiones para influir indirectamente sobre la prensa. Cree que de este modo podrá retardar o desviar el crecimiento de sistemas industriales desventajosos para los futuros planes de Alemania y estimular la desunión interna en forma suficiente para destruir la moral del pueblo en los países señalados como víctimas.

Con la diferencia de que es más sencilla, no ha sido otra la técnica del Estado Mayor alemán en los países ocupados. Recién se están conociendo los procedimientos subterráneos de que se ha servido. Nadie niega que las actividades de la "quinta columna" han contribuído en gran parte a la rapidez de las victorias alemanas de 1940, pero estamos demasiado dispuestos a creer, sin embargo, que esas actividades fueron realizadas solamente por los Quislings y otros cómplices direc-

tos, y, por lo tanto, que "eso nunca puede pasar aquí", porque, con muy raras excepciones, el ciudadano norteamericano no es propenso a ser traidor a sabiendas. El peligro reside en no reconocer el hecho de que el Estado Mayor alemán busca el punto más débil en la estructura política de cada país y de que en las democracias anglosajonas el punto más débil no son los agentes directos, sino los indirectos.

El alto comando alemán tuvo muchos cómplices indirectos en los Estados Unidos antes de Pearl Harbor, algunos de ellos ciudadanos nacidos en nuestro país y que habían ganado altas distinciones, y, en su mayor parte, muy sinceros y patrióticos de acuerdo con sus ideas. Aun hoy, la mayoría de ellos no se dan cuenta de la forma en que fueron usados ni del daño que causaron a nuestros intereses nacionales.

Al pensar cómo podremos hacer frente a la amenaza alemana en el futuro, es necesario partir de la base de que al fin de esta guerra se establecerá una organización mundial con poder para hacer cumplir las decisiones que consideremos convenientes y sensatas.

Alemania se convirtió en una amenaza para el mundo civilizado solamente después de dos importantes fenómenos de su historia. El primero fué que el pueblo llegó a creer que el militarismo alemán era la suprema gloria de su raza, concepto originado y difundido por Clausewitz y su escuela, y que el ideal del pangermanismo podía ser realizado sólo por las armas. El Estado Mayor alemán se convirtió en el instrumento para conseguir estos fines.

El segundo fenómeno fué la centralización de la autoridad sobre los pueblos ampliamente heterogéneos de la raza alemana. Los progresos en la unificación de los pueblos germanos, contemplada por primera vez en 1848, iniciada en 1866, y continuada durante las cuatro décadas del Segundo Reich hasta ser consumada por Hitler mediante la fuerza, han coincidido con el creciente desarrollo de Alemania como amenaza para el resto del mundo.

Sin embargo, ninguno de estos fenómenos habría constituído en sí mismo un gran peligro si no hubiera estado unido

al otro. Con cada una de las sucesivas etapas de la centralización del poder en Alemania, creció paralelamente el poder del Estado Mayor alemán, y sin aquélla no habría podido éste alcanzar su posición de supremacía en 1914. Si Hitler no hubiera suprimido las últimas barreras entre los antiguos Estados alemanes, el militarismo alemán no habría podido realizar con tanto éxito su política en los años transcurridos entre 1933 y 1939, ni tampoco habría podido obtener el control tan absoluto que ya tenía cuando al fin comenzó la guerra.

La unificación de Alemania, con la centralización de todo el poder en Berlín, ha hecho posible el desarrollo de su potencia destructiva.

Ha permitido al gobierno central crear un molde para la educación de toda la juventud alemana y convertirla voluntariamente en el instrumento del pangermanismo.

Ha destruído la libertad y hasta la capacidad de pensamiento individual en las universidades y en las escuelas alemanas, que habrían podido servir de contrapeso al predominio militarista.

Ha disminuído la posibilidad de que cada alemán, como ciudadano, pudiera pensar libremente, y ha hecho posible la continuada restricción oficial de la libertad de prensa y de los demás medios de comunicación popular que culminó con el control total de los nazis sobre todas las fuentes de información.

Ha eliminado, por último, todas las primeras tendencias que habrían podido contrarrestar el pangermanismo.

El poder de la religión, tanto católica como protestante, para influir sobre el pueblo alemán contra el hitlerismo recibió un golpe de muerte con la supresión por el gobierno centralizado de la libertad religiosa, cosa que el gobierno de Baviera, por ejemplo, jamás habría podido realizar en Baviera. Los diferentes pueblos de que se compone Alemania pudieron resistirse a ser empujados a aventuras militares y al contagio de la locura colectiva sólo mientras retuvieron su autonomía y pudieron seguir siendo esencialmente bávaros, hesianos o

sajones. Pero una vez que fueron destruídas esas barreras seculares, los pueblos germanos unificados se convirtieron en un dócil instrumento de sus amos.

La supresión de los gobiernos locales y su sustitución por el gobierno autoritario de Berlín destruyó los últimos vestigios de autonomía regional que habían subsistido en los días del Imperio y de la República y consumó la desaparición de la libertad individual en Alemania.

La centralización estimuló también un malsano crecimiento de los grandes monopolios financieros, comerciales, de seguros y de transportes marítimos, que han extendido sus tentáculos a través de todo el mundo durante las últimas dos generaciones, y han revelado ser los instrumentos más eficaces para llevar adelante los planes del alto comando militar alemán.

Ninguna organización mundial, por eficiente que sea, podrá combatir el peligro que subsistirá después de la guerra si una Alemania centralizada sigue bajo el dominio del militarismo alemán. Las restricciones puramente militares que impondría una organización mundial se irían debilitando inevitablemente con el tiempo a medida que desapareciera la destrucción provocada por la guerra y se intensificara el innato y muy humano deseo de olvidar. Y entonces habría llegado el momento para una Alemania centralizada de comenzar otra guerra de revancha, enriquecida, esta vez, con toda la experiencia adquirida en la presente guerra por los jefes militares alemanes.

Mucha gente estará de acuerdo en que es preciso aplastar el militarismo alemán y en que las grandes potencias deben ocuparse de este problema tan pronto como Alemania sea ocupada. Se dirá, sin embargo, que no existe la misma justificación para destruir su actual unidad. Muchas personas responsables en este país están asegurando ya que cualquier división de Alemania es esencialmente injusta y que no será realizable, y sostienen que las grandes potencias no querrán imponer por la fuerza la partición ante el clamor del pueblo alemán por conservar su unidad. Creen también que para

imponer la división se requeriría una fuerza militar de ocupación permanente que ninguna de las grandes potencias estará dispuesta a mantener.

Los principales argumentos contra la división de Alemania son los siguientes:

Primero, que el impulso centrípeto del pueblo alemán es tan grande y persistente que cualquier intento de la organización mundial para impedir la unidad de Alemania produciría una nueva forma de erupción.

Segundo, que crearía un complejo de inferioridad muy semejante al que, se asegura, contrajo el pueblo alemán como consecuencia de la cláusula del Tratado de Versalles sobre la culpabilidad de la guerra, y que cualquier sentimiento de inferioridad impediría a los alemanes llegar a ser ciudadanos cooperativos en una nueva Europa.

Tercero, que significaría la ruina económica del pueblo, con una desocupación y miseria tan grandes que provocarían el desarrollo de una forma de comunismo sumamente peligrosa.

Cuarto, que los alemanes concertarían sus esfuerzos para eludir cualquier desmembración de su país en diferentes unidades y, con su gran capacidad organizadora, no tardarían en encontrar medios eficaces para burlarla y para unificarse de nuevo en cuanto el momento les pareciera propicio.

Soy el primero en reconocer la fuerza de esos argumentos. Personalmente estoy predispuesto en favor de la unidad del pueblo alemán; pero es tan profunda mi convicción de que una Alemania unida significa una amenaza continua para la paz del mundo entero, que he llegado a la conclusión de que la única forma de verse libre de esta amenaza en el futuro es dividir a Alemania.

El llamado impulso centrípeto del pueblo alemán está muy lejos de ser la fuerza avasalladora que tantos han creído en los últimos veinte años. La bullada exigencia de que se reconstituyera el Reich y de que se realizara la unificación de todos los pueblos de habla alemana fué instigada principalmente por el Estado Mayor alemán, y ha proporcionado a Hitler uno de

sus más efectivos temas de propaganda para la consolidación de su propio régimen. La unificación de los pueblos alemanes no es en absoluto un requisito esencial para la felicidad y la prosperidad de cada ciudadano alemán. Los diferentes estados alemanes fueron muy prósperos y felices durante el siglo XIX, y aunque han cambiado las condiciones económicas, es perfectamente posible que lo sean en nuestro tiempo.

Los partidarios de que continúe la unidad de Alemania no consideran que los Estados alemanes han permanecido muy poco tiempo bajo el gobierno de una autoridad central y que muchos de ellos lucharon decididamente contra la unificación.

El historiador alemán contemporáneo Doebert, en su libro sobre la unificación de Alemania, "Bayern und die Bismarckische Reichsgründung", se refiere a Baviera, por ejemplo, como a "uno de los más antiguos Estados europeos... que, en la opinión no sólo de los estadistas bávaros sino también del mismo Bismarck, poseía en el más alto grado todo lo necesario para poder vivir una existencia independiente: una antiquísima tradición de gobierno, una unidad política de más de catorce siglos, una dinastía que estaba en el más estrecho contacto con la tierra y con el pueblo desde hacía más de diez mil años, una población dotada de una profunda conciencia política y un pueblo autóctono, vigoroso, firmemente arraigado, con una vieja cultura y con marcadas características propias tanto en los negocios como en la vida social".

Baviera cayó bajo el control prusiano hace setenta años, y sólo hace diez que es parte del Estado alemán en su forma actual. En comparación con este corto tiempo, el pueblo bávaro había mantenido su existencia nacional independiente durante más de mil años. ¿Es posible que raíces tan profundas, establecidas en diez siglos de independencia y autonomía, se hayan destruído en menos de tres cuartos de siglo? ¿Es posible que el pueblo bávaro haya olvidado tan pronto su lucha contra la dominación prusiana y su odio a Prusia, a pesar de que peleó como su aliada en varias guerras?

Es igualmente increíble que muchos de la vieja generación en los antiguos Estados germanos no prefieran su antigua autonomía.

Lo que se dice con respecto al complejo de inferioridad que se desarrollaría en Alemania con la división, es indudablemente cierto. Pero este complejo y sus lamentables efectos psicológicos existirán de todos modos como consecuencia de la derrota alemana, ya sea que Alemania subsista como una unión centralizada o que se la divida en varias entidades.

Si la división destruyera irreparablemente las perspectivas económicas del pueblo alemán, las objeciones que se hacen serían concluyentes. Pero no hay motivo para que así sea. En mi opinión, la mejor garantía imaginable contra una futura agresión militar alemana es tomar medidas que ofrezcan a cada ciudadano alemán igualdad de oportunidades económicas con los ciudadanos de otros países europeos, y le aseguren que no tiene por qué temer un futuro tan negro e incierto como el que tuvo que afrontar en 1919. Esa seguridad económica se puede conseguir solamente si se consideran debidamente arreglos económicos esenciales, susceptibles de garantizar la futura prosperidad del pueblo en cualquier división que se haga del actual Reich alemán. Después de las consideraciones militares, me parece que éstos serán los factores determinantes.

En cuanto a la objeción final, es cierto que no existe la menor duda de que muchos alemanes, durante una o dos generaciones, harán todos los esfuerzos posibles para eludir las consecuencias de la partición y para abrir el camino hacia una nueva unidad. La manera precisa de contrarrestar esos intentos sólo podrá ser determinada de acuerdo con las circunstancias que se presenten. Durante algunos años, la futura organización mundial tendrá que reprimirlos por la fuerza; pero la mejor garantía de éxito permanente residirá en la forma en que se haga la división, la cual será efectiva solamente si da resultados prácticos desde el punto de vista económico y político y si está basada sobre consideraciones económicas, políticas y culturales.

La posibilidad de una división de Alemania ha sido sin

duda cuidadosamente estudiada por muchos gobiernos de las Naciones Unidas. Se ha hecho un gran número de planes, que varían desde la reconstrucción de la antigua federación alemana que existía antes de 1848, hasta la inclusión de las regiones industriales del oeste del Rin, como un Estado autónomo, dentro de la federación de la Europa occidental, dejando el resto de Alemania, con pequeñas rectificaciones de sus fronteras, más o menos con la misma configuración que tenía antes de 1936.

Es posible encontrar argumentos en favor de muchos de esos proyectos. Pero si partimos de la teoría de que Alemania debe ser dividida solamente para evitar que vuelva a ser una amenaza militar y de que, al mismo tiempo, es preciso dar a los ciudadanos alemanes todas las oportunidades para que logren su seguridad económica y sean por fin capaces de comprender y de vivir felices bajo un gobierno popular, el siguiente proyecto de división es probablemente el mejor calculado para obtener esos fines.

Excluyendo la Prusia Oriental, Alemania debería ser dividida al hacer el armisticio en tres Estados separados cuyas fronteras serían determinadas principalmente de acuerdo con factores económicos, históricos y culturales, a saber:

Un nuevo Estado de Alemania del sur, que comprendería las antiguas naciones soberanas de Baviera, Wurtemberg, Baden y Hesse-Darmstadt, y las regiones que en general se designan como las provincias renanas y el Sarre. Se observará que las poblaciones comprendidas en este grupo son predominantemente católicas.

Un Estado que abarcaría las antiguas regiones alemanas y subdivisiones adyacentes más pequeñas de Turingia, Alto Hesse, Westfalia, Hanover, Oldemburgo y Hamburgo.

Un Estado que incluiría Prusia (sin la Prusia oriental), Mecklemburgo y Sajonia. Omitimos la enumeración de las pequeñas subdivisiones políticas contiguas. Se notará también que en estos dos últimos grupos la población es predominantemente protestante. En la determinación de cada uno de estos posibles Estados se han mantenido las divisiones históricas, así

como las religiosas y culturales, que han existido durante varios siglos antes de la creación del Tercer Reich.

A este respecto, conviene tener presente ciertas características fundamentales del pueblo alemán. Estas palabras de Bismarck son muy pertinentes:

> "Para que el patriotismo alemán sea activo y eficaz, necesita, por regla general, depender de una dinastía; sin ella, rara vez llega a su punto culminante, aunque en teoría lo alcanza diariamente en el parlamento, en la prensa, en las reuniones públicas; el alemán necesita, en la práctica, estar sujeto a una dinastía o sentir el aguijón de la cólera para lanzarse a la acción; este último fenómeno, sin embargo, por su naturaleza misma, no es permanente. Sólo como súbdito de Prusia, Hanover, Baviera, Hesse, y no como alemán, está dispuesto a dar pruebas inequívocas de patriotismo; y en las capas más bajas de los grupos parlamentarios pasará mucho tiempo antes de que sea de otro modo."
>
> (BISMARCK, *"Reflexiones y reminiscencias"*, Vol. I, pág. 320.)

Creo que estas palabras, escritas en sus últimos años por el único gran estadista moderno que ha tenido Alemania, demuestran en forma terminante que el impulso centrífugo en Alemania ha sido contrarrestado sólo recientemente por la propaganda en favor de una unión centralizada.

Además, en la división que hemos sugerido se establecería un completo equilibrio económico, agrícola e industrial dentro de cada uno de los tres Estados, y una relación entre los factores económicos primordiales, tales como la producción agrícola e industrial y los recursos minerales, que sería más o menos equivalente en los tres. Si, como espero que ocurra, desaparecen las barreras aduaneras en Europa después de la guerra y se crea una unión aduanera, los nuevos Estados alemanes deberían pertenecer a ella.

La capacidad de desarrollo económico que tendría cada uno de los propuestos Estados es casi ilimitada. Deberán desaparecer, eso sí, los gigantescos monopolios, que podrían ser usados nuevamente como medio de penetración militar en otros países. No se puede sostener que la existencia de esos poderosos carteles sea necesaria en modo alguno para una sana economía nacional alemana.

El problema de lo que debe hacerse con la Prusia Oriental afecta la seguridad del mundo no sólo en lo que concierne a Alemania, sino también al este de Europa. Hay que considerar cuatro puntos principales:

Primero, se acepta hoy unánimemente que el Corredor polaco, lejos de haber sido una solución estable de la necesidad de una salida al mar para Polonia, resultó, por el contrario, una gravísima fuente de peligro para ella. Era una faja de soberanía extranjera que separaba una parte de Alemania del resto del país. Aunque es posible comprender las dificultades a que tuvieron que hacer frente los autores del Tratado de 1919, debe reconocerse que ningún estadista al tanto de la historia y de la política europea podía, ni aun entonces, haber considerado el Corredor como algo más que un arreglo provisional. La solución disgustó tanto a los polacos como a los nacionalistas alemanes. Dejó a Polonia a merced de Alemania en cuanto ésta se sintiera lo bastante fuerte para cerrar la brecha que creaba el Corredor en su territorio.

Segundo, las necesidades legítimas del futuro Estado polaco requerían un libre acceso al mar, pero sin las complicaciones resultantes de componendas tan artificiales como el control internacional de Danzig y la yuxtaposición de Danzig y de Gdynia.

Tercero, debemos tomar en cuenta la insistencia de la Unión Soviética de que se rectifique la frontera oriental de Polonia que existía en 1939, incorporando al territorio ruso las regiones habitadas por poblaciones no polacas al este de la Línea Curzon.

Cuarto, como esos cambios de fronteras privarán a Polonia de una considerable porción de sus territorios orientales, es

preciso darle una compensación equivalente si se desea esa "Polonia fuerte e independiente" que no sólo los Estados Unidos y Gran Bretaña han prometido reconstituir, sino que también el gobierno soviético ha proclamado oficialmente como uno de los objetivos de su propia política.

La única solución para estos cuatro problemas es dar a Polonia la provincia de la Prusia oriental, haciendo un reajuste, al mismo tiempo, en la frontera situada entre la Prusia occidental y el desaparecido corredor polaco, para darle al nuevo Estado alemán en el cual quedaría comprendida la Prusia occidental, una parte del antiguo corredor. Este arreglo dejaría a los polacos los puertos de mar de Danzig y Gdynia. La frontera exacta entre el nuevo Estado del este de Alemania y el lado occidental de Polonia, podrá determinarse sólo después de un estudio en el terreno de los decisivos problemas de población y de la superficie agrícola disponible.

En un reajuste de carácter tan radical, las transferencias de poblaciones deben hacerse en un plazo razonable, bajo la directa vigilancia de una organización internacional. Cualquier habitante que lo desee debe tener oportunidad de elegir libremente entre una u otra soberanía, garantizándosele una compensación equitativa por los bienes inmuebles u otros que se vea obligado a abandonar. Se calcula que más o menos una tercera parte de la población de la Prusia oriental se compone de habitantes de nacionalidad o de ascendencia polaca. El problema humano de transferir poblaciones en tan gran escala, es sumamente serio. Sin embargo, hay un solo caso en los últimos tiempos —el cambio de poblaciones entre Turquía y Grecia después de la primera guerra— en que la transferencia se hizo no sólo humanamente y con todo éxito, sino que hoy ambos países reconocen que fué beneficiosa.

Lo que se propone con esta modificación de fronteras entre Alemania y Polonia es una especie de operación quirúrgica; pero es el único remedio que da alguna promesa de permanencia, pues no hay duda que cambios como los de 1919 sólo pueden ser perjudiciales. Al terminar la guerra actual, tanto la Unión Soviética como Alemania y Polonia

estarán interesadas en un arreglo definitivo, y si la situación no se resuelve con mucho tino, se enconará una vez más la llaga con la consiguiente amenaza de nuevos peligros en los años venideros.

Se replicará en el acto que una solución como la que se propone sería una violación evidente de la promesa contenida en la Carta del Atlántico sobre el derecho de libre determinación de todos los pueblos. Esta promesa, como yo la interpreto, impediría el traslado de pueblos, contra su voluntad, de la jurisdicción de un gobierno soberano a la de otro; impediría obligar a un ciudadano alemán a que se hiciera polaco contra su propia voluntad, u obligar a un polaco a vivir bajo la soberanía rusa, o viceversa. A mi modo de ver, es esta la libertad esencial que promete la Carta del Atlántico; pues si se interpretara esta promesa en el sentido de que impide cualquier ordenada transferencia de territorio en cualquier parte del mundo, sería imposible, una vez que termine la guerra, tomar las medidas necesarias para solucionar los problemas que han asolado a la Europa central y oriental durante tantos siglos y cuya continuación en los años de postguerra haría fracasar la creación de una Europa estable y pacífica.

En la modificación propuesta con respecto a la Prusia oriental, no se supone que la población sea transferida, como ganado, de una soberanía a otra, sino que, por el contrario, se recomienda especialmente que toda persona que desee retener su antigua nacionalidad tenga el derecho de hacerlo, y que cualquier persona que por este motivo se vea obligada a emigrar reciba una justa compensación de las pérdidas que pueda sufrir por causa del traslado.

Cualquier traslado de poblaciones trae consigo penalidades y sufrimiento. Pero en un caso como el que consideramos, los beneficios que a la larga pueden resultar para la paz y la estabilidad de toda Europa, serán mil veces superiores a los sufrimientos temporales que pueda causar.

La división sería más eficaz que ninguna otra medida para hacer desaparecer el dominio que ejerce el militarismo sobre

el pueblo alemán. Pero también es cierto que los planes de los militaristas han tomado muy en cuenta esta posibilidad, y que el Estado Mayor, como tal, continuará sus actividades durante muchos años todavía.

Hay un solo medio por el cual se puede hacer desaparecer este peligro, y es inspirar un nuevo espíritu en el pueblo alemán y un concepto totalmente nuevo de las cosas por las cuales vale la pena vivir y luchar. Mucho me temo, sin embargo, que las Naciones Unidas revelarían tanta debilidad de corazón como de entendimiento si supusieran que ese cambio puede operarse en la presente generación. Por eso, todas las medidas preventivas que tomen las potencias victoriosas contra cualquier actividad militar alemana en tiempos de paz, deben ser persistentemente mantenidas durante largos años.

En vista de que el uso eficaz por el Estado Mayor alemán de cómplices indirectos requiere que la verdadera naturaleza de sus actividades se mantenga secreta, el mejor medio para contrarrestarlas será dar, por la prensa y la radio de las Naciones Unidas, todos los detalles de dichas actividades tan pronto como se descubran.

Para que sea posible informar acerca de estos hechos, su existencia debe ser plenamente averiguada y verificada, lo cual requiere servicios de investigación de alta eficiencia cuya naturaleza precisa podrán determinar solamente los gobiernos interesados. Sin embargo, podemos asegurar que cada gobierno necesitará tener un conocimiento mucho más preciso que el que se ha tenido hasta ahora del origen de las inversiones de capital extranjero, así como de los extranjeros que tienen algún papel en las industrias y en la vida financiera de la nación.

Cuando se restablezca la paz, muchos de entre nosotros pueden considerar esas precauciones como fantásticas e innecesarias. Pero sería una locura olvidar las claras lecciones del pasado. La única prueba de la inutilidad de esas precauciones la darán los propios alemanes cuando convenzan a los demás pueblos del mundo que han dejado para siempre

de adorar a los dioses que sus amos de la guerra les enseñaron a servir.

Después de la primera guerra mundial, cuando las naciones aliadas fueron informadas de que, con el establecimiento de la República de Weimar, empezaba a oírse la expresión libre del pueblo alemán, aceptaron tácitamente la verdad de esas aseveraciones. Yo sería el último en afirmar que Fritz Ebert y sus inmediatos colaboradores eran insinceros o antidemocráticos en sus creencias. Pero los sucesos de los últimos veinticinco años han demostrado fehacientemente no sólo que la democracia no halló eco en el pueblo alemán, sino también que los gobiernos aliados no hicieron nada para estimular su desarrollo dentro de Alemania.

Ya muchos alemanes, ahora refugiados en los Estados Unidos, dicen que la mejor manera de asegurar el buen comportamiento de los alemanes en los años venideros es darles una nueva oportunidad para que establezcan una verdadera democracia en una Alemania unificada, y un número cada vez mayor de ciudadanos de las democracias occidentales, muchos de ellos liberales de ideas avanzadas, expresan públicamente la misma convicción.

Una de las principales razones por las cuales este punto de vista es difícil de aceptar para algunos observadores atentos de la historia alemana en los últimos años, es el hecho de que, después de la derrota de Alemania, las condiciones serán mucho menos propicias esta vez para la creación de una verdadera democracia de lo que fueron después de la primera guerra mundial. Desde que Hitler adquirió el dominio del Reich, la juventud alemana ha sido sistemáticamente corrompida. Se necesitaría ser muy optimista, por mucha simpatía que se tenga por el pueblo alemán, para alentar alguna esperanza de que la generación joven llegue a comprender alguna vez lo que significa la democracia. Durante sus años de formación, los jóvenes alemanes no han tenido otra educación que la que les ha dado la maquinaria nazi. Se les ha enseñado a no creer en otros ideales que en los de la raza superior y en el derecho inherente de los pueblos germánicos

de dominar al mundo. Han visto con entusiasmo los constantes y eficaces esfuerzos de sus líderes para disminuir el número de habitantes y la futura población de los países ocupados. Se les ha inculcado un absoluto desprecio por la religión, y un odio salvaje por las demás razas. Esos millones de alemanes estarán en el apogeo de su vida durante las dos próximas decadas. Serán la fuerza dominante dentro de Alemania, y la suya será la fuerza del fanatismo y de la venganza.

Las brutalidades del hitlerismo se han convertido en la rutina diaria de todas las generaciones en la Alemania de hoy. Han debido producir necesariamente un encallecimiento de la psicología nacional que no cambiará de la noche a la mañana con un cambio de la estructura gubernamental como el que se hizo en 1918.

Cuando la guerra haya terminado, el régimen nazi habrá conseguido no solamente destruir el valor de los ahorros y de la propiedad de todas las clases sociales en los países ocupados, sino también, por su política interna de requisiciones de guerra, habrá desvalorizado todas las propiedades muebles dentro de la misma Alemania. A excepción de unas cuantas autoridades nazis, todos los alemanes quedarán en la ruina, y la miseria y el hambre serán mucho peores que en 1918.

Con toda probabilidad, la primera estratagema del comando militar alemán será fomentar en todo el país el desarrollo del comunismo de tipo revolucionario mundial. Las condiciones serán más que favorables, y es completamente seguro el establecimiento de gobiernos comunistas de esa clase si las fuerzas de las Naciones Unidas lo permiten. Muchos elementos liberales bien intencionados dentro de las Naciones Unidas sostendrán que la creación de esa clase de gobiernos es una prueba positiva de que el pueblo alemán ha visto la luz y que por fin da los primeros pasos en el camino del gobierno propio.

En modo alguno sería éste necesariamente el caso. El establecimiento en Alemania del comunismo de tipo trotskista o de revolución mundial, dará al Estado Mayor alemán todas

las ventajas que busca. Porque una vez que termine la guerra, todos los países ocupados de Europa y muchos países de otras partes del mundo serán presa de una gran agitación social como resultado de su postración económica, y un nuevo comunismo alemán, inspirado en las doctrinas de la revolución mundial y dirigido por el cerebro frío y vengativo del Estado Mayor, encontrará en muchas partes del mundo una situación ideal para los propósitos del pangermanismo. Por lo tanto, la clase de gobierno que debe tener el pueblo alemán debe ser decidida en conjunto por las Naciones Unidas, después de considerar todos los peligros que puedan resultar de las maquinaciones secretas del Estado Mayor.

Las Naciones Unidas deben continuar ocupando varias regiones de Alemania por un largo período después de la guerra, bajo la suprema autoridad de la futura organización mundial. Antes que nada, los criminales de la guerra deben ser juzgados y sentenciados. La vuelta al gobierno propio debe ser gradual, comenzando por establecer administraciones municipales, una vez que todos los funcionarios nazis hayan sido eliminados; además, mientras no se haya aliviado la miseria del período de postguerra y mientras el pueblo alemán no haya vuelto a poner su industria y su agricultura en un pie que se aproxime al de los tiempos de paz, será extremadamente peligroso y contrario a sus propios intereses el apresurar su vuelta al gobierno propio. Es indudablemente necesario, por supuesto, que Alemania se estabilice social y económicamente, aun durante la ocupación, antes de que las Naciones Unidas puedan permitir que se establezcan otros gobiernos que los municipales.

Y aun en este caso será preciso tomar ciertas medidas de seguridad. Debe establecerse un sistema de controles, organizado y operado por la organización mundial, que asegure la imposibilidad del rearme de Alemania, y que todos los depósitos de armas y municiones existentes a la fecha del armisticio sean entregados a las Naciones Unidas. Es necesario que esta vez se evite caer en la fatal ineficiencia que existió a este respecto en 1920. En la misma forma y con el mismo objeto, se debe imponer una estricta vigilancia sobre la industria pesada y la minería, así como sobre las importaciones alemanas. Finalmente, si se internacionalizaran todas las comunicaciones y fuentes de energía de la Europa central, incluyendo ferrocarriles, transporte fluvial y de cabotaje, radio y telégrafo y fuerza eléctrica, se tomaría una medida de extraordinaria importancia práctica, tanto desde el punto de vista económico como para evitar que los alemanes usaran esos medios con fines militares.

Todas las precauciones que hasta aquí hemos considerado son, en un sentido, negativas; son medidas preventivas. Lo que a la larga dará resultados más importantes son las medidas constructivas que se deben tomar para alentar al pueblo alemán a convertirse, por su propia iniciativa, en un miembro cooperador de la sociedad humana.

Porque, a mi juicio, si se desea que el tratamiento que se dé a Alemania refuerce los cimientos de la paz mundial, no debe ser punitivo. Debe corresponder a una política adoptada por la organización mundial, que sea a la vez terapéutica y preventiva, y que prepare al pueblo alemán para un verdadero gobierno propio cuando realmente haya aprendido a apreciar el valor de tal forma de gobierno como una de las mejor calculadas para asegurar su bienestar.

El propósito de la política que se adopte debe ser, no destruir a Alemania, sino transformar a este país en un miembro que, sin inspirar recelos, aporte su cooperación a la sociedad mundial.

Se debe comenzar a luchar por este objetivo inmediatamente después de la derrota de Alemania, aunque es probable que pase mucho tiempo antes de que se pueda permitir sin peligro que el pueblo alemán camine solo. Lo más esencial es buscar hasta encontrarlas las fuerzas sanas de Alemania que, si se las estimula y ayuda, pueden constituir su salvación.

A mi modo de ver, estas fuerzas son, principalmente, las que surgirán del restablecimiento de la libertad religiosa. Entre las pocas figuras admirables que han aparecido en la escena alemana en los años del hitlerismo se cuentan las que

han tenido la valentía de hablar en nombre de la iglesia. La reforma espiritual a que puede dar nacimiento la restauración de la libertad religiosa en Alemania sería importantísima.

La libertad de información, que es indispensable, puede ser también una de las grandes fuerzas constructivas en la creación de la nueva conciencia nacional alemana. Para un pueblo privado de todos los medios de conocer la verdad durante los últimos diez años, la completa libertad de información provocará en el primer momento una amarga sorpresa, pero puede convertirse, con el tiempo, en un medio de regeneración nacional.

El establecimiento de una organización mundial eficaz librará de temores al pueblo alemán, y lo librará de la miseria una sana política económica que contribuirá a estabilizar su mentalidad.

Muchos ciudadanos alemanes que están ahora en el destierro por su odio al nazismo, están dispuestos a trabajar por la salvación de su patria. Las Naciones Unidas deben darles toda ayuda, tan pronto como llegue el momento, para que su voz pueda ser oída por sus conciudadanos.

La organización de "Alemanes libres" y los grupos de ciudadanos norteamericanos de ideas liberales y bien intencionados que la apoyan, han comenzado ya activamente a mover la opinión pública de nuestro país en el sentido de que es posible confiar en el cuarto Reich alemán, siempre que se ayude a los "demócratas" alemanes a tomar y conservar las riendas del gobierno. Yo me contaría en el número de los que sostienen esa opinión si pudiera creer que la democracia es realmente capaz de determinar los destinos del pueblo alemán en un futuro previsible. Lo primero que hay que recordar es que la democracia no puede ser impuesta, y sólo existe realmente cuando nace de la conciencia y de la voluntad de un pueblo. La historia de los últimos veinticinco años no nos ofrece ninguna prueba fidedigna de la cual pueda derivarse ni siquiera la sombra de una promesa de que la democracia pueda convertirse en una fuerza auténtica o predominante en Alemania, mientras la juventud trágicamente envenenada por Hitler siga siendo la mayoría del pueblo alemán.

Si después de los años de prueba llega a la mayoría de edad una nueva generación de alemanes en condiciones que les permitan tomar conciencia de lo que realmente significa la palabra libertad, cabe tener esperanzas de que la democracia —verdadera y no artificial— prevalezca en todas las regiones de Alemania. Cuando llegue ese momento, la organización internacional debe, una vez más, dar al pueblo alemán la oportunidad de que decida libremente sus destinos políticos lo mismo que cualquier otro pueblo de la tierra. Pero entretanto, hasta los grupos liberales más idealistas de los Estados Unidos harían bien en detenerse un instante y repasar las páginas sangrientas de la historia de la última década.

Las condiciones que las Naciones Unidas impongan a Alemania una vez que se obtenga la victoria no deben ser ni draconianas ni vengativas. Deben ser decididas, sin embargo, a la luz de la amarga realidad de que, dos veces durante el último cuarto de siglo, Alemania ha traído la guerra y la devastación a la humanidad. Los pueblos del mundo, para asegurar su propia supervivencia y la de aquellas cosas que les son más queridas, están obligados a velar por que la raza alemana no pueda otra vez ser la congoja de la humanidad.

PARTE TERCERA

Capítulo X

LA ORGANIZACIÓN MUNDIAL

Desde hace siglos el hombre civilizado persevera y tantea en la búsqueda de algún medio de prevenir la guerra. Una y otra vez, en los últimos cuatrocientos años, se ha considerado como el supremo ideal el concepto de una asociación de naciones cooperativamente consagradas al bien común y unidas por el propósito fundamental de hacer imposible la guerra.

Muchos de los planes que se han concebido para conseguir este fin tienen, aun en nuestros días, un interés que no es meramente académico o histórico. Los investigadores de hoy pueden encontrar mucha inspiración y, por eso mismo, valiosas sugestiones prácticas, en ideas como las que contiene el plan de William Penn para una unión federal de Europa, de 1693, o el proyecto, tan singularmente actual, de una federación de pueblos libres y democráticos publicado por el filósofo Manuel Kant, autor de la "Crítica de la razón pura", en 1795.

El período caótico y sangriento que comenzó con la revolución francesa para terminar, veinticinco años más tarde, en Waterloo, aumentó el ímpetu de la búsqueda. Pero la única solución que se encontró fué la proclamada por el Congreso de Viena bajo el nombre de la Santa Alianza. Este intento de mantener una paz estable por medio de una alianza

militar que reprimiera la libertad humana y perpetuara un status quo totalmente reaccionario, estaba por fuerza condenado al fracaso. Con la revolución popular que se extendió sobre Europa en la década de 1840, desaparecieron las últimos vestigios de la Santa Alianza. Y si durante la segunda mitad del siglo XIX los pueblos de Europa se vieron libres de una guerra general, fué sólo por la tregua armada resultante del sistema del equilibrio europeo, auspiciado y sostenido por Gran Bretaña.

Los sufrimientos que causó la guerra de Crimea determinaron, por lo menos, algún progreso en el sentido de la cooperación internacional. En la Conferencia de París de 1856 se firmaron convenios internacionales para la adopción de normas más humanitarias en la prosecución de la guerra.

El primer triunfo importante en el campo de la cooperación internacional para eliminar las causas de la guerra se obtuvo en las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907, convocadas a iniciativa del gobierno ruso. Los tratados concluídos en esas dos conferencias indicaban el procedimiento para el arreglo pacífico de las controversias internacionales por medio de tribunales de arbitraje establecidos en La Haya. Se habría avanzado también en el campo del desarme internacional si, como se dijo en páginas anteriores, no se hubiera opuesto tan tenazmente el gobierno alemán.

Entre el año de 1900 y el estallido de la primera guerra mundial, en 1914, la opinión pública en Europa y en las Américas adquirió rápidamente un gran impulso, y comenzó a crecer y a difundirse la demanda de que se crearan métodos eficaces para prevenir la guerra o para limitar sus efectos. Es de notar que una de las proposiciones más avanzadas fué la que presentó a la Segunda Conferencia de La Haya el gobierno del Uruguay, entonces, como siempre, a la vanguardia de los gobiernos liberales y progresistas.

En nuestro país, la tendencia había llegado a ser muy poderosa. El movimiento, completamente apolítico, recibió el apoyo de líderes de ambos partidos así como el de figuras destacadas de la iglesia, las universidades y la vida profesional, y se desarrolló rápidamente hasta convertirse en una verdadera demanda popular de que se interpusieran la influencia y el prestigio de los Estados Unidos para alcanzar esos altos objetivos; después del estallido de la primera guerra mundial, el movimiento llegó a su punto culminante.

Ya en 1910, en su discurso al Comité del Premio Nobel en Noruega, Teodoro Roosevelt había declarado:

> "Sería un golpe maestro que esas grandes potencias sinceramente empeñadas en la paz formaran una liga, no solamente para mantener la paz entre ellas, sino también para impedir, por la fuerza si es necesario, que otras la perturben. La suprema dificultad para el desarrollo de la obra en favor de la paz que realiza La Haya, deriva de la falta de un poder ejecutivo o de una policía que haga respetar los fallos del Tribunal."

En 1915, Teodoro Roosevelt reiteró su tesis, tan aplicable hoy como hace treinta años:

> "De las medidas que han sido propuestas hasta ahora para obtener la paz, la única de valor permanente que tiene probabilidades razonables de lograr sus fines es un convenio entre las grandes potencias en virtud del cual cada una se comprometa no solamente a cumplir las decisiones de un tribunal común, sino también a respaldar con la fuerza las decisiones de ese tribunal. Las grandes naciones civilizadas del mundo que disponen de fuerza actual o inmediatamente potencial, deberían, mediante un pacto solemne, unirse en una gran liga mundial para sostener la paz de la justicia."

Es digno de mención que ese mismo año, en el tradicional discurso del Canciller en el Union College, el Senador Henry

Cabot Lodge, con toda precisión y claridad, expresó la misma convicción.

También en 1915, se creó en Filadelfia la Liga para imponer la paz, formada en un comienzo por mil norteamericanos eminentes, entre los cuales se contaba el ex presidente Taft como uno de los inspiradores, y consagrada a los mismos ideales que proclamaban Teodoro Roosevelt y Henry Cabot Lodge.

En el mismo año de 1915, el Presidente Wilson, por intermedio del coronel House, emprendió la tarea de formar una liga Interamericana de Naciones que se fundaría sobre el primer enunciado de la Doctrina de Monroe. A pesar de su fracaso, este primer esfuerzo, que nunca llegó más allá de su nebulosa etapa preliminar, sirvió para que cristalizaran en el pensamiento de Woodrow Wilson los principios que más tarde aparecerían en el Pacto de la Sociedad de las Naciones.

Como todo producto del intelecto humano, el Pacto de la Liga de las Naciones no es perfecto. Sus imperfecciones han resaltado claramente en los años transcurridos desde su adopción en París, a principios de 1919; muchas de ellas pueden, con toda justicia, atribuirse a los compromisos que el Presidente Wilson se vió obligado a aceptar ante las presiones y exigencias resultantes de nuestra propia situación política interna, entre las cuales estaba, por supuesto, la reserva relativa a la Doctrina Monroe, calificada como "convenio regional", cosa que en ese tiempo estaba muy lejos de ser. Además, la creciente resistencia de los líderes de ambos partidos en el Senado de los Estados Unidos para apoyar, siquiera en forma limitada y circunscrita, el uso de la fuerza por nuestro país, diluyó hasta la ineficacia los artículos del Pacto referentes a la imposición de sanciones y al empleo eventual de la fuerza para detener la agresión. Si, cuando comenzó el debate en el Senado, el Presidente Wilson hubiera sido capaz de llegar a un acuerdo sobre las llamadas "ligeras reservas", nuestro país habría entrado a la Sociedad de las Naciones, y con toda probabilidad habría sido posible resolver de un modo u otro, con el tiempo, cualquier dificultad seria creada por esas reservas.

Se necesitaría ser ciego para no comprender que las esperanzas de una mayoría abrumadora del pueblo norteamericano, y de los millones de hombres que expusieron sus vidas por el país, de que nuestra nación asumiría íntegramente sus responsabilidades en la prevención de las guerras futuras, fueron traicionadas por los resultados de las elecciones nacionales de 1920.

A costa de sacrificios infinitamente mayores, nuestro país tiene ahora, veinticinco años más tarde, una nueva oportunidad para decidir que no se repita la tragedia. Por una extraña coincidencia, este gran problema debe resolverse otra vez en el tumulto de una elección presidencial. Sería demasiado suponer que la naturaleza humana ha cambiado a tal punto que algunos líderes políticos no tratarán nuevamente de aprovechar la situación con fines partidistas, aun a pesar del hecho de que la forma en que se decida este problema será cuestión de vida o muerte para los Estados Unidos. Creo, sin embargo, que nuestros soldados y sus familias, los trabajadores y los contribuyentes del país, con la experiencia que hemos tenido desde la última guerra, habrán comprendido que el problema trasciende toda política de partidos, y confío en que exigirán que esta cuestión suprema sea resuelta sin otra consideración que la de los medios más adecuados para impedir que las tragedias y pérdidas actuales "sucedan otra vez".

¿Cuáles son los pasos necesarios para que nuestro gobierno obtenga la seguridad de que, en los años venideros, los Estados Unidos podrán vivir libremente y prosperar en un mundo ordenado y pacífico?

Son muchos los que han abogado últimamente por un orden mundial edificado sobre los mismos cimientos en que se basa el sistema interamericano. Soy el primero en sostener, como tantas veces lo he dicho públicamente, que los convenios actuales entre las veintiuna repúblicas han producido el sistema regional más avanzado que se ha desarrollado hasta la fecha, y que es digno de servir como ejemplo de lo que pueden

conseguir los pueblos libres. Tengo la esperanza de que el actual sistema interamericano continuará por muchos años, y más aun, de que puede llegar a integrarse mejor y ser mucho más eficiente. Pero no se lo puede tomar como modelo perfecto para una organización internacional eficaz, ya que los convenios interamericanos actualmente en vigor no incluyen ninguna disposición sobre el uso de la fuerza para prevenir o detener la guerra.

Toda la estructura interamericana se basa sobre cuatro principios fundamentales: el reconocimiento recíproco de la igualdad soberana de las veintiuna repúblicas; la no intervención de ninguna de ellas en los asuntos internos o exteriores de las demás; el compromiso de todas de que recurrirán únicamente a métodos pacíficos para solucionar las controversias que puedan suscitarse entre ellas; y, por último, el convenio entre todas de que cualquier peligro o amenaza de peligro que se origine fuera del hmisferio contra la paz de una nación americana, será considerada por las demás como un peligro igual para todas ellas, y requerirá la adopción de las medidas conjuntas que determinen de común acuerdo por un procedimiento de consulta. El sistema interamericano provee los métodos necesarios para la conciliación, mediación, o arbitraje de todas las controversias que puedan suscitarse entre los miembros de la familia de naciones americanas. Aunque no es en modo alguno seguro, puede ocurrir que el actual procedimiento consultivo dé lugar a un convenio para usar la fuerza en el caso de que una de las repúblicas americanas pusiera en peligro la paz del hemisferio. Hasta el momento, sin embargo, nada se ha estipulado acerca de si se debe, o cómo o cuándo se debe usar la fuerza para rechazar una agresión originada ya sea dentro del hemisferio o fuera de él.

El peligro de un ataque extracontinental está comprendido, desde hace más de un siglo, en las disposiciones de la Doctrina Monroe en virtud de las cuales cualquier amenaza de una potencia no americana contra la integridad o la independencia de una nación americana se considera como una amenaza inmediata para los intereses vitales de los Estados

Unidos, que demanda la plena utilización de sus recursos. Además. la única potencia mundial, fuera de los Estados Unidos, que tiene una posición dominante en el Atlántico, ha sido Gran Bretaña, que por muchas generaciones ha sido considerada por los Estados Unidos y por las demás repúblicas americanas como una potencia amiga de cuyo poder naval no puede esperarse ningún peligro.

Por lo tanto, los que han sugerido que se tome el sistema interamericano como un modelo perfecto para una organización internacional, o no han reparado, como dije, en el hecho fundamental de que carece de toda estipulación concreta respecto del uso de la fuerza para preservar la paz, o han creído, lo que, a mi juicio, no se puede creer, que una organización internacional puede mantener la paz sin tener a su disposición la fuerza armada que sea necesaria para prevenir el estallido de la guerra o para tomar medidas punitivas contra el transgresor.

Otras personas, entre las cuales se cuentan varios estadistas destacados de los Estados Unidos, son de opinión de que es urgente introducir los cambios necesarios en la Sociedad de las Naciones y ponerla nuevamente en funciones. Sería una verdadera locura que las Naciones Unidas no trataran de salvar todo lo que se pueda de la Sociedad ni de aprovechar la experiencia adquirida con el funcionamiento del Pacto. Hay toda clase de razones prácticas para considerar el Pacto de la Sociedad de las Naciones como una norma para determinar la eficacia de una nueva organización mundial. Pero me parece que, con la lección de los últimos veinticinco años, sería desastroso tratar de edificar otra organización exactamente sobre los mismos cimientos.

Creo, desde hace mucho tiempo, que la razón principal del fracaso de la Sociedad de las Naciones fué el hecho de que el Pacto surgiera de improviso como un estatuto internacional completo y detallado. No fué algo que pasara naturalmente a los tiempos de paz como un resto utilizable de lo que se había creado por las necesidades de la guerra. El Pacto no se desarrolló gradualmente, como fruto de la experiencia.

Además, su aparición como algo completo y definitivo alentó en los pueblos de todo el mundo la convicción de que por fin existía la paz verdadera. Era imposible que sus gobiernos les hicieran ver la verdad de que el Pacto era un simple papel, y que no podría ser otra cosa si las grandes potencias no estaban dispuestas a usar, en caso necesario, la fuerza armada suficiente para hacer cumplir sus estipulaciones, así como las del tratado de paz, especialmente en los primeros años turbulentos de la postguerra.

Esta vez parece indispensable usar un método completamente diferente. Es esencial que, antes de que termine la guerra, las Naciones Unidas convengan en que la rendición de sus enemigos sea seguida por un período transitorio, cuya duración sería determinada más adelante de común acuerdo y dependería de los progresos que se hicieran en echar las bases para un mundo pacífico. Durante este período de transición las Naciones Unidas tendrían la oportunidad de tomar las primeras medidas militares más urgentes; de corregir los gravísimos errores territoriales del pasado; de hacer los traslados de población que fueran necesarios; de concluir los programas más inmediatos de rehabilitación y reconstrucción, y de prepararse para asumir el fideicomiso internacional de los pueblos dependientes que aún no están en condiciones de gozar los derechos de gobernarse por sí mismos. Durante este período, a medida que se desvanezcan los odios y la amargura engendrados por los años de guerra, las Naciones Unidas pueden definir poco a poco los mecanismos concretos necesarios para una organización internacional permanente y eficaz.

Pero mucho antes de que termine la guerra, las Naciones Unidas deben ponerse de acuerdo sobre una organización provisional que las una firmemente y que sea el embrión del organismo evolucionado del futuro. Primero que nada, antes del período transitorio y mientras éste dure, debe estar funcionando efectivamente una agencia ejecutiva de las Naciones Unidas que pueda tomar decisiones militares y políticas a nombre de todas ellas. En el momento actual no existe un organismo

de esta especie. En los Convenios de Moscú, las cuatro grandes potencias de las Naciones Unidas dieron el primer paso en esa dirección con su acuerdo de cooperar después de la victoria así como durante la guerra, y expresaron su deseo de crear una organización internacional permanente.

Crearon, además, la Comisión del Mediterráneo, compuesta de representantes de los gobiernos británico, soviético y norteamericano (y, eventualmente, de otros miembros de las Naciones Unidas especialmente interesados en la región del Mediterráneo), y establecieron en Londres una Comisión Consultiva Europea compuesta sólo por funcionarios subalternos de Inglaterra, Rusia y Estados Unidos, y encargada de resolver las cuestiones políticas que se presenten en Europa. Ninguna de las dos comisiones representa a las Naciones Unidas en conjunto. Las únicas agencias realmente representativas que se han creado hasta ahora son la Administración Internacional de Socorro y Rehabilitación (UNRRA), instituída para socorrer a las poblaciones de los países asolados por la guerra, el Comité de Alimentación y Agricultura, y el grupo de especialistas que ha estado formulando planes para la solución del gran problema de las finanzas en la postguerra.

Las Naciones Unidas no podrían cometer un error más fatal que el de entrar al período de transición sin haber establecido previamente algún organismo ejecutivo que las represente a todas y que actúe en su nombre para abordar problemas que no sólo se presentarán cuando cesen las hostilidades, sino que, en realidad, se están presentando desde ya. Es lamentable que este organismo ejecutivo no haya sido creado hace algún tiempo, a fin de que hubiera podido pasar de la guerra al período siguiente al armisticio, adquiriendo así una valiosa experiencia y la posibilidad de asentarse como una organización viable en el trabajo práctico que le permitirían resistir con éxito las violentas tensiones que caracterizarán el período crítico de la postguerra.

Las cuatro grandes potencias de las Naciones Unidas sobre las cuales pesa la mayor responsabilidad en la tarea de ganar la guerra y de impedir nuevos estallidos después del armis-

ticio, deben necesariamente asumir también la de tomar y hacer cumplir todas las decisiones militares. Actualmente, todas las medidas de este carácter son discutidas por los Jefes de Estado Mayor Combinados o por comisiones especiales de los estados mayores de las grandes potencias. Durante el período de transición, debería estar ya en funciones un mecanismo más permanente, derivado de la combinación que ahora existe de los Jefes de Estado Mayor, que diera los pasos necesarios sin ninguna tardanza y sin peligro de fricciones o mala inteligencia. Es preciso encontrar también algún medio de coordinar las agencias políticas y militares, a fin de evitar que las autoridades militares de las grandes potencias tomen o ejerzan influencia sobre las decisiones puramente políticas, las cuales deben ser tomadas por todas las Naciones Unidas.

Tan pronto como comience el período de transición, las Naciones Unidas tendrán que ocupar los países del Eje por un tiempo indefinido, y antes aun, se verán obligadas a ocupar temporalmente los países que fueron invadidos por el Eje hasta que sus legítimos gobiernos puedan reasumir la administración local o el pueblo elija libremente el gobierno que le convenga. También las Naciones Unidas tendrán que determinar las obligaciones y deberes de las fuerzas armadas a las cuales encomendarán la tarea de hacer cumplir las condiciones de la paz hasta el momento en que dicha tarea pueda ser asumida por un organismo internacional permanente.

En el campo puramente político, requerirán urgente atención una gran variedad de problemas, tanto en los países derrotados del Eje como en los países ocupados. Asimismo, las decisiones sobre fronteras y movimientos de población deben hacerse dentro del más breve tiempo posible.

El consejo ejecutivo de las Naciones Unidas debe también crear nuevos organismos, o utilizar los existentes, para echar las bases de la reconstrucción económica y financiera.

He mencionado sólo unos pocos de los problemas más importantes que tienen que abordar las Naciones Unidas. Si existiera en la actualidad un consejo ejecutivo en que todas

estuvieran representadas, podría mirarse con menos inquietud la posibilidad de que se les dé una solución justa y eficaz. Y es inconcebible que las Naciones Unidas en conjunto estén dispuestas a aceptar gustosas que, fuera del terreno puramente militar, sean solamente las cuatro grandes potencias las que decidan.

Un gran sector de nuestra opinión pública, incluyendo a algunas de nuestras mejores autoridades en asuntos internacionales, sostienen que lo único que en realidad se requiere para formar una organización internacional después de la guerra, es continuar la alianza militar entre la Unión Soviética, la Comunidad Británica de Naciones y los Estados Unidos, y la China cuando se trate de problemas asiáticos.

Me parece que los sostenedores de esta tesis no consideran dos hechos indiscutibles. El primero es que en toda la historia no se da el caso de que las alianzas militares hayan durado más de unos pocos años. Las ambiciones y la política nacional cambian constantemente, unos dirigentes sustituyen a otro, y surgen rivalidades y antagonismos entre los componentes de la alianza. El segundo hecho es que los demás miembros de las Naciones Unidas, sin contar los pocos países neutrales, nunca aceptarán ser dominados indefinidamente por una dictadura de las cuatro grandes potencias. No están peleando una guerra contra la dominación del hitlerismo para sustituir la tiranía del Eje por una nueva forma de dictadura mundial.

Los seguidores de esta misma escuela insisten en que la promesa que han hecho las cuatro grandes potencias de cooperar en el uso de la fuerza para resguardar la paz después de la guerra, se debe limitar estrictamente a hacer cumplir los tratados de paz que se impongan a Alemania y al Japón, y en que el plan de cualquier futura organización mundial no debería contener ninguna promesa de las potencias de usar la fuerza para prevenir una nueva guerra. Sostienen también que la organización mundial debería ser, a lo más, un convenio entre las naciones que a ella pertenezcan de consultarse mutuamente, sin que su creación implique acuerdos

sobre principios de conducta ni estipulaciones relativas a la naturaleza de sus obligaciones.

Si una organización de este género es todo lo que logran realizar las Naciones Unidas como resultado de la segunda guerra mundial, el pueblo de los Estados Unidos tendría muy pocos motivos para creer que el mantenimiento de la paz mundial pueda durar más de unos años llenos de incertidumbre.

Ninguna organización internacional podrá sobrevivir si no la sostiene la opinión de los hombres y de las mujeres libres de todo el mundo; y éstos no darán su apoyo a una nueva organización internacional que no garantice a todos ellos, en vez de sujeción, libertad e independencia nacionales; que no se base en las normas de conducta internacional que la experiencia de la humanidad ha demostrado que son lo único capaz de establecer un mundo digno; que no se constituya sobre la promesa de que la paz no será solamente objeto de consulta, sino que realmente se la hará respetar como la primera obligación de todas las naciones.

Si queremos tener alguna esperanza de que exista una organización internacional permanente en el futuro, el camino hacia ella debe ser preparado ahora mismo. Por eso, aunque, como ya he dicho, un consejo ejecutivo provisional de las Naciones Unidas debe capacitar a las grandes potencias para asumir eficazmente sus responsabilidades puramente militares, debe reconocer, al mismo tiempo, a los demás miembros de las Naciones Unidas el derecho que tienen de intervenir en todas las demás decisiones.

La mejor manera de reconciliar estos dos indispensables requisitos, sería establecer el consejo ejecutivo de las Naciones Unidas en la siguiente forma:

A. — Debe crearse el Consejo Ejecutivo Provisional de las Naciones Unidas en virtud de un convenio entre todas ellas, y con el firme compromiso de que, tan pronto como acuerden que ha llegado el momento oportuno para hacerlo, se establecerá una organización internacional permanente para el mantenimiento de la paz y para promover el bienestar de todos los hombres. Entretanto, el Consejo provisional deberá funcionar en nombre de todas las Naciones Unidas, como la autoridad suprema que las represente a todas.

B. — El Consejo Provisional se compondrá de once miembros, uno por cada una de las cuatro grandes potencias aliadas, es decir, el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, la Unión Soviética, la China, y los Estados Unidos; dos miembros escogidos por el grupo de naciones europeas; dos miembros elegidos por el grupo de naciones americanas; un miembro por el grupo de naciones del Lejano Oriente; un miembro por el grupo de naciones del Cercano y Medio Oriente y del África, y uno por los dominios británicos.

C. — Los miembros del Consejo ejecutivo representantes de los grupos regionales de estados serán elegidos por el término de un año por todos los estados comprendidos dentro de la región, de una lista de dos candidatos designados por cada estado del grupo regional, pudiendo dichos candidatos ser elegidos entre los ciudadanos de cualquiera de los estados comprendidos en la región. Los miembros del Consejo Ejecutivo elegidos por grupos de estados, deben representar los intereses de la región en conjunto y no los intereses propios del estado del cual son ciudadanos.

D. — El Consejo Ejecutivo estará encargado de los siguientes deberes principales:

1. — Determinar el procedimiento que debe adoptarse para el arreglo pacífico de cualquier disputa que pueda surgir después del armisticio y que constituya una amenaza para la paz.

2. — Si los métodos de arreglo pacífico fueran ineficaces, referir la disputa, real o posible, a las agencias de policía que funcionen bajo la autoridad del Consejo Ejecutivo.

3. — Asumir la responsabilidad de determinar la forma de administración de cualquier territorio del Eje desde el momento en que las autoridades militares de las grandes potencias que hayan ocupado esa región declaren que se han obtenido en ella todos los objetivos puramente militares.

4. — Formular y recomendar a todas las Naciones Unidas

un plan completo para una organización internacional permanente, y las medidas preliminares convenientes para apresurar su creación.

E. — El Consejo Ejecutivo creará inmediatamente una Comisión de Seguridad y Armamentos y una Comisión de Inspección de Armamentos a las cuales se encomendarán las siguientes responsabilidades:

1. — La Comisión de Seguridad y Armamentos estará compuesta principalmente de representantes militares, navales y de aviación de los Estados y grupos regionales de estados representados en el Consejo Ejecutivo.

2. — Asesorará al Consejo en cualquier emergencia sobre las medidas que convenga tomar para mantener la paz y la seguridad internacionales, y actuará como agente del Consejo en la ejecución de las medidas que se requieran con tal fin.

3. — Vigilará el cumplimiento de todas las estipulaciones relativas a armamentos, incluso el control sobre la manufactura y comercio de armas que pueda imponer a los estados vencidos los términos de rendición o que más tarde puedan aprobar los miembros de las Naciones Unidas o los estados que después se asocien a ellas en la preparación de un organismo mundial permanente.

4. — Recomendará al Consejo Ejecutivo los planes necesarios para una limitación general de armamentos.

5. — Recomendará asimismo al Consejo las modificaciones que de vez en cuando se considere conveniente introducir en los acuerdos sobre limitación de armamentos que hubieran podido realizarse.

6. — Controlará y vigilará el trabajo de la Comisión de Inspección de Armamentos que será designada por el Consejo Ejecutivo.

F. — La Comisión de Inspección de Armamentos estará también principalmente compuesta por técnicos militares, navales y de aviación, que serán designados de preferencia entre ciudadanos de naciones que no sean alguna de las grandes potencias individualmente representadas en el Consejo Ejecutivo. Informará regularmente a la Comisión de Seguridad

y Armamentos sobre los armamentos y el potencial de armamentos de todos los estados, y se le encomendará la responsabilidad de mantener una inspección continua de los armamentos y potencial de armamentos de las naciones derrotadas del Eje y de los estados que tengan representación en el Comité Ejecutivo, en conformidad con los acuerdos que pudieran haberse realizado entre ellos con referencia a la limitación de armamentos.

G. — El Consejo Ejecutivo dará consideración preferente a un pronto acuerdo entre todos los estados miembros sobre una limitación general de armamentos, de manera que pueda establecerse por tales acuerdos un máximo y un mínimo de los armamentos que mantengan todos los estados para la conservación del orden interno y para el cumplimiento de las obligaciones que hubiesen contraído de mantener la seguridad regional o general.

H. — El Consejo Ejecutivo establecerá las agencias técnicas y otros comités que se requieran, y designará como su presidente o "moderador", a una persona de experiencia y autoridad internacional sobresalientes, quien servirá, asimismo, como Director ejecutivo de todas las agencias y comisiones administrativas que establezca el Concejo; el presidente, sin embargo, no tendrá derecho a voto.

El Consejo Ejecutivo estará en sesión permanente, pero puede elegir la sede de sus reuniones según su conveniencia. Establecerá sus propias reglas de procedimiento, pero no tendrá autoridad para tomar ninguna medida sin la aprobación de por lo menos dos tercios de sus miembros con derecho a voto, y siempre que estén incluídos en la mayoría todos los miembros designados por las cuatro grandes potencias.

I. — El Consejo Ejecutivo Provisional de las Naciones Unidas entrará en funciones tan pronto como los protocolos que dispongan su creación hayan sido ratificados a lo menos por veinte estados miembros de las Naciones Unidas, incluyendo el Reino Unido, la Unión Soviética, China y los Estados Unidos. Se proveerá en el protocolo lo necesario para

la adhesión, después de la guerra, de otros estados soberanos que no pertenezcan actualmente a las Naciones Unidas.

Es preciso repetir nuevamente que el propósito de este plan es reconciliar los dos problemas fundamentales cuya conciliación resultó tan difícil en el Pacto de la Sociedad de las Naciones, y que hoy en día es quizás aun más difícil de obtener.

Con el fin de resolver el primero de estos problemas —la necesidad de dar libertad de acción militar a las cuatro grandes potencias— propongo que se les dé representación directa en el Consejo Ejecutivo Provisional y, además, que sus votos sean necesarios para la aprobación de cualquier medida que pueda tomar el Consejo.

El segundo problema —el de dar plena representación y protección a los intereses de las naciones más pequeñas— creo que será resuelto mediante una organización mundial fundada sobre sistemas regionales. Este plan puede contribuir también a resolver muchas otras dificultades que, en mayor o menor grado, fueron parcialmente responsables del fracaso de la Sociedad de las Naciones.

Se dirá, no me cabe duda, que la fundación de un orden mundial permanente sobre sistemas regionales es contraria al tercero de los cinco puntos de Woodrow Wilson, a saber: "No debe existir ninguna alianza dentro de una Sociedad de Naciones", y a la advertencia que contienen sus tantas veces citadas palabras: "Debe haber, no una balanza de poder, sino una comunidad de poder; no rivalidades organizadas, sino una paz común organizada; todas las naciones de aquí en adelante [deben] evitar complicadas alianzas que las arrastrarían a rivalizar por el poder."

No es posible exagerar los peligros que tenía en vista el Presidente Wilson al hacer esas advertencias; pero estos peligros existirán solamente si las naciones del mundo tratan de emplear los sistemas regionales como alianzas ofensivas o defensivas, o como "esferas de influencia" política o económica explotadas con fines individuales por las grandes potencias dominantes en cada región.

El medio más seguro de impedir que esto ocurra es hacer del Consejo Ejecutivo Provisional de las Naciones Unidas un organismo capaz de ejercitar una continua vigilancia que le permita poner inmediatamente en jaque cualquier desarrollo dentro de un sistema regional que pueda significar una amenaza de rivalidad con los demás sistemas. Dando plena representación en el Comité Ejecutivo a cada grupo regional, y garantizando la suprema autoridad del Consejo, será posible combatir con éxito cualquier tendencia hacia el antagonismo entre regiones o hacia el uso de un sistema regional para el engrandecimiento de una potencia determinada. Mientras mayor sea la participación de las naciones pequeñas en el Consejo Ejecutivo, más se alejarán los peligros que preveía Wilson. Debe añadirse que, desde el punto de vista del mantenimiento de la paz mundial, los sistemas regionales tienen grandes ventajas prácticas y apresurarán la consecución de un mundo ordenado y estable.

Es obvio que, en cada región, los estados que la componen conocen mucho mejor que otros países sus problemas locales, y son más competentes para encontrar soluciones constructivas y para dar los pasos iniciales necesarios con el objeto de impedir el desarrollo de controversias. La historia de la Sociedad de las Naciones ha demostrado este hecho innumerables veces. Las personas de países distantes que se ocuparon de los problemas de la Europa central, a pesar de sus nobles propósitos, tuvieron tan poco éxito en resolverlos como los europeos que mediaron en la controversia, típicamente regional, del Chaco entre Bolivia y Paraguay. Si ocurriera que, a causa de antagonismos locales, los estados de una región determinada no pudieran dar una solución satisfactoria a las disputas que surgieran en su jurisdicción, el Consejo Ejecutivo Provisional de las Naciones Unidas tomaría las medidas del caso para mantener la paz.

Las naciones del hemisferio occidental no abandonarían gustosas el sistema interamericano como un requisito previo para participar en una organización mundial. El sistema interamericano ha funcionado eficazmente, y si se le permite

desarrollarse como hasta ahora, se hará más fuerte con los años. De seguir existiendo, los procedimientos ya establecidos harían muy improbable en América el desarrollo de controversias que pudieran conducir a la guerra; sin embargo, si estallara una guerra entre dos naciones americanas, y si los métodos pacíficos de que se dispone para solucionar tales conflictos no dieran resultado, es preciso declarar francamente que ninguna de las repúblicas americanas vería con agrado el envío de tropas o aeroplanos rusos, chinos o ingleses al hemisferio occidental para sofocar las hostilidades; preferirían, incuestionablemente, resolver el conflicto dentro de su región mediante el uso de una fuerza estrictamente interamericana designada con tal fin por un acuerdo entre las veintiuna repúblicas, aunque operando en conformidad con las disposiciones de un plan general establecido por la suprema organización internacional.

Por razones muy semejantes, no querrían las naciones europeas que se usaran tropas o aeroplanos de los Estados Unidos para reprimir un conflicto en Europa. Es preciso reconocer, además, que el pueblo norteamericano no estaría dispuesto a que se utilizaran sus soldados o sus aviones cada vez que surgiera una controversia en los Balcanes o se requiriera el uso de medidas policiales para sofocar un estallido de menor importancia en cualquiera de las regiones del mundo en las cuales los Estados Unidos no tienen un interés directo.

Mediante el establecimiento de sistemas regionales cuyos miembros asumieran la responsabilidad inicial de mantener la paz entre ellos, este país se comprometería directamente a usar sus fuerzas armadas sólo en cooperación con otros países americanos para prevenir el estallido de la guerra en este hemisferio. Fuera del nuevo mundo, concertaría su acción con la de otras grandes potencias sólo si fracasaran los procedimientos regionales para mantener la paz, o si tal acción de nuestro gobierno fuera necesaria para impedir el estallido de guerras que amenazaran el mantenimiento de la paz mundial y, por lo tanto, la seguridad de este país. En ese caso no se haría cuestión de la Doctrina Monroe, como se

hizo en 1919, ni se pediría a los Estados Unidos que mandaran sus tropas a los cuatro puntos cardinales cada vez que surgiera una disputa de menor importancia.

Una organización del mundo basada en sistemas regionales eliminaría también una arraigada objeción que existía en la mente de muchos norteamericanos cuando se sometió a su aprobación el Pacto de la Sociedad de las Naciones. Sostenían que en ningún momento los Estados Unidos deberían tener menos votos que cualquier otra potencia en la Asamblea o en el Consejo de la Sociedad. Esta cuestión se suscitó por el hecho de que, a causa de la representación que se dió a los Dominios autónomos, se habría podido suponer que el Imperio británico tenía seis votos en la Asamblea de la Sociedad contra uno de los Estados Unidos.

Dentro del plan que se propone, con el uso del sistema regional de representación, los Estados Unidos tendrían un voto en el Consejo Ejecutivo Provisional de las Naciones Unidas por su representante individual, y otro el Reino Unido por el mismo concepto; además, los Estados Unidos, como una de las repúblicas soberanas del hemisferio occidental, tendrían derecho a participar en la elección de los dos representantes de este hemisferio que ocuparían un lugar en el Consejo Ejecutivo junto con el representante individual de los Estados Unidos; del mismo modo, el Reino Unido, fuera de su representante individual, tendría derecho a votar por los dos representantes regionales de Europa y también tendría derecho a participar en la elección de un representante de los Dominios.

Se objetará que los Estados Unidos tendrían voz sólo en tres de los votos del Consejo Ejecutivo, mientras que el gobierno británico la tendría en cuatro. Este reparo se basaría, en mi opinión, sobre una errónea apreciación de las condiciones existentes. En primer lugar, hay que tener presente que la Unión Soviética, como miembro del sistema regional de Europa, también tendría derecho a votar por los dos representantes europeos en el Consejo. Es inconcebible que el Reino Unido pudiera influir de tal modo sobre la selección

de los representantes de Europa que sus votos redundaran solamente en beneficio exclusivo de Gran Bretaña, y es igualmente improbable, dado el vigoroso nacionalismo de los Dominios autónomos de la Comunidad Británica de Naciones, que el gobierno británico fuera capaz de usar al representante de los Dominios como agente personal de Downing Street en la decisión de cuestiones fundamentales.

Por último, y esto es lo más importante, debe recordarse que, dentro de los términos que se proponen, por los cuales el Consejo Ejecutivo no puede tomar medida alguna sin la aprobación de las cuatro grandes potencias, los Estados Unidos conservan el derecho de veto.

Además, los sistemas regionales estimularían grandemente el desarrollo de una política económica y financiera constructiva en cada región. En la Europa oriental, en muchas partes de América así como en África, Asia, y en las regiones más desarrolladas del occidente de Europa, hay un campo casi ilimitado para tomar medidas cooperativas destinadas a destruir las perniciosas e innecesarias barreras comerciales, a unificar la moneda, a distribuir la fuerza eléctrica, todos pasos esenciales para promover el mejoramiento de las condiciones de vida. En cierto número de años, los sistemas regionales acabarían con las formas más restrictivas de ultranacionalismo en el campo económico y financiero. En una palabra, son un procedimiento que de innumerables modos facilitaría el mantenimiento de la paz, que, después de todo, es la función más importante del Consejo Ejecutivo.

Se propone que la Comisión de Seguridad y Armamentos sea designada por el Consejo Ejecutivo, que funcione bajo su vigilancia y actúe como su agente cada vez que la fuerza armada sea necesaria para mantener la paz o hacer respetar las decisiones del Consejo.

Hay dos maneras de llenar estas responsabilidades. La primera es la creación de una fuerza de policía internacional bajo el control del Consejo Ejecutivo y de sus agencias. La segunda es que las grandes potencias acuerden contribuir con su fuerza militar, naval o aérea cada vez que sea necesario para sofocar o prevenir hostilidades que han asumido la obligación de reprimir. No creo que la primera de estas alternativas —la creación de una fuerza de policía internacional— sea factible ni deseable. A mi juicio, no es factible porque pasarán muchos años antes de que ninguna gran potencia esté dispuesta a reducir sus fuerzas armadas a un nivel inferior al de una fuerza de policía internacional sobre la cual no posea completo control; y a menos que la policía internacional disponga de una fuerza militar, naval o aérea superior a la de cualquier nación, y aun al poder combinado de varias naciones, será inútil en la práctica.

La segunda alternativa me parece la única solución hacedera. Por lo tanto, sería a la vez oportuno y prudente que las naciones, en cada región, se pusieran de acuerdo sobre la manera de reunir la fuerza que pudiera necesitarse para impedir el estallido de una guerra dentro de su área respectiva. Los planes deben ser sometidos, por supuesto, a la aprobación del Consejo Ejecutivo y de su Comisión de Seguridad y Armamentos, y serían coordinados por estos organismos con el acuerdo general para la seguridad mundial que hubieran proyectado. Tomemos como ejemplo concreto el hemisferio occidental. Las veintiuna repúblicas americanas designarían de común acuerdo a las naciones del nuevo mundo que proporcionarían la fuerza, y determinarían las precisas obligaciones de cada una en tal eventualidad, así como las bases aéreas o navales en América que pondrían a su disposición. Si, no obstante el uso de esa fuerza regional, una guerra dentro de esa área amenazara convertirse en un peligro para la paz del resto del mundo, el Consejo Ejecutivo de la Organización Internacional y sus agencias usarían las fuerzas adicionales necesarias para sofocar la conflagración.

De este modo, las grandes potencias serían requeridas, por intermedio del Consejo Ejecutivo, a contribuir con sus fuerzas armadas sólo después que el sistema regional hubiera fracasado en sus intentos de poner fin al conflicto dentro de su zona. Con este fin, sería necesario señalar, fuera de las bases regionales, las bases aéreas y navales en todo el mundo que

se usarían en los casos en que estuviera amenazada la seguridad mundial.

Como ya lo he dicho públicamente, creo que, desde el primer momento, deben incorporarse a la constitución de una organización internacional, aun transitoria, dos grandes principios morales. El primero, es el reconocimiento por todas las naciones del derecho inalienable de cada pueblo de la tierra a gozar de la libertad de religión, de información y de palabra. No puede haber un mundo libre o pacífico en el futuro a menos que cada nación reconozca esas libertades como derechos humanos. Antes de incorporarse a la organización mundial, cada gobierno debería ser obligado a demostrar que sus ciudadanos están habilitados para disfrutar de esos derechos mediante garantías efectivas consignadas en su constitución.

El segundo principio es igualmente importante. Al comenzar la guerra actual, poblaciones que suman varios centenares de millones estaban bajo soberanía extranjera en calidad de súbditos de las potencias coloniales. ¿Es concebible un mundo pacífico y estable si ha de seguir, después que termine la guerra, siendo mitad esclavo y mitad libre?

Los pueblos del Asia, del Cercano Oriente y del África, esperan ansiosos lo que va a significar para ellos la victoria de las Naciones Unidas, y considerarán las decisiones que tomemos como una piedra de toque. A no ser que se canalicen por vías constructivas las fuerzas nacionalistas que rápidamente se hacen más y más poderosas en esas vastas regiones de la tierra, se producirá un estado caótico arrollador. No es posible seguir frustrando por más tiempo la determinación de esos pueblos de conseguir su libertad.

La organización internacional debe consagrar en forma práctica el principio fundamental de que ninguna nación tiene el derecho inherente o ilimitado de gobernar a pueblos sometidos. Es preciso que las potencias coloniales reconozcan que la primera finalidad de su dominio debe ser la de preparar a esos pueblos para que puedan ejercer cuanto antes su autonomía, y que mientras no estén capacitados para el goce de ese derecho, la potencia colonial será considerada por la or-

ganización internacional como un mero poder administrativo —como un curador— y, como tal, debe ser responsable ante la opinión mundial por intermedio del organismo internacional. La organización internacional debe dar la autonomía a todos los pueblos capaces de gobernarse a sí mismos, cualesquiera que sean su color o su raza, o los intereses creados de cualquier potencia colonial.

Las Naciones Unidas no deben eludir este problema como lo hicieron las potencias aliadas en 1919, creando en el papel un sistema de mandatos y lavándose las manos de toda responsabilidad ulterior. Nunca más debe permitirse que ningún poder de la tierra desconozca la obligación de demostrar que el dominio que ejerce sobre pueblos sometidos tiene por objeto acelerar su capacitación para la autonomía, y que entretanto administra los asuntos de dichos pueblos teniendo en vista, en primer lugar, el interés de sus administrados.

El Consejo Ejecutivo Provisional de la Organización Internacional debe lograr un convenio sobre estos principios; más aun, debe crear en el acto los organismos necesarios para ponerlos en práctica.

Directamente dependiente del Consejo Ejecutivo, y responsable ante él, debe crearse la Oficina Superior de una Junta Internacional de Fideicomisarios, cuyos miembros serán designados por el Consejo. Bajo la autoridad de la Oficina Superior, se creará en cada región donde existen pueblos dependientes un Consejo Regional de la Junta Internacional de Fideicomisarios, compuesto de representantes de todas las potencias de la región, responsable de mantenerse en continuo contacto con todos los cambios que afecten a los pueblos sometidos dentro de su área, y con la autoridad necesaria para cumplir las resoluciones de la Oficina Superior. El Consejo Regional tendrá su sede permanente en un punto central de la zona de su jurisdicción.

El Consejo Regional, por último, utilizará los servicios de los agentes que sean necesarios y que residirán permanentemente en cada territorio en calidad de observadores y asesores de las autoridades locales. Donde las actuales potencias colo-

niales conserven la administración de una colonia, su personal seguirá actuando al frente de la administración local, pero estará obligado a facilitar los deberes de los representantes del Consejo Regional.

En cada región, los gastos administrativos tendrán preferencia en las rentas locales.

En los casos en que, al terminar la guerra, cese el control de una potencia administrativa sobre un pueblo sometido, como en el caso de Corea, o en que la actual potencia colonial ha demostrado ser indigna o incompetente, la Junta Internacional de Fideicomisarios asumirá la administración por intermedio de sus Consejos Regionales.

La Organización Internacional, asesorada por la Junta de Fideicomisarios, determinaría las grandes líneas de una política para el bienestar de los pueblos sometidos y decidiría en qué momento pueden ser considerados aptos para el goce de autonomía parcial o completa.

Durante el período de transición, por intermedio del Consejo Ejecutivo Provisional, las Naciones Unidas deberían instalar igualmente, a la mayor brevedad, un Tribunal Mundial para resolver asuntos judiciales. Podría conservarse el tribunal establecido por la Sociedad de las Naciones, con las modificaciones de sus actuales facultades y deberes que requieran las circunstancias. Se llevarían al Tribunal las controversias o problemas internacionales cuya solución fuera innecesario referir a organismos políticos como el Consejo Ejecutivo.

El Consejo Ejecutivo debe preparar también la creación de un Congreso Mundial en el cual esté individualmente representado todo estado soberano, incluyendo las naciones derrotadas del Eje tan pronto como haya terminado su período de prueba y hayan elegido gobiernos populares.

Los poderes específicos del Congreso Mundial serían determinados por el Consejo Ejecutivo sólo después que haya vuelto la paz a la mayor parte del mundo. Es preciso primero hacer radicales modificaciones políticas y territoriales, que sólo pueden realizar eficazmente el Consejo Ejecutivo y su Comisión de Seguridad y Armamentos, y esperar que la rehabilitación económica haya hecho suficientes progresos. Pero cuando llegue este momento, un foro internacional, cualesquiera que sean sus poderes, en el cual cada nación pueda ser oída, proporcionará una válvula de escape para la opinión pública mundial cuyo valor práctico no debería desdeñarse.

Con la creación de estos organismos, el Consejo Ejecutivo Provisional de las Naciones Unidas, la Comisión de Seguridad y Armamentos, el Tribunal Mundial y el Congreso Mundial, se establecerían las cuatro entidades indispensables para cualquier organización mundial permanente. No sería prudente tratar de definir con mayor precisión en este momento los detalles finales de su correlación entre sí y con la Organización Mundial permanente. Son éstas cuestiones que serán mejor resueltas a la luz de la experiencia que se adquiera durante los primeros años de postguerra.

Tan pronto como termine la guerra, serán de urgencia capital las medidas de auxilio y de rehabilitación para los pueblos de las regiones ocupadas de Europa y Asia. La Administración de Socorro y Rehabilitación de las Naciones Unidas estará preparada para iniciar sus funciones tan pronto como lo haga posible la situación militar.

Las Naciones Unidas deben resolver también medidas económicas y financieras cooperativas que permitan a las naciones del mundo reasumir una vida internacional normal con la mayor rapidez que sea posible.

El primer gran problema que debe abordar la Organización Internacional propuesta es la estabilización de la moneda, indispensable para restablecer con éxito el comercio internacional. Salvo en un sentido limitado y por corto tiempo, el trueque no sería una solución. Mientras no se restablezca un sano intercambio comercial, no podrán recuperar su vida industrial las naciones que han dependido fundamentalmente de su comercio de exportación para mantener sus economías nacionales, y mucho menos podrá ninguna nación esperar la vuelta a una verdadera prosperidad. Los acuerdos de los especialistas de las treinta y cuatro Naciones Unidas, en abril de 1944, sobre los principios mediante los cuales es posible

obtener la estabilización mundial de la moneda, constituyen un gran paso adelante, y es de esperar que los gobiernos pronto ratifiquen el plan que se propuso.

Las soluciones de este problema no pueden improvisarse, ni están en proyectos hábilmente ideados para fomentar los intereses egoístas de una nación o de un grupo de naciones. Las Naciones Unidas se encontrarán en una situación desesperada a menos que se llegue a un acuerdo sobre proyectos como el mencionado antes de que se haga el armisticio, y a menos que ambos sean viables y sabiamente concebidos.

Los acuerdos económicos y financieros a que se llegue deben tomar en cuenta las prácticas —que ojalá sean sólo transitorias— de ciertos gobiernos como el de la Unión Soviética, por las cuales el estado controla totalmente el comercio de importación y exportación. Deben impedir, además, que se reanude en el comercio internacional la perniciosa y autoritaria práctica de servirse con fines políticos del plan de acción económica y financiera del gobierno.

El Consejo Ejecutivo Provisional debe estimular, a la brevedad posible, la creación de agencias internacionales que recomienden a todos los gobiernos medidas cooperativas en los campos de la agricultura, finanzas, comunicaciones, aviación, transportes marítimos, y desarrollo de energía eléctrica. Debe disponer desde luego que continúe, en lo posible sobre una base aun más amplia, la Oficina Internacional del Trabajo, y debe preparar la creación de instituciones destinadas a estimular las actividades culturales internacionales.

Muchos otros podrían mencionarse, pero estos son, a mi juicio, los pasos más necesarios e importantes que deben dar las Naciones Unidas antes de que se gane la victoria y durante los años subsiguientes. Solamente después que haya transcurrido cierto número de años en los cuales será preciso mantener la paz; sólo después que el Consejo Ejecutivo Provisional de las Naciones Unidas y su Comisión de Seguridad y Armamentos se hayan descargado de sus tareas preliminares; sólo después que estén en funciones un Tribunal Mundial y un Congreso Mundial, y las potencias derrotadas

del Eje hayan sido dominadas y estén definitivamente en el camino de la regeneración, sólo entonces, a mi modo de ver, podrán darse sin riesgo los pasos finales para completar la organización permanente del mundo que buscan los pueblos de la tierra.

El tiempo transcurre con rapidez. Cuanto más tarden las Naciones Unidas en convenir las medidas que tomarán conjuntamente a fin de realizar los objetivos enunciados, tanto menos probable será que los trágicos sacrificios de vida y dineros que esta guerra ha impuesto sobre los pueblos libres del mundo, sean compensados alguna vez por una estable promesa de seguridad y de paz, única compensación que los hombres de hoy podemos ofrecer a las generaciones de mañana.

Capítulo XI

EL PAPEL QUE NOS CORRESPONDE

En cualquier intento de proyectar la futura política internacional de los Estados Unidos, es provechoso recordar las líneas generales de nuestras relaciones exteriores en los primeros años de nuestra independencia. El hacerlo nos suministra una piedra de toque inapreciable, porque nuestra política de esos años fué concebida por los hombres más capaces de todos los que han asumido esa responsabilidad, y su valor ha sido incuestionablemente demostrado.

El genio de los dos grandes estadistas de Virginia, Thomas Jefferson y James Madison, y del gran ciudadano de Nueva Inglaterra John Quincy Adams, que tanta parte tuvieron en determinar nuestra política exterior durante los cuarenta años transcurridos entre 1789 y 1829, cuando el mundo sufría convulsiones singularmente semejantes a las de ahora, no fué igualado ni siquiera por las grandes figuras que guiaban los destinos de Europa en esa época. Y ése era el tiempo cuando Pitt el joven, Castlereagh y Canning manejaban el timón de la política exterior británica; cuando Talleyrand tejía la tortuosa red de la diplomacia francesa, bajo el Consulado, bajo el Imperio y bajo el reinado de Luis XVIII; cuando Metternich estaba en todo el fragor de su prolongado intento de detener la marea de la democracia, y cuando Alejandro I

perseguía la paradojal política que señaló el curso de Rusia durante el primer cuarto del siglo XIX.

Muy pocas veces tratamos hoy en día de justipreciar los inmensos peligros y dificultades que acosaron a este país después de los años de su nacimiento. El más ligero desliz en esa época habría envuelto inevitablemente a los Estados Unidos en guerras europeas. Pero cuando hacemos ese intento nos vemos obligados a rendir homenaje a la estupenda habilidad con que esos tres grandes norteamericanos lograron realizar los objetivos básicos de los cuales dependían la seguridad y el bienestar futuro de este país. En sus años de formación no podía nuestra patria verse envuelta en controversias internacionales; necesitaba tiempo para fundir los diversos elementos que componían las antiguas colonias y para adquirir sin riesgos el territorio que necesitaba para su expansión y seguridad. Como nación soberana, los Estados Unidos tenían también que preservar intactos sus derechos a los mares para que pudieran prosperar su comercio y su industria. No habría sido posible lograr ninguno de estos prerrequisitos de futura potencia si este país se hubiera dejado arrastrar a guerras europeas, especialmente cuando ya había sido demostrado que en Europa los aliados de un día se convertían casi siempre en los antagonistas del siguiente. En tales condiciones, la expectativa de "alianzas complicadas" no podía tentar a hombres previsores.

No hay en la historia de la diplomacia norteamericana dos hechos que hayan tenido un mayor efecto a la larga sobre el desarrollo del país que la adquisición por Jefferson del territorio comprendido en la compra de la Luisiana, y la extraordinaria proeza de John Quincy Adams al obtener de España el territorio de Florida mediante negociaciones que comenzó casi sin cartas en su mano.

No hay duda que hubo errores durante esos años. Fué buena suerte más que previsión lo que impidió que la guerra de 1812 trajera consigo consecuencias desastrosas para el pueblo de los Estados Unidos, y las medidas de embargo que impusieron Jefferson y Madison no fueron más sagaces en su

obtener la estabilización mundial de la moneda, constituyen un gran paso adelante, y es de esperar que los gobiernos pronto ratifiquen el plan que se propuso.

Las soluciones de este problema no pueden improvisarse, ni están en proyectos hábilmente ideados para fomentar los intereses egoístas de una nación o de un grupo de naciones. Las Naciones Unidas se encontrarán en una situación desesperada a menos que se llegue a un acuerdo sobre proyectos como el mencionado antes de que se haga el armisticio, y a menos que ambos sean viables y sabiamente concebidos.

Los acuerdos económicos y financieros a que se llegue deben tomar en cuenta las prácticas —que ojalá sean sólo transitorias— de ciertos gobiernos como el de la Unión Soviética, por las cuales el estado controla totalmente el comercio de importación y exportación. Deben impedir, además, que se reanude en el comercio internacional la perniciosa y autoritaria práctica de servirse con fines políticos del plan de acción económica y financiera del gobierno.

El Consejo Ejecutivo Provisional debe estimular, a la brevedad posible, la creación de agencias internacionales que recomienden a todos los gobiernos medidas cooperativas en los campos de la agricultura, finanzas, comunicaciones, aviación, transportes marítimos, y desarrollo de energía eléctrica. Debe disponer desde luego que continúe, en lo posible sobre una base aun más amplia, la Oficina Internacional del Trabajo, y debe preparar la creación de instituciones destinadas a estimular las actividades culturales internacionales.

Muchos otros podrían mencionarse, pero estos son, a mi juicio, los pasos más necesarios e importantes que deben dar las Naciones Unidas antes de que se gane la victoria y durante los años subsiguientes. Solamente después que haya transcurrido cierto número de años en los cuales será preciso mantener la paz; sólo después que el Consejo Ejecutivo Provisional de las Naciones Unidas y su Comisión de Seguridad y Armamentos se hayan descargado de sus tareas preliminares; sólo después que estén en funciones un Tribunal Mundial y un Congreso Mundial, y las potencias derrotadas

del Eje hayan sido dominadas y estén definitivamente en el camino de la regeneración, sólo entonces, a mi modo de ver, podrán darse sin riesgo los pasos finales para completar la organización permanente del mundo que buscan los pueblos de la tierra.

El tiempo transcurre con rapidez. Cuanto más tarden las Naciones Unidas en convenir las medidas que tomarán conjuntamente a fin de realizar los objetivos enunciados, tanto menos probable será que los trágicos sacrificios de vida y dineros que esta guerra ha impuesto sobre los pueblos libres del mundo, sean compensados alguna vez por una estable promesa de seguridad y de paz, única compensación que los hombres de hoy podemos ofrecer a las generaciones de mañana.

Capítulo XI

EL PAPEL QUE NOS CORRESPONDE

En cualquier intento de proyectar la futura política internacional de los Estados Unidos, es provechoso recordar las líneas generales de nuestras relaciones exteriores en los primeros años de nuestra independencia. El hacerlo nos suministra una piedra de toque inapreciable, porque nuestra política de esos años fué concebida por los hombres más capaces de todos los que han asumido esa responsabilidad, y su valor ha sido incuestionablemente demostrado.

El genio de los dos grandes estadistas de Virginia, Thomas Jefferson y James Madison, y del gran ciudadano de Nueva Inglaterra John Quincy Adams, que tanta parte tuvieron en determinar nuestra política exterior durante los cuarenta años transcurridos entre 1789 y 1829, cuando el mundo sufría convulsiones singularmente semejantes a las de ahora, no fué igualado ni siquiera por las grandes figuras que guiaban los destinos de Europa en esa época. Y ése era el tiempo cuando Pitt el joven, Castlereagh y Canning manejaban el timón de la política exterior británica; cuando Talleyrand tejía la tortuosa red de la diplomacia francesa, bajo el Consulado, bajo el Imperio y bajo el reinado de Luis XVIII; cuando Metternich estaba en todo el fragor de su prolongado intento de detener la marea de la democracia, y cuando Alejandro I

perseguía la paradojal política que señaló el curso de Rusia durante el primer cuarto del siglo XIX.

Muy pocas veces tratamos hoy en día de justipreciar los inmensos peligros y dificultades que acosaron a este país después de los años de su nacimiento. El más ligero desliz en esa época habría envuelto inevitablemente a los Estados Unidos en guerras europeas. Pero cuando hacemos ese intento nos vemos obligados a rendir homenaje a la estupenda habilidad con que esos tres grandes norteamericanos lograron realizar los objetivos básicos de los cuales dependían la seguridad y el bienestar futuro de este país. En sus años de formación no podía nuestra patria verse envuelta en controversias internacionales; necesitaba tiempo para fundir los diversos elementos que componían las antiguas colonias y para adquirir sin riesgos el territorio que necesitaba para su expansión y seguridad. Como nación soberana, los Estados Unidos tenían también que preservar intactos sus derechos a los mares para que pudieran prosperar su comercio y su industria. No habría sido posible lograr ninguno de estos prerrequisitos de futura potencia si este país se hubiera dejado arrastrar a guerras europeas, especialmente cuando ya había sido demostrado que en Europa los aliados de un día se convertían casi siempre en los antagonistas del siguiente. En tales condiciones, la expectativa de "alianzas complicadas" no podía tentar a hombres previsores.

No hay en la historia de la diplomacia norteamericana dos hechos que hayan tenido un mayor efecto a la larga sobre el desarrollo del país que la adquisición por Jefferson del territorio comprendido en la compra de la Luisiana, y la extraordinaria proeza de John Quincy Adams al obtener de España el territorio de Florida mediante negociaciones que comenzó casi sin cartas en su mano.

No hay duda que hubo errores durante esos años. Fué buena suerte más que previsión lo que impidió que la guerra de 1812 trajera consigo consecuencias desastrosas para el pueblo de los Estados Unidos, y las medidas de embargo que impusieron Jefferson y Madison no fueron más sagaces en su

concepción que las medidas similares que impuso este gobierno en años muy recientes.

Pero durante esas cuatro décadas la política exterior de los Estados Unidos fué consecuente, incansable en su iniciativa y previsora. Realizó magníficamente los fines que perseguía, e hizo posible que las trece colonias se convirtieran en una nación unida y ganaran el territorio necesario para transformar a la pequeña y esforzada república en una de las grandes potencias de la tierra. Se concentró exclusivamente en los intereses del pueblo norteamericano y renunció a la tentación de aventuras en las cuales sólo un país poderoso podía darse el lujo de intervenir.

En nuestra democracia son generalmente unos pocos individuos los que dan forma a la política exterior. La opinión pública interviene con mucha mayor frecuencia en la determinación de la política interna por intermedio de la rama legislativa del gobierno, y sólo ocasionalmente se ve en ésta la clara huella del líder individual. En la política exterior, en cambio, si bien de tiempo en tiempo la opinión popular obliga al gobierno a tomar cierta dirección, como en el caso de nuestra guerra con España, generalmente es el Presidente y su Secretario de Estado quienes inician y moldean la actitud del gobierno. Salvo en momentos de crisis, la mayoría del pueblo tiende a entregar la determinación de su política externa a las autoridades ejecutivas.

Durante el siglo pasado llegó a ser casi una segunda naturaleza para muchos ciudadanos norteamericanos creer que uno de los atributos más útiles que pueden poseer las personas a quienes designa para guiar las relaciones exteriores es la carencia de toda relación personal con los pueblos de otros países. Supongo que esta convicción se debe en parte al complejo de inferioridad tan palmariamente manifestado por los atronadores aplausos que siempre recibía el viejo Will Rogers cuando solía decir que los Estados Unidos nunca perdían una guerra ni ganaban una conferencia. También se debe al temor de que el norteamericano corriente sea incapaz de medirse en el terreno de la diplomacia con el astuto extranjero, o quizás, al arraigado prejuicio de que la mejor manera de ser un verdadero norteamericano es evitar todo contacto con gentes de otros países. Recuerdo muy bien que el Senador Borah, que era sin duda una de las figuras más populares de su generación en el Senado norteamericano, estaba particularmente orgulloso, siendo presidente del Comité de Relaciones Exteriores, de no haber dado nunca un paso fuera de los Estados Unidos; estaba convencido de que por este motivo su pensamiento permanecía inaccesible a la insidiosa propaganda de los extranjeros y que, por lo tanto, estaba mucho mejor calificado para determinar las verdaderas necesidades de su país.

Vale la pena comparar con esta actitud la especial preparación de nuestros padres de la patria que tan brillantemente concibieron y dirigieron la política exterior de los Estados Unidos en sus primeros años. Benjamin Franklin se sentía no sólo tan a gusto en Londres y en París como en su nativa Filadelfia, sino que era aun más altamente apreciado en París que en su propia tierra; y la veneración con que se le consideraba en París era igualada solamente en los círculos más liberales de Inglaterra. Tanto Jefferson como Monroe habían servido largos años a los Estados Unidos en misiones diplomáticas en Europa, lo mismo que Henry Clay y muchos otros destacados senadores y representantes. No hay en la historia de los Estados Unidos un Secretario de Estado más capaz, más afortunado y más patriótico que John Quincy Adams. En realidad, demostró ser más que el igual de los estadistas europeos con quienes tuvo que habérselas repetidas veces. Nadie en nuestra historia ha tenido una preparación más especializada para el cargo que debía desempeñar. Había servido como secretario de su padre, John Adams, durante la misión de éste a Europa; luego fué nombrado Ministro en los Países Bajos, y después en Rusia; fué Comisionado en las negociaciones que terminaron en el tratado de Gante, y finalmente Ministro en Londres antes de llegar a ser Secretario de Estado. Los hombres que con todo éxito moldearon la historia de los Estados Unidos en sus primeras cuatro

décadas, y que por su propia iniciativa fijaron el curso que siguió en sus relaciones con otros países, eran hombres que conocían íntimamente los asuntos europeos y que tenían relación personal con la mayoría de los estadistas de Europa. Conocían la lengua y las costumbres de otros países, y pudieron así, más de una vez, saber qué reacción podía esperarse en determinadas circunstancias.

Nuestros primeros estadistas no sólo conocían las tendencias y corrientes de la política mundial, sino también, como podemos verlo en sus diarios y su correspondencia, consideraban que tal conocimiento era esencial para determinar la ruta que deberían seguir los Estados Unidos.

Después de la administración de Jackson, tanto la mayoría del pueblo como sus dirigentes comenzaron a considerar a Europa como un objeto cada vez más remoto de preocupación y de interés. El poderío creciente del país disminuía la probabilidad de una amenaza extranjera, y alentaba la creencia de que nuestra seguridad se acrecentaba tanto por la distancia geográfica como por una actitud de aislamiento mental de los asuntos europeos. Pasados los días en que Henry Clay encendió una breve pero muy sincera simpatía por las esforzadas naciones del resto de América, éstas llegaron a preocupar menos aun que Europa al público de este país. Y sólo a comienzos del presente siglo el Lejano Oriente llegó a ser algo más que un nombre para la mayoría de los norteamericanos.

Todo tendía a fomentar el espíritu de aislamiento inculcado en nuestra manera de pensar. Antes del comienzo de la guerra de secesión, todo lo que preocupaba al pueblo norteamericano eran dos absorbentes problemas: la cuestión de la esclavitud y la expansión industrial y geográfica.

Durante los años de nuestra guerra civil, hasta las violaciones más flagrantes de la Doctrina Monroe, cuando España ocupó la República Dominicana y Napoleón III intervino en Méjico, fueron casi ignoradas. Entre esa fecha y la guerra con España en 1898, exceptuando la visión y la iniciativa que reveló el Secretario de Estado Blaine al urgir la necesidad de establecer un panamericanismo económico, el pueblo de los Estados Unidos vivió aislado en su propio mundo. La potencia material que ya poseía este país, y el hecho de que el poder marítimo más grande del mundo, Gran Bretaña, no tenía ambiciones contrarias a nuestra propia seguridad, sumado a la protección que entonces aún significaba nuestra posición transoceánica, contribuyeron a infundir la convicción inconmovible de que, pasara lo que pasase en el resto del mundo, nada podía amenazar nuestra tranquilidad.

En los cincuenta años transcurridos entre la administración Van Buren y la presidencia de Mc Kinley, nuestra política exterior fué casi constantemente negativa. Era estática. En el mejor de los casos, es una coincidencia que los secretarios de estado de ese período, para no decir los presidentes, con las rarísimas excepciones de Daniel Webster y de James Buchanan, carecieran por completo de toda experiencia o conocimiento personal del resto del mundo.

Cuando en ese período el gobierno se aventuró en el campo de la diplomacia positiva, se vió al borde del desastre. William H. Seward era hombre inteligente, pero ningún Secretario de Estado con el más ligero conocimiento de los asuntos europeos habría presentado su célebre memorándum, en el cual apremiaba al Presidente Lincoln, cuando estaba a punto de estallar nuestra guerra civil, para que deliberadamente provocara la guerra con las grandes potencias de Europa. Afortunadamente, el Presidente Lincoln, que poseía la segura intuición característica del genio, no le hizo ningún caso. El último Secretario de Estado de Cleveland, Richard Olney, estuvo acertado en su vigorosa defensa de la Doctrina Monroe en nuestra disputa con el gobierno de Lord Salisbury sobre los límites de Venezuela; pero un Secretario de Estado que hubiera conocido mejor lo que ocurría en los entretelones de la escena europea, habría obtenido fácilmente el completo reconocimiento de las demandas norteamericanas sin exponerse a una abierta disputa con una potencia que ya estaba obstaculizando las ambiciones alemanas de expansión en el hemisferio occidental.

Con la conclusión de la guerra con España, una breve ola de imperialismo azotó a los Estados Unidos, y azotó fuerte. Hubo una época transitoria en la cual tanto el pueblo como el gobierno de este país sufrieron el contagio del virus de "la carga del hombre blanco". El corolario a la Doctrina Monroe anunciado por Teodoro Roosevelt y que hizo tantos estragos en las relaciones interamericanas, fué una evidencia concreta del espíritu reformador que se infiltró súbitamente en un gran sector de la opinión pública norteamericana.

Aunque la mayoría del pueblo de este país se sintió estimulada por la experiencia imperialista que representaba la adquisición de Puerto Rico y de las Islas Filipinas, y por el cambio fundamental que introdujeron en su posición la adquisición de Hawai y luego el Canal de Panamá, tardó mucho tiempo en comprender todas las consecuencias que implicaba su categoría de potencia mundial. Sin embargo, dos presidentes sucesivos hicieron todo lo posible para que el público comprendiera esta realidad. Tanto Teodoro Roosevelt como el Presidente Taft insistieron reiteradamente que se debería usar el prestigio y la influencia de los Estados Unidos para contribuir al mantenimiento de la paz en Europa. Ya veían que una gran guerra europea afectaría inevitablemente los intereses de este país y de todo el hemisferio occidental. La participación del Presidente Roosevelt en conseguir que se reuniera la Conferencia de Algeciras fué una prueba notable de visión y de realismo. Y dió este paso en una época en que cualquier participación constructiva en los asuntos de Europa era considerada sumamente peligrosa por la gran masa de sus conciudadanos.

El estallido de la primera guerra mundial puso enteramente de manifiesto que el pueblo norteamericano no había comprendido la fuerza que representaban los Estados Unidos en el mundo moderno. Los meses transcurridos entre 1914 y 1917 fueron de alumbramiento para el espíritu norteamericano. La luz y la inspiración que recibió de líderes de ambos partidos preparó por fin al pueblo para dar oídos a las vibrantes palabras con que Woodrow Wilson lo llamó

en 1917 a asumir sus obligaciones como ciudadano del mundo y a aceptar su responsabilidad para el mantenimiento de las libres instituciones que habían hecho la grandeza del país.

El pueblo de los Estados Unidos respondió magníficamente. Nunca desde los días de la guerra civil había sido más vigorosa su convicción moral. Parecía ver claramente que el triunfo de la política de Wilson era indispensable para la protección de su propio bienestar en el futuro. Y sin embargo, en los dos años que pasaron entre abril de 1917 y mediados de 1919, ese fervor se había desvanecido; se esfumó la convicción moral que lo llevó a la lucha, y se obscureció la visión que le había permitido apreciar dónde estaban sus verdaderos intereses.

Este es quizás el capítulo más nefasto en la historia de nuestra política exterior, y requiere una consideración algo más extensa de la que he podido darle en este libro. Errores de apreciación política del Presidente, las maniobras de sus opositores, las flaquezas de la naturaleza humana, todo eso contribuyó al resultado, y todos estos factores son particularmente dignos de estudio en la crisis por la cual atraviesa actualmente nuestro país.

Fué un error que el Presidente Wilson asistiera personalmente a la Conferencia de Paz de París. Su influencia, tanto en el exterior como en los Estados Unidos, habría sido mucho mayor si hubiera permanecido en Wáshington. Fué una lástima que no hubiera querido designar en la Delegación de Paz a hombres capaces de seguir una línea de pensamiento independiente, porque, a excepción del Coronel House, Wilson rara vez pedía consejo a hombres que pudieran contradecirle. Fué una lástima que el Presidente se negara obstinadamente a nombrar en la Comisión de Paz a representantes destacados del partido republicano, que por su posición o su influencia personal habrían podido hablar con autoridad en nombre de la oposición. Fué aun más lamentable que no hubiera consultado previamente a los líderes de ambos partidos, tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes, para obtener su cooperación, si hubiera sido posible, en la

tarea de hacer participar a los Estados Unidos en la Sociedad de las Naciones. Era indispensable la aprobación del Senado para el tratado en que debía insertarse el Pacto de la Sociedad, y la ayuda que los líderes del Senado habrían podido prestar hacía aconsejable desde todo punto de vista un esfuerzo para obtener su apoyo, porque la calidad de miembro de la Sociedad de las Naciones implicaba que eventualmente los Estados Unidos podrían tener que unirse a otras potencias en el uso de la fuerza para prevenir la guerra fuera del hemisferio occidental. Indudablemente, el que este país se embarcara en una política totalmente distinta de la que había seguido hasta 1917, no era una cuestión de partidos; estaba manifiestamente por encima de toda consideración partidista. Es cierto que el Presidente Wilson había comenzado ya su enconada enemistad personal con el Senador Lodge, que a raíz de las elecciones de 1918 había llegado a ser Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado; pero Wilson habría podido recurrir a los servicios de otros republicanos preeminentes, tales como el ex Presidente Taft o el ex Secretario de Estado Root, ambos aún con gran influencia en los consejos de su partido y decididamente en favor de la política exterior de Wilson. La decisión del Presidente predispuso a la opinión pública a considerar la Sociedad de las Naciones como una cuestión pública, y, después que se firmó el Tratado de Versalles, esta crencia fué diligentemente estimulada por líderes de los dos partidos.

El punto de vista que adoptó un gran número de miembros de las fuerzas armadas a su regreso al país, incrementó la variable corriente del sentimiento popular. El gobierno había hecho poco o nada para mantener informados a los combatientes durante los meses de guerra acerca de los grandes problemas implícitos en el Pacto de la Sociedad y en el Tratado de Paz y de las razones que inspiraban la política de su gobierno. Aunque centenares de miles de nuestros soldados habían ido a la guerra inflamados de entusiasmo por los ideales que les había mostrado Woodrow Wilson, regresaron al país con un espíritu muy diferente. No se les había

hecho comprender claramente la idea de que la victoria era sólo la mitad del precio de sus sacrificios, ni se les había dado ocasión de convencerse de que lo que la guerra había costado en sangre y dinero se justificaría solamente si el pueblo de los Estados Unidos insistía en que su gobierno adoptara una política destinada a impedir que se pidieran nuevamente esos sacrificios a ellos o a sus hijos. Tampoco debe olvidarse que las fricciones ocasionales que se suscitaron entre nuestras fuerzas armadas y los pueblos de las potencias aliadas predispusieron a muchos de nuestros soldados contra todo lo extranjero.

Sin embargo, ni siquiera en la campaña presidencial de junio de 1920, había retrocedido la opinión pública hasta un punto tan extremo que los líderes del partido republicano consideraran ya oportuno plantear claramente la alternativa de participar en la Sociedad de las Naciones o de encerrarse en un completo aislamiento. Cualquiera de los miembros del partido republicano que fueron a las urnas en noviembre de ese año podía creer justificadamente que, si bien el partido republicano se oponía tanto al Tratado de Versalles como al Pacto de la Sociedad de las Naciones en su forma existente, este partido, lo mismo que el democrático, se comprometía por su programa a aceptar el principio de una cooperación práctica y eficaz de los Estados Unidos con las otras grandes potencias del mundo para la prevención de futuras guerras. No obstante la propaganda contra la Sociedad de las Naciones como tal, y la oposición que se concentraba en los términos del artículo X del Pacto, cualquier ciudadano estaba justificado para creer, además, que las objeciones contra la forma original del Pacto serían eliminadas mediante enmiendas o reservas, y que entonces los Estados Unidos participarían plenamente en la Sociedad y en los tribunales y agencias que ésta estableciera.

Lo que sucedió fué que un grupo de dirigentes del partido republicano, miembros de una alianza entre los sinceros aislacionistas del tipo de Borah y de Hiram Johnson y los viejos caciques de la máquina republicana manejados por el Senador

Boies Penrose de Pensilvania, tuvieron buen cuidado de que las promesas que contenía el programa del partido republicano no pasaran de promesas. Entre las elecciones de 1920 y la iniciación del gobierno de Harding en marzo de 1921, este grupo, hábilmente instigado por los elementos antibritánicos más extremistas del país, dirigieron una eficacísima campaña contra los supuestos peligros implícitos en el Pacto de la Sociedad. No pasó mucho tiempo antes de que millones de norteamericanos creyeran que las elecciones de 1920 habían sido efectivamente un solemne referéndum entre una política de cooperación internacional y una política de completo aislamiento. Para muchos de los menos avisados, la Sociedad de las Naciones se convirtió en un símbolo del mismísimo demonio.

En este breve período se desvaneció, por lo tanto, todo apoyo popular para la política exterior de Teodoro Roosevelt, Taft y Wilson. La política de cooperación internacional, que evolucionó rápidamente durante los años de la guerra y culminó con la firma del Tratado de Versalles, había sido súbitamente reemplazada por una política exterior que se negaba a cooperar en forma alguna con otras naciones. Y no cabe discusión de que en 1921 la opinión pública de este país fué vigorosamente partidaria de ese cambio.

En vista de esta alteración radical, no es difícil comprender por qué otras potencias del mundo se resistieron en los años siguientes a confiar en la permanencia de nuestros compromisos internacionales; por lo mismo que conocían tan bien nuestro sistema constitucional, no era de extrañarse que tuvieran graves dudas sobre la actitud que tomarían los Estados Unidos en un momento dado.

Una de las grandes cuestiones que, como pueblo, debemos resolver antes de tomar ninguna decisión sobre el papel que vamos a desempeñar después de la guerra, es la de si habría podido evitarse la catástrofe de 1939 si los Estados Unidos hubieran seguido una política internacional diferente en el período que transcurrió entre las dos guerras. Soy uno de los que creen que la presente guerra mundial no sería el azote

de la humanidad si los Estados Unidos hubieran actuado en forma diferente durante el último cuarto de siglo.

Nuestro error capital fué el habernos negado a tener ninguna participación en la Sociedad de las Naciones. Nadie discute que, aun sin la presencia de los Estados Unidos, la Sociedad debería haber realizado mucho más de lo que hizo. Si las grandes potencias hubieran estado dispuestas a forjar una política común que guiara el funcionamiento de la Sociedad, si no la hubieran usado en su juego político, si se hubieran empeñado en poner su bienestar común por encima de sus ambiciones egoístas, y si los gobernantes del mundo que dirigían el Consejo de la Sociedad hubieran poseído mayor visión o más inteligencia, podrían haberse evitado muchas de las calamidades de las dos décadas pasadas.

Con todo, seguramente habrían sido eliminadas muchas de estas causas de desastre si nuestro país hubiera estado dispuesto a formar parte de la Sociedad de las Naciones desde un comienzo. El fracaso final de la Sociedad de las Naciones era una conclusión inevitable a menos que los Estados Unidos y la Unión Soviética, o siquiera una de estas dos potencias, hubieran cooperado en sus actividades durante sus años de formación.

Pero aun reconociendo que el error fundamental de nuestra política exterior se cometió en 1921, hubo otras ocasiones en los últimos veinticinco años en las cuales nuestro gobierno habría podido por lo menos ayudar a prevenir o a disminuir la catástrofe final.

Para que la república de Weimar hubiera podido tener alguna probabilidad de éxito, las reparaciones alemanas deberían haberse basado en una justa estimación de lo que el pueblo alemán podía pagar, manteniendo, sin embargo, un standard de vida y un mínimo de oportunidades de trabajo, que impidieran el colapso de la vida económica y social del país. Ningún régimen republicano habría podido tener éxito en sus intentos de gobernar a un pueblo desafecto y no acostumbrado a las instituciones democráticas teniendo que hacer frente a los insuperables obstáculos que creaba la manera

como los aliados manejaron la cuestión de las reparaciones.

Los problemas de política interna que se plantearon a los gobiernos europeos cuando hicieron un esfuerzo para ponerse de acuerdo sobre un plan realista que tomara en consideración la complejidad de la situación alemana, hizo imposible cualquier solución constructiva del problema de las reparaciones. Y, sin embargo, la estabilidad futura de Europa dependía en parte de que se hallara una respuesta satisfactoria. Los hombres que dirigían la política de los Estados Unidos comprendían este hecho perfectamente; sabían también que, a no ser que el mismo gobierno participara activamente en estas decisiones, no se obtendría ningún resultado político práctico. No obstante, el temor popular de verse envuelto en las "disputas de Europa", agregado a la creencia de que la participación oficial de este país traería como consecuencia el que las naciones deudoras de Europa se negaran a pagar sus deudas de guerra, crearon un problema de tal magnitud que la administración de Harding se limitó a anunciar que, aunque individualmente ciudadanos norteamericanos podrían participar como peritos en la discusión de las reparaciones, el gobierno mismo no intervendría en ellas. No era difícil predecir el resultado. No sólo el tratamiento de Alemania en la cuestión de las reparaciones hizo más fácil que los militaristas consolidaran su ascendiente sobre el pueblo alemán, sino que fué también una de las razones de que más tarde los aliados no pagaran sus deudas de guerra a los Estados Unidos. Si en 1921 el gobierno de los Estados Unidos hubiera accedido a participar oficialmente en la cuestión de las reparaciones, sobre todo considerando que habíamos renunciado a las que nos correspondían, el curso de los acontecimientos en Europa habría cambiado grandemente.

A fines de septiembre de 1930, cuando ya había claros indicios de los próximos sucesos en Europa, Eugenio Meyer, entonces presidente del Banco de Reserva Federal, instó al Presidente Hoover a proponer que todos los gobiernos interesados rebajaran en un cincuenta por ciento las reparaciones que entonces pagaba Alemania. En esa época ya Alemania

había sido muy seriamente afectada por los primeros golpes de la crisis económica mundial, y el insistir en que siguiera pagando en la proporción entonces fijada equivalía, o a un repudio unilateral, con todas sus consecuencias, o a una revuelta social. Sin embargo, el Presidente Hoover se negó a considerar la sugestión de Meyer, temiendo las repercusiones políticas que tendría en este país una rebaja semejante en los pagos que recibíamos de las deudas de guerra de los aliados. En enero de 1931, el Dr. Hjalmar Schacht, tormentoso petrel de la finanza alemana, que estaba entonces en Wáshington, aseguró oficialmente a nuestro gobierno que, aun entonces, la medida propuesta haría posible que el gobierno alemán evitara el desastre social y económico. Sin embargo, nada se hizo. En junio de 1931, el Presidente Hoover sugirió por fin la moratoria de un año, que implicaba, naturalmente, la cesación de todos los pagos por concepto de reparaciones y de deudas de guerra. Ya era demasiado tarde. Si la medida intermedia que se propuso se hubiera tomado en el mes de septiembre anterior, está dentro de los límites de lo posible que se hubiera desviado la corriente que comenzó a desarrollarse tan rápidamente en Alemania en los meses siguientes y que depositó al hitlerismo en el poder.

No comparto la certidumbre de los que insisten en que la política de los Estados Unidos en la Conferencia Económica de Londres de 1933, a la cual se culpa de haber causado el fracaso de la Conferencia, tuvo un efecto decisivo para determinar las condiciones que condujeron a la segunda guerra mundial. En esa fecha, el hitlerismo llevaba ya cinco meses en el poder, y el predominio del partido nacista y del Estado Mayor alemán había llegado a tal punto que era muy improbable un cambio en la política alemana aunque la Conferencia hubiera tenido éxito. No obstante, las naciones que no se habían inclinado aún hacia la autarquía podrían haber sido inducidas a unirse a la tarea de remediar el deplorable estancamiento del comercio mundial. Pero es preciso confesar que la incapacidad de la mayor potencia del mundo para asociarse y ofrecer algún medio viable de cooperación internacional

en cuestiones financieras y económicas, no es algo de lo cual pueda estar muy orgulloso el pueblo norteamericano.

Ya he manifestado mi creencia de que la actitud de este gobierno con respecto a la guerra civil española, entre los años de 1935 y 1938, es el más grave error de nuestra política exterior durante los últimos doce años. Si el gobierno de los Estados Unidos, siguiendo su política tradicional, hubiera permitido que el gobierno legal de España, el que habíamos reconocido oficialmente como tal, obtuviese en este país las armas y municiones que tan angustiosamente necesitaba para su propia defensa, el gobierno soviético indudablemente habría hechos esfuerzos mucho mayores que los que hizo para prestar una ayuda semejante, y es de presumir que los gobiernos de Francia y de Inglaterra habrían reconsiderado su supuesta política de "no intervención". Con esta ayuda, no es probable que los gobiernos alemán e italiano se hubieran atrevido a desafiar a un sector tan importante de la opinión mundial interviniendo en la lucha de España en la forma en que lo hicieron. Si hubiera sobrevivido el gobierno de la república, habría disminuído mucho la probabilidad de que Italia entrase a la guerra contra Francia, y todo el curso de los sucesos militares en la Europa occidental habría cambiado por completo.

Esta rápida ojeada a algunos de los errores capitales cometidos en la conducta de nuestras relaciones exteriores durante los años comprendidos entre las dos guerras, hace resaltar la justicia de las críticas que con tanta frecuencia se le han hecho en otros países. Tienen razón al decir que no ha sido lógica ni consecuente. La unidad de propósito es requisito esencial de la política exterior de cualquier país; es indispensable para ordenar las gestiones entre gobiernos y es fuente de confianza en las relaciones comerciales y financieras. Mientras no tengamos una política exterior perseverante en sus finalidades, las demás naciones necesariamente pondrán en tela de juicio nuestros compromisos o las garantías que podamos dar. La política exterior británica es susceptible de severas críticas, pero se funda desde hace ciento

cincuenta años en ciertas premisas bien reconocidas y en principios perfectamente claros, y sea que los gabinetes de Londres hayan sido conservadores o liberales, laboristas o de coalición, siempre ha mantenido su línea. Ha variado en relación con ciertas cuestiones concretas, pero nunca en las cuestiones esenciales. Sus objetivos fundamentales han sido siempre los de mantener el equilibrio europeo, el control británico de los mares (modificado recientemente con el reconocimiento de la amistosa asociación de la marina norteamericana), y la prevención de cualquier peligro contra el libre acceso de Gran Bretaña a sus dominios y colonias.

Si queremos recobrar la consistencia lógica que tuvo nuestra política extranjera en las primeras décadas de nuestra vida independiente, el pueblo de los Estados Unidos debe determinar ahora qué es lo que busca en sus relaciones con otros pueblos, y debe velar por que sus representantes persigan esos objetivos esenciales, cualquiera que sea el partido a que pertenezcan. Dado el sistema constitucional de los Estados Unidos, esas decisiones deben estar por encima de toda línea de partido, y deben ser aceptadas por nuestras dos entidades políticas tradicionales como la norma de conducta fundamental que seguirán cuando el pueblo les confíe el poder, porque representan el supremo interés de la nación y no están circunscritas por consideraciones partidistas. En toda la historia de los Estados Unidos desde 1823 ha habido sólo una premisa de política exterior que ha sido apoyada por todo el pueblo de este país y a la cual todos los partidos políticos han adherido constantemente, y ésta ha sido la Doctrina Monroe. Ha llegado el momento en que, por la seguridad de esta nación, deben echarse del mismo modo las bases de todos los aspectos de nuestra política exterior, decididas en forma semejante por el pueblo para que ninguna controversia de partido pueda impedir su realización en un futuro previsible. En todo el último cuarto de siglo no ha habido momento más favorable que el actual para tomar esas decisiones. Los dos partidos principales están ahora dominados por un con-

cepto semejante de cuáles deben ser los objetivos esenciales de nuestra política exterior.

Es axiomático que la política exterior de los Estados Unidos, como la de cualquier otra nación, debe fundarse en un bien entendido egoísmo. El punto de vista que debe adoptarse para determinarla es el de lo que ofrece mayores ventajas para los intereses permanentes de su pueblo, para salvar la vida de nuestros hijos, para aliviar la carga de los contribuyentes.

No se discutirá seriamente, a mi juicio, que lo que el pueblo de este país desea es que la política exterior de su gobierno le procure las siguientes garantías:

El mantenimiento de la paz de la nación; la preservación de la independencia y de la integridad de los Estados Unidos; la certeza de que nuestras instituciones democráticas no serán amenazadas; plena oportunidad para que los Estados Unidos puedan hacer sentir su poder y su influencia en la decisión del futuro curso de los acontecimientos mundiales; amplio estímulo para que el pueblo norteamericano pueda mejorar su standard de vida y progresar en su desarrollo social; y la seguridad de que podrá comerciar y usar las vías aéreas y marítimas sobre una base de completa igualdad con los pueblos de otras naciones.

Debe haber quedado plenamente de manifiesto para todos nosotros que no puede haber seguridad de lograr ninguno de estos objetivos, a menos que el mundo se vea libre de los peligros que ya dos veces en tan corto tiempo nos han amenazado de destrucción. Sólo un mundo en el cual las fuerzas políticas, sociales y económicas que tienen su origen en otros países sean debidamente canalizadas, nos permitirá alcanzar nuestros propios objetivos.

Por un tiempo después que termine la presente guerra, y este tiempo puede ser largo o corto, las desordenadas condiciones del mundo nos obligarán imperativamente a mantener a nuestro alcance las fuerzas militares, navales y aéreas necesarias para nuestra defensa. Esta es una precaución elemental para la cual ninguna política exterior, por sabia que sea, podrá encontrar sustitutivo durante el período de transición.

Por lo tanto, nuestra política exterior debe ser planeada para satisfacer dos requisitos: primero, apresurar cuanto sea posible, durante el período de transición, el establecimiento de un orden mundial que dé seguridad a los Estados Unidos; segundo, una vez que se haya creado la organización internacional y se hayan hecho los ajustes inmediatos de la postguerra, promover la realización de los objetivos permanentes de nuestra política exterior que hemos bosquejado más arriba.

La única manera en que este gobierno puede llenar el primer requisito es dando muestras de invariable concentración y de constante iniciativa y admitiendo francamente que el tiempo que se ha perdido es más que demasiado. Nunca se hará si nos limitamos a decir pública y oficialmente que una organización internacional para mantener la paz es altamente deseable y queremos que sea realidad, y a repetir con solemnidad oficial generalidades vacías y trivialidades. Este gobierno tiene el poder necesario para cumplir este propósito si lo desea, pero lo hará sólo mediante decididos esfuerzos, con actos y no con discursos.

Cada día que ha pasado desde que entramos a la guerra se ha hecho un poco más difícil la tarea de construir los cimientos para una futura organización internacional. A comienzos de 1942, se habría podido lograr fácilmente el entendimiento necesario entre los gobiernos de la Unión Soviética, Gran Bretaña, China y los Estados Unidos para crear el Consejo Ejecutivo de las Naciones Unidas. Con el cambio de los aspectos militares de la guerra, y con la pública adopción por las grandes potencias de posiciones definidas con respecto a cuestiones territoriales y políticas, esto se ha hecho cada vez más difícil; pero todavía puede lograrse el acuerdo necesario si los Estados Unidos lo desean.

Estas líneas escritas por un inglés hace veinticinco años son tan aplicables ahora como entonces:

> "Todos los vencedores en una gran guerra muestran los aspectos más despreciables de la naturaleza humana. Los que se han jurado alianza frente al

enemigo común invariablemente se disputan, en mayor o menor grado, cuando los ejércitos terminan su obra y comienzan los políticos a repartirse los despojos."

A no ser que los Estados Unidos logren en un futuro próximo el establecimiento de las bases para una organización internacional como la que hemos esbozado en el capítulo anterior, llegaremos sin rumbo al período del armisticio y nos encontraremos otra vez en la posición que tuvo el Presidente Wilson en París en enero de 1919. Pero ahora nuestro gobierno no tendrá ni el prestigio ni la influencia que tuvo Wilson.

El segundo requisito, el que se refiere a los objetivos permanentes del pueblo de los Estados Unidos, debe ser realizado, por supuesto, mediante una política que suplemente la decisión fundamental de participar activamente en una organización de las naciones. Son estas normas de conducta suplementarias, fundadas siempre sobre la invariable línea de cooperación internacional de los Estados Unidos, las que en su totalidad constituyen la completa estructura de la política exterior norteamericana.

El primer lugar en la enumeración de estas partes del todo que debe constituir nuestra política internacional, lo debe ocupar siempre el mantenimiento de la independencia y de la integridad de las naciones del hemisferio occidental, y el perfeccionamiento continuo del sistema interamericano existente. Estas son las aspiraciones de la Doctrina Monroe. Nuestro país ha tenido la cordura de comprender que es más fácil realizarlas por el método multilateral que ahora se sigue en los acuerdos interamericanos (por el cual las veintiuna repúblicas son copartícipes de una empresa común), que por la vía unilateral que siguió el gobierno de los Estados Unidos durante más de un siglo. La primera actitud, de que sólo nosotros podíamos interpretar la Doctrina Monroe, no solamente impidió el desarrollo de una efectiva comunidad de intereses en las Américas, sino que despertó también justificadísimas sospechas y antagonismos entre nuestros vecinos

americanos, que debilitaron grandemente nuestra capacidad de mantener la protección del hemisferio.

El desarrollo del actual sistema interamericano prosperó continuamente desde comienzos de 1933 hasta comienzos de 1943, cuando lo detuvo —espero que sólo por un tiempo— el obcecado intento de la Secretaría de Estado de utilizarlo con el fin de ejercer presión sobre la República Argentina. No cabe la coerción de un estado por otro dentro del actual sistema de entendimiento interamericano. Si se insiste en esta actitud, se destruirá inevitablemente la obra realizada en los últimos diez años. Además, los Estados Unidos deben continuar tesoneramente su actual política de cooperación económica con sus vecinos americanos; es semilla echada al viento que rendirá ciento por uno a los ciudadanos de este país: una de las oportunidades más ventajosas para los capitales y el comercio norteamericanos está en las vecinas repúblicas de este hemisferio.

Parte de su responsabilidad como miembro a la vez del sistema interamericano y de la organización mundial, es que los Estados Unidos retengan la exclusiva autoridad de mantener y defender el Canal de Panamá, sin otra limitación que las que estipula su tratado con Panamá de 1936, por el cual se dió al pueblo panameño tanto el derecho como la obligación de cooperar en esta empresa con el pueblo norteamericano.

Si para la seguridad regional o mundial se requirieran algunas de las islas adyacentes del hemisferio occidental que están actualmente bajo soberanía exclusiva de una nación americana, deben ser puestas, mediante un acuerdo con la nación que posea soberanía sobre ellas, bajo el control de seguridad interamericano que las repúblicas americanas determinen.

Este gobierno debe usar sus derechos sobre las bases aéreas y navales cedidas en territorio británico en el Atlántico y en el Caribe en tal forma que asegure por varias generaciones contra todo ataque la costa oriental de los Estados Unidos y las proximidades del Canal de Panamá por el este. Debe

obtener, también, las bases adicionales, navales y aéreas, que se necesiten en el Pacífico para asegurar la protección de sus posesiones insulares en ese océano, de la costa occidental de los Estados Unidos y del acceso al Canal de Panamá por el oeste. Tales gestiones deben coordinarse con los acuerdos que puedan pactar los Estados Unidos con las otras repúblicas americanas para el mantenimiento de la paz regional, y con las grandes potencias encargadas por la Organización Internacional de preservar la paz mundial. En estos acuerdos debe contemplarse, por supuesto, el uso conjunto interamericano de las bases regionales, así como el de los Estados Unidos con las otras grandes potencias guardianas de la paz de las bases estratégicas situadas en el Atlántico y en el Pacífico.

Uno de los objetivos de la política norteamericana debe ser que continúe la existencia de la Comunidad Británica de Naciones (en distinción del Imperio Británico). Mientras el poder naval siga siendo un factor preponderante, la existencia del Reino Unido como una de las grandes potencias marítimas del mundo es garantía de que compartiremos el dominio del Atlántico con una flota amiga. Sin embargo, lo que con los años sería aun más importante para este país es que la asociación de los Dominios autónomos de la Comunidad Británica nos garantizaría la existencia, en todas las regiones del globo, de democracias amigas con las cuales nunca encontraremos dificultades insuperables para llegar a un entendimiento. Su prosperidad económica constituye un baluarte de la nuestra, y es, por lo tanto, altamente deseable que no demoremos un acuerdo con los gobiernos de la Comunidad Británica de Naciones por el cual se eliminen las profundas causas de antagonismo en sus respectivas políticas comerciales.

Los Estados Unidos deben hacer cuanto de ellos dependa para llegar a un estrecho entendimiento con la Unión Soviética. Debemos tratar de expandir, sin dilación, el volumen de nuestro comercio y otras relaciones económicas con Rusia. Desde el punto de vista de su tamaño, Rusia llegará a ser la más grande de las potencias mundiales, por su enorme población que aumenta rápidamente, por su superficie territorial

y por sus recursos naturales todavía muy poco desarrollados. La energía dinámica de los pueblos que la componen le dará fuentes adicionales de poder. El actual gobierno soviético ha manifestado claramente que el objetivo de la revolución mundial como un medio de establecer la supremacía del comunismo, ha sido abandonado, temporalmente al menos, como parte de su política nacional. Cuando termine la presente guerra, el gobierno soviético tendrá que dedicar, sin duda, por algunos años, sus principales energías a la rehabilitación y reconstrucción de sus ciudades y territorios devastados, al problema de la industrialización, y a elevar el standard de vida de su pueblo. Este período determinará si los rusos, contra todo lo que prueba su historia desde los tiempos de Pedro el Grande, se convertirán en la mayor fuerza destructiva del mundo del futuro, como fácilmente podría ocurrir, o en una de las fuerzas constructivas más poderosas. Es de capital importancia para un orden mundial estable que el pueblo ruso coopere con el pueblo norteamericano en la suprema tarea de ayudar a establecer un mundo pacífico y seguro, así como hoy día cooperan en la guerra contra Alemania. Cuanto más estrechos sean los vínculos que se creen entre ellos durante el período de transición, tanto más constructiva será la labor de Rusia en la edificación del mundo de mañana.

Semejante debe ser la política de los Estados Unidos con respecto a la China. Con una inmensa población de extraordinaria fortaleza y capaz de subsistir con una fracción insignificante de lo que necesitan otros pueblos, China puede convertirse en una fuerza desintegradora de incalculables peligros para el mundo futuro, a menos que sus potencialidades casi ilimitadas se consagren a construir un Asia nueva y pacífica, tarea para la cual está supremamente calificada. Durante varias generaciones, y en especial en estos años de guerra, la única potencia del mundo de la cual ha podido esperar sin reservas una cooperación amistosa y equitativa, han sido los Estados Unidos. Podemos ayudar de mil modos al pueblo chino a desarrollar, en los años venideros, sus recursos naturales con ventajas para ambos, pero sobre todo a

elevar su nivel de vida; a estabilizar y perfeccionar por sus propios esfuerzos las formas de gobierno más adecuadas a sus necesidades, y a atravesar con éxito el período de profundos cambios que inevitablemente tendrán que enfrentar en los primeros años de la postguerra. La futura estabilidad del Asia y nuestra propia seguridad como potencia del Pacífico dependen, en gran parte, de la sabiduría de nuestra política con respecto a China durante esos años.

En lo que a Francia se refiere, la política de este gobierno debe orientarse en el sentido de ayudar al pueblo francés a que reasuma, cuanto antes, la posición que ha ocupado durante siglos como una de las grandes potencias del mundo. Podemos admitir con toda sinceridad que nuestra política con respecto a Francia desde junio de 1940, por varias razones, no ha sido de las más felices para retener la confianza y la cooperación del pueblo francés en su hora de más amarga prueba. Durante el siglo XIX y hasta el estallido de la segunda guerra mundial, fué la potencia europea con la cual mantuvimos más estrechas relaciones, y con respecto de la cual existieron menos motivos de antagonismo y menos incomprensión. En la actualidad, el pueblo francés tiende a mirar a este país, tanto dentro de Francia como fuera de ella, con agravio y sospecha. Es junto reconocer que estas condiciones se deben, en parte, a la actitud asumida por algunos franceses que ahora ocupan cargos de transitoria autoridad, y a propaganda que no proviene de fuentes francesas ni norteamericanas; pero si esta situación no se remedia, no podrá existir un entendimiento franconorteamericano que sería de positivo valor para ambos pueblos durante los años de postguerra. Debemos, por lo tanto, dejar claramente de manifiesto que ejercitaremos nuestra influencia para dar al pueblo francés una libre oportunidad de determinar su propia forma constitucional de gobierno y de elegir a los franceses por quienes desee ser gobernado. Debemos declarar en forma inequívoca que en nuestro propio interés queremos que Francia vuelva a ser la gran fuerza constructiva en el mundo que era antes de su derrota en 1940, y que ningún aspecto de la política norteamericana será motivo para que el pueblo francés pierda ni un ápice de lo que justamente le pertenece.

Ya nos hemos referido con cierta amplitud a lo que debe hacerse con respecto a los pueblos de Alemania y del Japón. Los detalles de esta política no son cosa que puedan determinar los Estados Unidos; serán decididos de común acuerdo por las potencias que derroten a las naciones del Eje. En este caso, los pueblos pacíficos del mundo se encuentran ante el problema de refrenar a dos de las razas más dinámicas de nuestro tiempo. No es difícil estipular en el tratado que se avecina, o en los fines de guerra de las Naciones Unidas, que el pueblo japonés se confinará en lo sucesivo a sus islas, y que los pueblos germanos se reducirán a los límites de una Alemania disminuída o dividida. El realismo exige comprender plenamente el hecho de que cualquier esfuerzo de encerrar a los japoneses o a los alemanes provocará inevitablemente una explosión si no se deja una válvula de escape. Los Estados Unidos y los demás miembros de las Naciones Unidas no pueden permitir que esas fuerzas explosivas busquen una salida mediante la expansión militar o cualquiera otra forma de dominación física. Lo que una sabia política aconseja es encontrar la manera de canalizar esas fuerzas hacia fines deseables para que no vuelvan a arrastrar al caos a la humanidad. Todos los pueblos del mundo han descubierto hace ya tiempo que las constantes quejas del pueblo alemán y del pueblo japonés de que necesitaban territorios para vaciar en ellos el exceso de su creciente población, eran propaganda insincera y mentirosa. Ni el Japón ni Alemania han utilizado efectivamente para la emigración los territorios adquiridos por conquista durante el tiempo en que los han ocupado. La verdadera válvula de seguridad para esas fuerzas está en el campo de la economía. Tanto el Japón como Alemania han dado muestras de que pueden prosperar y progresar constantemente en su desarrollo interno utilizando las legítimas dotes de su genio nacional para ciertas formas de la producción industrial y del comercio internacional. Lo que se necesita, e imperiosamente, es un acuerdo de las demás naciones sobre

el método más adecuado para establecer el comercio internacional sobre bases que permitan un mercado equitativo y seguro a los pueblos derrotados del Eje. Si no se encuentran estas bases, ninguna forma de control que no sea el uso continuo e ilimitado de la fuerza, podrá impedir que se repita el desastre de 1939.

No es posible definir sino en términos muy generales la política de los Estados Unidos en el campo económico. Debe ser lo bastante flexible para adaptarse a condiciones que no se pueden prever hoy con ninguna exactitud. Es posible, sin embargo, hacer ciertas observaciones. Si, al término de la segunda guerra mundial, volvemos a alzar nuestras tarifas como lo hicimos en la década de 1920 y nos negamos a admitir que nuestra prosperidad depende de la del resto del mundo, si no queremos comprar tanto como vender, será imposible realizar ninguno de los objetivos fundamentales de nuestra política exterior.

El pueblo de este país debe recordar que en los años siguientes a la guerra no sólo la mayor parte del mundo civilizado estará arrasada y en postración económica, sino que también muchos de los países del hemisferio occidental y de Europa, entre ellos la Unión Soviética, se estarán industrializando con paso acelerado. Si los Estados Unidos adoptan la política que han seguido tantas veces, de tratar de cerrar sus puertas a la importación extranjera, contribuirán una vez más a una crisis mundial de proporciones arrolladoras.

En muchos sectores de los Estados Unidos se ha convertido en un fetiche la idea de que la industrialización de otros países automáticamente reducirá el comercio de exportación de los Estados Unidos, y que tal tendencia debe evitarse a toda costa. La verdad es que la industrialización eleva automáticamente el nivel de vida, y que este país se beneficia siempre con un alza en el standard de vida de otros pueblos, ya que ésta crea mayor demanda de nuestros propios productos industriales y agrícolas que en este país se producen con mayor eficiencia y de mejor calidad que en ninguna otra parte. Es absurdo suponer que grandes países en pleno desarrollo como el Brasil o la Unión Soviética se convenzan de que deben comprarnos rieles o manteca que ellos producen más barato y con la misma eficiencia. La política realista que debemos adoptar es concentrarnos en manufacturar para la exportación aquellos artículos, y son muchos, que podemos fabricar mejor que ningún otro país del mundo. Nunca hemos tratado hasta ahora de poner plenamente a contribución nuestra inagotable capacidad de inventar y de perfeccionar productos que, en igualdad de condiciones, tendrán siempre preferencia en el mercado mundial. Lo esencial es asegurar que existan igualdad de condiciones y libre competencia en el mercado mundial. Se requerirán modificaciones en nuestra economía nacional y en nuestra producción agrícola e industrial, no sólo por nuestro propio bienestar, sino también a fin de que otras naciones puedan seguir una política de intercambio verdaderamente liberal. Sólo si estamos dispuestos a aceptar la necesidad de que se realicen esas modificaciones, podremos impedir la repetición de desastrosas crisis económicas, cuyo origen ha sido muchas veces nuestra propia insistencia y la de otras naciones en poner toda clase de barreras financieras y comerciales contra el libre movimiento de mercancías entre los países.

Los Tratados de Ottawa, con su sistema de preferencias imperiales entre los miembros de la Comunidad Británica de Naciones, constituyen un obstáculo para el saludable intercambio entre las naciones del mundo. Pero no tendríamos ningún medio para pedir la derogación de esos acuerdos si, por nuestra parte, volviéramos al aislamiento económico en que nos encerramos durante los doce años siguientes a la primera guerra mundial.

Se ha discutido mucho en nuestro país acerca de la política que debe seguir el gobierno de los Estados Unidos en el campo de la aviación civil. El término "libertad del aire" tiene muchas interpretaciones. Muchos ciudadanos norteamericanos que han tratado este problema parecen pensar que el término "libertad del aire" debe significar libertad del aire en todo el mundo para los Estados Unidos, y para nadie más,

Es indispensable, por supuesto, que la aviación civil, en la cual hemos demostrado una capacidad tan marcada y que, en buena parte, se debe a nosotros, ofrezca oportunidades ilimitadas para la expansión del tráfico aéreo norteamericano, tanto comercial como de pasajeros, una vez que termine la guerra.

Lo mismo que cualquier otra gran potencia soberana, debemos cerrar al tránsito aéreo de otros países las regiones bajo nuestra bandera que consideremos necesarias para nuestra defensa aérea, militar o naval. Pero fuera de esto, debemos estar dispuestos a ceder a otras potencias interesadas en la aviación civil, sobre una base de reciprocidad, los mismos derechos para su aviación comercial que nosotros deseamos obtener en su territorio o en las regiones sobre las cuales puedan poseer en la actualidad derechos aéreos exclusivos.

Indudablemente debe establecerse, bajo la vigilancia general de la Organización Internacional, una autoridad internacional de transportes aéreos, cuyo poder se limitaría a establecer requisitos uniformes sobre protección y cuarentena, informaciones meteorológicas y radiocomunicaciones, sin derecho a fijar las tarifas o a distribuir o demarcar el tráfico aéreo. Si se le concediera este derecho, desaparecería todo incentivo para sobresalir en la competencia, para la cual está tan magníficamente calificada la aviación comercial norteamericana.

La mayor dificultad para resolver los aspectos internacionales del problema en estos momentos reside en el hecho de que nuestro gobierno no ha decidido hasta ahora cuál será su política con respecto a los intereses aéreos norteamericanos que se dedican al tráfico internacional. ¿Se permitiría una competencia ilimitada entre las diversas compañías? ¿Les dará el gobierno apoyo suficiente si, como corporaciones privadas, se ven obligadas a competir en el extranjero con una aviación comercial de propiedad de un gobierno u operada por él? ¿Podrán estas compañías resistir a la competencia extranjera si no se las subvenciona en la misma proporción en que sean subvencionadas las líneas de transporte aéreo

de otros países? Estas son sólo unas pocas de las cuestiones que suscita la consideración del problema en conjunto, y es evidente que, mientras el gobierno no formule una política que resuelva las presentes incertidumbres, estaremos en una situación muy desventajosa para negociar un tratado internacional que resguarde adecuadamente los vitales intereses norteamericanos.

Nuestra política debe asegurar también que en el futuro podamos siempre disponer de las materias primas estratégicas que no se producen dentro de nuestras propias fronteras. Jamás debe repetirse una situación como la que existió en los años de 1939 y 1940, cuando nos vimos privados casi por completo de nuestras fuentes normales de abastecimiento de estaño y caucho. El caucho sintético tendrá probablemente una importancia cada vez mayor en nuestra economía nacional, pero no puede usarse en todos los casos como sustitutivo del caucho natural. Por eso, la política de los Estados Unidos, así como la de la industria privada norteamericana, debe orientarse en el sentido de obtener una prudente cantidad de caucho natural en algunas repúblicas americanas. La certeza de un mercado para el caucho en este país ayudará grandemente a estas repúblicas en el mejoramiento de su economía nacional, les dará una fuente de ingreso en dólares que en otra forma no tendrían y aumentará su poder de compra para artículos norteamericanos. Sería una prudente política de nuestra parte no imponer ninguna tarifa sobre el caucho natural que expanda indebidamente la producción de goma sintética, y negociar algún acuerdo internacional, semejante al convenio internacional del azúcar, que garantice a los países americanos productores de caucho, por un sistema de cuotas, cierto porcentaje del mercado norteamericano. Se fomentaría, de este modo, su producción de caucho en bruto, y se protegería de monopolios al consumidor norteamericano. La aspiración de nuestra política debe ser impedir, mediante acuerdos internacionales, que se reproduzcan las prácticas monopolísticas que existieron en el período transcurrido entre las dos guerras. La producción total de

ciertos artículos esenciales era controlada por carteles en manos de unos pocos individuos, que hicieron subir el precio del caucho, del estaño y de la quinina a niveles tan artificiales, que disminuyó considerablemente la posibilidad de que los consumidores de todo el mundo pudieran beneficiarse con su uso.

El gobierno de los Estados Unidos debe participar en el Banco Internacional de Estabilización que se ha propuesto, a fin de mantener la estabilidad del circulante sin la cual será imposible reanimar el comercio internacional en los años de postguerra.

Los Estados Unidos deben usar su influencia para obtener que otros gobiernos adopten una política financiera y comercial fundada en el principio de no discriminación y de igualdad de tratamiento en igualdad de condiciones. En esta dirección están los mejores intereses de este país. Sólo en esta forma los pueblos del mundo podrán derivar plenamente los beneficios de su propia capacidad económica y de la de sus vecinos.

Estos son los principales objetivos que deberíamos señalarnos como la base de una política exterior permanente. El mejor método para realizarlos es el problema vital que ahora se plantea al pueblo de este país. Creo que la abrumadora mayoría del pueblo norteamericano ve hoy claramente que el único modo de asegurar la consecución de esos fines es la creación de una organización internacional en la que puedan cooperar los pueblos de la tierra para su seguridad y prosperidad, y a la cual los Estados Unidos deben prometer su más sincera colaboración.

Si algo nos han enseñado las lecciones del pasado, ésta debe ser la piedra angular de la política exterior norteamericana. Y debe ser una política continua y consecuente.

El papel de los Estados Unidos es a la vez regional y universal. Nuestro país debe estar preparado para asumir sus responsabilidades participando en acuerdos regionales, tanto políticos como militares, que mantengan la paz y la seguridad del hemisferio occidental y de los océanos Atlántico y Pacífico.

En una organización internacional, debe estar listo para usar sus fuerzas navales y aéreas, junto con las de otras potencias guardianas, cada vez que sea amenazada la paz del mundo entero.

Durante el período de transición, debe hacer todos los esfuerzos para ayudar a que se restablezca sobre una base firme la estabilidad mundial, y para apresurar la creación de una organización mundial permanente en la que todos los pueblos amantes de la paz y respetuosos de la ley deben participar desde un comienzo. Si se perfeccionan los sistemas regionales, y si los Estados Unidos son capaces de mantener una relación estrecha, comprensiva y cooperativa con las otras grandes potencias del mundo durante el período de transición, se evitarán nuevas guerras generales, y nunca más se llamará al pueblo norteamericano a hacer los sacrificios que ha tenido que ofrecer dos veces en el curso de mi propia generación.

Finalmente, los Estados Unidos deben consagrarse a la tarea de crear en el mundo condiciones tales que fomenten el desarrollo del gobierno democrático sobre la faz de la tierra. Porque el progresivo crecimiento de la democracia en otras partes del mundo significa mayor seguridad para los Estados Unidos. La capacidad de los pueblos para libertarse del temor y de la miseria depende de su voluntad para quererlo con bastante energía.

Las fuerzas de la reacción se agitan de nuevo. El pueblo de este país debe comprender que la revolución mundial no es algo de lo cual debe tener miedo, sino que, más bien, es algo que puede redundar en su propio beneficio. La revolución mundial ya está aquí. Por eso es angustiosamente necesario que la política de este país no se dirija hacia el vano y fatal esfuerzo de retroceder lo mejor que podamos, sino más bien a entender que nuestra seguridad requiere que algo nuevo puede y debe ser construído. Nunca en los últimos cien años de nuestra historia ha necesitado el pueblo norteamericano tanta imaginación como ahora, ni tanta iniciativa, para aprovechar la oportunidad que le ha sido otorgada. Si lo hace, podrá moldear el mundo en el cual ha de vivir en el futuro.

Porque tiene el poder y la influencia necesarias, si sólo quiere usarlos.

Los Estados Unidos son la nación más poderosa del globo. Su pueblo no puede esperar, como algunos querrían en este país, a que otros pueblos tomen sus decisiones antes de marcar él su propia ruta. Pleno derecho tienen los otros pueblos a tomar la iniciativa. La prudencia y la precaución son virtudes admirables en una política exterior; pero son mortales cuando bajo su nombre se disfrazan la indecisión y la timidez.

El pueblo de los Estados Unidos tiene una vez más la oportunidad de ofrecer su cooperación y su guía a otras naciones. Otra oportunidad le ha sido dada de ayudar a construir un mundo en el cual él, y todos los pueblos, puedan vivir en paz. Su decisión de ahora determinará su destino.

ÍNDICE

* Frente a la página 416 se encontrará un mapa con el plan del autor para la Alemania de postguerra.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL VEINTE DE DICIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y CUATRO, EN BUENOS AIRES, EN LOS TALLERES GRÁFICOS DIDOT, S. R. L., CALLE RONDEAU 3068.